PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

393 89

I

REVISTA DE ESPAÑA.

REVISTA

DE ESPAÑA.

CUARTO AÑO

TOMO XVIII.

MADRID,

REDACCION Y ADMINISTRACION, Paseo del Prado, 22. | TIPOGRAFIA DE GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.

1871.

462913

AP
60
R4
t.18

DE LAS ARTES MÁGICAS Y DE ADIVINACION

EN EL SUELO IBÉRICO.

SU INFLUENCIA EN LAS COSTUMBRES,

ASÍ EN LA ANTIGÜEDAD COMO EN LOS TIEMPOS MODERNOS. (1)

ARTICULO TERCERO.

I.

CONTRADICCION Y TRIUNFO DE LAS ARTES MÁGICAS DESDE LA XIII Á LA XIV CENTURIA.

Las grandes conquistas realizadas durante la primera mitad del siglo XIII por la espada de Jaime I de Aragon y Fernando III de Castilla, si habian aumentado extraordinariamente en el suelo español el poderío del cristianismo, no carecieron en verdad de peligros respecto de las costumbres populares, no ya sólo en las comarcas arrancadas al yugo del Islam, sino tambien en las interiores del Imperio cristiano. Numerosa era la poblacion mahometana, que así en las extensas regiones andaluzas como en las valencianas, á que se agregaron en breve las de Múrcia, habia recibido el yugo de la Cruz, conservando su religion, sus leyes y sus costumbres: en ella arraigaba profundamente la creencia del *fatalismo*, base del Corán, y amplísima puerta por donde habian tenido entrada en la civilizacion arábiga, de la forma que notamos en el artículo precedente, todas las *artes mágicas* y de *adivinacion*, que plagaron en uno y otro siglo aquella sociedad y cultura: de ella debia partir en consecuencia, al ponerse en inmediata y habitual comunicacion con la grey cristiana, si no un verdadero contagio (pues que las *artes irrisorias* vivian desdichadamente entre los cristianos, segun saben ya los lectores), al ménos un nuevo y no

---

(1) Véanse los números 65 y 67 de esta REVISTA.

insignificante peligro para la pureza de la doctrina católica en las esferas populares, más allegadas á la en que moraban aquellos nuevos vasallos de la corona, lo mismo en Aragon que en Castilla.

Y se hacía tanto más sensible esta dolorosa influencia, á que respondian ya en más nobles órbitas sociales otros elementos de intelectual cultura, así artística como literaria, cuanto mayor habia sido hasta aquella edad en la muchedumbre cristiana el predominio de las *artes mágicas*, á despecho de las leyes civiles y de las disposiciones canónicas. Fué así como, apénas establecida en Aragon y admitida en Castilla la Órden redentora de la Merced, uno de sus primeros y más celosos propagadores, el venerable Fr. Pedro Nicolás Pascual, Obispo de Jaen, se conceptuaba en el indeclinable deber de preservar á su grey de la pestilencial creencia del *hado* y de los *horóscopos*, que hacía en ella excesivo estrago, amenazando corromper del todo la doctrina evangélica. Preparacion oportuna y fructuosa era de aquella obra benemérita la *Impugnacion de la seta de Mahomah et deffension de la ley euangélica de Christo*, á que se unian tambien la *Glosa del Pater Noster* y la *Explicaçion de los Mandamientos* y *del Credo*, destinadas á labrar, como la *Impugnacion*, no sólo en el de los hombres ilustrados, sino tambien en el ánimo de la muchedumbre. Pero ninguna de aquellas producciones, encaminadas contra el error, se dirigia tan inmediata y enérgicamente á extirparlo, como el *Libro contra los fados et ventura et oras menguadas, et signos et planetas*, escrito por el mismo obispo, manifestando así cuán extraviado andaba entre los cristianos el sentimiento religioso, que producia al propio tiempo en más puras esferas inauditas maravillas.

Miéntras, segun el dogma cristiano, toda sabiduría y todo bien emanaban de la primera causa, descansando en la doctrina del *libre albedrío* la responsabilidad humana, extendíanse, en efecto, y arraigaban en todas las capas de la sociedad las torpes supersticiones del *hado* y *ventura*, de las *horas*, *signos* y *planetas*, que tenian su raíz principal en la *astrología judiciaria*. El Obispo de Jaen hablaba y escribia para restablecer en la conciencia de los cristianos el imperio de la doctrina evangélica, y para proclamar y defender la libertad del hombre, sometido por semejantes errores á la ciega ley del *fatalismo*. En su recto juicio, nada habia, nada podia haber que menoscabara el *libre albedrío*: el hombre conocia libre y espontáneamente del *bien* y *del mal*, cuya deliberada

eleccion le hacía exclusivamente dueño de sí y responsable de sus »actos. «Si assi non fuesse (afirmaba el docto Obispo), de todas las »criaturas que Dios crió, non avria criatura más menguada como »el ome, que luego sería dicho cativo...—Dios (añadia) non quiso »aver poderío sobre el ome, para le fasser por fuerza seer bueno ó »malo. Pues ¿quánto ménos querria nin darie poderío á ningun pla»neta nin ora, nin signo, nin fada..... que oviesse poderío nin sen»norío sobre el ome?»—Fray Pedro Pascual, inspirado en las verdaderas fuentes de la piedad, de la filosofía y de la ciencia teológica, no perdonaba esfuerzo alguno para lograr el triunfo de la verdad por él proclamada: su noble acento, repetido en Castilla, hallaba digno eco en no ménos respetables varones de Aragon y áun de otras naciones meridionales; prueba evidente de la dolorosa preponderancia que habia alcanzado ya á fines del siglo XIII la *astrología judiciaria*, raíz y fundamento de tan lamentables extravíos.

Con generoso espíritu acudia por cierto el renombrado Raimundo Lulio en los primeros dias de la centuria XIV.ª á condenar y perseguir las peligrosas supersticiones que de aquella impura fuente emanaban: el Doctor iluminado, que iba á legar un gran nombre á la posteridad, como cultivador de la filosofía, consagraba en su *Arbol de la ciencia* (Arbor scientiae) lugar distinguido á la cuestion del *libre albedrío*, condenando vigorosamente el *fatalismo* de la antigüedad, reproducido por Mahoma (1); y á no mucho andar reproducia el inspirado cantor de Beatriz, en el capítulo XVI del *Purgatorio*, la misma doctrina, poniendo en boca de Marco Lombardo estas notables palabras:

Voi, che vivete, ogni cagion recate
Pur suso al Ciel, cosi come se tutto
Movesse seco de necessitate.
Se cosi fosse, in voi fora distrutto
Libero arbitrio, é non fora giustizia
Per ben letizia, et per male aver lutto, etc.

Condenada era, pues, enérgica y solemnemente, en nombre de la religion cristiana, á fines del siglo XIII y á principios del XVI, la desconsoladora y tiránica creencia del *fatum*, de que nacian, con la llamada *ciencia astrológica*, todas las artes de adivinacion, que tenian por objeto la vida del hombre y sus futuros destinos; y sin

(1) *Arbor exemplificalis* y *Prov. flor. arboris coelestialis*, Apólogo XXX.

embargo, como tristemente se desprende de estos versos de la *Divina Commedia*, ni entónces ni después se debilitaban en los pueblos occidentales, como no desaparecian del suelo español, las supersticiones á que habian dado orígen, las cuales seguian señoreando igualmente todas las esferas sociales. Sorprendente es, en verdad, bajo esta relacion peregrina, que en los últimos dias del primer siglo referido un escritor religioso, tan apasionado de la fe cristiana como lo es Fr. Pedro Marin, monje de Silos, al narrar en su *Libro de los Miráculos de Santo Domingo*, que citamos ya en el artículo precedente, la perdicion de D. Nuño de Ecija, muerto con los suyos á manos de los Moros, exponga este fracaso dé las armas cristianas, diciendo: «En esto (afrontados cristianos y sar»racenos) veno una águila de mano diestra antellos et pasó á la »siniestra; empués pasó de la siniestra á la diestra et veno ader»redor et possóse en somo de las menas. Començaron la lit et mu»rieron todos, etc.» Ni deja de causarnos cierta admiracion el que, corriendo ya el segundo tercio del siglo XIV, todo un Arcipreste de Hita ponga en verdadero conflicto la doctrina del *libre albedrío* y la desdichada creencia del *fatum*, admitiendo el influjo de los astros en los destinos del hombre y disculpando su dolorosa vacilacion del siguiente modo:

130.—Yo creo los astrólogos verdat naturalmente;
Pero Dios, que crió natura et açidente,
Puédelos demudar et façer otramente:
Segund la fe católica, yo desto só creyente.

. . . . . .

141.—No sé astrología, nin só ende maestro;
Nin sé astrolabio más que buey de cabestro;
Mas porque cada dia veo pasar esto,
Por aquesto lo digo, otrosí veo aquesto (1).

---

(1) Por este tiempo floreció en Aragon el renombrado D. Miguel de Urrea, que ciñó la mitra de Tarragona y mereció el título de *Nigromántico* por efecto de sus estudios de filosofía, en que hubo de comprender la ciencia *judiciaria*, de cuya eficacia no dudaba el Arcipreste de Hita.—La fama de Urrea, como profesor de las artes mágicas, cundió al punto de que muchos tiempos después de su muerte, al hacerse la coleccion de retratos de los prelados que existen en el palacio arzobispal de Tarragona, se colocase al pié del suyo esta peregrina cuanto absurda inscripcion: «*Michael de Urrea, artis necromantiae peritissimus, Daemonis arte ejus etiam artem delussit.*»

Creemos que si los que dispusieron esta leyenda cedieron ciegamente al error, no es posible atribuir hoy, sin calumnia y áun sin propio vilipendio, al docto D. Miguel de Urrea más título que el de *astrólogo*.

Poco tiempo después, reinando D. Pedro en Castilla, le dirigia el Rabbí D. Sem-Tob, apellidado vulgarmente D. Santos de Carrion, muy provechosos *Consejos* y *documentos* morales y políticos, y entre ellos establecia ya, como indubitable é indiscutible, la doctrina astrológica del *fatalismo*, escribiendo:

El onbre más non val,
Nin su persona espera
Más de bien, nin de mal
Que dó lo pon la esphera (1).

Mentira nos pareceria hoy sin duda el que llegaran las cábalas astrológicas á tal dominacion, trás la terminante é intencional protesta y refutacion de hombres tan doctos como un Fr. Pedro Nicolás Pascual y un Raimundo Lulio—protesta que halla legal confirmacion en el episcopado,—si no encontrásemos en la historia nacional indubitables hechos que confirmaran verdad tan lamentable. Habian en efecto los PP. del Concilio complutense de 1335 repetido contra todo linaje de adivinos aquella terrible sentencia de excomunion, que resonó tantas veces en los autorizados lábios de los prelados españoles: «Prohibimos firmemente por la presente constitucion (decian) que ninguno sea osado á demandar consejo á los sortílegos, magos, encantadores y demás adivinos, tanto sobre los suyos como sobre los actos ajenos, ni ménos á ejercer en modo alguno aquellas artes ignominiosas: cualquiera que hiciere lo contrario incurriria por el mismo hecho en pena de excomunion» (2). Don Pedro I de Castilla, menospreciando ú olvidando esta general prescripcion, que le obligaba á la obediencia no ménos que á sus vasallos y naturales, no ya sólo fatigaba con frecuentes y angustiosas consultas á los astrólogos judíos, que en su corte le servian, entre los cuales se distinguió por sus terribles horóscopos el renombrado D. Abrahem-Aben-Zarzal, sino que dirigia tambien análogas demandas al moro granadino Benaatin, del cual no obtenia por cierto más consoladoras respuestas (3).

---

(1) *Castigos et documentos*, Códice del Escorial IV. 6. 21., fól. 77 vto. ó pág. 78.

(2) Aguirre, *Concilia Hispana*, t. III, pág. 590.

(3) Debe tenerse en cuenta que no era sólo D. Pedro de Castilla el Príncipe que pagaba en la España cristiana este tributo á la ciencia judiciaria. Don Pedro IV de Aragon, no solamente tenía en su corte y palacio diversos astrólogos, á cuya cabeza estaba Rabbí Menahem, sino que se preció de iniciado en el estudio de la misma, dando el nombre de maestro al referido Rabbí.—Esta conducta de los reyes tuvo imitadores, así castellanos como aragoneses, entre los magnates.

Verdadero enojo y admiracion nos causa hoy en verdad el considerar, dada la realidad de estos hechos, cómo un Príncipe de tan levantado espíritu y entero corazon, cual lo era el hijo de Alfonso XI, dominado por tan vanas supersticiones, cediese á su influjo en tal manera que precipitara por ellas su ruina y su muerte.

Contribuia á este lastimoso efecto, producido en las esferas superiores de la sociedad por las artes *adivinatorias de astrología*, un acontecimiento literario, no de escasa importancia, dentro del siglo XIV, y de trascendencia tal para los futuros, que á él debemos originariamente la inmortal inspiracion de Cervantes. Nacida léjos del suelo español, alimentada por las verdaderas instituciones feudales, y acaudalada al propio tiempo con las maravillosas tradiciones del Norte y del Oriente y con los recuerdos nunca apagados de la teogonía y de la literatura clásicas (1), habia llegado en las naciones vecinas á fastuoso florecimiento la literatura caballeresca. En ella tenía puesto su trono y amplísimo imperio todo lo maravilloso que en algun modo provenia, así de las *artes mágicas* como de las de *adivinacion*, cultivadas, en forma análoga á la que dejamos ya fijada respecto de nuestra España, por todos los pueblos mencionados.

Célebres encantadores, magos y adivinos, tales como el renombrado Merlin, y los temidos cuanto astutos Archalaus, Freston, Magus y Bracamonte, recordaban en efecto en el mundo de la caballería, con la famosa Urganda y otras no ménos poderosas magas, hadas y hechiceras, los nombres de Skulda, Günar, Hildar, Skogel y Gulvege, entre los pueblos del Norte, ó de Circe, Medea, Calipso y Tyresias entre los griegos y latinos. — Trás ellos aparecian en larga y fantástica série, encantados enanos y gigantes de extrañas virtudes ó de perversidad inaudita, y terribles dragones y serpientes, recuerdos más ó ménos próximos del Gygur, Yurmungand y Nidhogre de la *Vision de Vala* en los peregrinos cantos del *Edda*, ó del Polífemo y Caco, Ticio y Anteo, el dragon de la Hespérides, y la serpiente Pyton, la Hidra de Lerna y la Esfinge tebana, en los poemas helénicos.—Terríficos leones y fatídicas águilas, gallos y perros misteriosos, horrorosos trasgos y vestiglos, rios y lagos encantados, árboles y yerbas mágicas, ma-

(1) Pueden consultar los lectores que desearen mayor ilustracion en este punto, el capítulo I del ciclo II de la segunda parte de la *Historia crítica de la Literatura Española*, donde tratamos exprofeso esta cuestion de los orígenes de la literatura caballeresca.

ravillosos filtros y brevajes, enigmáticos cantos y prodigiosos cuanto revesados conjuros..., completaban en las aplaudidas creaciones de la literatura caballeresca, el sorprendente y fecundísimo aparato, que constituia su gran máquina poética, no sin que alcanzasen á los mismos héroes, que intenta inmortalizar, ya en sus propias personas, ya en las armas que revisten y usan, ora en los briosos corceles que cabalgan, ora en los palacios que habitan, aquellas sobrehumanas virtudes. Alcázares encantados, construidos en el fondo de cristalinos ó temerosos lagos, ó levantados sobre enhiestas montañas; caballos de razas y formas peregrinas, que cruzan rápidamente el espacio ó se levantan en los aires hasta desaparecer de la vista humana; espadas y lanzas, mazas y hachas de armas, escudos y cascos, lórigas y mantos, balteos y cíngulos dotados de extraordinarias cualidades y virtudes forman, con otras prendas suntuarias, el característico ajuar de aquel linaje de héroes predestinados, cuyos cuerpos gozan no pocas veces el privilegio de ser invulnerables é incombustibles, como lo fueron para la antigüedad Aquíles y Messapo, prole de Tétis y de Neptuno.

Pero esta vida fantástica y de perpétua maravilla, en que todo cedia al fallo de una *predestinacion*, muy semejante en sus principios y más todavía en sus efectos al terrible *fatum* de la gentilidad, heredada por el mahometismo, no se realizaba solamente dentro del mundo de la caballería, en las esferas políticas, donde aquellos predestinados caudillos desarrollaban sus fuerzas personales, ó ponian á prueba la virtud de peregrinos talismanes ó la proteccion eficaz, bien que á veces rudamente contra dicha, de poderosos encantadores. Al lado de las historias, deducidas ya de las crónicas bretonas, ya de las Cárlo-wingias, que constituyen en aquella peregrina literatura dos grandes ciclos,—habian aparecido las devotas historias de *Joseph de Arimathea* y de *Perceval de Gaula*, que reconocian su fuente en la vida del Salvador, y dando orígen á una larga série de ficciones piadosas, relativas al *Santo-Graal* y su *Demanda*, producian un tercer ciclo de creaciones andantescas, reflejando por una parte la vida real de la caballería religiosa y empleando por otra todas las artes de adivinacion y de encantamiento.—El *Santo-Graal*, que no otra cosa era sino la *escudilla*, de que se sirvió Jesús en la última cena con sus Apóstoles, debia permanecer encantado, bajo la custodia de la bella y virginal Orbanza, hasta que el caballero predestinado, penetrando en

el recóndito castillo donde se guardaba, pronunciase ciertas misteriosas palabras, único medio poderoso y suficiente á desbaratar el mágico cautiverio de aquella hermosa reina, restituyendo al mundo cristiano, para su adoracion, tan rica y preciosa joya, santificada por el contacto de Jesucristo.

Esta literatura, así nacida, y desarrollada con tales elementos, tanto en las naciones del Norte, como en las occidentales de Europa, penetraba en el suelo ibérico ya incontrastable, merced á la lucha señorial y á la guerra fratricida que escandalizan á España, al mediar del siglo XIV (1350 á 1368), y vencidas al cabo las dificultades que le habia opuesto el génio de nuestra civilizacion y literatura. Las huestes del Príncipe Negro, amparador *bien fadado* de la legitimidad de D. Pedro de Castilla y las falanges del aventurero Beltran Du-Guesclin, protector interesado de la usurpacion intentada y realizada por el bastardo de Trastamara, derramaban alternativamente entre los próceres castellanos, á quienes en no pequeña parte se mezclaban tambien los de Aragon, el gusto de las ficciones caballerescas (1); y como lo extraordinario, lo maravilloso, lo sobrenatural que las constituia y caracterizaba, era precisamente todo aquello que recibia aliento, ser y vida de las artes de *adivinacion* y de las artes de *encantamiento*, natural debia parecer, y lo fué realmente, que las *artes mágicas*, de largo tiempo arraigadas en la Península, recibieran no insignificante impulso é incremento. Pero esta vez acontecia naturalmente que, no ya en las clases y esferas menores de la sociedad, sino en las más elevadas y discretas, hacian presa, é iban á producir doloroso efecto las vanidades y supersticiones, que venian á fomentar los *libros de caballerías*; pues que sólo entre los próceres y caballeros, dado el estado político de Aragon y de Castilla, podian hallar acogida aquellas maravillosas ficciones. Los hechos históricos confirmaban ántes de mucho tiempo esta desconsoladora verdad en la más solemne ocasion que ofrecieron las luchas interiores de España y del modo más público y terminante, segun verán muy luego nuestros lectores.

Hacíase, pues, evidente, que durante todo el siglo XIV, léjos de erradicarse las *artes de adivinacion*, que tenian su principal raíz en la *astrología*, tomaban por desdicha en el suelo español

(1) *Historia crítica de la Literatura Española*, t. V, cap. I, pág. 36 y siguientes.

extraordinario incremento, subiendo de nuevo por las vías que dejamos indicadas, y con la autoridad de los reyes y sus magnates, á las más altas esferas sociales. En vano clamaron contra ellas, trás los ya mencionados Fray Pedro Nicolás Pascual y Raimundo Lulio, otros insignes moralistas de aquella centuria, declarando descomulgados á sus cultivadores y calificándolas de *diabólicas*: «Los adevinadores, que catan las estrellas é guardan (miran) los »sueños et los agüeros et se consejan de los emponsoñados, así »como de las serpientes (decia uno de los más ardientes propug»nadores de estas vanidades) son descomulgados.»—«Esta vanidad »de las artes de encantar et de adevinar, se esforçó de la domina»cion de los malos ángeles en toda la redondez de la tierra. Et por »ende van ayuntados al diablo, ca dó es el maestro, y (allí) es el »decípulo» (1). Las *artes goéticas* prosiguieron, pues, infelizmente su triunfal camino, teniendo cada dia nuevas creces; pero no podia ser dudoso que, al extender su dominacion á todas las gerarquías sociales, debió ser mayor su estrago en las clases menores, quitado ya todo temor y freno con el nocivo ejemplo de las más elevadas.

II.

PREPONDERANCIA DE LAS ARTES MÁGICAS DURANTE LOS SIGLOS XIV Y XV.

En efecto: miéntras en la forma indicada parecian sobreponerse las *artes mágicas* á la santidad de la doctrina católica, menospreciando las nuevas prescripciones de la Iglesia y ahogando la voz de los moralistas,—efecto doloroso, en que no dejaba de tener alguna parte la tolerancia de la ley de *Partida*, en órden á la *astrología* y á los que la ejercian «con buenos fines,»—era de ver cuán sueltos andaban en las regiones del vulgo los que por modos irrisorios, criminales y aun sacrílegos, ejercian aquellas vanidades.—*Sortílegos* (sorteros), que como en los tiempos de San Isidoro, bajo la capa de fingida religion ó de piedad, echaban suertes sobre los santos de más general devocion, cometiendo con ellos los más extravagantes atentados, ó ya se valian de náipes (cartas), ó

(1) *Espéculo de los Legos* (anónimo), cap. LXXXIV, *De los fechizeros*.

revesadas escrituras, para predecir lo futuro (1); *saludadores* y *ensalmadores* que ora hacian alarde de conjurar en hombres y ganados los efectos de pestilenciales y aun de ordinarias dolencias, ora se jactaban de poner á cubierto de las inclemencias del cielo en tormentas é inundaciones, incendios y pedriscos, los intereses de los hombres, expuestos además á lastimosas quiebras, por efecto de langostas, pulgones, escarabajuelos, etc.; *cantaderas*, *entendederas* y *danzaderas*, que ya encantaban por medio de misteriosos y arrebatadores cantares, ya lo verificaban en virtud de jugos y filtros de plantas venenosas, ó de singulares virtudes eróticas, ya, en fin, merced á vertiginosas y lúbricas danzas; *adivinos* y *adivinas*, *aojadores* y *aojadoras*, con otros mil embaydores, que así se valian de todas estas artes para producir el mal, como para suponer que alcanzaban el bien, ya curando la tristeza de amor y otras pasiones de ánimo, ó causándolas exprofeso.... hé aquí el largo cortejo de ilusos ó malvados, que al mediar del siglo XIV respondian en las clases más populares á la extraordinaria dominacion ejercida en las superiores por las artes de *astrología*, á que daba no exíguo incremento en las mismas el triunfo de la literatura caballeresca.

Notables eran, por cierto, bajo esta popular relacion, las declaraciones que el ya memorado Arcipreste de Hita, tan docto como inclinado á las maravillas de la *astrología*, hacía con frecuencia en su originalísimo poema, panorama ingénuo y verdadero de todas las clases sociales de España durante el indicado siglo XIV. Las artes inferiores de *adivinacion* ya citadas, estaban por lo comun en manos de las juglaresas, moras y judías, que en gran número recorrian villas y aldeas, invadiendo tambien, no sin frecuencia, las plazas y mercados de populosas ciudades.—Hablando de la pasion amorosa que Doña Endrina inspiraba á Don Melon, personajes ambos harto humildes, decia por ejemplo:

817 Doña Endrina me mata et non sus compañeras;
Ella sanar me puede, et non las *cantaderas*.

(1) San Isidoro daba á conocer este linaje de adivinos, diciendo: «Sortilegi sunt qui sub nomine fictae religionis per quasdam quas sanctorum vocant, divinationis scientiam profitentur, aut quarumcumque scripturarum inspectione futura promittunt (*Ethimol.*, lib., VIII, cap. *de Magis*). Como vamos notando, al mediar del siglo XIV, ejecutaban los sorteros las mismas ó análogas prácticas, que denunciaba en el VII la ciencia del metropolitano de Sevilla. Los sacrilegios de los *sorteros* subian de punto en las centurias siguientes, como despues verémos.

Más adelante, dando alguna razon de las poesías populares escritas por él, manifestaba el mismo Juan Ruiz que habian servido estas para *entendederas* y *cantaderas* judías y moras; y tratando de los amores de Doña Endrina, aseguraba que la vieja Trotaconventos, insigne modelo de Celestinas,

892 Encantóla de guisa que la enveleñó;
Dióle aquestas cántigas, la cinta le ciñó,
En dándole la sortija, del ojo le guiñó, etc.

Y al narrar los efectos de las artes empleadas por la vieja hechicera, componedora de ajenos gustos, añadia, celebrando sus aciertos:

915 Si la enfechisó ó si le dió atincar;
O si le dió rainela, ó si le dió mohalinar;
O si le dió ponzoña ó algun adamar;
Mucho aina lo sopo de su seso sacar.

Crecian con todos estos *hechizos* el influjo y poderío de las *artes mágicas* en los últimos dias del siglo XIV, llegando con fuerza incontrastable al XV, en que recibian por cierto notabilísimas creces.—Difícil sería en verdad formarnos cabal idea del punto á que subió en la corte de D. Juan II y D. Enrique IV su mísero estrago, si careciésemos de testigos tan fehacientes y autorizados, como lo son un Fernan Perez de Guzman, Señor de Batres, un Don Enrique de Aragon, titulado Marqués de Villena, un Don Fr. Lope de Barrientos, Obispo de Cuenca y maestro del mismo Enrique IV, y un Juan de Mena, la más alta gloria del Parnaso castellano por aquellos dias. Largo y detenido exámen deberiamos hacer de cuanto todos estos ilustres varones dijeron sobre las *artes mágicas* y de *adivinacion*, para lograr que nuestros lectores formáran por sí el indicado concepto. —Observemos, ante todo, que miéntras el Marqués de Villena, calificado por el vulgo de sus coetáneos de *nigromante*, y el Obispo de Cuenca, visto sin razon por los eruditos modernos como un detractor de D. Enrique, cuya librería excruta y en parte quema,—escribieron intencionalmente de aquellas artes,—señalaban sus efectos el señor de Batres y el poeta de D. Juan II, cual meros observadores de los hechos.

Al dirigir el Infante de Aragon su libro del *Aojamiento ó fascinología* á Juan Fernandez de Valera, uno de sus más discretos amigos, limitábase, sin embargo, á tratar exclusivamente de la enfermedad, vulgarmente apellidada *mal de ojo*, en tanto que Don

Lope Barrientos abarcaba en su tratado todas «las especies de adivinanza» hasta entónces conocidas. Proponíase el Marqués, admitida la realidad de los hechos, probar «por razones naturales» que el aojamiento ó fascinacion existia siempre en razon de la «mayor fuerza visiva» y de la atencion más ó ménos eficaz del que fascinaba (lo cual sirve hoy tambien de base á la numerosa secta de los magnetizadores, que en nuestro alrededor pululan); y sin dar al acto de la fascinacion trascendencia alguna, respecto de las artes adivinatorias (lo cual se intenta hacer en nuestros dias),— exponia los medios más probados para curar dicha dolencia, que no bajo otro concepto la considera, no olvidando su erudicion á griegos ni romanos, hebreos ni arabes, con lo cual daba á entender cuán grande era la antigüedad del *aojamiento*. Los cristianos de su tiempo, que es lo que á nuestro propósito más interesa, valíanse principalmente, para obtener la curacion, de manecillas de plata con incienso, de coral, de hojas de laurel, de raíz de mandrágora, de jacinto, así como tambien de dientes de pescados marítimos, de ojos de águila, de mirra y bálsamos, formados de muy diversas sustancias. Digno es de observarse, al examinar este peregrino tratado, que D. Enrique de Villena, el nigromante, entre cuyos libros se hallaba, después de su muerte, acaecida en Madrid en 1432, el famosísimo libro de mágia del *ángel Raziel*, quemado por Barrientos, sólo trataba de la *fascinacion*, como de un fenómeno natural, mientras atribuia ó señalaba en sus coetáneos las supersticiosas influencias que disipaban ó neutralizaban todos aquellos peregrinos amuletos, muy semejantes á los empleados por los musulmanes con análogo propósito (1).

Componíase el libro del Obispo Barrientos de tres diferentes tratados, que encerraban en breve volúmen cuanto pudiera saberse de las *artes mágicas* y de *adivinacion*, tales como se ejercian á la sazon en toda la Península ibérica. Dedicábase el primer tratado á discernir «si habia *caso* y *fortuna*,» punto en que desconocida ú olvidada por D. Fr. Lope la doctrina del piadoso Obispo de Jaen, D. Fr. Pedro Nicolás Pascual y del sabio mallorquin Raimundo Lulio, resolvíase por la afirmativa, invocando al efecto la autori-

(1) Para los lectores que gusten de mayores noticias, advertirémos aquí, que el códice original que encierra este y otros tratados de D. Enrique de Villena, más conocido por su fama, aunque injusta, de nigromante, que por las obras literarias que produjo, existe en Biblioteca Nacional bajo la signatura F. 101.

dad de los griegos, y más especialmente de Aristóteles, «príncipe de los philósofos, que avia desto perfetto conoçimiento, segunt ovo de todas las cosas naturales.» Admitido en tal manera el principio, que era total negacion de la doctrina del *libre albedrío*, base del cristianismo, en lo cual cedia, sin duda, el Obispo al general influjo de las ideas dominantes,—veíase como teólogo, empeñado en lastimosas contradicciones, concluyendo que *lo fortuito* de las cosas provenia indefectiblemente de tres causas, á saber: del *cielo*, del *ángel* y de *Dios*. «El *cielo* (decia) mueve é induce á los »omes á querer escoger alguna cosa, imprimiendo alguna influen»cia en sus corazones; mas el *ángel* dispone á los onbres para es»coger, non imprimiendo alguna influencia, como el cielo, salvo »por manera de consideracion intelectual, alumbrándolo para »conoscer et faser algun bien, non demostrando nin aclarando la »causa de aquel bien. Lo tercero dixe que procedia de Dios, esto »es, operacion divina, por la cual el ome es inclinado á querer es»coger alguna cosa, non sabiendo la rason dello.» Difícil era hacer mayor esfuerzo para lograr el maridaje de dos principios tan antagónicos como los ya citados del *libro albedrío* y del *fatum*, que tanta fuerza recibia de las desdichadas creencias astrológicas, sobre que asentaban la mayor parte de las *artes de adivinacion*, cual saben ya los lectores: el Obispo de Cuenca, arrastrado en la pendiente de tan doloroso error, llegaba al extremo de concluir, que, «no era responsable de sus actos, como lo era el que usaba de su libertad y eleccion, el hombre que avasallado por el *caso ó fortuna*, cometia algun acto inhonesto et non debido.» ¿Adónde iba por tanto la doctrina católica de la responsabilidad humana?...

Dedicado estaba el segundo tratado del Obispo de Cuenca á dar noticia «del dormir et del soñar et de las adevinanzas et agüeros et profeçías», materia que divide en tres partes. Procura en la primera declarar «qué cosa es dormir et quáles son sus causas, et qué cosa es despertar et quáles son sus causas»: investiga y discierne en la segunda la de los *sueños*, aspirando á determinar su valor, significacion é importancia; y atiende en la tercera á mostrar «qué cosa es profeçia, et agüeros et adevinanças», señalando sus diferencias y estableciendo la semejanza que guardaban con los sueños, etc. No puede ponerse en duda que si D. Fr. Lope Barrientos habia cedido más de lo justo á la influencia de los astrólogos, tratando del *caso* y *fortuna*, dejábase llevar tambien por de-

más en esta parte de su libro hácia el ejemplo de los expositores de *sueños*, que en tan prodigiosa abundancia habian florecido entre los árabes, segun advertimos ya en el anterior artículo. Más severo, en órden á profecías, agüeros y adivinanzas, condenaba como prevaricadores á los que á la sazon se jactaban de póseer espíritu profético y de practicar las artes adivinatorias, si bien sólo atendiera en este segundo tratado á presentar una ida general de las mismas.

Por complacer al Rey D. Juan II, á quien iba sucesivamente dedicando todo el libro, pretendia por fin en un tercer tratado «poner las espeçies de adevinar ó adevinanza». Compartíalo con tal intento, hasta en seis distintas partes ó capítulos: resolvia en la primera si era ó nó posible la adivinanza ó arte mágica; inquiría en la segunda sus orígenes, fijando donde «ovo dependençia ó nasçimiento;» discernia en la tercera «qué cosa era adevinança;» mostraba en la cuarta de «qué manera pecan los que usan della;» destinaba la quinta á enumerar todas sus especies; y resolvia por último, en la sexta, las dudas que abrigaban sus contemporáneos, así respecto del adivinar como de las especies ó modos de ejercer esta peligrosa arte. No es difícil comprender, dada esta sumaria exposicion, que refiriéndose más inmediatamente á las esferas populares, ofrecia desde luego este tercer tratado mayor interes que los dos precedentes respecto de las costumbres y de la vida real del siglo XV. La adivinacion se verificaba, segun el obispo: 1.° Por invocacion de los espíritus infernales (demonologia); 2.° Por la evocacion de los muertos (necromancia); 3.° Por la interpretacion de los sueños (onecrocrítica); 4.° Por el escrutinio de las entrañas de los animales (aurispicina); 5.° Por las horas del nacer, el movimiento de las estrellas, etc. (astrología); 6.° Por la inspeccion del vuelo y canto de las aves (auguraria); 7.° Por el resultado de ciertas suertes ejecutadas al compas de impías recitaciones ó conjuros, (cartomancia-sortilogia); 8.° Y finalmente, por medio de otros muchos procedimientos, tales como la inspeccion del agua (hydromancia), de la palma de la mano (quiromancia), de espejos y otros cuerpos brillantes y luminosos.

Con la mira en la correccion de los errores y supersticiones populares, que hallaban con sobrada frecuencia excesivo calor aun en el mismo clero, esforzábase el maestro de D. Enrique IV, —que tan benevolente se mostraba para con los *astrólogos* y aun para

los *intérpretes de sueños*,—por combatir los efectos de las *artes mágicas*, reprobándolas «como frívolas et de ninguna eficaçia», si bien sucedieran alguna vez las cosas anunciadas por los adivinos. Muchas y muy afrentosas eran las prácticas y vanidades que de aquellas artes emanaban: D. Fr. Lope Barrientos condenaba con energía las que se referian á cubrir de luto las imágenes, quitar las lámparas y luminarias de las iglesias, para hacer alarde de profundo dolor, celebrar misa de difuntos por los vivos, á fin de causarles la muerte, y «levantar camas,» túmulos ó catafalcos en medio de la Iglesia, «et faser oficio de muertos, para que los homes mueran ayna.»—Igual celo desplegaba el obispo, al condenar la doble secta de las *brujas* y *hechiceras* que apoyándose en las *entendederas*, *cantaderas y danzaderas* públicas, infestaban en secreto la sociedad española, disputando su cetro á los antiguos *magos*. Al terminar su libro, monumento eficaz para conocer y quilatar hoy el verdadero estado de este linaje de creencias, descubriendo á los ojos de la historia la contradictoria situacion de los espíritus aun entre los hombres más ilustrados,—dirigíase al Rey D. Juan II con estas significativas palabras, referentes á las *artes goéticas*:—«Muy poderoso Rey: tan gran deseo tengo, si fasserlo »pudiese de erradicar del pueblo las tales abusiones que non quer»ria en esta vida otra bienaventurança, si non poderlo fasser. Por »ende, pues mi poder es tan flaco et el tuyo tan alto et tan sobe»rano, más mérito alcançarás en destruir vanidades que en quantos »ayunos farás en toda tu vida. Bien creo que algunos tienen et afir»man lo contrario: los quales, soy çierto que non lo osarán afirmar »donde sabios perfectos oviere; ca las raçones susodichas son tales »que, bien miradas, no tienen soluçion.» Téngase entendido que al dirigir al mismo Rey D. Juan este tercer tratado, habia declarado ya el de Cuenca que los prelados debian saber cuanto en él mostraba, «para no absolver los reos et condenar los inocentes, como ya les acaesçió» repetidas veces (1).

Usando de criterio acaso más firme é ilustrado, y de no ménos sana intencion, fijaba Fernan Perez de Guzman sus doctas miradas en las *artes goéticas*, que fué el primero á calificar de *irrisorias*, en dos de sus más bellos poemas. Distinguíase el primero

(1) Nos valemos para este estudio del códice S 10, de la Biblioteca Nacional, utilizado ya por nosotros en la *Historia crítica de la Literatura Española*, tomos VI y VII.

bajo el título, tan formal como respetable, de *Confesion Rimada*, y apellidábase el segundo *Tratado de Vicios et Virtudes*. Movido de aquella noble ingenuidad é ilustrada devocion, que habian brillado en la musa de Pero Lopez de Ayala, al confesar sus pecados en el *Rimado del Palacio*, exponia el autor de las *Generaciones* y *Semblanzas* sus creencias religiosas en la *Confesion Rimada*, moldeándolas en los salvadores preceptos del *Decálogo*. Pecaban, y pecan contra el primero, que es «amar á Dios sobre todas las cosas,» cuantos creyeren en sectas falsas, supersticiones y agüeros: Fernan Perez exclamaba sobre esta parte capitalísima de la doctrina católica, condenando todas las artes de adivinacion que tienen su raíz en la astrología, no ménos que las que á los *sueños*, *acasos* y *venturas* se refieren:

Aquel ama á Dios que en los *planetas*,
estrellas, nin *signos* non há confianza,
nin teme *fortuna*, nin de los *cometas*
recela que pueda venir tribulanza.
Nin pone en las *aves* su loca esperanza,
nin dá fé á *sueños*, nin cuyda por *suertes*
desviar peligros, trabajos é muertes,
nin por la *ventura* bien ni mal alcanza.

Fijando sus miradas en los encantamientos y conjuros, tan acariciados en los libros caballerescos, como creidos y temidos de la muchedumbre, añadia:

Aquel á Dios ama que del *escantar*
non cura de viejas, nin sus neçias artes.
....
Aquel á Dios ama que de las *cartillas*,
que ponen al cuello por las calenturas
non usa, nin cura de las *palabrillas*
de los monifrates (?), etc.

Reprobadas en tal manera estas vituperables artes, no se olvidaba Perez de Guzman en su *Confesion Rimada* de otras no ménos abominables supersticiones, tales como las de interpretar los estornudos, hacer mal de ojo y tornar el cuajo, á que se agregaban el contemplar en espejos y espadas terríficas visiones y cercos fatídicos, donde aparecian los ministros de Satanás revelando lo futuro; el examinar las uñas de *mozo chico*, y pintarse el rostro de extrañas figuras y colores, así como el consultar la colocacion

especial, el tamaño y otros accidentes del omóplato, á que daban nombre de *hueso blanco de la espalda* (1).

Las misteriosas *cartillas* por él mencionadas recibian tambien los nombres de *cartas vírgenes*, *metros sanctos y escripturas de salud*, conforme á los fines, á que torpemente las destinaban. Esta condenacion, prueba harto dolorosa de la existencia de todas estas vanidades, repetíase en el citado libro *De Vicios et Virtudes* cuando reprende el temerario anhelo de penetrar *lo porvenir*, fuente principal de todas ellas, del siguiente modo:

De aquí es la *astrología*,
incierta é variable;
de aquí la abominable
é cruel *negromancia*,
é puntos é *jumençia*;
de aquí las *invocaçiones*
de *espíritus* é *phitones*;
de aquí *falsa profeçía*.
Estornudos é *cornejas*
de aquí, é *suertes consultorias*;
de aquí ARTES IRRISORIAS
é *escantos* de falsas viejas.
De aquí frescas é añejas
diversas supersticiones;
de aquí *sueños* é *visiones*
de lobos só piel de ovejas.

Discreto en esta ocasion, como siempre, y firme en la verdadera doctrina, rechazaba una vez y otra el ilustre señor de Batres todas las artes mágicas y de adivinacion, que plagaban la sociedad de su tiempo, cuando fluctuaban y aun claudicaban, bajo determinados conceptos, los más eruditos prelados. Su testimonio, por lo mismo que no era directo, cobraba grande fuerza, como le granjea hoy singularísima estimacion, respecto del universal predominio alcanzado por aquellas vanidades durante la primera mitad del siglo XV.

Y no la merece menor, bien que en relacion diferente, el insigne hijo de Córdoba, que llevó por excelencia en la Corte de don Juan II el título de «poeta». A nádie es dado hoy dudar en efecto que el docto Juan de Mena, cronista un dia de D. Juan II, pintó

(1) El mismo señor de Batres dice que peca mortalmente:

Aquel mal xpristiano, que con grandes curas
en el hueso blanco del espalda cata.

en su *Laberyntho*,—poema más citado que estudiado ántes de ahora,—con tanta exactitud como brio la tenaz lucha, sostenida en las gradas mismas del trono por los inquietos próceres que disputaban el poder á D. Alvaro de Luna. Aplaudidas por don Juan II aquellas verídicas narraciones, que al decir de un testigo presencial, hacian, al ser recitadas en la Corte, «que se pellizcasen en el corazon los magnates que, al oirlas, más se aplacian en la cara» (1),—no vaciló en sacar en ellas á la vergüenza las flaquezas y menguadas supersticiones de aquellos orgullosos nobles, que por su sed de venganza, humillaban su personal dignidad y la claridad de sus nombres ante una de aquellas «falsas viejas,» condenadas por el señor de Batres, cual torpes pitonisas, que debian tener á poco andar personificacion artística en las Celestinas y Claudinas, como la habian tenido ya en las Trotaconventos.

«Notabilísimo es en verdad bajo tan interesante aspecto (hemos escrito ántes de ahora) el cuadro trazado por Juan de Mena en el *Orden de Saturno*, uno de los más notables cantos del mencionado *Laberyntho*: los próceres de Castilla, que intentaban igualarse con los reyes, comparecen en efecto ante hábil y famosísima *encantadora*, para saber la suerte que esperaba á D. Alvaro de Luna, cuya ruina ambicionaban. De pulmon de lince, de sierpe formada de espina de muerto, de ojos de lobo cano, de medula de ciervo, de piedra de águila, de sustancia de rémora (pez echino) y de fragmentos de ara consagrada al culto divino, forma la hechicera extraña mistura ó ungüento; y aplicándolo á un cadáver insepulto, colocado por ella en misterioso círculo, pronuncia terrible conjuro, en que mezclados los nombres de los dioses infernales, evoca el espíritu, que debia animar aquel mísero cuerpo» (2).

El aparato, de que usa la maga, habitadora de fantástica y temerosa cueva, empezando la satánica invocacion con triste murmurio, que se trueca luego en «disono canto,» no puede ser más sorprendente: ya fingiendo el rugir de las fieras, ya silbando como espantosa sierpe, ora «faziendo estridores,» como rabiosa tigre, ora aullando horriblemente como perro sin dueño, agítase la adivina en tal manera á vista de los próceres consultadores, que todos se sienten dominados de indefinible terror, permaneciendo

(1) Cibdad-Real, *Centon epistolario*, Epístola XX.
(2) *Historia crítica de la Literatura Española*, t. VII, cap. XXII, pág. 424.

inmóviles de espanto. La vieja hablaba al fin, demandando á los dioses infernales «un espíritu sutil y puro,» que animando el cuerpo insepulto, le responda y satisfaga á la demanda que ha de hacerle; y tornándose después hácia el cadáver, azotábalo rudamente con una culebra viva, á fin de que diese entrada al «espíritu maligno,» que vendria á vivificarlo. Repitiendo sus satánicos cantares, en torno del flagelado cuerpo, conmuévense los miembros de éste á medida que va creciendo la furia de la nigromante, y arrojando inarticulados sonidos, forma al fin determinadas palabras, las cuales anuncian á la maga que se ha realizado ya la solicitada encarnacion del espíritu.—No sin misteriosos ademanes acércase la vieja al cadáver, y pronunciando frases impías, le dirige en voz muy baja (por modo callado) repetidas preguntas, relativas á la demanda de los magnates castellanos. Moviendo la lengua el mísero cadáver, miéntras afea y condena el maligno espíritu el proceder y las habituales violencias de los magnates de Castilla, «contra quienes estaban muy airados los dioses infernales,» predice y anuncia por último la caida del Condestable don Álvaro, el cual se hallaba á la sazon en la cumbre de su privanza y poderío.

Mentira nos parece hoy, que subiera á tal punto la supersticiosa credulidad de aquellos Grandes, para quienes era noble ejercicio el culto de las letras; y sin embargo no es posible desconocer en esta sacrílega y pavorosa consultacion nigromántica,—que á juzgar por la insistencia de las leyes civiles y de los cánones eclesiásticos, tenía repetidísimos ejemplos,—á los mismos hombres que menospreciada toda santidad, establecian y juraban ante el divino altar, dividiendo entre sí la hostia consagrada, no ménos sacrílegos pactos. Y no sorprenden ménos la variedad y rara eficacia de los medios empleados por los nigromantes para lograr los extraordinarios efectos que tan fantásticas como repugnantes escenas producian: al leer ahora su terrorífica narracion, no es ya de maravillar que, segun afirmaban los autores de la ley de *Partida*, en otro lugar citada (1), turbaran y trastornaran las pavorosas evocaciones de los nigromantes de tal modo las mentes de sus crédulos consultadores que les ocasionaran con harta frecuencia la demencia ó la muerte.

---

(1) Véase el artículo anterior, pág. 394 del t. XVII, de esta REVISTA.

Atravesando con igual fuerza el reinado de Enrique IV, á pesar de los ardientes votos de su ilustre maestro, D. Fray Lope Barrientos, llegaban las *artes mágicas* y *de adivinacion* al glorioso reinado de Isabel la Católica. Aquella gran reina que, llevada del noble celo del bien, acudia solícita á curar las profundas llagas que afligian á la sociedad española, ponia tambien el mayor empeño en la extirpacion de tan afrentosas como nocivas vanidades. Tan meritorio intento hallaba el más sincero aplauso en los hombres ilustrados, que honran aquella Edad venturosa para España; y el desinteresado testimonio de historiadores extranjeros, el hidalgo reconocimiento de los naturales y los documentos legales de la época, dieron al par prueba inequívoca de que no cupieron en la mente de la hija de D. Juan II las dudas y vacilaciones que habia abrigado este rey erudito sobre lo que eran, significaban y valian las *artes goéticas* y las torpes supersticiones por ellas engendradas.

Digno de ser conocido de nuestros lectores es, en este concepto, el hecho memorable, trasmitido á la posteridad por el honrado Obispo de Palencia, D. Rodrigo Sanchez de Arévalo, celoso historiador de aquellos dias. Narra, en efecto, aquel ilustre Prelado, con loable ingenuidad, que habiéndose desposado una sobrina del esclarecido D. Bernardino de Velasco, Conde de Haro y primer Duque de Frias, con uno de los principales caballeros de Castilla, cundióse á poco en la Corte la peregrina cuanto escandalosa nueva de que habian sido *ligados* por mediacion de un hermano del referido caballero, con el criminal intento de enemistar, ó más propiamente hablando, de *infernar* aquel matrimonio. Súpolo al fin la Reina Isabel, y deseosa de evitar, como lo tenía de costumbre en casos análogos, las consecuencias de tan extraño rompimiento, demandó al citado Obispo Sanchez de Arévalo las causas del mismo. Contestóle D. Rodrigo que de público se decia que ámbos cónyuges habian sido ligados (quod erant ligati): sorprendida la Reina, replicóle en el acto: «De ningun modo se ha de asegurar ni creer tal cosa entre católicos. Esa es una errada opinion del vulgo.» Repúsole el Obispo, no sin hacer alarde de respetuoso comedimiento, que era, en sentir de muy autorizados doctores, muy posible romper la union de marido y mujer «por arte satánica.» Dudó la Reina; y consultado en su presencia D. Fr. Diego Deza, maestro en sacra teología y del Príncipe D. Juan, respondió éste á

la ilustrada pregunta de Doña Isabel, que si bien era el matrimonio un sacramento, y como tal indisoluble, teníase por cierto, dado el testimonio de muy santos doctores, que podia verificarse la *ligadura* por obra y virtud del diablo, no siendo dudoso que á muchos habia así acontecido. Á declaracion tan terminante, que apoyaba en efecto el futuro Inquisidor general con la autoridad de Santo Tomás, príncipe de los teólogos, no ménos que con la de otros PP. de la Iglesia, replicaba la Reina, animada de muy noble entereza: «Quedo enterada; pero todavía os pregunto: Señor Obispo, el no creer estas cosas ¿va acaso contra la fe católica?» La contestacion de D. Fr. Diego fué negativa; á lo cual añadió Doña Isabel, no sin hidalga satisfaccion que la enaltece por extremo: «Me inclino ante la Santa Iglesia; pero si esto no va contra la fe, aunque los doctores así lo aseguren, jamás creeré que Satanás pueda ejercer potestad alguna sobre los que están unidos en matrimonio, ni ménos *ligarlos*, segun la vana opinion del vulgo (1).»

No era, pues, de admirar que, superior en esto, como en todo, aquella gran Reina á los más claros varones de su tiempo, condenando de lleno todas las demás *artes mágicas*, que eran mucho más criminales que la ejercida por los *encantadores*, á quienes el vulgo atribuia la facultad y poderío de *infernar* los matrimonios y de poner desamor y ódio eterno entre los que ántes se amaban, pagara el merecido tributo y racional obsequio á la sinceridad y pureza de la doctrina cristiana, procurando limpiarla de toda vergonzosa mancha y matadora cizaña. Fué así como, áun ántes de merecer, con su esposo D. Fernando, título de *Católica*, persiguió y aspiró á extirpar con mano fuerte todo linaje de *hechicerías*, *agüeros* y *supersticiones*, con la falsa ciencia de los adivinos (astrología), al paso que procuraba tambien erradicar las artes reprobadas de la *tafurería*, los juegos de engaños que herian la conciencia, las *blasfemias*, *reniegos*, y cuantos vituperables abusos maleaban ó corrompian las costumbres. Oigamos al propósito á uno de los más notables poetas de aquellos dias. Refiriéndose Diego Guillen de Avila, canónigo de Palencia, á los altos merecimientos é ilustracion de Isabel y de Fernando, exclamaba:

(1) Apéndice á la *Crónica de España* del mencionado Arévalo, que dió á luz por vez primera el erudito Clemencin en su *Elogio de la Reina Católica*, pág. 569 y siguientes.

Por eso han quitado las artes, los juegos
que con sus engaños herian la conçiençia;
los trajes dañosos, blasfemias, reniegos,
agüeros, hechizos y su falsa sçiençia (1).

¿Lograron los Reyes Católicos el noble fin á que aspiraron, gloria que les adjudicaba por completo su docto panegirista?.... Hé aquí lo que procurarémos investigar en el siguiente artículo, último de los que destinamos al estudio de las *artes maléficas* en el suelo ibérico.

---

(1) *Panegírico de la Reina Isabel*, escrito en 1499.

Diciembre 1870.

José Amador de los Rios.

DON RAMON DE LA CRUZ

Y SU ÉPOCA (1).

(Conclusion.)

ARTÍCULO SEGUNDO.

Tipos de la clase media: los Petimetres, los Cortejos, los Abates.—Tipos del pueblo; la Maja, el Manolo, los Payos.—Juicio de sus contemporáneos.

I.

Cuando se leen con alguna detencion y con la paciencia que el caso requiere, los cien sainetes que forman la coleccion de la *Union Literaria*, es cuando se comprende todo el ingénio que D. Ramon de la Cruz, escritor hoy cási desconocido, empleó en la creacion de tantas y tan variadas obrillas. En el teatro solemos ver algunos cuadros como *La Comedia de Maravillas* y *La Casa de tócame Roque*; pero esto no basta para conocer el singular talento de aquel poeta, y ménos para formar juicio de la sociedad en que vivió y que supo retratar con rasgos tan felices. En la coleccion citada, muy superior á la que hizo el autor de 1786 á 1791, y en que pone en lugar secundario los sainetes, postergándolos á sus soporíferas comedias, es donde está la sociedad del siglo XVIII, la sociedad que vivia aquí en los mismos años en que principiaban á oirse los primeros rugidos de la revolucion francesa, precursora de grandes transformaciones fuera de España y aquí mismo.

Los sainetes pueden dividirse en dos grandes grupos: unos son cuadros populares con un colorido local madrileño muy marcado, con una abundancia extraordinaria de tipos, mucha fuerza de colorido, mucha viveza y propiedad en el diálogo y una gracia ini-

(1) Véase el número 66 de esta Revista.

mitable, pero con escasa ó trivial accion; otras son pequeñas fábulas dramáticas con aspiracion á comedias, caractéres de la clase media con vicios y virtudes de los más generales y dignos de la sátira, con algunos movimientos teatrales bien ideados pero no bien expresados generalmente, accion y un fin moral, que si bien recto y honrado, no siempre es airoso y artístico. En estos sainetes con ínfulas de comedias, ingeniosas sátiras de los vicios de las clases acomodadas, es donde mejor y más pronto se encuentra la sociedad de aquel tiempo. Verdad es que en lo que hemos convenido en llamar primer grupo es donde se manifiesta el ingénio de Cruz en su verdadera esfera; en aquellos cuadros populares, no imitados por nádie, es tal la gracia de las figuras y tan grande la fuerza cómica del lenguaje, que pueden ser considerados como modelos acabados del sainete, género en que no se debe buscar el organismo de la comedia; que no es sino un bosquejo, un dibujo, un grupo de figuras presentadas sin asunto importante que las mueva, ni más encanto que su propia gracia ó ridiculez. Pero en esta otra série de sainetes, en los que se pintan las costumbres y tipos de todas las clases sociales, hallamos, á vuelta de una pobreza grande de conocimientos teatrales y de una nocion muy incompleta de la verdadera comedia, rasgos muy felices de expresion y sobre todo una incalculable abundancia de datos para conocer la época.

Los caractéres dominantes en aquella sociedad, que hemos indicado en el artículo primero, no nos son conocidos hoy sino por estas obras de una frivolidad excesiva, llenas de ingénio, incompletas en su pensamiento, producidas con fácil espontaneidad por una imaginacion privilegiada que entrevé un ideal, pero que por su carencia de luces y la funesta influencia del siglo en que vivió, es incapaz de realizarlo.

Don Ramon de la Cruz, de quien dice Moratin con justicia que fué el único que comprendió entónces la índole de la buena comedia, aparece en un período literario inficionado completamente por lo conceptuoso y lo convencional. Pero él se conserva puro; y si no supo más, si no tuvo la educacion que á su privilegiado entendimiento correspondia, en cambio no cayó en los errores de que no se libraron otros de más saber y experiencía. Aquel hombre, en otra época, hubiera producido frutos de completa madurez, siendo suficiente á realizar la exteriorizacion acabada y artística de la sociedad en que vivia. A fines del pasado siglo, influido por los petu-

lantes detractores de nuestro teatro nacional, y al mismo tiempo recibiendo su inspiracion directamente del pueblo, sin otra regla que la observacion, enemigo de lo convencional y encariñado siempre con unos mismos modelos, fué, sino un gran pintor, un gran dibujante de caricaturas. Perteneciendo á la raza de los grandes artistas, no llegó á serlo, porque no le enseñaron los medios, y porque la fatalidad del tiempo y del lugar le impidió conocer el camino, le privó de esa luz que en los grandes dias de la historia literaria enseña á los génios privilegiados caminos ignorados de todo el mundo.

La sociedad que vive, bulle y se agita en los sainetes es originalísima: cuando se la ve, movida por sus pasiones, por sus frívolos entretenimientos, por sus deseos; cuando se observan los lazos que unian á las personas, las relaciones entre las clases; cuando se oye su lenguaje, nos da espanto el considerar lo que fuimos, y causa extrañeza que una sociedad haya atravesado tan rara crísis y haya podido en sus transformaciones llegar á ofrecer una faz tan opuesta á su antiguo carácter, perpetuado en muchos siglos, ántes que la influencia francesa viniera á modificarlo. Aquella sociedad representa la primera faz de esa larga série de transiciones que están fundiendo lentamente nuestro antiguo carácter nacional en el carácter general europeo. Como dijimos en el artículo primero, la introduccion de la cultura francesa en nuestras costumbres produjo, al principio y miéntras las ideas y la revolucion del presente siglo comenzaron á hacer sentir sus efectos, muchas monstruosidades y ridiculeces. Nuestros caballeros desaparecieron con todas sus viriles cualidades bajo el oropel de las galas nuevamente introducidas: su afeminacion no tuvo límites: sus ocupaciones no fueron las armas, ni la caza, ni aquellos ejercicios que dan temple al cuerpo y vigor al ánimo, ni las letras, ni los honrados y apasionados amores, sino el vano galanteo, la poesía de salon, las modas, las mil trivialidades del tocador y de la tertulia. El caballero, el galan español, hermoso tipo de lealtad y nobleza, que cautiva y asombra en el siglo XVI, es en la segunda mitad del XVIII un tipo degradado lleno de chocarrerías y afeminacion.

La figura del galanteador aparece en el teatro de D. Ramon de la Cruz con tal frecuencia, que es raro el sainete en que no toma alguna parte: el petimetre, jóven de la clase media, que no tiene

más oficio que vestirse á la última moda y alternar con los abates en el tocador de las damas, es repugnante: no le iguala ni el *increible* del tiempo del Directorio en Francia. El célebre sainetista los trata con la dureza que merecen, y es sobrado fuerte en la acentuacion de los rasgos de esta caricatura, lo cual prueba cuán grave y general era entónces aquella plaga. Donde mejor retratado se halla es en el sainete *El Petimetre*, cuyo héroe, D. Soplado, es uno de los tipos más cómicos que es dado imaginar. En las primeras escenas de esta pieza, escrita y dialogada con una gracia y una fuerza cómica que no desdeñaria Molière, se puede ver cuál era la vida de un elegante en el siglo XVIII.

Don Soplado se levanta á eso de las diez, y ya le aguarda el peluquero, personaje á quien la moda de los peinados con polvos dió en aquel tiempo un puesto muy importante en la escala social. Por una anomalía, hoy difícil de comprender, D. Soplado toma un libro de misa y reza el Oficio divino miéntras el Fígaro le peina: este es un detalle de los más picantes que se encuentran en el sainete, y marca como nada el estado de las costumbres. Aquel elegante, cuya vida se consagra por entero á la moda, á presidir el tocador de las damas, á dar las leyes del buen gusto en materia de vestidos y á todo lo más trivial y necio que hay en el mundo, no puede prescindir de rezar el Oficio todas las mañanas con verdadera devocion. Con su rezo intercala las advertencias al peluquero y le dice:

Mirad
que ayer dicen que llevaba
tres pelos más en un lado,
y un canto de real plata
más levantado ese bucle.

Tambien da rienda suelta el peluquero á sus chismes, contando várias cosas de las damas á quienes ha peinado aquella mañana; y en esto entran algunos amigos, entre los cuales viene un tal D. Zóilo, abate que ha pasado algunos años en el extranjero. La conversacion recae, á poco de empezada, sobre las cosas de nuestro país, sus adelantos ó atrasos con respecto á los demás de Europa, y el recien venido hace una pintura muy exacta de la trasformacion que la moda estaba realizando en esta sociedad (1). Pero

(1) Para que se comprendan los juicios que entónces hacíamos de nosotros mismos, comparándonos con otras naciones, y el efecto que causaban en nuestras costumbres

en materia de adelantos para D. Soplado no hay otros que los de la etiqueta, los del tocador, los de las finas esencias, los lazos y perendengues. Es chistosísimo, cuando al terminar sus afeites, hace traer vários frascos con distintas esencias y moja en ellos una gran cantidad de pañuelos, diciendo:

—No me vea en la desgracia
del otro dia.
— Que fué?
—Vários pañuelos llevaba
rociados de las mejores
y más exquisitas aguas,
y se le antojó el olor
del clavel á cierta dama:
pidiómelo, y yo, que acaso
entónces no le llevaba,
discurrid cuál quedaria,

---

las primeras irrupciones de la moda extranjera, trascribimos la relacion ingeniosa del abate.

ZOILO. Pues yo traia echada
la cuenta de no pararme
en Madrid ni una semana;
pero en estos cuatro dias
se ha observado que se halla
digno tal cual de que yo
le habite: está adelantada,
en lo que cabe, la gente.
Ayer comí en una casa
y estuvo mediano aquello:
no hubo las extravagancias
de la sopa guarnecida
ni lo de pichon por barba.
. . . . . .
Ya la amanece el buen gusto
en el mueblaje: las casas
se adornan con cornucopias
en vez de petos y lanzas.
Parece se ha propagado
el cultívo hasta las caras:
aquel bruto desaliño
del cabello y de la barba
que hacía nuestra nacion
tan terrible á las contrarias,
ya dócil á beneficios
del jabon y las pomadas,
por donde quiera que vamos,
va diciendo nuestra facha
que somos gente de paz.

sorprendido, hecho una estátua,
corrido; estos son los lances
en que los hombres se atrasan
sus carreras, y es un caso
que en las historias no se halla.
Por eso ahora siempre voy
hecho una botica.

Todo este diálogo es de primer órden: las disertaciones de Don Soplado y D. Zóilo, sobre lo que es buen gusto, exceden á todo encarecimiento por lo saladas y exactas. Por lo demás, el sainete apénas tiene accion: mudada la escena, aparece una familia en que hay dos petimetras y un padre, que cose miéntras sus hijas recitan seguidillas y leen comedias. Don Soplado presenta en esta sociedad á su amigo D. Zóilo, que viene de Paris, y dice:

Este sujeto
ha ido á estudiar las ciencias
á las Cortes: trae secretos
para disimular pecas
de rostro, limpiar blondinas,
quitar manchas, lavar medias,
y otros grandes intereses
de la nacion....

En este segundo cuadro no hay tampoco accion, no hay más que diálogo; pero un diálogo vivo, ingenioso, verdadero, bastante inclinado á la caricatura, muy semejante al de *las Preciosas Ridículas*. Ni un instante fatiga la lectura: todo respira vida y verdad, y se ven aquellos ridículos personajes hablando en su propio lenguaje, animados y llenos de color.

El tipo del petimetre, es un elemento en todos los sainetes que son pinturas de la clase media (1): en el *Petimetre burlado* hay

(1) Ya mejor pintura del caballero galanteador en aquellos tiempos la hace hablando de sí mismo un petimetre en el sainete *La oposicion á Cortejo.*

D. Fausto. Yo sé que no
lo podeis estar, sabiendo
que ninguno contará
diez años como yo cuento
de perenne cortejante
obstinado á los piés vuestros,
tanto que en Madrid soy yo
decano de los cortejos.
Yo, por vos he tolerado

un conato de leccion moral de esas que Cruz da con tan buena intencion como poca gracia. Quiere castigar al ridículo galan con uno de esos mil recursos que se emplean al final de las obras dramáticas, como para satisfacer el vulgar deseo del público de ver aplicado un castigo material al vicioso, sin comprender que el verdadero castigo está en la exhibicion, en el menosprecio que excita, y que esos finales no son otra cosa que el efecto de una mal entendida lógica, y en modo alguno una verdadera satisfaccion de la moral ultrajada. El petimetre no necesita más correctivo que su propia ridiculez, y este es el que con más donaire le aplica el célebre sainetista en todas sus obras. La damisela elegante, la petimetra es tambien un elemento indispensable en los dramas de Cruz: de este tipo no nos quedan sino restos, y no podemos formar una idea de él por lo que hoy se llama una mujer elegante. Aquella tenía algo de la *preciosa* francesa, y sin dejar de ser esclava de la moda y del buen gusto, se asemejaba mucho al tipo *cursi* de nuestros dias: era ménos que la gran dama y ménos que la coqueta; era un conjunto de frivolidad y presuncion, de que la mujer moderna, cualesquiera que sean sus defectos, no puede dar idea. Las petimetras aparecen en todos los sainetes, aun en los de más baja estofa, y son siempre las mismas, traviesas, con poca gracia, empalagosas, ya algo parecidas á lo que hoy llamamos una romántica, ya asemejándose á las que designamos con nombres más concretos, si bien un poco ménos pudorosos.

---

que me desuelle el barbero
todos los dias: por vos
he desmentido mi sexo,
ya al tocador, porque fuera
mi peinado el más perfecto;
ya bordando en cañamazo
á vuestro lado; ya haciendo
bufandas; por vos, con todos
mis parientes indispuesto
vivo; por vos renuncié
los más brillantes ascensos;
por vos jamás voy á misa
sino el dia de precepto;
por vos soy un animal;
pues ni me aplico ni leo,
y sólo sé hablar de modas
y murmurar, ¡que son, cierto,
en un hombre conocido
muy apreciables talentos!

II.

Pero hay en estos admirables grupos de caricaturas un tipo que representa el vicio fundamental de aquella sociedad, vicio al cual dirige principalmente el sainetista su punzante sátira. Este tipo es el Cortejo, palabra que hoy resonará un poco mal, pero que es preciso usar tratándose de aquella época. El cortejo aparece en el Lavapiés, en los círculos de la clase media, en los de la clase alta, en las reuniones del Prado, de San Isidro, en las casuchas de Maravillas, en las casas de Tócame Roque, en los bodegones del Rastro, en las tabernas de las Vistillas, en todas partes. El cortejo es el fundamento de todas las intrigas y el tema de todos los diálogos: á cortejar aspiran los petimetres, y sobre tan delicado punto hablan las petimetras en sus tertulias de confianza. Para que se comprenda á qué punto llegó la relajacion de costumbres, y cuánto se rebajó y degradó el antiguo carácter castellano, basta conocer la terrible propagacion del adulterio, vicio desorganizador de la familia: no sólo en los sainetes, que como tomados del natural son verdaderos documentos históricos, sino en otras muchas fuentes podemos conocer lo que aquello era. Todos tenian la conciencia de que la inmoralidad cundia pasmosamente no sólo en las grandes ciudades, sino tambien en los pueblos, y es bien claro que aquella sociedad conocia su propio vicio y no se lo ocultaba. De esta creencia general, de esta opinion comun hallamos muestras en todos los sainetes, donde es frecuente que los personajes sérios se quejen de la corrupcion de aquellos tiempos. En *La duda satisfecha*, discurriendo unos labriegos sobre este espinoso asunto, dice una mujer.

> Señores: todo eso es prosa,
> y llevado del concepto
> de algunos estrafalarios
> y ridículos ingertos
> que quieren hacer creer
> que el mundo hace un siglo ó ménos
> era un santo y hoy un diablo.

Sobre esta cuestion se habla mucho en todos los sainetes en que la manía de cortejar aparece satirizada. Las viejas que presen-

tan á sus hijas en el gran mundo, las mismas petimetras desenvueltas, ciertas casadas que profesan y practican una cómoda filossfía, todas discurren elocuentemente sobre la moral de su siglo, respecto de los anteriores. En el sainete *La oposicion á Cortejo*, dicen Doña Laura y Doña Elvira.

—La mujer casada no
puede tener mayor riesgo
que el enojo del marido
ó la sospecha.
— Ese cuento
al principio de este siglo
dicen que lo recogieron.

A pesar de la exageracion que hay en este rasgo, se comprende toda su inexactitud, y es fácil conocer la despreocupacion y desenfado que entónces cundia, matando tantos nobles sentimientos y tantas tradicionales virtudes. En otro sainete (*El Prado por la noche*) dicen unas damas:

— ¡Qué necios
y qué pesados que son,
amiga, todos los viejos!
—Antes: ya de algunos dias
á esta parte se han dispuesto
mejor las cosas; que ántes
era el mueble más molesto
del mundo cualquier marido.
—En este siglo se han puesto
las cosas en un gran pié.

La despreocupacion era grande, y ya no habia aquel recato puntilloso y compungido. Aunque los diálogos de Cruz son caricaturas, fácil es comprender, disminuyendo un poco la acentuacion de ciertos rasgos, cómo hablaba aquella gente y qué ideas tenía de ciertas cosas. Nos quejamos hoy de nuestra actual sociedad, sin reparar en lo que han ganado los sanos principios de la moral pura desde aquel tiempo: entónces, sin perder algunas antiguas y deformes preocupaciones, se aceptaban multitud de ideas desorganizadoras, hijas de la falta de vigor en los caractéres, de la debilidad que se apoderó de todos. Entónces empezó esa libertad en las relaciones ilícitas, y esa tolerancia un poco elegante con que eran miradas: no aterraba á las damas, ni aun á las familias, inexorables siempre con la pobre soltera, la idea de que se las señalara como contami-

nadas por aquel vicio capital. Antes bien no parecian desmerecer en eso, y hablaban de tales cosas con mucha naturalidad, como si grandes intereses religiosos, morales y civiles no fueran perjudicados de esa suerte. Oigamos cómo se explica una dama, dando consejos á otra sobre el particular. La pintura es fuerte; pero en el fondo resplandece la verdad: falta el arte en los sainetes de Cruz, en que todo es presentado con cierta crudeza; pero todo en ellos es al mismo tiempo espontáneo. Por boca de sus innumerables personajes podemos decir que habla la sociedad con la voz ahuecada y contrahecha, es cierto, pero siempre con mucha exactitud.

La dama dice así:

—Amiguita: es necesario
que usted se vaya con tiento,
que es materia delicada
esto de elegir cortejo;
y no se pague al instante
de lo buen mozo, porque eso
la que está de conveniencias
muy sobrada puede hacerlo.
Para usted lo que le es más
conveniente es uno bueno
que haga á todo, verbigracia:
que supla el escaso sueldo
del marido, ó le acomode
mejor; que tenga talento
para compraros las cintas,
flores, gasas, todo aquello
que se os ofrezca, y que tenga
para acompañaros dentro
y fuera de casa, poca
sujecion y muchos pesos.

El espíritu de estos versos domina en cási todos los sainetes. Hablar de estas cosas es natural; y asombra el considerar qué dósis de despreocupacion habia en un público que oia en calma apreciaciones tan crudas. Por último, citarémos un diálogo que hallamos en el sainete *La Comedia casera*: en una tertulia un caballero se dirige á dos niños, hembra y varon, que cuchichean en un extremo de la sala:

D. FADRIQUE. Por qué no jugais, chiquillos?
NIÑO. Ya jugamos.
D. FADRIQUE. Yo no os veo

sino cuchichear.

NIÑA. Es que
jugamos á los cortejos.

D. FADRIQUE. Y decidme, vidas mias,
¿quién os enseñó ese juego?

NIÑA. ¡Qué pregunton es el hombre!
Esto se aprende de verlo.

Son asimismo uno de los principales recursos en estas breves obras de arte las viudas coquetas y casquivanas, las viejas verdes que se enamoran de sus lacayos, las devotas ridículas, las literatas, las madres busconas como la Doña Orosia de *La oposicion á Cortejo*. En tipos de mujer ninguno tan cómico y verdadero, á pesar de la exageracion, como el de *Doña María Estropajo* en el sainete *La Presumida Burlada*, que es una comedia completa, y tiene, cosa rara en nuestro sainetista, el organismo de tal. El pensamiento es algo parecido al del *Bourgeois Gentilhomme*, y está desarrollado con una ligereza y una gracia inimitables. Es una mozuela, especie de *preciosa* improvisada, que por casamiento con un hombre de buena posicion, su antiguo amo, quiere hacer el papel de gran dama y celebra unas fiestas y recepciones, donde su vanidad, sus contiendas con los criados, las lucubraciones de cierto abate maestro de música, los diálogos de las visitas y por último la aparicion intempestiva de los padres, unos infelices payos que vienen de su pueblo á visitar á su hija, á quien enviaron á servir, producen los incidentes más variados y chistosos.

Completan el cuadro de esta singular sociedad los abates, que varian de aspecto, aunque en el fondo son siempre los mismos séres parásitos, inútiles, enredadores é intrigantes. Muy mala debia ser la opinion que el vulgo tenía de estos hombres en aquel tiempo, porque en todos los documentos de la época se les trata con el mismo menosprecio. En un número del *Diario de Madrid* de 1788 hay un artículo en que, hablando de cierto rosario que celebraron los cómicos de la Corte, se dice así, alabando su piedad y devocion. «¿Quién no se sentirá penetrado de la mayor edificacion, al ver que los que ayer han representado los tiranos, los impíos, los traidores y los disolutos, los que han remedado los tramposos, los estrafalarios, los tontos y los *abates*....» Sin duda la opinion pública no les era favorable y habia hecho su nombre como sinónimo de todos aquellos edificantes epítetos que le prece-

den. Cruz se ensaña con estos pobres hombres á quienes presenta siempre cargados de ridiculez y desempeñando los más bajos y despreciables papeles. En el sainete de *Las dos viuditas* aparece el abate como esos amigos de las casas que se encargan de una porcion de cometidos oficiosos de los que hoy pertenecen á la competencia de los criados. El abate lleva las cartas al correo, trae los precios del mercado, va por una vara de cinta, corre á enterarse de si ha hecho efecto la purga á tal amigo, va á pedir informes de los criados, y desempeña otras muchas importantes funciones (1). El tipo de este vago oficioso no ha desaparecido enteramente de nuestra sociedad, pero ya no ofrece el repugnante espectáculo de estar revestido de un carácter eclesiástico, como entónces. Más grotesco y más despreciable aún es el abate que

(1) Es chistosísima la entrada y relacion del abate en *Las dos viuditas*. Dice así:

—Señora: estuve aguardando
los correos.
— Y las cartas?
—Aún no las han apartado.
Luego volveré. Aquí están
la Guia y los calendarios.
El cotillero vendrá:
el zapatero está malo:
la comedia es la de ayer:
la batera está pegando
ya las cintas: Doña Petra
ayer se sangró del brazo
y D. Jacinto se purga
hoy por la boca. Están ámbos
mejores. No hay en la plaza
nada bueno extraordinario:
en la puerta de Toledo
me han dicho que aún no han llegado
los arrieros de Sevilla:
fuí al Hospicio de paso
y en efecto la doncella
que ayer les recomendaron
á ustedes para su casa,
está allí: la he visto y salgo
por ella; su padre dicen
que fué mozo muy honrado:
de su madre no sé nada;
pero en Castilla el caballo
lleva la silla. Con esto
creo quedan evacuados
los recadillos que anoche
ustedes me confiaron.

pone Cruz en el sainete *Las Escofieteras*. Al alzarse el telon aparece plegando cinta al lado de las modistas que cortan y cosen. Ocúpase después en relatar los medios que emplea para hacer que las damas sus amigas consuman las telas y adornos de aquella tienda, idea un nuevo estilo de batas y habla de sus invenciones en moños y cachirulos. Pero el abate por excelencia, el que sintetiza el carácter genérico, es el que sale en el *Fandango de candil*. Un señorito de la nobleza va á pasear con su ayo por los barrios bajos de Madrid: el ayo le lleva á un garito de Lavapiés, donde canta y baila la gente del bronce con su habitual desenvoltura y gracia. El señorito que es tímido y formalito se espanta ante aquella marimorena; pero el abate, hombre ladino y muy corrido en el mundo procura despabilarle, y sin duda entra en su sistema de enseñanza el poner la filosofía popular al alcance del muchacho para que aprenda y se haga hombre de provecho. El diálogo entre los dos personajes es curiosísimo, y pocas sátiras hay tan picantes, pocos anatemas se han lanzado á una sociedad con más amargura y enérgica ironía (1).

---

(1) Así hablan el señorito y el abate:

ABATE. Señorito: mire usted
qué lindo par de muchachas
van con ese petimetre.
SEÑORITO. Que se me da á mí que vayan.
Ayo mio, este paseo
no me divierte, y me cansa:
vámonos por el Retiro
que hay flores, hácia la plaza
que hay fruta, ó á ver las calles
donde la procesion anda.
ABATE. Hombre, esas son niñerías:
y á usted ya la edad le basta
para pensar cosas grandes
como cortejar madamas
conocer el vário mundo,
y entrar con todos en danza.
SEÑORITO. Y si lo sabe mi madre?
ABATE. Por ahora está ocupada
en rezar sus oraciones;
y bien sabe á quien encarga
su hijo: venga usted conmigo,
que no le daré crianza
opuesta á la de los que
más en Madrid se señalan.
SEÑORITO. Si esto á mí no me divierte.
ABATE. Ahi vereis vuestra ignorancia:

Otros abates son ménos inofensivos, como el de *La Presumida burlada*, que es un maestro de música, que se permite desarrollar en plena tertulia unas teorías de arte muy graciosas. En el sainete *Los Fastidiosos*, el abate hace el amor á una dama principal: le envia recaditos con la doncella, y al verse despreciado por pobre, asegura que anda á caza de un empleo, y hasta llega á pedir un duro prestado á cuenta de la primera mesada. La exacta definicion del abate se hace en *Los Hombres con juicio*, cuando dicen:

Si en Madrid hay más abates
que galones de oro falso,
ya por parecer sujetos,
ya por no parecer vagos,
y ya porque les parece
el traje más adecuado
para introducirse con
ambigüedad en los estrados,
y.....

III.

El otro grupo de sainetes, aquellos en que el modelo para tan ingeniosos retratos es el pueblo bajo, sus fiestas, sus hábitos, sus vicios y virtudes, difiere mucho de los anteriores. Valen, por lo general, bastante más en conjunto, aunque carecen de aquel organismo dramático que hace de algunos de los otros verdaderas comedias. Los sainetes populares tienen un gran colorido local: son madrileños puros, y algunos son pinturas de la vida en deter-

---

y es menester por lo mismo
que la diestra vigilancia
del ayo á quien os confian,
la venza con la enseñanza
de lo bueno y de lo malo;
porque no digais mañana
que no os enseñé de todo.
Qué gruñis?

SEÑORITO. Voy estudiando
la leccion para mañana.

ABATE. Eso importa ménos, ahora
vaya estudiando en las caras
que se encuentran, lo difícil
de encontrar la semejanza
en unas mismas especies
de un mismo modo criadas.

minados sitios de la Corte, como *La Casa de Tócame-Roque*, *La Pradera de San Isidro*, *El Rastro por la mañana*, etc. En la mayor parte de ellos no se cuida el autor de imaginar una accion, como lo hizo en los de la clase media, aunque no siempre con buena fortuna: generalmente los sainetes populares son cuadros dialogados, teniendo por único elemento de arte la exhibicion simple de los caractéres, dados á conocer por el lenguaje, y rara vez por los hechos. Pero este lenguaje es inimitable, pudiendo decirse que al componerlo es Cruz un maestro consumado, porque se necesita una extraordinaria aptitud de observacion para retratar las fisonomías populares con aquella exactitud y aquella gracia que no desmaya nunca.

Sin duda tuvo ocasion en su azarosa vida de rozarse con el pueblo, y frecuentó los bodegones de Maravillas y Lavapiés, lo mismo que si hubiera nacido y criádose entre aquella gente. Dos tipos descuellan en estos grupos inimitables, la Maja y el Manolo. La primera es una de las figuras más características y pintorescas que ha ofrecido nuestro pueblo en sus innumerables evoluciones; y hoy no podemos formar de ella sino una idea muy inexacta por las mujeres de los barrios bajos, que no tienen sino lo záfio y lo grosero, habiendo perdido el donaire y la originalidad. Aquella era altiva, desenvuelta, de una audacia franca y simpática, con una ingenuidad asombrosa en el vicio, con cierta firmeza de carácter y una especie de pundonor á su manera, llevado al último extremo de intransigencia. La maja parece como una corrupcion de la antigua mujer española, y es un tipo en que resplandecen, juntamente con el vicio á que su condicion social la ha llevado, algunos rasgos de carácter de aquellos que fueron adorno y orgullo de las nobles damas del siglo XVI. Examinando este tipo tal como lo presenta Cruz, detrás de su desvergonzada y airosa facha, detrás de sus dichos atrevidos y picantes, se ve siempre no sé qué de gran dama. Ella, por lo ménos, lo cree así, y está tan orgullosa de su clase, que no se cambiaria por las mujeres de más alta condicion, en quienes ve marcados síntomas de extranjerismo; advierte en ellas la misma corrupcion de costumbres que cunde por las bajas esferas, sin que puedan embellecerla el gracioso desenfado y la encantadora malicia que sólo es patrimonio de la maja.

En el sainete *La Maja majada* hay dos magistrates, Colasa y Bastiana. En ellas pueden verse todos los rasgos de carácter que

hemos indicado, y además la pasion, cierta atrevida entereza, una virilidad que pasma, y otros muchos accidentes que, aun presentados en forma de truhanería y desvergüenza, revelan ciertas cualidades, sólo afeadas y oscurecidas por el vicio y lo miserable de la condicion (1).

---

(1) Para que se comprenda toda la gracia y colorido del lenguaje de las majas copiarémos un poco del diálogo de la *Maja majada*, sainete que, como otros muchos de igual índole, yace en el olvido y alejado de los teatros, miéntras imperan el género bufo y las insulsas piezas en un acto, arregladas del frances.

BLAS. Qué brava cesta
de frutas!
COLASA. Para tí estaba
aquí! Mira si la dejas
ó te abro con el martillo
en la frente una tronera
para que salgan á misa
del gallo las tres potencias.
BLAS. En no estando D. Patricio
aquí, no hay diablos que puedan
aguantarte.
COLASA. Calla, Blas.
BLAS. Digo bien. Sí.
COLASA. Cuánto apuestas
que te sacudo?
BLAS. Dale.
No callo ya?
COLASA. Blas.
BLAS. Paciencia!
. . . . . .
PEPA. Y Patricio?
COLASA. Qué sé yo?
Si en dando las seis y media
no ha parecido, á las siete
ya estoy yo de centinela
en la puerta de la calle,
y la pregunta primera
no se la haré yo.
PEPA. Pues quién?
COLASA. Esta manita derecha
con un sopapo tan limpio
que ántes que llegue, las muelas
se le han de salir de miedo
con el aire que he de hacerlas.
. . . . . .
Si al instante no me cuentas
lo que sabes, me encaramo
encima de tu conciencia
y te hago de cada brinco
echar un pecado fuera.

En *Las Castañeras picadas* el diálogo entre la *Pintosilla* y la *Temeraria* es la mejor muestra del género: las dos damas acaban por sacar la navaja después de ponerse como ropa de pascuas. Los coloquios entre ellas y sus queridos son tambien singulares, y rara vez habla la maja sin que le maltrate á él de palabras y hasta con obras: un detalle invariable en la vida de esta gente es que la mujer siempre domina al hombre, y en sus frecuentes riñas siempre sale ella mejor librada, compensando los golpes del varon, si acierta á dárselos, con la punzante procacidad de su lenguaje.

La *Temeraria* habla así en el sainete citado:

—Gorito:
ya há tres meses que me tratas,
y aunque sabes que yo.... digo
soy *plus-ultre* de las majas
cuando quiero; cuando quiero,
soy tambien aseñorada,
sé lo que es formalidá,
y á llevar bien una bata
ó un *savillé*, desafío
á la usía más pintada.
—Si eres la reina.
—La reina!
Alcalde que yo me hallara
un mes, habias de partir
los piñones esta pascua
con los cantos de Melilla,
ó habia de quebrar la vara.

Cuando ellas riñen entre sí, el lenguaje no es ménos chistoso: la *Temeraria* y la *Pintosilla* hablan así:

TEMERARIA. Pero no tengo ahora gana
de reñir contigo.
PINTOSILLA. Avisa
luego que te dé, y señala
hora en que no me incomode,
ó no esté desafiada
de otra; que no he de privarle
á ella de las bofetadas
que le tenga prevenidas
para hacerte á tí esa gracia.

En *El Careo de los majos* es manifiesto el desprecio con que las gentes del pueblo miran á los usías, y la creencia general en ellos de que los vicios que ven en las clases bajas se hallan en las altas,

agravados por la hipocresía. La maja se cree mil veces más honrada que la dama que se acerca á ella en un baile de candil, á que la lleva la extravagancia de un abate ó el capricho de un petimetre; desprecia siempre á la presumida que disimula la profanidad de sus equívocas costumbres con los oropeles de la etiqueta, y los recursos que una regular educacion puede ofrecer: la maja conoce su corrupcion, conoce la sentina en que vive, y ella misma publica sus vicios; pero el objeto de sus más violentas increpaciones, y hasta de su ódio, es la clase alta, que ridiculiza y escarnece, como si por una extraña intuicion del pueblo comprendiera que de allá arriba viene la norma de las costumbres, y que en las esferas elevadas se elaboró la relajacion de nuestro carácter nacional.

El *Manolo*, nombre que, segun D. Ramon Mesonero Romanos, no tiene más orígen que el célebre personaje de la *tragedia para reir* que lleva este título, es otro de los tipos característicos de los sainetes populares. El *Manolo* vale ménos que la maja, cuya entereza es muy real, miéntras todas las amenazas de él no pasan de ser baladronadas sin efecto alguno. Sin embargo, son muy interesantes los tipos de *Gorito*, *Alifonso*, *Zurdillo*, *Pocas Bragas* y *Canillejas* (1). La clase proletaria de hoy es más inteligente y ménos pintoresca: entónces sabia disimular su miseria con una alegría constante y los desahogos de sus fiestas y contínuas algazaras: hoy es ménos holgazana y conoce mejor sus deberes, aunque no ha perdido enteramente alguno de los resabios que le dieron entónces tan marcado carácter. En la última escala de esta clase pone Cruz á los licenciados de presidio, héroes no ménos graciosos que los de las antiguas novelas picarescas. Signorelli, que

(1) Canillejas convoca así á los majos del Barquillo:

Grandes, invencibles héroes,
que en los ejércitos diestros
de borrachera, rapiña,
gatería y vituperio
fatigais las faltriqueras,
las tabernas y los juegos,
venid á escuchar el modo
de vengar nuestro desprecio.
Envidiable Pelachon,
Marrajo temido y fiero,
inimitable Zancudo,
y demás que sois modelo
de virtudes, venid todos.....

en su *Historia crítica de los teatros* se ensañó injustamente contra los sainetes de Cruz, le censura bastante que sacara á la escena á esta miserable gentuza, haciéndola interesante las más de las veces por la gracias de sus dichos y travesuras. Difícil es decir si tuvo razon el severo crítico italiano, ó la tuvo el poeta español al defenderse, alegando en su abono que él pintaba la canalla tal como era, sin disimular sus vicios ni ocultar su donaire. Verdad es que si no eran ejemplo conveniente para el pueblo que asistia á los espectáculos las heroicidades del *Zurdillo* y *Mediodiente*, en cambio no perdonaba medio el sainetista de volver por los fueros de la honradez, de la sobriedad, de la decencia, mostrando á veces, ya por el desenvolvimiento de la accion, ya valiéndose de fórmulas sentenciosas, no siempre oportunas, sus ideas respecto á la moral del pueblo y á los medios de extirpar los seculares vicios que le corroian (1). Don Ramon de la Cruz reprende frecuentemente á esa clase de héroes el vicio de la taberna; muchas veces les pone en manos de la justicia; otras les presenta castigados por personajes de la misma laya; burlados en sus amores, y casi siempre, discurriendo con acierto, no les da más correctivo que la repugnancia y horror que inspiran sus caractéres, no siempre disimulados con la sal del chiste y lo jocoso de las empresas.

Ménos interes tienen los *payos*, cuya rudeza no les distingue mucho de los paletos de hoy. Desgraciadamente la cultura del siglo XIX, que se propaga con trabajo y merced á incansables esfuerzos en nuestro país, no ha salido aún de las poblaciones, ni ha penetrado por tanto en las comarcas rurales, pudiendo decirse que á pesar de que algunas líneas de ferro-carril unen el centro de la península con sus más remotos extremos, en lo intelectual y en lo moral puede decirse que Vallecas y Pozuelo están á mil leguas de la Corte. El payo de fines del siglo pasado es un conjunto de candor y barbarie; y el campesino de hoy, aunque suele hablar de elecciones, de libertad y hasta de derechos, no le podria dar muchas lecciones de cultura. Tipos de labriego presenta Cruz, que son

(1) Al final del *Manolo* dice *Mediodiente* estos versos, que son como la moraleja del sainete:

¿De qué aprovechan
todos vuestros afanes, jornaleros,
y pasar las semanas con miseria,
si después los domingos ó los lúnes
disipais el jornal en la taberna?

modelos de socarronería; pero estos no son los más comunes: en punto á hidalgos provincianos grotescos, ninguno como el D. Rodrigo que aparece en *el Peluquero soltero* y que es lo más záfio, sórdido y chabacano que es posible imaginar.

IV.

Para comprender el juicio que de estas obras formaron sus contemporáneos, no tenemos muchos datos. La mayor parte de los literatos de su época apénas le nombran en sus escritos, y la circunstancia de pertenecer á la Academia de los *Arcades* de Roma y á la de Buenas Letras de Sevilla no supone gran cosa en honor suyo. Puede asegurarse que entre los hombres de letras no podia ser tenido en gran estima por la índole de sus escritos, poco culta ciertamente y nada conforme á las ideas de atildamiento que entónces dominaban. Era imposible que Cadalso y Moratin padre, tan afrancesado y Luxanista el primero, tan pulcro y riguroso el otro, gustaran de aquellos sainetes creados por la observacion simple de un ingénio libre, fácil y poco escrupuloso. No podia ser tenido como maestro del arte quien se preciaba de recibir su inspiracion directamente del pueblo, contradiciendo en esto las ideas del austero Forner, que profesaba los más estrechos principios literarios. Sin duda estos graves literatos se reian de los empeños, siempre felices de Cruz, en sacar á la escena la canalla de Lavapiés y los licenciados de presidio: sin duda consideraban todo esto indigno de las altas concepciones del arte, y propio tan sólo para hacer reir á la gente de escasa instruccion y extraviado gusto. No hay noticias de que D. Ramon frecuentara el parnasillo de la fonda de San Sebastian, donde iban Moratin, Cadalso, Conde, Sedano, Signorelli y otros muchos. En las obras de Jovellanos no encontramos nada que indique aprecio ó desden respecto al sainetista, aunque se sabe que fué suscritor á la edicion de 1786-91; pero conocidas sus ideas literarias y el juicio que hace de ciertos espectáculos, indicando una severa reforma, parece que no debia ser muy amante de tales obrillas.

Lo que si es indudable, es que gozó de grande popularidad, como lo prueban las representaciones frecuentes de sus sainetes y

comedias, no sólo en los teatros sino en las casas particulares (1). Al frente de la coleccion de sus obras, que Cruz principió á publicar por entregas en 1786 y terminó en 1791, hay un documento que prueba más que nada el general aprecio de que gozaban sus composiciones: es una lista de las personas que se suscribieron para el coste de la edicion, dos años ántes de que comenzara á imprimirse. Esta lista, que hemos examinado detenidamente, principia con las damas y caballeros de la más esclarecida nobleza, las Duquesas de Benavente, de Osuna, de Alba, de Santistéban, el Duque de Fernan Nuñez, el de Alba, el de Osuna, el de Granada, el de Híjar, el de Abrantes, el Conde de Floridablanca y el Embajador de Francia. Después, en la lista de las personas que se inscribieron luego de anunciada la edicion en la *Gaceta*, hay una série de altos funcionarios del Consejo y Cámara de Castilla, magistrados, padres provinciales, priores de conventos, dignidades de catedrales, obispos, generales, otros militares de alta graduacion y muchas personas de todas clases y condiciones, entre las cuales figuran algunos escritores de los más renombrados de la época, tales como D. Gaspar Melchor de Jovellanos, D. Tomás de Iriarte, D. Vicente García de la Huerta y D. Juan Sempere. Todas estas personas alentaron á Cruz en la empresa de dar á la prensa su teatro, haciéndole un anticipo que no habla muy alto en favor de los recursos pecuniarios del afamado sainetista. El empleó cinco años en hacer la edicion en diez tomos pequeños, edicion harto incompleta y falta de criterio, porque aparecen excluidos de ella la mayor parte de los sainetes, sobre todo los picarescos, é incluidas algunas de sus comedias y zarzuelas, que valen bien poco.

Moratin le juzgó benévolamente en el prólogo á su teatro, indicando que fué el único que en aquel desdichado período literario comprendió la índole de la buena comedia; y si no le puso en el lugar que merece por su fecundidad, por la exactitud de su observacion y la inmensa variedad de los tipos que creo, fué porque su excesivo amor á la regularidad le impedia ser tolerante con aquellas faltas de que Cruz no podia prescindir por ignorancia, ú obli-

(1) La comedia *El Dia de Campo*, se representó en casa de la Duquesa viuda de Benavente y Gandía por las damas y servidumbre de S. E., segun dice el autor en nota puesta á dicha obra. La desempeñaron con la mayor gracia, viveza y propiedad en celebridad de los dias del Sr. Duque de Osuna. La *Briseida* se representó en casa del Conde de Aranda en 1768.

gado por causas ajenas. Como autor de circunstancias las más de las veces, escribiendo, digámoslo así, sin formalidad alguna, ni más aspiracion que divertir á un público poco exigente durante veinte minutos, no podia corresponder al criterio de aquel insigne maestro, que nacido en época de mayor madurez, y habiendo recibido una completa educacion literaria, ajustaba necesariamente todo á los severos principios de que estaba profundamente penetrado.

Don Juan Sempere le incluye en su *Ensayo de una Biblioteca*, etc., poniendo en ella el catálogo completo de sus obras dramáticas, y el juicio que Napoli Signorelli hace de nuestro autor en su *Historia crítica de los teatros*, obra que no por estar escrita en España, carece de aquellas inexactitudes y majaderías que cometen los extranjeros siempre que se ocupan de nuestras cosas. A don Ramon de la Cruz le trata el italiano con extremado desden; y sin duda debió saberle muy mal á nuestro compatriota, porque en la edicion de 1786-91 escribió un largo prólogo para defenderse de Signorelli, tratándole á la vez con doble rigor. Este prólogo, en que Cruz cita en defensa suya á Montaigne, Aristóteles, Llampillas, Strabon, Quintiliano y Longino en su *Tratado de lo sublime*, revela una irritabilidad muy grande: el poeta se defiende con ahinco, trata de rebatir prolijamente los cargos de su detractor y no perdona medio de ponerle en ridículo. Allí hace tambien alarde de sus conocimientos, y, segun da á entender, estaba versado en la alta literatura y no carecia de principios. El tono de este prólogo es agresivo, violento, sin ningun aticismo y con un humor zumbon y festivo, no exento de un poco de despecho: por este tono se comprende que Cruz debia estar muy satisfecho de sus sainetes y conocia cuanto habia de trascendental en aquellos breves bosquejos. Además bien claro lo dice en lo siguiente:

«Los que han paseado el dia de San Isidro por su pradera, los que han visto el Rastro por la mañana, la Plaza Mayor de Madrid la víspera de Navidad, el Prado antiguo por la noche, y han velado en las de San Juan y San Pedro; los que han asistido á los bailes de todas clases de gentes y destinos; los que visitan por ociosidad, por vicio ó por ceremonia..... en una palabra, cuantos han visto mis sainetes, reducidos á veinte y cinco minutos de representacion (después de rebajar el punto de vista con la decoracion á veces nada á propósito y las actitudes tan mal estudiadas como los

versos); digan si son copias ó nó de lo que ven sus ojos y de lo que oyen sus oidos; si los planes están arreglados ó nó al terreno que pisan, y si los cuadros no representan la historia de nuestro siglo.»

Este juicio de sí propio, hecho con tan ingénua firmeza, es exacto. Signorelli, extraviado sin duda con las ideas dominantes en punto á regularidad, no vió lo que habia en aquellos sainetes, despreciados por los literatos y aplaudidos por el pueblo que veia allí su más fiel retrato. La posteridad les ha hecho más justicia, siendo leidos y representados en nuestra época, miéntras yacen en perpétuo y justo olvido la *Hormesinda* de Moratin padre, la *Numancia destruida* de Ayala y el *Sancho García* de Cadalso. Ni aun de la *Raquel* de Huerta se acuerda nádie ya. Todo aquel mundo artificioso, creado por el espíritu de imitacion, se desvaneció como el humo; pasó, á pesar de que el gusto convencional de la época les dió efímera existencia, y sólo queda lo único verdadero que se produjo entónces, lo que era una expresion de la sociedad, expresion vigorosa, aunque no realizada en las mejores condiciones artísticas.

Si Cruz hubiera nacido en otra época; si hubiera recibido la concienzuda educacion de Moratin hijo, y hubiera tenido las prendas de carácter suficientes para emprender obras sérias y llevarlas á cabo con madurez y criterio, sus creaciones honrarian en alto grado á nuestro país y á aquel siglo. Pero un defecto capital habia en este hombre, y es que no tomó jamas en sério la profesion artística; escribia por entretenimiento y movido por la casualidad, como él mismo dice: no sabia estimarse en su verdadero mérito, no tenia la dignidad de su ingenio: lo gastaba, lo despilfarraba sin tasa ni juicio en esa multitud de creaciones, entre las cuales son muy pocas las que tienen su desarrollo natural. Escribia por una especie de necesidad instintiva, sin regular ni encauzar aquello que sentia en su cabeza, no acertando las más de las veces á comprender los tesoros de arte que su propia feliz observacion le ponia ante los ojos. El da á conocer sus procedimientos en este punto cuando dice:

«La mayor parte de ellos (los sainetes), no tendrán lugar en mi teatro, aunque le hayan tenido en los públicos, por no pertenecer al verdadero y general objeto de la comedia, y haberse escrito sin otro que las casualidades y práctica particular de las compañías

españolas, como las *loas de empezar temporadas* en las pascuas de Flores para presentar autores nuevos, y las que llaman *introducciones*, cuando sale después alguno extraordinario ó se ha de representar pieza nueva que lo necesite.»

En el mismo prólogo dice, hablando de *El Licenciado Farfulla,* duramente censurado por el *Memorial Literario*:

«La ligereza de mi docilidad en tomar cualquier asunto que se me dió, sobre que fundar una operilla bufa, que en vez de arias se adornara con música de todos los aires españoles, y haberla afarfullado en cuatro dias....»

Y aun procediendo de este modo, siendo autor de circunstancias, pues á veces no ponia á los personajes de sus sainetes más nombres que los de los cómicos que los representaban, fué este hombre el mejor pintor de las costumbres de su siglo. La posteridad, no muy justa siempre con tan original ingenio, ha formado sin embargo este juicio; y si por mucho tiempo le tuvo olvidado, al fin en los últimos tiempos, después que vió la luz la edicion de la *Union Literaria*, le ha puesto en su verdadero lugar, ni más alto ni más bajo de lo que le corresponde.

En resúmen, D. Ramon de la Cruz, dotado de un talento de esos que desde el nacer parecen destinados á ilustrar una época, no llegó, por la funesta influencia de los vicios intelectuales de la sociedad en que nació, á realizar el alto fin á que parecia estar destinado; pero aun así, y á pesar de la flojedad de su carácter, produjo una exteriorizacion artística de aquella sociedad, exteriorizacion que es el medio por donde mejor y más directamente la conocemos. El mundo artístico creado por este ingenio, es vasto, de una multiplicidad asombrosa, vivo, palpitante, lleno de calor y movimiento. Como obras de arte, algunos de sus sainetes son por lo general unos engendros mal desarrollados que sólo en algunos rasgos dan á conocer la buena casta del génio que les ha dado la existencia; si no logran todos los fines del arte, consiguen plenamente el de la imitacion de la naturaleza las más de las veces. Fáltales la lógica de la accion; carecen de organismo, carecen de juicio, de esa sensatez que se exige aun á los productos del humor más desenvuelto y voluble; carecen de formalidad, de esa ley de buen sentido que debe regularizar aun las creaciones ménos sérias; pero no hay en ellos ni sombra del vicio más funesto para las obras de arte, el fastidio.

Es pueril á veces el prurito de enseñar que el autor manifiesta, no circunscribiéndose á los medios propios que para tan importante fin tiene la comedia, sino practicando la enseñanza directa, por medio de esas fastidiosas amonestaciones que tanto nos cansan en el teatro. Esto procedia de las extraviadas nociones que dominaban entónces, y tal vez de aquel prosáico espíritu didáctico que fué una consecuencia de la reforma, y que no creó otra cosa buena que los fabulistas. Cruz en esta parte no sabe lo que se hace: á veces parece que se avergüenza de la llaneza de sus asuntos, de lo pedestre de la forma, de la baja condicion y conducta encanallada de sus personajes, y quiere remediar todo esto con algunos retazos de moral escrita: otras introduce unos personajes sérios, á quienes no falta si no un poco de estudio y alguna naturalidad para parecerse al D. Pedro de *La Comedia Nueva*. Pero sin saber por qué, estos personajes sérios, puestos allí en nombre de la moral y del sentido comun, puestos para reprender las extravagancias de los otros, son de una insipidez muy marcada, cuando no son ridículos. La verdadera moral de los sainetes está en el desprecio, en la repugnancia, en el horror que inspiran los petimetres insustanciales, los usías, los abates desvergonzados, las viejas coquetas, los manolos desalmados, los presidiarios procaces y soeces. De este modo enseña, después de haber logrado el principal objeto del arte; y puede sintetizarse su procedimiento en aquellos versos de cierto chistoso diálogo de la *Comedia casera*:

— De qué libro
habeis sacado ese texto?
—Del teatro de la vida
humana, que es donde leo.

La sociedad retratada en los sainetes presentó una de las épocas de más turbacion, registrada en la historia. Falso es el concepto de regeneracion atribuido al reinado de Cárlos III. Si en apariencia es así, una observacion atenta puede descubrir lo contrario: hubo ciertamente progresos administrativos y se vió como un renacimiento de los buenos principios, sobre todo en la esfera de las artes monumentales; pero esto lo mismo que otras muchas cosas útiles debidas á la iniciativa del monarca, no tuvieron verdadera realidad, pudiendo decirse que todos los esplendores de aquel reinado fueron puramente oficiales. La arquitectura, la ciencia, la

filosofía, las obras públicas, todo fué oficial. Ninguna de estas cosas emanó de la sociedad, que no comprendia la pureza de los monumentos, ni la utilidad de las vias de comunicacion, ni la trascendencia de los estudios científicos: así es que cuando concluyó la causa que creó aquel mundo ficticio; cuando desapareció Cárlos III, todo se fué con él; y la sociedad infecunda, incapaz de producir grandes cosas en ninguna de las esferas del entendimiento humano, patentizó esta misma esterilidad y corrupcion en los años sucesivos, hasta que las revoluciones del presente siglo infundieron nueva vida en su cuerpo gastado y dolorido. A pesar de la sombra de bienestar que existia en las regiones oficiales, el reinado de Cárlos III fué de honda turbacion y decaimiento. Nunca se abatió más el espíritu nacional, cuya flojedad llegó á un extremo inconcebible; nunca la sociedad mostró en todas sus clases más señalados síntomas de ceguera y corrupcion, sin que ningun ideal próximo ni lejano le diera un poco de luz y esperanza.

B. Perez Galdós.

SOBRE Á QUIEN SE DEBE EL DESCUBRIMIENTO

DEL

NUEVO CONTINENTE.

Fué tal el asombro, tan estupenda la admiracion con que la atónita Europa oyó las primeras nuevas de este portentoso acontecimiento, que nádie acertaba á persuadirse cupiese en la concepcion humana, y mucho ménos en la de un solo hombre, sin otro precedente que el de su ingenio, ni más guia que la ciencia, el temerario arrojo de lanzarse en brazos de las ondas y á merced de los vientos, atravesar á la ventura los desiertos inexplorados del Océano Atlántico é ir en demanda de tierras jamas oidas, tan en derechura cual si fuese por derroteros ya andados y á rumbo cierto.

Al anunciar el insigne Cristóbal Colon la idea de buscar un mundo que yacia escondido tras los mares de Occidente, hubo quienes la tuvieron como salida del caletre de un orate, quienes como produccion de un foráneo patrañero de los que buscan medrar en fortuna á expensas de la credulidad del pueblo, y los más reservados como de un ideólogo que creia en el espiritualismo y soñaba con las sombras. En tal concepto, así Génova su pátria, como Portugal que lo era adoptiva, como Inglaterra donde se manifestaba el instinto de navegar, designaron su proyecto, mirado tambien por los doctores de las escuelas, como heterodoxo y no conforme con el sentido de las Sagradas Letras, ni con la expresion de los Padres de la Iglesia.

Solo, y en medio del piélago de contradicciones que le salian

al paso, sobrenadaba el ánimo potente del grande hombre que concibiera el magnífico pensamiento. No pudiendo vencer las resistencias que encontraba en los Gobiernos alienígenas, volvió contristado los ojos á España, y España, sin dejarse llevar de la corriente de las preocupaciones del siglo, puso á sus órdenes hombres y naves, haciéndose desde aquel dia nuestra nacion solidaria de la honra y los merecimientos que el universo entero reconoce y ensalza en el celebérrimo piloto de Génova.

Al difundirse la noticia del término dichoso que tuviera la tentativa, no quedó pueblo que no quisiese llamarse á la parte, que no se diese á sí mismo el parabien, que no reclamase mejor derecho al hallazgo, ni hubo nacion que no se figurase tener dentro de sí un Colon, sin pararse á considerar que poco ántes habian hucheado al único que produjo el mundo, al que España hizo suyo al ponerlo bajo su amparo, y al facilitarle los medios de poner por obra sus teorías. Pesábales á los extraños que sobre él y los Españoles recayese únicamente el envidiable blason de haber avasallado los mares, y obtenido el doble mérito de ser los descubridores y simultáneamente los civilizadores de una de las cuatro partes del globo terráqueo, y á fin de neutralizar el eterno caudal de aplauso que la série infinita de generaciones les preparaba, publicaron simulacros bizarros de viajes ignorados de todos, descripciones épicas sacadas de cualquier centon ó cartulario, embalumando textos oscuros para dar siquiera barniz de apariencia á figuras ideales si no inventadas *ad hoc*. La Gran Bretaña, ya entónces como siempre, inflada con sus aspiraciones á la talasocracia, ó sea al dominio universal de los mares, quiso para el Príncipe Madoc el honor de haber dado el primero la noticia de un hemisferio opuesto al nuestro. Los Franceses á la sazon, poco ó nada inclinados al oficio de mareantes, llevaban muy á mal que otro alguno que no fuese de su nacion, se les antepusiese en nada que pudiese traer prez y lauro, y perquiriendo envejecidos repertorios hallaron que un tal Cusin, marchante de Dieppe, merecia la corona de invencion mal adjudicada á Colon; pero tan huérfana de apoyo se presentó ante el público esta especie, que M. Otto, aunque frances tambien, atribuye la gloria de descubridor de América al aleman Bohem, sacado á relucir por Stubio. Riccoli, italiano, que por serlo sólo debia proceder con exquisita parsimonia para no acoger sino con plena justificacion cuanto redundase en descrédito de

su paisano el Almirante genovés, dió el derecho, sin saber por qué, á los dos Venecianos, Antonio y Nicolás Zeno, cuyo viaje al polo ártico tienen los más como de problemática autenticidad. En fin, todo país que no tenia un marino indígena, buscólo donde quiera, por tal que no se ufanasen Génova y España con lo que hicieron sus navegantes.

Un distinguido literato español, D. Cristóbal Cladera, refutó con argumentos incontestables tales sueños. El doctor Robertson, que en criterió histórico son pocos los que le llegan, y el norte-americano Washington Irving, cuya erudicion y talento lo colocan en puesto preeminente entre los modernos historiógrafos, califican de visiones y faramallas esos relatos *post factum* de supuestas navegaciones que por la anfibología que envuelven nada pueden dar de sí fuera de interpretaciones acomodaticias, que sirven más aina para enturbiar la cuestion que para esclarecerla, una vez se la despoje, á fuerza de argucias, de su prístina sencillez.

Dentro de España mismo, á luego de saberse el éxito de la expedicion de Colon, empezaron á despuntar dudas de si era á él ó á otro á quien correspondia la gloria de la empresa, y si al tomarla por su cuenta, obró por ajena inspiracion y á cierta ciencia de lo que iba á ejecutar. No entrañaban estas dudas espíritu de rivalidad, puesto que nádie trataba de menoscabar á un héroe que tuvo por base de sus hechos á la nacion española, y buscó por copartícipes á los hijos de la Península, sino que embebidos los ánimos en el deseo de explicar un suceso que por extraordinario parecia inconcebible, para darle alguna salida empezó á entreoirse en el vulgo, y del vulgo pasó á los libros, la especie de que Colon, avecindado en las islas Terceras de los Portugueses, tuviera la fortuna de dar hospedaje en su casa al maestre de cierta nave que, combatida por la inclemencia de los temporales, fué á dar consigo á una region que caia al ocaso, hasta entónces por nádie reconocida. Habiendo al fin aportado de regreso la descarriada carabela á las Terceras con el piloto y cinco indivíduos más de la tripulacion, salvados por milagro, el primero cayó enfermo y murió á poco, dejando en poder de Colon los diarios y observaciones de su penosa navegacion. El cronista Lopez de Gomára, á los cuarenta y más años pasados después del en que supone el caso, fué el primero en referirlo, bien que sin expresar quién fuese el indicado piloto, ni la fecha en que tuvo lugar el hecho; y para disculpar esta

omision dice: «Solamente concuerdan todos (prueba de que discor»daban), en que el piloto (del buque extraviado) falleció en casa de »Cristóbal Colon, en cuyo poder quedaron las escrituras de la cara»bela.» El Inca Garcilaso (*Comentarios Reales*, cap. III) especifica algo más la noticia dada por Gomára, pues connomina á dicho piloto, á quien llama Martin Sanchez de Huelva, y fija la ocurrencia en el año de 1484.

Mas como ni uno ni otro autor dan cuenta de dónde hubieron la noticia, ni de la fe que merece la autoridad de donde la tomaron, y como ni el P. Casas, ni Oviedo, ni Bernal Diaz, ni Mártir, coetáneos del Almirante, hacen de ella mencion, cabe sospechar que es vulgar y desautorizada, sobre todo teniendo presente que Andrés Bernáldez, cura de los Palacios, pueblo inmediato á Sevilla, tan amigo de Colon, que en el año de 1496 lo tuvo alojado por temporada en su propia casa, con cuyo motivo disfrutó á placer los manuscritos y relaciones de los viajes de aquel á las Indias Occidentales, trató de ellos largamente en la Historia que escribió de los Reyes Católicos (1) con los selectos materiales de que disponia, sin hacer la menor indicacion del navegante de las Terceras, ni de nada que con él tenga conexion, debiendo por lo tanto ser mirado el tal hecho como cosa vulgar é inventada.

Ámen de esto, es imposible haya temporal que azote á un tiempo todos los mares, y tan duradero, que pueda impeler un buque de las costas de Europa á las de América. Además, si los cinco tripulantes hubiesen vuelto á puerto de salvamento, natural era que, dando cuenta de las tierras que habian visto por ojos, brotasen á docenas especuladores en una isla poblada de gente de mar, ávida de utilidades, excitada por las que prometia una region vírgen, cuya existencia y direccion les eran ya conocidas.

Los extranjeros, enloquecidos por no haber sido ellos los inventores del Nuevo Mundo, anduvieron erradizos y como quien dice á la gallina ciega, por ver si tropezaban con uno á quien conferir tan deseado timbre. Al objeto, sacando de quicio textos enigmáticos, atortolando el sentido para dar alguno al de las palabras, perifraseando pasajes de ambígua significacion, á duras penas lograron crear algunas entidades de exígua duracion, que, faltas de un

(1) *Historia de los Reyes Católicos*, por el bachiller Andrés Bernaldez, cap. IX. Esta interesante obra se conservó manuscrita hasta el año de 1856 que salió impresa en Granada.

tentemozo que les comunicase firmeza, cayeron derrumbadas á impulsos del buen sentido y de la crítica juiciosa.

Abandonados enteramente estos esfuerzos estériles para encontrar rivales á Colon, y las ideas acerca de haber sido la América conocida en la antigüedad de otras naciones del continente europeo, sobre cuyo punto dirémos algo adelante, surgió, no hace mucho, otra opinion que alcanza hoy boga, y que, tratada científicamente por personas de valía literaria, consiguió que la manera de discurrir sobre la materia tomase distinto sesgo, puesto que se pretende demostrar que los verdaderos descubridores del hemisferio occidental salieron de los pueblos hiperbóreos de Europa en sus expediciones á la pesca durante la Edad Media. Dejaron correr siglos y siglos ántes de sacar á luz una nueva de tamaño calibre, cuando era razon que ántes y muy ántes pasase del retiro silencioso de los archivos al dominio público, ya que á las tres naciones de que se componia la antigua Escandinavia, Suecia, Dinamarca y Noruega, cumplia directamente ilustrar una cuestion que se venía debatiendo desde el siglo XV, supuesto que refluia en honor suyo, y que nunca faltaron allí hombres doctos y notabilidades científicas que hubieran puesto el asunto fuera de controversia, á ser irrefragables los datos que nos dicen contienen sus códices.

Mas aunque tarde, llególes al parecer su dia, y empezando por simples enunciaciones y apuntes incidentales esparcidos acá y allá el asunto fué tomando cuerpo, la polémica adquiriendo crédito, hasta el punto de tener ya de su lado, en bastante número, hombres competentes que forman la *Sociedad de Anticuarios del Norte* con asiento en Copenhague, que trabaja con celo y perseverancia por dar ampliacion y método á ese estudio, habiendo publicado ya interesantes memorias y curiosas investigaciones, que, si no cumplen para poner término á la cuestion, llaman por lo ménos en otro sentido la atencion de los inteligentes.

Dáse por hecho que en los registros marítimos de la Escandinavia se apuntan hechos relativos á viajes hácia el polo ártico, emprendidos por sus navegantes desde el siglo X hasta el XIV, en los que, después de dar á conocer la Islandia y Groenlandia, visitaron otras islas, y dieron con la tierra firme, que por conjetura y segun ciertas señas, debia pertenecer á la extremidad septentriodal de América. Con todo, y por más que se reconozca instruccion y saber en las personas á quienes se dió entrada en la Sociedad

de Anticuarios pertenecientes á distintas naciones, y por más que desempolvando pergaminos, se hayan dado á la estampa eruditas disertaciones, y enriquecido el Museo Arqueológico con objetos de raro mérito, falta mucho, á mi pobre entender, no diré para llegar á la meta adonde aspira en sus tareas aquel cuerpo científico, pero ni siquiera para poner el asunto en vias de solucion, á ménos que nuevos y más efectivos testimonios no vengan á comunicar mayor grado de luz y á aclarar puntos que miéntras permanezcan entenebrecidos, repudian todo convencimiento. Manifestaré á continuacion las razones en que me fundo.

Entiéndase en primer lugar, que los códices escandinavos de donde parte el orígen de la cuestion, no corresponden propiamente á la categoría de nuestros Cronicones, ni sus relaciones son de carácter oficial como documentos del Estado, sino centones de leyendas y cuentos heróicos y mitológicos con mezcla de pensamientos cristianos, obras propias de la rudeza de los tiempos en que se escribieron, á las que en el Norte dan el nombre de *sagas* y *eddas*. Epoca crédula é indocta que produjo entre nosotros las Crónicas del Arzobispo Turpin y los Doce Pares, los estados del Preste Juan de las Indias, el tributo infame de Mauregato, la batalla de Clavijo, y más cerca de nuestros dias, el Dorado, la soberbia laguna en lo interior de la Isla de Santo Domingo, que al decir del P. Casas, recibia las aguas de 30.000 rios, las ciudades de siete leguas en luengo de que el mismo autor nos habla, y mil otras sandeces figuradas en la imaginacion caldeada de viajeros entusiastas, ó fruto del ingenio trapacero de los que andan á caza de clientela para especular con la credulidad del vulgo.

Esas navegaciones con rumbo incierto, esos hallazgos de regiones nunca oidas, designadas con nombres exóticos que se suponen á una gran lejanía, sirvieron de tema al génio poético de los clásicos de la antigüedad, cuando ignorada la admirable virtud de la aguja tocada al iman, y teniéndose por temerario al navegante que osaba perder de vista las costas, daba lugar con sus relaciones mendosas á las más absurdas ficciones, de que se apoderaba la inspiracion épica para sobreexcitar la admiracion general. Si alguno forzado por cualquiera eventualidad se internaba pocas millas mar adentro, tenia en la mano abismar á los que le prestaban oido con monstruos y vestiglos, magos y jigantes, mitos, encantos y animales deformes, sin exposicion á ser desmentido

por referirse á parajes ignotos que ni del nombre se tenia noticia.

Sobre esa misma propension de credulidad á todo lo maravilloso y desconocido, creó la imaginacion lozana de Homero el poema inmortal de la Ilíada; Virgilio, el no ménos célebre, de la Eneyda, y el Taso y Camoens, la Jerusalen y las Luisiadas. Lo remoto de las peregrinaciones, las extrañas aventuras de los personajes, y el poder sobrenatural de los encantadores y nigromantes, comunicaban sabor muy subido de prodigio á las historias extravagantes de la caballería andante. Los paladines Amadis de Gaula, Belianis de Grecia, Félix Marte de Hircania, Olivante de Lauria, Don Florian de Niguea, siendo los más de procedencia española, plugo á sus autores, y les valió para darles crecida circulacion, bautizarlos con nombres revesados y figurar las escenas en lugares apartados, que producian sensacion en los oidos de la multitud. Cervántes, con su gracia genial y fecunda inventiva, parodió los descarrios de los libros de caballerías, y compuso uno que le trajo eterna nombradía, en el cual se lee el episodio de la fingida princesa de Micomicon, país apartado de España, que el Cura, allí presente, calculaba con sencillez burlona, que partiendo de Cartagena con buen viento y mar bonanza, en cosa de nueve años podria llegarse á la laguna Meotides, unas cien jornadas más acá del susodicho reino.

Bien podria suceder, y es factible sucediese, que en las leyendas del Norte entrase la fábula como en las del Mediodia, en las composiciones de ese género, y que hubiese en ellas más parte de ficcion que de realidad; las ideas del tiempo favorecian tales ilusiones, y los navegantes, perdidos por el Mar Glacial, no es extraño abultasen sus descubrimientos, y procediesen con equivocacion en las descripciones. Consignan las memorias normandas, que un tal Biarno, hijo de Herulfo, allá por los años de 986, segun la cuenta, habiendo sabido, al regresar de un viaje á Noruega, que su padre avecindado en Islandia trasladara su domicilio á Groenlandia, partió en su busca, y dándose á la vela con algunos amigos que quisieron acompañarle, descubrieron tierras montuosas que no eran las que buscaban, singlaron á babor, arribando al cabo de navegar muchos dias á la deseada Groenlandia.

Años adelante Leif, otro expedicionario, fletó un bajel tripulado por 35 hombres; y siguiendo el derrotero de Biarno, reconoció nuevas costas en parte cubiertas de bosques, en parte de hielos,

roquedas y ningun poblado; pero explorado el terreno hácia el interior, vieron los aventureros abundancia de parras cargadas de racimos, por cuya circunstancia diéronle el nombre de *Vinlandia* (tierra de vino), y después de hacer allí alguna permansion, salió el barco al mar con carguío de maderas y uvas para el puerto de su procedencia.

Con tan agradables nuevas, Therbaldo, hombre de posibles y al mismo tiempo emprendedor, instruido por Leif, habilitó en 1002 un buque con intento de hacer un viaje de exploracion, y enrolando 30 hombres de los esforzados del Norte, con buena provision de matalotaje, después de bojear islas desconocidas, fué á dar consigo á un país agradable y feraz, en el cual herido de una flecha que le asestaron los naturales, falleció de sus resultas, dándole allí sepultura y marchándose la compañía.

En 1006 se dispuso otra expedicion más séria. Dos bajeles, uno al mando de Thorfin, otro al de Biorno (no sabemos si el mismo del primer viaje), con 60 hombres, embarcando ganados y semillas de todas especies, y gran provision de bastimentos con propósito de colonizar en Vinlandia, mas no acertando á dar con esta tierra, encontraron otra de clima benigno y fértil, tanto, que producia espontáneos la vid y el trigo; y aunque no consta el éxito final de esta tentativa, de presumir es, visto lo dicho, fuese completo, pues con pan y vino ofrecidos sin cultivo por la naturaleza á gente que ama sobremanera esos bienhechores frutos que rinde su país nativo, les tenia que parecer cien veces preferible á las destempladas estaciones de Noruega y la Islandia.

Por no alargar demasiado este artículo, omito dar cuenta de otros viajes de ménos importancia, hechos á las regiones polares por espacio no ménos que de cuatro centurias, lo cual á no mediar dudas probaria que el trato y relaciones entre los países que se suponen americanos y la Europa, no fué caso eventual y transitorio, sino una continuacion permanente de trato y comunicacion, que no podian ménos de constituir un giro activo y prolongado, y comunidad de intereses de parte á parte. Las noticias que existen de los navegantes normandos, son demasiado oscuras, y tan descarnadas, que no es posible por ellas clasificar las comarcas que visitaron, ni cabe aplicacion segura á las pocas y confusas designaciones que dejaron. Como faltan diarios y estimas de sus derroteros, ni se sabe hubiesen levantado cartas hidrográficas, hay que

atenerse á relaciones ambíguas, á especies truncas, que lo mismo pueden señalar un punto que otro, sin regla alguna capaz de determinarlos; porque los pilotos. yendo como Ulíses á la ventura, veian como él en cada isla deidades y sirenas, campos floridos, comarcas agradables que henchian sus cabezas de risueñas ilusiones.

Empero si eran efectivamente nuevas para ellos las tierras que reconocian, ¿hemos de deducir por ello que constituian parte de la América? ¿Puesto que aquellos mareantes tenian sus puntos de partida en los puertos de la Noruega y del Báltico, no es más natural conjeturar que hacian sus escalas por las costas de la Nueva Zembla y la Siberia tal vez hasta el Estrecho de Bering en la Rusia asiática, que pasar éste y el Océano glacial, donde no se atreven á ir los modernos? Es pues mucho más fácil que los Escandinavos en sus excursiones marítimas costeasen la parte septentrional de Europa y pasasen quizá á las de Asia, que el que llegasen por la region de los hielos á la América.

No estando á mi alcance los escritos donde se habla de viajes al polo, nada puedo objetar contra su autenticidad, y sería presuncion en mí atribuirles *à priori* defectos por los cuales pueda argüírseles de falsos. Pero sin incurrir en tal nota, cabe presumir que estudiados con detencion y analizando los hechos que consignan sus fechas, el órden cronológico, y lo frecuentes que son las adulteraciones en documentos que cuentan tanta antigüedad, quizá se descubririan brechas por donde atacarlos, y motivos de dudar de su validez. Pero concediéndoles carta de indemnidad, dándoles pase como efectos no averiados, no cabe, en reglas de buena lógica, sostener que los pasajes que relacionan fuesen cual los pintan, ni que dejen de ser susceptibles de vária interpretacion y discordes muchas veces entre sí mismos.

En los cuatro siglos que estuvieron en comunicacion los dos continentes, nuevo y antiguo, hubo infaliblemente una corriente duradera de relaciones y una colonizacion estable, y de consiguiente mancomunidad de intereses, trasmision de ideas y asimilaciones de raza. La más adelantada tenia que infundir á la que lo estaba ménos los principios religiosos y sociales, las costumbres, y establecerse los vínculos de sangre y todos los lazos que tienden á constituir de pueblos diferentes una misma familia. A cualquiera por lo mismo sorprende y deja estupefacto, que todo este aparato de medios de civilizacion para radicar en las partes americanas que

ocuparon los de Noruega, los conocimientos de la ciencia europea, se hubiese extinguido tan de raíz, que ni resíduos queden de su existencia, ni cosa que acredite que entre los esquimales y canadienses entrase jamás un sueco ó un dinamarqués.

Es un fenómeno incomprensible que los colonos de un país de ricas producciones, donde dichosos y bien hallados, después de correr los riesgos de tormentosas travesías, disfrutaban los Escandinavos las ventajas de una contratacion exclusiva, y comodidades que no gozaban bajo el intenso frio y noches estacionales de su suelo nativo, se decidiesen á desampararlo sin más ni más; pero crece la dificultad de explicar cómo, al marcharse los pobladores foráneos, llevaron consigo los signos de permanencia que todo pueblo deja marcados allí donde habitó largo tiempo. Nunca este hecho misterioso logrará solucion, acudiendo á hipótesis y á elásticas generalidades, ántes con ellas demostrarán que faltan datos positivos y razones de más valia que sacar al frente de los infinitos que vendrian á la mano si esa colonizacion normanda no fuese un mito.

Asegúrase, con referencia á los códices del Norte, que los viajes al círculo polar y tierras adyacentes, duraron hasta el siglo XIV; es decir, hasta casi tocar la época de Colon, y es demasiado corto el espacio, á todo más de cien años, que hubo de intermedio para haberse barrido la tradicion siquiera de aquellos descubrimientos, pues que al poner por obra el almirante genovés su primer viaje, no quedaba ni remota idea de que la region que iba á buscar era ya conocida. El objeto de la empresa consistia en descubrir las tierras de la especería por rumbo opuesto al que seguian los Portugueses; pero Colon, extranjero y pobre, no contando con otro auxilio que su inspiracion, vióse precisado á mendigar favor de puerta en puerta. Llamó á las de Génova, Inglaterra y Portugal, y las halló cerradas; abrióselas España, pero no sin preceder consultas, sufrir dificultades y largas dilaciones, que estuvieron á punto de dejar en proyecto la gran obra, y dar al traste con el pensamiento más fecundo que criatura concibiera.

Desde que entabló Colon sus gestiones hasta verlas resueltas y ultimadas, corrieron años; y á no ser por el teson y superioridad de alcances del guardian de la Rábida y de la elevacion de sentimientos de la excelsa Isabel de Castilla, nunca hubiera conseguido el grande hombre surcar el golfo y traer de retorno la ventu-

rosa nueva del hallazgo de un mundo. El proyecto, como se ve, ántes de llegar á sazon anduvo de boca en boca, y se trató de él en las Cancillerías de algunos Estados de Europa. Debatióse ámpliamente sobre la posibilidad de realizarlo, por el gremio de doctores de Salamanca, y no quedó rincon donde no se hablase de una cosa que excitaba en todos admiracion ó burla, sin que saliese una voz de donde quiera para advertir que el objeto estaba cumplido, y que no habia mérito alguno en demostrar que habia antípodas, puesto que eran conocidos de mucho tiempo atrás de los Noruegos. ¿Qué mejor ocasion para enterar al público de que lo que se intentaba descubrir era ya caso sabido? ¿Cuál causa medió que obligase á los soñados navegantes del Norte á mantenerse en reserva, cuando un extraño se disponia á arrancarles la gloria y juntamente las cuantiosas utilidades que les rendia el monopolio mercantil con un país que sólo ellos conocian? Su propio interes, ya que no el bien de la humanidad, los impelia á poner patente el secreto ántes que otro lo hiciese.

Ese silencio inoportuno cuando las circunstancias les conducian á hablar, se ajusta tan mal al buen sentido, como el enigma de desamparar vastos y pingües territorios sin quedar en ellos ningun gérmen de civilizacion, ningun átomo de cultura. Esto por sí sólo constituye un caso excepcional y único en la historia, porque no se dá ejemplo de que habiéndose apoderado de un país la especie humana, ni la naturaleza ni los hombres dispongan de fuerza bastante para tornarlo yermo en el estricto sentido de la palabra. De muchos se tiene noticia que han sido azotados por mortíferas plagas, como las guerras, las persecuciones, las pestilencias, y expuestas á la accion destructora de espantables meteoros, sin arrancar del suelo totalmente la existencia humana, ni ahogar la semilla de las luces una vez esparcida, siquiera fuese en embrion y por ruda mano.

Concedamos desde luego que eran poco radiantes las de los Normandos de entónces. Razones hay sobra las para no considerarlos megos ni de cultivadas costumbres. Harto tuvo que llorar la Europa de la Edad Media de sus vandálicas y sangrientas piraterías, que tenian despavoridos y azorados los pueblos situados en las zonas marítimas, particularmente las de la parte septentrional. Aun con eso y su barbarie, tenian los Normandos muchísimo que enseñar á las hordas salvajes de las regiones polares, pues aunque otra cosa no fuese, conocian la escritura alfabética, el uso del

hierro, el cultivo de plantas alimenticias, servíanse de los animales domésticos, eran cristianos y practicaban los primeros oficios mecánicos, cosas todas ignoradas de los Lapones y los Esquimales.

Pues bien, ¿qué restos quedan de esas altas conquistas del progreso humano, que aprovechen á la actual generacion para designar á qué gente fueron debidas y por qué mano planteadas? ¿Descubre por ventura el diligente é instruido viajero que allí se hubiesen aclimatado nunca el saber y las artes de Europa y ménos aún en el siglo XIV, en que empezaron á brillar los conocimientos tan espléndidamente desarrollados en los siguientes de las navegaciones interoceánicas, cuando salieron al mundo las egregias figuras de un Colon, un Cortés, un Pizarro, un Magallanes, un Gonzalo de Córdova, y en que florecieron Leon X, Rafael de Urbino, Ticiano y otros personajes ilustres? Nada vale que para salir del paso se ande á vueltas con razonamientos filológicos, se vayan cateando afinidades lingüísticas sobre que esta ó la otra voz consuenen en su terminacion y se pretendan encontrar analogías traidas, mal que les pese, á servir de pié forzado á temas académicos floridos, pero sin fruto. Han querido muchos sacar partido del color más ó ménos albo ó trigueño de alguna familia indígena de la América del Norte para demostrar la promiscuidad de castas, miéntras otros rasguñan la tierra por tal de hallar una piedra sobre otra como testimonio de haber descansado sobre ellas un poderoso edificio; lo mismo que al ver dos palos por casualidad torgados, hay quien creyó descubrir la figura de la emblema de la redencion, puesta allí por algun antiguo misionero.

Estos y otros signos ideales y equívocos que á falta de otros más ciertos produce la imaginacion de los que descubren en cualquier objeto datos corroborativos de la idea que los preocupa, están muy léjos de ser los que necesita el juicio histórico, y los que buscan la verdad en el gran caudal de hechos tangibles que marcan con caractéres indestructibles la estada en un país de razas extrañas, lo cual se observa constantemente en todos los que sufrieron invasiones. Los hombres que dejan el suyo para fijarse en otro, llevan consigo las condiciones esenciales de la vida civil á que vienen acostumbrados, y las imponen sin violencia en los pueblos donde se radican, sobre todo si estos se componen de masas insipientes, que si por efecto del entorpecimiento de la razon se niegan á recibir la inspiracion de la ciencia, por lo ménos admiten con gusto

los adelantos materiales que encuentran serles útiles para su modo de vivir. Salvajes son hoy en primer grado los Apaches, Mecos, Comanches, Oregones y Mosquitos de la América boreal, y aman con pasion el aguardiente y el tabaco, manejan desembarazadamente las armas de fuego, son diestros en cabalgar, cuidan de los ganados porque el aura de la civilizacion obra sobre ellas con bastante fuerza para infiltrar en sus arterias la sávia vivificante, aunque sea gota á gota, del adelantamiento social. De modo que si el destino ulterior de las citadas tríbus, fuese el de permanecer *in perpetuum* en el embrutecimiento en que están, de aquí á doce siglos y más mostrarian á los hombres ilustrados que viviesen entónces, señales evidentes de haber comunicado con pueblos de mayor inteligencia que les llevaron inventos que no era capaz de alcanzar su grosero discurso.

Los salvajes, al recibir los objetos importados por el comercio á sus aduares, los tomaron con sus propios nombres, nombres que trasladan á sus idiomas y retienen sin variacion notable. Los que moran cercanos á las antiguas posesiones españolas pronuncian con claridad una porcion de términos que expresan otras tantas cosas para ellos desconocidas que se apropiaron; por ejemplo, fusil, pólvora, cigarro, vino, caballo, buey, etc. En todo tiempo esos vocablos, cogidos del habla de naciones lejanas, determinarán los puntos de donde les vinieron los artículos por ellos representados y alguna otra idea que no dejará de percibirse á través de su rudeza.

Echando una ojeada á la historia, y parándonos un momento á considerar la eficiencia del espíritu civilizador, emanado tal vez por misterio de un solo agente y en un corto período sobre pueblos atrasados en el saber y fuera del contacto con los centros del progreso intelectual, todavía se nos ofrece más indescifrable la suma esterilidad de las colonizaciones normandas en los cantones de que hablan sus eddas. Un solo misionero portugues, el P. Paez, que acertó á colocarse en lo interior de Abisinia, instruyó á los habitantes en una porcion de cosas útiles; enseñóles las artes comunes, enmendó muchas de sus supersticiones y es hoy el dia que se echan de ver allí los efectos que produjo en los hábitos populares el celo de este ilustrado jesuita. Otro español, que vestia el mismo ropon, estableció por sí solo el catolicismo y el régimen civil en las islas Marianas. El P. Sanvítores convirtió los naturales

é hizo de aquellas remotas islas una escala mercantil entre Asia y América por el Pacífico. Juan Betancour consiguió lo mismo en las Canarias. Doce pobres hijos de Francisco, sacaron de la oscuridad de la idolatría al resplandor evangélico á toda la poblacion india del Imperio de Motezuma. Francisco Javier consiguió desde el púlpito abrir entrada al dogma católico en la India oriental. En una palabra, lo mismo Cortés, que Pizarro, que Mendoza, que Quesada, simples soldados, hombres del pueblo, sin más asistencia que la de su valor y su génio, pasearon el pendon de Castilla de un cabo al otro del Nuevo Mundo, levantaron ciudades, y barriendo la rustiquez en que estaban los naturales, formaron empórios, centros hoy de ilustracion y riqueza, y en muchas de sus vastas comarcas, infestadas de alimañas, donde vivian míseramente tríbus nómadas y familias dispersas, pobladas de gente activa en sociedad organizada, bajo los dos grandes principios constitutivos de adorar á un solo Dios y obedecer una sola ley.

Si con la mira fija en estos paradigmas la volvemos á las naciones errantes de los valles de San Lorenzo y la bahía de Hudson, los encontramos tal cual estaban en el siglo X: torpes, idiotas, reacios á todo principio de cultura, extraños á los de moral y negados á constituirse en verdadera sociedad. Ningun rasgo se advierte en su carácter que indique haber mejorado en inclinaciones. Si por estúpidos ó por sus deformidades físicas repugnaron enlazarse con ellos los europeos, las familias de éstos, avecindadas en los expresados cantones, habrian formado poblacion criolla y hoy se distinguiria á primera vista la descendencia de Suecos y Daneses, como en la América latina se distingue la sangre ibera, en los Estados-Unidos la anglo-sajona, y en todas partes la de los pueblos que por cualquier título obtuvieron el dominio de la tierra. Hasta ahora no hubo fisiólogo tan sutil que llegase á percibir en el tipo del indígena americano nada de comun con el tipo bien caracterizado del escandinavo. Algun viajero cándido de los que ven más con la imaginacion que con los ojos, embelesado con los cuentos bizarros de aventureros marítimos, quiso entrever navegaciones hácia el Occidente precolonianas y apariencias de promiscuidad de razas; pero los signos son poco perceptibles, y los trazos tan corredizos, que á la legua se descubre pertenecen á la clase de impresiones fugaces á que propende nuestra fantasía cuando se le ponen delante escenas grandiosas é inesperadas.

Muchos son los países colonizados por Europeos. ¿Y hay quién no distinga en las formas exteriores, en los sentimientos, en la locucion, en las costumbres, en los vicios y virtudes los signos característicos de la casta predominante? ¿Aseméjanse tanto por ventura las propiedades físicas y morales del samoyedo, por ejemplo, y el danés, que las del uno absorban á las del otro, de modo que se confundan hasta el punto de hacerse imposible su clasificacion? ¿Este último hombre de accion, jayan rebolludo de fresca semblanza, cuya tez bermejea con subida rubicundez, admite parificacion con el primero, de cuerpo desmedrado, ignorante, de rostro untoso, que come pescado á medio podrir y halla bebida deliciosa el sain?

La primera diligencia de todo pueblo que descubre y puebla países incultos, y lo primero en que se ocupa el espíritu de colonizar, es el cambio recíproco de las producciones, así del arte como de la naturaleza, propias de los respectivos países. La Europa, que habia conseguido enriquecer su agricultura con espléndidos dones, amansar las animalias y llevar á gran altura su industria, estaba en el caso de trasladar á las tierras donde no los habia, el trigo, el arroz, el lino, la vid, el olivo, y traer en retorno de las nuevas regiones el maíz, la batata, el cacao, el tabaco, la cochinilla, las plantas medicinales y las útiles para diferentes usos. El ganado vacuno, que suministra carnes para el consumo, leche y fuerza para las faenas agrarias; el caballo, animal por el que se desviven los Indios bravos; la oveja, cuyos vellones les proporcionan abrigos y cubren su desnudez, ¿habian de olvidarse á colonos europeos, avezados á no poder pasar sin esos artículos, quedando condenados á pasar horribles necesidades los que pudiendo sobrellevar las privaciones se acomodasen á vivir como el habitador de las selvas?

Materia, si se quiere, más necesaria aún que el pan y la carne es el hierro, metal abundantísimo en el Norte, y de tan remoto uso, que se pierde en los tiempos prehistóricos: ni lo conocen los Esquimales, ni memoria queda tampoco que nunca lo hubiesen conocido. Precisamente de las orillas del Báltico y sus cercanías salieron aquellas avenidas de Bárbaros que, encubertados de piés á cabeza con láminas de bruñido acero, se llevaron de calle el gigante Imperio latino, y manejando con ferocía y destreza la arma blanca de recio temple forjada en sus talleres, se deduce que eran

muy expertos en la elaboracion del hierro. De seguro que aunque no fuese más que para su defensa y para la caza de salvajinas, tendrian que enseñar el arte á los naturales, y más otras industrias necesarias, en particular la filatura de lanas y el adobe de pieles para guarecerse contra la intemperie.

Refieren las crónicas del Norte que sus antiguos marinos, de escala en escala, fueron ganando hácia el Sur de América y descubriendo sucesivamente á Terranova, Nueva Bretaña, Pensilvania, hasta entrar en aguas del seno mejicano y doblar la península de la Florida; tierra de lozana vegetacion y de ópimos frutos, donde prospera la caña dulce, el arroz, el índigo, el algodon; suelo de encantos y de ilusiones para los venidos de climas ingratos y desapacibles, venciendo con trabajo inmenso los rigores espantosos del polo. Repetimos que esos navegantes, maltratados de los huracanes, de las brumas y de los hielos, ya que la fortuna los trajo á risueñas estancias que brindaban con inmejorables condiciones á establecimientos permanentes, era de creer no los abandonasen sin más ni más. Añádase que la tierra daba uvas y trigo, especie que, aunque traida para corroborar el aserto, viene más bien para destruirlo, como acontece siempre que, para hacer creible un embeleco, se apremia el discurso, comunicando á fuerza de sutilizar carácter anedóctico á los pasajes históricos. Que los Europeos, viéndose en tierra de trigo y uvas, no hiciesen de esos frutos pan y vino, y que haciéndolos no conservasen los interrígenas el modo de utilizarlos, son dos antífrasis ó enigmas que no descifra el sentido comun. Lo probable es que los marineros expedicionarios creyesen ver uvas en las bayas de algun grosellero y tomasen por espigas de trigo las de alguna especie de gramínea que en todos los terrenos pululan, pues ni la vid ni aquel cereal prevalecen en parajes donde reinan frios intensos, lluviosos, ni en los en demasía cálidos. Más de creer era que dichos vegetales se criasen en los terrenos feracísimos de Méjico, Lima y Buenos-Aires á favor de una temperatura bellísima y de un cielo azul despejado, y así y todo hubo que llevarlos de España para cosechar mieses y establecer en puntos convenientes la industria vinícola.

Mostráronse celosos los aventureros del Norte por acristianar las tierras que descubrieron, puesto que sus relaciones declaran haber ido á ellas con tal objeto obispos y misioneros, que erigieron templos, fundaron iglesias y se ocuparon mucho tiempo en la

obra de la conversion. Es de creer que estos trabajos no serian enteramente estériles, como no lo fueron en ninguna de las naciones idólatras en que se anunció la propaganda evangélica. Pero en los parajes de que se trata, las semillas del cristianismo corrieron parejas con todo lo demás que trasportó allí el genio europeo; es decir, no quedaron ni tan sólo en trasparencia señales que den fé de que hubo vez en que se predicó entre aquellas gentes la ortodoxia cristiana. Y de tal modo desapareció, que hasta se duda si entre los Indios de Groenlandia, Terranova y el Labrador existe la idea de un Sér Supremo y si conservan alguna nocion respecto á la de espiritualidad. Las doctrinas religiosas, que derramadas una vez echan profundas raigambres en el corazon de los pueblos; el idioma, que jamas emigra del suelo donde fué admitido, aunque se modifique y altere; el sentimiento de goces y la adquisicion de objetos, que hacen más soportables las desdichas de la vida salvaje: todas estas cosas marcharon como si tuviesen alas para hendir la atmósfera, ó el espíritu maligno hubiese de exprofeso venido al mundo para arrebatarlas y raer sus huellas.

Para dar aires de verosimilitud á los viajes y descubrimientos de los Normandos del siglo X, y que no pareciese peregrino semejante suceso, cundió la noticia salida del estudio de algunos anticuarios, que allá en tiempos que no se designan, naciones hubo en el antiguo continente que debieron tener trato con las del nuevo, y no en ciertos puntos, sino en la inmensa extension que se dilata desde el Cabo de Hornos al estrecho de Bering, pues que en toda ella, o á lo ménos hasta la zona helada, están á la vista ruinas grandiosas de ciudades, restos de palacios, estátuas colosales, pirámides, vias, acueductos, con otras obras monumentales desamparadas y solitarias, pero testimonios fehacientes de una civilizacion avanzada cuando se construyeron. El docto Abate Masdeu, sin atenerse á estos datos, quiere probar con profusion de citas de autores griegos y latinos que fué cierta la comunicacion antigua en la España fenicia y la América. Solon, Aristóteles, Posidonio, Cláudio Eliano, Plinio, Diodoro Sículo, Lucio Apuleyo, anteriores unos, otros posteriores, á la venida del Mesías, refieren tradiciones oscuras, y como un eco lejano, de grandes islas sumergidas como la Atlántida, de tierras desaparecidas que estaban más allá de las columnas de Hércules, de otras que caian enfrente de la Libia, de peregrinaciones marítimas emprendidas por los navegantes púni-

cos, hasta Ilrube, último término de nuestro planeta; en cuyas relaciones, á vueltas de una que otra noticia no del todo inverosímil, hállanse entreveradas multitud de fábulas y poéticos episodios, porque el hombre, allí donde no puede penetrar con la vista, inventa imágenes fantásticas y suple con la imaginacion lo que le niegan los sentidos.

Nada absolutamente puede darse por seguro de cuanto sobre el particular nos dejaron escrito los antiguos: hablan con vaguedad, no afirman ni especifican, atenidos únicamente á trasmisiones de generacion en generacion, y á ideas que recibian degeneradas después de andar erradizas por los dilatados espacios de los siglos. Desprestigiada enteramente la opinion á que dió vida el abate Masdeu, por más que en un principio lograse séquito, tuvieron los que la defendian que ceder el campo á los que la refutaban con argumentos irreplicables. ¿Cuáles son, decian, los datos de que se valieron los autores de quienes tenemos esas noticias envueltas en la oscuridad de la fábula, supuesto que no los indican? ¿Dónde están los signos exteriores de identidad entre la civilizacion egipcia, hebrea y asiática, con la civilizacion de los indígenas americanos? ¿Hánse descubierto acaso esculpidos en piedra los caractéres geroglíficos de la escritura usada por dichas naciones, ó las figuras simbólicas de los pueblos situados en los deltas del Nilo? ¿Tiene algo que se asemeje la teogonía atzteca con el politeismo de aquellas extinguidas naciones? ¿Se advierten analogías entre los ritos, costumbres y divinidades de pueblos con pueblos?

Que en la mayor parte de los Estados americanos aparecen vestigios que por su grandiosidad y destino no pudieron nunca ser obra de los Indios que encontraron los Españoles, sino de hombres de más poder y de mayores conocimientos, es un hecho que se presenta á la vista gráficamente en multitud de sitios; pero los anticuarios modernos, en repetidas observaciones, no lograron descubrir todavía átomos de asimilacion entre los principios místicos de los sectarios de Sesóstris, Numa y Confucio y los del dios Huichilpoztl de los Mejicanos y el culto del Sol de los Peruanos. Aunque para nosotros sean un misterio con cuya entrada no damos, un cáos de tinieblas que se cierran más y más á medida que se intenta penetrar en sus oscuridades, esas construcciones abandonadas en sitios yermos y solitarios, sin poderse rastrear su orígen ni á qué fué debido el que se ahuyentasen sus habitadores, las ruinas

examinadas no pueden clasificarse como de filiacion europea, ni fenicia, ni griega, ni malabar, ni tártara. Las artes en la antigüedad tenian sus caractéres distintivos segun las respectivas naciones, su tipo peculiar y genuino, sobre todo en arquitectura; pues por más que se repitieron las indagaciones y se practicaron trabajos exploratorios dirigidos por arqueólogos inteligentes y distinguidos numismáticos, nada se sacó en limpio, y el problema sigue tan intrincado como el primer dia. Todavía, existiendo edificios á medio derruir, torres, muros y pirámides, no se obtuvo una inscripcion lapidaria, una moneda, un sepulcro, un altar, un objeto conmemorativo de las deidades paganas, ni un emblema histórico que represente atributos propios de los Hebreos, Siriacos, Caldeos, Asirios, ni de las naciones comerciantes de los bordes del Mediterráneo que en lo antiguo se dieron á navegar.

Acaso más adelante, siguiendo con perseverancia las indagaciones, pueda acertarse con la clave de este enigma. Las probabilidades actuales están por la opinion de que las obras monumentales de que se trata pertenecen á una civilizacion indígena; ó si se importaron de alguna parte, no fué de nacion de que tengan conocimiento los modernos; cosa difícil, porque, excepto la region interior del Africa, puede decirse no existe otra que más ó ménos no haya sido visitada por viajeros ilustrados. Lo cierto es que, áun en el supuesto de que llegue á averiguarse por señales convincentes que los monumentos americanos corresponden al sistema de edificar de los Egipcios v. gr., ó de cualquiera nacion que se diga, ¡qué de dificultades no quedan que vencer, qué de dudas que allanar para conciliar el hecho material con lo que surge del discurso! Pues si fueron Europeos los primeros que aportaron á la otra banda, ¿no habian de llevar consigo los cereales, la cepa, el buey, la oveja y la gallina? Si Africanos, ¿dejarian por acá el camello, el dromedario, el caballo y el café? Si Asiáticos, ¿se olvidarian del arroz y la seda, del elefante y los puercos? ¿Y todos ellos no se apresurarian á recoger para sí lo que allí encontraban tan digno de ser aprovechado? Dije sobre este punto cuanto creí del caso, refiriéndome á los Normandos y sus pretendidos descubrimientos, y aquellas razones y los mismos argumentos impugnatorios sirven para contrariar las pretensiones de los que, bajo la cubierta de tiempos lejanos y de especies tradicionales incoordinadas de algun escrito, aspiran á topar proto-descubridores al mundo que puso á la vista Colon.

Cuanto se ha publicado para hallarle rivales ó compartícipes en la empresa que inmortaliza su memoria, tropieza con estorbos que no hay razones que basten á remover. Hasta el ilustre marino y sus atrevidos compañeros los Pinzones, que en clase de pilotos gobernaban dos de las tres carabelas que componian la flota descubridora, nádie habia llegado á surcar los golfos: los dos continentes existian desde la creacion, sin conocerse ni saber el uno del otro. Todo cuanto aparece en el nuevo con la marca de introducido; suntuosas poblaciones, conocimientos, campos abiertos por la reja, selvas descuajadas, la religion, la habla, las tendencias morales, todo reconoce por pátria á España; todo declara á voces y donde quiera la procedencia de las luces que despejaron las tinieblas espesas que anublecian tan hermoso hemisferio. No se necesitará jamas andar perquiriendo mamotretos ni esculcando archivos para sacar de qué parte vinieron las gentes que allí se avecindaron, ni para conocer la fecundidad de ese gran parto de la nacion ibera, pues consta registrada perpétuamente en los anales de la humanidad. El más encaprichado con las máximas de la política especulativa, al echar una mirada por los ámbitos de la América latina, el aspecto de lo positivo, la fuerza de la demostracion, los hechos intergiversables que hablan á la razon y á los sentidos, le han de empujar á sentir como el poeta que dijo:

El nauta osado
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la Cruz del Gólgota plantada,
Y escuchará la lengua de Cervántes.

JOSÉ ARIAS DE MIRANDA.

ESTUDIOS

SOBRE LA CONQUISTA DE FILIPINAS. [1]

FR. JUAN DE PLASENCIA.

IV.

Celeste bendicion ha caido sin duda sobre las apostólicas tareas de Fr. Juan de Plasencia, que esos pueblos son hoy de los más cultos y trabajadores de Filipinas. La fértil provincia de la Laguna, tan laboriosa, tan adelantada, tan rica de edificios públicos, de escuelas, de casas reales, es fundacion cási exclusiva del misionero extremeño, que adivinaba su porvenir y salia al encuentro á sus necesidades sociales y mercantiles con el instinto de un hombre de Estado. El comprendió sin duda que la gran cuenca de Bay, si alguna vez sonaba para Filipinas la hora de las grandes reformas y de las grandes empresas, llegaria á ser el puerto de Manila, por medio de la destruccion ó la perforacion del monte Maquiling, que la separa del mar de Mindoro, obra que no puede parecer imposible en el siglo que ha visto romper el istmo de Suez. Unida así la Laguna con los dos mares, se evitaria el estrecho de San Bernardino, que tan sangrienta página ocupa en la navegacion de Méjico, y se tendria perfectamente resguardado, en el corazon del grupo luzónico, uno de los mejores puertos del mundo (2). Aun sin eso,

(1) Véase el número 67 de esta REVISTA.

(2) Los escritores suponen que hay desnivel entre las aguas dulces y las del mar, y el Sr. Alvarez Arenas lo fija, como hemos visto, nada ménos que en 58 piés y 15 pulgadas; pero ya se sabe que la misma creencia existia respecto á las aguas del mar Rojo y el Mediterráneo, y sin embargo, hoy navegan los vapores por las llanuras del Egipto.

todas las poblaciones que formó en la magnífica ribera de Bay serian emporios de comercio y riqueza, si el Gobierno del Archipiélago no hubiese descuidado la policía de la Laguna, limpiando sus barras y su desembocadura en el Pasig. Por eso en la actualidad invade y pierde las mejores tierras, cercena el término de los pueblos y en las bajas mareas sólo permite la circulacion de pequeños barcos. Así fué sepultada en tiempos antiguos la iglesia del pueblo de Bay, cuyas ruinas se descubren á flor de agua. Los naturales y la órden de San Francisco claman contínuamente en vano al Gobierno superior, que debia mirar á esta Laguna como á las niñas de sus ojos, y sólo les queda el triste consuelo de exclamar á cada instante:—¡si poseyeran esta Laguna los Ingleses!

Como hemos visto, el itinerario que se trazó á sí propio el insigne misionero placentino, era el territorio conocido desde entónces por *los tagalos*, que esta raza lo habitaba sin mezcla de otra, y á él se debe, pues si no la realizó entera por su persona la realizó después como Provincial por su iniciativa, la pacificacion y organizacion de esa riquísima comarca del Sur, que *el abacá*, venero inagotable de riqueza para el Archipiélago, hace más célebre en los Estados-Unidos y en Inglaterra que en la misma España. Ese camino, que por Cavinti, Nagcarlang, Lilio, Majayjay, Lucbang, Maubang y los Camarines, conduce desde Manila á la fértil provincia de Albay, donde á las faldas del volcan Mayong se meció la cuna del precioso testil, trazado fué por el venerable placentino y con su sangre y su sudor regado. «Buscaba á los Indios, »—dice el cronista—por las playas, por los montes y serranías, y »acordándose de que Jesucristo dió gustoso la vida por congregar »en su iglesia á los hijos de Dios, que andaban dispersos como »ovejas perdidas, cargaba animoso con las fatigas, se arrojaba á »los peligros con entereza santa, y se metia entre las mismas mon»taraces fieras. Sin que el temor de la muerte le horrorizara, sin que »la inculta barbaridad de los naturales le aturdiera, y sin que le »rindieran la hambre, la sed y el cansancio, enemigos fatales de la »vida y más en una edad avanzada, á pié y descalzo... buscaba á los »dispersos de Israel, que vivian como irracionales en su choza, con »trabajo los congregaba... con ellos comia y á todos los amansaba...

»De parte de la situacion y suelo de estas islas, se reconocia ó »un trabajo, ó un peligro en cada pisada que se daba ó en cada »rumbo que se emprendia. Las navegaciones precisas por mares,

»rios y lagunas atemorizaban; los pantanos y lodazales que en es-»tas islas abundan, detenian; la altura y fragosidad de los montes »fatigaban; la barbaridad de los Indios cimarrones y aetas, aun »hoy en dia asusta... Si los pobres religiosos vencian algunas veces »estas dificultades con tan conocidos riesgos de sus vidas, la vuel-»ta á su habitacion no era ménos peligrosa, y la continuacion era »insuperable para la más robusta y alentada naturaleza, y no con-»tinuando la doctrina se hacia la primera diligencia infructuosa, »atendida la veleidad de estos naturales, cuya perseverancia en la »fé católica consiste en mantener sin la menor intermision la doc-»trina (1).»

A veces se les huian los Indios, ya reducidos, á los montes, que es lo que se empezó á llamar *remontarse*, á impulsos de su instinto selvático, y entónces,—continúa el cronista,—«para volverlos á »mover de sus cavernas, ó para administrarles en ellas algun sa-»cramento cuando la necesidad lo pedia, era preciso que los reli-»giosos se valiesen de trazas y mañas, á costa de su sudor y fati-»gas, ya fabricando puentes, ya formando calzadas, ya abriendo »en los fragosos montes caminos y sendas para que la natural pe-»reza de los Indios no hallase excusa.... En esto trabajaron los »religiosos con igual constancia, ayudando los religiosos legos á »tan útiles faenas, siendo los más señalados los VV. Fr. Alonso »de Valverde ó de Santa María y Fr. Francisco de Gata, quien »pasaba tambien á hombros á la gente tímida por algunos rios, »cuyas avenidas impedian la jornada, ó por atolladeros que sólo »podia pasarlos su agigantada estatura.»

V.

No en vano la ciudad de Manila apellidaba *El Incansable* al P. Plasencia. Desde el 20 de Mayo de 1579 venía desempeñando la prelacía superior de los Franciscanos, que aún estaban bajo la dependencia de la provincia de Méjico, por delegacion especial de Fr. Pedro de Alfaro, que se habia embarcado para las misiones de China, donde murió al año siguiente en un naufragio. Y es cosa, á la verdad, que maravilla, cómo un anciano achacoso, dé-

(1) *Crónica* del P. S. Antonio. Parte II.

bil, con escasos auxiliares,—tan escasos, que no pasaban de veinte, segun en la parte II, libro I, capítulo I de la *Crónica* citada puede verse,—en tal tiempo y en tal sitio, sin caminos, sin barcos, sin carruajes, sin guias, pudo sobrellevar el peso de tan múltiples negocios: el gobierno de una provincia monástica, naciente, pobre y combatida, cuando no olvidada, por sus superiores de Méjico; la predicacion entre pueblos salvajes; su reduccion á policía y vida civil; el viajar contínuo; el estudiar sin tregua usos, idioma, leyes, condiciones tan distintas en todo de la nuestra, y finalmente la fábrica de una Jerusalen en medio de los bosques vírgenes de la Oceanía, que no otro nombre merece la obra maravillosa que el espíritu de Dios inspiraba al inspirado misionero.

Ni con tantos trabajos se satisfacia su inagotable celo, su incansable actividad. Por ese tiempo compuso su *Arte* y su *Diccionario del idioma tagalog*, de que hablarémos luego, primeros que se escribieron en Filipinas.

Y todavía echó mayor carga sobre sus hombros. En el Capítulo celebrado en Manila á 1.° de Julio de 1583, fué electo Custodio como único piloto que podia sacar á buen puerto la mísera congregacion franciscana. Aquellos que, como nosotros, profesen á la ciencia pedagógica particular aficion, aquí es donde hallarán más grande al monge placentino, y su espíritu más elevado, que puso por obra un plan digno de un sapientísimo legislador.

Insinúa Fr. Félix de Huerta, que en el Capítulo de 1580, que presidió, habia ya propuesto y admirablemente desarrollado ese plan de escuelas á que nos referimos, que, no sólo obtuvo la aprobacion de la Orden, sino tambien la del Gobierno Superior de las Islas, y que lo ejecutó entre 1580 y 83; pero en la *Crónica*, que nos parece documento de mayor fuerza, donde se hallan especificados taxativamente los acuerdos de aquel Capítulo, sólo se toca este punto después de la eleccion del P. Plasencia, es decir, después del último año citado, y así tambien lo autoriza la verosimilitud, que en sus misiones y viajes adquiriera los profundos conocimientos del país, que luego demostró en el Custodiato y en sus admirables libros.—«Mandó á los religiosos, dice la *Crónica*, que cada »uno en su Administracion (curato) formase una escuela de niños »donde aprendiesen á leer y escribir;» y estos términos imperativos, claro está que sólo pudo usarlos cuando se hallaba al frente de la Orden. Consta, por otra parte, que el Sínodo celebrado en

Manila en 1581, donde hizo gran figura el P. Plasencia, dedicó muy especial atencion á la enseñanza para honor de la Metrópoli, que así llenaba su mision de conquistadora cristiana: consta que él presentó al Sínodo un *Catecismo tagalo*, que para la enseñanza de la doctrina á los Indios habia compuesto con el título de *Tocsohan*; y no parece humanamente posible que, quien sin descuidar sus fundaciones, tan fecundas en 1580 como hemos visto, habia ya escrito el *Arte* y el *Diccionario*, nada ménos que un *Arte* y un *Diccionario*, de lengua ruda y desconocida en aquellos tiempos primitivos de los estudios lingüísticos, pudiera á tan absorbente trabajo, como es la instruccion pública, dedicarse. No será por demás insinuar tambien que la utopia debió oponer grandes rémoras al ilustre placentino, dado que Filipinas se gobernaba por el Código indiano, que ya contenia la ley de Cárlos V de 1550, allí impracticable á la sazon, mandando enseñar á los Indios la lengua castellana, «voluntariamente y sin costa» (1); y dado tambien que otra Orden religiosa, más arraigada y potente en el país que los míseros Franciscanos, mandaba cási al mismo tiempo lo propio (2).

«Con esta diligencia—prosigue el cronista—pretendia nuestro »Custodio conquistar y rendir el bronco genio del indio bozal, »suavizar su esquivez, domesticar su rusticidad, y ahuyentar su »natural timidez al Español para que, amansados con dulzura es»tos pobres animales de Dios, pudieran habitar en su casa, como »comensales de los que evangelizaban su divina ley, ser ministros »fervientes del altar y cantar las divinas alabanzas desde la edad »pueril; y plantados así en los átrios del Señor, *pudiesen ser »maestros de los demas.*»

Aquí tienen los escritores pedagógicos que tanto han ponderado el sistema de enseñanza mútua que Bell trajo de la India á Europa en el siglo pasado, motivos para colegir que su invencion tie-

(1) Libro VI, tít. I, ley XVIII.—Sobre el absurdo generador de esta ley puede verse nuestro libro *La Instruccion primaria en Filipinas desde 1596 hasta 1868.*

(2) En 1596. Es el acuerdo del Capítulo provincial de los Agustinos de Manila, que publicamos en la obra citada, pág. 35 y siguientes.—En el Sínodo de Manila de 1581 se disputó ya la conveniencia de enseñar á los Indios el castellano, sosteniendo el P. Plasencia la opinion contraria, que en aquellos tiempos era la más racional. En la *Política indiana*, de Solórzano, libro II, capítulo XXVI, se trata largamente de esta difícil materia con relacion á los tiempos primitivos de la conquista.

ne más de española que no de inglesa, pues un humilde fraile extremeño, perdido como un insecto microscópico en las soledades de la Oceanía, lo ensayaba para arrancar niños á la barbarie, mucho ántes de terminar el siglo XVI, cuando ninguna nacion europea y ménos las ricas y conquistadoras, como España, pensaban en la instruccion primera ni en nada semejante. Detalla el cronista con timidez á vuela-pluma el sistema del P. Plasencia, copiándolo de otros escritores más antiguos, que dice lo trataron tambien á la ligera, *quizás por no querer agraviar con estas niñerías su propia seriedad*, y ni aun en los PP. Jesuitas, que siguieron en la educacion los pasos del placentino, se dá á este ensayo más importancia, como puede verse en el libro II, cap. XXII de su apreciable Crónica (1). Tanto se muda el espíritu de los tiempos, que los antiguos desdeñaban lo que nosotros estimamos por más útil y beneficioso á la humanidad. ¡Inapreciables lecciones de la historia!

Que era un sistema completo el del P. Plasencia, y especial para los Indios, que tan á fondo conocia, no admite para nosotros la menor duda. Por via de juego se enseñaba á los muchachos, y si no se distrajera el historiador franciscano de este punto con textos de San Jerónimo y erudicion inoportuna, seguramente encontrariamos en las que describe algo semejante á nuestras escuelas de párvulos.... «Venian—dice—como mansos corderillos á las escue»las con prontitud, siendo para los niños un dulce atractivo la »dulce afabilidad, y un hechizo para los Indios el que á sus hijos »los acaricien y traten bien. ¡Cuánto les costaria á aquellos siervos »de Dios un empeño tan singular, no cabe en ponderacion, pues »siendo este instituto contra libertad, que tanto apetece en todo »el mundo la edad pueril, en unos muchachos hechos á montes, »bosques y soledad, viviendo á su gusto brutal, sin racional su»jeccion, el reducirlos á una escuela para aprender, hasta hoy se »considera insuperable dificultad.»

Más adelante prosigue así:—«Todos los dias sin dispensacion, »haciendo la campana señal, se congregan en la iglesia todos los »niños de la escuela con prontitud: entonan los cantorcillos con su »maestro el *Te Deum* con gravedad y devocion, el cual conclui»do con el verso y oracion de la Santísima Trinidad, cantando la

(1) *Labor evangélica de la Compañía de Jesus en Filipinas*, por el P. Francisco Colin.—Madrid, 1683, en fólio.

»prima del Oficio Parvo de la Madre de Dios, sale la misa con»ventual; después de ésta rezan el Rosario los muchachos á coros »con las personas devotas que se quieren detener, y salen ordena»dos con una pequeña cruz, rezando alguna oracion, *los escuelas* »al lugar destinado para aprender, y los tiples con su maestro al »ejercicio de cantar. Tócanse con la campana dos golpes á hora »proporcionada para salir, y se vá cada uno á su casa á comer.

»Para vísperas se tañe á las dos, y concurren á la iglesia á can»tar las del Oficio Parvo.... Concluido, se van en la misma forma »cada cual á su obligacion, hasta las cinco, en que se hace con la »campana señal, y se forma en la iglesia una devota procesion »que dá vuelta por todas las calles, cantando ó rezando el Rosario, »hasta concluir en la iglesia con la Letanía....»

No es dudoso que quien así organizó la parte religiosa de la enseñanza, organizaria tambien la pedagógica, ajustada á la simplicidad de aquellos niños, al atraso de aquellos tiempos, y á la calidad de los elementos auxiliares con que contaban los párrocos, que todo esto habia de tenerse en cuenta en situacion tan embrionaria. Aunque no descienda *la Crónica* á estas niñerías, es razon darlas por sentadas, así como que el sistema establecia la enseñanza mútua ó de unos niños por otros, pues consta que hasta ser ya muy recios *baguntaos* (jóvenes) y tomar estado ó profesion no dejaban los Indios de asistir á las escuelas, de donde tuvo orígen en la antigua estadística el comprender bajo el nombre de *escuelas* á todos los que no eran cabezas de familia, como puede verse en los *Censos de poblacion* de 1818 que publicaron los PP. Buceta y Bravo (1), último documento oficial que se encuentra con tan extraña clasificacion. Ni era el P. Plasencia hombre que dejase «sus arbi»trios en el aire de la especulacion, como hacen muchos arbitris»tas, que fundan en la aura popular los títulos de autores de algu»na nueva invencion.»

VI.

En sus libros lo tenía ya acreditado, y ellos le daban toda la autoridad necesaria para poder plantear tan atrevidas innovaciones. Al presentarlos para su aprobacion al Sínodo de 1581 quedó reco-

(1) En su *Diccionario histórico geográfico de Filipinas.*—Madrid, 1850, en fólio menor.

nocido por el conocedor más profundo y hábil de la tierra filipina y de sus habitadores, que era cuanto necesitaba para hacerse en lo político y civil el timon de aquella nave á gentes inexpertas entregadas. Recordando que todavía á principios de este siglo empuñaban el baston de la autoridad en el archipiélago «manos que »acababan de soltar la entena ó el arado,» segun la gráfica expresion de un escritor sesudo (1), se comprenderá la calidad de los alcaldes y encomenderos, que Méjico arrojaba sobre las playas de Luzon como una espuma social. «La justicia estaba entre Martes y Mercurios, dice otro escritor grave, entre mercaderes y soldados.» (2).

Nunca desgraciadamente se ha distinguido el Gobierno de España por el acierto en la eleccion de sus representantes en las colonias, caso más grave y trascendental allí donde los errores son de imposible remedio y al desprestigio ó la mengua de la autoridad sigue fatal y lógicamente el desprestigio ó la mengua de la pátria; pero en aquellos tiempos primitivos, que era Filipinas terror de las gentes, y para Méjico como un presidio de vecindad peligrosa, sólo por regla general aventureros desalmados y hombres sin freno y sin conciencia se enviaban. No permitian afortunadamente las condiciones del país que su dominacion material se asentára sobre bases sólidas, ya por la confusion de los dialectos y razas, ya por la irregularidad de la poblacion, ya en fin por el extraordinario y para el vulgo incomprensible modo de ser de aquella naturaleza caótica y primitiva, circunstancias que aprovechó admirablemente el P. Plasencia, para torcer, por decirlo así, el rumbo de la conquista, que sin él acaso hubiera seguido la suerte de Méjico y el Perú, en vez de hacerse cristiana y civilizadora. El hombre que viviendo entre los Indios una vida ejemplar, y por lo laboriosa y por tantos títulos admirable, habia compuesto,

Arte de la lengua tagala,
Vocabulario de la lengua tagala,
Tratado de especiales frases tágalas;

no podia ménos de ser considerado por los escasos é inexpertos españoles como un guia ineludible para caminar en Filipinas sin tropiezo. Mayor autoridad alcanzó todavía con acudir á sus luces la Real Audiencia, en el punto mismo de establecida, para que le

(1) Don Tomás Comyn.—*Estado de Filipinas en 1810.*
(2) *Crónica* citada del P. San Antonio.—Parte II.

diera pautas y normas á qué atenerse, pues se hallaba totalmente sin brújula, y presentia que su nulidad habia de traerle, como á los pocos años le trajo, su supresion. Nada ménos que cédula de ruego y encargo pasó en 1580 el Gobernador superior, D. Santiago de Vera, Presidente de la Chancillería, al custodio de los Franciscanos para que como prelado del P. Plasencia le ordenase hacer aquella obra, y entónces compuso su *Relacion de los génios, condiciones y costumbres de los indios de Filipinas*, obra que aceptada por la Audiendia como fuente de derecho indígena, por decirlo así, fué por el Gobierno superior trasmitida en copia á los Alcaldes y Corregidores de capa y espada para su aplicacion. En su parte I, libro III, cap. VII, dice el tantas veces citado cronista franciscano que «tambien mereció de la Majestad católica especial »Cédula de aprobacion tan ámplia, que mandó á todos sus Minis»tros de estas islas, que en las determinaciones acerca de los natu»rales de ellas gobernasen sus juicios por el Tratado de Fr. Juan »de Plasencia y por las costumbres en él contenidas,»—documento que á la verdad, no hemos encontrado nosotros en los más antiguos Cedularios del Gobierno Superior.

Ninguna de estas obras vió en su tiempo la luz pública por no haberse introducido la imprenta en Filipinas; pero de la *Relacion*, que es sin duda la más importante, y se reprodujo abundantemente por copias legalizadas, quedan tantos rastros, que podemos juzgar de ella con mediano conocimiento de causa. El primer historiador civil de Filipinas, Magistrado de su Audiencia y Teniente de Gobernador, la copió cási íntegra en 1598 para su rarísimo libro, que publicado en Méjico pocos años después (1) ha sido fuen-

(1) *Sucesos de las Islas Filipinas hasta 1598*, por D. Antonio de Morga.—Méjico, en la imprenta de Jerónimo Balli, 1609. Un tomo en fólio.

Es de los más raros libros de nuestra excelente literatura ultramarina. El honorable Henry E. J. Stanley acaba de publicar (Lóndres, 1868) una traduccion muy bien hecha y enriquecida, con el título de *The Philippine islands, Moluccas, Siam, Cambodia, Japan and China at the close of the sixteenth century*. By Antonio de Morga.

Otro cronista de la provincia de San Gregorio, Fr. Antonio de la Llave, en su primera parte de las *Crónicas*, desde 1520 hasta 1624, copia á la letra al P. Plasencia; pero de las palabras del P. San Antonio (parte II, libro II, capítulo XXI), parece inferirse que sólo se trata allí de las ceremonias y religion antigua de los Indios, es decir, de la parte religiosa del escritor extremeño.

te inagotable á los posteriores, entre los cuales pasa por clásico el extracto del P. Colin en su *Labor evangélica de la Compañía de Jesus en Filipinas*. La más servil, segun aseguran contestes las tradiciones locales, es la copia que introdujo en su *Crónica* el franciscano á quien venimos siguiendo, y él en cierto modo lo confiesa por vários lugares, y principalmente en el cap. XXXIII del libro II, parte II. El incomparable mérito, la exactitud y profundidad del tomo I de esta *Crónica*, se atribuye en Filipinas á la insercion de los trabajos del P. Plasencia, y así se explica la escasez de ese primer volúmen, que falta en muchos ejemplares.

Siguiendo, pues, este norte, que es cási seguro, podemos dar muestra á nuestros lectores del curioso libro del fraile extremeño.

El capítulo I trataba *del orígen de los Indios*. (Corresponde al cap. XXXIX, pág. 129, del tomo 1.º de la *Crónica*.)

Capítulo II.—*Del génio é ingénio de los Indios filipinos*. (Capítulo XL, p. 140.)

Capítulo III.—*De las letras, lenguas y policía de los Filipinos*. (Cap. XLI, p. 144.)

Capítulo IV.—*De las facciones corporales y trajes de estos Indios*. (Cap. XLII, p. 146.)

Capítulo V.—*De la falsa religion que tenian en su gentilidad estos Indios y de sus supersticiones y agüeros*. (Cap. XLIII, página 149.)

Capítulo VI.—*Del gobierno antiguo y costumbres políticas de estos Indios*. (Cap. XLIV, p. 158.)

Capítulo VII.—*De otras costumbres de estas gentes, y en órden á sus casamientos y dotes, hijos y sucesiones*. (Cap. XLV, página 164.)

Por esta médula puede apreciar el lector la importancia de un libro que, escrito á raíz de la conquista, en el embrion de los primeros tiempos, apénas si ha dejado asunto que investigar á los subsiguientes. Gruesos volúmenes han llenado otros comentando y ampliando estas observaciones del misionero extremeño, que las que tocan á la idolatría y estado moral de los Indios cuando los conquistó Legaspi, son por todo extremo profundas y ofrecen inagotable materia.

Nada se ha escrito mejor en los tres siglos trascurridos, y nosotros las extractariamos de buen grado si las dimensiones de este artículo lo permitieran; pero por hoy habrémos de contentarnos con

la ponderacion que hace el citado cronista de este «asunto, que »sólo nuestro venerable Fr. Juan de Plasencia con la gracia de »Dios y con su infatigable teson pudo evacuar; porque habiendo »sido el génio de estos Indios de tan ninguna aplicacion á mate»ria historial, que nunca se halló noticia de su antigüedad en el »más mínimo papel, sólo de mirar esta y la otra accion, de oir »frases y cantares de su idioma vulgar, de observar en los viejos »costumbres y modos de proceder, de indagar tradiciones que de »padres á hijos han dimanado en sucesion, pudo este siervo de »Dios investigar lo que llegó á escribir.»

Aun es de inferir que en la notabilísima descripcion que hace el mismo cronista de las provincias, principalmente de las tagalas, donde hay un subido olor de antigüedad en mil partes anacrónico, copie otros papeles del P. Plasencia, que han sido por largo lustro familiares á todo escritor franciscano. De sus trabajos lingüísticos tambien parece que otros se hayan aprovechado. Ellos brillaban principalmente por lo grave y castizo del estilo, que así se deduce de la censura hecha por el P. Agustin Serrano, de la Compañía de Jesus, al *Arte de la lengua tagala* de Fr. Domingo de los Santos (1).

Compuso, finalmente, para los misioneros y predicadores otro libro apellidado *La Santina*, que debia de ser como guia espiritual y práctica de su sagrado ministerio.

VII.

Si el espíritu práctico y civilizador de nuestro insigne misionero no estuviese ya con tantas pruebas aquilatado, la lucha que tuvo que sostener con los encomenderos desde el primer momento de las reducciones, lo aquilataria. Cuantos conocen la triste historia de nuestra política ultramarina, achacan á esta institucion funesta el escaso desarrollo de nuestro influjo en las razas indígenas, pues aunque repetidas leyes de Indias mandasen establecer las poblaciones só campana para su mejor fomento y policía, «el porte de los »encomenderos más era para esparcir que para congregar. Sólo se

(1) Se conserva manuscrito en la librería del convento de San Francisco de Manila. Esta censura, así como las licencias para la impresion, llevan la fecha de Agosto de 1693.

»hallaba tal ó cual poblacion, y dispersos no sólo los barangayes, »sino la gente de cada barangay, ó aterrados del imprudente ri»gor ú hostigados del desenfrenado interes con que los encomende»ros buscaban solamente su propia negociacion» (1). Así no fué posible evitar desde los primeros momentos el choque de dos elementos tan antitéticos, como que representaban el bien y el mal, polos eternos en que la humanidad gira.

Habian cometido el cándido error los legisladores, de encargar á los encomenderos que enseñasen doctrina y política cristiana á sus Indios; que ejerciesen, como dice Solórzano, oficios de Padre y Director, cosa á la verdad incompatible con el máximo interes de los poseedores de encomiendas. Apretaban los religiosos para que la ley se cumpliese, y siendo la tierra pobre por la flojedad del Indio, y no pudiendo apretar á éste el encomendero porque el religioso lo impedia, la escasez de la ganancia llegó á hacer aborrecibles las encomiendas, que vinieron poco á poco á mudar de carácter y convertirse en religiosas. En ninguna parte hemos visto apuntada esta observacion, que nos parece tanto más exacta cuanto que ella explica el estado religioso y aun el político y social de Filipinas. El fraile habia compartido con el soldado los trabajos de la conquista; por igual podian invocar sus derechos; pero aunque paralelos, sus caminos eran totalmente diferentes, pues el soldado iba á la dominacion y el fraile á la civilizacion. Cuando aquel vió que la dominacion era peligrosa y cási esteril, que sin el fraile no podia vivir entre los Indios, y que con el fraile no podia medrar, dejó solo á éste concluir su tarea, y hé aquí cómo á la vuelta de cincuenta años las verdaderas encomiendas de Filipinas fueron las parroquias. En América sucedió lo contrario. La duracion de nuestro imperio diga el sistema que deba llevarse la palma, que nosotros nos contentamos con apuntar hechos históricos.

Fr. Juan de Plasencia, como escritor, como legislador, y acaso como filósofo y buen patricio, digámoslo sin rodeos, tendió á este fin desde el primer dia de su llegada al Archipiélago. Hoy podemos contar sus pasos en el polvo de los siglos. Le vemos aprender lo que todos ignoraban para hacerse á todos necesario. El encomendero destruye los barangayes ó cabecerías para dominar mejor al Indio, y él invoca el *ugali* de sus *nonos* (la costumbre de sus

(1) *Crónica* citada del P. San Antonio.—Parte II.

mayores), que llegaron á las islas en un *barangayan*, y se establecieron por grupos de tantas familias como cabian en el barco, para rehacer el barangay, restablecer el patriarcado venerable del cabeza y tener el principio de un pueblo. En vano lucha el encomendero con esta influencia; lo han dicho los *nonos*; es el *ugali*; lo quiere el Padre *matanda* (viejo). Los barangayes desunidos están en contínua guerra, que no conviene al encomendero, ni al religioso, y trabajan de consuno para juntarlos; pero entónces resulta el pueblo, y el fraile, con la ley en la mano, pide que se le haga iglesia, ó la hace él mismo si no hay encomendero; pero si le hay y resiste el gasto, porque gana poco, el Rey ó el Gobierno superior, que miran á intereses más altos, y representada en aquella iglesia el órden público, la policía, la paz de doscientas familias, y digámoslo de una vez, la civilizacion, acuden en ayuda del fraile con cédulas como ésta:

EL REY.

«Nuestro Gobernador de esas islas filipinas.... por cuanto Nos »tenemos proveido en la Nueva España que se hagan monaste»rios.... y que en los lugares donde se hubieren de hacer, si fue»ren pueblos que estubieren en nuestra corona se hagan á costa »nuestra.... y si fueren pueblos encomendados, se hagan á nues»tra costa y de los Encomenderos.... y la misma órden es nuestra »voluntad se tenga en esas islas.... Yo vos mando que luego os »informeis.... y en las partes que conviniere proveais como se ha»gan.... y si fueren pueblos encomendados á personas particula»res, haréis que se hagan á nuestra costa, y del tal Encomendero....

»*El doctor Santiago de Vera*, del Consejo de S. M. á vos Juan »de Bustamante, Alcalde mayor de la provincia de Camarines, y »á vuestro Lugarteniente, sabed, que á la órden que se ha de tener »en estas islas cerca de los monasterios é iglesias.... S. M. tiene »proveido y mandado la forma que se ha de tener en ello.... (copia »la Real cédula). E agora el Padre Fr. Juan de Plasencia, Custodio »de la órden del Señor S. Francisco, me hizo relacion diciendo que »en esa dicha provincia, muchos de los naturales della están muy »apartados y esparcidos, de manera que no se les podrán adminis»trar los sacramentos por no estar juntos y congregados cada pue-

»blo de por sí, y que no tenian iglesias ni ornamentos en ningu-»no de los pueblos que S. M. y Encomenderos de esa dicha juris-»diccion tienen.... é por mí visto.... por el presente os mando veais »la dicha cédula.... y la guardeis é cumplais en todo y por todo, »como en ella se contiene; y en su cumplimiento os junteis vos y »el Padre Fr. Juan de Garrovillas, Guardian de esa villa, y ansí »juntos veais las poblaciones que ansí se han de hacer, y el ta-»maño y forma que las dichas iglesias han de tener.... E porque »los dichos religiosos de la dicha Orden, conforme á su Regla.... »no pueden tener síndico para las limosnas.... daréis órden.... en »los pueblos donde ansí se hicieren las dichas iglesias, ansí de su »Majestad como de Encomenderos.... etc. etc.» (1)

Por adelantarse en todo á su tiempo el misionero extremeño hasta profetizó que nunca cesarian las discordias entre los Párrocos y los Alcaldes mayores. Habiéndole consultado el medio de evitarlas D. Santiago de Vera, después de una larga conversacion que puede verse en *la Crónica*, le dijo:—«Supuesta ya esta enemis-»tad, que en Indias ha sido, es y será la más comun, pues ya la »padecia en su tiempo el Sr. S. Francisco Javier (sin agravio de »muchos ministros que con toda justificacion harán todo su deber) »soy de parecer que la oposicion entre el Ministro evangélico y el »Alcalde mayor, es mejor que la amistad, hablando segun la espe-»riencia comun.» La suya sube de punto en estas frases para los prácticos en la materia, que vén en ellas una prueba de su admirable conocimiento del corazon humano y de las pasiones que suelen moverle en Indias. Hoy es el dia que la civilizacion y las reformas administrativas han hecho raras estas sensibles reyertas, y sin embargo, donde quiera que surgen entre el Alcalde y el Párroco, puede decirse parodiando al P. Plasencia:—más vale así,—porque de seguro evitan mayores males.

VIII.

Hacen observar todos los cronistas franciscanos el raro caso de qne en una vida tan larga y trabajosa no padeciese la menor enfermedad el misionero extremeño, como si Dios le conservara todas

(1) *Cedulario del Gobierno Superior de Filipinas.* Tomo VI.—La Real cédula, refrendada por Antonio de Eraso, es de Aranjuez, 13 Mayo de 1579. = La del Gobernador Superior, de 8 de Setiembre de 1585.

sus fuerzas para el cumplimiento de la altísima mision que se habia impuesto. Acabado el Custodiato, en cuyo oficio demostró su ciencia organizadora, que era sin duda la mayor necesidad del país en aquellos momentos, dedicóse á otros trabajos de utilidad comun, entre los cuales, cumplido el encargo de la Audiencia y el libro de *la Santina*, debemos mencionar el hospital que hizo en San Fernando de Dilao (hoy Paco), recogiendo por su propia mano las limosnas, para una muchedumbre de Japoneses que habian arribado náufragos á las islas, hasta que por descansar en las soledades y entre sus Indios, que tanto amaba, se retiró al pueblo de Lilio en la Laguna, donde alternaba la conversion de infieles y la asistencio á las escuelas con la invencion y establecimiento de los primeros padrones estadísticos, que aquellos párrocos llaman *planes de almas*. Allí una enfermedad repentina puso fin á sus gloriosos trabajos en 1590.

Terminarémos nosotros el nuestro con una observacion harto singular, que la verdad histórica nos inspira. Para los conocedores del Archipiélago completa, sin oscurecerla por cierto, la figura luminosa del extremeño apóstol. Consideraba al Indio como á un niño, y por algunos rasgos de su vida pudiera creerse que de sus labios salió por primera vez la axiomática frase: donde nace el Indio nace el bejuco.

V. Barrantes.

ESTUDIOS COLONIALES.

DOCUMENTO NUM. 2.° (1)

MARINA ESPAÑOLA.

CUADRO GENERAL SOBRE SU PASADO, SU PRESENTE Y SU PORVENIR.

> Diez y ocho batallones de marina cuestan al año siete millones seiscientos mil reales ménos que otros tantos de tierra.
>
> *Cálculos del Marqués de la Victoria, Capitan general de la Armada, en sus informes ó discursos al gran Cárlos III.*

Al finar hoy con este artículo en nuestras tareas periodísticas, por circuustancias personales ajenas á esta publicacion (2), recordamos el empeño que tenemos contraido en nuestros anteriores números de hablar con especial detenimiento sobre el principal elemento de la gloria y prosperidad de las naciones modernas... la marina. Doloroso es el estado en que se encuentra la nuestra: sin duda que nacion ninguna podrá ofrecer en su historia contrastes más notables sobre las vicisitudes de su poderío unas veces, y

(1) Este documento es perteneciente á la parte segunda de los *Estudios Coloniales*, publicada en el número anterior de nuestra REVISTA, el que por su mucha extension no pudo tener entónces cabida.

(2) Este artículo fué publicado en 29 de Diciembre de 1845, época en que me preparaba para emprender un viaje de exploracion científica á la isla de Cuba. No debe, pues, perderse de vista esta fecha para todos aquellos hechos de aplicacion á que se refiere, y que, si la tenian entónces, ya hoy no tienen la misma. Desde entónces acá se ha aumentado y se ha mejorado no poco la condicion de nuestra armada, y la opinion es cada vez más favorable hácia ella: pero siempre queda en pié el interes con que se aboga aquí por la preponderancia de este elemento nacional, tratándose de nuestras colonias, y mucho más hoy que acaba de ocupar el trono español un Príncipe marino.

de su decaimiento en otras; de su fortuna y adversidad; de su emporio y abandono. Hoy, pues, vamos á cumplir con esta deuda. Nos faltará la conviccion que quisiéramos inspirar á nuestros razonamientos; nos faltarán los conocimientos especiales que deseáramos poseer sobre la materia; pero nos sobra amor por nuestra pátria, y aunque desconocemos cuán tristemente podrá calificarse esta misma efusion en tiempos tan escépticos, nosotros lo confesamos: no porque ha caido más de una vez de nuestros ojos la venda de la ilusion y el desengaño, ha dejado su altar de tener prestigio para nosotros. Y disimúlesenos este desahogo: que el que un dia le ofreció voluntariamente su juventud y su brazo, le sirvió después con lealtad en el mando, y le ha prestado el poco valor de su pluma desde que su razon se formara, permitido le debe ser manifestar, que desde esta época, dos cosas han llamado con preferencia su humilde pensar en el órden público: las quintas, la marina. Mas dejando aparte la primera cuestion, porque de ella nos ocupamos más sériamente para presentarla en su dia cual nosotros la entendemos, entramos á hablar sobre la segunda.

Ya otra vez, con un objeto diferente, hemos hecho esta observacion. ¿Cómo es que la España, esta nacion que cuenta esa costa inmensa, con 98 puertos habilitados, 55 de estos en el Mediterráneo y 43 en el Océano, que aún conserva en todos los mares y en las cuatro partes de la tierra preciosos restos de su pasado poderío, joyas inestimables de su antigua corona de dos mundos; cómo ha podido lucir un solo dia en que sus hombres de Estado hayan perdido de vista el interes de su marina? ¿Cómo esta nacion que tiene provincias cuyos habitantes son de tanta disposicion para la náutica (1), ha prescindido así en diferentes épocas, por dilatados años, de este envidiado elemento, en otras ménos independientes por su posicion exclusivamente terrestre? ¿Cómo la pátria de D. Juan de Austria, el pueblo que atesora los recuerdos de Lepanto, que llevó sus naves á un piélago ignorado, que hizo temblar un tiempo á la orgullosa Albion con la *Invencible*, que ha luchado con ella en nuestros propios dias con más digna gloria que deseada ventura (2); cómo los hombres que se han encontrado al frente de este mismo pueblo han abandonado así tan completamente este colosal poder de los presentes tiempos? Reflexion es esta que llama de por sí la atencion del repúblico pensador, y que ha ocupado muchas veces la nuestra sobre las páginas de la historia, y más de una, á la vista misma de ese golfo cantábrico, sobre cuyas olas nos ha parecido ver escritas las proezas de sus hijos y de sus esforzados navegantes. Pues allí, ante el espectáculo de aquel piélago cuyo fin no alcanzan los ojos, nos hemos absorbido tambien en la medita-

(1) Los Mallorquines, los Vascongados, los Catalanes, los Canarios, siempre intrépidos y sufridos.

(2) Aludimos al disputado sitio de Gibraltar, donde el valor más aguerrido levantó en medio de las olas las baterías flotantes.

cion de sus causas, y hemos creido poder señalarlas en los principios y en los hombres de nuestra propia historia. Abramos su libro para intentar probarlo.

SU PASADO.

Sin entrar en el atraso que al mundo antiguo causó la invasion de los Bárbaros, sepultando para la navegacion los adelantos sucesivos que habia tenido hasta allí, primero con la *nave longa* de Jason, después con los *biremes*, los *triremes* y los *cuatriremes* de Cartago, que cruzaron por nuestros puertos españoles, segun fueron pasando por ellos las diversas dominaciones de sus invasores; la marina española es casi nula por todo el período de nuestra dominacion gótica; ocupa un gran lugar con los Arabes, hasta el punto de que sus buques salian de Málaga para la China; pero cuando aparece con más brillo es con las libertades aragonesas, cuyo pueblo, bajo el reinado de D. Jaime el Conquistador, tiene escuadras que compiten con las de los Genoveses y Pisanos, que iban á la cabeza de sus adelantos; y no fué sino con una de 150 buques de alto bordo, llamados entónces, por unos, *caudales*, y por otros *naves gruesas*, *taridas*, *trabuces* y *galeotas*, en donde condujo sus huestes á las Baleares, adquiriendo después estas mismas escuadras aragonesas mayor desarrollo bajo Pedro III y su célebre Almirante Roger de Lauria.

Pues la armada castellana, ya en 1371, es tambien la primera que hace oir por primera vez la voz de sus cañones sobre las aguas de la Rochela, y á esta aplicacion de la artillería debió su Almirante *Bocanegra* tan señalada victoria. Desde entónces, ella llevó por adelanto en aquella época los espolones de sus proas y los dos castillos de sus extremidades, tan ofensivos entónces para la guerra (1). Hasta á sus más humildes buques, llamados por entónces *carabelas*, van unidos los recuerdos más gloriosos de nuestra nacionalidad, pues no fué sino con esta clase de buques con los que surcó Colon el Océano para proporcionar á España un Nuevo Mundo.

(1) Estos espolones y estos dobles castillos, después de tanto tiempo, han vuelto a ser resucitados en nuestros dias por la construccion moderna de los *monitores*, y permítaseme que con este motivo haga aqui una observacion sobre el particular destino de nuestra nacionalidad, en virtud de los sucesos que ya han tenido lugar en el mundo, en los veinte y cinco años que han mediado desde que este artículo se escribió.

Como en él se ve, la España fué la primera que aplicó la artillería á las escuadras: la primera que penetró hasta las profundidades de un Océano desconocido: la primera que dió con un marino español la vuelta al mundo en buques de vela y de madera; y por un misterioso destino, ella es tambien la que en nuestros mismos dias ha sido la primera que ha vuelto á dar este viaje alrededor del globo en un buque de vapor y de coraza, en la blindada *Numancia*, uniendo así á esta gloria, la de comprobar para el progreso las buenas condiciones marineras que puede tener esta última construccion para mares gruesos, sin faltar á su rapidez la facilidad de sus movimientos, como hasta entónces se negaba.

Los navíos reales vienen después, y concretándonos ya á su mayor aumento y desarrollo, hé aquí sus principales vicisitudes al principiar el reinado del hijo de Cárlos V.

Las alternativas del poder naval en España desde el reinado de Felipe II han sido hijas de la exageracion de los principios y de la debilidad de los hombres que han dominado esta sociedad. Siempre que el fanatismo religioso ó político ha imperado, el poder de nuestra marina ha sido ninguno. Siempre que el favoritismo y la baja adulacion han rodeado las gradas del Trono, el esplendor de nuestra marina ha desaparecido. Por el contrario: siempre que una ilustrada razon ha presidido á los principios de la gobernacion, siempre que los monarcas han sido sábios y dignos, nuestra marina ha sido fuerte y respetada. Apliquemos estos asertos á los hechos.

La Casa de Austria va menguando en poder hasta tocar en el degenerado vástago del imbécil Cárlos II. El fanatismo religioso llega á su punto: olvídanse las miras profundas de su antecesor Felipe, y el Estado es presa de hombres tan hipócritas como ignorantes: éstos hacen constituir el nombre de la nacion, en la inmovilidad en que la sumen: la gloria del Monarca, en los horrores con que lo rodean: en fin, su degradacion llega á ser tanta, que envilece su púrpura, todavía grandiosa herencia de dos mundos, sosteniéndola débilmente sobre sus hombros para esperar á la afortunada montañesa que debia desatar los lazos de su conjuro.... Pues bien: ¿qué era ya en este dia de aquellas formidables escuadras que con el nombre de armada del Océano, armada de la guardia del Estrecho, armada de la guardia de la carrera de Indias, armada de la Avería, flotas de España, galeones de Tierra-Firme, armada de Barlovento, armada del Sur y Filipinas, armada de Cantabria, de Portugal, de Flándes y de Nápoles, existian desde el siglo XVI sufriendo várias reformas y ordenanzas? Hé aquí lo que llegaron á ser en el reinado de Cárlos II. *Cuando en* 1691, dice un biógrafo (1) *vino el Almirante Russell para auxiliar á los Españoles, la armada de estos consistia en diez navíos, cuatro de línea, y el resto de poco porte, y tan podridos, que apénas podian aguantar el fuego de sus propias baterías.* Hay más todavía: D. Francisco de Varas, primer Intendente de la marina en Cádiz, al visitar en 1715 las inmediaciones de esta ciudad para establecer arsenales, halló el único carenero del Puente de Zuazo *sembrado de hortaliza* (2). Hé aquí lo que llegó á ser el poderío marítimo de España durante el período calamitoso en que reinó la exageracion de un principio que, dirigido hasta allí más hábilmente, habia producido el bien de la unidad y fuerza ¡A tal punto llegó el abatimiento de las numerosas escuadras que habian poblado los mares durante siete reinados, señoreándose sin otra concurrencia!

(1) Juan Charnoch.
(2) Notas de D. José de Vargas y Ponce.

Inaugura después Felipe V el advenimiento al trono español de su casa borbónica con útiles reformas. Ya es el primer monarca á quien aconsejan sus Ministros no vaya á solemnizar con su presencia las horribles fiestas de la Inquisicion. Ya es el primero que pone órden y concierto en la máquina administrativa; y si bien no le disimularémos que desde su época data dolorosamente la preponderancia del poder militar sobre aquella constitucion tan civil de la Casa de Austria, á él se deben, sin embargo, la institucion de nuestros principales cuerpos literarios, y de él datan los primeros adelantos de nuestro suelo sobre las modernas ciencias. Pues bien: en su tiempo saben entenderse el altivo Alberoni y el infatigable Patiño: en su tiempo se echan los cimientos del arsenal de la Carraca; se forman los nuevos batallones de marina que debian remplazar en la armada los afamados tercios; se les da una organizacion hasta allí desconocida, y en su reinado, por último, brilló para darle lustre y gloria aquel capitan de granaderos procedente de las fuerzas del mar de Nápoles, que, extraido de sus filas á la edad de treinta años, después de haber consumido diez y nueve en el servicio de tierra, fué el primer alférez de la compañía de Nobles, llegando á ser con el tiempo Capitan general de la armada y primer Marqués de la Victoria. Tal fué el insigne escritor D. Juan José Navarro. Pues al esfuerzo de estos hombres, á los buenos deseos del monarca, á la mayor ilustracion de la época, véase ya el rápido acrecentamiento que alcanzaba en 1761 aquella misma marina tan exánime que hemos visto en 1694. La armada española se componia ya por este tiempo, de la siguiente fuerza: navíos, 2 de 80 cañones de á 24 y 18; 9 de 70 de á 24 y 18; 25 de 68, de á 24 y 18; 11 de 64 hasta 54, de 18 á 12.

El próspero reinado del Sr. D. Cárlos III, por las luces y el patriotismo de tantos varones distinguidos como hacen grata su memoria, siguió prestando á la armada un acrecentamiento rápido é imponente. Y en vano sufrimos pérdidas enormes por parte de la ambicion inglesa, que no podia ver con ojos serenos tan prodigioso desarrollo: en vano nos fué muy costoso el resentimiento del gran Cárlos III, que no olvidó jamas la notificacion que le hiciera ante su trono de Nápoles el Comodoro Martin: todavía, después de estas pérdidas, al cabo de dos años que se firmara la paz en Paris á 10 de Febrero de 1763 contábamos en 1765 las fuerzas siguientes: 67 navíos, 47 fragatas y 64 buques entre corbetas, bergantines y otros: total 178.

Pero sentóse en el sólio su hijo Cárlos IV, y á poco la guerra y las desdichas tornaron á afligir la pátria. Perdióse la dignidad para remplazarla con la privanza; y si bien nosotros no abrigamos contra el favorito las preocupaciones de la multitud, nos basta sólo que lo fuese para que veamos empañada la mejor opinion que tenemos de él en otros puntos, á la vista de su insolente preponderancia. Ya el *partido* y el *privilegio* comenzaron á alzar en esta época su frente. Ya hubo paniaguados y hechuras del Príncipe im-

provisado, y súbditos quejosos del desprestigio del Rey. Vino después un Escoiquiz..... y tras él las desdichas del padre, todas las cuitas del hijo. ¿Qué era en tanto de la marina de nuestra nacion? Satélite de la República francesa, debiendo ser el baluarte de esta española monarquía, sepultóse en Trafalgar, y en sus olas escribióse al fin con la sangre de sus hijos: *todo se perdió ménos el valor y el nombre.* Pero, ¿qué le importaba tan irreparable pérdida al engreido mortal que hollara las alfombras del palacio de Doña María de Molina, no dejando ver el resultado verdadero de estas desgracias entre el boato de su segunda corte y el lujo de su escogida guardia?

Entra á reinar Fernando VII, y desde cu coronacion se desatan las pasiones partidarias, pasando ya estas del recinto palaciego al campo de los principios; y Escoiquiz pudo recoger á manos llenas el fruto de aquella desconfianza que sembró en el tierno ánimo de un Príncipe, tan costoso y tan fatal para la desventurada España. Una reaccion política en 1815: otra más espantosa y teocrática en 1823: hé aquí los tristes períodos de ese reinado con el que sin duda somos imparciales, no habiendo participado de él por nuestra edad, ni de sus agravios ni de sus recompensas. ¿Mas cuál era miéntras, la suerte de nuestra armada? Olvidados sus pequeños restos, obstruidos sus diques, cerrados sus arsenales, y para colmo de indignacion y mayor sarcasmo, otros favoritos improvisan en Madrid un tranquilo Océano (1), un cómodo desembarcadero, una ostentosa fálua, y dotan su puerto de dos compañías de aguerridos y viejos marinos. ¡ Hasta este punto puede abusarse, en épocas de arbitrariedad, de los caudales públicos! (2) Pero tal vez pretendian con esta ridícula ostentacion en obsequio de la marina, encubrir la avidez de sus bolsillos, ó que el grave aspecto de aquellos veteranos no dejase ver el fondo de su condicion y miseria. Nada importaba que en el entre tanto sufriésemos humillaciones en el litoral, no teniendo apénas un buque que lo protegiera. Por ventura, ¿lucian por ello ménos los entorchados de los Jefes de la escuadra palaciega en los mares del Buen Retiro? Burlándose así de la mayor gloria y del móvil mejor de la prosperidad de los pueblos, despreciándola quizá, por el número excesivo de sus fuerzas terrestres; en cambio presentaban una costosísima Guardia Real, y querian deslumbrar con ella á los que nos contemplaban, y fascinar con estos accidentes de fuerza y de un artificial poderío los turbados ojos del Monarca. Es verdad, que era el ejército el sosten de su violencia y desafueros: por eso lo atendian como instrumento, mas por eso tambien prescindian de la marina, no siendo ella una palanca igual para la perpetuidad de sus abusos! ¿Ni qué tiempo habian de tener para pensar en el movimiento y defensa de los puertos y en la dignidad de nuestro abatido pabellon?

---

(1) En el estanque de los jardines del Buen Retiro.

(2) Es escandaloso lo que se gastó en estas obras.

Acaso les restaba alguno, empleados casi exclusivamente por su partidaria fiebre, en levantar cadalsos y en la organizacion de su espantosa policía? Para el sosten de este reposo, necesario era el número y la buena asistencia del ejército de tierra. Y hé aquí descifrado por qué á la muerte de Fernando VII era todo para sus filas, y nada para la marina. El uno siempre será en su exceso, el áncora de la violencia y de los partidos: la otra siempre será á su falta, la causa del atraso, la humillacion y dependencia de las naciones.

SU PRESENTE.

Entremos en los presentes dias, y á la verdad que dudariamos de la discrecion y temeriamos la dureza de nuestro lenguaje para con los hombres que de once años á esta parte (1) han ocupado los asientos del poder, si tratáramos de mezclar la pasion con nuestros razonamientos, por el desdeño con que han mirado este ramo, después de haber invocado los más santos principios. Siquiera en el tiempo de las Córtes de Cádiz y en las de 1820 á 23, se dejaron mostrar entre sus tempestuosos dias las disposiciones con que se intentaba fomentarlo! Pero en los nuestros, ¿dónde ha estado una sola medida de reparacion? Si la guerra civil se nos opone, ¿no contamos ya seis años de una paz completa? Y no se nos objete tampoco la falta de recursos. Si se han hecho sacrificios para sostener en la paz un ejército al pié de guerra, al extremo de haber estado cubriendo un presupuesto militar de 600 millones, ¿cómo no se han pedido algunos, aunque en menor escala, para la marina? Y no se nos oponga por último su estado y los grandes fondos que se necesitaban. La armada española, cuando la casa de Borbon llegó á reinar, la encontró tan nula y reducida (2) como ya hemos dicho arriba, que por un contraste digno de notarse, segun hace observar un escritor, contaba Castilla á principios del siglo XVIII mucha ménos escuadra que á principios del siglo XV, uno ántes de los del descubrimiento de América. Y sin embargo, cuarenta y cuatro años después, á los esfuerzos de aquel primer reinado, el estado de la armada, segun lo vamos á ver en un documento oficial, tomándolo de la biografía del Marqués de la Ensenada, escrita por D. Martin Fernandez de Navarrete, era el siguiente:

EN CARTAGENA DE LEVANTE.

	Cañones.	
El Real	114	Prontos á hacer una campaña
El Leon	70	

(1) No se olvide que esto se escribia en 1845.

(2) Hasta los galeones que servian para las flotas fueron quemados en 1702 por el Almirante Jorge Rooch, en Vigo.—*D. José de Vargas.*

Constante	60	Prontos.
América	60	Prontos.
San Fernando	60	Prontos.
Hércules	60	Para entrar en carena.
Oriente	60	Prontos.
Brillante	60	Prontos.
Soberbio	60	Prontos.
Neptuno	60	Prontos.
Alcon	52	Prontos.
Javier	50	Prontos.
Retiro	50	Prontos.
Paloma	50	Para entrar en carena.
Galga	50	Prontos.
Aurora	30	Prontos.

EN EL FERROL.

San Felipe	70	Prontos.
Europa	60	Prontos.
Castilla	60	Prontos.

EN CÁDIZ.

El Glorioso		Prontos.
Cuadro bombardas		Prontos.

EN LA HABANA.

Reina	70	Prontos.
Invencible	70	Prontos.
San Antonio	60	Prontos.
Real Familia	60	Prontos.
Nueva-España	60	Prontos.
Fuerte	60	Prontos.
Dragon	60	Prontos.
Conquistador	60	Prontos.
Bizarra	50	Prontos.
Africa	70	En astillero y se botarán al agua este año.
Vencedor	70	En astillero y se botarán al agua este año.
Tigre	70	En astillero y se botarán al agua este año.

EN EL MAR DEL SUR.

La Esperanza	50

NOTA. En los 34 buques de que hoy se compone la armada no están comprendidos los tres de 70 que se fabrican en la Habana.

OTRA. Que para lo que es fuerza no deben contarse las cuatro bombardas (ni la fragata de 30 cañones, ni aun las de á 50.)

Buen Retiro 11 de Julio de 1746.»

Se nos replicará, que tambien entónces entraban cada año por nuestros puertos quinientos trece millones de duros (1) de nuestras descubiertas colonias. Pero aunque no ambicionáramos su número, ¿cómo no acriminar la inmovilidad y el abandono? Además, ¿cómo tanta dificultad de recursos para una pausada construccion, y tanto lujo para los regimientos y escuadrones del ejército? ¿Cómo tanta preponderancia política para sus jefes, y tan pocos recuerdos y consideraciones para los olvidados marinos? Y cuenta que no culpamos sólo á la actual administracion. Esta preponderancia del departamento de la Guerra sobre la aquiescencia del de la Marina ha sido constante de muchos años á esta parte en todos los Gobiernos de este ó el otro matiz, de esta ó la otra opinion política. Jamas se ha tenido presente, con el célebre Marqués de la Victoria, que á la situacion local de nuestra monarquía sólo conviene "un ejército que debe estar pagado y lucido, *pero sobre el pié de una defensiva.* Jamas se ha calculado con tan insigne varon, *que diez y ocho batallones de marina cuestan al año siete millones seiscientos mil reales ménos que otros tantos de tierra.* Y no se nos diga que este General de la armada le ofuscaba en esto el gran espíritu de su cuerpo ó la falta de apreciacion práctica del valor de las fuerzas terrestres. El que esto decia habia servido treinta años en el ejército, siendo aquel bravo capitan de granaderos que se halló con su tropa en cuarenta encuentros de fuego contra otras enemigas. Y nuestra sorpresa es mayor, cuando dispensando esta propension á los jefes del departamento de la Guerra por lo natural que es, atendiendo á la debilidad humana, mostrarse más brioso quien tiene en sus manos más recursos de accion y de fuerza; contemplamos esa conducta de las Córtes españolas, que viene á juntar su perpétuo silencio con las amenazas y la calculada actividad de aquellos dignatarios. Nosotros concebimos lo primero, pero jamas comprenderémos lo segundo. Las Córtes, representantes de la Nacion, y por lo tanto de los derechos protectores de los pueblos, de sus intereses comerciales, de su prosperidad é independencia, ¿cómo no han visto en el elemento de nuestra nacional marina, el más digno objeto de los sacrificios de sus votados presupuestos? Si siempre han sido tan miradas y espléndidas para el mantenimiento de su crecido ejército; ¿cómo olvidan la tendencia del espíritu del siglo y la *organizacion civil* de nuestras modernas sociedades? ¿Cómo ellas, depositarias de la razon y la inteligencia, no vislumbran en el movimiento social de los pueblos más adelantados del mundo *la sustitucion del régimen militar por el régimen industrial?* Y no son estas utopias sólo hijas del buen deseo. Al efecto vamos á recordar lo que ha publicado, estando muy conforme con sus ideas, no un *abogado*, sino un entendido General del ejército español, quien así se expresa (2): "Todavía la

(1) El mismo Sr. Navarrete.

(2) El Sr. Zarco del Valle, en su opúsculo titulado *El régimen militar dominado ya por el industrial.*

guerra podrá de cuando en cuando dar señales de vida, pero será para proteger los intereses comerciales de los pueblos; posible será aún batirse por medio de tratados y oponer líneas internacionales á las aduanas, hasta que un espíritu más vasto y solidario llegue á conciliar los intereses opuestos de las naciones; *mas el régimen militar propiamente dicho ha concluido;* y si los ejércitos, esos terribles consumidores improductivos, subsisten en adelante, será con la condicion de estar al sueldo del régimen industrial y mercantil. Defendiendo así la fortuna pública, serán con mayor razon que hasta aquí el apoyo de la independencia nacional, porque esta sin aquella no puede existir, so pena de que los ejércitos se conviertan en un hecho aislado y sin causa, en una especie de abstraccion, ó habrán de tomar parte activamente en el movimiento general que se prepara de trabajo y produccion. Señales son de semejante cambio los ensayos recientemente hechos, aunque no bastante satisfactorios todavía, del empleo de las tropas en los trabajos públicos.»

Pues siendo nuestra marina nacional tan indispensable para sostener estos tratados comerciales, tan interesante para el resguardo de la mercante, y la mayor movilidad de la produccion y el trabajo, su número y estado actual es el siguiente:

(Aquí pusimos el estado de las fuerzas navales que habia por la época en que esto escribiamos, relacion que suspendemos ahora, por no tener ya su número oportunidad. Después seguiamos:)

Cotéjese ahora esta fuerza con la de los años de 1765 y 1766, y compárese después su influencia con la que ejerce moral y económicamente nuestro actual y crecido ejército para una nacion que sólo cuenta *terrestres* los límites de los Pirineos, y se verá qué proporcion guarda su sacrificio con el que debia hacerse á favor de la marina. Pero ¡ah! ¡Con cuánto desconsuelo lo reconocemos! Sobre los mares, es verdad que puede levantarse el gran pabellon de nuestra dignidad; pero sobre ellos no se conoce el avasallador de los bandos. Es verdad que sobre las costas está nuestra verdadera fortaleza; pero tambien lo es, que junto á sus arenas jamás vienen á pavonearse con sus legiones los jefes que las capitanean. Es verdad que en la seguridad de los puertos está el arca santa de nuestra independencia y adelantos: pero ¿qué son para la ambicion de los indivíduos los progresos de la generalidad?

Mas como la imparcialidad, y nó la prevencion nos guia, no ocultarémos que en estos últimos años se ha notado algun débil reflejo de vitalidad en el departamento de la marina. En esta época se han enviado cantidades para el reparo de los principales arsenales: se ha pedido á las Córtes una mayor dotacion para su presupuesto, y se han mandado construir fuera algunos buques. Por esto no entrarémos á rebatir algunas de las proposiciones vertidas por el Sr. Ministro del ramo en las sesiones del pasado año,

justificándose de los cargos que le hacian por estas construcciones: dirémos sólo que están construyéndose en Inglaterra:

(Suspendemos aquí tambien esta noticia por su ninguna oportunidad después del tiempo corrido. Mas continuando después, así deciamos:)

De estos estados aparece, que las estaciones inglesas cuentan una fuerza superior á las francesas en 523 cañones; pero esta diferencia dejará de existir luego que la Francia suministre los cruceros que le corresponden, segun el nuevo tratado para la represion del tráfico de negros en la costa occidental del Africa. Prescindimos de hacer toda clase de comentarios sobre el contraste que ofrecen las fuerzas de estas dos naciones comparadas con las nuestras: que es muy doloroso para un corazon todo español, y más enojoso aún para el nacional orgullo, descender á tan ingrato cotejo. Pero sin hablar de los progresos que hace la Rusia en sus escuadras, sin recordar el asombroso aumento de la de los Estados-Unidos, sépase que aun el reino de Nápoles cercena su ejército de tierra, reduciéndolo á 45.000 hombres, y aumenta su escuadra de mar sobre las fuerzas que hoy cuenta (1). ¿Y cuánto más ventajosa es nuestra situacion topográfica para la marina, que la que cabe en el mapa europeo al reino de las Dos Sicilias? Mas habiendo ya tejido el cuadro pasado de nuestra armada y el estado en que hoy se encuentra, réstanos exponer, para completar el que ofrecimos, las indicaciones que nos sugiere nuestro celo sobre el acrecentamiento de la misma y sobre el porvenir que todavía le espera, si un noble patriotismo se sobrepone al fin en este punto sobre el monopolio de las banderías y si es posible que en estos tiempos de tanta degradacion y miseria lleguen á los altos puestos del Estado hombres tan dignos como los Lezos, los Ensenadas y los Navarros.

Consideramos en mucho la corta vida que la actual administracion ha inspirado al cadáver de nuestra armada. Nosotros que lloramos un dia en la soledad de la Carraca los recuerdos de lo que fuera entre las lástimas de sus escasos empleados y el abandono de sus muros, comprendemos todo el bien del más leve remedio. Pero acaso, ¿se regenera sólo la marina de esta nacion con los buques que en el extranjero se proporcionan? ¿Y su personal? Puede éste comprarse tambien? Acaso improvisarse? ¿Qué se ha hecho por este personal en la falta que de él se advierte, tanto para la construccion como para el servicio? Y dicho sea de paso: de este funesto vacío le cabe mucha parte al teórico Ministro Salazar con las aventuradas supresiones que hizo, llevado sin duda, como tantos otros, del prurito de innovar, de la debilidad de singularizarse. Cualesquiera que hubiesen sido nuestras desgracias navales, por grande que hubiera sido el abatimiento á que el destino nos condenaba, si el Ministro Salazar no hubiera extinguido el cuerpo

(1) Por esta época aún no se habia formado la unidad de Italia.

de Ingenieros hidráulicos, sustituyéndole con el de *constructores prácticos*, ni nos encontrariamos tan faltos de éstos, como dijo un dia en el seno de las Córtes el actual Sr. Ministro del ramo, ni tendriamos que sentir ese capital que dejamos hoy en las orillas del Támesis (1), á la falta de nuestros propios medios. Este cuerpo de constructores ofrecia el inconveniente de tener su inteligencia tan vinculada á las manos, como el tocador que no conoce las notas musicales; y que el dia que cesa el grande movimiento naval de un pueblo, en ese mismo muere su accion, porque falta el plantel perpétuo que arroja los génios y el natural talento. Interin no llega este extremo, se suceden unos á otros en la práctica de los arsenales y en la vida de los astilleros. ¿Pero cómo se suple su falta, con qué se llena su vacío, cuado se llega á paralizar esta cadena de maestros y de discípulos, cual ha sucedido á España en esa série de desastres que ha venido á concluir con sus buques, con sus arsenales y sus puertos? En este dia no sólo se llora el material de aquellos, sino el personal que los construye, el personal que los dirige, el que ostenta, en fin, sobre ellos, el valor, la gloria y la inteligencia. Y este personal no se compra: este personal no se manda construir á las naciones extranjeras: este personal no se improvisa en un tiempo dado como los cuerpos terrestres: que este personal exige en sus dos clases de construccion y mando, ó la escuela práctica, ó los conocimientos de la ciencia: hablemos primero de los constructores. ¿Dónde tenemos hoy aquellos aventajados maestros de Cartagena, el Ferrol y la Carraca? Cargados de edad, muertos los más al rigor del abandono y la miseria de los años anteriores, las manos de los que sobreviven no están aptas más que para mostrar tal vez á sus hijos los podridos restos de alguna quilla gloriosa, á la que asocian sus recuerdos, su valor y sus antiguos merecimientos. Hé aquí el vacío sobre lo que nada se ha dispuesto, hé aquí la clave, hé aquí la medida que era indispensable haber tomado para que en el porvenir tengamos un personal de construccion, para que no necesitemos dejar nuestros millones en las playas extranjeras. Alabamos en el Sr. Ministro actual su actividad para atender con preferencia á la construccion de algunas nuevas embarcaciones, carenar y reponer otras de nuestros grandes buques, reparar y habilitar los diques de algunos arsenales, amaestrar á los artilleros de marina y otras disposiciones. ¿Pero qué son éstas sin aquellas otras que se dirijan á la adquisicion, conservacion y gloria propia de nuestro elemento naval? ¿Qué academias, qué escuelas se han abierto en nuestros arsenales para esta conquista del porvenir, sobre el fomento de nuestra armada? ¿Sabe desgraciadamente el Sr. Ministro que hace un año no habia en el Ferrol quien supiese enseñar

(1) Grandes gastos dentro del reino mismo no son gastos perdidos, porque V. M. en breve tiempo los vuelve á cobrar. *Hágase todo en sus provincias, nada se compre de los extranjeros*, y el dinero quedado en poder de sus vasallos todo irá á parar al Real Erario.—*Don Juan José Navarro al Rey Cárlos II.*

el álgebra? En otras partes, si exceptuamos Barcelona, donde su benemérita junta de comercio no niega ni su ilustracion ni su generosidad, se ignoran los más leves rudimentos de las matemáticas y se desconoce la náutica. Urge, pues, el establecimiento de estas escuelas en los puntos que por ahora se consideren más oportunos, procurando que en adelante sea nuestra la construccion y sea tambien sistemática para poder contar con propiedades semejantes en los buques que se construyan de igual porte.

Si de la construccion pasamos á la preparacion que exige el maniobrista, el piloto, el oficial, el general de una armada, desmayamos al contemplar lo que hoy ofrecemos á la noble juventud, y nos abatimos completamente al considerar cómo se encuentran nuestros establecimientos de pilotaje, estática y mecánica, geografía é hidrografía. No se forman los Generales del mar cual los que se multiplican en la tierra. El valor es lo que ménos entra en la serenidad y la capacidad de un marino, esa capacidad con la que tiene que alcanzar la sublimidad de las evoluciones y contrarestar la variedad y la fúria de los elementos (1). Por ello alabamos tambien y muy sinceramente, que el actual jefe del departamento de marina haya facilitado á los oficiales á bordo, los libros é instrumentos que su vasta profesion exige, y á los buques, los cronómetros de que necesitaban. Todo esto no es por cierto digno de censura: pero ¿qué valdrán la disposicion y los medios de aquellos, faltos de las cartas que su rumbo dirijan, sin esas cartas que deben rectificar sus observaciones, sin esas afamadas cartas que para honra nuestra y orgullo del cuerpo de Marina no deja de conducir nunca el más apuesto buque inglés? Cuando así nos expresamos, ya se comprenderá que queremos hablar del triste estado en que se encuentra el personal del establecimiento hidrográfico de esta Corte (2). No corren muchos meses que aun mal enjugadas las lágrimas que vertieron por su muerte el hijo y nieto de su fundador el Excmo. Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete, á quien ya dejamos citado, y á quien nos cupo el gusto de tratar en sus postreros dias, pasamos á visitar este célebre establecimiento. A sus noticias debimos la relacion que nos fué haciendo de su orígen, de su desarrollo, y más de una vez, al llegar al estado en que se encuentra, medió entre ámbos la exclamacion mal reprimida de un sentimiento español. Nuestro amigo no

(1) Si nuestra autoridad apareciese aventurada, hé aquí cómo se expresa el escritor Navarro: «es indisputable, dice, que el empleo de General de mar es multiplicadamente más difícil que el de ser General de tierra.... Y después: Y se puede vanagloriar un General de mar que estando expuesto á todos los peligros como el más mínimo grumete, sus triunfos sobre un roble ó cedro son más apreciables que los laureles y palmas recogidos sobre un campo donde las coronas las tejen manos ajenas.»

(2) Este establecimiento se ha regenerado cási desde que esto se escribiera por primera vez.—Por fortuna, desde entónces todo ha cambiado; y nuestra escuadra ha vuelto á renacer con el bautismo del *Callao*, y entre los gloriosos nombres de Mendez Nuñez, Topete y demás bravos de tan español suceso.

tuvo que cansarse por mucho tiempo, manifestándonos que si el Gobierno no lo recuerda, tendrá que cerrarse en breve el establecimiento que más honor nos hace sobre toda la extension de los dos mares. Nuestros ojos lo vieron tristemente: lo comprobó nuestra presencia. Sí: sobre aquellas silenciosas mesas vimos afanadas aún, para nuestro consuelo, la virtud y la antigua nobleza española. Dos ó tres ancianos temblorosos ya al peso de los años, pero con seguro pulso para dirigir las ténues líneas de su compás; respetables marinos, faltos de oido, para acrecer su falta con una admirable vista; hé aquí los únicos sostenedores que encontramos en aquel científico establecimiento, sin que ningunos jóvenes viésemos allí para recoger la herencia de estos beneméritos ciudadanos olvidados como monjes en aquel retiro, sin consideracion, sin más premio ó gratificacion que el sueldo de sus militares empleos, y sin más gloria que la de concluir sus dias gastando su cabeza y su vista en trazar puntos y líneas, después de haber desafiado á los elementos en muchos años de servicio. ¡Prez á sus virtudes! Y si nuestras respetuosas indicaciones pueden llegar al Gobierno de S. M., le rogamos que mire por este establecimiento y sus meritorios hijos, en obsequio del mejor personal de la armada (1).

Quisiéramos hablar sobre el estado en que se encuentran nuestros bosques, prevision que no debe abandonar toda administracion entendida que quiera el fomento de la marina. Pero nos falta espacio, y tampoco nos permitiria la extension que su materia requiere, la prisa con que naturalmente extendemos estas líneas periódicas. Nos contentamos, pues, con las observaciones hechas, y pasamos á exponer los altos destinos á que puede estar llamada aún nuestra pátria, si sus gobernantes fomentan su marina nacional, y con ella los muchos elementos que aún conserva de prosperidad y gloria.

SU PORVENIR.

Muy útil sería á los partidos que, apartando su vista del aumento de un desproporcionado ejército, se sobrepusiesen con un espíritu nacional al incentivo que les ofrece su exceso, y que, como Españoles, tuviesen siempre presente lo que el político, que ya hemos nombrado várias veces, decia al Monarca Cárlos III: «V. M. está en el mismo paralelo que la Inglaterra. «Islados están sus reinos, é islado está todo el continente de sus Estados en «Europa. Ella no mantiene otro ejército de tierra que el que necesita para la «defensa de ellos y de sus puertos y plazas. Pero su marina es su ídolo. *La «preciosa joya de V. M. debe ser la marina.*» No desconocemos que los jefes de

(1) Y no fuéron vanas nuestras humildes líneas, porque ellas llamaron la atencion del que podia, y á poco fué muy atendido.

los partidos, para cohonestar sus ideas bastardas y defender un crecido número de ejército, nos hablan de dignidad, de independencia, de fortaleza. Pero á esto debemos contestarles con la misma autoridad, cuando con igual noble franqueza decia tambien á Cárlos III: "Estas evidentes razones "y prudentes sospechas manifiestan el grande y cuidadoso recelo en que es- "tarán las potencias que pretenden el universal dominio del mar. *Si V. M.* "*pone todo el esmero necesario para restablecer su marina*, ella sola puede ser "la rémora que detenga su exorbitante ambicion. A su ejército de tierra, *por* "*numeroso que sea, no lo temen ni les servirá de freno*," y se extiende en probarlo con los sucesos de la época y con los de la pasada historia; siendo de notar que, al hablar del interes que han tenido todas las naciones en destruirnos como marinos, increpa igual deseo á la Francia, llevado á cabo algunas veces con no poca villanía, diciendo: "Póngase en estos ejemplos evi- "dentes el combate de cabo Sicie, donde, siendo aliados los Franceses, te- "nian la órden secreta de no empeñar sus navíos ni contra los Ingleses ni á "nuestro favor, dejando los doce navíos solos españoles á que fuesen víctima "de la política humana, la cual el dedo de Dios descompuso con tanta gloria "de la nacion. Todo cuanto expongo á V. M. comprueba que ninguna na- "cion amiga ó enemiga quiere que la España se ponga poderosa en la mar."

Así hablaba este hombre inmortal, vencedor en este mismo triunfo de Sicie, en el que las proezas de nuestros marinos se igualaron á los conocimientos y denuedo del que orló con el triunfo su frente. Así se expresaba este político profundo, fiel profetizador de nuestras pérdidas coloniales, quien propuso para evitarlas el plan que le sugirieran sus luces y su patriotismo.

Convencidos por lo tanto nuestros hombres de Estado de que nuestra dignidad y verdadera independencia debe estar en las respetables fuerzas de nuestras costas; teniendo presente que segun el estado de la Europa y el porvenir de los principios que han cambiado la faz del mundo, las grandes batallas no se han de dar ya en adelante sino sobre los mares, pues que como dice un ilustrado escritor, *les grandes batailles d'où dépendra le sort des empires doivent se livrer désormais sur les mers*; persuadidos de que el espíritu guerrero y dominador lo rechaza hoy el de la comunicacion y comercio de todos los pueblos, que perderian esa red de intereses especuladores, de asociaciones y empresas que cada dia se va extendiendo más sobre la superficie de las naciones cultas; partiendo, por último, del natural impulso de dilatar nuestro comercio y anudar nuestras pacíficas relaciones con Estados que fueron un tiempo nuestros hermanos; el Gobierno de S. M. debe acelerar el aumento de nuestra marina, aliviando el sacrificio de los recursos que este aumento exigiria, con el descargo y la disminucion de nuestro desproporcionado ejército. La España, más que nacion ninguna, debe esperar de sus buenos hijos la nueva direccion de sus destinos. Todavía rica en re-

cursos, para lo poderosa que fué otras veces en poder; debilitada, pero no sin grandes gérmenes de vida; reducida, pero no falta de las preciosas colonias, dignos restos de su pasada grandeza; la España está llamada á sacar nuevos frutos de sus posesiones emancipadas, y á vivificar y á proteger, cual digna madre, las ricas joyas que aún conserva en todos los mares. Recordemos, entre las primeras, la isla de Santo Domingo. Si nuestro Gabinete se elevase á la altura de grandes miras nacionales, por poco que ayudase su conducta, mucho podia ofrecerle el estado especial en que esta isla se encuentra. No queremos la *conquista* para aquellos nuestros antiguos hermanos (1). Desearíamos, sí, que la política de nuestro pabellon cerca de aquella República correspondiese á la lealtad y buenos oficios de nuestra fe castellana. Nuevas revoluciones agitan de contínuo aquel desgraciado suelo. La parte de Haiti, un dia española, se ha constituido en república dominicana. Una ocasion, pues, favorable se le presenta al Gobierno para que nuestros buques surquen con una mision elevada las aguas de aquella nuestra antigua colonia. Y si de las emancipadas pasamos á las propias, se ensancha nuestro corazon al considerar qué sería del porvenir de la España, si tranquila en su interior y dueña de una respetable armada, secundase cerca de sus colonias el espíritu del siglo, ese espíritu comercial que está decidiendo hoy en el mundo las más altas cuestiones internacionales, las diplomáticas y las guerreras. ¿Qué otro principio tiene la cuestion de Oriente sino la aplicacion universal de las doctrinas industriales? ¿A qué otro precio compra la Francia su colonizacion en Argel? Pues á la España, sin peligros tan costosos, le ofrece la Providencia un puesto importante por su posicion, en esta nueva cruzada de los pueblos de la tierra.

Ah! ¡Plegue al cielo que alcance con sus posesiones ultramarinas este magnífico porvenir! Las de América sobre todo, esa Cuba, cuya capital es tan envidiada de otras naciones más poderosas, debe merecer del Gobierno y sus representantes los más caros sacrificios.

Nosotros, que hácia allá nos encaminamos, imponiéndonos el destino que vayamos á visitarla, no sin interrumpir esa cadena de afecciones que dejamos en la madre pátria; nosotros le enviarémos tambien á esta comun madre nuestros mejores votos, por encima de las olas que nos presentará el Atlántico.

---

(1) Como se ve, por esta época, ya esta desdichada Isla pedia nuestra proteccion. Pero jamás defendimos la anexion: con nuestra pluma nos opusimos siempre á ella y sólo pediamos, con otros más previsores, el simple protectorado de nuestro pabellon. No se hizo así, y un triste suceso histórico de grandes consecuencias para nuestra dignidad nacional en América, vino á dar razon á nuestras proféticas previsiones, luego que tuvimos que abandonar por vez segunda la posesion de Santo Domingo. Con el protectorado la hubiéramos podido conservar para los mismos fines políticos y grandiosos con que hoy la ambicionan los Estados Unidos. El dia que la posean, ya nuestra isla de Cuba queda como en bloqueo, y eso era lo que con el protectorado tratábase de evitar.

M. Rodriguez-Ferrer.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

(Conclusion.)

CAPITULO LXII.

ÚLTIMA BATALLA.

A la hora indicada comenzaron á ponerse en movimiento nuestros batallones, y por distintas sendas llegaron al campamento enemigo, sobre el cual, habiendo sorprendido á los centinelas en sus inmediaciones apostados, cayeron de improviso, sembrando el desórden y la desolacion por todas partes.

Sin embargo, merced á disposiciones acertadas de sus jefes, se rehicieron los Catilianos y conteniendo, en parte, nuestro ataque, impidieron, por medio de operaciones hábilmente combinadas, que los envolviésemos. Pudieron, pues, formar en batalla y oponer á nuestros esfuerzos una resistencia desesperada.

Dos horas, poco más ó ménos, después de haber principiado la lucha, fuí encargado por Nottely de una comision cerca del Señor Tiriatty, que hacía entónces las veces de General en jefe, y que rodeado de su estado mayor, seguia, desde una eminencia, con ávida é inquieta mirada las operaciones de entrambos ejércitos.

Cumplido mi encargo, dirigí la vista en derredor.

Todas las armas peleaban; todas estaban en accion, y como allí no se gastaba pólvora, y por lo tanto no habia humo, presentaba el campo de batalla todos sus horrores á la vez, iluminados por la melancólica luz de los satélites, y el crepúsculo singular que envolvia á Catilia.

Impetuosos ataques de caballería, ruido atronador de los cañones, cargas de los infantes, confusion, desórden, choques formi-

dables, destruccicn espantosa, gritos desesperados que, aun en medio de aquel estruendo, se oian penetrantes, lastimeros, lanzados como una maldicion por los soldados al morir, ó por los heridos al ser aplastados por los caballos, ó bajo las ruedas de la artillería: todo esto formaba un conjunto indescriptible que me impresionaba en extremo, que aterraba y conmovia profundamente el alma.

Una circunstancia vino á dar un aspecto verdaderamente extraño al combate (de cuya grandeza no podia un terrícola formar idea, sino viéndolo) que se verificaba á mis piés en la vasta llanura de Tolayda. Hela aquí.

Confusa y debil claridad apareció hácia el Norte, y poco á poco y gradualmente fué haciéndose más intensa. Destellos brillantes se elevaron por encima del horizonte, al mismo tiempo que dos anchas fajas de cambiantes y vivísimos colores, surcadas por líneas semejantes á las que traza el rayo, se alzaron, una al Oriente, al Ocaso otra. Estas fajas ascendian lentamente variando siempre de matices, hasta que ya á inmensa altura se juntaron y confundieron para formar una techumbre mágica, una bóveda portentosa, cruzada sin cesar, y en direcciones diversas, por celajes brillantes y relámpagos deslumbradores.

Este era un soberbio panorama, ó por mejor decir un meteoro singular, parecido, aunque ménos espléndido, á nuestras auroras boreales; pero de lo que no se podrá formar cabal idea sino viéndolo, es del aspecto de que aquel encendido cielo revistió las escenas de muerte y exterminio, que mis ojos espantados contemplaban.

Por una ilusion de óptica, muy natural en aquellas circunstancias, me pareció que la estatura de los guerreros se acrecentaba, hasta adquirir enormes proporciones, hasta tocar el ígneo celaje que se reflejaba en los lujosos arneses, en las bruñidas armas y en los escudos; otro tanto sucedia con los encuentros, la matanza y los horrores, que tambien parecian aumentarse, haciendo el combate infinitamente más colosal y gigantesco. No hay comparaciones, no hay frases en lengua alguna para pintar lo que estaba viendo, y sólo diré que en aquella lucha parecian los hombres séres fantásticos ó sobrenaturales, batiéndose en un océano inmenso de fuego.

No hay palabras, repito, para describir aquel cielc encendido,

aquella tierra cubierta de sangre, el rayo que recorria el espacio, las balas que vomitaban los cañones y abrian en las filas grandes claros, el escape furioso de los caballos en medio de aquella atmósfera abrasada, y el estruendo discordante, sostenido, aterrador, verdaderamente infernal que de aquel cáos salia.

Nunca, estoy seguro, se vió espectáculo más terriblemente grandioso, cuadro más extraordinario y completo de devastacion y ruina.

Este dia, el triunfo se inclinaba á las tropas de la Gran Roquelia y de la Nostracia: yo no podia abarcar todo el dilatado campo de batalla; pero en cuanto podia alcanzar veia á los Catilianos mal parados. Nuestros soldados, ansiando recobrar sus perdidos laureles, hacian alarde de un valor indomable, y dirigidos con acierto por los jefes, á los que la pasada derrota hacía obrar con más prudencia y sangre fria, nada se les hacía difícil. Además, estaba allí Nottely, que reanimaba el ardor de los soldados, comunicándoles su entusiasmo, y á quien acompañaba constantemente la victoria.

Observando el Sr. Tiriatty que algunas baterías perfectamente situadas del enemigo, causaban grandes estragos en nuestra ala izquierda, envió un ayudante con la órden de que á toda costa se tomasen.

—Hecho esto,—dijo—está ganada la batalla.

Iba el ayudante á marchar cuando yo me ofrecí á sustituirle: accedió el General, y bajé precipitadamente de la eminencia, deseoso de juntarme con el embajador. Cumplida mi comision, no tardé en encontrarle: hallábase en lo más recio de la batalla, y avanzaba al frente de los Nostracianos, intentando arrollar un cuerpo de tropas dirigidas por el Príncipe de Nocuara. Al fin los dos caudillos se vieron, y no tardaron en tropezarse.

Entónces sucedió una cosa singular. Los que en torno suyo se batian, suspendieron la pelea, como si á un mandato obedeciesen, y formando corro cerca de ellos, esperaron el fin de aquel combate que Nottely y el Príncipe trabaron en aquel momento.

—Hola, querido embajador,—decia el príncipe cubriéndose con el escudo, y atacando vivamente á su adversario:—¿por dónde habeis andado? Pensaba ya que estuviéseis entre los muertos.

—Cási, cási, caro amigo; pero, aunque así hubiese sucedido, creed que habria resucitado, sólo por tener el gusto de batirme otra vez con vos.

Y Nottely menudeaba sus mandobles, acosando muy de cerca á su enemigo.

El combate, sin embargo, tenia trazas de prolongarse, cuando, impaciente el príncipe de Nocuara, acudió á su golpe favorito, que era levantar la espada con las dos manos, y dejarla caer con la rapidez del rayo sobre su contrario. Pero Nottely conocia aquel golpe: apénas le vió decidido á efectuarlo, empuñó el escudo con fuerza, afirmóse en los estribos, hundió las espuelas á su caballo, y con la velocidad de una flecha, fué, no á chocar, sino á estrellarse contra el príncipe, al cual aturdió é hizo caer al suelo con violencia. En él, á instancias del embajador, fué recogido por su ayudante, que le encontró arrojando sangre por las narices y boca, con la cara hinchada, los ojos salientes y en un estado semi-apoplético.

Vencido el príncipe, sus tropas fueron dispersadas fácilmente; y como las baterías enemigas que nos perjudicaban fueron tomadas bien pronto, la victoria se declaró decididamente por nosotros, á pesar de los heróicos esfuerzos de los Generales enemigos, y principalmente de Nostrendy, que se retiraba bramando, envuelto por los soldados que huian.

Quedó, por fin, sin enemigos la llanura, y volvimos nosotros á ocupar de nuevo el campamento.

El brillante meteoro que habia alumbrado la batalla, y que fuera disminuyendo poco á poco, mostraba á la sazon sus últimos colores y postreras luces.

CAPITULO LXIII.

DONDE SE PRUEBA QUE NO ES FÁCIL ABANDONAR EL CAMINO DEL MAL, UNA VEZ EMPRENDIDO.

El amor es la más grande de las pasiones, y cuando se enseñorea de un alma, la domina por completo acallando los demás sentimientos. Así sucedia á Nostrendy: la derrota de las tropas de Catilia, que, á encontrarse en otras circunstancias, le hubiera afectado profundamente, la sentia entónces tan sólo porque hacía mucho más difícil conservar á su prima en su poder. Temia que la paz se firmase, y entónces, ¿cómo retenia á Aneyda en el castillo?

Esto es lo que decia Nostrendy á Nomatty, ya en Conordo, dos horas después de haber terminado la batalla.

—Sí,—exclamaba;—mi situacion es ahora peor que nunca. Ah, Nomatty; todos tus cálculos han salido fallidos, y, en vez de acercarme á Aneyda, como tantas veces me ofreciste, no han hecho sino alejarme de ella cada vez más. ¡Aciago dia aquel en que te conocí!

—A fé mia, Nostrendy, que no tienes razon en lo que dices. ¿Podia yo prever lo que sucedió? Imposible. Pues bien; la evasion del embajador trastornó todos mis planes, que si nó, Aneyda sería hoy tuya. Aunque después de la entrevista, que imprudentemente consentiste, no pareciera intimidarse con tus amenazas, al fin estoy seguro que se plegaria á tu voluntad cuando viese subir á Nottely al cadalso, porque á él hubiera subido,—añadió Nomatty con firmeza,—y en él dejaria su vida si preciso fuera.

—No importa,—dijo Nostrendy con despecho;—ya no tengo fé. Si no hubiera dado oidos á tus consejos; si me hubiera negado á sacar á Aneyda de la casa de sus padres; si no hubiera acudido á medios indignos de un hombre de honor, mi situacion sería otra, es bien seguro. Dices que si Aneyda hubiera visto al embajador en el cadalso, lo que, de seguro, sucederia, si este no se fugara, que indudablemente accederia á mis ruegos; pero, ¿quién me garantiza eso? ¿Quién me dice que no sucederia lo de otras veces, es decir, lo contrario de lo que me prometias? ¡Ah, Nomatty!

Y Nostrendy rechinaba los dientes y pisoteaba la alfombra lleno de rabia.

Nomatty se puso pálido.

—Pero, Nostrendy,—dijo:—si no te calmas, si no te tranquilizas, ¿cómo he de sacarte del apuro?

—Del apuro, del apuro,—repetia Nostrendy con una sonrisa más temible aún que su cólera,—y hay poder humano que me saque ahora de él? Me sacarás tú, tú? Ya sé por desgracia á lo que alcanzan tus promesas. Vive Dios...

Y se paró, mirando de alto abajo á Nomatty con tan reconcentrada ira, que éste tembló de piés á cabeza.

—Bueno, bueno,—dijo Nomatty;—puesto que lo tomas así, querido, mejor será que yo me marche: no creí que mis servicios tuviesen esta recompensa. Adios, Nostrendy.

Y dió efectivamente la vuelta, miéntras que Nostrendy se pa-

seaba furioso. Cuando Nomatty llegó á la puerta, paróse aquel, y dijo con voz entrecortada.

—Dime, qué has hecho tú por mí? ¿He obtenido algo de esos que llamas tus servicios? Lo que he obtenido es el aborrecimiento de Aneyda, el desprecio de su familia, y, lo que es peor, el de mí mismo. Hé ahí lo que he obtenido, hé ahí tu obra: estás contento?

—Y no trato de reparar todos esos males?—dijo Nomatty desde la puerta, pero sin volver más que la cabeza.

—Y cómo? de qué modo? es eso posible ahora?—preguntó Nostrendy con ademan, sin embargo, ménos descompuesto, pues la idea de verse abandonado por Nomatty le aterraba.

—Pues no ha de serlo?—dijo éste volviéndose y poniéndose de frente hácia su amigo.

—Pero cómo? cómo? dí pronto el cómo,—repuso impaciente el Sr. Nostrendy.

—Has olvidado lo que te dije el dia anterior á la desaparicion de Nottely?—preguntó Nomatty, adelantándose un paso hácia Nostrendy.

—Y qué me dijiste?—preguntó éste dando otro paso hácia Nomatty.

—Que aun cuando todos los medios empleados hasta entónces me fallasen, tenia otro infalible.

—Ah, sí, es verdad, no me acordaba,—dijo Nostrendy, aproximándose á Nomatty.

—Pues de él iba á hablarte precisamente,—añadió éste, volviéndose al mismo sitio en que estaba ántes de marcharse,—cuando te dejaste arrebatar de la cólera. ¿Lo hubiera creido nunca de tí, Nostrendy?

La palabra infalible pudo tanto con éste, porque se referia á Aneyda, que su furia principió á calmarse. Con voz más dulce y semblante más sereno, dijo á su amigo alargándole la mano:

—Es verdad, es verdad, no he sabido lo que hacía: perdóname, querido Nomatty.

—Bien, pero no vuelvas á enfadarte de ese modo.

—Jamas: te lo prometo.

—Sentémonos, pues, y hablemos, dijo Nomatty.

Y se sentaron tan amigos, como si no hubiese pasado nada.

—Vamos, habla pronto,—dijo Nostrendy,—porque te juro que me muero por saber ese medio que, segun dices, es infalible: infalible has dicho, no es verdad?

—Sí; pero ántes debo hacerte algunas reflexiones que miro como precisas, para que te penetres de su importancia, y de que debes someterte á él.

—¿Pero no puedes decirme primero el medio, y hacerme después las reflexiones?—repuso Nostrendy, que en su impaciencia aborrecia los preámbulos.

—No.

—Y la razon?

—La razon es, que nada importa que un medio sea infalible, sí no te penetras de la necesidad de ejecutarlo.

—Luego temes que no lo adopte?

—Sí.

—Y por qué?

—Porque eres en ciertas cosas tan tímido é irresoluto, como valiente y arrojado en las batallas.

—Oh, como sea infalible, nada temas.

—En cuanto á la infalibilidad, yo respondo.

—Pues entónces habla.

—Y si te asusta? si te repugna?

—Me aseguras que es infalible?

—Con mi cabeza.

—Y que con él obtendré á Aneyda?

—Sin la menor duda.

—Y que me rehabilitará á los ojos de sus padres?

—Si te casas con Aneyda, qué duda tiene?

—Habla, pues, con seguridad.

—Sea cual fuere el medio, y aun cuando te repugne?

—Sí.

—No olvides esa promesa.

—Nó, hombre, qué de palabras!

—Mira, Nostrendy; ya te he dicho, cuando tratamos de la muerte de Nottely, que por un capricho de la suerte se ha frustrado, que en el estado á que han llegado las cosas, sólo casándote con Aneyda podrias recobrar su amor, y rehabilitarte á los ojos de sus padres. Te acuerdas?

—Me acuerdo.

—Y convienes en ello?

—Convengo.

—Y forzoso es que así lo hagas, pues es absolutamente impo-

sible conseguir ámbas cosas, ¿me entiendes bien? sino por medio del matrimonio. Insisto sobre este punto, para que cuando lleguemos al medio de que voy á hablarte, no titubees, ni principies á hacerme objeciones, como acostumbras.

—No, hombre, ya te he dicho que nó,—repuso impaciente el Sr. Nostrendy.—Me matas con tus preámbulos.

—Es que te conozco, Nostrendy, y sé que toda mi persuasion no basta siempre para vencer tus hábitos y acallar ciertos escrúpulos que, además de ser extraños en un jóven de tu edad, suelen convertirse á veces en obstáculos insuperables. Cuando se trata de grandes fines, jamas se debe reparar en los medios. ¿Piensas lo mismo?

—Pienso,—contestó Nostrendy, un poco vacilante sin embargo.

—Lo dices de un modo....

—Es que tampoco te he visto nunca hablarme con tantas precauciones: no parece sino que el medio que vas á proponerme es poco ménos que inadmisible, cuando tú mismo tomas tanto trabajo en prepararme.

—Y no te equivocas, amigo.

—¿Pues no te he he dicho que con tal que me case con Aneyda, y que me rehabilite á los ojos de sus padres estoy decidido á todo?

—Sí, me lo has dicho, y te he cogido la palabra; pero....

Y Nomatty se detuvo.

—Qué, hombre? Acaba con mil demonios.

—Que así y todo, desconfio.

—Caramba, amigo; me haces creer que el medio que tratas de emplear, aun cuando sea infalible, no debo admitirlo en modo alguno.

—Lo ves? ya vacilas: te conozco, sí ó nó?

—Pero, Nomatty, y si es villano?

—¿Y qué importa que lo sea, si por él te casas con Aneyda, y te rehabilitas á los ojos de sus padres? ¿No tienes después riquezas y poder bastante para hacer olvidar esa misma villanía por medio de acciones benéficas y brillantes?

—Pero lo es, sí ó nó? Responde.

—Nada respondo, ni nada digo; porque desisto de mi propósito,—repuso Nomatty como resentido.

Hubo un momento de silencio, durante el cual tarareaba Nomatty una cancion, miéntras Nostrendy, con la cabeza baja, pa-

recia reflexionar. Por fin, encarándose con Nomatty, le dijo mirándole con fijeza:

—¿Me juras, por Dios vivo, que si adopto ese medio, sea el que fuere, me caso infaliblemente con Aneyda, y recobro el aprecio de sus padres?

—Lo juro.

—Proponlo pues.

—Y no vacilarás en modo alguno?

—No.

—Me lo juras?

—Solemnemente.

—Pues escucha.

—Con todos mis sentidos, ya lo ves.

Tosió Nomatty, acarició sus bigotes rubios, y preguntó:

—Aneyda está en tu casa, no es verdad?

—Sí,—respondió Nostrendy con extrañeza.

—Y enteramente en tu poder. No es cierto?

—Sí.

—Puedes entrar á todas horas en su cuarto?

—Sin duda.

—Más; entre tu cuarto y el de ella hay una comunicacion secreta que sólo tú y yo conocemos, eh?

—Sí.

—Pues bien; después que ella se haya recogido, y cuando estés seguro de que duerme, entra en su habitacion de puntillas, y.... Me comprendes?

Nostrendy dió un salto al oir aquella proposicion hecha por Nomatty con tan pasmosa sangre fria. Cierto que para éste, conocido su carácter, no era el consejo más que una cosa muy sencilla, atendidas las circunstancias en que su amigo se encontraba; pero para Nostrendy fué una proposicion tanto más aterradora, cuanto que, ni aun en sueños, se le habia ocurrido nunca, y cuanto que, aunque ya contaba con que no sería de su gusto el medio elegido por Nomatty, jamas pensó que fuese aquel. Su sorpresa fué tan grande, que á pesar de su palabra, y de haber hecho un juramento, no pudo ménos de decirle, mirándole de reojo, y cubriéndose de palidez:

—Estás loco por fuerza, Nomatty amigo.

—Y tu palabra? y tu juramento?—se apresuró á decir Nomatty

para conjurar la tormenta que, á pesar de sus precauciones, veia próxima á estallar.

—¿Pero hubiera creido nunca,—repuso Nostrendy con indignacion,—que me propusieses una cosa semejante?

—Ni Dios mismo que te entienda, Nostrendy; ¿pues no me has dicho que, fuese el que fuese el medio por mí elegido, que lo adoptarias al instante, con tal que te casases con Aneyda, y te rehabilitases á los ojos de sus padres?

—Sí, lo he dicho y estaba dispuesto á cumplirlo, aun cuando me repugnase; pero nunca se me pasó por la imaginacion que el medio fuese de un carácter tan infame.

—Y si te da á Aneyda, y con ella el aprecio de sus padres, ¿qué te importa?

—Oye, Nomatty,—dijo el Sr. Nostrendy con una seriedad que sorprendió á su amigo;—ya sabes lo que amo á Aneyda, y que daria hasta la última gota de mi sangre por ser amado de ella; sabes tambien que esa jóven es mi vida, mi alma, mi Dios y mi todo hoy en Saturno; pues á pesar de eso (escúchame bien), renuncio á ella, si he de obtenerla de ese modo.

—En hora buena, amigo,—dijo el Sr. Nomatty;—tu gusto es el mio; no hablemos más del asunto. Seguro estoy que al señor Nottely no le pesará de tu determinacion.

Todo el cuerpo de Nostrendy se extremeció al oir este nombre, que produjo en él los efectos de una conmocion eléctrica: el señor Nomatty sabia pronunciarlo muy á tiempo.

—Y crees tú,—preguntó Nostrendy con violencia,—que si yo no me caso con Aneyda, se casará el embajador?

—Y tanto como lo creo, querido, si es que no te enoja el oirlo.

—Jamas,—dijo Nostrendy, con voz de trueno, y dando una patada en el suelo;—jamas, miéntras yo viva.

—Nostrendy,—dijo el Sr. Nomatty, con voz dulce;—dueño eres de hacer lo que te parezca, pero ¿te enfadarás si te digo lo que pienso acerca de este punto?

—Habla.

—Pues ten entendido que si no haces tuya á Aneyda por el medio que te propongo, no tardarás mucho en verla fuera de Conordo.

—Y cómo? cómo? Dilo: á ver,—interrogó Nostrendy con ansiedad.

—No podré precisártelo, amigo; pero no hay duda que Nottely,

en libertad, hará mil y mil esfuerzos por sacar á tu prima de tus manos, lo que conseguirá, tarde ó temprano, por la astucia ó por la fuerza. El tiene, además, relaciones en el castillo, puesto que pudo introducirse en él sin nuestro permiso, y marcharse contra nuestra voluntad; y aunque hemos despedido algunos servidores, y encerrado otros por sospechosos, ¿quién te asegura que aún no haya en Conordo quien le sirva?

No lo dudes, Nostrendy; Aneyda no está segura en tu poder, y si llega á verse libre y en Romalia, será irremisiblemente esposa de Nottely, puesto que la princesa, poderoso obstáculo con que hasta ahora tuvo que luchar, es hoy su más firme apoyo. Y entónces, oh! entónces podrás gozar de un espectáculo delicioso; entónces podrás ser testigo de la dicha y ventura de esos jóvenes, á cuya union habrás contribuido con tus necios escrúpulos.

Y es singular; tú entregas á otro una mujer por quien arriesgarias hasta tu salvacion eterna, si sus magníficos ojos azules te mirasen con ternura; si su boca, llena de seduccion, te dedicara una sonrisa cariñosa. Verdad que esto es sublime?

Pero hay más: la entregas, no á un hombre cualquiera, sino á un rival preferido, á quien sabes idolatra, á quien prodigará sus más tiernas caricias, y entre cuyos brazos se arrojará ébria de amor; tú....

—Basta, vive Dios,—exclamó Nostrendy fuera de sí:—estoy decidido á todo. Si lo que has dicho sucediera.... pero no.... no sucederá; la mataria ántes con mis propias manos.

—No llegarás á ese extremo, si aprovechas mis consejos.

—Los seguiré, los seguiré,—dijo Nostrendy con febril agitacion; pero de repente, cambiando de tono, añadió:—mas dime, Nomatty; ¿piensas que Aneyda me perdone algun dia la accion.... infame.... que voy....

—Ya lo creo. Escucha; una vez Aneyda deshonrada, á nádie más que á tí puede pertenecer, con nádie más que contigo puede casarse, ni de nádie más que de tí puede ser ya. Habrá al principio llantos, quejas, arrebatos, y hasta maldiciones, si tú quieres; pero, poco á poco, la tormenta calma, y viene la reflexion, que le hará conocer que Nottely es ya un imposible para ella, y que Nostrendy es el único que puede reparar su honor, si es que se digna (si se digna, lo oyes bien?) hacer ese obsequio á su familia. Qué tal? me explico?

El Sr. Nomatty hablaba tal como lo sentia y creia que debian suceder las cosas, porque su alma innoble no podia ponerse á la altura de las ideas de la jóven, de aquellas ideas grandes y elevadas que hacen que una mujer, aunque ultrajada, si no lo ha sido por su culpa, prefiera, no su deshonor, porque en este caso no lo hay, sino su desgracia, á unirse á un hombre que ha procedido con ella tan vilmente.

—Dios quiera que así suceda, —dijo Nostrendy, con abatimiento.

—Y casado con Aneyda, — añadió con petulancia el Sr. Nomatty; — quiero que me digas, si durará un dia su disgusto contra tí, y si no se calmará al instante la cólera de sus padres. Eh, digo algo, ó quiébrome la cabeza?

Y viendo que Nostrendy no acababa de responder, añadió:

—Vamos, hombre; dí algo, que no parece sino que estás hecho una estátua, cuando debieras bailar de gozo.

—Nomatty, —dijo con tristeza Nostrendy; —cuando considero el paso que voy á dar, todo mi cuerpo se estremece de una manera inusitada, de una manera extraña, y que no puedo yo explicarme. Mas siento que mi sangre se hiela, que se paralizan mis fuerzas, y que se extravia mi razon. Ay! sufro mucho, amigo mio.

¿A quién no causaria lástima el estado de este jóven? Pues precisamente este estado es el que llenaba de gozo al Sr. Nomatty, que con aire de proteccion y poniendo una mano sobre el hombro de su amigo, le dijo:

—Bah, ten confianza, que velo por tí, y cuando yo velo por tí, bien sabes que puedes domir tranquilo.

CAPITULO LXIV.

Nostrendy en el dormitorio de Aneyda (1).

El mismo dia que el embajador se fugó del castillo de Conordo, lo supo Aneyda por Silody. Como es de inferir, esta noticia produjo en la jóven una indecible satisfaccion. Es verdad que ella continuaba presa, mal gravísimo, que la afligia en extremo: pero, ¿qué

(1) Los detalles de esta escena me los refirió Tiriatta cuando volvimos á Romalia: los habia presenciado mirando por el agujero de la llave de la habitacion de Aneyda. Al fin mujer.

importaba eso en comparacion de los martiros, sin cuento, que habia padecido al creer que Nottely le era infiel, y de la mortal inquietud que sufriera por el peligro inminente que al embajador amenazaba, hallándose en poder de su enemigo?

Y no se engañan los que afirman que nunca el mal viene solo, ni el bien deja de ser seguido de otros muchos.

A la mañana siguiente, apénas Aneyda despertara, vió entrar á Tiriatta en su habitacion.

Sonrióse la doncella dulcemente, y le presentó una carta.

—Quién te la ha dado?—preguntó Aneyda.

—Un hombre que hace poco se acercó á mí, estando fuera del castillo. Sin duda sabia cuanto os quiero, y cuán incapaz soy de faltaros, cuando de tal modo en mí se confió.

—Y nada te ha dicho?

—Nada, sino rogarme que os la entregase pronto.

—De quién será?—decia Aneyda para consigo.—De Silaydi, no es, porque conozco su letra: de Nottely, tampoco, porque tambien la conozco: de Nostrendy, no puede ser, ¿de quién será, pues?

Y como no acertaba, rompió la carta, y miró la firma.

—De Mendoza!—exclamó llena de alegría.—Qué me dirá?—Veamos.

Decia la carta:

«Señorita: hemos atacado al enemigo, y hemos vencido, noticia que va á colmaros de gozo, lo mismo que á vuestros padres y á Romalia. Servida ya la pátria, no pensamos más que en vos; y tanto Silaydi, como Nottely, y como yo, no descansarémos hasta sacaros de Conordo. Estad alerta y pronta para el momento en que ménos lo espereis. Sobre todo, confianza en Dios, y en nosotros. Vuestro, etc.—*Mendoza.*»

El lector comprenderá hasta qué punto subiria la alegría de Aneyda con esta carta. Verse en libertad, restituida á Nottely, á sus padres, á Silaydi; amada, cual nunca, del primero, aprobado este amor por su familia, y vuelta, por último, á Romalia.... Ah! esto era demasiado, era una dicha inmensa, que sus pasadas desgracias hacian todavía mayor.

Aneyda tuvo pues un dia feliz, tan feliz como podia serlo en su crítica situacion; y cuando terminó, cuando llegó la hora de entregarse al reposo, todavía acarició por largo tiempo las ideas

risueñas que tan dulcemente la conmovieran por el dia. Al fin se durmió.

Una luz que ardia dentro de un globo de cristal azul iluminaba la estancia con un suave y misterioso resplandor.

No habria pasado media hora que la jóven se habia quedado dormida, cuando sin hacer el menor ruido se abrió una puertecita capaz de dar paso á una persona, que con el mayor cuidado estaba construida en una de las paredes de la habitacion que precedia al dormitorio de Aneyda; tan bien disimulada estaba, que era de todo punto imposible dar con ella, á no estar iniciado en el secreto.

Por aquella puerta entró un hombre.

Y este hombre parecia un espectro, atendida su palidez y lo descompuesto de su rostro.

Nádie por este rostro hubiera conocido á Nostrendy.

De puntillas, con la cabeza baja y el más profundo silencio se dirigia lentamente hácia la cama; temblaba como si tuviese frio, y tanto por esto como por lo vacilante de sus pasos, podia inferirse que sufria.

De repente se paró y echó una ojeada por el aposento.

En él habia muerto su madre!...

Creyó verla y oir que le maldecia!...

Su temblor creció de punto, y en medio de que sus pasos vacilaban más que ántes, dió la vuelta decidido, al parecer, á retirarse. Hízolo así efectivamente y caminó lleno de angustia hácia la puerta: cási la tocaba ya, cuando se abrió esta dejando ver allá en el fondo, es decir entre las sombras, una mano que con rapidez y como si la persona á quien pertenecia estuviese enfadada, le hacia señas para que volviese hácia la cama.

Era Nomatty.

La puerta se cerró de nuevo, y Nostrendy se volvió y continuó su marcha.

La alfombra riquísima que pisaba, era arrollada muchas veces por la vacilacion y torpeza de sus pasos, tanto que tenía con frecuencia que pararse.

Cuando hubo recorrido la estancia y llegado bajo el dintel del dormitorio de Aneyda, alzó con mano trémula las cortinas que lo ocultaban, y miró...

Un extremecimiento indefinible recorrió todo su cuerpo.

De pronto este hombre se trasformó, irguió su cuerpo que marchaba ántes encorvado, desapareció su palidez, coloreó su rostro y se paró mudo de asombro.

Y no sin motivo por cierto.

En un lecho, cuya riqueza y magnificencia eran fabulosas, descansaba con delicioso abandono el cuerpo más bello y seductor que el ojo humano hubiese visto jamas. Las ropas que lo cubrian dejaban percibir contornos de una perfeccion tan extremada, que el estatuario más hábil no hubiera podido imitarlos aunque en ello formase empeño. Sus manos, una de las cuales estaba fuera de la cama y extendida á lo largo del muslo, miéntras que la otra permanecia con extremada gracia debajo de la mejilla, eran de formas las más lindas y admirables. Nada más hechicero que aquella garganta de una morbidez y blancura sin iguales, en torno de la cual venian á esparcirse rizos magníficos, destacados de la más suave, de la más fina y abundante cabellera que mujer alguna hubiese poseido en Saturno.

Al sacar Aneyda el brazo que, como he dicho, tenia tendido á lo largo del muslo, habíasele corrido su finísima camisa, dejando descubierto una parte de su seno, tan blanco, tan terso, tan hermoso, que Nostrendy, cuya razon principiaba á resentirse, creyó que iba á perderla enteramente. Sin saber lo que hacía dió algunos pasos hácia la cama, y no pudiendo proseguir volvió á quedarse inmóvil.

Sin duda que Aneyda debia soñar con las deliciosas impresiones recibidas aquel dia, puesto que se dejó percibir en su boca una sonrisa dulce y llena de atractivo.

Aquella sonrisa dejó ver unos dientes blanquísimos, pequeños y de una igualdad maravillosa.

Y esta sonrisa, aquel rostro y aquel seno encantador, acabaron de trastornar la razon del infeliz Nostrendy, sobre todo cuando dando un paso más percibió aquella fragancia embriagadora, que emanaba de aquel cuerpo celestial.

Entónces sintió el jóven dentro de sí mismo una modificacion extraña que le cambiaba y hacía ver los objetos de distinto modo, puesto que Aneyda; de un ángel purísimo que era ántes, vino á convertirse para él en una hada voluptuosa y lasciva que le arrastraba é incitaba de una manera irresistible. Una cosa parecida á vértigo se apoderó de su cabeza, sus piernas temblaban, se extre-

meció su cuerpo, la cara se le descompuso y se le erizaron los cabellos. Sus ojos teñidos de sangre parecian salírsele de las órbitas, sentia en la boca una saliva espesa y un ardor en las fauces que le incomodaba.

Aquel estado era un martirio que no podia resistir.

Acercóse, pues, y cogió con mano temblorosa la ropa de la cama.

Sin duda que algun ángel velaba entónces por la jóven, pues tan pronto como Nostrendy tocó la colcha, se despertó: levantó la cabeza, paseó sus asombrados ojos por el cuarto, y al ver delante de sí aquella especie de espectro sombrío y amenazador, dió un grito, y saltó, como el relámpago, de la cama, llevando consigo las ropas que lá cubrian.

Nostrendy, agitado y fuera de sí, miraba á Aneyda.

Aneyda, en cuya cara se veia el espanto y el más profundo temor, miraba á Nostrendy.

Un silencio penoso reinó algunos momentos.

Miéntras duraba, fué Aneyda recobrando, poco á poco, sus sentidos, y comprendiendo, en cuanto se lo permitia su virginal pureza, el verdadero peligro que corria; así es, que después de un rato de verdadera agonía, dijo con voz baja é insegura:

—Ah, ¿sois vos?

Nostrendy no respondió; pero continuaba mirando á Aneyda.

—Sí, vos sois, sin duda, porque, ¿quién más que vos podria hallarse en este sitio, sin mi permiso, y á tales horas?

Nada tampoco respondió Nostrendy; pero su vista permanecia fija sobre Aneyda.

—Habeis marchado de crímen en crímen sin que Dios ni los hombres os arredrasen en esa funesta senda; pero os faltaba el último, el último que es el más grande é infame de todos, y natura era que lo perpetráseis.

Tampoco ahora respondió Nostrendy; pero sus facciones tomaron un aspecto espantoso.

—Y no os habeis contentado con el crímen, nó; eso era poco todavía para vos: habeis sido bajo, y de bajeza en bajeza, habeis llegado á la abyeccion. Sr. Nostrendy, me causais horror.

Las facciones de Nostrendy se contrajeron convulsivamente.

—Sí,—dijo al fin, con una sonrisa salvaje; con aquella sonrisa propia de los delirantes y que denota un trastorno mental terri-

ble;—he cometido todos los crímenes que decís; pero os engañais, Aneyda, al añadir que he llegado al último: nó, este no le he cometido todavía, y como no quiero desmentiros, voy ahora mismo á consumarlo.

Y al decir esto, corrió como un demente hácia la jóven.

Aneyda, que se vió perdida, puesto que nada contenia á aquel furioso, se levantó al punto, se arrimó al rincon del cuarto, y no teniendo ya á dónde refugiarse, elevó al cielo sus rasgados ojos, y de lo íntimo de su alma, rogó al Eterno que no la desamparase en aquel momento supremo.

Sobrecogido Nostrendy al ver la actitud sublime de la jóven, se contuvo. Un destello de razon le trajo entónces á la memoria á su madre, que habia muerto en aquel cuarto, su ilustre cuna, y la alta sociedad en que vivia; tres consideraciones que le pusiéron en un estado verdaderamente lamentable, por la lucha que entablaron en su interior, entre ceder ó seguir adelante con su empeño. En aquel momento pudo, sin embargo, decir:

—Os concedo aún dos minutos: ¿quereis, Aneyda, darme mañana vuestra mano, y me retiro?

Aneyda no respondió.

—Ved, señorita, que estoy decidido á todo,—añadió Nostrendy con voz ronca:—¿quereis ser mia mañana, sí ó nó?

Y como nada contestaba Aneyda, porque el terror se lo impedía, cogió Nostrendy su brazo, apretóselo brutalmente, y loco y fuera de sí, volvió á decir:

—Quereis?

Al brusco movimiento de Nostrendy, corriéronse las ropas que cubrian á la jóven, dejando ver, casi desnudos, sus hombros, su deslumbradora garganta y una parte de su seno.

Al notarlo se extremeció Nostrendy.

Pero Aneyda, siempre hermosísima, estaba en aquel momento encantadora; así es que se hizo una tentacion poderosa, irresistible para el desdichado jóven, cuya sangre recorria veloz sus hinchadas venas, y cuya voluntad supeditada, á la sazon, por el deseo, habia desaparecido enteramente. Sin tener en cuenta las consecuencias que pudieran resultar, iba tal vez á avalanzarse á Aneyda, cuando, de pronto, se sintiéron pasos en la habitacion inmediata, y tres hombres entraron en la alcoba de Aneyda.

Eramos Nottely, Silaydi y yo. ¿Cómo habíamos entrado?

Por el subterráneo, cuyo fiel guardador era Sattalio.

En cuanto á la oportunidad de nuestra presencia allí, lo habia querido, sin duda, la Providencia, y por ello le dimos infinitas gracias.

No hay pluma bastante elocuente para expresar el efecto de nuestra aparicion.

Nostrendy, que nos observó un momento con fija y atónita mirada, dió un salto como para echarse sobre nosotros; pero parándose bruscamente, retrocedió algunos pasos, y se llevó entrambas manos á la cabeza, como si esta se le saltase: su razon principiaba á resentirse.

En cuanto á Aneyda, arrojóse en los brazos de su hermano, que la llevó á la sala por donde entráramos, y donde se vistió apresuradamente con el primer traje que halló á mano.

En dos minutos estuvo lista, y ya Silaydi se encamínaba hácia nosotros, cuando la puertecilla que diera paso á Nostrendy se entreabrió, asomando por ella la rubia y astuta cabeza de Nomatty. Reconocerle Silaydi y lanzarse á él, todo fué uno. Cogióle por los cabellos con tal fuerza y decision, que por más ezfuerzos que hizo no le fué posible desasirse.

—Oh, no os escapareis,—decia Silaydi, soltándole los cabellos y agarrándole por el brazo.—Qué queriais? Ir á alborotar el castillo y poner la guarnicion sobre las armas? Estais ya demasiado conocido, señor mio, para que habiendo venido aquí, os dejemos escapar. Por qué vinisteis? Puesto que habeis entrado en la jaula, quedaos en ella.

Y volviéndose á mí, que me habia acercado á ellos, añadió:

—Mendoza, llamad á Notty y á Soletty, para que estén al lado de este caballero, hasta que nos marchemos.

Fui corriendo á la galería, y volví con nuestros amigos, que al ver á Nomatty tan pálido y desconcertado, no pudieron ménos de reirse.

—Hola, amigo,—le dijo con socarronería, y alargándole la mano el Sr. Soletty; —qué tal os fué de salud?

Nomatty no contestó; pero sus miradas de hiena daban bien á entender cómo le devolveria el saludo, si pudiese hacerlo á su manera.

Inmediatamente se acercó el Sr. Notty, y alargándole tambien la mano, á pesar de haber visto que no se la tomara á Soletty, le dijo á su vez:

—Qué tal se halla mi buen amigo, el melífluo Sr. Nomatty? ¿Le ha ido bien desde la vista? Pero qué diantres teneis? No contestais? Os habeis quedado mudo?

Nada tampoco contestó Nomatty, pero en cambio sus ojos lanzaban rayos.

Mas si los señores Notty y Soletty no pudieron ménos de reirse al ver la figura que hacia Nomatty, tampoco pudieron ménos de extremecerse al fijar su vista en Nostrendy, cuyo aspecto tenia algo de siniestro por su inmovilidad, por su silencio y por lo descompuesto de su rostro. Un temblor involuntario y una especie de compasion se apoderó de ellos así que le percibieron. Contemplábanle con tristeza, pues así como el dolor y desesperacion de Nomatty les causaba risa, así el dolor y desesperacion de Nostrendy les causaba espanto por su inmensa intensidad. El amor, los celos, el remordimiento y la vergüenza, habian llevado á este infeliz hasta á aquel límite fatal donde acaba la razon y principia la locura.

Silaydi, que, como dejo dicho, sujetaba á Nomatty por el brazo, arrastróle hasta la alcoba de Aneyda. En un rincon, hasta donde habia retrocedido, escasamente iluminado por la débil luz que habia en el aposento, seguia Nostrendy fijo y clavado en su puesto, sin pestañear siquiera, insensible al parecer, y cual si fuera de piedra.

—Nostrendy,—exclamó Silaydi;—ahí tienes al hombre que te hizo ser infame. Mírale y dale las gracias.

Y arrojó á Nomatty violentamente dentro de la habitacion.

En seguida juntóse á Aneyda, y reunidos todos, entramos en el subterráneo. Ningun temor abrigábamos de ser perseguidos; un buque de guerra nos esperaba en la mar.

CAPITULO LXV.

DONDE NOMATTY RECIBE AL FIN EL PREMIO DE SUS SERVICIOS.

Las palabras que pronunció Silaydi ántes de retirarse fueron para Nostrendy lo que es á un cadáver el contacto de una batería eléctrica. Vuelto en sí, extendió sus brazos en direccion á los que se iban, exhaló un gemido, y dió algunos pasos como para seguirlos; mas tan pronto como se cerró la puerta, pareció que le aban-

donaban las ideas y que su inteligencia volvia al cáos. Pero esto duró poco, toda vez que sus ojos, que giraban vagarosos sin fijarse en punto alguno, tomaron de pronto una direccion determinada, adquirieron brillo y expresion, y su mirada, ántes triste é indecisa, tornóse viva, intensa, luminosa: al mismo tiempo una sonrisa horrible crispó sus labios, y paso á paso, con espantosa lentitud, adelantóse hácia Nomatty.

Este quiso huir, quiso hablar, pero no pudo: el terror se lo impedia.

Hubo algunos momentos de silencio.

Al fin Nostrendy dijo, cruzándose de brazos:

—Velas todavía por mí, querido Nomatty? Entónces puedo descansar, verdad?

Y se rió con la risa de los delirantes.

—Nost.....

Nomatty no concluyó; el miedo le tenía embargada la palabra.

—Ya estoy casado, eh? Oh! el medio era infalible, y.....

Una carcajada, capaz de helar de espanto á las furias infernales, terminó su pensamiento.

—Nostrendy, querido Nostrendy,—dijo Nomatty, haciendo un esfuerzo supremo, y extendiendo hácia él sus manos con ademan suplicante.

Y como si Nostrendy no hubiese visto ni oido nada, continuó con la misma tremenda risa:

—Y qué feliz soy ahora! no es verdad, Nomatty amigo?

—Nostrendy, escúchame, por Dios; te lo suplico.

—Ya se ve! cuando tú tomas las cosas á tu cargo, y velas por los amigos!....

—Nostrendy, una sola palabra, una sola, en nombre del cielo: escúchame.

—Ah, miserable!—dijo el Sr. Nostrendy sacando la espada;—defiéndete, ó te atravieso el corazon.

Nomatty, que se creyó muerto cuando Nostrendy sacó la espada, al oir ahora que le mandaba defenderse, vislumbró todavía un rayo de esperanza, pues además de manejar muy bien esta arma, confiaba en sacar partido de la cólera de su amigo. No esperó, pues, que se lo repitiese; sacó su espada, y se puso en guardia. Lanzóse Nostrendy sobre él con la furia de un leon, y principiaron un combate tanto más terrible, cuanto que sólo podia terminar con la muerte de uno de los dos.

No se oia en la estancia más que el ruido lúgubre de las espadas y los rugidos de Nostrendy que le arrancaba su ódio. La cara de éste estaba horrenda con la cólera, y la de Nomatty lívida con el terror; de manera que si Nostrendy cometia faltas por la rabia, Nomatty las cometia mayores por el miedo: no podia, pues, durar el combate, y en efecto, no duró. Nostrendy, cuya fuerza era entónces sobrehumana, desvió con un quite la espada de Nomatty, y le metió la suya, hasta la empuñadura, por el pecho. Cayó Nomatty de espaldas, lanzando una imprecacion tremenda, conmoviendo el suelo con su peso, y manchándolo con la sangre que á borbotones salia de la ancha y mortal herida.

Nostrendy, con ojos desencajados, con el cabello erizado y sonrisa feroz, permaneció mirándole largo rato. De repente dió una carcajada, corrió á la puerta secreta, que abrió de un puntapié, llegó á su cuarto, donde estaban dos ayudas de cámara, que temblaron al verle, y sin hacer el menor caso de ellos, ni decir una palabra, se lanzó á la escalera, que bajó á saltos; llegó al patio, dejando espantados á cuantos hallaba al paso; salió del castillo, y se dirigió á Tolayda, á pié, sin gorra, con la espada en la mano y con tal prisa, que en ménos de una hora anduvo la larga legua que hay desde el castillo á la ciudad. Cuando llegó á ésta, se dirigió á su casa, corriendo por las calles y diciendo en alta voz:

—Le maté, le maté! Aneyda es mia!

Y saltaba y reia, llenando de estupor á cuantos le miraban.

A medida que andaba, corria la gente detrás de él; de manera, que cuando llegó á su casa, iba seguido de infinidad de curiosos.

La noticia cundió con rapidez por la ciudad, y llegó á oidos del rey, el cual mandó al instante dos gentiles-hombres para que se enterasen de lo que habia sobre el particular. Cuando éstos llegaron al palacio, hallaron á Nostrendy paseando por la sala, dando saltos y diciendo:

—Es mia, es mia! maté á Nottely!

Estaba loco!....

Nomatty espiró aquel mismo dia en medio de un delirio, en el que repetia las sarcásticas expresiones de Nostrendy, y en el que pronunciaba con desesperacion el nombre de Silody.

CAPITULO LXVI.

REGRESO Á ROMALIA.

A consecuencia de la última batalla, se firmó la paz bajo condiciones altamente favorables para la Gran-Roquelia y para la Nostracia, y cuatro dias después, toda la escuadra navegaba con rumbo hácia Romalia. Con nosotros iba Silody, pobre niña, que, libre de Nomatty, y cerca de Silaydi, á quien profesaba tan acendrado amor, no gozaba, sin embargo, por completo, la dicha de los demás, por la amargura de que inundaba su alma la terrible enfermedad que padecia su hermano: todos procurábamos consolarla.

A medida que nos alejábamos, iban debilitándose las impresiones recibidas en Catilia, para renovarse y hacerse más poderosas las que habiamos sentido en Romalia. Esta ciudad, el rey, los príncipes, M. Leynoff, y nuestros amigos, recobraban todo el afecto y vivas simpatías que nos habian merecido ántes de marchar. Latian de gozo nuestros corazones al pensar en el entusiasta recibimiento, en los abrazos y enhorabuenas que íbamos á recibir por los triunfos obtenidos en Catilia. ¡Qué dulce es la pátria! ¡Y cuánto más dulce haber merecido su cariño!

Quince dias caminamos en medio de la oscuridad, es decir, de la noche que envolvia á Catilia. Pasado este tiempo, principiamos á ver los buques más distintos, mayor extension de mar, desaparecer las estrellas, disminuir el brillo de los anillos, y debilitarse el de los satélites. Es imposible describir la alegría é inefable encanto que experimenté al ver este cambio, que, aunque progresivo, no por eso dejaba de impresionarme vivamente.

Miraba atrás, y una oscuridad que me ocultaba á Catilia, oscuridad que se hacía más intensa y lóbrega, cuanto más léjos extendia mi vista, traia á mi memoria el recuerdo de lo que allí habiamos sufrido, y de los horrores de la guerra. Miraba adelante, es decir, hácia el punto adonde nos dirigiamos, y sucedia todo lo contrario. Veia destacarse, en lontananza, torrentes de luz dulce y purísima. Esta claridad hacía nacer en mí deliciosas ilusiones, y me parecia percibir, allá en su fondo, poblaciones inmensas, ciudades magníficas y paisajes espléndidos, habitados sólo por án-

geles. ¡Tal impresion me causaba aquella luz de que habia carecido tantos meses!

De pronto, apareció el sol, que me pareció entónces majestuoso y deslumbrador, sobre toda ponderacion. ¡Con qué brillo y esplendor se elevaba sobre el horizonte! ¡Qué alegría, qué vida y qué animacion no difundia en torno de nosotros y en toda la naturaleza! Miles de cañonazos disparados de los navíos, cien músicas que herian el aire con sus sonidos armoniosos, é infinitos vivas que salian de nuestros labios, saludaban su presencia bienhechora. Era esta una costumbre establecida entre los marinos, cuando al pasar desde Catilia á la Roquelia, veian por primera vez este astro.

Al fin, avistamos á Romalia, y dimos fondo en su puerto.

Ondeaban en los edificios públicos las banderas de la nacion, ostentando sus soberbias armas, como ondeaban las de nuestros buques, engalanados con flámulas y gallardetes.

La ovacion inmensa que nos dispensaron los Romalianos, la lisonjeras palabras y distinciones con que nos honró el monarca, y el entusiasmo de la familia de Nomara y de todos nuestros amigos, entre los cuales se hacian notar el Sr. Rodulio, que lloró de gozo, y los señores Nolatto y Cutrosy, todo esto, y lo que nosotros experimentábamos, es inexplicable. Jamas aquel dia se borrará de mi memoria.

Al mes de nuestra llegada se celebró el matrimonio de Aneyda y Nottely, siendo padrinos SS. MM.: los dos jóvenes esposos marcharon en seguida á una magnífica casa de campo distante dos leguas de la ciudad, adonde, á fuerza de ruegos, tuve que acompañarlos. En ella pasamos una deliciosa temporada, volviendo después á Romalia para asistir al enlace de Silaydi y Silody.

Nostrendy seguia, segun noticias, mejorado, y no se desesperaba de que recobrarse la razon.

El amor que se tenian Aneyda y Nottely, Silaydi y Silody, léjos de debilitarse con la posesion, aumentaba, por el contrario, cada dia; de manera, que podia decirse, sin exageracion de ningun género, que el palacio de Nomara era un verdadero paraiso. ¿Y cómo nó, si la finura, la elegancia, y la misma galantería que tenian con sus esposas cuando estaban solteros, las tenian, y aún mayores, después que se habian casado? ¿Y como nó, si la felicidad de los cuatro jóvenes, además de estar basada en la religion y en la virtud, se reflejaba en sus padres y en nosotros?

CAPITULO LXVII.

REGRESO Á LA TIERRA. MUERTE DE M. LEYNOFF.

Habian pasado como unos seis meses, después de nuestra vuelta á Romalia, cuando observé que M. Leynoff, ya fuese efecto de los años, ya de sus contínuas meditaciones, ó del mucho estudio que hacia todos los dias, se desmejoraba por momentos. A pesar de que comia bien, más acaso de lo que tenia de costumbre, perdia fuerzas, hablaba poco, y estaba triste, hasta el punto de que, cuando se reia, lo hacía como esforzándose. Como todos le queríamos tanto, no tardamos en echar de ver esta novedad, que nos alarmó en extremo, especialmente al Sr. Nomara y á mí.

El príncipe se empeñó en que se llamase ál médico, á lo que se opuso M. Leynoff, diciendo que su mal no era más que una ligera indisposicion que se disiparia por sí misma; pero yo, sin hacerle caso, fuí inmediatamente á buscar al Sr. Sattulo.

Tan pronto como éste vió al enfermo le llamó la atencion el tinte algo oscuro de la piel y cierta rubicundez que tenía en las mejillas; pero después que le hizo várias preguntas, que le tomó el pulso y que le miró la lengua, se quedó profundamente pensativo. Observé yo, cuando el enfermo sacó la lengua, que estaba esta cubierta de una capa blanquecina, mas espesa y oscura hácia su base, algo seca, y que tenia sobre ella una saliva pegajosa. Se me olvidó decir que ya hacía tiempo se quejaba M. Leynoff de que tenia sed y que bebia con frecuencia.

Después que el Sr. Sattulo estuvo meditando largo rato, condujo á M. Leynoff á su habitacion, donde estuvieron encerrados media hora. Cuando salieron oí decir al Sr. Sattulo:

—Sé que enfermedad teneis.

—Pero es de véras una enfermedad?—preguntó M. Leynoff.

—Sí, amigo, pero una enfermedad que curarémos mediante Dios—repuso sonriendo el Sr. Sattulo.

—Bueno, bueno—dijo sonriendo tambien M. Leynoff.—¿Y qué he de hacer?

—En primer lugar absteneros desde hoy del dulce, fruta, legumbres y de todo alimento feculento.

—Precisamente de lo que más me gusta—dijo M. Leynoff.

—Pues no hay remedio, si quereis sanar.

—No os apureis, Sattulo—dijo el Sr. Nomara,—que yo cuidaré de que no se salga un punto de lo que mandais.

—Y yo lo mismo,—dije á mi vez;—y os protesto que no comerá absolutamente nada que yo no vea.

—En hora buena,—dijo el Sr. Sattulo.

Y acercándose á una mesa, recetó, explicando después el modo de tomar la medicina.

Hecho esto se despidió el Sr. Sattulo, al cual fuí yo acompañando hasta la puerta. Cuando estuvimos solos le dije:

—Vamos, que hay?

—Es grave, muy grave, Mendoza, lo que tiene M. Leynoff.

—Qué decís?

—Sí, amigo mio, y en verdad que lo siento en el alma.

—Pues qué tiene?

—Una glucosuria.

—Y es tan grave esa enfermedad?

—Muy grave, Mendoza.

—Pero le curareis, verdad?

—Le aliviaré y alargaré su vida cuanto pueda; pero en cuanto á curarle...

—Qué? Acabad.

—No lo creo ya posible.

—Oh Dios! oh Dios!—exclamé lleno de dolor.

—Nada le digais á él, y excuso advertiros que haré en su obsequio todo cuanto esté en mi mano.

—No esperaba ménos de vos: gracias.

Y nos despedimos.

Tan pronto como supieron en el palacio el estado de M. Leynoff, el dolor más vivo se pintó en todos los semblantes; pero el que estaba más afectado era el Sr. Nomara. Pronto lo supo tambien el rey, que se dignó hacerle una visita dos dias después de haberle visto Sattulo.

Como el relámpago cundió la noticia por la ciudad, y á no haberlo visto, jamás hubiéramos creido que causase tanta sensacion. Al momento vinieron á visitarle cuantos tenian el gusto de tratarlo; y los Sres. Ruttilo y Nolatto no se separaban de su lado.

Indudablemeute que con el método prescrito por el Sr. Sattulo

mejoró mucho M. Leynoff por espacio de tres meses; pero al cabo de ellos volvió á perder terreno con mucha más rapidez que en un principio. Esto alarmó á M. Leynoff, tanto que, estando un dia con el Sr. Nomara y conmigo, dijo á Sattulo con melancólica sonrisa:

—Amigo mio; no es el temor de la muerte lo que me obliga á hablaros del modo que voy á hacerlo, nó; pues aunque siempre imponente, la espero tranquilo: lo que yo temo es morir en Romalia, y no en mi país, pues deseo que mis cenizas reposen al lado de las de mis padres. En tal concepto, os ruego que me digais cuál es mi estado, y que me lo digais con toda aquella franqueza que debe usarse con un hombre que, como os he dicho, no desea ni teme tampoco la muerte.

—Me es imposible ocultaros,—dijo sumamente conmovido el Sr. Sattulo—que no tengo motivo, hasta ahora, para hallarme satisfecho de mis remedios.

—No es eso lo que os pregunto, querido Sattulo.

—Pues qué, entónces?

—Lo que os pregunto, y quiero que me digais sin ambajes ni contemplacion de ningun género, es si esta enfermedad se cura ó nó.

—Pero esas preguntas, querido amigo,—dijo el Sr. Sattulo,—esas preguntas....

—Qué?

—Son terribles y en extremo embarazosas para un médico; bien lo sabeis.

—Sí,—dijo con la misma triste sonrisa M. Leynoff,—para un médico que me tiene tanto afecto como vos. Vamos, querido Sattulo, á un lado toda contemplacion: esperais curarme, sí ó nó?

—Y qué!—dijo sorprendido el Sr. Sattulo; —oireis, sin conmoveros, una sentencia que vos mismo presumis que ha de ser mala? No me pongais en ese extremo, amigo mio.

—Oh, yo os protesto,—repuso M. Leynoff,—que os acosaré y no os dejaré marchar hasta que me hayais dicho la verdad. ¿No reflexionais que si hay mal en ello, sólo yo soy el culpado? Hablad pues y dejaos de miramientos.

Titubeaba todavía el Sr. Sattulo é imploraba con la vista nuestro auxilio; pero tanto el príncipe como yo, agobiados por aquella cruel conversacion, nada podiamos responder.

Viendo esto el Sr. Sattulo, fijó en M. Leynoff una mirada escrutadora, y luego dijo:

—Lo exigís?

—Absolutamente,—contestó impasible M. Leynoff.

—¿Y no temeis que se exaspere vuestra dolencia con una noticia mala?

—De ningun modo; hablad con resolucion.

—Pues bien, la enfermedad que teneis, os matará.

Ni la contraccion más mínima, ni la más leve alteracion observamos en el semblante de aquel hombre extraordinario al oir esta sentencia fatal; ántes al contrario, como si nada le hubiese dicho Sattulo, añadió con la mayor calma:

—Bueno; otra pregunta.

—Cuál?—repuso con voz alterada el Sr. Sattulo, á cuyos ojos asomaron algunas lágrimas.

—Qué tiempo os parece que viviré?

Y viendo que Sattulo vacilaba, volvió á decir:

—Vamos; valor, amigo, y acabemos de una vez.

—Siguiendo el método que os he dispuesto,—dijo el Sr. Sattulo, cada vez más afectado,—aún podeis vivir seis meses.

—Es más de lo que necesito para volver á la Tierra, y arreglar mis cosas. Gracias, querido Sattulo.

Y viendo las lágrimas que se deslizaban de nuestros ojos, añadió cogiendo nuestras manos y estrechándolas entre las suyas.

—Por qué os afligis? á qué tanto dolor?

—Y nos lo preguntais?—le contesté.

—Y nos quereis dejar?—añadió el Sr. Nomara.

Mirónos atentamente M. Leynoff, y luego dijo:

—En verdad que no os comprendo. ¿Esperábais, por ventura, que viviese siempre? Y siendo esto imposible, ¿no debia morir ántes que vos, Mendoza? ¿Qué importa, pues, que esto tenga lugar ahora, ó algunos dias después? Nada, amigo mio, nada, y debeis, por lo tanto, conformaros.

Y volviéndose al Sr. Nomara, añadió:

—Ya sabeis, querido príncipe, que el amor á la pátria es innato en nosotros, y por consiguiente, vos, que sois la misma sabiduría, y cuyo recto juicio he tenido tantas veces ocasion de apreciar. y á quien profeso (espero que lo creereis así) el más puro y tierno afecto, vos, repito, no debeis extrañar que quiera dejar mis restos allí donde he recibido el sér. Vuestro recuerdo, príncipe, será mi último pensamiento; contad con ello.

El Sr. Nomara, mudo y conmovido cual nunca le habia visto en los lances más apurados, arrancó sus manos de entre las de M. Leynoff, y se dejó caer en un sofá, ocultando su rostro para que no viésemos correr sus lágrimas. Sattulo estaba tambien muy conmovido, y yo me sentia desfallecer.

—Pero qué es esto?—nos dijo al vernos en aquel estado.—Me causais vosotros mil veces más tormento que la proximidad de ese fantasma que llaman muerte. La muerte! ¿Y qué es, en último resultado, la muerte? La muerte para un hombre que, como yo, jamás ha cometido un crímen, y que se conforma con las disposiciones del Altísimo, no es más que el descanso eterno; es, amigos mios, la salida de un mundo lleno de amargura y de dolor, para ir á gozar otro lleno de encanto y de delicias; es el abandono de séres y objetos que valen poco (hablo en general, bien lo sabeis), para ir á buscar otros llenos de hermosura y perfeccion; es arrancar la funesta venda que vela nuestra inteligencia, para ir á ver mundos sin cuento, para examinar el espacio, medir lo infinito, y conocer la eternidad; es, en una palabra, despojar mi alma de su cubierta mortal, para que libre de los lazos que la unian al cuerpo, vuele á embriagarse en la contemplacion del Sér augusto y eterno que hizo los mundos y gobierna el universo. Esta es la muerte; y quereis, amigos, privarme de tantos goces? Tentado estoy á creer que no me amais.

Habia pronunciado M. Leynoff con tal fuego y sublime elocuencia estas palabras, que á pesar de nuestro dolor no pudimos ménos de levantar la cabeza para observarle. Estaba admirable.

Al instante que se supo la sentencia de Sattulo, y la resolucion de M. Leynoff de dejar á Saturno, fué general la consternacion de los amigos. Todos, sin excepcion, acudieron al palacio para rogarle que se quedase; pero por más súplicas y reflexiones que le hicieron, se mantuvo inflexible. Hasta el rey mismo, á quien los Sres. Nomara y Rodulio habian acudido para que le hablase, nada pudo conseguir.

—Y vos, Mendoza, no os quedais?—me preguntaron.

—Oh, sí, sí,—dijo con viveza M. Leynoff;—es muy justo, y yo soy el primero que se lo aconsejo. ¿Qué vale para él la Tierra comparada con Saturno? Nada, y haria muy mal en volver á ella.

Y encarándose conmigo, añadió:

—Quedaos, Mendoza; os lo suplico.

*

—Oh, amigo! —dije agitadísimo, y estrechándole entre mis brazos con el mayor cariño;—me matais hablándome de ese modo. Siempre he creido que sacrificariais por mí la vida, y si así es, ¿por qué no habeis de creer que la sacrifique yo por vos? ¡Yo abandonaros, solo y enfermo, tratándose de un viaje tan terrible! Jamás.

Nada me respondió M. Leynoff; pero su cabeza inclinada, y las lágrimas que se desprendian de sus ojos, me demostraron demasiado hasta qué punto era sensible á esta prueba positiva de cariño.

Al oir mis palabras, todos se convencieron de que la cosa no tenia remedio.

El sentimiento, sin embargo, era excesivo, y el de los Sres. Rodulio, Nomara, Nolatto, Ruttilo y Nottely, causaba lástima.

—Todas las noches, miéntras vivamos,—nos dijo el Sr. Nottely, desgarrado el corazon por su dolor,—hemos de mirar á una misma hora, vos, Mendoza, á Saturno, y nosotros á la Tierra. A lo ménos, ya que no nos veamos, nos hablarémos con el pensamiento.

La enfermedad de M. Leynoff, y su decision de abandonar á Saturno, hicieron irrealizable el viaje que teniamos proyectado á la Nostracia. Estaba de Dios que no habiamos de ver nunca un pueblo republicano feliz y sábiamente gobernado.

En fin, por abreviar y apartar los ojos de un cuadro tan doloroso, diré: que llegado el dia determinado, preparamos el globo, que con el mayor esmero conservaba en su palacio el Sr. Nomara, y despedidos del rey, que se dignó abrazarnos, húmedos sus ojos y con visible enternecimiento, y de todos nuestros amigos, á quienes suplicamos muy de véras que no se hallasen á nuestro lado en el momento de partir, y hecha igual súplica á la familia del Sr. Nomara, que accedió á ella con lágrimas, quedamos solos M. Leynoff y yo. No quiero, sin embargo, pasar en silencio las palabras que dijo la princesa, después de habernos abrazado y mirando á su familia, sumida entónces en una tristeza sin límites.

—¡Oh, plugiese al cielo que nunca hubiesen venido á Saturno estos hombres que nos matan hoy con su separacion fatal!

Cómo estariamos nosotros?...

El Sr. Rodulio no se separó de nuestro lado hasta que nos abrazó repetidas veces.

Solos ya, bajamos al jardin, inflamos el globo, entramos en él, y nos lanzamos al espacio.

Fué feliz nuestro viaje; y al cabo de tres meses y dos dias, contados por el cronómetro de M. Leynoff, llegamos á la Tierra. Caimos precisamente á seis leguas de Viena, adonde nos trasladamos á caballo. Desde esta capital, y en una litera, pues ya el enfermo no podia resistir el coche, nos trasladamos á Berlin, y desde aquí, á la quinta de M. Leynoff. Todo en ella estaba como lo habiamos dejado; pero los criados prorumpieron en amargo llanto cuando vieron á su amo tan flaco y desencajado.

En efecto, mi noble amigo estaba tan débil, que al momento que llegó tuvo que meterse en cama. Yo quise en el acto mandar á buscar un médico; pero M. Leynoff se opuso á ello, diciéndome con melancólica sonrisa:

—Y para qué? No sabeis ya que mi enfermedad es incurable? Y además, lo que no ha hecho Sattulo ¿creeis que puedan hacerlo los médicos de la Tierra?

Conocí la fuerza de estas razones, y guardé silencio.

Viendo que sus fuerzas disminuian por momentos, llamó M. Leynoff á un notario é hizo su testamento. Cuando el notario marchó y entré en su cuarto, me dijo:

—Colocad, Mendoza, ese testamento en aquel cajon (y me lo señalaba con el dedo), y cuando yo haya fallecido, lo abrireis. Juradme que cumplireis al pié de la letra mi última voluntad.

—Lo juro.

—Ahora tomad esos papeles,—añadió sacando un gran cuaderno de debajo de la almohada y entregándomelo.

—Y qué quereis que haga con ellos?

—Quiero que los publiqueis después de mi muerte. Contienen noticias que pueden contribuir al más rápido desarrollo de la cultura humana: la mayor parte están sacados de los archivos de Romalia, y son de un mérito y de un valor extraordinario. Contienen, además, la historia de un hombre extraño, y que asombrará á la Tierra, como en su época asombró á Saturno. Los lances y aventuras de este hombre, aunque de una certeza irrecusable, parecen increibles por lo que tienen de maravillosos. Os sorprenderán, Mendoza, como á mí me han sorprendido.

Dicho esto, calló M. Leynoff porque se cansaba, y estaba, además, muy fatigado.

Hechas sus disposiciones temporales, y conociendo que se acercaba su fin, trató de preparar su alma, como lo hizo con una uncion y una tranquilidad que me asombraron.

Ni un momento me separé de su lado, aunque mil veces me instó M. Leynoff á que descansase; pero yo no quise hacerlo, por lo que su última sonrisa y su última mirada fueron para mí.

La noche que murió tuvo una especie de delirio: hablaba solo, callaba enseguida, y parecia que se quedaba dormido. Tres horas ántes de morir, me miró de hito en hito, y me dijo estrechándome la mano:

—Mendoza: dentro de poco se correrá para mí el velo que encubre los misterios que inútilmente trata el hombre de comprender. Siento á la muerte que se... acerca... hasta luego!

Dicho esto, cerró los ojos y parecia que hablaba entre dientes: por dos veces le oí nombrar al Sr. Nomara; luego cesó tambien este movimiento, y le entró una gran fatiga. A las dos de la mañana espiró!...

Por demás sería hablar ahora de lo intenso de mi dolor; baste decir, que en quince dias no salí de mi cuarto, ni aun para presenciar las exequias del difunto. Cuando se abrió el testamento en presencia del notario y de los testigos, ví que yo era el único heredero de aquella inmensa fortuna. M. Leynoff me dejaba cuanto poseia, como prueba del tierno y profundo afecto que me habia profesado.

Abrí tambien los cuadernos; y si las noticias que contenian me admiraron, me admiraron más aún los hechos extraordinarios del hombre que mi indicara mi amigo. Si el público acoge con benevolencia esta historia, publicaré entónces la vida de aquel hombre: en caso contrario, nó.

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

REVISTA POLÍTICA.

INTERIOR.

Son tales y tan extraordinarios los acontecimientos que han tenido lugar esta vez en el corto período de tiempo que pasa de una REVISTA á otra, que sentimos embarazado y perplejo el ánimo al tomar la pluma para referirlos.

El dia *dos* de Enero comenzó un nuevo período para la historia de la Nacion Española, cuya trascendencia no es inferior sin duda á la que tuvieron la dominacion de los Cartagineses, el mando de los Romanos, la entrada de los Godos, la invasion de los Berberiscos, la dominacion de la Casa de Austria, y el entronizamiento de los Borbones. Diferénciase, sin embargo, de tan trascendentales sucesos el hecho de que nos ocupamos, por el carácter exclusivamente nacional que en él predomina. Mueve á risa el afan infatigable con que los derrotados enemigos de la Monarquía fundada por la Asamblea Constituyente, intentan levantar el espíritu de los pueblos tachando á aquella de extranjera y advenediza, como si sus abigarrados gritos no se perdieran en la sensatez y patriotismo de una nacion que ha llegado á la madurez política de los Estados que tienen voluntad propia, que han roto las cadenas de la esclavitud; como si la Monarquía levantada por el sufragio universal, no arrancase de las entrañas mismas de la sociedad, no fuese fundamento de una época, cuya índole nacional puede tan sólo compararse con la reconquista y la guerra de la Independencia.

Un cambio de dinastía, llevado á feliz término del modo y manera que ha tenido lugar entre nosotros, presenta en el campo de la historia la prueba más concluyente que da un pueblo de que sabe, quiere y puede gobernarse por sí mismo.

Para tener una idea cabal del movimiento revolucionario por que el país ha pasado, es necesario arrancar del pecho, por un esfuerzo supremo de la voluntad, toda pasion política; es preciso que el juicio se forme en una

atmósfera serena, no impregnada de los ódios que dividen aún á vencedores y vencidos.

La Europa, sin embargo, nos hace justicia, y sin negar el desórden administrativo en que hemos vivido, la perturbacion social por que hemos atravesado, reconoce que una fuerza viva y eficaz residente en la Asamblea, puesta en accion por hombres de verdadero patriotismo, dirigiendo á través de obstáculos sin cuento este movimiento político, ha sabido llevar á puerto feliz la nave del Estado.

Las fuerzas que se agitan en el seno de las sociedades modernas, movidas por un impulso providencial y secreto en las grandes épocas revolucionarias, no marchan ciertamente del modo automático, ordenado y perfecto con que una inteligencia discreta dirige sobre el tablero las combinaciones del ajedrez ó los peones de un juego de *asalto*. Tampoco desconocemos que el éxito ó la derrota modifica grandemente áun los juicios imperecederos de la historia; pero de cualquier modo que sea, la Revolucion española de 1868, á pesar de las acusaciones, censuras y diatrivas que sobre ella vomitan sus adversarios, sin haber tenido el carácter brutal y grandiosamente épico de la primera revolucion francesa, sostiene sin desventaja el paralelo que pudiera hacerse con el cambio dinástico que tuvo lugar en Inglaterra en 1688, con la desmembracion de territorio que dió vida é independencia á Bélgica, con el alzamiento nacional que ha llevado á cabo la unidad italiana.

No hace muchos dias, cuando escuchábamos con completa tranquilidad de conciencia los injustos cargos que los jefes de las diferentes oposiciones dirigian á la mayoría de la Asamblea constituyente, porque esta hubiese elegido un rey contrario á sus aspiraciones, recordábamos involuntariamente las escenas que tuvieron lugar en Bruselas ántes de que subiese al trono el Rey Leopoldo, tan ensalzado luego por sus contemporáneos y tan amado de sus súbditos.

Libre, como ha sido la eleccion del Duque de Aosta para Rey de España, fué allí la eleccion del Príncipe Leopoldo. Ni él, ni ninguna de cuantas personas le rodeaban se pusieron en relacion interesada con los Diputados que debian darle su voto. La eleccion del Príncipe Leopoldo, como dice un escritor contemporáneo, tuvo por fundamento único razones políticas del órden más elevado, llevándose á cabo sin la intervencion directa ni indirecta del augusto personaje que debia ocupar el trono de los Belgas.

Hasta tanto que la eleccion del Rey de España ha tenido lugar, la historia no presentaba ejemplo de un acontecimiento politico más completamente libre de amaños y de intrigas.

El Príncipe Leopoldo disfrutaba en Claremont, como el Duque de Aosta en Turin, de una existencia demasiado tranquila y dichosa para que ninguna ambicion viniera á turbarla.

En tanto que la Comision de los Diputados estaba en Inglaterra, donde

habia ido á ofrecer la corona al rey nuevamente elegido, el partido de accion, auxiliado de los amigos del Príncipe de Orange, provocaba en Brusélas graves desórdenes, con la esperanza de que, temeroso el Príncipe Leopoldo de los peligros que debia correr y de las dificultades que se le presentaban, rehusase el trono con que le brindaba la fortuna. Conocido el *memorandum* del 29 de Mayo, públicas las bases sobre que debia fundarse la separacion de los dos pueblos que hasta entónces habian formado una sola nacion, y en virtud de las cuales la Holanda volveria á encerrarse en los límites que habia tenido en 1790, formando la Bélgica los demás Estados de los Países-Bajos, sirvió este documento de pretexto para excitar las pasiones populares. En nombre de la independencia nacional se combatia el poder á la sazon existente que apoyaba la mayoría de la Asamblea ansiosa de conseguir la eleccion de rey, sin la cual la Bélgica no hubiese llegado nunca á ser un país próspero é independiente.

La discusion de las bases ántes citadas fué el momento elegido por los contrarios á la eleccion del Príncipe Leopoldo para un supremo combate.

Las oposiciones se lanzaron á una lucha de que presentan pocos ejemplos los Parlamentos modernos; acudióse á todos los medios imaginables para excitar las preocupaciones de la plebe contra un proyecto de convenio indispensable si el rey habia de aceptar la Corona. Las asociaciones patrióticas, los clubs, pusieron el grito en el cielo contra los *traidores*. Cuarenta Diputados de los partidos extremos redactaron una violenta protesta, depositándola luego en la mesa del Congreso. Las tribunas de la Cámara, ocupadas siempre por enemigos del Gobierno, recordaban por sus desordenados clamores las escenas más trágicas de la Convencion. Pasquines contra el nuevo órden de cosas que iba á fundarse, aparecieron en los sitios públicos; los Ministros fueron víctimas de las más groseras diatrivas y de insultos personales por los que tenian la noble mision de excitar el populacho á la anarquía. El desórden más completo llegó á enseñorearse de la Asamblea, en tanto que las conspiraciones estallaban en las calles de la capital y en los pueblos principales de las provincias.

Los orangistas y los republicanos libraban una lucha á muerte. La ira de las oposiciones llegó á inspirar tal temor, que al sonar la hora de discutir los preliminares, la mayoría aterrada y atónita empezó á titubear.

Cuando el Congreso decidió no admitir las enmiendas presentadas por las oposiciones, sino entrar desde luego en una discusion general y definitiva, la agitacion, el tumulto, el escándalo llegaron al último extremo. No habia llamamiento á la guerra, expresion insultante que no fuese acogida con estrepitosos aplausos, en tanto que los murmullos, los silbidos y los gritos más descompasados ahogaban la voz patriótica de los oradores de la mayoría. La oposicion activa, audaz, estimulada por los aplausos de las tribunas, se presentaba unida y compacta siguiendo un plan preconcebido.

La mayoría desfallecida perdia terreno por momentos; el segundo dia de esta titánica lucha parecia que todo estaba perdido. El público exclamaba:—¡abajo los protocolos!—¡guerra!—¡muera el Gobierno!—sin que el Presidente pudiese dominar el tumulto y siendo infructuosos los esfuerzos de la guardia cívica para expulsar los perturbadores que en la Cámara misma querian ejecutar sus brutales venganzas. Llegó el furor de los coaligados al extremo de que los defensores del Gobierno tuviesen que abandonar el salon de sesiones, buscando refugio en las habitaciones más ocultas del Palacio del Congreso.

Sin el valor, sin el talento y la elocuencia arrebatadora de M. Lebeau los preliminares no hubiesen sido aprobados por la Asamblea, sin lo cual el rey elegido no habria aceptado la corona, y la libertad y la independencia de Bélgica hubieran muerto ántes de nacer.

En vano las oposiciones han querido parodiar en España aquellos sucesos; el patriotismo de la mayoría de la Cámara y la sensatez pública se han opuesto á semejantes propósitos. Ni las vociferaciones de los republicanos, ni las elocuentes diatrivas de los decididos partidarios del Duque de Montpensier, ni los gemidores aspavientos de los carlistas, hicieron titubear un momento á los que, inspirándose en móviles dignos, convinieron solemnemente en aprobar una determinacion que se habia considerado absolutamente necesaria para que la Cámara terminase sus tareas coronando de un modo digno el edificio de la Revolucion.

Los firmantes y sostenedores de este acuerdo, en virtud del cual la Asamblea Constituyente debia acabar el dia en que S. M. el Rey prestase juramento, han merecido bien de la pátria. Firmes y decididos, como los que tienen la conciencia de que van á realizar un gran bien, no cejaron ni un instante siquiera ante los descomunales y, en ocasiones, cómicos ataques de sus adversarios.

La Revolucion española ha cerrado su período constituyente de una manera satisfactoria. No merece en verdad de los hombres políticos de Europa el juicio desfavorable que en vano tratan de fomentar aquí con sus injustas censuras los partidarios de las dinastías vencidas; y esta opinion benévola crecerá sin duda cuando sofocadas las pasiones se juzgue tan importante acontecimiento á través de los tiempos, ántes de fijar el fallo irrevocable de la historia.

Dejemos á los republicanos y á los absolutistas de todas las dinastías la triste mision de despreciar y calumniar á una Asamblea que ha trabajado sinceramente por el establecimiento de la Monarquía constitucional, única forma de Gobierno de los pueblos civilizados, libres y cultos. No puede juzgarse á la Asamblea por las imperfecciones transitorias de que adolezca su obra. Sus autores, séres débiles y sensibles á las pasiones y á las preocupaciones que á la humanidad afectan, habrán incurrido en

errores que el conjunto del edificio disculpará sin duda. Colocados entre los que querian resucitar el vergonzoso absolutismo de principios del siglo y los que deseaban conducir al país por una série de catástrofes, á un órden social análogo al que impera hoy en algunos puntos de la vecina Francia, los Diputados constituyentes han sabido, sin embargo, sobreponiéndose á sus propias pasiones, seguir la única línea de conducta que podia fundar la Monarquía. El tiempo les hará justicia, y como para todo buen inglés los nombres gloriosos de Pym, Hampden y Hollis, serán inolvidables, á pesar de las graves faltas que cometió el Largo Parlamento, así conservarán fama eterna los principales miembros de esta Asamblea que han sabido sacar á salvo las instituciones por ella formadas.

Una figura se destaca entre todas por la perseverancia en sus propósitos, por su amor inquebrantable á la libertad, por su respeto á las decisiones del Parlamento, por la estóica sublimidad con que sufria las acriminaciones más injustas de sus adversarios.

Dueño siempre de sí mismo, el infortunado Conde de Reus sacrificó en ocasiones hasta su dignidad personal para que la Cámara conservarse una fuerza colectiva capaz de realizar la grande obra que le estaba encomendada. Asombraba á los desapasionados su frialdad en la lucha y su paciencia para resolver las crísis y aunar las voluntades de las distintas fracciones de la mayoría, que inflamadas por tendencias diferentes y por historias contrarias, se presentaban á cada momento dispuestas á provocar fratricidas combates.

El nombre del Conde de Reus pasará á la posteridad al lado del de Washington: uno y otro supieron sacrificar sus ambiciones personales en aras del bien público: uno y otro dotaron á las respectivas naciones en que habian nacido de la organizacion política más en armonía con su situacion topográfica, con su tradicion social y religiosa, con sus antecedentes históricos, con el espíritu dominante de la civilizacion en que vivieron. Pero ¡ah! el vil plomo de los asesinos ha cortado la existencia del noble Conde de Reus; y si como cree una escuela respetable, ninguna idea civilizadora ha aparecido en el mundo que no se haya propagado por medio de la guerra, que no se haya inoculado en los pueblos por medio de la sangre, si al nacimiento de Roma precede la sangre de Remo, á su libertad la sangre de Lucrecia y la sangre de Virginia, al Imperio la sangre de César, la sangre del General Prim, en cumplimiento de esta ley providencial, será fundamento sólido de las libertades del pueblo español.

Para el General Prim ha sonado la hora de la justicia. Los mismos partidos que tan duramente le combatieron en el último período de su existencia, confiesan hoy que no se adivina cuál hubiera sido la suerte de la pátria después que la Revolucion rompió con su poderoso ímpetu los ya viejos y carcomidos resortes de la antigua máquina gubernamental, sin la

energía y el tacto político de la persona en quien los partidos extremos habian depositado toda su confianza.

Un momento de debilidad en el General Prim, un sueño de poder supremo que hubiese pasado por su fantasía, una aspiracion á la dictadura que existiera en el fondo de su espíritu, y las instituciones constitucionales, con sus atributos esenciales, la Monarquía y la Libertad, hubieran dejado de existir por mucho tiempo entre nosotros.

Este poder omnímodo con que las circunstancias brindaban al Marqués de los Castillejos, en vez de disminuir, aumentó después de abierta la Asamblea. Los partidos que, lanzados en desapoderada lucha, se preocupan tan sólo del triunfo, sobre todo en estos pueblos meridionales, habitados por razas entusiastas; pueblos en que la altivez, el orgullo, la vanidad, constituyen la parte más integrante de su carácter, se mostraron bien pronto dispuestos á entregarse en manos del General Prim, si sacaba á salvo, más que los intereses permanentes de la pátria, más que la esencia, por decirlo así, de sus doctrinas, el nombre que llevaban escrito en sus respectivas banderas.

A trueque de proclamar por un dia la República, los federales le brindaban con la dictadura; no hay honores, títulos, condecoraciones, fortuna que no le hiciesen pasar por delante de su vista los defensores del Duque de Montpensier si en pro de esta candidatura arrojaba en la balanza todo el peso de su influencia; emisarios secretos venian á proponerle uno y otro dia la Regencia con tal de que proclamase en la Asamblea al hijo de Doña Isabel de Borbon; los clubs, á trueque de concesiones demagógicas y socialistas, habrian coronado su cabeza y colocado sobre sus hombros el manto de los Césares.

Todo lo pudo.

Para negar esto, se necesita olvidar por completo el carácter de la Revolucion porque el país ha atravesado, ó tener una carencia absoluta de sinceridad.

Por temperamento, por respeto á la palabra empeñada, por cumplir fielmente la voluntad de la Asamblea, por tener un conocimiento exacto de la índole de los Españoles, poco dispuestos en todos tiempos á tolerar poderes que no tengan por punto de partida alguna legitimidad; por cualquiera de estas razones, ó por todas juntas, el General Prim ha ido desmintiendo con su conducta una á una cuantas calumnias levantaban contra él los desesperanzados de poder atraerle á las filas en que ellos militaban.

Suponianle ligado por secretos compromisos con el Emperador de Francia y acepta la candidatura del Príncipe Hohenzollern; propalan que sostiene secretos tratos con la dinastía derrocada, y declara de un modo solemne en el Parlamento que no estará *jamas* al lado del Príncipe Alfonso; hay quien cree que mantiene relaciones interesadas con los republicanos y der-

rota primero á los federales en un supremo combate, y después, cuando Francia proclama la República, en aquellos momentos de verdadero peligro para la Monarquía, afirma ante los hombres políticos vacilantes, que él permanecerá fiel á la forma de gobierno decretada ya por la Asamblea; contesta en fin á los que habian supuesto que la candidatura del jóven Duque de Génova era una farsa representada con la mira de satisfacer las opiniones monárquicas alarmadas, presentando para Rey de España al Duque de Aosta, candidato sobre quien, en los primeros dias de la Revolucion, habian fijado su vista hombres importantes adheridos al alzamiento nacional por verdadero patriotismo, sin compromisos preconcebidos, ni ódios que satisfacer, ni venganzas que llevar á cabo.

El General Prim ha muerto, segun las elocuentes frases pronunciadas por el Sr. Ministro de Hacienda en una sesion solemne, como Lincoln y como Rossi, sin ver la obra que habia fabricado.

En esos momentos sublimes, inconscientes, delirantes que median entre la vida y la muerte, en esas horas en que despojándose el espíritu de la vil materia que lo envuelve, se levanta á regiones más puras, cuando se reflejan en el alma libre de toda traba los pensamientos, las sensaciones, los deseos que han agitado durante su vida al sér hu mano, el General Prim pronunciaba esta frase: *He hecho la Monarquía; he salvado la libertad..... me muero.*

Ha muerto el Conde de Reus dejando anegada en eterno llanto á su virtuosa esposa y á sus inocentes y tiernos hijos. Ha muerto en el dia más grande para su gloria, pero su muerte ha sido pérdida irreparable para sus amigos y para la pátria....

¿Quién llenará el vacío que deja en la gobernacion del Estado en tan supremo instante?

El Rey elegido por la Asamblea Constituyente va á desembarcar en las playas de Cartagena; el pueblo italiano, que con tanto entusiasmo ha recibido á la Comision española proclamando la fraternidad de la raza latina, le acompaña representado por su marina; la Europa nos contempla; en el libro de la historia se va á escribir un supremo é inapelable fallo acerca de nuestra capacidad moral y política; España va á decidir por su propia conducta si es un pueblo civilizado y europeo, ó si debe vivir como la China, aislado del mundo culto dentro de formas sociales en que el progreso es imposible.

Los partidos vencidos, los defensores de las soluciones que no han tenido prosélitos en la Asamblea, vislumbran un rayo de esperanza; el edificio de la Revolucion cruge, se bambolea, va á caer hecho añicos ántes de llegar á su coronamiento; el poder yace por tierra, y si no hay quien legalmente pueda levantarle, no faltarán, como dijo M. Gambetta al proclamar la República francesa, partidos de accion que lo cojan del suelo en que la imprevision

lo ha abandonado. El Regente no puede abandonar la magistratura suprema de que está revestido, sin levantar sospecha de que va á la dictadura. Un momento de vacilacion, y la república social está en las calles luchando á brazo partido contra un rey pundonoroso, jóven, valiente, llamado por nosotros, que ha venido confiado en la proverbial hidalguía española, y á quien abandonamos, tal vez ante una conjuracion de infames asesinos.

El desórden social, la anarquía, la demagogia, el robo, los bandoleros en cuadrillas, la guerra civil con todos sus horrores, con todas sus catástrofes, asoman sus ensangrentadas garras detrás del lecho en que yace espirante el Marqués de los Castillejos. La Asamblea Constituyente va á estar en peligro; su voluntad será quizá ineficaz en la region de los hechos; el Regente, á pesar de su ánimo esforzado, de su valor sin rival, no puede estar en todas partes; la misma neutralidad en que voluntariamente y por patriotismo se ha encerrado durante la interinidad, excita sospechas en no pocos, y alienta esperanzas en los más en aquel instante supremo en que reviven por la grandeza de la catástrofe todas las sospechas, todos los recelos, todas las asechanzas de los partidos. Es preciso encontrar un hombre cuyas simpatías personales, cuya abnegacion probada, cuya rectitud de carácter, cuya nobleza de corazon sean garantía comun y valladar ante el cual se estrellen las pasiones mezquinas y las ambiciones egoistas de los hombres públicos.

Un nombre cruza por todas las memorias; una figura pasa por delante de todas las inteligencias; el General Serrano, eco de la aspiracion general, cediendo á ese impulso de atraccion magnética y secreta que Dios ha puesto entre las almas de elevado temple, extiende la mano al Brigadier Topete y le suplica con acento conmovido que se encargue del Gobierno responsable del Estado.

Titubea al pronto el noble marino; afecciones personales públicamente manifestadas le detienen; se presentan ante él un cúmulo de murmuraciones y femeniles diatrivas, y su alma huye con repugnancia de un cieno que teme le salpique; la negativa más resuelta va á salir de sus lábios; pero el facultativo encargado del enfermo se acerca á su oido, y con acento doloroso y triste le dice:—"No hay esperanza, el General se muere."—La verdadera situacion porque la pátria atraviesa se presenta desnuda á su vista; recuerda que la Revolucion que su arrojo ha iniciado va á concluir deshonrada; contempla el rostro moribundo del compañero de armas con quien la llevó á cabo, y comprende que la muerte de la Monarquía que habia levantado la Asamblea Constituyente y por la cual espiraba el General Prim, sería el triunfo de la conjuracion y un dia de inmenso júbilo para los asesinos. Sentimientos viriles brotan entónces del fondo de su corazon; las murmuraciones de los que no tengan estructura moral para apreciar justamente su conducta, no pueden detenerle ya ante tan elevadas consideraciones. Acepta la responsabilidad del poder; su nombramiento como Presiden-

te del Consejo de Ministros corre por los hilos telegráficos á todos los ámbitos de la Península; la confianza renace por do quiera; una palabra conciliadora brota de los lábios de todos; el General Prim está vengado; la Nacion no se hundirá en el abismo; la Monarquía y la Libertad van á salvarse.

No es fácil de describir la impresion que produciria en el ánimo del rey electo la fatal noticia de que el General Prim habia muerto y de que en las playas de Cartagena le esperaba el Brigadier Topete, nombrado Presidente del Consejo de Ministros.

Solo, con ánimo firme y sereno, tranquila su conciencia por no haber dado paso alguno para alcanzar la elevada posicion social con que el destino le brinda, sin desconocer las dificultades de la empresa, guiado por los sentimientos más nobles, dotada su alma del temple necesario para despreciar los peligros que los enemigos de la Monarquía fraguaban á su alrededor y que tenian buen cuidado de exagerar los periódicos adversos á la Revolucion y los intransigentes partidarios de las demás dinastías que aspiraban al trono de España, se entrega el rey sin cortejo militar, sin salvaguardia de ninguna especie á la lealtad del pueblo.

La presencia de ánimo, el valor, la confianza en las cualidadess generosas de la humanidad, dejan rara vez de inspirar entusiasmo en las muchedumbres; el aire marcial y distinguido del rey, una mezcla de altivez y de modestia varoniles que se reflejan en su persona, levanta por donde pasa espontáneo entusiasmo. El sentimiento monárquico, latente en lo más hondo del corazon de esta sociedad perturbada, sube pronto á la superficie, y el nuevo Monarca llega á la corte entre plácemes y vivas, creciendo de momento en momento las generales simpatías que inspira su noble talante.

Aquella revolucion soez, brutal, perdida en direcciones diferentes, sin órden ni concierto, sin punto adonde dirigir sus pasos, sin centro comun en que converjan todas las voluntades, condenada por su propia impotencia á hundir el país en los sangrientos y bárbaros horrores del caudillaje, corona el edificio de nuestras instituciones, sentando en el trono de Castilla á un miembro ilustre de la dinastía más antigua de Europa, de antecedentes y conducta intachables, y de valor probado en los campos de batalla. Aquella Asamblea, tan injustamente juzgada por sus enemigos, ha tenido el patriotismo de disolverse por sí misma, y el valor de resistir con noble entereza los cargos, acriminaciones y diatrivas que arrojaban sobre ella cuantos se habian propuesto por distintas causas deshonrar la Revolucion.

Dia grande, que nos levantará en la consideracion del mundo, ha sido aquel en que el Regente resignaba sus poderes ante la Cámara y prestaba juramento el Rey.

El período revolucionario ha terminado; dentro de las nuevas instituciones caben todos los hombres y todos los partidos; el Monarca ha probado

ya con sus actos que para él no hay ni vencedores ni vencidos; la gran figura de la Revolucion, el noble y distinguido marino que levantó en las aguas de Cádiz la bandera de la libertad, puede vivir tranquilo; su compromiso esta salvado, su promesa cumplida, el alzamiento de Setiembre ha llenado su mision.

La lucha entre la Libertad y el Trono, que ha durado desde la batalla de Villalar hasta Alcolea, ha concluido; no más antagonismo entre el poder ejecutivo y el poder legislativo. El Rey y el Parlamento vivirán, desde hoy, libremente dentro de sus respectivas esferas. Acatada y respetada la religion de nuestros mayores por soberanos que cumplen rígidamente en la práctica de la vida sus morales preceptos, la supersticion ni la hipocresía no vendrán á impedir ya que se *dé á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*. La pureza de costumbres del alcázar régio se derramará, influyendo con su noble ejemplo, por todas las clases sociales.

Si estos consoladores propósitos no se realizan, no será ciertamente por culpa de la Revolucion, sino de la intransigencia de los partidos, del egoismo de las facciones, de las naturalezas guerrilleras que aún viven entre nosotros; restos tristes del poder absoluto, del oscurantismo y la Inquisicion, elementos sociales que se transforman para idénticos fines, lo mismo cuando siguen al cura del trabuco que al demagogo del club.

Si los hombres de bien de todos los partidos; si cuantos viven de la industria, del comercio, de la agricultura, de las artes liberales; si cuantos necesitan respirar el aire puro de una sociedad moralmente culta, se agrupan alrededor del Trono que hemos levantado, nuestros halagüeños pronósticos se verán cumplidos.

Mas cualquiera que sea el destino que la Providencia nos tenga reservado, no olviden los ánimos rectos que, durante dos años de interinidad revolucionaria, en que todo se ha puesto á discusion, la fuerza pública no ha manchado las calles de Madrid con una gota de sangre; no se ha perseguido á nádie; los enemigos de ayer se han paseado tranquilamente entre nosotros, y si algunos ánimos fanáticos se han levantado en las provincias, la amnistía ha venido á enjugar las lágrimas el dia siguiente á su vencimiento; conserve el país recuerdo eterno de amor al que tan calumniado en vida ha sido sosten del órden social, por cuya defensa ha perecido, muriendo con tal grandeza de ánimo, que momentos ántes de que su razon se perdiese en el delirio precursor de la agonía, exclamaba en alta voz, pensando en el partido de cuyas filas se asegura han salido sus asesinos.—¡BÁRBAROS, NO HAN COMPRENDIDO QUE YO ERA EL MEJOR DEFENSOR DE SUS DERECHOS!

J. L. ALBAREDA.

EXTERIOR.

Pasan las semanas y los meses, y la situacion política no cambia entre las naciones europeas. Todas las cuestiones ceden en interes al de la guerra franco-prusiana, y esta se halla en Enero concentrada completamente en el sitio de Paris, como lo estaba ya en Setiembre. La del Mar Negro, la del Luxemburgo, la misma de Roma, tan complicada y tan grande, apénas han conseguido excitar la atencion del público europeo durante algunos dias, y de nuevo han quedado aplazadas hasta la terminacion de la lucha entre Alemanes y Franceses; pues aunque en Lóndres ha debido reunirse ya la conferencia diplomática para tratar de las nuevas pretensiones de Rusia en Oriente, nádie espera ni teme ya de tal conferencia que resuelva el inmenso problema de la rivalidad entre Inglaterra y Rusia, ni que dé ocasion á otra guerra como la de Crimea.

Y en el conflicto actual, la cuestion que sigue dominando todas las relativas á las operaciones militares, y que dominará esas y las demas durante mucho tiempo, es la de saber por qué la nacion alemana obtuvo en Agosto y Setiembre, y ha conservado después, tan enorme superioridad sobre la más opulosa, la más fuerte y la más rica de las naciones latinas.

Para fallar con completo conocimiento de causa, convendria saber lo que hubiera sucedido si en los primeros encuentros la victoria se hubiese decidido á favor de los Franceses. Si cuando el 4 y el 6 de Agosto tomaron la iniciativa los Alemanes, la hubieran tomado sus enemigos; si en vez de aguardar Napoleon III y sus Mariscales á que Mac-Mahon fuese atacado por fuerzas seis ó siete veces superiores, hubieran reconcentrado en Wissemburgo mayor número de soldados del que presentó el Príncipe de la Corona de Prusia, y hubieran vencido á éste, ¿qué efecto hubiera producido en Alemania la noticia de la derrota?

Es indudable que el ódio á Francia no era el único que los Alemanes conocian. Habia ódio á la preponderancia prusiana en todos los países confederados del Norte y en todos los aliados del Sud. Mezclados con los que deseaban la unidad germánica, se hallaban por donde quiera los defensores de las autonomías particulares. Entre los amigos de las conquistas militares y de la resolucion de los problemas políticos por medio de la fuerza, pululaban, en Prusia misma, los que no quieren progreso, mejoras ni novedad alguna sino por el desarrollo pacífico de las ideas. Los agravios in-

feridos en 1866 por los vencedores de Sadowa eran demasiado recientes para que pudieran haberlos olvidado en Baviera, en Wurtemberg, en Baden, en Sajonia, en Nassau, en los Hesses, en Francfort. Al principiar la actual guerra, los Gobiernos y los Parlamentos de los Estados del Sud distaron mucho de estar unánimes para decidirse á favor de Prusia. La impotencia política de Austria no se habia presentado tan de manifiesto, ó acaso no era tan grande todavía, y todos los que abrigaban contra Prusia recelos, ódios, ó deseos de venganza, esperaban en el apoyo moral y material de la gran potencia, vencida y humillada, al mismo tiempo que la mayor parte de los pueblos alemanes, en 1866.

Recordando todos estos hechos ciertos, no hay temeridad en creer que si la primera batalla de la guerra hubiese sido desfavorable para los ejércitos prusianos, desde el Báltico hasta el Danubio, y desde el Rhin al Vístula, hubieran surgido por todas partes dificultades y tropiezos para los planes del Conde de Bismark. Los partidos políticos enemigos se habrian sobrepuesto á los amigos; Baviera, Wurtemberg y Baden, cuyos contingentes militares estaban prometidos para la guerra, pero no computados en cifras fijas, por los tratados secretos de Setiembre de 1866, habrian regateado sus sacrificios. Esa oposicion que desde el seno mismo de las Universidades prusianas se ha levantado contra el espíritu invasor de la diplomacia del Rey Guillermo, cuando consigue, á la par que sus armas, tan maravillosas victorias, se habria alzado irresistible en el caso de un revés. El Parlamento federal no habria votado con tanta presteza y entusiasmo, repetidas veces, nuevos recursos de hombres y dinero. Ese sordo clamor, que revela hoy el descontento, en medio del triunfo de todas las poblaciones alemanas, en las que, sin excepcion, la mayoría de las familias visten luto, ó temen vestirlo por consecuencia de una lucha sostenida por la generalidad de los ciudadanos, habria comenzado tan poderoso y robusto que habria hecho enmudecer la ambicion prusiana. Esos periodistas y políticos de los Estados vencedores que ahora se irritan ante la sola idea de que se niegue á los Alemane la Alsacia y la Lorena, que hablan aleman en su mayor parte, pero que tenian muy olvidadas, y que ni en 1814 ni en 1815 quitaron á Francia, es muy probable que si en vez de la embriaguez de una victoria inesperada hubiesen encontrado el desaliento de un revés muy temido, hubieran reconocido que la etnografía y la geografía daban la razon á los Franceses en su pretension de anexionarse la porcion de la provincia prusiana del Rhin, que se halla á la izquierda de aquel rio, y en que se habla con preferencia el idioma frances.

Bien puede asegurarse que los desastres hubieran causado en el conjunto

heterogéneo de los pueblos germánicos, jamas unidos con mucha fuerza, siempre divididos entre sí por reyertas seculares, mucho mayor estrago que han producido en esa infortunada Francia, que tan orgullosa estaba de su cohesion y unidad.

En nuestro siglo, las cuestiones de política interior han adquirido tal importancia y preferencia sobre las internacionales, que no puede contarse, sino en muy raros casos, con el voto de la unanimidad de los ciudadanos de un país para declarar la guerra á otro. En cada pueblo hay partidos que desean una alianza extranjera, miéntras otros que prefieren otra distinta; hay quienes juzgan necesaria una guerra, miéntras los demás se deciden en favor de la paz. Hay, sobre todo, pasiones ciegas que se resisten á ver el interes de su país en manos del poder contra el cual combaten, y no admiten de él ni glorias para la pátria comun. Si estallando la guerra comienza con una victoria, el entusiasmo de las movedizas muchedumbres impone silencio á los descontentos, y los Gobiernos triunfan en el interior al mismo tiempo que vencen en el exterior; pero si los principios son desastrosos, las oposiciones arrollan á los Gobiernos, y estos caen bajo el peso de su desgracia, entre la rechifla de sus contrarios.

La victoria ha dado en Sedan y en Metz á la nacion alemana la deseada unidad de su constitucion interna, que jamas habrian logrado realizar en la paz los votos de sus Parlamentos ni las negociaciones diplomáticas de sus Gobiernos; y la derrota de su ejército ha privado á Francia, cuando el enemigo no habia invadido sino una pequeña parte de su territorio, de todo gobierno y organizacion interior.

Las cuestiones de política doméstica son tambien las que han dado respectivamente tanta debilidad á las naciones que han permanecido neutrales en esta gran crísis, que más ó ménos las afecta á todas. En Austria el Aleman se encuentra cohibido por el Húngaro, el Húngaro por el Slavo, el Slavo por el Bohemio: basta que una alianza sea buscada en Viena para que disguste en Praga y para que la rechacen en Pesth; las luchas de razas se complican con las de sistemas políticos y las de religion; y del encuentro de tantas aspiraciones simultáneas, de tantas tendencias contrarias, resulta la imposibilidad de que el Imperio tenga para nada accion enérgica.

En Italia no están extinguidos los celos y rivalidades históricas entre las ciudades y las provincias que fueron ántes independientes; el Piamonte no ha sido absorbido por el resto de Italia, ni el resto de Italia por el Piamonte; hay en la Cámara una oposicion que en su nombre de *la Permanente* ha significado la existencia de contiendas perpétuas é inextinguibles; el Estado tiende á divorciarse de la Iglesia, pero no lo ha conseguido por completo, y

permanecen en pié cuestiones muy grandes, que tienen profundas raíces en el seno de todas las conciencias: el republicanismo crece en frente de una Monarquía, que ha realizado el sueño de la unificacion; el federalismo se desarrolla á medida que la legislacion y el Gobierno únicos van suprimiendo las autonomías de los antiguos Estados. Si el movimiento revolucionario ha podido penetrar en Roma, abandonada por los Franceses, la diplomacia italiana no ha tenido fuerzas para intervenir ni mediar entre los beligerantes.

En la Gran Bretaña, país más antiguo en las prácticas del liberalismo, existen partidos que por tradicion histórica son respectivamente favorables y contrarios á la alianza francesa. Sin embargo, la amistad con Francia ha sido tan constante durante el último medio siglo, que Inglaterra no hubiera vacilado en acudir en auxilio de su vecina del otro lado del Canal de la Mancha si sus intereses mercantiles no tuvieran tan ahogados todos los sentimientos políticos. Su inmensa riqueza le habria dado los medios de prestar socorros eficaces; pero en ninguna parte sería más difícil que entre los Ingleses introducir esas costumbres y esas leyes del militarismo prusiano, que hacen pasar por los cuarteles toda la juventud masculina de una nacion.

Sólo Rusia, entre las grandes potencias, podria haber tenido facilidad para mezclarse en la guerra, sin temor de peligros de política interior; pero poseedora de más territorio del que puede necesitar, satisfecha con el gran crecimiento de su poblacion, deseosa acaso de no poner sus masas de soldados obedientes en contacto con las ménos sumisas ó más liberales de los países meridionales y occidentales, sin propósitos respecto de la Europa central, sin aspiraciones más que hácia el Mar Negro y el Asia, se ha limitado á guardar las espaldas á Prusia, sirviendo de rémora á las naciones que hubieran pensado en tomar parte en la contienda al lado de Francia.

En los países de segundo y de tercer órden, naturalmente son mayores las influencias de la política interior en la exterior. En cualquiera de ellos, los primeros desastres de una campaña desgraciada producirian un trastorno completo en su sistema de gobierno.

Las consideraciones que anteceden sirven para explicar hasta cierto punto las derrotas de Francia como consecuencia de errores estratégicos cometidos en los primeros momentos de la guerra, y cuyas consecuencias han sido agravadas hasta el extremo lamentable de la actual situacion por el estallido de la guerra civil, que brotó en Francia, como hubiera brotado en Alemania, como acaso brotaria en otros países, del disgusto producido por las derrotas militares.

Además de los errores estratégicos, habia incurrido el Gobierno, y más que el Gobierno, el pueblo frances, en otros de mayor bulto, despreciando la organizacion formidable del ejército prusiano, y los adelantos de su armamento.

Nada instruye tanto como la guerra respecto del verdadero valor de los elementos morales, intelectuales y materiales de las naciones; y dudamos de que ninguna otra haya sido tan instructiva como la actual, y en menor período de tiempo haya desvanecido tantas equivocaciones y rectificado tantas ideas. Sobre las ventajas recíprocas del fusil Chassepot y el Dreysse habian estudiado largamente Franceses y Prusianos, sin llegar á fijar una opinion en muchos años de constantes investigaciones; y la primera semana de la guerra actual no dejó á nádie duda de que el arma prusiana disparaba mayor número de tiros en un tiempo dado, pero alcanzaba ménos, tenía puntería ménos certera, y ofrecia dificultades para el soldado que la manejase. Desde la campaña de Bohemia pasaba cási como un axioma entre los hombres dedicados á estudios militares, que el arma de caballería habia perdido gran parte de su importancia, y que estaba ya resuelto definitivamente en su contra el proceso de su superioridad ó inferioridad respecto de la infantería; y ahora la caballería ha servido para victorias como las obtenidas en Sedan y en Metz, y para empresas tales como el bloqueo de Paris, defendido por cuatrocientos mil hombres bien armados y disciplinados; victorias y empresas que, por lo grandes é inauditas, cuesta aún trabajo comprenderlas. Las famosas ametralladoras han perdido el misterio en que se anunciaban envueltas, y las cañoneras que, construidas para el Rhin, han servido para el Sena, si no han resultado armas guerreras sin importancia, tampoco han alcanzado la que se les atribuia ántes de la campaña. Igualmente se han reducido á su exacto valor las teorías, ántes muy equivocadas, acerca del alcance de las hostilidades que pueden ejecutar los buques militares, por muchos y poderosos que sean. La artillería prusiana habia enviado en vano modelos de sus formidables piezas á la última Exposicion universal de Paris; se ha necesitado la guerra para que se conociese bien el adelanto conseguido en ellas, y sólo por haber utilizado los cañones de su marina han podido las plazas fuertes, y más especialmente Paris, resistir y rechazar los fuegos de las baterías enemigas que en campo raso han destrozado por donde quiera los ejércitos franceses.

Y, lo mismo que con las armas, ha sucedido con lo demás. Los Franceses tenian la seguridad de que los soldados prusianos, arrancados violentamente á la agricultura, la industria, las profesiones, á los ócios de la riqueza, no podian hacer la guerra sino por corto número de semanas; y se está

viendo que, al medio año de comenzar las hostilidades, le es más fácil al Rey Guillermo traer de todos los puntos de Alemania nuevos refuerzos hasta el interior de Francia, que al Gobierno frances encontrarlos en número suficiente dentro de su propio país. Por el contrario, la prensa alemana y la inglesa daban como verdad averiguada que una poblacion cual la parisiense, de más de millon y medio de indivíduos, de los cuales la mayor parte ganan su sustento y el de sus familias con su trabajo ó industria de cada dia, no podria de manera alguna resistir el estado de bloqueo, que paraliza esas industrias, y tendria, por tanto, que rendirse en seguida; y Paris, tan resuelto á pelear después de tres meses y medio de rigoroso cerco, tiene ya convencido á todo el mundo de que no se rendirá por ninguna clase de consideraciones económicas, ni sucumbirá sino al hambre, ó ante la fuerza material de los asaltos del ejército enemigo.

De otra clase de errores, por grandes, por evidentes que la experiencia los haga ver, no se tendrán jamas por convencidos los hombres cegados por la pasion política. Los republicanos que se entusiasman con la actividad y la energía de Gambetta, seguirán echando toda la culpa de la decadencia de Francia al Gobierno personal y á la falta de intervencion de las Cámaras en los asuntos graves de la paz y de la guerra; y no querrán notar que nunca ha sido negada á la nacion francesa por el segundo Imperio napoleónico toda representacion por medio de Cámaras legislativas, como le es negada hoy por el tribuno que la gobierna, sin que su autoridad haya sido robustecida siquiera por un plebiscito, como la del Imperio lo fué por vários; ni confesarán que ahora el régimen personal está más en auge que ántes. Gambetta destituye por sí y ante sí los Generales, organiza los ejércitos, resuelve las cuestiones de estrategia, se opone á la convocacion de una Asamblea nacional, ordena persecuciones contra los servidores del Imperio, reprime los excesos de los demagogos, y usa en todo el lenguaje propio de un autócrata. Al General Chanzy, que es cási el único, entre los que mandan cuerpos de ejército, á quien todavía no ha separado del servicio, le dirigia, hace pocos dias, un despacho redactado en estos términos: «General: *yo os doy* gracias por vuestras comunicaciones, en las que *veo* siempre con gusto al militar consagrado á la defensa nacional y al leal ciudadano. *Tengo* tambien que felicitaros por la órden del dia que habeis dirigido á las tropas; *yo la pongo* en conocimiento de la Francia por medio de los periódicos.—Leon Gambetta.» Nunca el régimen personal del Imperio empleó con tanta sequedad y arrogante profusion el pronombre de la primera persona.

No ménos se resisten otros á comprender y confesar las ventajas de la disciplina. Nada les dice el espectáculo de la impotencia de Francia, que

con más de millon y medio de hombres armados no logra rechazar á seiscientos mil enemigos extendidos por la cuarta parte de su propio territorio. Si, considerado individualmente, el soldado frances no se tiene por inferior al aleman, ¿cómo puede explicarse que en la defensa de sus hogares y de sus familias no basten muchos franceses para cada prusiano, si no se explica por la mayor disciplina y organizacion militar de los germanos?

Esas grandes aunque dolorosas lecciones de la experiencia, son la única ventaja que Francia puede esperar ya de la actual funesta guerra. Si las aprovecha, todavía pudiera adquirir fuerzas y acrecentar su poderío con lo que, al parecer, lo ha aniquilado. Con una conciencia más ilustrada acerca de su efectivo valor, con sus preocupaciones desvanecidas, con sus errores abandonados, con sus vicios de carácter corregidos, con ménos ligereza en sus juicios y en sus procedimientos, con más fijeza en sus propósitos, con más perseverancia en sus planes, con más estabilidad en sus Gobiernos, con ménos recelos hácia la autoridad pública, con más desconfianza en los recursos, sin duda poderosos, pero no tanto como muchos creen, del impulso individual, Francia, noble por su carácter, gloriosa de todos modos por su historia, fuerte por su poblacion, por su riqueza, por su posicion geográfica, por sus alianzas, abundante en recursos, igualmente apta, por el génio de sus hijos, para las especulaciones intelectuales que para el trabajo industrial ó las empresas guerreras, la primera todavía y por largo tiempo entre las naciones de la raza latina, que ha tenido durante muchos siglos la direccion de Europa, y no la cederá sin porfiada y prolongadísima lucha al incipiente Estado unitario de Alemania, podria valer más al dia siguiente de su derrota que valia la víspera, aunque se vea precisada por fin á dejar en manos de sus invasores dos de sus provincias.

Pero si, en absoluto, Francia, escarmentada por el infortunio, y purificada por la sangre de sus hijos, puede aún ganar en valor moral más de lo que pierda en territorio, comparada con Alemania ha sufrido una pérdida irreparable, definitiva, de importancia relativa. Declaró la guerra á Prusia, que no se sabía aún si habia consolidado su obra de 1866, y hará la paz con el Imperio aleman, unido como no lo estuvo nunca. Los ejércitos de Mac-Mahon y de Bazaine volverán á su pátria; Paris será nuevamente la capital rica y gloriosa de Francia; Metz podrá, más ó ménos pronto, colocar sobre sus baluartes otra vez la bandera de la nacion que vió estrellarse ante ellos el poder de nuestro Cárlos Cárlos V, y que desde entónces los habia poseido sin interrupcion; pero al Oriente no verá ya Francia una porcion de pueblos, inferiores á ella uno á uno y todos juntos, si no un Imperio colosal, que en sus victorias de 1870 ha encontrado la conciencia de su

fuerza y la revelacion de su destino. Al comenzar la guerra en Julio último, cabia en las previsiones razonables de los hombres políticos la conjetura de que Prusia dejase de ser en breve término una Potencia de primer órden, y hasta la de que fuese reducida á la nulidad. Cuando estalle la guerra, en que Francia, más ó ménos pronto, busque su revancha, si Francia volviese á ser vencida, el coloso del Imperio germánico la abrumaria bajo su enorme peso para siglos.

Por lo mismo que la ventaja ya conseguida es tan grande, los Alemanes, contentándose con su conquista de la unidad de su pátria, no deberian haber puesto tan tenaz empeño en mutilar la noble nacion enemiga, que la suerte azarosa de las armas ha puesto ahora á sus piés. El Conde de Bismark, y el periódico oficial de Berlin, han insistido á menudo en acusar á los Franceses de que, cegados por la vanidad, pretenden tener un honor y unos derechos distintos de los que tienen los demas pueblos. Pues si la diplomacia prusiana pretende no ser ménos que los Franceses, haga lo que estos. No se empeñe en anexionarse pueblos que no quieren ser gobernados desde Berlin, y que, aun abandonados por Francia, y ocupados por el ejército y la administracion alemanes, no dejan de mostrar sus simpatías á la que ha sido su pátria desde hace siglos. Someta la cuestion de la pertenencia de la Alsacia y la Lorena al voto libre de sus habitantes. Así lo hizo Francia en Niza y Saboya, no contentándose con la cesion de Italia: así lo hubiera hecho en la izquierda del Rhin. En Francia no hay provincia alguna que haya mostrado deseos de dejar de ser francesa. ¿Por qué ha de haber en Alemania pueblos que no quieren ser alemanes?

FERNANDO COS-GAYON.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

La entrada del lujoso café Fornos presentaba una animacion extraordinaria á eso de las siete de la noche del sábado último; multitud de curiosos se apiñaban á la puerta principal, y numerosas personas, luciendo diferentes uniformes, se hacian paso con trabajo entre aquella apiñada masa de gente que á toda costa queria ver bien de cerca á los que, segun se susurraba, iban á regalarse con una suculenta comida, á la que estaban invitados por el Ministro de Marina español en obsequio al de igual cartera en Italia, Sr. Acton.

Poco después de la hora citada aparecian ya cási llenos los salones del piso entresuelo del citado café, y empezó entónces á asegurarse que el señor Beranger, el anfitrion del banquete, se hallaba postrado en el lecho con motivo de una ligera enfermedad, pero suficiente sin embargo para privar á sus amigos de su presencia, aunque los honores de la mesa quedarian no ménos bien hechos por el Vicepresidente del Almirantazgo, contralmirante Antequera. A las siete y media en punto pasaron los convidados al salon, que presentaba en su lujoso decorado y buen gusto en el adorno de la mesa las felices disposiciones para el objeto de los directores, á los cuales les enviamos nuestra más cordial enhorabuena.

Al entrar los convidados rompió sus variados acordes una banda de música preparada al efecto, y los encargados de la colocacion acompañaron á sus respectivos puestos á cada cual, que segun pudimos observar, era en la forma siguiente:

Contralmirante Antequera; á su derecha, el Ministro de Marina de Italia, y á su izquierda el Brigadier Topete; frente al primero el contralmirante Mackron, que tenía á su izquierda al General Cialdini, Embajador de Italia en Madrid; seguian después, interpolados con los demas miembros del Almirantazgo, Sres. Duran y Polo, y Secretario Sr. Arias, el segundo Jefe de la fragata italiana *Príncipe Humberto*, el Marqués de Dragonetti, secre-

tario particular de S. M. el Rey, el Capitan de fragata Sr. Colona, el Ayudante del Ministro de Marina Sr. Acton, y otro oficial, cuyo nombre no recordamos.

Entre los más inmediatos al Almirantazgo se hallaban los Sres. Moret y Mártos, representantes del Gobierno, y la Cámara que fué de Diputados constituyentes estaba simbolizada por los Sres. Albareda, Balaguer, España y Escoriaza, los cuales estaban sentados entre los jefes y oficiales de los distintos cuerpos de la armada, formando entre todos los convidados un total de setenta. La prensa, pues, tambien tenía sus autorizados órganos, como se ve por los nombres citados.

Se comió en general con apetito; es lo que pudimos observar, prestando la música animacion á las conversaciones entabladas entre cada bocado, y por nuestra parte no hicimos grandes desaires á los bien condimentados platos que dispuso el benemérito cocinero de Fornos. Los varios y exquisitos vinos, alternados y servidos con profusion, no eran sin duda los elementos más á propósito para introducir la tristeza en el ánimo de los conmensales, y al llegar su turno al espumoso Champagne, pudo ya observarse distintamente el grado de animacion de buen tono que reinaba en la sociedad; momento oportuno, como diria un marino, cuando pide un buque se le arríe la escota del foque para terminar la virada por avante; crítico momento en que está indicado el primer bríndis.

Tocóle, como es natural, la gloria de pronunciar el primero al Presidente, dedicado á S. M. el Rey, haciendo sonar la música los brillantes acordes de la marcha real, y acto contínuo se rompió un vivísimo fuego de otros en contestacion á la Nacion española, y á su marina en particular, por los señores Acton y Cialdini, en claro idioma castellano, después de los primeros pronunciados en su lengua nativa.

El Almirante Antequera y el Sr. Albareda brindaron por la consolidacion de la dinastía, y este último hizo especial mencion de sus recuerdos como Comisario que fué del Almirantazgo.

Se brindó en esta primera descarga cerrada mútuamente por las respectimas marinas, y el General Cialdini dedicó un honroso recuerdo al ejército español, en cuyas filas sirvió durante muchos años. Los bríndis particulares menudeaban en el corto espacio que lo permitian los de los Almirantes Antequera y Mackron, haciendo oir su voz después, con la varonil franqueza que le distingue, el brigadier Topete, cuyas galanterías á la nacion italiana y á sus jefes naturales fueron contestadas inmediatamente por los aludidos con no ménos delicadeza de conceptos. El Gobierno al fin toma la voz, dignamente representado por la elocuente y simpática del jóven Ministro de Hacienda; y si el Sr. Moret no tuviera ya una gigantesca reputacion como orador, adquirida en los Ateneos y Parlamento, bastarian las sentidas frases, la elevacion de ideas, la fluidez de pensamientos, la finura de modales,

al par que la clara entonacion de su sonoro eco en el discurso que pronunció, para conquistarle la admiracion de sus conciudadanos.

Dirigió frases y recuerdos sumamente lisonjeros para las marinas, tanto italiana como española, y no omitió la menor alusion, el detalle mas insignificante para dar á su brillante discurso el colorido que exigian las circunstancias, en armonía con el carácter de que se hallaba revestido en aquel momento como miembro del Gabinete y Comisario que fué del Almirantazgo. Los aplausos repetidos interrumpieron al orador á cada instante y á duras penas pudo hacerse oir entre los espontáneos gritos de aprobacion á sus palabras.

El Brigadier Topete volvió á brindar con un largo discurso sobre los grandes beneficios reportados á la marina durante la acertada administracion del General Zabala, que acababa de entrar en el salon, á cuya vigorosa iniciativa debemos lo mejor de nuestro material flotante, y á sus buenas cualidades las simpatías de que goza el cuerpo. El citado General devolvió en un largo discurso las frases lisonjeras á él dirigidas, manifestando que él tan solo empleó los recursos que halló á mano, debida á eso la mejora de nuestro actual material flotante, y aseguró que siempre recuerda con orgullo haber estado al frente del honroso cuerpo de la Marina.

El Sr. Arias, Secretario del Almirantazgo, tambien hizo un extenso discurso de actualidad, y fué contestado con la energía en la frase y en el ademan que tanto distinguen al Sr. Balaguer, ex-diputado constituyente. No podia ménos de pronunciar un bríndis oportuno el Sr. Bustamante, jefe de Sanidad de la Armada, dedicando un recuerdo al General Mendez Nuñez y á la prensa, y sus buenas dotes hacen esperar legítimamente á sus oyentes que hará rápidos progresos en el difícil arte de la oratoria.

El contralmirante Sr. Polo cerró la sesion en el comedor con un bríndis al bello sexo.

Después de terminada la comida, que acabó con otra descarga de calurosos bríndis, pasaron los convidados al salon á tomar el café, en cuyo palenque habian de multiplicarse aquellos en progresion ascendente á los promovidos en el comedor. Aludió el Brigadier Topete á su excepcional posicion y á los móviles que le impulsaron al levantamiento de Cádiz, brindando con calor por la libertad y prosperidad de España. Devolviéronle uno, en que brindó por la jóven oficialidad de la Armada, que estaba llamada á sustituir con ventaja á la antigua, reivindicando el Sr. Posadillo para los jefes de la escuadra del Pacífico las glorias adquiridas en aquellos mares.

El Sr. Albareda, con el gracejo peculiar que le distingue, improvisó un lindo cuento con objeto de que el Ministro de Estado tomase la palabra, lo que consiguió, teniendo todos ocasion de admirar la superior elocuencia del orador Sr. Mártos en una brillante peroracion. El Sr. Pardo brindó en italiano por la parte tan activa que tuvo la marina de Nápoles en la incorpo-

racion de aquel reino, debida en mucha parte al Sr. Acton, actual Ministro de Marina. Tambien brindó en el mismo idioma el Sr. Posadillo por la union de Italia ya consumada, y por su célebre iniciador el Conde de Cavour. El Sr. Aguirre Tejada hizo una calurosa y correcta peroracion sobre las ventajas que alcanza la elocuencia en todas ocasiones, haciendo un bien estudiado bosquejo sobre su historia, desde los tiempos más remotos, y tuvo el honor de ser contestado por el Sr. Moret, recabando este para las armas todas las ventajas, en un galano discurso, lleno de esas pintorescas imágenes que brotan á cada paso de sus lábios, conquistando la admiracion que, sin él sentir, causaba en sus oyentes por esa elocuencia que él rechazaba, pero que desmentia con su elegante decir.

El Cuerpo de Ingenieros de la Armada tuvo su eco elocuente en el señor Abascal, que improvisó una detenida peroracion con la modestia que tanto le distingue. El Sr. Pardo brindó por la cesion de Gibraltar á España en el reinado de Amadeo I, y otra vez se volvió á oir la simpática voz del señor Moret, que pintó la libertad sostenida en los mares, recordando la huida de los Puritanos al continente de América. El último fué pronunciado por el Ministro de Estado, con lo cual quedó disuelta la reunion á eso de las diez y media, llevando todos un grato recuerdo de esta noche tan agradablemente trascurrida, y sintiendo, al ménos yo, que no se repitan estos actos con más frecuencia.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

LIBROS ESPAÑOLES.

La Regencia de D. Baldomero Espartero, Conde de Luchana, Duque de la Victoria y de Morella, *y sucesos que la prepararon*: por D. Manuel Marliani, Senador que ha sido del reino de España y Senador del de Italia.—Madrid, imprenta de Manuel Galiano, 1870.

La parte primera de esta obra examina la historia de la España constitucional en sus relaciones generales con la Europa; bosqueja á grandes rasgos el período de la guerra y la revolucion de 1808 á 1814; investiga y analiza las condiciones y carácter de las instituciones sociales y políticas; trata del clero, de la monarquía y el poder real; del espíritu de provincialismo, así en las Vascongadas y Navarra como en Cataluña; del ejército, y del orígen y causas de su intervencion en los acontecimientos políticos desde 1808; de los partidos políticos en el círculo constitucional y de las negociaciones de comercio con Inglaterra.

En la parte segunda se hace la historia de los sucesos desde el principio de la guerra civil hasta la caida del Ministerio Olózaga en los últimos dias de Noviembre de 1843. La relacion marcha muy rápidamente hasta llegar al pronunciamiento de Setiembre de 1840, no ocupándose apénas de más acontecimientos que de aquellos en que el General Espartero tomó principal parte, ó que le condujeron á la suprema jefatura del Estado. El sitio de Bilbao, el socorro prestado á Madrid contra el Pretendiente, que lo amenazaba, la caida del Ministerio Ofalia, el Ministerio Alaix, las tentativas del General Narvaez para producir un cambio en la política, y el convenio de Vergara, son los principales hechos cuyo exámen llena los primeros capítulos de esta segunda parte. Los restantes contienen la crónica y la crítica de la sublevacion realizada en Setiembre de 1840, y de la regencia única del Duque de la Victoria.

El espíritu en que está redactado este libro, lo manifiesta francamente el autor en estas frases de uno de los primeros párrafos del prefacio: «Proscritos ó emigrados viviamos en el extranjero, adonde llegaba el eco de las desgracias que se agolpaban sobre el Reino: entónces nació en mí el pensamiento de que habia de llegar dia en que el Gobierno de la Regencia y del partido progresista fuera un enigma para la posteridad. En mi opinion, cumplia al honor de ésta demostrar que habia sido el mejor de los gobiernos que habia regido la Monarquía desde su cuna, y que habia sido reemplazado por uno de los peores que habia tenido España.» No es, por consiguiente, ni pretende ser el libro del Sr. Marliani, una obra histórica imparcial, tanto como una demostracion apologética de las excelencias del Gobierno progresista desde 1841 á 1843.

UNA VISITA Á ROMA: *por D. Pio de la Sota y Lastra.* — Madrid, imprenta de la viuda de Aguado é hijo.—1870.

«No me propongo, dice el autor, publicar en este libro un completo *Itinerario* geográfico-histórico de los viajes que he realizado en los primeros meses de este año, desde Madrid á Roma, desde Roma á Nápoles, desde Roma á Turin, y desde Turin á Madrid, deteniéndome en Florencia, Venecia, Milan, Pisa, Génova, Niza y otros diversos pueblos de antiguo nombre y de tradiciones memorables.—Tampoco es mi ánimo hacer una *Guia* ó descripcion minuciosa de los países y de las ciudades que se hallan en los trayectos de los ferro-carriles del Norte de España, del Mediodia de la Francia, de los Estados Pontificios, de las Dos Sicilias, de la Toscana, del Véneto, de la Lombardía ó Milanesado, del Piamonte y de la Liguria.

»En este volúmen sólo intento, con el auxilio de Dios, consignar en pocas páginas el efecto que en mí han producido los objetos más sobresalientes que he visto durante mi excursion desde las orillas del Manzanares á las del Tíber, del Volturno, del Adda, del Pó y del Arno, y á las playas del Océano, del Mediterráneo y del Adriático; exponer sucintamente los pensamientos que han surgido en mi mente al sentar la planta en tan variados suelos; expresar las sensaciones que han hecho palpitar mi corazon ante la presencia de ciertos lugares y de determinados hombres, y dejar estampadas en el papel algunas reflexiones nacidas de las circunstancias en momentos dados. A estas impresiones geográficas, históricas, religiosas, sociales y políticas, añadiré algunos *retazos* de una obra inédita, que está muy adelantada, y que tiene por objeto defender al Pontificado de los injustos ataques de los filósofos impíos, y dar á conocer los servicios que á la religion y al mundo ha de prestar el Concilio

ecuménico del Vaticano; *retazos* que considero provechoso publicar ahora para refutar errores groseros, demasiado generalizados, y porque no desdicen del objeto de este libro.»

No hay obligacion alguna de profesar las mismas ideas que el Sr. Sota; pero discrepando de ellas, es preciso reconocerle dotes de escritor elegante, erudito y discreto. Su trabajo es excelente bajo el aspecto literario, áun para los muchos que no aprueben sus tendencias políticas ó teológicas. Nápoles, Pórtici, el Vesubio, Herculano, Pompeya, Venecia, Milan, Turin, Florencia, Pisa, Génova, Niza, le suministran abundante materia para bellas descripciones; pero Roma ocupa muy preferentemente su pluma. De la Ciudad Eterna reseña la historia y la topografía; la época de los Reyes, la de la gran República, la de los Emperadores, la de los Papas; los monumentos antiguos y los modernos, las iglesias y conventos, los palacios y museos, los establecimientos de beneficencia y de instruccion, las puertas y los puentes, las plazas, fuentes, teatros, jardines, quintas de recreo, las fiestas religiosas y populares.

LIBROS EXTRANJEROS.

La Prusse et l'Autriche depuis Sadowa, *par Emile de Laveleye.*— Paris, librairie Hachette, 1870.—Dos volúmenes.

Abundante copia de noticias históricas, geográficas y políticas se encuentran en los dos tomitos de que esta obra se compone. Consta de una série de estudios publicados en la *Revue des Deux-Mondes*, de 1866 á 1869. La guerra franco-prusiana les da un gran interes de actualidad, y confirma la exactitud de muchas de las apreciaciones hechas por M. de Laveleye. En el prólogo, escrito en Abril de este año, decia: «Si no hay guerra, la unidad alemana se hará poco á poco, bajo el influjo de los intereses económicos y de la identidad de ideas, por medio de leyes que establecerán los mismos aranceles, el mismo sistema monetario, el mismo código civil, penal y comercial. Si la Alemania es atacada, la unidad se realizará bruscamente, impuesta por la necesidad de salvar la pátria comun.» Como este, hay varios juicios, que son ya profecías realizadas.

Reseña M. de Laveleye la historia de Prusia, examina sus instituciones militares, y hace después un profundo estudio acerca de su suelo, de la constitucion de la propiedad y de los progresos recientes de la agricultura.

El movimiento unitario de Alemania y la Confederacion del Norte ocupan luego su atencion. Refiere las vicisitudes porque ha ido pasando la realizacion del deseo de la unidad germánica, que tan admirables victorias ha conseguido desde hace algunos meses.

Por último, trata del Austria. Analiza su constitucion política nueva. Hace ver con gran claridad las anomalías del dualismo establecido: critica con vigoroso razonamiento las extrañas instituciones de los gobiernos cisleithano y transleithano; compara las fuerzas de las diversas razas del viejo Imperio; penetra con paso seguro en el exámen de las nacionalidades que se disputan el predominio; pone de relieve las contrarias tendencias del aleman y del magyar, del croata y del dálmata, del polaco, del rumano y del tcheco, y termina analizando las cuestiones religiosas que versan hoy sobre el cumplimiento y derogacion del Concordato austriaco.

TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid.

PROCESION HISTÓRICA

DE

ESPAÑOLES CÉLEBRES DE LA EDAD MODERNA.

(Fragmento de un libro cási concluido)

DESFILE DE PRIVADOS.

EL DUQUE DE LERMA.

«De 13 años, señor, entré en este palacio, y hoy se cumplen 53, empleados en este diseño, pocos para mi deseo, muchos para lo que permite el desengaño, á que debemos ofrecer ya que no todo, siquiera alguna parte de nuestra vida.»—Tal fué el lenguaje usado ante Felipe III en 1618 y á 4 de Octubre por D. Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, despidiéndose bien á su pesar de la corte, donde habia hecho en todo aquel reinado la primera figura. Claro resulta así que en 1552 fué su nacimiento. Desde 1603 hallábase viudo de Doña Catalina de la Cerda, con quien tuvo dos varones, Duque de Uceda el uno, y Conde de Saldaña el otro; y tres hembras, la mayor casada con el Duque de Medinasidonia, la mediana con el Conde de Lemos, y la última con el Duque de Peñaranda. Hácia 1610 estuvo muy próximo á pasar á segundas bodas con la Condesa de Valencia, señora de edad proporcionada á la suya. Por influencia de un religioso dominico se deshizo todo, cuando ya no faltaba más que la bendicion de la Iglesia. Marqués de Dénia fué este personaje á los principios; con el título de Duque de Lerma gozó de grande y larga privanza. Poco ántes de su caida obtuvo la púrpura de Cardenal de la Santa Iglesia de Roma. Segun cierto pasquin de entónces: —*Para no morir ahorcado, se*

vistió de colorado. —Después de bajar Felipe III al sepulcro, aún se metió en indignos manejos para volver á privar sin contraste. Ya perdidas las esperanzas y condenado á restituir más de 70.000 ducados anuales de posesiones y rentas mal adquiridas, por mano del Obispo de Monópoli recibió la órden sacerdotal, en el oratorio de la casa de novicios de San Pablo de Valladolid, el año de 1622 y dia de Sábado Santo, y cantó la primera misa el domingo de Páscua. El 17 de Mayo de 1625 fué su muerte, y le enterraron con hábitos cardenalicios en dicho convento de San Pablo.

Desestimabilísima y menguada memoria ha dejado el Duque de Lerma en nuestros anales, con plena justicia. Laudable fué su pensamiento de que España viviera en paz con todas las naciones. Al advenimiento del primer Jacobo, logróla decorosa con Inglaterra. En el asesinato de Enrique IV no tuvo parte alguna, y este suceso imprevisto evitó del todo que se rompieran las hostilidades con Francia. Por entónces el Conde de Fuentes obligó á Venecia á paces con la Corte Pontificia, y mantuvo en respeto al belicoso Duque de Saboya. De corta duracion fué la guerra por la posesion del Monferrato. Sin noticia del rey ni del valido fraguaron el Duque de Osuna y los Marqueses de Bedmar y de Villafranca la conjuracion famosa para apoderarse de Venecia. En la costa de Africa ganamos La Mamora y Alarache, y combatimos las plazas de Salé y Arcila. Constantemente fueron perseguidos además los corsarios turcos. Perdida en Flándes la batalla de Newport ó las Dunas, reparado el desastre con la toma de Ostende por Ambrosio de Espínola, á costa de sacrificios enormes, y cedido aquel territorio á la Infanta Doña Isabel Clara, como esposa del Archiduque Alberto, no fué despropósito celebrar treguas de doce años con la República de Holanda.

Ni lejana sombra de buen gobierno hubo durante aquella privanza oprobiosa. Ayo habia sido el Duque de Lerma del Rey Felipe: al tanto estaba de sus inclinaciones; y anticipándose á sus gustos le tenía como hechizado. Servida fué sucesivamente la camarería mayor de la Reina Doña Margarita, primero por su mujer, y luego por su hermana la Condesa viuda de Lemos, á fin de inutilizar el influjo de tan excelente señora. Quizá lo pudiera ejercer en su daño la Emperatriz Doña María, religiosa de las Descalzas Reales; mas precavió tal contingencia, dando buen color y pronto remate al designio de que á Valladolid se trasladara nuestra

corte. Muy devoto era el Rey Felipe: verdadera pasion mostraba por la caza y el juego; y le divertian comedias y danzas: al hilo de semejantes propensiones, Lerma poblaba sus vastos señoríos de conventos de frailes y monjas: á bramas de ciervos y volaterías llevábale á menudo: gruesas sumas atravesaba con Genoveses, miéntras el Rey Felipe hacía lo mismo con sus cortesanos y la Reina Margarita con sus damas: por cualquier motivo imaginaba y disponia encamisadas, saraos suntuosos, toros y cañas con lucidísimas cuadrillas, mascaradas de lujo, cenas en que los platos se servian por centenares; y fiestas dió á las veces, cuya esplendidez no es descriptible sino con el tono de las *Mil y una noches*.

Para esto y mucho más daban de sí las pingües mercedes que llovian sobre el privado en alcaldías de castillos y fortalezas, encomiendas de las órdenes militares, almadrabas de costas, guarderías de montes, alcabalas de villas y lugares, rentas sobre salmas de trigos de Italia, escribanías y donaciones de todas especies. Cuando adolecia de cualquiera indisposicion ó experimentaba algun disgusto, le enviaba el rey muy preciosos regalos, con el fin de alegrarle la sangre. Venticinco mil ducados le dió una vez sólo en albricias de poner en su conocimiento que acababan de llegar á Sevilla los galeones de Nueva España. Además, con beneplácito de Felipe III, abria las manos á las dádivas de todo el mundo. Sobremanera menudeáronselas sus deudos y allegados, que á su ascendiente debieron mitras, embajadas, vireinatos, plazas de Consejos, mandos militares y otras altas investiduras. Al Arzobispo de Toledo, su tio, debió el Adelantamiento de Cazorla, con la renta anual de 20.000 ducados. En 1601 hizo que á Valladolid se trasladara la corte, y de nuevo la trajo á Madrid á los cinco años, por cuyas mudanzas aceptó alternativamente casas y solares de ámbas poblaciones. Con dinero le agasajaron las capitales de Aragon y de Cataluña, celebrando allí Córtes el monarca. Por Sevilla fué la Duqusa de Lerma para asistir al parto de una hija en Medinasidonia, y del Ayuntamiento de aquella ciudad tomó desaprensivamente ricas joyas y la suma de 10.000 escudos. Tan detestable ejemplo contaminaba de tal modo, que á D. Pedro Franqueza, Conde de Villalonga, después de servir 36 años bajo Felipe II, sin tacha, se le acusaba de manejos no limpios, muriendo en la cárcel y privado de sus mal adquiridos caudales. Perfectamente dijo Fray Juan de Santa María en su *República y policía*

cristiana, «que las leyes que vedaban el cohecho estaban escritas en el papel, y la costumbre de cometerle con letras de oro en los corazones.»

Especiales favoritos contaba Lerma en sus pajes y gentiles-hombres, y cual ministros subalternos eran tambien los que tenía por secretarios. Entre diversos jóvenes de su servidumbre, D. Eugenio de Olivera murió asesinado á puñaladas.—D. Alonso de Rojas acabó de fin sospechoso, á poco de haber declarado en causa muy fea, y al mismo tiempo que su camarada D. Pedro de la Mota, contra un infeliz alguacil de corte, á quien se degolló en secreto y del modo más arbitrario, con intervencion del Presidente de Castilla.—D. García de Pareja fué verosímilmente el que dejó escritas las Memorias publicadas en forma y estilo de novela por el frances Le Sage, bajo el título popular de *Gil Blas de Santillana*.—D. Iñigo Yañez apareció autor del escrito, puesto en circulacion á fines de 1599 sobre *El confuso é ignorante Gobierno del rey pasado*: por el tiempo que tuviese á bien el monarca se le envió preso al castillo de Búrgos, del cual era alcaide mayor el Duque de Lerma, dándole para ir allá 1.000 ducados: no mucho después alcanzó indulto y licencia de vivir en la corte: otra vez estuvo incomunicado y con grillos y guardas en casa de un alcalde, por la entrega que hizo al confesor real de un papel suyo, advirtiendo que convenia quitar á Franqueza y á Calderon de los negocios, para que no se perdiera todo con sus cohechos y ventas de oficios: por sentencia judicial se le condenó á ser degollado: mediante súplica se le recluyó en la fortaleza de Simancas por incorregible: de allí trasladáronle á la de Fuensaldaña: posteriormente se le condenó á servir en uno de los presidios de Africa por cinco años: libre le permitieron volver desde Cartagena, y con anuncios de que ingresaria en el real servicio, y ocupado en el manejo de papeles, hasta que hácia 1610 bajó á la tumba, siempre mantuvo la gracia de su amo.—D. Rodrigo Calderon llegó de la nada bajo su patrocinio á las mayores dignidades: partícipe fué de sus confidencias más hondas, excesivamente criminales algunas como atentatorias á vidas de hombres; cómplice además de sus nada escrupulosas intrigas y de los desmanes de su espíritu insaciablemente codicioso, y vino á parar en la horca después de muy largo y nutrido proceso. No se necesitan más datos en testimonio del desórden y escándalo de tan aboninable privanza, y para edificacion de los encomiadores del tiempo antiguo.

Cuantos confesores tuvo Felipe III se los eligió el Duque de Lerma. De tiempo en tiempo significaba desaficion á los negocios y propósito de retiro á sus estados ó á la religion franciscana. Sus melancolías derivábanse habitualmente de indisposiciones, que por gloton y por amante de la bebida con exceso, le acometian á menudo, y apenado notaba que el real valimiento dejaria de radicar en su casa, porque su primogénito, el Duque de Uceda, no revelaba el más leve gusto hácia materias de gobierno. Cada vez subian de punto las murmuraciones populares contra el privado fastuoso, y en pasquines y sátiras circulaban de cotidiano por la córte: personas religiosas como Fray Juan de Santa María, la Priora del convento de la Encarnacion y el padre jesuita Florencia se hacian eco del clamor general en palacio, sin derribar á Lerma del antiguo ascendiente, hasta que su mismo primogénito Uceda y su hechura el padre confesor Fray Luis de Aliaga labraron su ruina del todo.

Siete años sobrevivió Lerma á su fortuna sin remordimiento de conciencia; señal de que la tenía muy mala. No supo Uceda llevar con resignacion su desventura, á la aurora del nuevo reinado, y entónces escribióle su padre: *Dícenme que os moris de necio, más temo yo á mis años que á mis enemigos*. Desde que, en tiempo de los Reyes Católicos, se faltó inícuamente á las capitulaciones, por cuya virtud entregó Boabdil las llaves de Granada, una vez y otra se rebelaron los Moriscos, hostigados por violencias y demasías de todas clases, y ni el déspota y fanático Felipe II se determinó á despoblar á España de vasallos tan útiles y laboriosos. De 1609 á 1610 lo hizo friamente el Duque de Lerma, expulsando á más de medio millon de Españoles, inteligentes en labrar la tierra, diestros en los oficios mecánicos, y muy activos mercaderes, que vivian pacíficos y ganaban la subsistencia como hombres honrados, para ennegrecer más y más su indigna memoria. Solamente de donativos llegó á juntar la enorme suma de cuarenta y cuatro millones de ducados: no se le puede tachar de mezquino: de la época de su privanza data el gran crédito del *Quijote*, y nunca le ocurrió ni por asomo suministrar algun alivio á las miserias de Cervántes.

Sobre Felipe II viene á recaer originariamente la responsabilidad completa del calamitoso reinado de su hijo, pues á pesar de la prudencia tan decantada, le dió por ayo y director al Duque de

Lerma, hombre de aparente sinceridad y dulzura y hábil en palaciegas artes, pero muy escaso de valer intelectual y enteramente desprovisto de méritos y de virtudes.

EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

Accidentalmente nació D. Gaspar Felipe de Guzman á principios de 1587 en Roma, siendo allí Embajador su padre. Como segundon y de casa no rica, se hubo de consagrar á una carrera, y en Salamanca hizo sus estudios. Su hermano mayor finó mozo, y de su padre heredó los Estados, sin cuya circunstancia seguramente vistiera la toga. De lozana edad se unió en matrimonio á Doña Inés de Zúñiga y Velasco, hija de un Virey del Perú, tan probo y sin codicia, que le enterraron de limosna. Por tales títulos aspiró á la grandeza de España, y viendo que se la debia ganar con merecimientos personales, muy cerca estuvo de empezar por ejercer la embajada de Roma; pero no se avino á vivir en lejanía tal de la corte, donde su ambicion presagiaba más brillante fortuna, y por de pronto se fué á Sevilla para ver de mejorar su hacienda. Visos de academia tomó su casa, frecuentándola muy floridos ingenios, entre los cuales hacía excelente figura por su instruccion nada vulgar y por la agudeza notoria. Aunque este género de vida se armonizaba con su gusto, le satisfizo más que Felipe III le llamara á Madrid en calidad de gentil-hombre del Príncipe de Astúrias, cuando el año de 1615 se le puso cuarto. A primera vista el niño Felipe quedó con mala impresion de su persona; mas D. Gaspar sabía el arte de complacer muy por entero, y á poco gasto que hizo de su copiosa industria, para nádie era ya un arcano que el Príncipe no veia más que por sus ojos. Tampoco le faltaron recursos para invalidar la suspicacia y áun la enemiga del Duque de Lerma, y para salir sin lesion alguna de las mudanzas de Palacio. Así pudo muy bien decir con aire de triunfo al Duque de Uceda, cuando por fines de Marzo corria el año de 1621 y Felipe III se hallaba espirante: *Ya todo es mio sin faltar nada.* Tal principio tuvo la gran privanza del Conde-Duque de Olivares, por cuyas manos iban á pasar los complicadísimos negocios de la vasta monarquía española, á tiempo en que el Cardenal Richelieu inauguraba y seguia con teson la tremenda política de abatir á la casa de

Austria, suscitándonos dificultades contínuas en Italia y en Flándes, como tambien dando incremento y largas á la guerra de índole religiosa, que se llamó de treinta años, y para la cual siempre asistimos á los Emperadores con gruesos ejércitos y pingües caudales, á la par que espiraba la tregua con los Holandeses, y éstos invadian algunas islas del mar Océano y parte de nuestras colonias de América y Asia, además de ofendernos desde sus plazas fuertes y sus diques multiplicados, y de venir á recorrer y asaltar nuestras costas. Léjos de que le amilanaran estas graves complicaciones, para Olivares venian á ser estímulo de honor y de gloria, pues lisonjeábase de poder más que todos, sintiendo la noble ambicion de servir y áun de engrandecer á su pátria, y dedicando á este magno fin su muy capaz entendimiento, su espíritu emprendedor y optimista, hasta el punto de figurársele hacedero y muy natural lo más árduo y maravilloso, su lealtad y desinteres á toda prueba, y su incansabilidad para el trabajo. Desde luego se captó el aplauso popular con sus providencias respecto de los Ministros y cortesanos, que habian ejercido mayor influjo en los últimos tiempos, y de quienes la generalidad estaba quejosa, y cualquiera que fuese la opinion posterior sobre algunos de los perseguidos entónces, por de pronto parecieron bien el destierro del intrigante Fray Luis de Aliaga, la prision del altanero y fastuoso Duque de Osuna, el suplicio de D. Rodrigo Calderon por la muerte dada á dos hombres y otros delitos que resultaban del proceso; y descontentó mucho que la intervencion piadosa del rey limitara el castigo del Duque de Uceda á vivir fuera de la corte, y que la púrpura cardinalicia sirviera al Duque de Lerma de resguardo para padecer sólo en su hacienda, de que hubo de restituir gran parte á tenor de los acuerdos de una junta llamada *de Reformacion de costumbres*.

No es maravilla que deudos suyos ocuparan puestos elevados, siendo con Guzmanes, Zúñigas y Velascos sus entronques. Varios de ellos dieron buena cuenta de sí en las campañas, como el Marqués de Leganés su primo, el Conde de Monterey su cuñado, y el Duque de Medina de las Torres, marido de la única hija que tuvo de su feliz matrimonio. Y se debe calificar en esta forma, porque Olivares no anduvo en galanteos desde que fué casado, sabiéndose además de fijo que deseó con vehemencia tener más legítima prole; y porque Doña Inés de Zúñiga se identificó totalmente con su persona, le valió de mucho en calidad de camarera mayor de la

reina, para desbaratar intrigas y precaver lances de que le pudiese resultar daño, y su desinteres imitó hasta el punto de ocasionar que la Princesa de Cariñan se agraviara extraordinariamente de que le devolviera el regalo de unas telas de Milan muy preciosas, con el recado sencillísimo de que no acostumbraba á recibir dádivas de nádie, muy á desemejanza de su antecesora la Duquesa de Lerma. Cuando por Enero de 1642 participó el Conde-Duque á los señores de aquí y de fuera de España, que habia puesto á D. Enrique Felipe de Guzman en estado de casamiento con la hija mayor del Condestable de Castilla, les dijo con efusion de ternura y con nobilísimo sonrojo, que principalmente ajustaba tal decision á las repetidas instancias de su mujer la Condesa, movida por el amor, ánsia y afecto ejemplar y grande de su fama, y que el D. Enrique era prenda de yerros pasados, y así deseaba que viniera á representar dignamente la memoria de su gran padre, y disculpar sus errores y poco digna memoria. Sinceramente practicaba ejercicios devotos, y por Semana Santa se abstraia del mundo, no cansándose de oir sermones á predicadores renombrados. Si de hipócrita no se le tildó con justicia, tampoco se pudo eximir de propender á supersticioso ante las milagrerías en boga. Cierta mañana presentaron al rey un lienzo empapado de sangre, con el estupendísimo anuncio de que la habia sudado un Crucifijo en la iglesia de San Jerónimo por espacio de veintinueve horas, y noticioso de tal suceso, el Conde-Duque se recogió á sus solas y no quiso dar aquel dia las audiencias habituales. Datos abundan sobre su espíritu generoso y la humanidad de sus sentimientos: su integridad brilló á toda luz hasta en dictámen de sus mayores enemigos: con su caudal atendió siempre á las necesidades públicas, y jamás fué parco en la distribucion de limosnas: ántes de amanecer se levantaba de cotidiano, y horas tenía para todo, sin ninguna de huelga, como no hubiese fiestas de corte. De aquí provino la regularidad inalterable de su casa: sus pajes y demás servidores dieron ejemplo de comedidos á los de otros magnates: por familiares tuvo personas tan de calidad como el insigne D. Francisco Rioja; y en suma, si no hubiera que juzgar por sus actos públicos á Olivares, con plena verdad cabria decir que fué todo un buen caballero y áun prototipo de virtudes cívicas y cristianas.

Trabajada España por más de un siglo con incesantes guerras exteriores, disminuida en su poblacion de una manera considera-

ble por las tres principales causas del gran número de hijos suyos, que iban á las Indias con vivo anhelo y risueña esperanza de hacer fortuna; del tropel de jóvenes casi niños, que en série constante y bajo la capucha buscaban eficaz y vitalicio amparo contra la miseria, y de los miles y miles de ciudadanos útiles y no remplazables, comprendidos en dos infaustas expulsiones, por sus creencias religiosas, cada vez sufrian mayores mermas sus recursos, mientras las atenciones eran perennes, para mantener la dominacion sobre tan diseminados é incoherentes Estados, no pudiéndose imaginar el abandono de ninguno, sin inextinguible desdoro. En proporcion de tamañas dificultades fueron las fatigas del Conde-Duque para idear numerosos arbitrios. Muchos otorgaron las Córtes de Castilla, por intervenir en que los Procuradores trajeran poderes más amplios que de costumbre, haciéndose nombrar Regidor perpétuo de todas las ciudades y villas con voto. Subsidios obtuvo tambien de alguna cuantía, llevando al rey á celebrar Córtes á los Aragoneses, Catalanes y Valencianos. Entónces se hicieron perpétuas las llamadas rentas provinciales, se introdujo el papel sellado, se dió más calor á la venta de juros, y hubo alteraciones en la muy asendereada moneda. Algun producto sacóse asimismo de la reversion á la Corona de las alhajas enagenadas durante el anterior reinado, y de la general residencia tomada á cuantos de veinte años atras habian ejercido cargos de hacienda y de justicia. Con su afan por allegar fondos, y su inclinacion á no tener por imposible ninguna cosa, hasta llegó á dar fé y proteccion á los charlatanes, que presumian de maestros en hacer plata. Pululando á la sazon escritores políticos y arbitristas, no se pueden enumerar los ensayos que hizo Olivares para salir de apuros, cuya creacion traia larga fecha, y en que no le tocaba la menor parte.

Así pudo estar en constante y activo juego la máquina enorme de nuestros ejércitos y escuadras. Como dice un eminente historiador nacional de los dias presentes, jamás país alguno hizo alarde mayor ó más desesperados esfuerzos que el español de entónces, peleando con desiguales medios por todos lados, todavía imponiendo respeto á sus numerosos enemigos: y difícil es calcular qué otra persona hubiera gobernado mejor que Olivares, dirigido por su tio D. Baltasar de Zúñiga á los principios, y fiado posteriormente en la experiencia propia, bien que se le haya de tachar co-

mo propenso á enfurecerse y á desoir con arrebato y terquedad cualquier dictámen opuesto al suyo; defecto grave, y que dió lugar á choques varios con personas de relevantes servicios y dignas de contemplaciones. Pero fuerza es evalorar á los hombres en junto con sus buenas y malas cualidades; y segun este recto criterio, no puede en justicia salir mal librado el Conde-Duque del fallo imparcial de la historia. Bajo su privanza un biznieto del Gran Capitan se cubria en Hocht y Fleurus de laureles: el Duque de Feria aseguraba la independencia de la Valtelina contra los Grisones: D. Fadrique de Toledo vencia á los Holandeses en las aguas de Gibraltar, del Brasil y de las Antillas: su hermano Don García en las costas de Provenza se apoderaba de islas pertenecientes á Francia: el Infante cardenal D. Fernando se media ventajosamente con el célebre Gustavo Adolfo, y como Gobernador de Flándes amenazaba desde la Picardía á Paris, y le ponia espanto, sustentando luego tres campañas contra Franceses y Holandeses, y manteniendo á toda altura el crédito de nuestras armas. En 1626 expidió el rey esta órden famosa por lo concisa.—*Marqués de Espínola, tomad á Breda.* Y la plaza se hubo de rendir á los diez meses de vivo asedio. No fué ménos duro el que los Franceses pusieron á Fuenterrabía en 1638 por mar y tierra; mas el impávido teson del Maestre de campo, D. Domingo de Eguía, proporcionó espacio de sobra para que llegase á tiempo el socorro. Lo llevó el Duque de Medina de Rioseco, de forma que, tras de triunfar en recia batalla, se apresuró á escribir á su mujer este billete, que trae á la memoria el estilo de César en sus inmortales *Comentarios.*—*Amiga, como no sabes de guerra, sólo te diré que el ejército enemigo se dividió en cuatro partes; una huyó, otra matamos, otra prendimos y otra se ahogó. Quédate con Dios que yo me voy á cenar á Fuenterrabía.*

Desgraciadamente la unidad política no se habia logrado en España, ni aún con el apoyo de la inflexible unidad religiosa, impuesta del todo y consolidada por la Inquisicion á fuerza de horrores. Sólo Castilla miraba como pátria comun la vasta extension de la monarquía española, mientras no atendian las otras porciones diversas en primer término y sobre todo más que á sus intereses peculiares, sin sacrificar ni un ápice de sus franquicias en las más críticas circunstancias. Hoy está el progeso muy por encima del conseguido entónces, y sin embago, todas las Constituciones

políticas dejan libre y desembarazada la accion del poder en los casos excepcionales, quedando suspensos cuantos derechos gozan y ejercen los ciudadanos. Eso y no más tuvo en cuenta Olivares, cuando previno al Conde de Santa Coloma, Virey de Cataluña, que respetara allí los fueros, como el servicio público no sufriera algun menoscabo; pero que, al que los invocara en el caso opuesto, le tuviese por enemigo de Dios y del Rey, de su sangre y su pátria. Estériles fueron los afanes de Santa Coloma para concertar al Gobierno y á sus paisanos, pues no pudo su energía estorbar que el dia del Corpus de 1640 estallara imponente la rebelion de Barcelona. Víctima de los sediciosos fué al golpe, y con celeridad tremebunda propagóse el levantamiento por aquel país de un cabo á otro, alimentándolo auxilios contínuos y de todas especies, que de buen grado suministró Francia. Tambien Portugal lanzó el grito de emancipacion á 1.° de Diciembre del mismo año. Doce lustros habian trascurrido cabales desde su incorporacion á la corona de Castilla, sin hacerse nada para aplacar la antipatía entre ambos pueblos, ni para impedir eficazmente que el portugues revindicara su independencia á la primera ocasion favorable. Ninguna mejor que la de tener España la guerra dentro de casa por desventura; y aprovechóla á maravilla, proclamando rey al jóven Duque de Braganza. Tanto en Cataluña como en Portugal vióse al clero alto y bajo, y aun á los mismos inquisidores, dar superior empuje al movimiento de los rebeldes, y sostenerlo con mayor entusiasmo que las demas clases.

No entendió el presuntuoso privado que la revolucion de Portugal tuviese trascendencia de bulto, y anunciósela al rey con ridícula jactancia y en tono de broma, diciendo que el Duque de Braganza habia perdido el juicio al aceptar aquella corona, y que esta locura aumentaba la hacienda Real de Felipe IV en doce millones. Pero ántes de mucho notó Olivares que empezaba á palidecer su propicia estrella. Nada más natural que se le atribuyesen todos los desastres de España, aun cuando inevitables de todo punto, dada la situacion de las cosas bajo la dinastía de Austria, pues nunca dió oidos al parecer más sazonado, é hizo alarde insolente de bastarse á sí propio, como si poseyera una varilla mágica de virtudes, para trasformar las mayores angustias en espléndidas prosperidades. Dia tras dia se le atrevieron todos con papeles satíricos muy divulgados por esquinas y por corrillos, ó con memoriales de

sustancia, que elevaron al Soberano. Ya el Conde-Duque hubo de pedir su retiro una vez y otra, lisonjeándose interiormente de que el rey no accediera á su instancia. Por fin le inclinaron la reina y su antigua nodriza á despojar del poder á Olivares, que el 18 de Enero de 1643 abandonó calladamente sus habitaciones de palacio, y merced á esta precaucion muy sensata, no pudo el pueblo de Madrid apedrear más que su coche.

Aun estando en ánimo de no admitirle más á su presencia, Felipe IV le despidió con formas honoríficas y suaves, y no sólo mantuvo en los respectivos puestos á sus hechuras, sino que otorgó la mayor confianza á su sobrino D. Luis Mendez de Haro. Vida eremítica de contínuos rezos fué la del Conde-Duque en la cercana villa de Loeches, donde tenia palacio y un convento de monjas, sin recibir cartas más que de su mujer, y opuesto del todo á que le visitase persona humana. Cierta creia la restauracion de su valimiento, y por segura se daba en la Corte; pero á la verdád, no hacía de esta suerte sino levantar castillos en el aire, que echó por tierra la publicacion del *Nicandro*, opúsculo de refutacion á *La Cueva de Meliso* y otros papeles, en que se interpretaban torcidamente sus actos y se le zaheria con todo género de calumnias. Victoriosamente quedaban rebatidos cási todos los cargos, demostrando el panegirista que Olivares no se habia excedido como otros privados en acumular gracias de prestigio y de lucro, y haciendo patente su designio de poner coto á la preponderancia recuperada por los magnates y de reformar los privilegios de los pueblos en bien de la gobernacion del Estado. Inspirador pareció de tau encomiástico impreso, y sus enemigos clamaron á una para que se le escarmentara con severo castigo; aún blando el rey no le impuso otro que el de haberse de trasladar á residencia más distante, y no sin el miramiento excesivo de que tal mudanza semejase á peticion suya. Consiguientemente, por Junio de 1643 se trasladó á Toro. Allí viósele aparecer marchito y lleno de canas y de achaques, á la par que revestido ostensiblemente de mucho valor en sus trabajos; y tal acogida le hicieron todos, desde el Corregidor hasta el ínfimo vulgo, que no la alcanzara más cordial y expansiva en la plenitud de su privanza. A la condicion de antiguo vecino de la ciudad acomodó su porte, recibiendo y pagando visitas, asistiendo como Regidor á las juntas ordinarias del Ayuntamiento, alternando en el ajuste de los partidos y demás

lances del juego de pelota, yendo alguna vez á la plaza á escoger por sí fruta para su franca mesa, mostrándose cortés y apacible con los caballeros y hombres llanos, y tan obsequioso con las damas, que por tiempo de ferias les envió papeles de alfileres y guantes. Un soneto del toresano D. Luis de Ulloa pintóle como no caido en la adversa fortuna, pues vencia á la envidia con ganarse los corazones; y por un testigo de vista se halla bien expresado el concepto público respecto de Olivares, sin más que decir llanamente:—«Es tal su tranquilidad y constancia en las acciones, en las palabras, en el semblante y en el modo imposible de fingirse, que, ni los que saben distinguir esto, lo tienen por artificioso, aunque lo admiran como milagro.»

Pero la procesion iba por dentro de positivo, pues el Conde-Duque soñaba con los antiguos esplendores, creyendo sin duda que aún podia conjurar por sí los agravados males de España, y que bajo su poder no hubieran quedado vencidos en Rocroy por vez primera nuestros famosos Tercios de Flándes, ni se prolongaran crecientes las rebeliones de Portugal y de Cataluña. Ya entrado Octubre, se dirigió á persona de mucha mano con el rey por medio de una carta, que no se entiende á primera lectura, y acaba del siguiente modo:—«Bien tienen que construir los visos á que tira el sentido de este papel, que son vários y tiene más misterios de lo que parece en las palabras.» Dada esta clave, no es difícil interpretar así su verdadero significado:— «Aquí tengo ociosa la voluntad firme de servir al rey como siempre, cuando se me pudiera dar el mando de toda esta frontera de una y otra parte, á fin de precaver la inminente contingencia de que el enemigo ponga á fuego cuanto hay hasta Valladolid sin más que dos mil infantes y trescientos caballos, no teniendo nosotros ni mil hombres que sepan disparar un arcabuz en la extension del país hasta Extremadura. A lo ménos se me debia encargar alguna leva de caballos, previniéndome la agregacion de los que sirven hácia la frontera, para distribuirlos oportunamente á título y bajo pretexto de compañías de mis guardas, con lo que esto quedara sin más cuidado que el de alguna correría poco importante. Respecto de valor, no me acusa la conciencia en ninguna edad, por la infinita misericordia de Dios, y fío de ella que, cuando sin deshonor se me mandare aventurar la persona, lo haré con ménos caudal y fuerzas que el más esforzado cabó de Sus Magestades en mi rin-

con y con un par de pistolas. Más gente que la necesaria acudiria á mi voz de juro, así por mi condicion natural como por lo que he querido á los soldados, si no es que esto se me impute como lo demás á delito, no teniendo ninguno á cargo, pues sólo en el servicio del rey hubo exceso por mi parte, aunque mis pecados, que son los mayores del mundo, lo hayan malogrado todo.»

Nuevo y terrible golpe le resultó de este conato de volver á disfrutar la Real gracia. Llevando el amor conyugal á todo el extremo imaginable, su mujer se mantenia en la corte, sufriendo contínuos desaires de toda la gente palaciega, y ajada en su orgullo hasta con insultos públicos del populacho. Todo lo llevaba con heróica paciencia en bien del hombre, á quien tenia consagrada la vida, y que necesitaba de su vigilancia cariñosa, para acechar una propicia ocasion de ponerle otra vez en juego; mas expulsada fué de palacio á consecuencia de la anterior carta, con órden expresa de ir á Toro para cuidar de su marido. Juntos lloraron los dos cónyuges desde entónces, aunque la mútua compañía les fué siempre dulce. Ningun fruto dieron las tentativas posteriores que Olivares hizo en favor de su mujer por conducto de don José Gonzalez de Urqueta para que tornara al ejercicio de sus funciones, ó á lo ménos para que sólo se proveyera interinamente su puesto de Aya de la Infanta. Siempre habló el rey con benevolencia de los servicios de su antiguo privado, y aun mostróse resuelto á asistirle en todo lo que no se rozara con volver á regir los destinos de la Monarquía española. Tal hubo de insistir en sus interesadas peticiones, que Felipe IV se cansó de tanta porfía, y por sí ó de su órden le hizo saber que su cabeza estaba en peligro de caer bajo la cuchilla del verdugo para satisfaccion de los vasallos. Ello es que, leyendo una carta, se le fué el juicio, y comenzó á hablar disparates, y le hubieron de meter en la cama, no volviendo en su acuerdo sino para morir muy cristianamente el 22 de Julio de 1645 á los siete dias de calentura. Su cadáver embalsamado recibió sepultura en el convento de monjas de Loeches á 10 de Agosto.

No es posible juzgar bien al Conde-Duque de Olivares, sin tener á la vista y estudiar á fondo las *Relaciones* de los Embajadores veneciados; y á D. Antonio Cánovas del Castillo se deben sinceras alabanzas por la primacía en hacer uso de tan importantes documentos para ilustracion de nuestra historia. Sin duda ninguna el

gran privado de Felipe IV quiso el bien comun de su pátria y amó de todas véras las luces. Durante su valimiento se expidió el famoso Auto acordado, por cuya virtud no rigen para España las prohibiciones de libros del *Indice Expurgatorio de Roma*. Sobremanera se han censurado los dispendios cuantiosos en fiestas de corte, cuando la penuria de la nacion era extremada; pero ellas dieron márgen á que aquella fuese la edad de oro de nuestro célebre teatro. A no estar arrinconado el Conde-Duque, verosímilmente no llegaran á regir las Provisiones del Consejo y Cámara de Castilla, por las cuales no se pudieron representar, desde fines de Febrero de 1644, comedias de inventiva propia, si no de *historias ó vidas de Santos*, condenando los libros de Lope de Vega, *que tanto daño habian hecho en las costumbres*. Siempre trató amistosamente y con garbo á los cultivadores de las letras y de las artes. Si terció acaso en el trágico fin del Conde de Villamediana, á mandato supremo rindióse tan sólo, no debiéndose achacar semejante catástrofe más que á la procacidad frenética é incorregible de aquel personaje, á quien lloraron muy pocos ojos. Hartas pruebas existen de que más quiso honrar que perseguir á D. Francisco de Quevedo. Hombre tan excéntrico y dado al estudio como el famoso D. Juan de la Espina, que á nádie franqueaba su casa, y se hacía servir la comida de fuera por medio de un torno, le designó como su testamentario absoluto. Atendidas sus cualidades morales, no es digna de execracion perpétua su fama: respecto de sus condiciones físicas todo lo que se diga es ocioso, pues mano magistral hizo su retrato, que existe y se admira en el Museo de Pinturas.

DON FERNANDO VALENZUELA.

Buena parte de nuestros famosos Tercios de Italia y Flándes la componian hombres de arrojo y de noble cuna, huidos de la justicia por desmanes en lances de amores, ó por muertes dadas en desafío á sus rivales, con ocasion baladí á menudo: bajo banderas y enfrente de los enemigos hallábanse más á resguardo que tomando asilo en los templos; y hasta solian así ascender en fuerza de hazañas, con que acaso borraban toda memoria de las fechorías antiguas. No de otro modo se hubo de partir en el segundo tercio

del siglo XVII D. Francisco Valenzuela de la ciudad de Ronda á Italia. Años adelante volvió allí de oculto, quizá para llevarse por mujer á Doña Leonor Enciso. De que no tuvo por cuerdo entrar en la ciudad hay noticia segura, así como de que su padre Don Gaspar le salió á ver á las calladas, bien ajeno de caminar á la muerte, que le produjo el disparo imprevisto de una pistola, llevada por el D. Francisco al cinto, cuando le estrechaba en los brazos con la efusion del alborozo. Nuevamente se tuvo que alejar del suelo nativo á correr aventuras el parricida involuntario; y hallándose en la ciudad de Agata y su distrito de capitan á guerra, le nació en Nápoles un hijo, á quien puso el nombre de Fernando.

Equivocadamente ha pasado por de Ronda este personaje, cuya crianza y educacion fueron bajo el patrocinio del Duque de Alba, siendo en la tierna edad su paje, y acompañándole mozo durante su embajada de Roma. Travesura de ingénio sacó bastante: además era gentil de porte, favorecido por las musas, amante de saraos y festines, bien quisto de las damas, aficionado á mariposear en galanteos, y á vueltas de todo le aguijoneaban fuertemente los estímulos de la ambicion y de la codicia. En Madrid le cogieron la muerte de Felipe IV y la mutacion de gobierno, fiado por voluntad última del monarca á una Junta de varones de nota, bajo la regencia de su viuda Doña Mariana de Austria, que al Padre Juan Everardo Nithard permitió extraordinario influjo, por espíritu religioso y por ser el sujeto de su mayor confianza, pues le tenía de confesor desde niña, y acaso esperaba más adhesion de un aleman que de españoles. Hábil se introdujo Valenzuela en el ánimo del jesuita condecorado, por cuyo ascendiente obtuvo la plaza de Conductor de embajadores, y á quien sirvió de mucho en las desavenencias trascendentales con D. Juan de Austria, bastardo de Felipe IV y la Calderona, aunque sin comprometerse de modo que le arrastrara en su caida inevitable, cuando el 25 de Febrero de 1669 tuvo que partir de Madrid á la Corte romana entre los insultos del populacho.

Al golpe sobrevino la privanza de D. Fernando Valenzuela con asombro y escándalo hasta del vulgo, que no acertaba á explicarse elevacion tan rápida é injustificada, sino interponiendo liviandades por parte de la Reina Gobernadora; especie muy creida sin duda, y divulgada con frecuentes sátiras y pasquines, aunque no

la pueda con justicia probada admitir la historia. Doña Mariana de Austria odiaba al bastardo, ansioso de escalar el poder á todo trance: en su contra y para la propia guarda habia puesto á cargo del Marqués de Aitona la creacion del regimiento llamado de la Chamberga, que aterrorizaba con tremendas y diarias tropelías á la capital y su contorno: cerca de sí necesitaba persona de confianza y de suficiencia para dominar sobre la Junta de gobierno, y asistirla en el manejo de los negocios del Estado; y nádie le pareció más idóneo que Valenzuela, ya casado con una camarista suya, y por quien de tiempos atrás sabía al pormenor cuanto pasaba en Madrid tan de secreto, que, hallándola enterada de todo, se atribuia la maravilla ilusoria al que las gentes denominaban á bulto *El Duende de Palacio*. Con figura humana le vieron ascender un dia y otro, durante la regencia y el primer año de la mayor edad del monarca de tal manera, que fué en conjunto Marqués de Villasierra; Señor de San Bartolomé de los Pinares, el Berraco, el Herradon y San Juan de las Navas; Caballerizo mayor de la reina; Gentil-hombre con ejercicio; alcaide de los Reales bosques de Zarzuela, el Pardo, Balsain y San Lorenzo; Superintendente de las obras del Real Palacio; Juez conservador del Consejo de Italia; primer Ministro; Embajador del Rey en Venecia; Capitan general de las costas de Granada, y Grande de España de primera clase, vistiendo además el hábito de Santiago, y morando en la mansion régia.

Cerca de siete años se prolongó la suerte próspera del valido, mediante la proteccion soberana, y por virtud eficaz de los muchos elementos de que dispone toda persona, por cuyo conducto se adjudican dádivas y mercedes para ganar amigos; no descuidando tampoco atraerse la muchedumbre con el fomento de obras de la importancia del arco de Palacio, del puente de Toledo y de la reedificacion de la Plaza Mayor hácia el lienzo de la Casa de la Panadería; con la abundancia y baratura de los abastos, y con diversiones públicas de corridas de toros y fiestas teatrales, que eran gratuitas, y más si representaban comedias suyas, pues compuso várias, no sin algun ingenio, aunque deslucido por el estilo arretruecanado y enigmático á la sazon en boga. Entre tanto, no se hizo cara peor que ántes á las guerras que la ambicion de Luis XIV movia de contínuo á España, y hasta se lidió ventajosamente en el Rosellon y en Cataluña; tambien por entónces se

domó la insurreccion de Mesina, á pesar de no haber querido ir allá D. Juan de Austria, como en los tiempos del P. Nithard habia rehusado ir á Flándes. En 6 de Noviembre de 1675 acabó la autoridad legítima de la reina gobernadora, sin decaer por de pronto Valenzuela de la privanza; ántes bien, dando mayor ensanche á su ascendiente la disolucion de la Junta gubernativa, Cárlos II fué quien le elevó á la Grandeza de España, por via de compensacion de recibir durante cierta cacería en un muslo el tiro disparado por el rey contra un ciervo. Desde esta distincion pomposa apretaron más los émulos y maquinadores de su ruina, tirando á separar á Cárlos II de su madre, para influir sobre su ánimo flaco, y dejar á Valenzuela en el aire, y traer á la cabeza del Gobierno al revoltoso D. Juan de Austria, como lo consiguieron á la postre.

Irregulares habian sido los accidentes vários de la elevacion fabulosa de Valenzuela; pero mucho más subieron de punto las arbitrariedades subsiguientes á su repentina desgracia, en términos de atenuar sobre manera la mala impresion de su vanidad irritante, de su codicia depresiva y de su ambicion desapoderada, el sentimiento de lástima á que impulsan los atropellos pertinaces, las injusticias crueles y los castigos inmerecidos, que le afligieron años y años. Extraido fué violentamente del monasterio del Escorial en 22 de Enero de 1676 por el Duque de Medinasidonia y el primogénito del Duque de Alba á la cabeza de soldadesca feroz y descreida, oyendo con escarnio la excomunion mayor del Prior Fray Márcos Herrera, que de órden explícita del rey le tenía en custodia. Inmediatamente se le condujo á la fortaleza de Consuegra muy escoltado, sin que le valiera de nada seguir bajo patrocinio y jurisdiccion de la Iglesia, pues se le relegó en virtud de auto del Nuncio de Su Santidad de 7 de Febrero de 1678 á las islas Filipinas por diez años, durante los cuales no habia de salir del fuerte de Cavite, ni de padecer otra molestia, ni daño de ninguna especie. Mencion hizo el Nuncio de tener á la vista una causa criminal seguida por ministros seculares al privado. Pero consta muy de seguro que de proceso no le habló nádie ni una sola palabra; que, desposeido completamente de sus caudales, títulos y obvenciones, sin notificarle auto, sentencia ó decreto, ni asistirle con un real ni con un vestido, le sacaron de Consuegra al penosísimo itinerario de Cádiz, Puerto-Rico, Veracruz y Acapulco; y

que, embarcado allí el 29 de Marzo de 1679 en la nao de España, á los ocho meses justos llegó á Cavite, donde no le permitieron tener más que dos aposentos, ni hablar á nádie sin testigos, ni escribir ni recibir cartas, *con todos los gravámenes que caben en los crímenes más execrados*, segun textual expresion de su pluma.

Hasta 1684 no se mitigaron los rigores contra Valenzuela, aun bajando al sepulcro, miéntras navegaba hácia Filipinas, su encarnizado enemigo D. Juan de Austria, sólo atento en su aciago mando á la satisfaccion de resentimientos personales. Desde Cavite elevó el antiguo privado, ya que le fué posible, una representacion al monarca, patentizando que sus desventuras provenian de amaños de la emulacion y la envidia, con ocasion de las muchas honras que habia debido á la accion legítima de la munificencia soberana, y pidiendo que se le oyera en justicia, para desvanecer todos los cargos, ó sufrir las condignas penas, si tenía culpas, á cuyo fin renunciaba la jurisdiccion eclesiástica y se sometia á la secular desde luego. En 7 de Junio de 1687 se le restituyó la libertad al cabo, más con la cortapisa de ir á Nueva-España, donde hallaria órdenes convenientes al Real servicio. De palabra se las comunicó en Méjico el Virey Conde de Galve inmediatamente después de su llegada, que fué el 27 de Enero de 1690 por la noche; y se redujeron á significarle de plano que, si fijaba allí su domicilio, con licencia de llevar á su esposa y prole, se le reconocerian una renta perpétua y los honores de título de Castilla, bajo el concepto de que, sin nueva órden del soberano, tampoco se le permitiria volver á su pátria. Valenzuela dijo con lisura que la respuesta estaba fuera de su alcance, pues la mujer no tenía obligacion de seguir al marido, en habiendo mar de por medio; y de la suya era notorio que no le habia querido acompañar ni á Canarias, decretándose en consecuencia su relegacion á Filipinas.

Todo lo participó el virey á la corte. Asistido fué Valenzuela, miéntras de aquí iban órdenes oportunas, con mesadas correspondientes á la asignacion de doce mil pesos fuertes anuales; y se distrajo de pesadumbres en ocupaciones literarias, al modo que, durante su prision de Cavite, revisando su *Despertador de príncipes y validos sobre la vida de San Juan Bautista*, su *Comento de los Macabeos*, su *Tirano de las Indias contra el chocolate*, su *Sofronisa*, sus várias obras poéticas en seis tomos, y otras diversas producciones; y componiendo una comedia armónica y titulada

Sin mudar de señor mudar de afecto, para solemnizar la boda del Rey Cárlos y de Doña Mariana de Neoburgo. Cerca de dos años pasó en Méjico, muy bien quisto y fiado en mejorar de fortuna. A un balcon de su jardin se hallaba asomado el 30 de Diciembre de 1691 cerca de la hora de la comida; y distraíase en ver á sus criados trabajar uno de sus caballos: no derribándose bien sobre las piernas, le ocurrió bajar y coger un bejuco en fatal instante, pues leal como era el caballo y todo, al sentir los golpes, le dió una coz en el empeine, de que murió á los ocho dias.

Entre los cincuenta y los cincuenta y cinco años andaria D. Fernando de Valenzuela por entónces; mucho más auguraban de existencia lo desahogado de su corazon y lo sano de las demás entrañas, segun informe de los facultativos, que practicaron la autopsia del cadáver y su embalsamamiento esmerado. Personalmente convidó y asistió el virey á su muy concurrido entierro y á sus pomposos funerales en el convento de Agustinos; y las musas mejicanas lamentaron su fin desastroso.

No carece de interes reseñar los vários incidentes que se derivaron de la profanacion del monasterio del Escorial por el Duque de Medinasidonia y consortes, para arrancar de allí al privado de la reina gobernadora. Muchas y largas gestiones les costó alcanzar un breve del Papa, á fin de que les absolviera el Nuncio, luego que á sus expensas fabricaran una capilla dentro del profanado templo y en armonía con su magestad grande. Cárlos II obtuvo la gracia de pagar por todos y de suplir la ereccion de la capilla con una riquísima alhaja. Asi trasformóse en tabernáculo para la Santa Forma una caja de reloj que le habia regalado su tio el Emperador Leopoldo: hasta diez pies tenía de altura; toda era de plata sobredorada y labor primorosa, y guarnecida estaba de filigrana exquisita, y cuajada además de turquesas, esmeraldas, amatistas, crisólitos y granates. A la absolucion presentáronse los incursos públicamente descalzos, sin capa y con una camiseta sobre la ropilla en el templo de San Isidro: uno tras otro se postraron delante del Nuncio, que les dió golpes con unas varillas en las espaldas, empujándolos violentamente de seguida hácia el templo; con lo que acabó la ceremonia. Poca satisfaccion hubo de parecer al Sumo Pontífice el tabernáculo mencionado; y Cárlos II se obligó á construir últimamente la capilla. Tal fué el orígen de la que se conserva labrada por D. José del Olmo en el testero de

la sacristia mayor de aquel célebre santuario, y del cuadro admirable en que representó Cláudio Coello la Adoracion de la Santa Forma.

EL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

A mediados de Diciembre de 1788 empuñó Cárlos IV el cetro; entónces D. Manuel Godoy era simple guardia de corps y todavía mozo, como nacido en Badajoz el año de 1767 á 12 de Mayo. Por Noviembre de 1792 sucedia al Conde de Aranda en el Ministerio de Estado, y ya llevaba el título de Duque de la Alcudia y lucia la banda de Cárlos III sobre el uniforme de Teniente general de los ejércitos españoles: pocos dias adelante ufanábase con el Toison de oro: un año después ascendia al mayor grado de la milicia: desde 1795 sonó como Príncipe de la Paz en memoria de la de Basilea: juntamente fué Generalísimo y Almirante, y con tratamiento de Alteza vióse encumbrado sobre el nivel de los mismos Grandes de España. Mecido en cuna modesta, aunque noble, sin otra instruccion que la primaria, ni más alcances que los comunes, ni otra recomendacion especial que la gallardía de la persona, á los favores de la Reina Doña María Luisa debió su rápida y brillante fortuna.

Ostensiblemente no siempre estuvo D. Manuel Godoy á la cabeza del Gobierno; mas no admite duda que fué árbitro de los destinos de la monarquía española, miéntras Cárlos IV ocupó el trono. Su política inauguró al golpe declarando la guerra á Francia, y así produjo desastres previstos por gentes de forma, no siendo el menor que desde 1795 sirviera de base á nuestras relaciones con las de los demás países el tratado de San Ildefonso, todavía más funesto que el Pacto de familia de los Borbones. Tal orígen tuvieron las depresivas y muy ruinosas complacencias de nuestra corte respecto de Napoleon Bonaparte. Así nos hallamos comprometidos en la guerra contra Portugal á principios de siglo; y un lustro después hubimos de conducir nuestras naves á Trafalgar contra Inglaterra; y dos años adelante enviamos la flor de nuestro ejército con el Marqués de la Romana al Norte de Europa, y por el tratado de Fontainebleau de 1807 se obligaba el Gobierno español á dar paso á las tropas francesas, para que borrasen á

Portugal del mapa, cuya desmembracion habia de valer al gran privado la corona de los Algarbes. Cándidamente se deleitaba Cárlos IV en honrar con todo género de públicas demostraciones al amigo íntimo de su esposa, hasta el punto de admitirle en el seno de su augusta familia, haciendo que se uniera á una hija del Infante D. Luis en matrimonio. Durante mucho tiempo le festejaron todas las clases de la sociedad y aun le hicieron la corte una vez por semana. Frecuentísimo era ver en los presbiterios de las iglesias su retrato, para presidir así las funciones de cofradías y sacramentales. Amante se mostró de las luces, protector de literatos y de artistas, dadivoso y propicio á fomentar enseñanzas é industrias. Glorias procuró á España, añadiendo la plaza y el distrito de Olivenza á su territorio y facilitando expediciones como la de Badía á Marruecos y de Balmis para propagar la vacuna. Unos candeleros de lapislázuli tenía en su oratorio, y consta que se los regaló Floridablanca, por haber debido á su influjo salir completamente libre de la ciudadela de Pamplona. Tampoco se le pueden achacar en justicia las persecuciones de Aranda; pero sería imposible absolverle de las padecidas por Jovellanos.

Siempre tenía Godoy en contra el mal orígen de su privanza: aun cuando brillara por gran estadista, nunca saliera airoso de tratos con el dominador Bonaparte: lo duradero é incontrastable de su valimiento le acrecentaba los enemigos, que forjaron todo género de calumnias para conseguir su perdicion á todo trance, suponiendo que tiraba á usurpar la corona, y acusándole de bigamia. Como víctima del privado ambicioso pintaron al jóven Fernando, Príncipe de Astúrias, y enaltecieron su candor é inocencia hasta cuando los sucesos del Escorial demostraron por el otoño de 1807 que se prestaba á servir de bandera contra la corona y aun la existencia de su padre, y hasta después de ser notorio que pedia muy rendidamente al Emperador Napoleon eficaz amparo, y una princesa de su familia para contraer segundas nupcias. Sólo vióse al Príncipe de la Paz ante el monarca promover la única medida salvadora, instando por la traslacion de la Corte hácia Andalucía, tan luego como tuvo motivos para sospechar de las miras del Emperador de los Franceses, que metia aquí mayor número de tropas que el pactado, y de órden suya se posesionaban arteramente de las ciudadelas y los castillos de las capitales de Navarra y de Cataluña, y por último dirigian al centro de la Pe-

nínsula su marcha. Finalmente decidióse el rey á seguir los consejos de su valido, cuando los parciales del Príncipe de Astúrias tenian minada la Corte, y prepararon á su gusto la noche del 17 de Marzo de 1808 en Aranjuez el motin famoso, de que hacen mencion todas las historias. Allanada fué la morada del favorito, que en un desvan halló refugio por espacio de cuarenta horas, al cabo de las cuales hubo de salir mortificado por sed tremenda. Con la celeridad del rayo cundió por el sitio la noticia del paradero de hombre tan odiado: una partida de guardias de corps acudió prestamente por su fortuna, y asido á los arzones de las sillas de los caballos de dos de ellos pudo salvar la vida, llegando al cuartel de su antiguo cuerpo, jadeante de correr al trote, desangrado de várias heridas y perseguido con rábia furiosa por la muchedumbre.

Aquella misma noche se vió forzado Cárlos IV á abdicar la corona, después de haber exonerado á Godoy de las dignidades de Generalísimo y Almirante. Por el Gobierno del nuevo rey se le embargaron todos los bienes, miéntras se fallaba la causa, que se le empezó á formar por entónces. Preso estuvo en el castillo de Villaviciosa de Odon hasta que en la segunda mitad de Abril le sacó libre el príncipe Murat á instancias repetidas y muy fervientes de Cárlos IV y de María Luisa, para ser conducido á Bayona, donde hizo cuanto estuvo de su parte por evitar que el rey destronado traspasara al Emperador de los Franceses la corona de España. No tuvieran lugar aquellas escandalosas escenas, si el Rey Fernando y sus más favorecidos parciales no obraran ciegos é insensatos, poniéndose á merced y arbitrio del tirano de Europa. Harto demostraron los sucesos posteriores cómo Cádiz podia ser ante los fieros invasores último y seguro baluarte de la monarquía española. Aun cuando Cárlos IV se hubiera tenido que embarcar presurosamente para alguno de sus dominios del Nuevo Mundo, allí consiguiera lo que el Monarca de Portugal y en mayor escala, fundando un vasto Imperio, y volviendo en su dia á la Metrópoli con decoro. Todo vino á patentizar la muy laudable prevision de Godoy en tan azarosas y difíciles circunstancias, mas no era posible que le hicieran justicia los que sobre el sepulcro de Floridablanca estampaban con pasion vehemente y falsedad notoria, que este dignísimo personaje *fué arrojado de su puesto por la envidia de un infame cortesano.* Hombre más inofensivo y de condicion

más apacible que D. Alberto Lista no se hallará en el mundo: al elogio histórico del ya citado Ministro de Cárlos IV dedicó la pluma, y sin más que dejarla correr bajo la atmósfera de entónces, con propósito de *no exacerbar las crueles heridas que no podian sanar el tiempo ni la misma venganza*, al caido Príncipe de la Paz llamó atroz visir, malvado seductor, bárbaro favorito, indigno valido, el más vil y el más despreciable de los intrigantes, hombre condenado por su carácter al desprecio y por su incapacidad á la nulidad más completa, y déspota, y tirano, y fiera, y mónstruo de España: además dijo sin ambajes que todas las artes de dañar puso en ejercicio tan luego como subió al mando; que la ignorancia más insolente y la más sórdida avaricia constituyeron su Ministerio; que desde el primer momento del atroz reinado de Godoy se dejó sentir la funesta influencia de su negra alma; que de cási todos los ramos de la administracion pública se apoderó súbitamente el espíritu de rapiña; y que en su misma raíz fué secado el gérmen de las ciencias naturales y políticas y de las artes útiles y agradables.

Seis años de heróica lucha sostuvieron los contemporáneos de Godoy contra las legiones de Bonaparte, hasta redimir de su cautiverio al Rey Fernando y reinstalarle sobre el trono. Dia por dia aprendió la nueva generacion venida al mundo ó llegada á la juventud bajo su reinado, que nunca habia merecido ser ídolo de los Españoles; y respecto del Príncipe de la Paz no pudo sentir vivos ódios, á larga distancia de su gran poderío y considerándole difunto. Ya ardia la guerra civil y desplegada estaba por tercera vez la insignia de la libertad española al viento, cuando produjo sorpresa general el anuncio de que D. Manuel Godoy imprimia sus Memorias en la capital de Francia, y que las iba á publicar aquí en castellano. Fidelísimamente interpretó el célebre D. José Mariano de Larra los sentimientos de la juventud de su tiempo, al decir en el juicio crítico del primero y segundo tomo. «Cuando se medita que aquel magnate, que llegó á absorber en sí mismo el poder de un rey; que vió bullir en derredor de sus pórticos y antecámaras una corte compuesta de lo mejor de España; que el hombre que salió de un cuartel para hollar con sus botas de montar las alfombras que entapizaban los escalones del Trono; cuando se reflexiona que aquel guardia, á quien ascendió á su lecho una nieta de Luis XIV á la faz de una corte aristocrática; que aquel

subalterno, á quien el génio del siglo pensó colocar en un trono, es el mismo que en el dia, apeado de sus brillantes trenes, lanzado de su propio palacio, desnudado de sus galas y veneras, arrojado por la fuerza de la opinion á las márgenes de un rio extranjero, se presenta á las puertas de la pátria en modesto traje, con un sombrero redondo en aquella cabeza, que cubrieron coronas ducales, y con unos cuadernos impresos en la mano, no ya para rescatar las perdidas grandezas, sino para reconquistar el nombre de ciudadano español, que catorce millones de hombres poseen sin esfuerzo alguno, para demandar justicia, para hacerse simplemente escuchar; cuando se reflexiona en tan espantosa peripecia, es imposible negarse al deseo, á la curiosidad de oir, y sólo entónces se concibe el interes extraordinario, que deben inspirar al público las *Memorias* de ese hombre todavía más extraordinario, así por su elevacion como por su caida.... Nosotros ansiamos la conclusion de la publicacion de estas interesantes *Memorias*.... y en el ínterin, sin prejuzgar nada acerca de la culpabilidad del acusado, sin negar la perniciosa influencia que semejantes elevaciones colosales tienen en la moral de un pueblo; sin decir que el Príncipe de la Paz fuese un grande hombre, ántes bien creyéndole inferior á las difíciles circunstancias, al frente de las cuales se halló; nosotros, sin embargo, aconsejamos á nuestros lectores que lean sus *Memorias* ántes de confirmar ó de alterar sus juicios. El derecho de ser oido lo tiene todo el mundo; acordémonos generosamente de que ese es el único de que la suerte no ha podido despojarle; triste resto de la grandeza pasada; miserable derecho, cuando no hay otro, y terrible ejemplo de las vicisitudes humanas.»

Excelente efecto causó la desapasionada lectura de los seis tomos de las *Memorias*. Su autor se atrajo desde luego no escasas simpatías con el nobilísimo porte de guardar silencio profundo, que, á pesar de ir ya muy á viejo, y de serle necesario vindicar su honra, zaherida por calumnias infames, nunca hubiese roto si le sobreviviera el primogénito de sus coronados valedores. Con ellos residió cautivo en Fontainebleau y en Marsella, sin rendir homenaje al intruso José Bonaparte, ni felicitar á Napoleon por sus victorias, como lo hicieron desde Valençey Fernando VII y sus indignos cortesanos. Después les cerró los ojos en Roma, y guardóles fidelidad más allá de la tumba. Su rehabilitacion fué completa bajo

el aspecto de no haber sido nunca traidor á su pátria: claramente vióse que en la época de su privanza sin contraste, no todos fueron desaciertos, y que tampoco el mérito anduvo desatendido, aunque se hallara el favor en boga: mucho decia además en su abono la circunstancia de no haber querido nunca poner á salvo ni un solo doblon fuera de España: confirmado estaba asimismo por testimonios irrefragables que en Paris vivia con la limosna de una pension de Luis Felipe, sirviéndole un solo aposento nada espacioso de sala de recibo, despacho y alcoba, y que llevaba con singular grandeza de ánimo su inmensa desgracia; y todo esto vino á ser base de que la opinion pública reclamara pronta justicia para el que no habia alcanzado hasta entónces ni lejana misericordia.

Así el Ministerio de D. Joaquin Francisco Pacheco pudo elevar á la Corona en 31 de Mayo de 1847 una representacion muy notable. Animado del vivo deseo de que se extinguieran los rencores, producto de nuestras discordias intestinas, y de que volvieran á sus antiguos hogares todos los Españoles, arrojados políticamente de ellos en el turbulento período que debia cerrar Doña Isabel II con un reinado pacífico y justo, no habia podido ménos de fijar la atencion en la persona, que arrastraba su existencia léjos del suelo español desde más antiguo, en D. Manuel Godoy Alvarez de Faria, arrebatado y ausente de nuestra Península desde la revolucion de 1808 y desconocido ya á la mayor parte de sus conciudadanos. Su vida y sus hechos eran ya únicamente del dominio y de la jurisdiccion de la historia. Extraña la generacion presente á unos sucesos tan remotos, no miraba ni calificaba á Godoy como á persona que tuviese relacion con sus intereses y pasiones actuales, sino como á monumento de otra edad y á resto escapado de la universal destruccion operada sobre la España del último siglo, tan lejana de la España de nuestros tiempos. Además la expulsion y proscripcion de D. Manuel Godoy fueron actos revolucionarios, grandes si se quiere y áun oportunos, pero jamas actos de gobernacion y justicia, pues ninguna sentencia pronunció su destierro ni le condenó tribunal alguno á la pérdida de sus bienes ni de sus honores. No existia de consiguiente razon alguna por la cual debiera aún estarle prohibida la vuelta á su pátria, y negada la posesion de aquellos de sus honores, no incompatibles con las gerarquías ordinarias de la nobleza española ó con la organizacion de nuestras fuerzas militares de mar y tierra, y la de sus bienes, que

no habian podido ménos de correr la suerte inherente á una confiscacion de hecho y prolongada por treinta y nueve años. Para cerrar un proceso donde ya no debia escribir más la generacion presente, y cuyo fallo sólo tocaba á las venideras, y para que pudiese morar aquí un anciano ya inofensivo y tremendo ejemplo de la instabilidad y la mudanza de la fortuna, segun la representacion del Consejo de Ministros, por Real decreto se autorizó la vuelta á España del antiguo privado de Cárlos IV con todos sus títulos y honores, ménos los de Príncipe de la Paz, Generalísimo y Almirante y el de tratamiento de Alteza; previniéndose que dentro del término de un mes se formara un consejo de árbitros de cuatro indivíduos, nombrados por el Ministro de Hacienda y el interesado, y otro por los ya elegidos, en caso de discordia, á fin de resolver ántes de medio año todas las cuestiones relativas á la devolucion ó indemnizacion de sus bienes; cuyo dictámen ejecutaria sin contradiccion el Gobierno hasta donde alcanzaran sus facultades, y acerca de lo demas presentaria á las Córtes el oportuno proyecto de ley en la próxima legislatura.

Todavía el antiguo Príncipe de la Paz sobrevivió cuatro años largos á esta reparacion de pura justicia, si bien la variacion frecuente de Ministerios hizo que sólo tuviera eficacia para nutrir su abatido espíritu con esperanzas lisonjeras, que no se realizaron al cabo. Favorables eran las estaciones medias para el alivio de sus achaques, y resuelto se hallaba á exponer la vida por respirar bajo el pátrio cielo; pero la carencia de recursos le impidió el viaje á España, y en Paris hizo el de la eternidad á principios de Octubre de 1851 con resignacion de cristiano, después de subir á las mayores prosperidades y de bajar á las más increibles miserias, y siendo objeto de cordial lástima para los hijos de los que sucesivamente le habian llenado de lisonjas y de improperios, á impulsos de interesado amor ó de ciego ódio.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

EL GÉNERO BUFO
Y LA LITERATURA DRAMÁTICA

I.

La mision de la crítica se asemeja mucho á la de las antiguas vestales, á quienes estaba encomendado mantener siempre encendido el fuego sagrado en el altar. A ella le está confiado el culto eterno de lo bello, la conservacion de la divina llama del ideal y la virginidad y pureza del arte. La crítica que olvidando tan noble mision, se convierte sólo en instrumento de locas alabanzas ó venenosas censuras, léjos de conservar las tradiciones de la belleza, es la primer corruptora del gusto, la mayor cómplice de todos los atentados y crímenes literarios.

Más aún que el poeta, debe el crítico tener siempre la vista fija en la esplendente estrella polar de la belleza. El poeta, todo pasion, sentimiento, entusiasmo, puede extraviarse arrastrado ya por las corrientes de su siglo, ya por los arrebatos de su fantasía, ya por los desbordamientos de su corazon. El crítico, por el contrario, sereno, imparcial, lógico, poseedor de las reglas del arte, debe comparar todas las creaciones del ingénio con el sublime tipo que le sirve de modelo para marcar los extravíos y trazar los senderos que á la perfeccion conducen. Sólo una crítica absoluta, racional, filosófica, basada en la razon y esencia de las cosas, es la que puene tener cási autoridad de infalible y dictar fallos inapelables.

Opina Hegel que en las manifestaciones superiores del espíritu ocupa el primer lugar el arte, el segundo la religion, y el tercero la filosofía. Si, pues, al arte corresponde la supremacía en el dominio del mundo intelectual, claro es que á ese arte hay que dar-

le fundamentos eternos de verdad. Así como la religion se apoya sobre el dogma y la filosofía sobre la lógica, el arte tiene por base la estética, que es el dogma, la ciencia de la belleza, derivada de principios tan absolutos que se impongan al criterio y gusto individual con esa fuerza con que todo lo absoluto y lo verdadero se impone á la vacilante y flaca razon de los hombres.

Pues que la mision del crítico, así considerada, le erige no ya en juez sino en censor y acusador inflexible, debe quien á tal título aspire, no sólo estudiar los síntomas de los extravíos, infracciones y hasta epidemias literarias, sino elegir el momento oportuno para lanzar censuras y anatemas que, prematuras, serían despreciadas, y tardías, ineficaces.

¿Qué crítico, por poco observador que sea, no comprende que es llegado uno de esos momentos felices en que toca á su fin una de las más lamentables invasiones que han venido á corromper nuestra literatura? ¿Quién no escucha en todas las bocas una censura, quizás unida á un aplauso? ¿Quién no descubre el cansancio, cási el silbido de la opinion, contra un género literario que por algun tiempo se ha enseñoreado de nuestra escena, y hoy agoniza herido por la mortal puñalada del sentido comun indignado?

Sí: el género *bufo* está herido de muerte, y le ha llegado su hora después de no pocas de esplendor y absoluto imperio. En vano, todavía, con el relumbron de sus ropajes, la sal y pimienta, mejor dicho, el pimenton y guindilla de sus chistes, la convulsiva agitacion de sus cancanes y los sendos pares de pantorrillas de sus legiones de *suripantas* intenta prolongar su degradante soberanía. El capricho, la moda, la novedad, el fastidio, quizás, le han prestado una vida ficticia. El género bufo, tal como ha venido á nuestra escena, tenía que morir, porque no se juega mucho tiempo con la conciencia de una sociedad ilustrada, ni se arranca por completo el sentimiento de lo bello y de lo digno á una generacion artística, ni se adormece con sensuales bufonadas el sentido de un siglo pensador que se nutre con la purísima esencia de las ideas.

No serémos nosotros de esos críticos asustadizos que, á nombre de una moral tan estrecha como hipócrita en ocasiones, condenen un género literario sólo porque ofende algunos oidos castos ó punza algunas conciencias timoratas. En moral, como en ciencia y literatura, queremos cierta amplitud que deje libres las manifestaciones del ingenio y los actos de la conciencia. No á nombre de

la moral, que no es de la verdadera incumbencia de la crítica, sino á nombre del buen gusto, es como, en sentir nuestro, deben combatirse y juzgarse los excesos del género dramático á que consagramos estas líneas, y cuenta que al lanzar nuestra modesta censura al género bufo no es que creamos que debe ser excluido de toda clasificacion literaria y no merece carta de naturaleza en la república de las letras. Para nosotros son admisibles y legítimos todos aquellos géneros que correspondan á un aspecto de la vida y á una tendencia del espíritu. En literatura, como decia Boileau:

Tous les genres sont bons hors le genre ennuyeux.

Sólo el género *fastidioso*, es decir, aquel que no cumple su propósito, que ni interesa, ni conmueve, ni enseña, ni deleita, ni arranca lágrimas, risas, entusiasmos, ni llena, en resúmen, ninguno de los fines esenciales del arte, sólo ese género es indigno de ser admitido y de tener una musa tutelar en el Parnaso.

Esa carencia de calidades, y no otra, es la que hace merecedor de universal censura al género bufo tal como ha aparecido y se ha desarrollado entre nosotros.

Lo bufo puede ser la ampliacion ó la degradacion de lo cómico. Cuando representa esto último, entónces sólo puede tener vida artificial y efímera, y sólo responde al poco exigente gusto de un público aburrido que pide sensaciones groseras al sentido y no emociones profundas é intensas al corazon. Cuando representa la ampliacion de lo cómico, entónces adquiere derechos de ciudadanía artística, y puede merecer, no sólo aplauso, sino el visto bueno de la crítica más exigente.

Si tratásemos de hacer una indagacion acerca del orígen del elemento bufo en la literatura, indudablemente tendriamos que remontarnos al nacimiento de lo cómico, y no pocas veces fuera dificultad insuperable trazar los linderos que á lo cómico y á lo bufo dividen. Es lo bufo á lo cómico lo que la caricatura es á la forma, ó por mejor decir, lo bufo es la caricatura en accion, la caricatura hablada. La caricatura es una exageracion visible de los tipos humanos que ampliando los rasgos hace patentes las imperfecciones. ¿Rechazará nádie la caricatura porque comparada con la realidad no se ajusta á la exacta y matemática proporcion de los originales que imita? Nó: precisamente lo acentuado de las líneas, la deformidad de las dimensiones, lo grotesco de las actitudes, lo im-

posible del asunto, lo monstruoso, en fin, de la composicion constituyen el mérito esencial, y dan una como fórmula vigorosa, típica, indeleble de la ridiculez, arrancando risas, á veces más severas, más sangrientas, más terribles que todas las censuras. Si, pues, la caricatura es una composicion cómica, artística, estimada de todos y en la que cabe desarrollar las mejores y más profundas agudezas del ingénio; si ella puede inmortalizar nombres de los que le consagran su atrevido lápiz; el género bufo que, lo repetimos, es la caricatura en accion, puede ser tan legítimo, y en algun caso superior á lo cómico, del cual es una derivacion. Lo cómico tiene que ser un retrato fiel de la verdad, una fotografía de las flaquezas y miserias humanas, como el drama lo es de los dolores y pasiones. En el momento en que traspasan los límites de esas dos realidades imitativas, lo dramático se perderá en los fantásticos y delirantes extravíos de lo romántico, y lo cómico degenerará en las exageraciones y licencias de lo bufo. Trazar las zonas de la carta literaria, numerar los paralelos divisorios de los géneros, es acaso la tarea más difícil con que puede tropezar la crítica. Esta dificultad hace poco ménos que imposible determinar los verdaderos orígenes del género que aquí estudiamos. Confundido entre lo cómico y lo burlesco, ha vivido largos tiempos encubierto y disimulado, y sólo en los presentes ha tomado rasgos especiales y tendencias exclusivas que le hacen aparecer como de *nueva invencion*, siendo así que su existencia es quizás tan antigua como la risa humana.

La vida del hombre es la fusion de dos elementos y la lucha de dos antítesis. La risa y el llanto son los polos sobre que gravita el corazon, los dos hilos que componen toda la trama de la historia. La risa es el néctar que endulza; el llanto la hiel que amarga. Qué extraño que el hombre prefiera lo dulce á lo amargo? Dejad á la Biblia llamar al mundo valle de lágrimas: el hombre procura convertirle en valle de risas, y por más que filosofías pesimistas presenten al dolor como el elemento componente de la vida, ello es lo cierto que son más los ratos que vivimos riendo que los que vivimos llorando. Dentro del corazon hay una fuente inextinguible de risa, y por más que el dolor nos arranque ayes y quejas contra el destino, siempre hallarémos en nosotros mismos tesoros de alegría con que templar los quebrantos y enjugar las lágrimas. Yo no sé si Bossuet tiene razon al hablar del «inextinguible fasti-

dio que constituye el fondo de la vida humana,» pero antójaseme que Rabelais ha comprendido mejor el corazon al decir que la risa es lo propio en el hombre y al adoptar aquella alegre divisa:

Mieux est de ris que de larmes écrire,
Pour ce que rire est le propre de l'homme.

Entre las cosas, en efecto, que nos distinguen más de los animales, una de ellas es la risa. Ningun animal se rie: sólo nosotros tenemos esa expresion de los movimientos internos del espíritu. La risa es, pues, un elemento psicológico constitutivo del sér racional, y por eso en el arte, que es la imitacion embellecida de la vida, la risa ocupará un lugar preferente, y lo cómico, que es la representacion de este aspecto de la personalidad, constituirá la parte principal más rica, espontánea, característica y popular de todas las literaturas.

La tendencia á tornar cómico aun lo más dramático, es tan natural en nosotros, que no hay apénas quien algun dia no se haya reido de sus propias miserias y burlado de sus más sublimes sentimientos. Observemos el contenido de las conversaciones diarias, entremos en todos los salones, casas, círculos, en todas partes donde haya asociacion sin objeto determinado; y si nos fuese posible recoger taquigráficamente todos los diálogos que en las veinticuatro horas entabla la humanidad, seguramente creeriamos fundado el optimismo del buen doctor Pangloss. La broma, la burla, el chiste, la gracia, la ironía, la alegre galantería, la superficial maledicencia, la humorística crítica, la que hoy se llama *guasa*, y aun la grosera chacota, todo esto, acompañado de una cási perpétua sonrisa que degenera, con consoladora frecuencia, en ruidosa carcajada, constituye el fondo de las conversaciones en que los hombres, entregados á la inclinacion espontánea de su naturaleza, revelan la frívola jovialdad de la inmensa mayoría de los mortales. Otra prueba de que la risa es lo más elemental en nosotros, la encontramos en la irresistible simpatía que despierta todo el que nos hace reir. El orador festivo es el más escuchado en un congreso; el poeta chistoso es el más leido y popular; el gracioso es siempre, no sólo el actor favorito, sino cási el amigo del público; el hombre bromista y decidor es el de más partido en un salon; y esto nace de que hacer reir es aliviar de un peso, es tocar la cuerda más sensible, la nota *tónica* del corazon humano.

Esta, que podriamos llamar esencialidad psicológica de la risa, ha sido causa de que en el fondo de toda la historia y en las creaciones de todas las literaturas, hay los inmensos elementos estéticos del ridículo, y un como sedimento, no sólo cómico, sino verdaderamente bufo.

Nada hay por grande, sublime, respetable y hasta sagrado que sea, que en todos tiempos y lugares la malicia ó estravagancia de los hombres no haya puesto en ridículo. Los más grandes poetas, los sábios más profundos y sérios han rendido culto á esa musa universal que domina en los imperios de la jovialidad é inspira los eternos poemas de la risa.

El género burlesco, que no es más que el género bufo en su forma épica ó lírica, tiene antiquísimos antecedentes en cási todas las literaturas. El cantor de la *Ilíada* y la *Odisea* en su *Batracomiomaquia* consagró á las ranas y los ratones la misma lira que á los héroes de la soberbia Ilion. El adusto Séneca entonó los burlescos versos de su *Apokolokyntosis* á la muerte de Cláudio. Desde el siglo IV la literatura burlesca produjo algunas obras poco dignas de mencionarse, pero que mantuvieron vivas sus tradiciones.

Por más que la crítica proteste contra la bastardía de ciertos géneros, el burlesco ha ejercido siempre una influencia decisiva. Importado de Italia hácia el siglo XVII el género burlesco, sedujo de tal manera en Francia, que Pellisson, en su *Historia de la Academia*, se duele amargamente del desbordamiento, de la manía, cási del furor y de los estragos que hacía, no sólo en el país, sino hasta entre las mismas gentes cultas y discretas de la corte. Tanta y tal fué su influencia, que los editores pedian libros burlescos sobre cosas sérias, llegando hasta imprimirse en 1649 uno titulado *La Pasion de Nuestro Señor Jesucristo en versos burlescos*. Sarrasin, Assouci, Brebelle, Monbron, Bernier, el célebre esposo de Mme. de Maintenon, abate Scarron y otros vários, con sus burlescas plumas trazaron el camino al género que hoy, en forma dramática, ha causado semejantes, aunque no tan grandes daños como los que entónces causó aquella importacion literaria de Italia.

Entre los Ingleses la *Historia del alma*, de Prior, la *Pelea de los boticarios y los médicos*, del doctor Grath; el poema *Hudibras*, de Butler; el *Pedro Pors*, del poeta danes Holberg; los escritos

burlescos del poeta holandes Langendik; el admirable y profundísimo *Elogio de la Locura*, del gran Erasmo; el *Elogio de la Borrachera*, del filósofo Hegendorf; el *Rapina seu raporum Encomium*, de Begotier; el *Elogio de Neron*, de Cardan; la *Defensa de los Ratones*, de Rorario; el *Laus asini*, *Laus pediculi*, ó *Elogio del burro y del piojo*, prueban la universalidad y prestigio del género burlesco. El siglo XVIII produjo, entre otros muchos elogios, el del *Infierno*, el de las *Pelucas*, por Ackerlio; el de los asnos, ó la *Asinata*, del jesuita Bondi; el de la *gota*, por Coulet; el del *piojo*, por Mercier, y hasta un *Oratio pro crepitu ventrix*. Los seiscientos veintidos elogios burlescos contenidos en el *Homo diabolus* y en el *Amphitheatrum sapientiæ socraticæ jocoseriæ*; la *Chanteloupea*, del abate Barthelemy; *The Lousiad*, de Wolcott; el *Myszeidos*, del polaco Krosicki; el *Lutrin*, del rígido Boileau; la *Gatomaquia*, de Lope de Vega; la *Mosquea*, de Villaviciosa; la *Pucelle*, aquel eterno remordimiento de Voltaire; el *Zorro*, de Goethe; todos estos poemas y otros infinitos que pudieran citarse, hasta uno muy popular que anda de boca en boca, referente á cierta industria de la ciudad de Barcelona, todos, decimos, prueban cómo lo burlesco se impone á todos los climas y tiempos, á todos los caractéres y á todos los talentos más opuestos, y cómo la risa cási viene á ser el rasgo más distintivo de la humana fraternidad.

Y no es sólo la literatura la que ha sufrido la influencia inmediata de la burla y de la risa de los hombres. El mundo de lo sobrenatural; lo divino y lo infernal, lo mismo que lo humano, revestirá los caractéres del ridículo, sin que lo impida el respeto hácia lo primero, y el miedo hácia lo segundo.

La Edad Media, esa edad de miserias, dolores y tiranías, oprimida por los eslabones de su inmensa cadena feudal, vivió atormentada, preocupada por la idea más pavorosa, por el miedo más terrible, por la pesadilla más desesperada que jamas ha soñado la conciencia humana. La Edad Media vivió entre el bostezo de un invencible fastidio y el estremecimiento de horror ante la idea del Infierno, ante la sombra del Diablo. El *ubique dæmon* es la preocupacion constante y espantosa de aquellos siglos tenebrosos. Y sin embargo, en aquella época, en que, por decirlo así, se elaboran todas las leyendas satánicas, hasta el Diablo y el Infierno se convierten en objetos de risa y en asuntos de maliciosas y risibles

tradiciones. Ya en el *Sabat* semi-pagano del siglo X, en los *Misterios* de aquella especie de literatura nocturna de los siglos XII y XIII, en que el pueblo oprimido se venga poniendo en caricatura á sus dos amos, el señor y el sacerdote; en las mismas tremendas impiedades de la *Misa negra* del siglo XIV entran unos elementos cómicos y satíricos tan subidos, hay una extravagancia tal de símbolos, que á no ver en ello una especie de irónica y dramática rebeldía de las conciencias, parecerian bufas representaciones de las locuras de aquellas generaciones.

De tal suerte impone su sello ese principio burlesco, que hasta Satanás, el mismo terrible Satanás, el que la teología proclamaba enemigo de Dios y del hombre, viene á convertirse en un *pobre diablo*, risible, perseguido, burlado, sin fuerza contra los conjuros y artes humanas, y teniendo que apelar á la astucia más que á su poder para engañar con bajas tentaciones las debilidades de la carne, y para llevarse por sorpresa algunas almas perdidas al Infierno. Ya Satanás ha perdido su majestad antigua, y tiene cuernos, alas de murciélago, uñas, rabo y qué se yo cuantas más deformidades como le han regalado los escultores en los bajo-relieves de las viejas catedrales, los pintores en los lienzos, y hasta poetas como Dante y Tasso en sus inmortales poemas.

A tal rey tal corte.

Esa misma Edad Media que quitó al diablo sus esplendores, sus grandezas y su cetro, imaginó una corte infernal á imágen y semejanza de las que habia sobre la tierra, dando á los diablos categorías de reyes, príncipes, duques, marqueses y condes, atribuyéndoles privilegios, blasones, honores y condecoraciones. Y no sólo la extraviada imaginacion popular, sino hasta los mismos teólogos con la mayor seriedad contribuyeron á formar un Infierno verdaderamente cómico. Nada hay más chistoso para el lector de hoy como leer las descripciones y clasificaciones de los demonógrafos católicos, talmudistas y cabalistas, creando una singularísima demonología, verdadera ciencia de todas las tradiciones satánicas y demoniacas, y pintando, con ferviente gravedad, las formas, atributos y calidades de todos los habitantes de la region del eterno dolor. No podemos resistir, aun á riesgo de ser difusos, á la tentacion de dar aquí como *specimen* una de las más breves entre las várias y prolijas nomenclaturas de las dignidades y personajes infernales.

Príncipes y dignatarios:

Belzebuth, jefe supremo de los infiernos, y fundador de la Orden de la Mosca. *Satanás*, príncipe destronado, jefe del partido de la oposicion. *Eurynome*, príncipe de la muerte, gran cruz de la Orden de la Mosca. *Moloch*, príncipe del país de las lágrimas. *Pluton*, príncipe del fuego, gobernador general de los países abrasados é intendente de todas las calderas en que están los condenados. *Pan*, príncipe de los incubos. *Lilith*, príncipe de los subcubos. Todos estos son grandes cruces de la Orden de la Mosca. *Leonardo*, gran maestre de los aquelarres, en los que hace bailar á las brujas, y caballero de la Mosca. *Baal-Bereth*, gran pontífice, maestre de las alianzas. *Proserpina*, archidiablesa, soberana princesa de los infiernos.

Los ministros son:

Adramelech, gran canciller, gran cruz de la Orden de la Mosca. *Astaroth*, gran tesorero, caballero de la Mosca. *Nergal*, jefe de la policía secreta. *Baal*, ministro de la guerra y general en jefe de los ejércitos infernales. *Leviathan*, gran almirante, caballero de la Mosca.

El Infierno tiene tambien en la tierra los embajadores siguientes: *Belfegor*, embajador de Francia, *Mammon* de Inglaterra, *Belial* de Italia, *Rimmon* de Rusia, *Thanin* de España, *Hutgin* de Turquía y *Matinet* de Suiza.

La justicia se administra por *Lucifer* y *Alastor*. La casa de los príncipes tiene los siguientes empleados: *Verdelet*, maestro de ceremonias. *Sullor-Benoth*, jefe de los eunucos del serrallo. *Chamoos*, gran chambelan, caballero de la Mosca. *Metchom*, tesorero y pagador, investido de la confianza de *Astaroth*, ministro de hacienda. *Crisroch*, jefe de las cocinas. *Bihemoth*, gran copero. *Dagon* gran panetero. *Muttin*, primer ayuda de cámara. *Kobal*, director de espectáculos é intendente de bellas artes. *Asmodeo*, intendente de las casas de juego. *Nibbas*, gran bufon. *Antecristo*, escamoteador y nigromante. Hay además siete reyes, 23 duques, 13 marqueses, 10 condes, y 11 presidentes, cuyos nombres omitimos, y que completan el cuatro de la diabólica gerarquía.

Hé aquí un *infierno bufo* en toda la extension de la palabra. ¿Qué le falta? Un libreto y la música de Offembach.

Y este infierno le han *compuesto* los más sábios teólogos y demonógrafos de la más creyente de todas las edades históricas. Desde

entónces el diablo será un personaje bufo. En vano Milton le prestará los rasgos de la grandeza épica; Mefistófeles, el diablo burlon é irónico, será en adelante el diablo todo lo más ennoblecido que puede buscar y admitir la musa de la epopeya. El poder de la risa será el único que quedará al diablo para vengarse de la humillante ignominia de su caida.

¿Ha salido el mundo de los dioses mejor parado que el de los diablos? Sin remontarnos á buscar los *autos* y *misterios* antiguos, monumentos literarios en los que el cielo suele aparecer con todas las pequeñeces de la tierra, no tenemos más que recordar la innumerable coleccion de cuentos y chascarrillos populares para comprender que el espíritu satírico del hombre no perdona ni á sus propios y más respetados ídolos. ¿Qué persona, áun la más timorata y creyente, no ha oido contar ó contado hasta con risa y complacencia alguno de esos infinitos cuentos en que Dios y los santos son objeto y principal asunto? Cási siempre en ellos el Padre Eterno aparece como un pobre señor algo cansado por el peso de los años y aburrido de las impertinencias de los hombres. En España, donde el marianismo es tal, que la Vírgen es más adorada que Jehová, María es objeto de no pocos y chistosos cuentos. ¿Quién, entre otros, no recuerda aquel en que San José riñe con Dios, y al abandonar el cielo dice á su esposa: «Mariquita, ponte el manto y vámonos,» empezando luego á recitar la letanía, llevándose tras de sí á los ángeles, patriarcas, confesores, mártires etc., de que la Vírgen es reina, hasta el punto de que el Padre Eterno transige con el santo por temor de verse solo y abandonado en su trono? Quien esto oye ó cuenta, ¿podrá asustarse y escandalizarse de los sarcasmos de Voltaire?

San Pedro en estos cuentos aparece como un portero viejo, gruñon, impertinente, y con una espaciosa calva, donde, segun una conocida copla, pican á sus anchas los mosquitos. Santos hay á quienes sólo su nombre condena á un perpétuo ridículo. San Críspulo, San Crispin, San Cenon, Santa Tecla y otros podrán ser muy venerados en sus altares, pero no hay comedia que al invocarlos no arranque una carcajada ofensiva á su celeste dignidad. Las escenas cómicas á la puerta del Cielo, las apariciones y tormentos de las ánimas del Purgatorio, las aventuras de los muertos en el cementerio, las tremebundas escenas del dia del Juicio, del *dies iræ*, la manzana de Adan, la inverosímil castidad de José y la poco me-

ritoria de Susana, los martirios de San Bartolomé y San Lorenzo, las muelas de Santa Polonia, las tentaciones de San Anton, todos estos y otros muchos casos, ¿qué de asuntos no han prestado ya al epigrama de un Quevedo, al pincel de un Teniers, al de Holbein para su danza *Macrabia*, á la estrambótica inventiva del Bosco, al romance popular, al cuento, á la comedia, á cuantas manifestaciones jocosas, festivas y burlescas imagina la fantasía? Quisiéramos tener espacio para citar antiguos misterios religiosos y algunos pasajes de libros como el de las *Gracias de la gracia* del P. Boneta, en que se cuentan chascarrillos, milagros y aventuras cómicas de los santos, para probar hasta dónde llega el espíritu y hasta dónde alcanzan las saetas de la burla humana.

Hemos visto, pues, el *cielo bufo*. Sólo le falta el cancan para que sus dioses se parezcan á los que hemos oido cantar festivas y picantes coplas en *Los Dioses del Olimpo*, *El Rey Midas*, y otras producciones novísimas del género bufo.

Lo bufo ha invadido hasta el púlpito; y para prueba de ello no habria más que leer los sermones de aquellos predicadores que desde el siglo XIII al XVII usaban un lenguaje en que la extravagancia constituia una especie de popular elocuencia. Los sermones de Gabriel Barletta, dominicano del siglo XV, los de Marini, Menot, Maillard, Musso, Raynaud, éste que, entre otros, hizo un sermon sobre las narices, y analizó minuciosamente las de Cristo y la Vírgen; los infinitos que citarse pudieran de todas épocas y países, todo esto, unido á la costumbre, que ya condenaba San Juan Crisóstomo, de aplaudir y gritar en las iglesias, costumbre que llegó hasta el siglo XVIII, ¿no podemos, en realidad de verdad, considerarlo como el género bufo aplicado al púlpito?

¿Se quiere otra prueba de lo que cási es dable apellidar ubicuidad de lo bufo? No nos remontemos á hablar de los *moros* griegos; de los *moriones*, los *sanni fatui*, los *maccus* latinos; los *morus* de Plauto, los histriones, los juglares y todos aquellos personajes ridículos encargados de hacer reir á las muchedumbres en salones, plazas y teatros. Entremos en los almenados castillos feudales, en los palacios de los reyes, y allí, al lado de las más ceremoniosas etiquetas y del más servil respeto, hallarémos la grotesca figura del deforme bufon que de todo se burla, de todo se rie, con todos se atreve, y no respeta ni á la coronada testa que estremece al mundo con un ceño. El bufon es la encarnacion viva del

espíritu cómico; es una como protesta contra la severidad de la vida cortesana; es el contraste, el relieve que rompe la monotonía de un nivel; la necesidad de la risa, de la carcajada, de la burla, de la insolencia, allí donde el servilismo todo lo ahoga al prohibir al corazon sus espansiones y al rostro sus sonrisas. Cansado de cortesías, el rey necesita gozar y reir. La querida y el bufon le hacen hombre, la primera rebajándole al nivel de lo humano, el segundo haciéndole reir y presentándole los aspectos ridículos, los resortes secretos de la vida, que nunca el monarca podria ver á traves del ostentoso telon que le oculta los escenarios del mundo. Triboulet, Percusatto, la enana Barbola, ¿no ofrecen un extraño contraste en medio de aquellas cortes ostentosas? Velazquez, que ha retratado las frias y aburridas fisonomías de la familia austriaca, nos ha legado como antítesis los tipos cómicos y bufos que todos admiramos en sus lienzos. Y no se diga que esta es antigua costumbre de tiempos ménos cultos, pues en Francia hasta 1789 llegó la costumbre entre los nobles y ricos señores de tener bufones y personajes ridículos para recreo de sus no breves ociosidades.

Natural era que un género que invadió el Cielo, el Infierno, el púlpito, la iglesia, el palacio, la plaza, la teología y la ciencia, invadiese algun dia la escena, campo inmenso donde mejor que en ninguna parte puede fijar sus reinos y asentar su soberanía. Aristófanes, Plauto, Terencio, Molière, Shakspeare, todos cuantos han representado los cuadros de la vida, han creado personajes que saliendo de la realidad y adquiriendo rasgos de una originalidad ultra-humana constituyen verdaderas entidades y personificaciones bufas. En todos nuestros antiguos dramáticos el *gracioso* viene á ser lo que el bufon en la corte: la encarnacion del espíritu crítico y satírico en su más gráfica expresion. Comedias hay en nuestro gran teatro en que lo cómico se amplia hasta degenerar cási en lo que hoy llamamos género bufo. Sin citar otras, el *Céfalo y Pocris* de Calderon cási podria servir de libreto para una zarzuela de los modernos teatros bufos. Viniendo á tiempos más cercanos, los mismos sainetes de D. Ramon de la Cruz, á la par que ofrecen admirables cuadros de costumbres, muestran ya en ocasiones cierta tendencia á la caricatura, pudiendo decirse que *Paco y Manuela*, *Pancho y Mendrugo*, la *Casa de Tócame Roque* y otros son como precursores de esa caricatura en accion que, como hemos dichó, constituye la base del género bufo.

II.

Si, pues, lo bufo tiene sus fundamentos en el alma misma y sus antecedentes en todas las literaturas, ¿en qué consiste esa censura, esa protesta que hoy se levanta contra lo que tiene en su apoyo tales excusas y precedentes?

Consiste en que esa literatura grotesca ha venido á nuestra escena de una manera violenta, absurda é invasora.

En Francia lo bufo tiene una razon de ser, no sólo en sus antecedentes literarios, sino en las condiciones peculiares del carácter frances, carácter cómico, alegre, ligero, burlon, que de todo se rie hasta del dolor y la desgracia. La filosofía revolucionaria y la literatura declamatoria del siglo XVIII al borrar todas las tradiciones y renovar todas las ideas, no pudieron apagar el viejo espíritu galo, la eterna y franca sonrisa que á través de Rabelais, Bergerac, Scarron, Regnard, Dufresny, Lesage, Vade, Marivaux, Panard, Piron, Voltaire y Sedaine habia mantenido siempre viva la hereditaria alegría francesa, ya en el libro, ya en la escena, ya en la *causerie* del salon, ya en el invento del Marques de Bièvre, el *calembour*, fórmula ligera, esencial, que caracteriza al génio de la pátria del autor de *Cándido*.

En la escena francesa, al par que las patéticas declamaciones de Corneille y Racine y los clásicos chistes de Molière, habianse aplaudido con deleite las grotescas relaciones de aquellos personajes *bufos* importados de Italia con la ópera. Desde 1687 el público habia reido las gracias, travesuras y bufonadas de Arlequin, Polichinela, Pantalon, Scaramouche, Beltran, Sacapin, Pierrot, Tartaglia y otros, así es que cuando diez años después se suspendia aquella ópera italiana que tantas risas habia arrancado, la ópera cómica francesa inició su reinado perfeccionándose con Sedaine, su verdadero creador, y siendo después, por decirlo así, la matriz de donde habia de nacer el género bufo tal como á la presente hora le conocemos.

En Francia, donde el teatro ofrece hoy la más infinita variedad de espectáculos, desde los más nobles á los más groseros y vulgares, el género bufo representa *un género más*, y como tal no ha venido á corromper la literatura ni á impedir la libre marcha de los otros géneros. El génio de un músico de talento, como es

Offembach, el lujo escénico, las comparsas de mujeres ostentando su cási completa y hermosa desnudez, las condiciones cómicas de los actores y actrices, todo esto, constituyendo una literatura sensual, alegre, deslumbrante, dió prestigio y boga á un género por lo demás desprovisto de todo mérito artístico y literario. Unase á esto el decaimiento de la literatura romántica que habia agotado sus efectos y de la comedia que habia consumido su gracia, y se comprenderá cómo la musa bufa, empuñando un cetro, no otorgado, sino recogido del suelo, y llevada sobre su carro de oropeles, en alas de la más fácil, alegre, popular y cosmopolita de todas las músicas, recorrió y aun recorre todos los escenarios, no sólo de su pátria natal, sino de las cinco partes del globo.

Cómo llegó á nuestra escena todo el mundo lo sabe; el despotismo que ha ejercido por algun tiempo en las tablas, las pingües ganancias que ha proporcionado, los aplausos y protestas que ha levantado no hay para qué decirlo. Un público cansado de las agitaciones de nuestra absorbente vida política y aburrido de las insulseces de nuestra decaida escena, al leer un cartel que le ofrecia hacerle reir por poco dinero, al ver levantarse un telon y aparecer trajes vistosos, incitantes pantorrillas, argumentos que ni siquiera obligan á la molestia de la atencion, y una música que se sale tarareando al retirarse á dormir, ese público acudió presuroso á buscar tan barato antídoto contra el aburrimiento y tan fácil matatiempo, indispensable en España donde matamos á ese viejo tiempo, que por lo general fuera de aquí suele ser matador en vez de matado.

¿Qué prestigios, qué méritos tenía ese espectáculo que así fascinaba á sus espectadores? Si examinamos literariamente todas las obras bufas que han aparecido en nuestras tablas, las hallarémos tan inferiores á la crítica, que apénas si su desdeñosa mencion merecen. Argumentos desprovistos de toda gracia, de todo interes, ofrecen una deshilvanada sucesion de escenas salpicadas de sandeces insulsas ó groseras desvergüenzas. Todavía en la escena francesa los tipos de los personajes tienen más realidad, son más comprensibles; los diálogos esmaltados de ingeniosos é intraducibles *calembours* y alusiones suelen tener alguna gracia cómica; pero trasladado á nuestra lengua y costumbres todo ello pierde su escasísimo valor. ¿A qué realidad, á qué tradicion, á qué gusto responden entre nosotros los tipos de *Barba Azul*, *Genoveva de*

Brabante, *La Vida Parisiense*, *La bella Elena*, *Las Georgianas*, *Los Brigantes* y otras? Barba Azul y Genoveva, aunque desfigurados con la máscara bufa, responden en Francia á una tradicion popular y conocida. Barba Azul con un cañon, Carlomagno viajando en ferro-carril, éstos y otros parecidos héroes del ridículo que se presentan ante el público con sus grotescos trajes y desfigurados rostros, dándose á conocer con la invariable cancion de «yo soy fulano de tal,» son tipos que sólo pueden hallar eco en un auditorio bastante festivo para reir de tales extravagancias, y bastante ilustrado para comprender la gracia del anacronismo empleado como principal resorte cómico. ¿Serian comprendidos en un escenario frances los tipos de nuestra comedia andaluza? Se pueden arreglar al frances ni la letra ni la música del *Tio Canillitas*, *En las astas del Toro* y otras zarzuelas exclusivamente nacionales que pudiéramos enumerar? Los chistes que aquí nos hacen desternillar de risa, pasarian allí sin imprimir al rostro ni el pliegue de una sonrisa. Todavía las producciones bufas de nuestros autores han manifestado ciertas aspiraciones y tendencias literarias, pero la imitacion las ha empequeñecido quitándoles hasta los menores rasgos de originalidad que pudieran avalorarlas un tanto. Alguna que otra, como una honrosa excepcion, ha venido á demostrar que el género bufo no es del todo incapaz de condiciones literarias, siempre que en su cultivo se ponga un poco de talento y la mira un poco más alta que la vil ganancia. *La Gran Duquesa de Gerolstein*, donde los tipos tienen verdadera gracia y relieve cómico, *El Sarao y la Soirée*, entre nuestras originales, y alguna que otra más, probaria nuestro aserto sobre un género que, por culpa de sus cultivadores, ha venido, no dirémos á matar, pero sí á adormecer temporalmente el sentido de lo bello entre nosotros.

La ausencia de argumento y méritos artísticos han venido á compensarse en las tablas francesas con la maravillosa ostentacion escénica, la hermosura de las comparsas femeninas encargadas de *entonar* el cuadro, y el superior mérito de sus actores. Entre nosotros, al género bufo le debemos el innegable servicio de haber introducido mayor lujo en nuestras ántes pobres y mezquinas representaciones teatrales; pero aún en esto ha quedado á medias. En los trajes ha podido el público hallar algo de esa seduccion óptica que producen los colores y los relumbrones del oropel; pero esos co-

lores se destacan sobre lienzos generalmente pobres y sobre mezquinas perspectivas. Un espectáculo que hable á los sentidos, debe halagarlos por completo, embriagarlos si puede. El arte, por más que aspire á la expresion de la belleza como trasunto del ideal, tiene que valerse de elementos exteriores plásticos; así es que el arte, en cuanto tiene que hacerse perceptible por los sentidos, es sensual, y al propio tiempo que levanta el espíritu á aquellas puras regiones de lo bello, donde Platon alzaba su vuelo, halaga el sentido con los deleites de la realidad. El instinto de la belleza plástica hace que las muchedumbres, incapaces de la belleza moral y estética, se apasionen y fascinen ánte espectáculos que halagan la vista ó despiertan una, por decirlo así, ideal sensualidad. Poca prueba dan de artistas aquellos que condenan los modernos aparatos escénicos, suponiendo que han reducido el arte á una simple mecánica. En la escena concurren todas las bellas artes con sus galas y encantos, y el mundo de la forma, que es el más sensible, es el que más predispone á la percepcion de la belleza interior y psicológica. *La féerie*, el género fantástico, realiza una de las mayores manifestaciones del ideal, y evoca sentimientos que como un tesoro yacen escondidos en el fondo del alma. Una bella decoracion predispone el ánimo á altos pensamientos y hondas emociones, y sólo falta la concordancia de la accion y el cuadro, la armonía de lo plástico y lo dramático para que el espíritu se remonte á las esferas de lo sublime. En cambio, cuando las artes prestan sus galas para adornar bufonadas, entónces producen estas el efecto de un deforme ataviado con los vestidos y pompas de un hermoso magnate. Dos bailes que últimamente ha aplaudido entusiasmado el público madrileño en el elegante Circo de Madrid, *El Espíritu del Mar* y *Gretchen*, son la prueba de cómo los ideales pueden unirse, y cómo las creaciones de la fantasía más romántica, realzadas por el lujo de la mecánica escénica, por la vara mágica del tramoyista, ejercen un influjo irresistible y cautivan á los espíritus más vulgares y prosáicos. Nuestro público, que ántes se entusiasmaba con la música de zarzuela ó las estrepitosas trompetadas de Verdi, hoy educado comprende y saborea la más profunda y cási abstracta música clásica de los génios portentosos de Alemania. El público que aplaudia el lujo escénico puesto al servicio de las pobrezas del género bufo, ha comprendido la necesidad de encontrar algo ideal detras de los esplendores que seducen su mirada.

La desnudez, la presentacion de la hermosura al lado de la caricatura, que es otro de los grandes recursos para el éxito del género bufo, no ha llenado por completo su fin entre nosotros. Comparsas de mujeres vulgares, entre las que la verdadera hermosura es una rara excepcion, ejercen una sensacion tambien á medias, convirtiendo sólo en impúdico alarde lo que pudiera ser artística ostentacion. Algo exagerados, si bien con bastante fundamento, andan los moralistas que atacan la exposicion pública de espaldas, pechos, gargantas, brazos, piernas, muslos, etc., etc., etc., que se contempla en nuestros teatros bufos. No negarémos, que precisamente la *intencion* de esa semi-desnudez, y el sér á medias, constituye mayor inmoralidad, dado lo que por moralidad hoy se entiende. La desnudez, la ostentacion de la forma humana, es uno de los primeros efectos del arte. La estatuaria griega con sus admirables modelos, los cuadros de todas las escuelas y museos prueban esta verdad. La desnudez en sí misma es casta. Una Vénus, saliendo desnuda del mar, es un cuadro decente y presentable ánte los más castos ojos: pintadla un par de botas, un par de médias y un par de ligas, y ya será asunto de escándalo y aun de castigo si hay quien se atreva á exponerle á la pública contemplacion. La desnudez es cási un segundo pudor, en cuanto el arte le ampara y alumbra con su rayo divino. ¿A quién se le ha ocurrido calificar de inmoral la artística desnudez de los cuadros vivos y las fantásticas vaporosidades de los bailes, esos dramas coreográficos tan universalmente aplaudidos? ¿Y por qué es esta excepcion? Porque representando creaciones del arte, porque representando una bailarina séres fantásticos, sobrenaturales, como son hadas, willis, náyades, espíritus aéreos, incorpóreos muchas veces, su desnudez se convierte en arte, y éste imprime sobre ella su sello casto, su tinte poético, la severidad, en fin, de la belleza ideal. Ahora bien, la desnudez bufa que no se vela con la gasa mágica y casi luminosa de ese ideal, que en vez de la ilusion de lo fantástico busca el apetito de lo carnal, que en lugar de excitar la imaginacion sólo aviva el deseo; esa desnudez que si se entrevela, es para mayor incentivo; esa es una desnudez corruptora del gusto y pone á la artista confinando con la meretriz. Una actriz, que ante el empresario no alega los méritos de su talento sino los de su cara, que ostenta el diapason de sus formas, que aunque tenga mala voz tiene buena pantorrilla, que si cantando no llega al *do*

agudo, es capaz al vestirse de llegar hasta el estómago, esa actriz podrá ser un buen reclamo, podrá atraer aficionados y arrancar aplausos, pero siempre merecerá la reprobacion de cuantos ámen la santidad del arte y la dignidad de la escena. Las *suripantas* podrán ser el negocio de un empresario, pero bajo ningun concepto serán nunca las vestales que al principiar este escrito mencionamos, encargadas de mantener siempre encendido el sacro fuego de la inspiracion sobre las aras del noble arte dramático.

No nos proponemos ahora analizar una de las cosas que ha dado mayor prestigio, y ha servido como de pretexto para la introduccion del género bufo en nuestra pátria. La música de Offembach, cuyas calidades é indisputables méritos ántes hemos reconocido, se resiente, empero, de los grotescos asuntos á que se consagra, adquiriendo un carácter frívolo, indeterminado, que jamás consiente por completo las hondas emociones que inspira la más divina y espiritual de todas las artes. Además de lo mal interpretada que hemos solido oir una música esencialmente francesa, muchas veces la hemos soportado más que por su valor por el prestigio de un nombre consagrado y por cierta irresistible y tiránica presion de la moda. Pocas cosas conocemos más perjudiciales que la imitacion de un estilo que vive cxclusivamente del incuestionable y original talento de su fecundo creador. Esa música trasplantada pierde su carácter, como le pierden nuestras playeras acompañadas en un salon al piano, y como más aún le perderian traducidas á otra lengua y cantadas por quien no tuviera la *sal de la tierra*. Dentro de todo concepto musical se albergan elementos indescifrables, algo semejante á una alma, á una emanacion, á un destello que se escapa á la universal interpretacion del lenguaje melódico.

Pero de cuantos auxiliares el género bufo ha traido en su séquita, ninguno ha ejercido más fascinacion, ni merece tan implacable censura como el *cancan*. Nacido el *cancan* en 1822 en la *Chaumière*, donde á los estudiantes les dió la manía de imitar el baile de los negros y las gentes de los puertos, adquirió tal popularidad, que á poco cási llegó á ser el baile nacional, la jota, el bolero frances. El cancan, tanto por su música como por su mímica, se prestaba maravillosamente á las condiciones del carácter frances: era la comedia, la caricatura expresada por saltos, gestos y movimientos.

El cancan, que mal bailado es una de las danzas más ridículas é insoportables, bien ejecutado es, por decirlo así, un baile de inspiracion. No son sus saltos, sus idas y venidas ni sus vueltas las que constituyen su originalidad y gracia. Ni la figura de la *poule*, ni la *trenitz* serian nada sin las extrañas, vigorosas actitudes, la mirada, las contorsiones ya dramáticas, ya nerviosas, ya eróticas, los movimientos vertiginosos, el desenfreno delirante, el *degingandage*, el *esprit*, el pensamiento, y cási dirémos, el argumento del buen *chahuteur* y su pareja.

¿Quién no ha visto con deleite en Mabille y la Closerie des Lilas la cómica originalidad de este baile licencioso, cási político y hasta de oposicion en ocasiones, pero que muere y se convierte en una especie de perlesía ridícula en cuanto le faltan el colorido y los rasgos que le prestan vida y aun verdero mérito? Cada cosa quiere su lugar adecuado. Una barcarola entonada en una góndola, unas playeras ó una caña cantadas de noche en un ventorrillo, la jota bailada con castañuelas á la puerta de un meson, el cancan bailado en Mabille, tienen su estructura, su tono, su belleza y hasta su significacion. Poned á un Inglés cantando la caña, á un Frances bailando el bolero, á un Aleman cantando una jota, y á un Gallego bailando el cancan, y esos bailes y canciones perderán su carácter y su gracia.

Ese corrompido y desnaturalizado cancan, que á nuestras tablas ha venido como flor trasplantada, sólo ha conservado su parte estrambótica, á la que un público estragado ha tributado frenéticos aplausos. El *cancanismo* invadió nuestra escena; por algun tiempo no se buscaron comedias bien versificadas sino bien *cancanizadas*, y los *cancaneros* de oficio hicieron libretos para cancanes, resultando que hubo pieza que se salvó de una tormenta de silbidos sólo por un cancan puesto al final. Al ver el furor entusiasta del público, no faltó autor de buhardilla que soñó hacer aplaudir un drama tremebundo, haciendo resucitar á sus cuatro ó cinco personajes muertos, incluso el apuntador, y á pesar del puñal y el veneno que tuvieran dentro del cuerpo, obligándoles á bailar un cancan que hiciera caer los pitos de las manos, y forzando á éstas á aplaudir y á las bocas á pedir al autor de produccion tan portentosa. ¡El arte de Lope, Calderon y Shakspeare escudado por el cancan! Qué profanacion! En hora buena que si al público le gusta se baile un cancan en cada entreacto; pero eso de que todo acto,

venga ó nó á pelo, ha de terminar con sus correspondientes saltos y meneos, es tan absurdo como lo sería terminar cada acto de una tragedia con un fandango ó un zapateado.

Solia decir Epicuro: « esto es justo, porque el pueblo lo encuentra malo. » Aplicando, invertido, al cancan en la escena, el malicioso juicio de aquel discreto filósofo, podemos decir: « esto es malo, porque el vulgo lo encuentra bueno.»

Si la novedad del género, el lujo escénico, la desnudez suripantesca, la música de Offembach y el cancan han atraido á un público numeroso, pronto el sentido artístico de unos, el sentido literario de otros, el sentido comun de todos y el sentido moral de no pocos, ha producido una reaccion en los primeros, una protesta en los segundos y una desercion en los últimos. En nombre de la moral hánse levantado casi unánimes acusaciones contra una literatura corrompida y corruptora, cuyos argumentos, chistes groseros y licencioso lenguaje escandalizan el pudor, ofenden el decoro y vician el gusto de las gentes cultas y sensatas. A pesar de esta general censura, nosotros insistimos en que al género bufo hay que condenarle más en nombre del buen gusto que de la moral, pues más que de verdaderamente inmoral peca de grosero, ridículo é indecente. La inmoralidad y la indecencia son dos cosas muy distintas, siendo posible que una casa decente sea en el fondo más inmoral que la más indecente en su forma. Además, la inmoralidad no es peculiar é inherente al género bufo, pues cabe y se ha ostentado en todos los géneros dramáticos y literarios, habiendose vertido doctrinas más subversivas, tésis más inmorales, y ofrecido espectáculos más delicadamente corruptores en dramas sérios comedias de costumbres y hasta en óperas. ¿Qué tempestades no han producido entre ciertas gentes los dramas románticos con su moral libre y revolucionaria? ¿Qué de polémicas entre moralistas y críticos no han ocasionado dramas y comedias como *Redencion*, *El suplicio de una mujer* y otros de tal índole y tendencia? A pesar de su idealismo platónico y su música sentimental, ¡qué de protestas no han levantado la ópera *Fausto* con sus deliciosas, pero incitantes escenas del jardin; *La Traviatta* con la idealizacion de la cortesana; *Rigoletto*, *Don Giovanni* presentando los atropellos del libertino? De la novela no hablemos, porque en ella los moralistas encuentran la piedra de toque de la que llaman escandalosa corrupcion contemporánea. Y si de licencias de lenguaje se trata,

las comedias de costumbres, los innumerables *vaudevilles* nacionales, y arreglados, ó sea desarreglados, del frances al castellano, ofrecen todo un vocabulario de chistes capaces de absolver de no pocos cargos á la vilipendiada musa de lo bufo. Qué más? Hoy que se habla tanto de perversion de costumbres y abusos literarios, ¿qué público toleraria muchas escenas de nuestro teatro clásico en las que el fondo y la forma hieren el sentido de la decencia, y violan lo que, con un corriente galicismo, se llama hoy conveniencias sociales? A pesar de estar en lengua inglesa, no nos atrevemos á citar aquí algunos trozos del autor de *Hamlet*, porque habría lectoras, las que entendieran inglés, que se pondrian coloradas. Desafiamos al empresario más atevido de hoy á que represente, por ejemplo, la escena VI del acto IV del *Pericles* de Shakspeare, que oian las damas de la *virgin queen*, la virginal y gran Isabel de Inglaterra. De la moralidad en la escena es sólo responsable el autor con sus licencias, y el público con sus tolerancias, y no en modo alguno el género literario en que esa inmoralidad se formula. Lo bufo puede ser inocente y decoroso, como cualquier género, y ahí están los *clowns* de los circos ecuestres para demostrar cómo pueden ser decentes é inofensivas las más exajeradas bufonadas.

Bien comprendemos que sin los avisos de ese único y legítimo censor que se llama la opinion, nuestra escena bufa podria llegar á ofrecer las grotescas relaciones del Khodja, ó las inmundas obscenidades de Karagueuz, el polichinela de Turquía; pero el sentido moral de nuestra sociedad es freno suficiente á contener tales desmanes y extravíos.

El género bufo en Francia es un género popular, á cuyas representaciones no van más que ciertas clases de gentes y de las que se alejan las honradas, cultas y decentes, como se aleja de la casa de juego el que teme perder, ó de la taberna el que teme á los borrachos y á la borrachera. Entre nosotros el mal está en que lo bufo ha invadido nuestros reducidos teatros, sin tener en cuenta que los sostiene un público casi siempre abonado, que es siempre el mismo, y que ese público se compone de padres y madres que temen por el pudor de sus hijas, de gentes de cultura y educacion que, capaces, como frágiles pecadores, de infringir en el mundo los diez mandamientos, y hasta mil, si los hubiera, se ausentan de una escena que ofrece en una forma grosera, descarada, cási ofen-

siva, los cuadros de sus propias costumbres, que embellecidas por el arte y censuradas con ingeniosa gracia, le arrancarian aplausos y le servirian, si nó de correctivo, que á tanto no llega su eficacia, de espejo fiel donde mirarse y conocerse á sí propio, lo cual es, segun Sócrates, el principio y fin de toda sabiduría.

Otro de los males del género bufo es que, viviendo exclusivamente de la interpretacion de los actores, vicia á éstos de tal manera, que áun el de mayor talento concluye por perder la nocion de lo cómico, cayendo en extravagancias, buscando efectos indignos de quien puede alcanzar justo renombre con los nobles recursos y las puras inspiraciones del corazon y del arte. Y esta misma corrupcion se hace extensiva á los autores, quienes, buscando el negocio literario, numeran ántes las entradas que los aplausos, y emplean sus ingenios en hilvanar y ensartar desatinos impropios de todo el que alguna vez ha recibido las secretas caricias de la musa. Que el éxito, como ya decia Píndaro, es el primero de los bienes, cosa es hasta cierto punto exacta; que al vulgo necio hay que hablarle en necio sólo porque paga, doctrina es que, aunque no muy pura y levantada, tiene la sancion del gran Lope de Vega; pero de aquí á querer convertir la necedad en único elemento dramático, y, dorándolas con el oropel, pretender hacer tragar píldoras de quinta esencia de necedad á un público que nó es necio como el de Lope, y que, si lo es, es sólo cuando paga tales espectáculos, va una inmensa diferencia.

Confesamos que ántes de hacer este proceso, en nombre de la belleza, al género bufo, veiamos con gusto el *crescendo* de sus desatinos y estupideces, pues comprendiamos que, como todo, habia de morir por su propio exceso y abuso y por la fuerza de la opinion, que hoy acoge la doctrina, ya que deplora las faltas de este difuso y desaliñado escrito.

Muchos y diversos géneros dramáticos hemos visto pasar y morir: hemos presenciado revoluciones literarias más rápidas y radicales que las políticas. Tras el imperio de la tragedia clásica vino la revolucion romántica, é inundó la escena de dramas hoy olvidados: después vimos el drama histórico á lo Dumas y Delavigne, el drama social á lo Bouchardy; el drama que podemos llamar patológico, donde se ostentan, no las facultades, sino las enfermedades del alma humana; hemos asistido á las comedias de efecto á lo Scribe, á la comedia de costumbres, á la de mágia, á la zarzuela, y por

último á las obras bufas, término de la evolucion, último eslabon de la decadencia. La tragedia era en literatura la aristocracia con sus privilegios clásicos y su lema de Horacio de imitar noche y dia los modelos griegos, *exemplaria græca*; la comedia fué lo conservador con sus tradiciones y timideces; el romanticismo, la democracia con sus libertades; el género bufo, saliendo del tipo humano para ir, sin regla ni concierto, á los abismos del ridículo, es la demagogia literaria tras cuyos excesos ha de venir una saludable reaccion que restablezca los derechos del arte, ese soberano, á veces destronado, pero al que siempre rinden honroso vasallaje los amantes de la belleza.

Háse dicho por algunos que los desastres, cási dirémos el naufragio de la vecina Francia, es debido á veinte años de cancan y música bufa. No opinamos nosotros así, pues épocas de gran poderío han solido ser las más corrompidas; pero reconocemos, no obstante, que la literatura, al par que las refleja, influye algo en las costumbres, y que el cancan y la risa bufa pueden á la larga quitar la nobleza en los caractéres é ideas de una generacion. ¿E irémos nosotros á tomar ese cancan pernicioso y esa literatura enervante de una nacion á quien imitamos duplicando sus defectos y quedando á medias en las bondades de su civilizacion?

Nó: autores dramáticos, amantes de la escena, formad una noble cruzada literaria, y llenos de fé, id á rescatar el sepulcro de la belleza, hoy en poder de infieles, y á restaurar la ortodoxia del arte. Poetas cómicos, no consagreis vuestras plumas é ingenios á un género que os empequeñecerá la inspiracion. Haced reir si el público no quiere llorar; pero que la risa que exciteis no degrade, sino deleite; que el espectador triste olvide una pena, en vez de sonrojarse ante una indecencia; que ria como hombre, pero no como idiota. Cervántes se hizo inmortal haciendo reir al mundo; su libro es una carcajada; pero ¡cuánta tristeza, cuánta elevacion y dignidad, cuánta filosofía, cuánto ideal va dentro de ese tesoro de risas, de ese monumento pensado que se llama el *Quijote*! Una filosofía más alegre nos ha hecho tambien más alegres que los siglos pasados; la ciencia crítica nos hace desear la realidad en el arte, como el positivismo en la vida. El hombre es ridículo; no le hagais bufon: no connaturaliceis con las extravagancias bufas el pensamiento audaz y magnífico del presente siglo: no legueis á la posteridad una literatura enana, ridícula y vergonzosa, que sólo

sirva como título de nuestra miseria intelectual y como testimonio de nuestra moral bajeza. No pongais vuestro ideal en la contaduría, sino en las tablas, y ved que hay aplausos que envilecen á quien los da y deshonran á quien los recibe. El verdadero poeta debe tener dos cosas: génio y conciencia. Con el primero buscad el ideal, con la segunda lo bueno. Ahí teneis el mundo abierto como un libro, ofreciéndoos asuntos, pasiones y tipos sin cuento: pintadlos con fidelidad en el drama y la comedia de costumbres, aún poco y mal cultivados entre nosotros; dejad á los arrebatos sublimes de la lírica la rima, y hablad la prosa con que el hombre expresa sus más poéticos sentimientos; apartad la vista de un género que os reduce á comerciantes de ingenio, cómplices de crímenes literarios, y acordaos de la diferencia que va de un oficio á un arte.

El género bufo espira, y todos presenciamos con deleite su agonía. ¡Ojalá que nuestro llamamiento á autores, actores y empresarios no sea una *vox clamantis in deserto*, sino la voz de la conciencia pública pidiendo en nombre del buen gusto ultrajado la destitucion de una musa que, pudiendo hacer ostentacion de gracias y méritos, no ha sabido hacer más que un desenfrenado alarde de sus locuras, de sus extravagancias, y hasta de sus torpes obscenidades. Esperemos á poner pronto sobre la tumba de esta Bacante de la escena el *aquí yace* que impone el perdon de las faltas cometidas, y apaga la memoria de ellas en los insondables mares del silencio y del olvido.

José Alcalá Galiano.

RECUERDOS DE VIAJE.

APUNTES PARA LA DESCRIPCION É HISTORIA DE GALICIA.

SEGUNDA PARTE (1).

Señor D. Amós Escalante: Mi querido amigo; acabo de ver á Juan García, el cual, dándose por agraviado, en compañía de los Gallegos, ha tenido por conveniente motejarme de perezoso, á causa de no haber continuado mis *Recuerdos de Viaje*. Ambrosio de Salazar, en su *Almoneda general de las más curiosas recopilaciones de los Reynos de España, Dirigida á la Serenissima Prudentíssima y Virtuosa Princesa María de Médicis Reyna Regente*, y publicada en Paris el año MDCXII, sostiene en la tercera página del prólogo, haber oido siempre decir que *al buen callar llaman santo*. Por donde vemos que en esto del buen callar, queda Sancho destronado.

No se trata ahora de callar, sino de responder á los cargos de Juan García, para quien mis trabajos y enfermedades han pasado inadvertidos, y uniéndose á los Gallegos, dice que, como ellos, tambien está justamente enojado.

De Juan García nada tengo que hablar, como no sea darle las gracias por el interes que demuestra á mis *Recuerdos de Viaje*. De los Gallegos, tanto podria decirse, que lo mejor será no poner

(1) Vease el número 60 de la REVISTA (25 de Agosto). La enfermedad que el autor ha padecido, y la ausencia después, le han estorbado corregir las pruebas del artículo á que nos referimos. De las erratas, únicamente dirémos que en la altura de las Portillas se lea varas, en vez de piés.

en olvido que al callar tuvieron nuestros abuelos por santo. Modo de considerar las cosas harto distinto del nuestro; que al presente sólo callan los que nada son ó no quieren ser nada. Uniéndose Juan García á mi entusiasmo gallego, imagina, sin duda, que á los hijos de Galicia se les da algo por lo que de ellos, más ó ménos literariamente pueda hablarse, cuando, á decir verdad, la mayor parte viven la vida más ajena que darse puede á semejantes cuidados. Allá, en la region Norte-occidental de España moran dos millones de Españoles que serán algo, cuando lo tengan por bien. Entre tanto, no ya mis humildes lucubraciones, pero ni las del mismo Preste Juan de las Indias, fueran parte á sacarles del beatífico estado en que dormitan.

Por lo demás, y si á quejas vamos, ántes debiera darme yo por ofendido, que llevé á Galicia los ojos buenos y he vuelto con ellos malos, prueba exterior que podria alegar del mal trato recibido. Fuera calumnia de mi parte, pero, sin duda, tendria tanto fundamento como el que Juan García tiene para motejar mi desidia. Sobra de original en la redaccion de la REVISTA, enfermedades y forzosas ausencias explican la larga detencion que mi *Viaje* ha padecido.

Y es tan cierto, amigo mio, que desde mi viaje ha pasado tiempo suficiente para otro; del invierno hemos andado al verano y de éste vamos caminando al invierno. Tiempo es ya de reunir y aparear los recuerdos de uno y otro viaje, y quiera Dios que áun así tengan para los lectores el mismo interes que para Juan García, á quien, á pesar de su entrecejo fruncido, tengo tanto que agradecer, siquiera mire lo que yo escribo con un interes que los Gallegos, pese al buen corazon de mi amigo, no han mostrado, ni mostrarán jamas.

I.

Tomado Orense por punto de partida, para desde él recordar lo que venga bien á la descripcion é historia de Galicia, justo será decir algo de la insigne ciudad de Carriarico. Era no há mucho la ciudad de Orense, pequeña poblacion de cinco mil habitantes. Hoy tiene más de once mil moradores. Hace pocos años tenia fama de ser la ménos sana de Galicia. Hoy el aseo de las casas y la policía

de las calles, aunque todavía dejen qué desear, han trocado á Orense en poblacion sana y agradable.

A quien llega por primera vez y pregunta si hay algo importante en su recinto, contestan los Orensanos, que cuanto hay vale poco. Mejor fuera decir, que cuanto hay es muy poco estimado. Desde luego puede asegurarse no es posible hallar vanagloria en el siguiente cantar de aquellos honrados Gallegos:

Tres cosas hay en Orense
que no las hay en España;
El Santo Cristo, La Puente,
y la Burga hirviendo el agua.

Pero aún tiene cosas aquella ciudad que merecen mencion especialísima. Yace Orense á la parte occidental de Montealegre, corre á lo léjos el Miño, recibe el agua hirviendo de las Burgas el riachuelo Barbaña, montes y cerros se extienden á desiguales alturas dando abrigo á cañadas pintorescas y fertilísimos valles, siendo notable que apénas se padezcan ya aquellas terribles tercianas, que, en otro tiempo, eran únicamente conocidas en la provincia de Orense. A pesar de la cancion arriba mencionada, aún tiene el artista cosas tan importantes que ver, por lo ménos como la famosa Puente.

Señorea la ciudad la Catedral, que, dicen, fundó Carriarico. Si así fué, mas bien puede creerse que el rey suevo fundara á Santa María la Madre (la antigua *Matrix*), entre la cual y la iglesia mayor moderna hay al presente una plaza y várias casas. No era así en tiempos antiguos. Cuando se construyó la Catedral, que existe renovada después de 1219, quedó Santa María la Madre por una de las principales capillas, y aunque á buena distancia, como al presente se puede ver, estaba unida á la Catedral con un claustro restaurado en 1084 por el obispo Ederónico. Así consta, y el espacio que el claustro cerraba y mucho tiempo sirvió de campo santo, debe de ser hoy, destruido ya el claustro, lo que llaman plaza de Abastos. Así se comprende que, arrasado el mencionado claustro, no tenga la Catedral ninguno, pues el que estaba entre ella y Santa María la Madre, debia de ser notable por su extension y proporciones. Así se explica que la primera Catedral la edificara el rey suevo, bajo la advocacion de la Vírgen Santísima, y su recuerdo ha quedado en la antigua capilla y actual iglesia de Santa María la Ma-

dre, á cuya inmediacion se construyó en 550 otra iglesia bajo la singular advocacion de San Martin Turonense (de Tours). Sobre sus cimientos, yace sin duda, al presente, la Catedral.

II.

Ya parecian bien por aquel tiempo las uvas de esta tierra á todo el mundo. Dice San Gregorio que en el átrio de la iglesia habia hermoso emparrado, á cuyas uvas tenia prohibido el Rey Miro tocar, no se ofendiese San Martin, de quien era cuanto habia en el átrio. Es la privacion causa de apetito:

«No sé de quién son los racimos, pero sé que tengo ganas de comerlos;» exclamó el bufon del rey, cuando, al pasar por bajo del emparrado, vió los hermosos racimos que entre las hojas negreaban. Alargó la mano.... y al punto, en vez de las acostumbradas chanzonetas, comenzó á dar tales gritos que todos, y aun el mismo rey, acudieron, preguntándole qué tenia. Tan grandes dolores experimentaba el mísero bufon, que apénas acertó á decir se le iba secando el brazo, sin ser parte á resistir lo mucho que padecia. Matárale el monarca, de no interceder por él cuantos allí estaban. Miro entró en la iglesia y rogó á San Martin que perdonase al bufon su siervo. Conforme seguia orando, llenos de lágrimas los ojos, iba aliviándose el bufon, hasta sanar del todo.

Cuándo y cómo desapareció el claustro arriba mencionado, no lo podré decir ahora, pero sí que todavía la plaza ó construcciones inmediatas indican la forma del cementerio antiguo. Entre la Catedral y Santa María la Madre, inmediata á ésta, se extiende la plaza de Abastos, cuya disposicion rectangular, como que aún se conserva para dar fé de lo que voy diciendo. El claustro abrazaria el cementerio, que no es sino el mismo lugar consagrado en los antiguos dias á servir de mansion de reposo á los cadáveres cristianos. Sigue á la izquierda una manzana de casas, que forma escuadra, y uno de sus lados, por la espalda, frente á la Plaza Mayor, en tanto el otro da á la Plaza del Trigo y Fuente Nueva. A esta plaza cae un costado de la Catedral, con notable portada, que tiene delante un átrio con balaustrada de piedra, adonde se sube por escalinata de lo mismo.

No soy, — Dios me libre, — volteriano, mas valga la verdad

para decir que si alguna vez fué de lamentar que la Iglesia Católica poseyese grandes riquezas, debe, sobre todo, entenderse á propósito del siglo pasado. Hablo en sentido meramente artístico, como en igual sentido habré de lamentar las bárbaras profanaciones del siglo presente. Sigo hablando con Juan García, y él y yo somos por ahora, Dios nos bendiga, hombres altamente *impolíticos*, no por falta de valor, ni mucho ménos, sino por razones que tambien por ahora están demás.

Con todo eso, fuerza es convenir en que durante la pasada centuria se emplearon inmensos caudales en destruir preciosos monumentos y obras de arte, y es desgracia, que como todo se hacía en nombre del *buen gusto*, más ó ménos académico, ni Vándalos ni Musulmanes destruyeron tanto en ménos tiempo. Bien, que si cito á entrambos pueblos, es porque ha corrido siempre por cosa averiguada que fueron sobre manera destructores, cuando la destruccion temible es la que se lleva á cabo en nombre de una doctrina artística, como en el siglo pasado, ó política, como en el presente.

Cuanto voy diciendo, no sobra, ántes deja mucho que desear, con sólo poner los ojos en Santa María la Madre, de Orense. De la antigua fábrica, no queda sino un templo de churrigueresca fachada, y con esto agradecerá el lector no me detenga en describirle, No así con la Catedral, que si bien no es para presentada como templo de primer órden, en su género todavía tiene tales bellezas, que bien merece mencionarse, siquiera sea de pasada, y nó con la detencion que yo desearia.

III.

Grande ha sido la oscuridad de la historia de Galicia durante el Imperio suevo. Suerte que han corrido siempre los pueblos muy apartados. Se sabe, segun Julio César, que los Suevos eran, entre todos los Germanos, la nacion más numerosa y guerrera. Ni es verdad que los pueblos de Germánia causaran horror, en general, á los que hasta entónces habian vivido sujetos al Imperio Romano. Es lo cierto, que pasados los primeros daños que trae consigo toda conquista, volvieron los moradores á labrar la tierra, tornando todo en gran parte, inclusas las ciudades, al estado en que ántes se hallaba. Con razon dice Mariana, que *los Españoles*

tenian por mejor esta nueva servidumbre, que el Imperio de los Romanos y su severidad.

Calla la historia, cási por espacio de una centuria, lo acaecido en Galicia durante la estancia de los Suevos. Bien que la oscuridad en que unos pueblos vivian respecto de otros, era tan grande, que Procopio habia oido decir que en una provincia de Inglaterra el suelo estaba cubierto de serpientes, siendo el aire tan nocivo que ningun hombre le podia respirar y permanecer con vida. El gran historiador Macaulay refiere la cita de Procopio por prueba de lo apartados que vivian unos pueblos de otros, con lo que llegaban á ser increibles las cosas que unos de otros referian. Procopio añade que las almas de los muertos eran llevadas en barcos á la desolada region ya referida, desde la tierra de los Francos, por supuesto, á media noche. Una extraña raza de pescadores se empleaba en el pavoroso oficio, y las palabras de los muertos las oian distintamente los marineros de la costa, aunque sin ver las almas, que eran invisibles á los ojos de los hombres. Con todo eso, los aterrados marineros veian las barcas medio sumergidas, con el peso que llevaban.

Si tales eran las noticias que en Bizancio habia acerca de Inglaterra, después de haber ésta formado parte importantísima del Imperio, no es mucho que la historia nada diga por espacio de ochenta ó más años de la dominacion sueva. Ya el Rey Miro, á quien hallamos mencionado, es contemporáneo de Leovigildo, quien al cabo incorporó el Imperio suevo al gótico.

Pasan siglos durante los cuales nada puede decirse de la Catedral de Orense. El altar mayor, dedicado á San Martin de Tours, se consagró en 1194. El retablo, aunque más moderno, merece verse y acaba de ser dorado nuevamente. En el lado de la epístola se halla el cuerpo de Santa Eufemia. Hallóle en las fronteras de Portugal una pastora, quiso ésta robarle una sortija, pero enmudeció, hasta que puso de nuevo el anillo en el dedo de la Santa, cuyo nombre de Eufemia equivale á *la del buen hablar*. En el altar del Evangelio están los cuerpos de San Facundo y San Primitivo, é inmediato el sepulcro del Excmo. Sr. D. Pedro Quevedo y Quintana, el célebre obispo de Orense, tan mencionado á propósito de las Córtes del año doce y en otros sucesos posteriores. La urna, construida en Roma á expensas del Comisario de Cruzada, D. Manuel Fernandez Varela, honra de su pátria Galicia, por el escultor español D. Antonio Solá, es propia de una época como la nues-

tra, que sabe construir estaciones de ferro-carril, fábricas y *docks*, pero no sepulcros, ni templos.

Si alguno parece dispuesto para hacer ver cuán superior es al arte greco-romano el ojival, tratándose de templos cristianos, es la Catedral de Orense. Su ábside ó cabecera, á saber la parte que rodea á la capilla mayor, es greco-romana, con arcos de medio punto que sirven de ingreso á várias capillas. Esta es la moderna obra de la Catedral, hasta llegar por ambos lados al crucero. Aquí, ya los arcos que dan respectivamente á los brazos de éste, son ojivales ó góticos, segun los llamará siempre todo el mundo, por más que no haya ninguna razon fundada para ello. Allí mismo puede verse cómo alzándose á igual altura, con corta diferencia, los arcos ojivales y los de medio punto, quedan estos del todo desairados ante la majestad y gallardía de aquellos. La nave del centro, formada de bóvedas por aristas, como las dos laterales, conserva el airoso aspecto que el templo ha perdido en la nave que rodea á la capilla mayor.

IV.

Hácia los piés de la iglesia acaban las tres naves en hermosa portada, dividida en otros tantos arcos. El del centro, que es naturalmente el mayor, se divide en dos más pequeños é iguales, rebajados, que separa una columna central. Sobre ésta se vé una imágen, que me pareció San Martin dividiendo la capa con el pobre. Debajo, en la misma columna ó pilar hay una pequeña imágen de la Vírgen, con este letrero: «Milagrosa imágen de Nra. Sra. del Consuelo», y más abajo, sobre un pedestal de piedra que descansa en el suelo, la imágen del apostol Santiago, sentado, de piedra tambien, que fué trasladada á aquel sitio en 1857. La estátua, á pesar de lo pintada que está, parece antigua, y tiene espada en la mano. Hay una cartela moderna, en que varios señores prelados conceden indulgencias á quien rezare á la citada imágen. Pero lo más notable de este arco del centro es la corte celestial, en donde, á un lado y otro del Padre Eterno, cada bienaventurado tañe un instrumento, á saber, violas, salterios, gaita gallega, gaita zamorana, etc. todo lo cual es muy curioso para conocer los instrumentos músicos de la época. El efecto del arco es muy bello. En el de la izquierda

están los profetas Habacuc y Ezequiel, ambos barbados y con cartelas en las manos, donde se leen sus nombres. Otra estátua, hay sin barba, en cuya cartela nada se lee, y tiene debajo una cabeza que ase violentamente su propio cabello con ambas manos. Esto es á la derecha del espectador. A la izquierda se ven dos figuras barbadas con cartelas en las manos, en una de las cuales se lee claramente el nombre de Matatías, y en la del otro se vé ménos claro el nombre, que por ventura es Isaias. Forman el todo dos órdenes de arcos entrantes, cuyos adornos son de hojas de col, teniendo formas por el estilo la mayor parte de los adornos. No hay ningun otro, ni la menor escultura en el tímpano. Encima se vé un roseton con cuatro lóbulos.

Antes de pasar al arco de la derecha, diré que, en el gran arco del centro, y en la misma disposicion que las estátuas ya descritas, se ven á la izquierda las de vários profetas, como Damiel, Jhonás, Jeremías y otros, cuyos nombres no pude leer por falta de luz. A la derecha en este mismo arco central están los evangelistas, San Pedro con las llaves, San Pablo, San Mateo y San Juan, que tiene en las manos lo siguiente: *In principium erat verbum*. La letra de todas las cartelas es la esclesiástica. En el arco de la derecha se ven esculpidas figuras, en cuyo rostro y ademan se advierte terrible espanto, mientras los demonios se apoderan de la presa que les corresponde. Todo el pórtico está lleno de figuras simbólicas, y un ángel á cada extremo, ceñido el cuerpo de larga túnica, toca la trompeta. Cuanto acabamos de describir, está pintado de diversos colores, siguiendo la tradicion, sino el buen gusto, de la escultura y arquitectura policromas de los Griegos, imitada durante la Edad Media, y conservada hasta nuestros dias como acabamos de ver. Enfrente de esta portada, y dando en la parte interior del templo espaldas á la fachada principal, hay tambien adornos y estátuas cubiertas con espesa capa de cal. La funesta costumbre de blanquear las iglesias para aumentar su claridad, no se extendió por toda Europa hasta el siglo XVI. En este mismo sitio hay en la pared de la izquierda una pintura que representa á San Cristobal con el niño á cuestas. Otra en la pared lateral de enfrente representa, si no recuerdo mal, á San Martin.

Tratándose de esta preciosa portada, lo mejor de la Catedral de Orense, llama desde luego la atencion el nombre que la dán de *Paraiso* que, segun unos, proviene del que podriamos llamar Pa-

raiso Celeste, que forma el coro de Bienaventurados á un lado y otro del Señor. ¿No fuera mejor decir, que debe el nombre al maestro Mateo Paradiso, que era el arquitecto por los años de 1217? Era el referido maestro, artista insigne, y por entónces construyó una torre en el famoso puente, llamado por antonomasia de Alcántara, que tiene Toledo sobre el Tajo. El Paraiso de Orense es, si bien inferior en importancia y tamaño, precioso recuerdo de la célebre *Gloria* de la Catedral de Santiago.

El coro ocupa el centro de la nave principal, como en todas las catedrales de España, y destruye en gran parte, como por todas sucede, el grandioso efecto de las esbeltas ojivas. La sillería es digna de atencion por sus esculturas, y en frente de su verja está la que cierra la capilla mayor, que es del Renacimiento, bastante buena, y tal que por sí sola mereceria descripcion aparte. El crucero, aunque muy de léjos, recuerda el hermosísimo de la Catedral de Burgos.

V.

Entre la Catedral y Santa María la Madre, bien puede asegurase que está la vida de la ciudad de Orense. Entre ambas yace como ya he dicho, ocupando el lugar de los antiguos cláustro y cementerio, la plaza de Abastos ó de la Verdura. Al lado de la misma Catedral está la del Trigo, con la Fuente Nueva. Separa á estos lugares, de la Plaza Mayor de Orense, larga manzana de casas, que forma uno de los frentes de la referida plaza. Tiene esta otros dos frentes, sobre arcos, ocupando el que queda la casa del Ayuntamiento, de piedras sillares, sobre cuya puerta principal hay un escudo de armas bastante bien labrado, y otro en la fachada que dá á la calle de la Barrera. Paralela, ó cosa parecida, hay una calle que separa el Ayuntamiento del Palacio Episcopal, sin duda el *Episcopio*, fabricado por el sábio Obispo Lorenzo, de quien se cree fué electo en 1219, y en su tiempo se renovó y engrandeció la antigua Catedral. De ser así, á principios del siglo XIII es cuando se edificó la parte antigua de este Palacio, en especial el pequeño cláustro por donde se va á Santa María la Madre. Los restos que en él se conservan son, cuatro arcos románicos á la derecha de la puerta, y otro á la izquierda, pequeños, de graciosa

forma y sostenidos con esbeltas columnitas de variados capiteles. Tambien hay alguna que otra ventana que divide en dos una columna, y los huecos de cada lado, en vez de tener forma de arco, vienen á tenerla invertida, como si hácia el medio de la cimbra se fueran á desprender las piedras, ó más bien como en busca estas de la columnita, que nuevamente habia dividir en dos aquella parte de la ventana. Un arco de resalto en la misma pared abarca todo. Restos de ventanas por el estilo se ven tambien en el lienzo exterior del palacio, que forma ángulo con la fachada principal de Santa María la Madre. Por este sitio el desnivel del terreno ha hecho trocar la calle en escalinata de piedra, que baja desde la portada de la iglesia hasta el nivel de la Plaza Mayor.

Descritos estos lugares, no es ya posible pasar en silencio parte, al ménos, de lo que por ellos se ve. La escalinata viene á ser el Rastro de Orense, donde se vende, como en el de Madrid, especialmente lo viejo, así en ropas como en libros, por desgracia estos últimos harto escasos.

El domingo acuden los *paisanos* de los alrededores que toman á Orense por su *villa* y en verdad que lo hacen por conquista. Desde muy temprano se llena la plaza de hombres vestidos en traje de dia de fiesta, empuñando la mayor parte descomunales paraguas de algodon, azules ó encarnados, y reunidos en grupos, de los cuales suelen tambien formar parte las mujeres, que si va á decir verdad, tienen, en lo general, ménos apariencia de aseo exterior que los hombres. Pocas cosas influyen en el aspecto de la mujer cual es su peinado, y como las Gallegas del campo prescinden de él tan á menudo, no es mucho que parezcan poco amigas del aseo y compostura propios de su sexo. Es la aldeana gallega robusta y á propósito para toda faena campestre; hila mucho, cose poco y no zurce nada, prefiriendo remplazar la tela usada y rota con otras recien hechas; mas como eso, no siempre se logra, fuera mejor que no mirasen con tal despego á la aguja, olvidándola del todo por el huso.

Desde luego llama la atencion el ver no pocos hombres, robustos al parecer y de buena apariencia, con *paperas*, defecto físico, que así se halla en Holanda como en Sumatra, y en Africa como en Galicia, de suerte que no es fácil decir de qué causa proviene.

Desde luego se llevaria gran chasco quien creyese ver á los Gallegos de Orense con montera. Apénas se vé alguna que otra,

poco airosa y desmedrada, y aun esas vienen de bastante léjos. Nuestros Gallegos llevan sombrero portugués de ala ancha, chaqueta de paño pardo, faja de colores, especialmente encarnada, y el hórrido pantalon moderno, tan contrario á la estética. Tambien se engañan los muchos Españoles que creen bastante para hablar en gallego trocar en *ues* todas las *oes*, inclusas las finales, modo de hablar, no mejor ni peor, pero en el cual se llevan la palma los Asturianos. Cierto que éstos y los hijos de Galicia tienen calidades no poco parecidas, pero tambien otras diferentes y aun opuestas. El Gallego ántes se da á conocer por el acento que por el uso de las vocales, sin decir por eso que no haya en él grande inclinacion á cambiar la *o* en *u*.

Con todo eso, *à tout seigneur, tout honneur*, y en esto de usar y aun abusar de la *u*, los Asturianos se llevan la palma, tanto, que, aun ellos mismos hacen burla de sí propios en el siguiente cantar:

Pedru Mederu en la villa de Grau (Grado)
tiene la flauta colgada d'un clau (clavo)
Pedru Mederu ¿por qué non toques?
Porque non quieru dar gustu á les mozes.
¿Por qué non toques Pedru Mederu?
Porque non quieru, non quieru, non quieru.

El Gallego prefiere decir *señoritin* ó *señoritiño*, al *señoritu* que los Asturianos paladean; pero en cambio, *canta* como nádie, llegando á maravillarse de que no lo hagan los Madrileños, á lo cual él llama acento de Madrid. Así, amigo Juan García, me he visto más de una vez con acento, cuando, presumiendo de cortesano, imaginaba no tener ninguno. Miéntras en estas consideraciones me he detenido, hombres y mujeres de las aldeas comarcanas acaban de inundar á Orense. No ya al centro de la plaza; pero ni la de Abastos ni la del Trigo, son suficientes para recibir la irrupcion que se extiende por todos los soportales, prefiriendo la calle de la Gloria, que así llaman cariñosamente los amantes del vino á la de Arcedianos. Allí, en efecto, echan *gloriosos* tragos, y se hacen por poco dinero con sendas borracheras los muchos devotos de Baco nacidos en la region de Orense, donde la vid abunda y produce sabroso vino, que á estar bien hecho, algo más habia de valer que el de Burdeos. En los siglos anteriores subian los Ingleses Miño arriba hasta Rivadavia, donde compraban el entónces, dentro

y fuera de España, famoso vino del Rivero, y eran, en verdad, notables las medidas y precauciones que se tomaban para que el trato de aquellos herejes no infestara á los aldeanos de la tierra.

VI.

Cada vez que tocan las campanas de Santa María la Madre, suben por aquella escalinata multitud de hombres y mujeres del campo, que formados en columna cerrada ocupan la iglesia, y ¡ay del mísero que no ha sabido á tiempo apercibirse contra aquel alud humano en algun rincon, hueco de altar ó cosa parecida! pues los recien llegados forman una piña humana, tan espesa y compacta, que el empuje de los que van entrando inclina á los primeros que encuentra, doblega á los de más allá y hace caer de bruces á los que están inmediatos al altar mayor. Eso sucede al principio, pero cuando la iglesia se ve llena de aquellos robustos vástagos de Suevia, á cuyos padres llamaba Julio César por su fuerza y estatura *immani corporum magnitudine*, no pueden ya caerse, porque la falta de espacio lo estorba, pero se les vé ceder acá y allá en diversas y aun encontradas direcciones, como las espigas de inmenso campo de trigo ondean á impulso del viento. Cierto que el espectáculo, para quien le tiene ante sus ojos por primera vez, es tan original, que distrae y quita en gran parte la devocion con que todo cristiano debe atender al Santo Sacrificio de la Misa.

Acabada esta, se agolpan todos en monton, tratando de salir, y al verlos empujándose mútuamente, sin ofenderse por ello, ántes haciendo unánime esfuerzo por salir adelante, de seguro recordaria un valiente escocés á los hijos de su raza, gritando: *shoulder to shoulder!* (hombro con hombro;) voz de guerra y de union de los hijos del Norte contra el enemigo que, por cierto, denota un modo de combatir enteramente opuesto al de los guerrilleros del Mediodia.

Bien podrá parecerle á alguno pretension infundada, comparar á los hijos de Galicia con los de Escocia. Han sido tales y tan sangrientas las burlas contra Galicia, que á veces, no es posible en lo humano defenderla, sin acometer al contrario. En nuestro aislado patriotismo, somos los Españoles los únicos Europeos que aún nos ofendemos con que se ponga tacha, no en los hombres, sino en la

tierra en que hemos nacido. Cierto que en Galicia, el clima, el suelo y aun el hombre difieren del resto de España: semejante diferencia podrá dar ocasion á chanzas de ignorantes, pero jamas de aquellos que estudien una cosa ántes de hablar de ella.

"Yo pensé que era un hombre,
y era un gallego."

Tal es el resúmen de la opinion del vulgo en ciertas provincias de España respecto de Galicia. Tienen los pueblos épocas desventuradas, durante las cuales su propio nombre cási equivale á una injuria. «Primero me vuelva inglés.»! (*May I become an Englishman.*) «Me teneis por inglés?» (*Do you take me for an Englishman.*) Tales eran las imprecaciones de un caballero Normando en tiempos de Ricardo I de Inglaterra. Pues bien, con razon observa Macaulay que el descendiente de aquel caballero fundaba su orgullo, á los 100 años, en llamarse Inglés. (*History of England from the accesion of James II, By Thomas Babington Macaulay. Vol. I.*)

El idioma gallego, hoy sólo usado en la misma Galicia por la gente del pueblo, lo fué mucho tiempo con preferencia al castellano en la misma corte. Véase el llanto de D. Alfonso el Sexto, segun Sandoval, *en el lenguaje que entónces usaba.* «Ay meu fillo! Ay meu fillo! Alegría de mi coraçon et lume dos meus ollos, solaz da miña vellez: ay meu espello en que yo me soyia ver, et con que tomaba moy gran placer. Ay! meu heredero (herdeiro) mayor; cavalleros hú me lo dexastes? Dadme (dádeme) meu fillos condes!»

Sandoval, que en tan buenas fuentes bebió, conserva, aunque no siempre en gallego, las palabras del desventurado padre, cuando supo la derrota de Uclés, en que habia muerto su hijo D. Sancho al lado de su ayo el buen Conde D. Gomez de Cabra. En aquel momento solemne, en que tomado Uclés por asalto, amenazaban los Almoravides con nuevas derrotas é irreparables desventuras á los Cristianos, no contestaron los Condes á las palabras de D. Alfonso, porque, ó habian muerto, ó no tenian fuerzas con que hacerlo; pero contestó Galicia. Entónces, hé dicho en otra ocasion, y lo repito ahora,—y cual si las propias palabras del rey hubiesen hallado una por una eco en los montes de Galicia, salió de esta ejército poderoso que estorbó el paso á los Almoravides vence-

dores. Tal era la representacion de Galicia por aquellos tiempos: tales eran su aliento y poderío.

Hoy cantan los *gatos* de Madrid lo siguiente:

"Los Gallegos en Galicia
Son Regidores y Alcaldes,
Y cuando á la Corte vienen
Son barrenderos de calles."

Barrenderos de calles eran por las de Paris los hijos de Alemania, y hoy son amos, no sólo en su tierra, pero en Francia. No se trata de hacer dueño de España á nádie por medio de alguna nuevá entrada de Celto-Suevos, que regeneren á los bastardeados hijos de Iberia; pero, al cabo, al cabo, sépase lo que la inmensa mayoría de los Gallegos se empeña en ignorar, y es, que el dia en que á ellos les plazca ejercer grande influjo en la Península, tendrán cuanto deseen, con tal de mostrar una cosa, que, hasta ahora sólo han mostrado para devorarse mútuamente á pleitos. Esa cosa, que tienen y practican todos los pueblos enérgicos, se llama VOLUNTAD.

VII.

Saltando de acá para allá, y viendo de no cansar con exceso al lector, haciéndole detenerse mucho tiempo en largas descripciones, bien podemos tornar á la Catedral, ántes de despedirnos de ella por completo. Ya he mencionado lo más importante que posee en sus naves. La capilla del Santísimo Cristo Crucificado, patronato del Conde de Taboada, llama la atencion, en primer lugar, por su devota imágen, tan querida y respetada de los Orensanos, y luego, sino por su buen gusto, por la profusion de adornos del pasado siglo, que cubren de arriba abajo las paredes. Más importante es la de San Juan Bautista, reconstruida por el Conde de Benavente el año de 1469, en desagravio de las profanaciones que la Catedral padeció, cuando las guerras entre la casa del referido Conde y la de Lemos. Epoca gloriosa fué, en verdad, la del Obispo Lorenzo, de quien vinieron á ser contemporáneos D. Rodrigo, fundador de la Catedral de Toledo, y el inglés D. Mauricio, de la de Búrgos, miéntras se fundaban las catedrales de Osma, Astorga y otras várias. Tiene la de Orense, en lo interior 147 piés de una puerta á otra del crucero; 249 desde el altar mayor á la Puerta del Paraiso;

desde el suelo á la cúpula 98 piés; á la bóveda de la nave principal 63, y ésta tiene, además, de ancho, sin las columnas, 26 piés.

Cean Bermudez, en las *Noticias de los arquitectos* y *Arquitectura de España, desde su restauracion, por Llaguno y Amírola, ilustradas y acrecentadas con notas, adiciones y documentos por el referido Cean* (tomo I, Madrid, Imprenta real, 1829, págs. 41 y 42); dice que las naves y puertas de la Catedral de Orense, están adornadas con mucha escultura. Pero no advierte que la fachada principal queda (por desgracia) á tal altura y en tan estrecha calle, que apénas se puede ver, alzando la cabeza con notable molestia. Cierto, las dos puertas laterales merecen verse, mas la fachada principal con sus tres puertas que corresponden á las naves interiores, deberia tener ante sí ancha calle ó plaza, á la cual se descendiese por una escalinata digna á la par del hermoso templo y de la ciudad de Orense. Los arcos y adornos de la fachada principal, así como de las puertas laterales, son de carácter románico, lo cual sucede en no pocos edificios de Galicia, relativamente modernos. A pesar del escaso efecto que produce la hermosa fachada puesta allá en lo alto, á modo de nido de pájaro, todavía es peor el que causa la torre con su moderno revestimiento. Dicen, que tal como ántes se hallaba, era inminente su ruina. Mejor fuera derribarla, que labrar al lado de la elegante fachada, el pesadísimo mazacote, con pretensiones de arquitectura á lo Herrera, puesto que allí, no es, como diria un andaluz, sino un verdadero desastre.

Bien pueden los blancos de América, dueños de aquel territorio merced á España, romper con toda tradicion anterior ajena á su raza. Nosotros, acá en Europa, no podemos cometer semejante desatino sin suicidarnos. El Americano, cuando quiere tradicion, no tiene sino volver los ojos á sus padres—que son los nuestros—y disponer de cuanto grande, útil y glorioso ha ido allegando el europeo durante centenares de años. Y pues el primero se vé obligado á mirar aquende el Atlántico, mucho más de lo que imagina, ¿fuera justo que nosotros asolásemos la herencia de nuestros padres? ¡Cuántos monumentos, objetos de arte y aun libros que el presente siglo se ha gozado en aniquilar criminal y vergonzosamente, fueran de otro modo á las generaciones venideras mudo ejemplo de las nobles calidades de nuestra raza!

Tal sucede todavía con la Catedral de Orense, que á semejanza de la mayor parte de nuestros antiguos templos, encierra en sí

grandes lecciones de arte y de historia. Muerta Italia á manos de la centralizacion y lujo de Roma, quedaron España y las Gálias, *alma del Imperio*, segun las llamaba el Emperador Claudio II. Más poderosa aquella administracion, sábiamente abrumadora, que tan torpemente nos empeñamos en imitar hoy dia cási todos los pueblos europeos, más poderosa que la energía de Galos y Españoles, fué cubriendo las tierras de unos y otros de *Latifundia*, campos desiertos y eriales, de donde huia la poblacion, abrumada por el impuesto.

Aquello que los señores del mundo llamaban *Romanitas*, por ser suyo, así como *Barbaria* á cuanto no lo era, fué haciendo con todo el Imperio lo que la moderna centralizacion promete hacer con la moderna Europa. Exánimes España y las Gálias, mal resistieron las otras provincias, y aniquilado el hombre por el poder central, que á semejanza del sol abrasador habia logrado frutos excesivamente tempranos, viniendo en seguida irreparable esterilidad, quedó el Imperio dividido, digámoslo, en dos. Era el primero, el legal, mantenido por las autoridades. Formaban el segundo los *Bagaudas*, hombres á quien la bárbara crueldad con que se exigian y sacaban los tributos, la mala fé de jueces prevaricadores y aun el temor de ser *curiales*, esto es, de formar parte de los Ayuntamientos; tan agobiados por el poder central, que aun del completo cobro de la contribucion tenian que responder; huian al campo, y formando cuerpos de bandoleros, llegaron á reunir ejércitos poderosos que más de una vez afrontaron á los soldados imperiales. Por todos lados se desquiciaba aquel Imperio Romano, que tan á menudo se ha supuesto caido á impulso de los pueblos germánicos, cuando estos no hicieron sino mantener mucho tiempo con sus robustos hombros como soldados y aun como emperadores el ruinoso edificio.

Llegaron las grandes oleadas de Germanos, y extendiéndose por toda Europa, fueron despertando en los corazones de aquellos Galos é Iberos degenerados, la energía y dignidad olvidadas.

Señorearon el territorio de Orense los Suevos. Ya nos lo recuerda la historia de la Catedral. Vinieron después los Musulmanes, y el silencio, ó mejor, la falta de toda relacion durante largo tiempo lo acredita, hasta que en 832 aplicó Alfonso *el Casto* nuestro territorio al de Lugo, ¡que en tan triste estado debian de hallarse las ruinas de Orense!

*

Aquellas *Warmsee* (*aquae urentes*) aguas calientes, Burgas, es de creer no quedaran nunca del todo desiertas, aunque Cristianos y Musulmanes asolaran la poblacion para dañarse mútuamente. Así hicieron los últimos después de quitársela á Ordoño I, que la habia conquistado, hasta que Alfonso III *el Magno* (866-910) aseguró la posesion de Orense, tomando á Coimbra, y la repobló nombrando Obispo á Sebastian, por los años de 877-881.

Aquí, amigo Juan García, se detiene mi péñola, deseosa de volar á otras regiones. No voy escribiendo *Guia del Viajero*, sino *Apuntes*. Con todo esto, habrá más de un Orensano que me moteje, por no haber descrito ya las famosas *Burgas*, cuando bien puede decirse que á ellas debe Orense su orígen y acaso el nombre, como no há mucho, he indicado.

Pero las Burgas, ántes se sienten que se describen, en especial poniendo en ellas la mano, pues su temple tiene la *friolera* de 54 $^2/_9$ grados Reaumur. El sabor del agua, cuando fria, no es desagradable, y sólo hay en ella un poco carbonato de sosa y ácido carbónico. Son tres los manantiales; Burga de Arriba, que llena una olla de 36 cuartillos en ocho ó diez segundos; Burga de Abajo, que dá á un estanque de 120 varas cuadradas, lavadero de Orense; y Surtidero, donde en un abrir y cerrar de ojos, se lavan tripas, pelan manos, despluman aves y otras cosas, sin más gasto que el de calentarse las manos un poco más de lo justo.

Orense tiene algunas iglesias modernas, ántes notables por el tamaño que por la belleza. En su lugar, debe verse la parroquia de la Trinidad, con dos torres circulares á entrambos lados de la entrada, y ésta, así como otra lateral, es románica. Lo interior está formado de anchos arcos ojivales, asaz maltratados, só pretexto de modernizarles. La crestería exterior es tambien de gusto gótico. Nada en su actual forma acredita que haya sido iglesia de Templarios, como suele decirse en Orense.

Templo digno de estudio, en especial el magnífico patio rectangular de su antiguo convento, es el de San Francisco, y pues hoy sirve de cuartel, unámonos, Juan García, y los pocos que sinceramente amamos en España el arte, para pedir al ejército, y en especial á cuantos jefes y oficiales manden fuerzas aposentadas en San Francisco, que se miren como en las niñas de sus ojos en aquellos hermosos claustros románicos, de arcos sostenidos sobre

columnas apareadas, de graciosos y variadísimos capiteles, éstas, y de soberbio aspecto el conjunto.

Como un kilómetro al Norte de Orense corren las aguas del Miño, el rio más importante de Galicia, y uno de los principales de España. Crúzale hermosísimo puente, reedificado en 1230 por e Obispo Lorenzo, y reparado en 1449 por el prelado de la misma diócesis D. Pedro de Silva. El magnífico arco del centro tiene 156 piés de pilar á pilar, y 135 de alto. Ninguno de su tiempo, y aun mucho después, le aventaja en España, pues el de Almaraz tiene únicamente 150 piés de pilar á pilar, y el de Alcántara 94.

Suelen decir los labradores que le fabricó el Diablo. Personas ménos inclinadas á lo sobrenatural, le atribuyen á Trajano. Es posible que éste ó algun otro Emperador labrase aquí un puente, por ventura reedificando alguna obra anterior, que ya los Fenicios habian hecho calzadas por todas partes, y aun por la misma Inglaterra, tan apartada entónces y exenta de cultura.

En invierno, cuando todas las corrientes de esta region aumentan los rojizos raudales del Miño, ó en verano, sobre todo, como en el presente, que tan largo ha sido, cuando las aguas dejan en seco buena parte del cáuce, siempre desde lo alto del puente, y miéntras pasan por bajo de la gallardísima ojiva de su arco central, con ráudo y atropellado murmullo, con lento y silencioso andar, gran parte de las aguas de Galicia, amor y respeto causan en todo pecho bien nacido los recuerdos que, á la par de la majestuosa corriente, parece como que descienden de las enhiestas alturas que el rio ha franqueado, y de las que vá apartando más adelante con poderoso empuje, hasta llevar sus aguas al Océano.

Dolor causa en verdad estar en Orense, y no ver á Santa María de Melias, pátria del ilustre Feijóo, hallarse en la diócesis y no detenerse en Monasterios como el de Melon, que aún conserva en su iglesia restos de arquitectura antigua, en San Clodio, en Osera, en Celanova, el más rico y principal de Galicia, al presente colegio de escolapios, en San Pedro de Rocas, en Santa Marina de Aguas Santas, en Junquera de Ambía, Junquera de Espadañedo, Montederramo, San Estéban de Rivas de Sil, San Julian de Samos y otros lugares y edificios que apénas me queda espacio para mencionarles. De Santa Clara de Allariz ya he hablado, pero son tantas las quejas que algunos amigos mios, hijos de Orense, me han ado á causa de un acento, que es fuerza insistir en que la prime-

ra parte se publicó estando su autor ausente, con lo que no tiene reparo en asegurar que él no ha llamado jamas á *Allariz*, *Allériz*.

De esta manera me despido por hoy de mi buen amigo D. Amós Escalante, á quien ruego haga entender á Juan García, que podrá haber en mí enfermedad ó desgracia, pero dejadez y poco deseo de cumplir lo prometido, jamas.

Otro dia, siguiendo el vuelo por nuestra deleitosa region gallega, quizá veamos resucitar de entre las arruinadas piedras de sus castillos feudales, una raza de hombres enérgicos y animosos, que atentos á la honra de caballeros y á la fé jurada, guerrearon en Galicia hasta perder vida y bienes, en pró de la legítima Reina de España, Doña Juana, hija infeliz del menguado Enrique IV de Castilla.

(*Se continuará.*)

FERNANDO FULGOSIO.

EL MATRIMONIO CIVIL.

La institucion del matrimonio civil se discutió en su dia con gran profundidad y saber en nuestra Asamblea Constituyente; tomaron parte en el debate insignes oradores, y éste se hizo empeñado y fué grave y solemne en algunos momentos. La prensa se ocupó tambien de su exámen, y un escritor distinguido, un jurisconsulto de primer órden, mi insigne amigo el Sr. D. Francisco de Cárdenas, dió á luz después un folleto en que trató magistralmente la materia bajo su aspecto católico y legal.

Dar novedad á estos debates, citando textos y haciendo vano alarde de largos estudios en la historia de la Iglesia, sería temerario empeño ó muestra de presuncion, y líbreme Dios de estas malas tentaciones; pero el matrimonio civil no se ha discutido aún bajo su aspecto social, no se ha discutido verdaderamente bajo el punto de vista de la familia, y en este doble certámen cabe resolver más de un problema.

Primeramente: Cuál es el carácter de esta institucion?—¿Es un progreso de nuestro tiempo?—¿A qué fin social ó político responde entre nosotros?—¿Qué necesidad suprema viene á satisfacer su introduccion en estos momentos?

Cuestiones son estas que merecen toda nuestra atencion.

En los debates de la Asamblea Constituyente se hizo muchas veces con tanta solemnidad como candidez la siguiente pregunta: *El matrimonio es contrato ó sacramento*? Como si esto pudiera ser un problema, como si no tuviera una sencilla contestacion.

El matrimonio para los católicos es *sacramento* y *contrato*, las dos cosas á la vez. Para la filosofía y la ciencia el matrimonio es

un contrato *natural* y un contrato *civil*, pero es tambien esencialmente un *acto religioso*. Tiene este triple carácter; no es *más*, pero tampoco puede ser *ménos*.

Demostracion:

El matrimonio tiene su causa impulsiva en el poderoso atractivo de los sexos, en esa tendencia universal de nuestra especie á reproducirse y perpetuarse, y bajo este aspecto es un contrato *natural*; pero lo es además porque en su orígen como en su esencia es un *acto de la voluntad*, es la obra espontánea del consentimiento de los contrayentes. Lo que hay es que la sociedad se apodera de este hecho y le sanciona y le protege y le regula jurídicamente en sus efectos, y de aquí el contrato *civil*; la Religion le santifica, y de ahí el acto religioso; y es que el matrimonio se distingue esencialmente de todos los otros actos humanos en que interviene la voluntad por el carácter perpétuo é indisoluble de los vínculos que le constituyen; que no de otro modo podria responder esta institucion á los fines elevados de la familia, base fundamental de la sociedad.

Así se observa que el matrimonio religioso aparece como un hecho universal en todas las edades. Registrad la historia, escuchad la tradicion, deteneos ante las narraciones de los viajeros que han recorrido las comarcas más desiertas y más salvajes del globo, y en todas partes os encontrareis con el mismo fenómeno; en todas partes el sacerdote bendiciendo el tálamo nupcial. Se celebrará tal vez el matrimonio con ceremonias ridículas y extravagantes; será un Dios inmundo, material, grosero, el objeto de su culto; pero será siempre un Dios, un culto, un altar, una fé lo que vendrá á consagrar la union de los esposos; siempre la intervencion de la Divinidad en la celebracion del matrimonio, y es porque sin el auxilio de la religion la mente humana no concibe bien la idea de este lazo misterioso, que une perpétuamente á dos séres en la felicidad como en el infortunio para dejarles sólo en la tumba.

Por eso el matrimonio civil no aparece en la Europa moderna hasta la Revolucion francesa de 1789, aunque desde entónces está admitido en Francia y en otros pueblos cultos de Europa; existe en Portugal, y una ley novísima votada y sancionada por las Córtes Constituyentes le ha consagrado en España.

De donde nace este segundo problema: ¿Es el matrimonio civil

un *progreso* de los tiempos modernos ó un *retroceso moral*? En nuestra opinion lo último.

El matrimonio civil, en que los esposos no se juran fidelidad ante los altares, no responde á ninguna idea elevada. Cuando este acto solemne no reviste á la vez el carácter de un acto religioso, no cabe invocar la santidad de la familia; faltan los Dioses penates que defiendan el hogar doméstico. Ni responde tampoco á los más bellos instintos de la mujer. La mujer honrada sólo ante Dios puede hacer el sacrificio de su pudor y elevarse dignamente al honor de ser madre; y el pudor es un sentimiento innato en las mujeres, como es tambien el primero de sus encantos, el que más las enaltece, el que inspira en su alma esa timidez y debilidad, calidades de alto precio, que con las gracias de la persona dan al bello sexo esa mágia poderosa que establece su influencia, más que su influencia su dominacion; y no hay que exigir á la mujer cristiana, no hay que pedir á la jóven honrada y pudorosa el sacrificio de esa pureza primitiva de su alma en nombre sólo de un humano interes. Solamente cuando se le hace comprender que con este sacrificio obedece á los designios de Dios en la propagacion de la especie, cuando se familiariza con esta idea, se resigna con su destino, y da su mano sin vergüenza y hasta con orgullo al hombre de su cariño y de su predileccion; solamente á favor del sentimiento de un deber religioso, es como tiene fuerzas para abandonar la casa paterna; así tambien la madre que llora en el fondo de su alma esta separacion, y el padre que la autoriza, consienten en ella con amargura, pero sin humillacion ni remordimiento. Y así únicamente el matrimonio es orígen fecundo de grandes virtudes domésticas; la virtud de la honestidad, la virtud de la abnegacion y del sufrimiento. En tanto que el matrimonio civil, principiando por humillar la dignidad de la mujer, apénas si se distingue de la vergonzosa mancebía, del concubinato, y rebajando la institucion á las condiciones de un contrato comun ó tal vez de un negocio, despoja á la familia de su carácter patriarcal y debilita la autoridad paterna; y la familia moderna, harto dispersa ya en los pueblos de Europa por un conjunto de causas lamentables, acabará, merced al matrimonio civil, por la relajacion de todos los vínculos, tal vez por la degradacion universal.

Y no es posible prescindir de este aspecto social de la cuestion, porque es inmenso y de inmensa trascendencia.

El matrimonio en su orígen y en el acto de su celebracion, es obra de la voluntad y del consentimiento de los contrayentes, es verdad, pero un *instante después* el acto de la contratacion desaparece, y surge la familia, y se levanta este hecho social que dá orígen á otra série de hechos importantísimos que forman en su unidad y en su conjunto la más alta de las instituciones humanas. *La familia* sí, que no es, como tal vez se cree, la agrupacion numérica de los indivíduos que la forman en un momento de actualidad. La familia no es simplemente la asociacion de unos cuantos indivíduos, pocos ó muchos, con sus gerarquías domésticas que comienzan y se desenvuelven en el padre por su autoridad, en la madre por la magia de sus encantos ó por el poder de los afectos, en los hijos por el respeto y veneracion á los autores de sus dias y en los parientes laterales por la comunidad de nombre y de intereses: *Nó*. La familia actual que se forma de las generaciones existentes, no es más que un anillo de la cadena que la une con las generaciones que pasaron y que ha de unirla con las generaciones que vienen. En la familia hay la memoria querida de nuestros mayores, hay la honra de un nombre, y por eso más que un hecho material, tangible, es una abstraccion, una idea, un sentimiento, vigoroso como el sentimiento de la pátria, como el de la propia nacionalidad.

En el seno de la familia vive el hombre, además, la vida individual, la vida íntima, porque en el santuario del hogar doméstico se refugian los afectos más queridos del alma y los recuerdos más vivos y más dulces de nuestra existencia. La familia es el asilo á que el hombre se acoge en las adversidades de la suerte; en la familia se guardan como en sagrado depósito los timbres de la casa, y se ocultan las flaquezas de la vida, y el hogar doméstico que es inviolable, sagrado, necesita estar defendido, como los muros de Roma, por el poder incontrastable de las ideas religiosas. En la familia, en fin, nacen y se fortifican las primeras ideas de la virtud y del valor, del sacrificio, del amor á la pátria y de la abnegacion; en la familia se forman los *mártires y los héroes*.

Y ante este hecho social, inmenso, ¿qué queda ya del acto primitivo de la celebracion del matrimonio? ¿Qué significa el acto de la contratacion, ni qué son la voluntad y el consetimiento de los contrayentes? Un débil y pálido recuerdo; nada para la filosofía y la razon, ménos para la realizacion del derecho; pero si

algo resta, es la memoria del juramento que escucharon las bóvedas del templo, y que el sacerdote consagró ante el altar impetrando para los esposos las bendiciones del Cielo.

CONCLUSION.

El matrimonio civil no responde á ninguno de los fines elevados de la vida humana.

2.° Problema:

¿Responderá, tal vez, esta institucion entre nosotros á un fin político, ó á una suprema necesidad social?

Examinemos este nuevo aspecto de la cuestion, que es tambien de altísima importancia.

Para los apologistas del matrimonio civil su introduccion en nuestra legislacion es en primer término la consecuencia *necesaria de la libertad de cultos* establecida en la Constitucion del Estado; es en segundo lugar la *revindicacion* que hace el poder temporal de las funciones que le corresponden enfrente de las *usurpaciones* de la Iglesia, y responde por último á una *necesidad suprema* y á un *principio moral.*

Si es esto la verdad, tenemos la desgracia de no comprenderla.

La institucion del matrimonio civil no es la lógica fatal del principio que establece la libertad de cultos. La libertad de cultos impone á los Gobiernos la necesidad de admitir el matrimonio religioso celebrado ante los Ministros de todas las confesiones toleradas y segun los ritos de cada una; pero no más. La libertad de cultos no es el ateismo, no es ese materialismo grosero, que despoja al hombre del bello ideal de su alma, de ese bello ideal que enaltece nuestro sér, que crea y diviniza el arte, y que establece nuestra superioridad sobre la tierra; y la Constitucion de 1869 es *librecultista*, pero no *atea.* Acepta en su artículo 21 el hecho de que muchos extranjeros residentes en España no profesen la religion católica, y transigiendo con este hecho, les permite el culto público de su Dios y de su fé. Acepta tambien la posibilidad de que algunos Españoles, *no muchos*, profesen otro culto que el católico, y les hace de igual condicion que á los extranjeros; pero no va más allá, ni siquiera sospecha la existencia de extranjeros ó Españoles que, negando á Dios, renieguen á la vez de la excelencia de nuestro sér. Como que la libertad de cultos no se escribió en nuestra Ley fundamental

porque la necesitaran para algo los Españoles por ser muchos de ellos anticatólicos: se escribió para matar, ó contrarestar á lo ménos, la intransigencia de una parte de nuestro clero y la exageracion de la intolerancia religiosa en el último reinado por causas que no hay para qué explicar; y contra esa tendencia de una teocracia violenta, cási insolente, se proclamó esa libertad de cultos, que por lo demás los Españoles no echábamos ménos para nada.

Con ménos razon aún se pretende que el establecimiento del matrimonio civil es un acto de *emancipacion*, la *reivindicacion* que hace el poder temporal de funciones que le tiene usurpadas la Iglesia.

Así, sin embargo, lo sostuvo en la Asamblea Constituyente el Sr. Mártos, trayendo en su abono el ejemplo de Francia y otros pueblos de Europa, que, segun él, han introducido en sus leyes y en sus costumbres esta institucion para no tolerar por más tiempo esta mengua del poder temporal y de la dignidad del Estado.

Antes de examinar á fondo esta cuestion, veamos lo que hay de verdad en esta teoría, porque si es cierto que el matrimonio civil nació al calor del ateismo frances en el vértigo de su primera revolucion, algo en efecto parece decir en su favor el hecho de que al restablecerse en Francia el culto católico, y con él el fervor de las ideas religiosas, ó, por lo ménos una saludable reaccion, el Imperio, sin embargo, le mantuviera en sus Códigos y la Iglesia le tolerara en el Concordato de 1801; algo tambien que la Restauracion le respetase más tarde, y algo, finalmente, que Bélgica, Italia y otros pueblos le hayan escrito en sus leyes; y necesitamos dar una explicacion á estos hechos históricos para contestar victoriosamente á este linaje de observaciones que tienen todas las apariencias de un poderoso argumento.

La impugnacion, sin embargo, es muy fácil con sólo un momento de reflexion. El primer Imperio no restableció el culto en Francia sino después de muchos años de revolucion y de trastorno, y ya para entónces el matrimonio civil se habia generalizado en la sociedad francesa. Unos le habian contraido dejándose arrastrar por la impiedad de su tiempo, y otros cediendo á una terrible necesidad en la desaparicion de todos los cultos, puesto que el matrimonio religioso no podia celebrarse ante la Iglesia en un

país que habia *deificado la razon humana*, y que le faltó poco para *deificar la guillotina*.

Merced á este concurso de causas y de circunstancias, cuando Bonaparte restableció el culto católico, millares y millares de familias francesas tenian su orígen en el matrimonio civil, y no era justo ni político romper estos vínculos. No podia negarse á los jefes de estas familias su autoridad, á las mujeres sus derechos, á los hijos su legitimidad, porque esto hubiera tenido mucho de inícuo y de impío, y hubiera producido el cáos y la confusion en la familia francesa.

La Iglesia católica en sus sentimientos de piedad y en su tendencia constante á perdonar todas las flaquezas de la vida, tampoco podia exigir del poder temporal estas medidas violentas, que habrian sublevado los sentimientos más nobles de la humanidad. De suerte que el Imperio y la Iglesia, que le ayudaba en esta obra de reparacion y de desagravio, cedieron en este punto á una necesidad imperiosa que les habia impuesto una revolucion sin ejemplo en los fastos de la Francia, á no ser que se pretenda que Bonaparte, al restablecer el culto católico y los poderes que le remplazaron, hubieran expulsado del territorio un medio millon de familias francesas, repitiendo los terribles ejemplos de nuestra historia en la expulsion de Judíos y Moriscos.

En cuanto á que Bélgica, Italia y otros países han escrito después en sus leyes el matrimonio civil, no dirémos más que una cosa, porque es pobre el argumento. Tambien le hemos escrito nosotros, y es que las ideas de la Revolucion francesa, vulgarizadas y extendidas en los pueblos de Europa, nos han contagiado á todos y han creado ese escepticismo fatal que en materias religiosas se ha apoderado del espíritu de nuestro tiempo.

No es en verdad que el poder temporal, estableciendo el matrimonio civil, haya vuelto dignamente por sus fueros, que fué toda la argumentacion del Sr. Mártos en la Asamblea Constituyente, y tambien el argumento Aquíles del Sr. Ministro de Gracia y Justicia, como si en esta materia el poder temporal tuviese algo que reivindicar para ejercerse en toda su plenitud y omnipotencia.

Corresponde, es verdad, al poder temporal la atribucion de regular jurídicamente los efectos civiles del matrimonio; ¿quién lo duda? Pero el poder temporal ha ejercido siempre esta funcion del modo más absoluto. Ha constituido y organizado la familia á su

manera; ha definido la pátria potestad, ha determinado los derechos de la mujer y de la madre, ha fijado la suerte de los hijos; y el sistema dotal, el régimen ganancial, la materia de reservas, el sistema de legítimas y mejoras, el de la herencia y la sucesion, la libertad de testar de algunos de nuestros fueros especiales, la tutela, el vínculo, todo, todo está regulado por las prescripciones de nuestro Derecho civil, reservándose únicamente la Iglesia la materia de dispensas é impedimentos. Pero ¿ha perdido algo el Estado porque la Iglesia concurra con el auxilio de su autoridad á la consagracion del matrimonio? ¿Cómo ni por dónde? Esto sólo ha podido decirse en un momento de delirio y de fascinacion.

Más certero, ó por lo ménos más deslumbrador estuvo el Sr. Madrazo, sustentando *viribus et armis* que la introduccion del matrimonio civil responde entre nosotros á un fin moral y á una necesidad fatal de nuestro tiempo, aunque afortunadamente este argumento no resiste tampoco al más ligero análisis.

Si no aceptais el matrimonio civil, nos decia el Sr. Madrazo y nos repetia el Sr. Montero Rios en la Asamblea Constituyente, condenais á los racionalistas á un celibato forzoso, á una mancebía vergonzosa, porque no podrán casarse, y si se casan, ha de ser haciendo traicion á su conciencia y violencia á su corazon, celebrando un matrimonio ante un altar y con los ritos de una confesion en que no creen ó de que se burlan. Y entónces ¡qué horror! ¡qué sacrilegio! qué abominacion en este acto de hipocresía!

Admirable argumento! ¡Qué cierto es que las inteligencias más privilegiadas se ofuscan cuando están dominadas por el espíritu de secta! ¿Qué sacrilegio, qué especie de abominacion puede cometer un racionalista, que queriendo contraer matrimonio, y respetando las leyes del país en que vive, se someta á las fórmulas y ritos que estas leyes exigen en el acto de su celebracion? ¿Hay en esto hipocresía, hay algo de vergonzoso é indigno, algo de violento y atentatorio á la conciencia humana, ó hay simplemente un homenaje de respeto y de sumision á las leyes del país? Por lo mismo que los racionalistas no creen en ninguna religion positiva, se prestarán sin esfuerzo y sin repugnancia á pasar por los ritos de un culto cualquiera, y no verán en este acto de sumision nada que les avergüence ni que rebaje su dignidad, sino más bien una muestra de respeto á la conciencia de los demás y las costumbres y creencias religiosas de un pueblo. Hacemos *jueces del campo* á los seño-

res Madrazo y Montero Rios. Cuando estos señores visiten una iglesia protestante, comenzarán por descubrirse respetuosamente ante aquel altar, á que no rinden culto en lo íntimo de su conciencia; y no serán hipócritas por eso, y al salir de aquel templo no sentirán ni vergüenza ni remordimiento.

Pero ¿por qué no *arrojar la careta* y acometer las dificultades de frente? Lo que hay de verdad después de todo es que la institucion del matrimonio civil entre nosotros obedece á otro pensamiento político, sirve á otro sistema que no es el de la Constitucion de 1869. Obedece á este otro principio: *la Iglesia libre en el Estado libre.* Obedece á esta teoría seductora, que sin exámen, sin conciencia, han aceptado muchos de nuestros hombres públicos; obedece á esta teoría peligrosa y absurda que ha tomado plaza en las esferas del poder, y desde ellas ha extendido fácilmente su funesto contagio en las capas inferiores de nuestro pueblo.

Si por desventura de nuestro país se proclamase alguna vez en él este principio, y *respetándole con lealtad*, se permitiera á la Iglesia católica frente á frente del poder temporal y perfectamente independiente de éste, abrir sus escuelas, restablecer sus institutos religiosos, extender el espíritu de asociacion á todas las clases, y ejercer el apostolado y la predicacion en todas sus formas, entónces sí que la absorcion del Estado por la Iglesia, ó por lo ménos la anulacion del poder temporal sería la obra de poco tiempo y una tarea más fácil que en los tiempos de Gregorio VII.

Para pensar de otro modo es menester desconocer la superioridad del sentimiento religioso en las muchedumbres sobre todo principio político ó filosófico, y más especialmente en estos pueblos de clima meridional, impresionables é idólatras hasta por las condiciones de su raza.

Una teoría política, por poderosa y fecunda que sea, un nuevo principio científico que revele un progreso en el estado de los tiempos, es siempre la creacion de una inteligencia privilegiada, que se difunde y generaliza pronto entre los hombres pensadores, pero que tarda mucho en llegar á las masas del pueblo, ó que tal vez no llega nunca, y si llega, es ya falsificado, porque el vulgo no le comprende fácilmente, y por lo mismo, ó la resiste, ó la acepta con una fé ciega, con la alucinacion de un fanatismo inconsciente.

Este fenómeno es de todos los dias. Aun en la Revolucion francesa, que fué grande hasta en el crímen, la fé ardiente de las

masas del pueblo en las teorías seductoras de igualdad y de nivelacion, de guerra á todas las aristocracias y á todos los cultos pasó tan brevemente, que no fué más que un *átomo* en el espacio como en el tiempo. Hoy se celebraban las fiestas y bacanales de la Diosa Razon, y unos cuantos años después el pueblo frances y todas las clases sociales, espantados de sus propios recuerdos, se refugiaban en el culto católico; y esta renovacion de la fé perdida, este arrepentimiento por lo pasado eran toda la esperanza de aquella sociedad que poco ántes, rompiendo con toda idea religiosa se habia emancipado de todos los cultos y se habia lanzado á todos los crímenes, á todos los desvaríos de la soberbia humana.

Y lo que sucedió en la Revolucion francesa sucederá siempre. La predicacion de ciertas doctrinas seductoras para las muchedumbres podrá halagar á éstas por algun tiempo y lanzarlas miéntras dure este vértigo de demencia á la realizacion de un futuro que no ha de llegar nunca para ellas; pero este fenómeno será fugaz y pasajero, *un eclipse de su conciencia.*

Tal es la suerte de todas las utopias, tal es la ley eterna de la humanidad, tal la superioridad del sentimiento religioso. Aun las ideas progresivas y venturosas que reflejan en el mundo un adelanto moral y material, son débiles, cási impotentes enfrente de este sentimiento, si luchan con él en la apariencia; y es que el sentimiento religioso es innato en el hombre, se extiende á todas las esferas de la sociedad, vive y se desenvuelve en todas las clases, desde la más alta aristocracia á las capas más inferiores del pueblo, y en todas con la misma fuerza; se hace sentir en los palacios como en la pobre choza del pastor y del mendigo, en los grandes centros de poblacion como en los puntos más apartados del territorio, en el retiro y la soledad de los campos como en el bullicio de las ciudades populosas. Allí donde existe un alma humana, en la celda del cenobita, en el desierto del ermitaño, allí la conciencia de la humanidad siente el poder incontrastable de las ideas religiosas.

Las esferas de la política, la órbita en que se agitan las escuelas filosóficas, son círculos concéntricos, pequeños, limitados enmedio del espacio universal que abarca el sentimiento religioso. Unos pocos hombres no más se dedican al estudio de las ciencias y de los sistemas filosóficos, y otros pocos siguen y observan de cerca este movimiento de las ideas que sólo se realiza en la parte

pensadora de una sociedad, miéntras que la idea religiosa abarca el mundo y se distingue por su universalidad.

Así se explican las trasformaciones rápidas y profundas que la predicacion de una idea religiosa ha producido en la manera de ser de la humanidad. Así Moisés, así Mahoma, así el inmenso poder del Cristianismo desde su revelacion. Antes de Jesucristo, el paganismo y todos los cultos de la antigüedad habian perdido su antoridad y su prestigio entre los filósofos griegos y romanos, que presentian la necesidad de una religion más pura, ménos material y grosera. Sócrates, Bruto, Caton, la escuela estóica, esta escuela que imponia como un deber el heroismo y el sacrificio, que se negaba á reconocer en el hombre ningun derecho, eran los sacudimientos de la conciencia humana, que rompiendo con el carácter material y grosero de todos los cultos conocidos, hacian presentir el triunfo del espíritu sobre la materia, el triunfo del deber sobre el interes y los placeres del epicurismo. El alma de Ciceron presentia ya el Cristianismo, y si no le presentia presagiaba la moral cristiana en la más inmortal de sus obras; y sin embargo, todo el poder de estos esfuerzos científicos, toda la elevacion de estas escuelas filosóficas no bastó para la regeneracion de aquella sociedad; apénas si se dejó sentir en la corte de Augusto, y los ídolos no cayeron hasta la aparicion del Cristianismo, de esta religion *verdadera*, pero que si no quereis que lo sea, será siempre infinitamente superior á todas las religiones conocidas, y á todo lo que los filósofos antiguos y modernos pensaron jamás y han pretendido *revelar al mundo.*

De lo dicho se deduce:

1.° Que el matrimonio es un contrato *natural*, un contrato *civil* y á la vez un acto *religioso.*

2.° Que el matrimonio civil léjos de ser un progreso, de que la civilizacion moderna pueda envanecerse, es un *retroceso moral.*

3.° Que el establecimiento del matrimonio civil no es la lógica del principio de la libertad de cultos, porque en nuestra ley fundamental obedece á mejores razones.

4.° Y por último, que no responde entre nosotros á ninguna necesidad suprema, á ningun fin social ni político.

Por desdicha es todo lo contrario. El matrimonio civil y tantas otras instituciones que se le parecen, y que dan á la civilizacion de nuestro tiempo un tipo, una fisonomía especial, revelan una

tendencia temible á debilitar las creecias religiosas, y con ellas el sentimiento del deber en las *muchedumbres*, que no tienen otro freno moral ni otra *nocion de derecho*. Pues que no se engañen los poderes de la tierra. Si seguimos así, no hay más que decidirse y elegir entre esta cruel alternativa: ó la idea de Dios y la virtud del sentimiento religioso influyendo poderosamente en todas las clases sociales, é inspirando á cada cual un espíritu de conformidad con su suerte; ó de otro modo la indisciplina social, la rebelion permanente en las masas y la inmoralidad en todas las esferas. No es posible salir de este dilema: *O Dios ó el palo*. O la idea de Dios vigorizando el poder temporal y sancionando la moral y el derecho, ó la *demagogia triunfante*, ó la *dictadura brutal de la fuerza*.

CIRILO ALVAREZ.

ESTUDIOS COLONIALES.

III.

Tristes consecuencias de que Cuba no haya sido tan seguida y observada de 30 años á esta parte en las evoluciones de su opinion como no ha dejado de ser ponderada en el desarrollo de su material riqueza.

Importancia política de Cuba.—Su olvido cási hasta la conclusion del anterior siglo.—Nuevas miradas sobre su valiosa grandeza por las Córtes españolas al principiar el actual.—Su espíritu nacional por estos dias.—Ostenta el mismo sentimiento hasta 1820.—Desde esta época comienza á sufrir un extraño y pernicioso influjo.—Aparece este mal como extinguido á la muerte de Fernando VII en 1833.—Efusion de sentimientos patrióticos entre insulares y peninsulares hasta 1837.—Renacimiento, aumento y desarrollo del espíritu anti-español hasta 1868.—Sus resultados y causas que han ocultado su curso.

Al comenzar esta Introduccion, he dejado ya manifiesta la envidiada situacion de la gran Isla de Cuba allá en el mar de las Antillas y en medio de las dos Américas, Isla perteneciente desde su descubrimiento á nuestro territorio nacional. Legado cuantioso de nuestros mayores, y digno monumento de nuestras pasadas grandezas, la Isla de Cuba es hoy para la España una de las alhajas de más precio que se engarzan todavía en la diadema variada de sus provincias ultramarinas, y después de haberla yo explorado cual pocos, confirmar debo aquí con Rainal, «*que ella sólo puede valer tanto como un reino* (1).» Sí, porque más que la idea de su limitacion como Isla, tan luego como se observa su cuerpo y sus interiores elementos, surge la más grandiosa de un extenso y valioso territorio, territorio que contemplé muchas veces sobre sus apartadas y solitarias costas, ó sobre sus grandes montes y alturas,

(1) L'île de Cuba pourroit soule valoir un royaume.—Lib. XII.

*

doliéndome de no ser más que hombre para acercarlo á España, y exclamar ante sus hijos.... ¡*Mirad el país que todavía conservais: sed justos para mantenerlo, políticos para guardarlo, administradores para engrandecerlo, y todavía podreis ser respetados sobre estos mares, y favorecidos cual pocos, en vuestra importancia exterior, en vuestra dignidad y comercio*!

No inspiran, en efecto, pensamientos ménos alzados las tierras que se levantan sobre aquellas aguas en una longitud de más de trescientas leguas, pertenecientes á ese todo ó conjunto que se llama *Cuba*, y que por su situacion es, como ya dejo repetido, la mediadora de los dos mundos, y el punto convergente de las várias gargantas de aquellos dos Océanos. Pues este pueblo, sin embargo, ante las mayores grandezas de los dilatados reinos y provincias que en aquel hemisferio poseiamos, permaneció como olvidado para España, y fué libre y dichoso, entre las brumas de su estado cási pastoril (1), miéntras no tuvo otra comunicacion que con los buques que de la Península á la Habana recalaban para seguir rumbo á los demás dominios, de donde tambien volvian con igual escala; y en este estado permaneció por cerca de tres siglos, hasta que al concluir el anterior, no desconoció su importancia política un hombre de Estado como el célebre Conde de Aranda, el que ya en 1783 no pudo ménos de decir al rey al ajustar en Paris el tratado de paz, que dió por resultado la independencia de las colonias inglesas.... « *Que V. M. se desprenda de todas las posesio»nes del continente de ámbas Américas, quedándose únicamente con »las Islas de Cuba y Puerto Rico en la parte septentrional, y al»gunas más que convengan en la meridional, con el fin de que nos »sirvan de escala ó depósito para el comercio español.*» Después agregaron: « *Con las Islas que he dicho,* (Cuba y Puerto Rico) *no »necesitamos más posesiones, fomentándolas y poniéndolas en el »mejor estado de defensa, y sobre todo disfrutarémos de todos los »beneficios que producen las Américas, sin los gravámenes de su »posesion.*» ¡Tan alta y tan completa era la idea que no en vano tenía de las circunstancias de estas dos Islas un consejero tan profundo y previsor! Por desgracia, su plan no se llevó á cabo, enlazando por

(1) Tan pastoril con sus *hatos* y *haciendas de crianza,* que hasta 1797 no se pensó en establecer allí ingénios de agua, en tierras que sólo fructifican tabacos, por su célebre hijo D. Nicolás Calvo en la llanura de Güines.—*Elogio de este patricio,* por D. José Agustin Caballero.

medio de monarquías con Príncipes españoles nuestros demás dominios, cual más tarde lo hizo con los suyos el Portugal, salvando al Brasil. Pero concretándome á Cuba, si su defensa no se llevó al estado completo que todavía hoy se echa de ménos, por más que se ocurrió con muchos millones á las particulares fortificaciones de la Habana; ya desde este reinado datan los primeros pasos de su libertad mercantil, conquista que acabó de recabar en los sucesivos, proporcionándole esa opulencia material que hemos alcanzado hasta su presente insurreccion, y cuyo asombroso progreso no nos ha dejado penetrar, deslumbrándonos, si corria ó nó á pareja con su órden moral, social é interior. Mas sin anticiparme á consignar sus causales, volvamos á seguir los períodos históricos en los que volvió á ser señalada para irse levantando (y bien rápidamente) del letargo tan prolongado en que habia venido sumida en los anteriores siglos.

Por esta época, si se vivificó su comercio, y se extendió á la mayor seguridad de la Habana, después que la tomaron y la entregaron por un tratado los Ingleses; si los pechos de sus habitantes fueron las demas defensas de sus costas é interior, reglamentándose sus milicias provinciales, cuyos jefes eran sus más acaudalados hijos; todavía su estado social cási quedó el mismo (1), y aunque aumentó un poco más su agricultura, todavía al cabo de tanto tiempo de pertenecer á España, no podia sostenerse por sí, y el situado de Méjico cubria sus necesidades oficia-

---

(1) En 1811, segun el documento oficial leido por el Ministro de Hacienda en la sesion de 27 de Abril á las Córtes extraordinarias de Cádiz, su cultivo interior era el siguiente: "Segun el cómputo, decia, que hizo el "ingeniero D. Francisco Lemaur de las *caballerías* (*a*) de tierra cultivadas "en toda la isla asciende su número á 906.458, de las cuales no se labra-"ban en su tiempo más de 50 á 60.000, que yo supongo que asciendan hoy "á 100.000. Resulta de esto que sólo beneficia y cultiva algo ménos de la "novena parte. De consiguiente, aquella rica posesion, que excita la codicia "de todas las naciones de la Europa, no es más que la novena parte de lo que "debia haber sido y ser bajo una administracion vigilante é ilustrada; pues "siendo las tierras incultas y olvidadas, cuando nó de mayor, de tanta fer-"tilidad como las cercanas á la Habana, y teniendo los cultivadores tanta »facilidad de extraer sus frutos por mar como los de esta plaza, es cosa las-"timosa que no se labren con igual esmero."

(*a*) Para inteligencia de mis lectores, no olviden que la medida llamada allí *caballería* es un cuadrado de 18 cordeles, ó sean 432 varas de lado, ó bien 324 cordeles, ó sean 186.624 varas cuadradas. Pero advierto que la vara cubana tiene media pulgada mayor que la castellana ó de Búrgos.

les y tambien sus cargas. Pero por tales tiempos sus habitantes no echaban nada de ménos, no podian pedir más, no exigian más. Aislados del mundo, para sólo comunicarse con su Madre-pátria (1); partiendo de un modo absoluto con ella sus derechos y sus deberes, su afeccion y su correspondencia; mirando ámbos pueblos su culto y su monarquía como el único altar á que por entónces se dirigian sus creencias religiosas y políticas; la hermandad era completa, el sentimiento nacional no ménos sincero y puro, y jamás pueblo alguno se identificó más con otro pueblo, cual lo probó con su desprendimiento y entusiasmo cuando al principiar el siglo fué presa nuestra España del conquistador frances (2). Pero entónces no se olvidó su representacion política en las Córtes de Cádiz, cuando nuestra pátria, al ruido de las bombas del usurpador, formó el primer pacto constitucional con sus monarcas, ni se olvidó su cási

(1) Tan aislados, que durante el año de 1609 hubo una miseria horrorosa en Santiago de Cuba, y consecuente á la vivísima fe de aquellos tiempos, sus vecinos corrieron á implorar la proteccion de un *Santo Ecce Homo*, cuya devocion todavía yo advertí en este pueblo, y cuenta su crónica, que "cuando los fieles se despedian del templo llenos de esperanza, llegó uno de los guardas que hacian la vela en el Morro (porque entónces no habia ni su actual castillete) anunciando que Diego Perez de Leon acababa de entrar con su navío cargado de frutos y efectos peninsulares," lo que se atribuyó á *milagro*. Por más señas, que este Perez fué el famoso andaluz que sostuvo entónces en su puerto por tres dias consecutivos la más ruda pelea y el más extraño convenio con un corsario frances, los que se conformaron á arremeterse y matarse durante el dia, y á entregarse por la noche á la crápula y la orgia como buenos amigos, plan que así lo ejecutaron, y al arma blanca desde el dia segundo, hasta que el frances se deslizó durante la oscuridad de la noche del tercero.—*Ensayos literarios* impresos en Santiago de Cuba, 1846.

(2) Sirva de prueba la causa y la ejecucion que por esta época tuvo lugar en la Habana en la persona de D. Manuel Rodriguez Aleman y Peña, como reo de alta traicion y emisario de José Bonaparte, el que fué sorprendido allí como encargado de llevar ciertos pliegos del monarca intruso á las legítimas autoridades de ámbas Américas. Para el dia de su suplicio era tal la efervescencia popular, que su digno Capitan general D. Salvador José de Muro y Salazar, Marqués de Someruelos, tuvo que publicar un bando en que encargaba, entre otras cosas, "*que el concurso ordenado y tranquilo hiciera el acto más patético y terrible: que la confusion, la algazara, los dicterios y las acciones inciviles no eran provias de un dueblo ilustrado, y producian siempre efectos funestos.*" Pues á esta disposicion y á su personal influjo se debió que el Aleman quedase intacto para el verdugo, porque la poblacion toda queria sacrificarle por sí. ¡Tal era en aquel pueblo la indignacion que entónces se sentia hácia la traicion del sentimiento nacional, y á todo lo que podia ir contra España y los Españoles!

oculta riqueza á aquellos gobernantes, diciendo de ella el Ministro de Hacienda en 1811 á dichas Córtes lo siguiente: «Su superficie »es de una feracidad asombrosa, y produce con abundancia cási to»dos los frutos de las dos Américas y los de Europa. Abunda en »ganado vacuno y caballar, y parece que la naturaleza la ha des»tinado para ser el domicilio de las abejas. Son muy celebra»dos sus montes y sus abundantes y exquisitas maderas. A estas »ventajas se agrega la de haberla enriquecido el Autor de la na»turaleza con multitud de buenos y medianos puertos, de suerte »que es facilísima la exportacion de frutos por todos ellos; *y á poca »diligencia se podia haber formado un reino poderoso, si á estas »proporciones naturales hubiera ayudado la mano del Gobierno.*»

Ya aquí se revela por primera vez y en una Asamblea tan augusta, *que poco habia ayudado á las condiciones naturales de Cuba la mano del Gobierno.* Y esto no tiene lugar (obsérvese bien) sino en un régimen de opinion y libertad, y cuando ya Cuba tenía mayores exigencias que en 1783, porque tambien habian sido más notables los pasos que habia dado en la senda de su civilizacion y cultura. Mas pronto llegó la reaccion política de 1815, y si bien para Cuba no hubo la *absoluta* que se conoció en la Península, conformóse con gran resignacion á compartir con su Metrópoli la desgracia, y la fraternidad y el sentimiento nacional no se mermaron en nada de la una para con la otra. ¿Ni cómo habia de mermarse, cuando ámbas participaban de un propio rumbo sin distincion ninguna?.... En cambio, para seguir estrechando tales sentimientos, la madre se lo obligaba á la hija con la liberal conducta que con la propia seguia; pues, repito, que si para la forma política hubo en Cuba reaccion, no la hubo para la justicia y los derechos de sus hijos, participando estos con igualdad de los que en la Península quedaron á sus hermanos en sus altos Cuerpos ó Consejos, en los que se proponia al monarca para su concesion cuanto los Cubanos pedian, ya para aumentar la poblacion, ya para recabar la propiedad de sus tierras, ya para el fomento del país en general, con los cuerpos y sociedades (1) que

(1) Me refiero al Consulado y sus Sociedades patrióticas, planteles en su orígen de cuanta inteligencia, celo y amor al progreso se comenzó á extender por Cuba, y corporaciones después, adonde se acogieron durante los diez años de esclavitud de la Metrópoli, como la ciencia á los monasterios en la Edad Media, cuantos en aquel país sentian el amor de las dos pátrias,

provincialmente legislaban y extendian su gran franquicia mercantil. Así fué, que ni por este segundo período de nuestra contemporánea historia asomaba la cabeza en nuestra gran Antilla la hidra de la division entre insulares y peninsulares, ni aparecia todavía semilla alguna activa de separacion é independencia. Pero los años corrieron, y llegó el de 1820, llegando tambien á aquel país los nuevos derechos políticos, como sin restriccion venía participando por completo de la condicion de los de la Metrópoli en las anteriores mudanzas. Juróse, pues, allí aquella Constitucion democrática, con sus partidos políticos, con sus bandos, con sus clubs, sus asociaciones y lógias como en la Península, y la Habana y demas poblaciones de la Isla pasaron por su demagógico influjo, encumbrado allí por la exaltacion de aquellas imaginaciones, enardecidas aún más bajo aquel sol intertropical; y para colmo de esta efervescencia política, hasta allí no conocida; á aquella isla llegaba la emigracion buena y mala de los dominios vecinos que perdiamos, y por primera vez, las ideas de separacion é independencia entraron en gran avenida por sus playas, (1) ideas que pusieron el puñal en manos de sus agitadores, haciéndolo blandir en las lógias de *Anilleros* y *Comuneros* entre aquella lucha de sus doctrinas encontradas, pues no habia prócer ni plebeyo, como dice D. Jacobo de la Pezuela en su *Historia*, que no perteneciese á alguna, señalando entre las principales, además de las dos nombradas, la de *Franc-masones*, dividida en los dos grandes ritos, el de Escocia y el de York, *Comuneros* y *Soles*; perteneciendo al primero lo más granado de la Habana y otras ciudades de aquella isla. Tambien hubo allí *Carbonarios*, que eran como los que hoy llamamos *recalcitrantes* é *intransigentes*, lepra antisocial para toda poblacion laboriosa

---

y profesaban el culto de lo inteligente, de lo científico, de lo ideal y económico, del desinteres y el progreso de aquel feracísimo suelo, como con particularidad lo reseñaré cuando llegue á dibujar la civilizacion cubana hasta nuestros dias.

(1) Hé aquí lo que decia el Capitan general Mahy al Gobierno en comprobacion de nuestro aserto el 12 de Setiembre de 1821. «Por último, daré «cuenta de cuanto vaya ocurriendo, y procuraré cumplir con mi obligacion «en cuanto alcancen mis escasas luces; mas no puedo ménos de decir que «con la concurrencia á este punto, aunque no sea más que de paso, de las «tropas y familias, tanto de Costa-Firme, cuanto del reino de Méjico, será «milagroso salvar este punto de la malignidad de los hombres que no vi«ven sino atormentando á sus semejantes con contínuas iniquidades. ¡Ple«gue á Dios que yo me engañe!»

y morigerada, y que la hija no hizo más que recibir la de la madre, pues sabido es que lo más notable de la España entera habia pertenecido á todas estas sociedades secretas desde 1815 á 1820, como efecto natural de la comprension con que obraba el Poder, después de su reaccion, en la primera fecha. Y esto es otro ejemplo de lo unidas que estuvieron siempre la Metrópoli y esta Colonia, en cuanto bueno ó malo perteneció al sentimiento de la primera, pues que en Cuba no hubo nunca raza indígena *dominada*, ni exótica *dominadora*, sino española ó hija de Españoles, partiendo por igual sus deberes y derechos con sus hermanos de la Península. Pero adelantemos un período más, y lleguemos ya á otra reaccion política en España, y sus consecuencias para Cuba en 1823.

A la caida de aquel sistema constitucional, ó por mejor decir, de aquellas locuras políticas, ingénitas á todo período de un cambio brusco de gobierno en pueblos, (y más los meridionales) que pasan de un extremo á otro sin costumbres creadas para respetar la ley, ni extensa instruccion para conocerla y juzgarla; la Isla de Cuba tuvo la fortuna de tener á su frente por esta época un General tan sagaz y diplomático como D. Dionisio Vives, y en quien no se sabe que aplaudir más, al recibir y dejar aquel mando: si su modestia patriótica y su repugnancia para tomarlo y continuar después en el mismo; si las especiales dotes de su carácter y sus mañosos talentos para el puesto que se le encargara y que tan bien desempeñó, hasta que hubo de cansarse de su lucha; ó la terquedad honrosa con que resistió á los mandatos soberanos haciendo época histórica su conducta, con la ambicion desapoderada de nuestros hombres de hoy por puestos semejantes (1). Sí: Vives fué él jefe á quien tocó la transicion de lo constitucional á lo absoluto, y este hombre, tan superior como político, como

(1) Nombrado Capitan general de Cuba en Setiembre de 1822, renunció exponiendo su *insuficiencia*. S. M. le repite su disposicion, manifestándole lo satisfecho que estaba de sus conocimientos. Vives reitera su renuncia por la seguridad *de lo nocivo que sería á su salud el clima* de la Habana. S. M. le hace decir, que cuando lo habia nombrado para aquel mando *no habia tenido presente su conveniencia, sino el bien general*. Todavía Vives contestó á esta Real órden por su falta de conocimientos, con la que preveía iba á perder su reputacion y tan preciosa Colonia. Pero S. M. le ordenó, *que exigia el sacrificio de su opinion* y que *obedeciese*. Entre tanto, el Ministerio pedia autorizacion á las Córtes para recoger los despachos á un General que rehusaba admitir un mando de los más honoríficos, pretextando males que no padecia, y Vives tuvo que resignarse y salir para Cuba, salvándola

fué después débil como Corregidor; sin cadalsos ni venganzas como en la Península, pero con el carácter sostenido de un sistema, extinguió los bandos, entronizó la paz, y toleró de hecho cuanto en la Península se proscribió, pasando de este modo Cuba por un especial contraste, de una situacion anárquica que llamábase constitucional, á otra más civil, más liberal y tolerante, de que gozó, hasta que se inició en Cuba la más opuesta en política del General Tacon (1).

Hasta esta fecha, el movimiento regenerador de la Metrópoli siempre se comunicó á Cuba, y de él participó, cuando respondió alborozada á la Regencia de Cristina y sus primeras libertades. Porque hasta la Constitucion de 1837, en que por la conducta y consejo de dicho General, el Gobierno Metropolitano influyó á su vez con aquellos constituyentes para que los Diputados ya electos por Cuba, fueran despedidos de nuestra representacion nacional; hasta este triste dia, repito, y en este cuarto período, el espíritu *español* de aquellos habitantes, en general, apénas se habia debilitado. Ni con qué motivo tampoco? El Estatuto habíase promulgado allí, y sus hijos habian venido á la Metrópoli como Próceres y Procuradores. Estos últimos no habian clamado más que porque llegaran á la Isla las mismas reformas de España (2). Pero des-

---

para España. Salvada ya y en paz, renunció su puesto una, dos, hasta tres veces, y siempre el rey no consideró ni su salud ni sus pretextos, y entónces fué cuando cansado y aburrido de su situacion violenta, aflojó su accion gubernativa, y dejó crecer ciertos males en aquella sociedad, que después tuvo que cauterizar en parte Tacon. ¡Y cuánto dista hoy esta conducta con la que observan al presente nuestros hombres públicos!

(1) Para probar cuanto afecto y popularidad dejó en aquella Isla la memoria de Fernando VII en la propia década, que fué tan afrentosa para la Península, referiré lo siguiente: Llegado yo á la Habana, fuí invitado á la mesa del Conde de Villanueva, Superintendente entónces de Cuba, y miéntras se servia el café, salimos los convidados á un balcon que da sobre la plaza de Armas, y en cuyo centro se eleva la estátua de Fernando VII. El Conde hubo de suponer mi sorpresa por semejante recuerdo, y así me dijo, señalando á la estátua: *Para VV. habrá sido malo y no digno de esa memoria: pero nosotros perdimos con él, no un rey, sino un padre.*

Otro dia nos dijo un ilustrado Habanero: *Creo lo que VV. dicen, de cuál fué su reinado por allá: así es que VV. deben odiar su memoria: pero desentierren VV. sus huesos, quémenlos, y mándennos VV. sus cenizas, que nosotros sabremos guardarlas, y llorar con ellas los buenos tiempos que con tal monarca perdimos.* ¡Y tuve á poco, tiempo y motivos para convencerme de lo mismo, como más adelante aparecerá en este libro!

(2) "El ardiente D. Prudencio Echevarría sostenia en la prensa ma-

graciadamente para la primera, la personalidad de un Jefe, tan respetable por otro lado como Tacon, que por tales dias la mandaba, decidió por sus antecedentes (1) del fallo de la expulsion de los Diputados cubanos. Fué un bien? Fué un mal? Por mi parte, hace más de veinticinco años que he sostenido lo segundo. Porque desde tal época, cuando por esta opinion sola se principió á perseguir y á deportar por sistema, desterrándose á muchos, que como dice el historiador D. Jacobo de la Pezuela, mi digno amigo, *ni por su posicion social, ni por su nombradía, ni aún por su opinion, podian inspirar recelos en la Isla*; desde esta fecha volvió á renacer aquella funesta yerba de division y prevenciones entre insulares y peninsulares, que al calor del propio *impuesto* silencio (nada ménos que por 33 años), se habia de desarrollar con más fuerza hasta crecer con los cadalsos de Pintó y Lopez, y echar su traidora y maligna flor con el grito de Yara, y los aullidos criminales del teatro de Tacon, aullidos, que indicaron ya un espíritu público completamente pervertido. ¿Y cómo en los treinta y tres años que este antinacional vírus ha venido inficionando el antiguo espíritu de estos insulares, léjos de aminorarlo ó extinguirlo por algun otro medio que no fuera el *estatu quo*, se ha llegado con él aumentándolo, hasta sentir su explosion en Yara?.... Fenómeno es este que, para explicarlo, preciso se hace señalar sus principales causas.

Ha sido la primera, el olvido por la Metrópoli de una de las condiciones principales que ya dejamos sentadas en la primera parte de esta Introduccion que era necesaria para la conservacion de estas provincias lejanas: el seguirlas de contínuo en su órden moral é inte-

---

"drileña la necesidad de establecer en Cuba las mismas reformas políticas "de España, y á esto mismo con corta diferencia, se adhirieron tambien "D. Juan de Kindalan y D. Juan Montalvo y Castillo." —Pezuela.—*Ensayo histórico de Cuba.*

(1) D. Miguel Tacon habia ya participado de los rencores de una campaña como la del Perú, y habia sido mortificado en Popayan. A esto sin duda alude en su *Ensayo histórico* el ya nombrado escritor D. Jacobo de la Pezuela, cuando al pintar su carácter dice: "Atrajéronle la animadversion "de muchos criollos las prevenciones que de muy antiguo le habian inspi"rado el porte de los del continente: y esto mismo hizo que los peninsula"res le ensalzaran. Se engañaban, sin embargo, unos y otros: le guiaba "más todavía un espíritu de pertinacia llevado hasta el extremo, que el de "nacionalidad." Respeto mucho este juicio: pero paréceme que participó de cierta prevencion, juzgando con cierta filosofía el corazon humano, tras los antecedentes que van indicados.

rior, para arreglar á ellas su modo de conducirse en la satisfaccion de sus necesidades. Desde 1837, comenzó por el contrario á restringirse en Cuba toda válvula de respiro para conocer su opinion, escatimando, no sólo las atribuciones de su *Consulado* y *comisiones* que venian representando sus intereses provinciales, y prohibiendo á sus Municipalidades el derecho de representacion al monarca, segun lo tenian de antiguo; sino que al fin, hasta se quitaron estos cuerpos, único termómetro (no teniendo prensa), por donde podian conocerse las evoluciones de su espíritu público. Ha sido la causa segunda y más principal, la prosperidad material de este país, que ha ido creciendo en razon inversa de sus medios de representacion civil y municipal, lo que parecia sancionar, que sólo por su fortuna pública debia regularse su felicidad. Producia mucho? Pues á nada más se debia aspirar. Esto ha sido un error funesto, cuya enmienda no es para lo presente, en que sólo á la espada le toca ya obrar, *pues que no se quiere por los pervertidos más que la guerra*: sino para cuando aquel hermoso país vuelva á reconstituirse con la paz, y venga tras de este bien la nueva sociedad que debe ya, no sólo fundarla, sino regimentarla y perpetuarla.

Y no he sido yo sólo, por tan largo tiempo, el que de error lo ha considerado así. Ya ántes que mi humilde pluma, la voz de un diputado tan conservador como ilustrado decia en la tribuna pública á la raíz misma de este cambio de régimen colonial en Cuba (1): «se dirá quizá que aquellas provincias han prosperado con tal »sistema: nó, señores. Son dos hechos distintos y de ninguna ma»nera el uno es consecuencia del otro: ¿á qué punto no hubieran »llegado con leyes y con reglamentos ilustrados? Y que, si echamos »una ojeada sobre la isla de Cuba, ¿no nos sorprenderémos al ver »cómo circunstancias particulares han hecho que el olvido de las »leyes más sagradas vaya en aumento, cuando debieran en razon »á estas mismas circunstancias prestarse el mayor desvelo en res»tablecer su imperio? En efecto, señores, solamente en este último »año se ha empeorado la situacion de aquella isla (y será un cargo »para los anteriores Gobiernos y para el actual, por no haber re»mediado el mal) estableciéndose ese sistema de terror en que se

(1) Discurso del Sr. Benavides, Magistrado que estuvo en Puerto-Rico en la sesion del 9 Diciembre sobre el párrafo contestacion á la Corona, año de 1837.

»procede contra particulares sin oirles, con secuestros, ó desterrán»dolos á países remotos.»

Otro representante de la nacion, de igual escuela política, emigrado un dia en la propia Isla de Cuba y tan conservador como inteligente, protestaba en igual fecha contra la preocupacion de que prosperando Cuba en su material riqueza, inútil era escudriñar la verdad de sus quejas, ni seguir un órden moral é interior, y así decia: «se dice que aquellas posesiones, y especialmente la »Isla de Cuba, han llegado á punto prodigioso de prosperidad, y »que en su consecuencia toda innovacion nos expondria á dejar lo »cierto por lo dudoso. Aquí hay una equivocacion y un sofisma,» y siguió analizándolos para rebatir el aserto, como lo podrán ver en parte mis lectores al final, en el documento núm. 1.° Los propios interesados manifestaron tambien en la prensa el trascendental error de una premisa, que apartaba toda idea de mejora y observacion, y se publicó por igual época un *Paralelo entre la Isla de Cuba y algunas colonias inglesas* (1), sin que sus datos estadísticos ni sus irrebatibles razones hubieran podido aminorar la ponderacion de las ventajas de que gozaba Cuba, bajo tan especial régimen. Mas, qué desgracia! No sólo continuó perturbada de este modo la opinion, sino que los propios oradores protestantes llegaron después al poder como Ministros, y ninguno de los dos nombrados tuvieron una disposicion siquiera que extender á favor de sus antiguas convicciones. ¡Y no quedó en esto la fatalidad de la cadena! Trascurren diez años más en el curso rápido del tiempo, y en vano algun folleto ó revista se sobrepone á la atmósfera de la opinion peninsular, rasgando la densa nube de los que sancionaban, que sólo el *statu quo* daba el progreso ascendente de la prosperidad cubana. Sólo en la oposicion se vuelve á encontrar, en 1847, otra protesta de este estado, por medio de una enmienda que en la representacion nacional quiso hacer valer el jefe del partido radical, Sr. Rivero, y que al final pongo como documento (2). ¡Y cosa no ménos peregrina! Precisamente el propio Sr. Olivan, Ministro entónces de Marina, y que diez años ántes habia pedido para las Antillas las leyes especiales que se le habian ofrecido, del modo y forma que ya he referido á mis lectores, este

(1) Impreso en Madrid, oficina de D. Tomás Jordan.
(2) Véase al final de este capítulo el documento núm. 2.

propio señor respondió, en nombre del Gobierno, que las circunstancias habian variado desde que él pensara lo mismo, y calificando de inoportuna la enmienda, el Sr. Rivero tuvo que retirarla: pero ya queda demostrado tambien, que los hombres más pensadores, tanto del partido conservador como del radical, hubo un dia en que calificaron como yo, de error, conducta semejante; pues por esta época ya yo me hallaba en Cuba como observador y peregrino por aquellas tierras, y en la próxima parte hablaré de mis impresiones, de mis posteriores juicios y de las causas y objeto de la presente obra.

M. Rodriguez-Ferrer.

DOCUMENTOS

PERTENECIENTES Á ESTE TERCER ARTÍCULO.

Número 1.°

Parte de un discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan en la sesion del 9 de Diciembre de 1837, al discutirse la contestacion á la Corona, hace treinta y cuatro años.

El Sr. Olivan: "Aquí será bien hacerme cargo de una objecion rebatida ya por el Sr. Benavides, y cien veces repetida con respecto á Ultramar. Se dice que aquellas posesiones, y especialmente la isla de Cuba, han llegado á punto prodigioso de prosperidad, y que en su consecuencia toda innovacion nos expondria á dejar lo cierto por lo dudoso. Aquí hay una equivocacion y un sofisma. Todos los países intertropicales, tanto islas como continentes, en América, Africa y Asia, han recibido un incremento notable desde la paz general de 1814. Cuba ha seguido el mismo impulso, mas no de la manera prodigiosa que se supone. Tres circunstancias particulares la han favorecido exclusivamente: primera, la llegada de los colonos franceses emigrados de Santo Domingo ó Haiti durante su revolucion: segunda, la llegada de grados españoles del continente americano cuando éste proclamó su independencia, á que se agrega la proximidad de los Estados Unidos, de donde pasan diariamente brazos útiles y capitales: tercero, en fin, el libre comercio. Pues á pesar de estas ventajas exclusivas, sucede que una isla vecina que no las disfruta, y cuya superficie es seis veces menor que la de Cuba, tiene, sin embargo, mayor produccion territorial que ella. Esto se ve en Jamáica, y este hecho lleva consigo una demostracion.

"Pero son muy comunes las exageraciones, ya por efecto de vanidad pueril, ya por ignorancia, ya, en fin, por adulacion á la corte, pues de todo se ha sacado partido, y con todo se ha traficado.

"Y no podia suceder otra cosa respecto de la isla de Cuba: ha prosperado, sí, pero es muy susceptible de prosperar más. Allí se puede decir que la jus-

ticia ha sido cási siempre incierta; lo uno, porque no todos los jueces han dejado el buen nombre que el Sr. Benavides en Puerto-Rico por su rectitud, por su saber, por la elevacion de sus sentimientos y por las demás prendas que lo adornan; y lo otro, porque los tribunales no han estado bien organizados, ni bien situados siquiera. Añádase á eso la intolerancia religiosa y la susceptibilidad política que generalmente han distinguido al Gobierno español, y no se extrañará que millares de Europeos que anualmente cruzan los mares en busca de trabajo y de una pátria, prefieran á un clima suavísimo y feraz los frios bosques norte-americanos. Las leyes especiales, al dar consistencia á un buen régimen en nuestras Antillas, son las únicas que podrán proporcionarles el verdadero desarrollo y el progreso material de que son capaces.» Después agrega: «Y en la parte económica serán los efectos tan de bulto, segun ha indicado el Sr. Benavides, que con un poco de inteligencia y tino, en llegando á inspirar confianza á aquellos habitantes, y castigando oportunamente los presupuestos de gastos, me atrevo á asegurar (y aquí llamo la atencion del Congreso) que producirán sus rentas un sobrante anual, capaz de cubrir los intereses y amortizacion de un empréstito, bastante á terminar la guerra civil que devora á la Península.»

Número 2.°

Parte de un discurso del Excmo. Sr. D. Nicolás María Rivero, hace 24 años, interpelando al Gobierno en la sesion del dia 19 de Marzo de 1847.

El Sr. Rivero, después de un pensado preámbulo sobre las circunstancias de su partido, vino á la cuestion de Ultramar, y se expresó de este modo:

«Señores: una de las cuestiones más importantes para todo Gobierno, es sin disputa la cuestion de las Colonias. Por eso todos las consagran su más especial solicitud, y gracias á esta, las vemos marchar rápidamente en la senda de su desarrollo. Una política hábil que diese á nuestra nacion esa influencia social tan apetecida, es la que conviene adoptar, y para ello debemos seguir en esta parte la marcha que siguen todos los pueblos que se valen de todos sus elementos de nacionalidad, de riqueza y de cuanto constituye la vida de un pueblo para fomentar sus colonias. Nosotros, por desgracia, tenemos que lamentar en este punto el mismo desórden que en los demás. La poblacion blanca de nuestras Colonias está dominada por la poblacion de color, y miéntras todos los Europeos se ocupan con ardor de estas cuestiones, que son las que deciden de la vida de los pueblos, el Gobierno español no toma parte en este movimiento, y tolera que la cuestion de la emancipacion haya sido resuelta en contra nuestra en el Congreso eu-

ropeo. ¿Y es esa por ventura la conducta que siguen otros pueblos con sus colonias?

»Se citan aquí con frecuencia ejemplos de Francia é Inglaterra porque nosotros, por desgracia, más atrasados en la carrera de la civilizacion, tenemos necesidad de imitar á los pueblos que van delante de nosotros. ¿Y qué hace la Francia con su isla de Borbon? Qué hace en Guadalupe? Todos lo saben: á esas colonias, señores, comunica la Francia todos sus adelantos y todas sus mejoras, y tienen administracion, tienen jurado y hasta su pequeña representacion en su consejo colonial. ¿Y la Inglaterra, qué ha hecho con el Canadá, con la Jamáica, con Nueva Escocia? ¿No hemos visto el espectáculo extraordinario de un Gobierno representativo en una colonia? ¿Y cuál ha sido el resultado de todo esto? El resultado ha sido que á la par del desarrollo de esas colonias, han aumentado su influencia y su poder esas naciones, y que el Canadá es hoy la guardia avanzada de la Inglaterra.

»¿Qué pido yo, señores, para nuestras Colonias? ¿Pido acaso que en ella se establezca el Gobierno representativo? Nó, señores; pido sólo unas cuantas palabras, dignas de este Cuerpo, en un documento público de tanta importancia, que manifieste terminantemente que el Congreso español, á causa de las vicisitudes de toda la época, no ha podido ocuparse de sus Colonias, que se ocupará en adelante, y que el Gobierno reunirá los datos y noticias necesarias para preparar la reforma colonial. Esto, señores, no es una cuestion de partido, yo no quiero anunciar siquiera el giro que debe darse á estas reformas, quiero que se consigne solamente la necesidad de ellas.

»Concluyo rogando al Congreso que no olvide que dentro de pocos dias este debate resonará al otro lado de los mares, donde hay una porcion de hombres entendidos é interesados en la conservacion de aquellas posesiones, que concebirán grandes esperanzas de mejorar su suerte si les enviamos una palabra de consuelo, y que por el contrario si llegan á desesperar de su situacion, se verán en el cruel caso de volver los ojos á pueblos que están muy inmediatos, y que codician nuestras posesiones.»

FRAGMENTOS DE ECONOMÍA POLÍTICA

ESTADO ACTUAL DE LA CIENCIA ECONÓMICA.

En la récia y pertinaz contienda que la verdad y el error sostienen al través de los siglos, hay momentos difíciles, períodos de prueba en que todo es oscuridad, agitacion é incertidumbre; épocas tristes en que hasta los más animosos y confiados parecen asustarse del porvenir. La Revolucion francesa de 1848 fué una de esas etapas históricas, uno de esos momentos críticos á que hacemos referencia. Durante tan azaroso período, la causa de los intereses conservadores de la sociedad corrió tremendas borrascas, particularmente aquel dia supremo y de recordacion inolvidable en que puestos frente á frente Bastiat y Proudhon, sin más armas que su dialéctica y su elocuente fascinadora palabra, plantearon á la faz de Europa estremecida los problemas capitales de la ciencia y se propusieron averiguar si el progreso y la salvacion de las sociedades modernas estaban en el triunfo del nuevo socialismo ó en el afianzamiento de la Economía política. Por fortuna, la verdad triunfó del error y el buen sentido de las oscuras antinomias; la armonía entre el capital y el trabajo y la legitimidad del interes resistieron incólumes la prueba de multiplicadas impugnaciones; y á poco, saliendo de su letárgico estupor las clases conservadoras, comprendieron, como por instinto, toda la extension del triunfo alcanzado, y dijeron:—Nó; las doctrinas de Proudhon no prevalecerán: Dios, la libertad, la familia y la propiedad quedarán en pié á través de los rudos embates del socialismo: sino hace mucho tiempo audaz el error plantaba sus tiendas de guerra en el Capitolio de la civilizacion, ya el mundo vé calmarse las tempestades que bramaban en su hondo seno y el sol de la verdad irrádia por todas partes sus dulcísimos resplandores; el gigante no es

más que un niño; el soberbio coloso ha caido de su pedestal, y, agobiado con el menosprecio de las gentes, desciende hasta el nivel de las instituciones envejecidas y decrépitas, confundiéndose con la multitud y llevando escrito en su rostro el afrentoso estigma de la impotencia.

Desde aquella jornada memorable, la causa de la Economía política es la causa del órden social y de la civilizacion; pero no de aquella civilizacion frívola, ostentosa, refinada en los placeres y que más propiamente pudiera llamarse cultura, sino de la civilizacion en el más levantado y noble sentido de la palabra; de la civilizacion armónica con la justicia, complexa en sus aspiraciones, enriquecida con todos los elementos morales del espíritu, depurada por la santa influencia del cristianismo, fecundada por el progreso creciente de las relaciones humanas, é iluminada desde los tiempos de Grocio por los rayos esplendorosos de la Filosofía del Derecho. Con efecto: íntimamente hermanado con la nocion del deber, aunque girando en esfera distinta, es el móvil de la utilidad resorte poderoso, arma de grandísimo alcance en todos los países y latitudes, y señaladamente en épocas como la presente cuando enflaquecido y mermado el imperio de las creencias, para seducir y electrizar al pueblo ha solido emplearse la promesa de que abriendo ancho portillo á las combinaciones socialistas mejoraria notablemente su condicion material y se borraria del catálogo de los males *inherentes* á la sociedad moderna la ponzoñosa llaga del pauperismo. Si es prueba de discrecion y cordura que en todos los momentos históricos la verdad eche mano de los más oportunos y propios recursos para hacer rostro á las corrientes del mal, nunca tendriamos por acertada conducta en un moralista la de desdeñar completamente los resortes de la utilidad; y pues el mundo en que vivimos, mejor que por estímulos de honor y abnegacion se deja guiar por consideraciones de conveniencia y legítimo interes—que en último resultado tampoco repugnan al principio de justicia, ántes con ella se compadecen y armonizan perfectamente,—bien puede asegurarse que la Economía política, con sus precedentes y sus consecuencias, con el tesoro de sus leyes y las observaciones sobre que se funda, constituye, aparte de su objeto propio y especial, uno de los elementos morales más enérgicos y robustos que las sociedades modernas atesoran.

No en un solo dia, sin embargo, ha podido formarse su influen-

cia, ni era fácil que un ramo tan importante de las ciencias sociales se viese de un salto colocado en su propia esfera y jurisdiccion, siendo directamente auxiliador y á su vez auxiliado de los demás. Esto es obra del tiempo que sujeta al crisol del análisis los frutos primerizos de la observacion, y que elabora pacientemente el conjunto de los principios en que la verdad puede hacer durable y firme asiento. A la raíz de una ciencia todo son hipótesis y fluctuaciones en sus bases, rozamientos y antagonismos en sus relaciones; pero, como ha observado Pelletan, en la vida científica las ideas nuevas comienzan por la *lucha* para acabar por la *armonía*, y así tras las pretensiones absorbentes vienen las doctrinas modestas; tras los juicios apasionados, las miras imparciales y serenas; en pos de los sistemas hipotéticos, los que tienen por base firmísima la observacion; después de las tendencias exajeradas, las que propenden á limitar y circunscribir el campo que cada ciencia recorre enseñándoles á todas respectivamente que, léjos de ser antitéticas entre sí, tienden, por un movimiento natural, por un efecto del progreso mismo á hermanarse, á refundirse y á compenetrarse. Pero no anticipemos indicaciones que tendrán otro lugar más propio en el curso de este trabajo. Por ahora baste dejar consignado que la importancia de la Economía política, si notoria é indisputable en todas épocas, lo es más todavía á medida y proporcion que ménos puede contarse con los restantes móviles de la actividad social; y, en consecuencia, que por altas é inviolables que se consideren la libertad, la familia y la propiedad ante la Moral y el Derecho, la demostracion acometida y llevada á glorioso término por Federico Bastiat, de que miéntras el socialismo conduce derechamente á la barbárie, el respeto á la ley económica franquea el paso á la libertad, constituye una de las más valiosas conquistas que ha hecho la sociedad moderna en su tenaz y porfiada lucha con el sofisma y las pasiones.

Resultado de la famosa discusion entablada con los socialistas fué que desaparecieran como por ensalmo la mayor parte de las injustas prevenciones que contra la ciencia económica existian; que los demás estudios morales, recelosos ántes de su privanza y engrandecimiento, la mirasen desde entónces con mayor consideracion y simpatía; que los estadistas y repúblicos de todos los países la estimaran ya como auxiliar indispensable de la administracion pública; que por donde quiera se levantasen cátedras des-

tinadas á popularizar sus principios y difundir sus enseñanzas, y que hasta sacerdotes tan eminentes como Dupanloup, el P. Gratry y los brillantes oradores cuya voz resuena todos los años bajo las anchurosas naves de Nuestra Señora de Paris, se consagrasen ahincadamente á purificar sus raudales y á rehabilitar y vindicar su tendencia en lo que tiene de noble y legítima.

La Economía política, por lo tanto, sea cual fuere su objeto inmediato, trasciende más allá de los intereses materiales, y contribuye de una manera poderosa á la conservacion y afianzamiento de los múltiples elementos que simboliza y encarna la idea de civilizacion.

A la luz de esta regla de criterio, que ha presidido siempre á nuestros modestos estudios y lucubraciones económicas, vamos á ensayar el exámen de algunas cuestiones importantes. Al acometer la empresa contamos señaladamente con la benevolencia de los economistas, los cuales, á fuer de ilustrados, conocen por sí mismos las dificultades y los peligros que ofrece todo trabajo de generalizacion en las ciencias morales y políticas.

§ I.—Miras generales de la ciencia en nuestros dias.

Tratando de llenar el propósito de este trabajo y determinar el estado presente de los estudios económicos, lo primero que debemos hacer es fijar la atencion en tres ideas fundamentales que constituyen, por decirlo así, los prolegómenos de toda ciencia, á saber: su objeto, ó sea la esfera en que se desenvuelve; sus relaciones con los demás estudios, y el método que emplea para sus investigaciones. Estas tres ideas puede decirse que encierran virtualmente el organismo de una ciencia, sentando las bases sobre que reposa, fijando sus contornos y señalando sus fines; de manera que una vez practicado este trabajo prévio, lo demás aparece, en cierto modo, como secundario y consiguiente.

Cuando se dijo que el fin de los estudios económicos era el mejoramiento de las condiciones materiales en que viven todas las clases de una sociedad, se sentó un hecho verdadero, quizás el más antiguo é inconcuso que la ciencia registra en sus anales, como que lo tiene averiguado desde los tiempos de Aristóteles; pero se comprende á primera vista que una cosa es el *fin* de una ciencia y otra la determinacion de su *objeto* inmediato, es decir, la

materia especial y concreta de sus estudios. Esta segunda idea suele ser todavía en la historia de los conocimientos humanos.

Sin negar que los vários ramos del saber ceden todos en beneficio de la entidad social; sin negar que las llamadas ciencias morales y políticas se proponen enaltecer al hombre y mejorar las condiciones en que vive, ello es que existe un órden de ideas especial, una categoría de fenómenos apellidados *económicos*, directamente enlazados con nuestro bienestar material, y cuyos fenómenos, encadenados entre sí, obedecen á leyes tan positivas como las que gobiernan la física, la química, la astronomía y los demás órdenes científicos. Para todo hombre investigador, la riqueza de los pueblos no es un hecho meramente fortuito: depende de la manera como cada indivíduo y cada família van llenando sus necesidades por medio del trabajo, ó sea, el múltiple ejercicio de la actividad. La limitacion de las fuerzas hace necesario el *cambio*, efecto natural de la division de las tareas y ocupaciones, y verdadero signo diferencial entre el hombre y los demás séres que pueblan el universo. Las relaciones de cambio suelen verificarse por medio de un instrumento llamado *moneda*, siendo de notar tambien que á veces el instrumento del cambio no consiste en objetos dotados de valor intrínseco como los metales, sino en materias tan deleznables como una débil tira de papel convertible en numerario á su presentacion y que, sin embargo, es recibida como riqueza positiva por efecto del *crédito*. El ejercicio de la actividad humana presupone condiciones necesarias como los dones de la naturaleza y el capital. En el fenómeno de la produccion suele haber colaboradores ó agentes de distinto carácter, á saber, el sábio que inventó el procedimiento á quien corresponde una parte del *provecho*, el obrero que percibe un *salario*, el capitalista que recoge un beneficio ó *interes*, el dueño de la casa ó tierra en que está radicado el taller y cobra el precio del *arriendo*, y, finalmente, el Gobierno, que por los beneficios que presta á la sociedad retira lo que se llama el *impuesto*.

Ahora bien; el trabajo y sus elementos, la moneda y el crédito, el beneficio que corresponde á los agentes ó partícipes de la produccion, la tasa de los valores, etc., no son cosas arbitrarias y convencionales, sino que están sujetas á leyes invariables, obedecen á determinadas causas, producen determinados efectos y mantienen entre sí constantes relaciones. El estudio de tales fenó-

menos, la investigacion de sus leyes; hé aquí el objeto de la economía considerada como ciencia, y la cual se convierte en arte de una manera espontánea cuando, pasando de la esfera abstracta á la realidad de la vida, se propone inquirir y sondear los medios que pueden emplearse para mejorar la produccion, circulacion, distribucion y consumo de las riquezas.

Pero al consignar que la ciencia económica tiene por materia de estudio á la riqueza, no hemos indicado todavía lo que por ella debe entenderse. Utilidad, riqueza y valor son voces comunes del lenguaje familiar; pero en el terreno económico presentan una significacion estricta y concreta. Son útiles, económicamente hablando, todas aquellas cosas que pueden satisfacer, en alguna manera, nuestras necesidades físicas ó morales, miéntras el dictado de riqueza se limita á las cosas útiles y cambiables producidas por el concurso del trabajo humano con los agentes naturales. En cuanto al *valor*, recae únicamente sobre las materias limitadas y cambiables, ó sea, sobre las riquezas, expresando la relacion que existe en todo cambio de servicios y productos, ó, en otros términos, la potencia, la fuerza de adquisicion que representa un objeto poseido relativamente á los demás.

Sentada la idea de riqueza sobre la base que hemos explicado, es ámplia, extensísima, y comprende todas las formas de la actividad. Léjos de vincularse ya en el oro ó la plata, la tierra ó el trabajo material, da carta de naturaleza á todas las industrias aunque las distribuya en los siguientes grupos: la *extractiva* que toma del seno de la naturaleza los objetos ya creados—caza, pesca, cantería, minería; — la *agrícola* que cultiva la tierra y cria de ganados; la *industrial* que abraza la fabricacion en grande ó pequeña escala, ó sea, la trasformacion de las primeras materias; la *comercial* que utiliza los objetos por el cambio de lugares; la de *comunicaciones* que aprovecha el material trasporte de los artículos, y la llamada *antropológica* que recae sobre los productos inmateriales. Debe advertirse, no obstante, que al admitir como producto cada uno de estos elementos, la economía contemporánea no pretende invadir el terreno de la tecnología explicando y estudiando cada ramo de produccion en su naturaleza intrínseca, sino que los aprecia como resultado y por sus condiciones externas como valores ó riquezas existentes en el mercado.

El publicista Sismondi al definir la Economía política consideró

que su objeto era el bienestar del hombre en cuanto podia ser obra del Gobierno. Abiertamente contradictorio con esta aspiracion es el carácter que hoy presentan los estudios económicos. La mision del Gobierno suele ser secundaria en esta materia; y aun los Alemanes que al lado de la economía individual (crematística ó crysología de los Griegos) aceptan una segunda parte que se refiere al Estado, y denominan *Política económica*, parten del invariable supuesto de que la base constante de la produccion es el hombre, miéntras la accion del poder público aparece como auxiliar y relativa en determinados problemas. De cuyas consideraciones deducen los tratadistas que el sugeto único de la ciencia es el hombre con várias de sus naturales condiciones, es decir, como sér que tiene necesidades y que es esencialmente *libre*, *responsable*, *sociable y perfectible* (1).

Para comprender el lugar que ocupa esta ciencia en el repertorio de los conocimientos humanos, es inútil remontarse á filosóficas investigaciones. Desde luego se comprende que pertenece de lleno á las morales y políticas que estudian al hombre en su naturaleza propia, y en sus lazos y relaciones con la sociedad que le rodea. Así, ella se ocupa en observar el crecimiento y desarrollo de los intereses materiales, miéntras la moral estudia el bien ó la ley del deber, el derecho traza el círculo de las atribuciones que competen al hombre bajo la garantía de la autoridad, y la política examina la organizacion que debe darse á los poderes públicos para que el indivíduo y la sociedad puedan realizar concertadamente sus variados fines.

Ahora bien; entre las distintas ciencias que al hombre social se refieren, ¿cabe contradiccion?—Sin dificultad contestamos negativamente.—Atender al desarrollo de la riqueza por los medios que la ciencia económica preconiza, no es tarea anticristiana, ni servir al materialismo como algunos rezagados sostienen todavía por peregrino antojo. El trabajo y el ahorro, verdaderos ejes de la Economía política, son los más eficaces auxilios de la Moral: los dos principios de la libertad y la propiedad que la Economía enaltece y glorifica son las condiciones necesarias del derecho, así como crear valores es dar sólidas garantías á la causa del órden y asentar sobre firmísimo escabel la política de los Estados.

---

(1) Baudrillart, *Manual de Economía política*.

Por un movimiento espontáneo, segun ántes hemos dicho, las ciencias morales abandonan ya toda pretension egoista y exagerada; y á la hora presente, léjos de ser temible aquella tendencia que se proponia edificar en el mundo de las riquezas á expensas de la moral, prevalece la tendencia contraria que aspira á refundir en una concepcion enciclopédica (la ciencia social) el vasto organismo de sus ramificaciones particulares. Nó; los economistas, por aspirar al desenvolvimiento de la riqueza, no pretenden, ni mucho ménos, enflaquecer el prestigio de los demás resortes sociales; y cuando se les pregunta si el ideal de sus aspiraciones se cifra en la realizacion del bienestar terreno, contestan terminante y categóricamente como Cornelia, la ilustre madre de los Gracos, que la sociedad, ántes que de hombres ricos, está necesitada de caractéres varoniles, de personas educadas en el respeto inviolable hácia los dioses, y encendidas en el santo amor de la pátria. Por donde la ciencia va perdiendo paulatinamente aquel carácter frio y semi-matemático que solia prescindir de la entidad humana en sí, sustituyéndola por la nocion de fuerza ó elemento potencial; y Stuart Mill, de acuerdo con aventajados publicistas de Francia, Italia y Alemania, que han escrito obras luminosas enderezadas á reconciliar las leyes morales con los móviles utilitarios en el sentido que los estimula la Economía política, hace gala de considerar al hombre en la complexidad de sus elementos, asegurando que el carácter enérgico de los ciudadanos es el primer factor de la riqueza de un estado, y que los pueblos deben estimarse siempre más que por lo que *hacen* por lo que *son* (1).

Indicadas á grandes trazos las relaciones que mantiene la Economía política con los demás estudios morales, digamos algunas palabras sobre el método ó procedimiento que emplea para sus investigaciones.

Juan Bautista Say, al declarar que nada existe absoluto en Economía política, hizo de ella una ciencia experimental. Pero es el caso que las ciencias sólo son tales en cuanto expresan verdades generales como decian los aristotélicos; y por lo tanto que si careciese de fijeza y generalidad, si sus leyes no fuesen constantes y determinables *à priori*, vanamente hubieran podido elevarse á una categoría científica. Al decir, pues, que la Economía política es

(1) On liberty.

hija de la observacion baconiana, conviene no exagerar la idea tomándola de un modo estrecho y exclusivo. En nuestra época, merced al desarrollo de los estudios filosóficos, ha desaparecido la vulgar prevencion que algunos establecian entre el método inductivo y el deductivo, patentizándose que uno y otro, felizmente concertados, determinan los grandes progresos. El inductivo por sí sólo haria de la ciencia un repertorio casuístico; el segundo la conduciria indeclinablemente á divorciarse de la realidad: en dulce alianza y hermanamiento le preparan ópimos frutos y señalan anticipadamente sus peligros y sus escollos.

De esto no se infiere, sin embargo, que en el campo económico, como en todos los demás, no haya escuelas más directamente inclinadas á encarecer las ventajas del elemento histórico.

En Enero de 1868, con motivo de haberse publicado por Wolowski una edicion de la obra alemana de G. Roscher, promovióse sobre la utilidad del método histórico en las ciencias sociales una viva discusion en el seno de la sociedad francesa, de Economía política. Desde Courcelle-Seneuil hasta Garnier tendian por natural impulso los economistas á demostrar que, atendida la índole propia de la ciencia que cultivan, no tiene gran importancia en ella el criterio histórico, toda vez que, si lo que pretendian los Alemanes era encarecer la utilidad de la historia como campo de la observacion, resultaba innecesario el consejo, supuesto que la experiencia habia sido la base de la Economía política desde el memorable ejemplo de la fábrica de alfileres en que apoyó A. Smith la division del trabajo; y si lo que se queria era hacer de la historia el criterio de la verdad, en este caso la tendencia resultaria perjudicial á la Economía política. Eduardo Laboulaye que, á pesar de sus opiniones conocidamente democráticas, tiene en mucho la trascendencia del elemento histórico en sus relaciones con la verdad, vindicó las excelencias del sistema sometido á discusion. Así, sacando el problema de un terreno limitado y mezquino, rompiendo con la tradicion de aquellos escritores rutinarios que definian el criterio histórico diciendo: *omnia pro tempore, nihil pro veritate*, demostró que la escuela histórica, al explicar la generacion de las ideas y las instituciones, no pretende amenguar su importancia filosófica, sino seguir las evoluciones y etapas de su desenvolvimiento para mejor comprenderlas. De forma que, miéntras el criterio filosófico no tiene más que anatemas para todo lo

que de la justicia se separa absolutamente considerado, el historiador aprecia las circunstancias *atenuantes* de los países y hasta la distinta *responsabilidad* que puede exigirse á los pueblos atendidos los elementos morales y materiales que en torno suyo existen. Importa poco, por ejemplo, que ante la justicia y el derecho merezcan severísimos anatemas la institucion de la esclavitud, la influencia ejercida en Oriente por el poder teocrático y el feudalismo de la Edad Media: la filosofía de la historia ha demostrado ya, por medio de Vico, que la esclavitud, con ser tan injusta y odiosa, representaba un adelanto sobre el antiguo sistema de matar á los prisioneros de guerra, y por las investigaciones de Gioberti que las teocracias orientales representaban en su tiempo un límite, una valla opuesta por la conciencia al poder brutal de los soberanos. En cuanto al feudalismo, es inútil que digamos una sola palabra sobre su importancia relativa y circunstancial después de los bellos estudios que consagró á esta materia el ilustre historiador de la civilizacion europea. Primer efecto, pues, del método histórico es dar un criterio adecuado, condiciones propias de luz y perspectiva al estudio de lo que ha sido. Su segundo efecto, añade Laboulaye, es infundir á las generaciones un sentimiento de pudorosa modestia. El que ha visto las evoluciones del pensamiento económico, el que conoce los errores que en otro tiempo se tuvieron por verdades inconcusas, el que sabe cuán difícil es limitar y amojonar el campo de la observacion, ¿cómo podrá creer que á la hora presente la Economía política haya clavado para siempre la rueda del progreso?

Por donde debemos concluir que la escuela histórica, tal como la explica Laboulaye, no pretende hostilizar á la razon, sino auxiliarla, y que, sin dejos de excepticismo, su propósito cardinal es abrir la puerta á nuevos adelantamientos, á una observacion más completa y detenida, á un estudio más concienzudo de los fenómenos sociales. Como quiera, acéptese ó nó la idea de Laboulaye, preciso es hacer justicia á la rectitud de sus intenciones. No se trata aquí de remozar envejecidas ideas, sino de estudiar las evoluciones del pensamiento científico con serena imparcialidad.

En la práctica, segun ántes indicamos, la cuestion tiene ménos importancia de lo que parece. Una tendencia armónica pesa hoy sobre todas las escuelas, y les obliga á tributarse ventajosas concesiones. Así, en la esfera especulativa nádie prescinde absoluta-

mente del método analítico ó del sintético, y, por el contrario, es la opinion general que, como decia un hombre de atrevida mirada, el insigne poeta autor del *Fausto*, uno y otro representan en el organismo de la ciencia social las funciones de la sístole y la diástole en la humana fisiología.

Bastan estas compendiosas observaciones para determinar las que podemos llamar «miras generales de la ciencia en nuestros dias.» Si no son suficientes todavía para señalar el estado en que se hallan sus estudios, proyectan vivísima lumbre sobre la parte íntima, fundamental de la ciencia.

Resumiendo, pues, dirémos que, aunque la Economía política es definida de diversa manera por los autores, convienen todos, así en la realidad objetiva del nuevo órden científico, como en la materia particular de su estudio. Llámese Economía política á la investigacion de las leyes por que se gobierna la produccion, circulacion, distribucion y consumo de las riquezas (1); acéptese como ciencia de los intereses materiales (2); truéquese su nombre por el de *catalláctica*, apreciándola como ciencia del cambio (3); dígase que es en los estados lo que la economía doméstica en las familias (4); considérese como filosofía del trabajo (5); defínase como parte de una ciencia sociológica que abraza la Hacienda y otros estudios (6); tómese como exposicion de las leyes por que se rige la actividad libre del hombre estimulada por el interes personal (7), siempre venimos á encontrar resultados análogos, y á la hora presente puede darse como establecido y fijado el programa de la ciencia.

En cuanto al lugar que le corresponde entre las morales, poco hay que decir: por su objeto es distinta de las demás, pero favorece notablemente sus respectivas aspiraciones.

Finalmente, el método empleado por la ciencia económica no es exclusivo, sino el conjunto de todos los procedimientos que pueden utilizarse para llegar á la investigacion de la verdad.

---

(1) Juan Bautista Say, Florez Estrada, Baudrillart y otros autores.
(2) Miguel Chevallier.
(3) Whately, Arzobispo de Dublin.
(4) J. Stuart Mill.
(5) Figuerola, Carballo y otros.
(6) E. D. Macleod.
(7) Carreras y Gonzalez.

(*Se continuará.*)

J. Leopoldo Feu.

LA SOMBRA

CAPÍTULO PRIMERO

El doctor Anselmo

I.

Conviene principiar por el principio, es decir, por informar al lector de quién es este D. Anselmo; por contarle su vida, sus costumbres, y hablar de su carácter y figura, sin omitir la opinion de loco rematado de que gozaba entre todos los que le conocian. Esta era general, unánime, profundamente arraigada, sin que bastaran á desmentirla los frecuentes rasgos de genio de aquel hombre incomparable, sus momentos de buen sentido y elocuencia, la afable cortesía con que se prestaba á relatar los más curiosos hechos de su vida, haciendo en sus narraciones el más discreto uso de su facultad imaginativa, que era prodigiosa. Contaban de él que hacía grandes simplezas, que era su vida una série de extravagancias sin cuento, y que se atareaba en raras é incomprensibles ocupaciones, no intentadas de otro alguno; en fin, que era un ente á quien jamás se vió hacer cosa alguna á derechas, ni conforme á lo que todos hacemos en nuestra ordinaria vida.

Pocos le trataban; apénas habia un escaso número de personas que se llamaran sus amigos, desdeñábanle los más, y todos los que no conocian algun antecedente de su vida, ni sabian ver lo que de singular y extraordinario habia en aquel espíritu, le miraban con desden y hasta con repugnancia. Si habia en esto justicia, no es cosa fácil de decir, de la misma manera que no es empresa llana hacer una exacta calificacion de aquel hombre, poniéndole entre los más grandes, ó señalándole un lugar junto á

los mayores mentecatos nacidos de madre. El mismo nos revelará en el curso de esta narracion una porcion de cosas que serán otros tantos datos útiles para juzgarle como merezca.

Vivia en el cuarto piso de un endiablado caseron de donde nunca salia, á no ser que un asunto urgente le llamara fuera de casa. Esta era de tal condicion, que en otro siglo ménos preocupado la fantasía popular hubiera puesto en ella todas las brujas de un aquelarre. En la época presente no habia allí más bruja que una tal Doña Mónica, que era ama de llaves, criada é intendente.

La habitacion del doctor parecia uno de esos laboratorios que hemos visto en más de una novela, y que han servido para decorar multitud de cuadros holandeses. La iluminaba la misma lámpara meláncolica con que en teatros y pinturas vemos iluminada la faz cadavérica del doctor Fausto, del maestro Klaës, de los sopladores de la Edad Media, del buen Marqués de Villena, y de los fabricantes de venenos y drogas en las repúblicas italianas. Todo esto hacía parecer á nuestro hombre punto ménos que nigromante ó judío; pero no lo era ciertamente, aunque en su casa, que era originalísima como después verémos, se veian, colgados del techo, aquellos animales estrambóticos que parecen realizar un sueño de Teniers, revoloteando en confusa falange por todo el ámbito de la bóveda.

Aquí no habia bóveda gótica, ni ventana con primorosas labores, ni ese fondo oscuro, esos misteriosos efectos de luz con que el artificio de la pintura nos presenta los escondrijos de esos químicos aburridos, que, envueltos en ilustres telarañas, se inclinan perpétuamente sobre un infólio lleno de garabatos. El gabinete del doctor Anselmo era una habitacion vulgar, de estas en que todos vivimos, compuesta de cuatro mal niveladas paredes y un despedazado techo, en cuya superficie el yeso, cayéndose por la incuria del tiempo y el descuido de sus habitantes, habia dejado muchos y grandes agujeros. No habia papel, ni más tapicería que la que las arañas habian hecho tendiendo de rincon á rincon sus complicadas urdimbres. En el principal testero habia un esqueleto que no habia perdido el buen humor del sepulcro: de tal modo se rasgaban en espantosa risa sus mandíbulas desdentadas; y aumentaba la singularidad de su aspecto el caldero que el doctor le habia puesto en el cráneo, sin duda por no tener sitio mejor donde colocarlo. Al lado habia un estante de madera con innume-

rables baratijas, entre las cuales no hacian el peor papel algunos rotos vasos de inestimable mérito, y piezas del más tosco barro doméstico. Algun ave disecada y medio podrida daba realce con el brillante color de sus últimas plumas á este armatoste, sobre el cual una culebra llena de paja se extendia dibujando sobre la pared las curvas de su cuerpo, en cuyas escamas quedaba un débil tornasol. No léjos de esto pendia una armadura tan roñosa como si desde el tiempo de Roldan (su dueño tal vez) no se hubiera limpiado: algunas otras armas blancas y de fuego colgaban por allí en union con una gran sarten, cuyo mango tocaba los piés de un santo Cristo, de esos que, con el cuerpo lívido, los miembros retorcidos, el rostro angustioso, negras las manos, llenos de sangre el sudario y la cruz, ha creado el arte español para terror de devotas y pasmo de sacristanes El Cristo era amarillo, oscuro, lustroso, rígido como un animal disecado: no tenía formas la cara, desfigurada por el bermellon, y los piés se perdian entre los pliegues de un gran lazo, que sin duda fué lugar de romería para todas las moscas del barrio, porque allí habian dejado indelebles muestras de su paso. Por otro lado asomaba una estampa de no sabemos qué mártir, unos caracoles, unas conchas de madre-perla, dos pistolas y un rosario de cuentas marinas enredado en una rama de coral, ennegrecida por el polvo. Dos grandes espuelas de caballero y una silla de montar colgaban de otra escarpia junto á unas mugrientas ropas, por entre cuyos pliegues se veia el mango de una guitarra con finísimas incrustaciones de nácar y de márfil. Estaba abollada, y una sola cuerda, testigo mudo hoy de su anterior grandeza, podia dar á la actual generacion un eco de las pasadas armonías. Unas botas de militar rodaban por el suelo junto á la guitarra, y en la parte de enfrente pendia una casaca galonada y una chupa del último siglo, entrambas piezas llenas de agujeros y manchas. Un sombrero tricornio aparecia puesto sobre un botijo que hacía veces de cabeza, y un deforme candil, de esos que tanto se asemejan á un teneblario, manchaba con los restos de su aceite secular un reclinatorio de primorosas labores; pero tan estropeado que apénas tenía figura. En la pared cercana habia un reló parado desde hace cincuenta años: su máquina era el cuartel general de las arañas, y sus enormes pesas de plomo, caidas con estrépito hace veinticinco mil noches, habian roto un taburete, un cántaro, un Niño Jesus, y yacian en el suelo

inmóviles en tanto tiempo con la magestad de dos aerolitos.

No se libraba de cierta impresion de estupor el que entraba en aquella habitacion, donde la escasa luz de la lámpara producia los más extraños efectos; porque además de los cachivaches que hemos descrito, ocupaban la estancia un sinnúmero de aparatos de complicadas y rarísimas formas. Alambiques que parecian culebras de vidrio proyectaban su espiral sobre enormes retortas, cuyo vientre calentaba un hornillo en perenne combustion. El disco de una máquina eléctrica reverberaba, y todo el aparato parecia amenazar constantemente con sus ingratas explosiones. El sordo rumor de la llama del hogar, el chirrido del áscua, semejante á la vibracion lejana de un misterioso instrumento, el olor de los ácidos, la emanacion de los gases, el asmático soplar del fuelle, que funcionaba con ánsia y fatiga como un pulmon enfermo, todo esto producia en el espectador un ánsia, un mareo imposible de describir.

Cuando el que esto escribe tuvo el honor de penetrar en el estudio, gabinete ó laboratorio del doctor Anselmo, su asombro fué grande, y no podrá ménos de confesar que, mezclado al asombro, sintió cierto terror que sólo la idea de que aquel hombre era el más afable é inofensivo de los séres podia calmar. Además ¿quién ignoraba que D. Anselmo no era nigromante ni profesaba ninguna de las endiabladas artes de la antigüedad? si apénas hubo quien tomara en sério sus trabajos, y era más bien tenido por loco ó mentecato en la vecindad, que por hombre medianamente sábio, con asomos siquiera de sentido comun. El, sin embargo, se enfrascaba en aquella tarea incesante de que nunca se vió resultado alguno; y á juzgar por la gravedad con que soplaba sus hornillos y la atencion ansiosa con que hacia circular los líquidos verdes y rojos al través del vidrio de los alambiques, grandes y trascendentales problemas traia entre manos.

La aficion á la química era en él cosa nueva, no habiendo hasta hace poco parado las mientes en simples y combinaciones; cási siempre habia empleado en la lectura de toda clase de libros la mayor parte del tiempo, siempre que algun indiscreto no iba á entretenerse con él oyéndole sus narraciones pintorescas, en que tanto eran de admirar la brillantez y vuelo de su grande imaginacion. Su conversacion versaba siempre sobre la vida práctica, sobre hechos de su propia vida, que él sacaba á colacion en todo y

por todo. Nunca se hacia de rogar, y lo que contaba era por lo comun, tan extraordinario, que muchos lo juzgaban todo pura invencion de su fantasía. Al recordar su pasado miraba todas aquellas baratijas que allí tenia colgadas, y se reia con una efusion de dulce tristeza de que todos participaban. Entónces decia:

«Yo tambien he sido jóven, he sido cortesano, artista, pintor, músico; he viajado mucho, he sido galanteador, me han perseguido, he tenido desafíos, conozco el mundo, he amado la vida y la he despreciado; he amado y aborrecido con mucha violencia.»

Una vez le oí hablar de esta manera, y después aplicó su dedo amarillo, flaco y rígido á la única cuerda de la guitarra, que vibró con un sordo quejido, despidiendo en su oscilacion todo el polvo que veinte años de perpétua quietud habian acumulado en ella. Después calló, permaneciendo largo rato pensativo y mirando con fijeza la circulacion del líquido rojo á lo largo del intestino de vidrio que trasegaba de un depósito á otro una esencia sutil.

En aquellos momentos de silencio, interrumpido sólo por la ténue vibracion de la cuerda, el rumor de la llama y ese sonido incomprensible y solemne de todos los lugares misteriosos, era cuando más terror producian en mí los singulares objetos de la vivienda del sábio. Parecíame que todo aquello tenía vida y movimiento; que la casaca se movia como si sus faldones cubrieran un cuerpo, como si las mangas tuvieran dentro unos brazos. Tambien creia ver el sombrero tricornio meneándose á un lado y otro, como si el botijo que le sustentaba tuviera sesos llenos de inteligencia y buen humor; creia ver las botas espoleando al reclinatorio y las conchas golpeándose unas á otras como si á manera de castañuelas estuvieran amarradas á los dedos de una mano andaluza. El esqueleto me parecia que bostezaba, y que el caldero le caia hasta los ojos, inclinándose á un lado para darle una expresion de chusco y guapeton; me parecia verle adelantar el pié izquierdo como quien rompe á bailar, y cuadrarse ambas manos á la cintura, que le cabia en dos dedos. Se me figuraba asimismo que andaba el reló con la precipitacion y diligencia de una máquina que quiere recorrer en un minuto los años que se ha estado mano sobre mano, es decir, rueda sobre rueda; sentia el tic-tac de las piezas, y creia ver oscilar el péndulo dando bofetones á un lado y otro á todos los pájaros disecados, que se empeñaban en volar, moviendo con trabajo las escasas plumas de sus alas podridas; y por último,

en medio de esta barahunda me parecia que el Cristo estiraba los brazos y el cuello, desperezándose con una expresion de supremo fastidio.

Tal efecto me causaba la vista de todo aquello.

II.

Demos á conocer á la persona.

Parecerá que este D. Anselmo es un tipo poco comun, de estos que más se ven en el artificioso mundo de la novela y el teatro, que en la escena de la vida, donde estamos todos formando este gran grupo social, que hoy nos parece una vulgaridad extremada y quizá lo es. Don Anselmo, al ser presentado en la extraña escena que hemos descrito, en medio de tantos rarísimos trastos, con este aparato de Edad Media y sus ribetes de brujo ó buscador de la piedra filosofal; al ser presentado de este modo, decimos, parecerá un personaje enteramente ajeno á la actual sociedad, siendo puramente una creacion ideológica, sin ningun sentido ni aplicacion, más bien que un retrato fiel de cualquier prójimo. Estas creencias se desvanecerán cuando se sepa que el doctor Anselmo era un hombre de aspecto tan poco romántico, tan del dia y de por acá, que nádie fijara en él la atencion, á no ser renombrado por sus nunca vistas manías y ridiculeces, y la particularidad de su disparatada conversacion.

Era un viejo mal conservado, flaco y como enfermizo, más bien pequeño que alto, con uno de esos rostros insignificantes que no se diferencian del del vecino, si una observacion formal no se fija en él con particular interes. Sólo cuando hablaba se veian en su rostro los rasgos de una vivacidad extraordinaria y una expresion nada comun. Sus ojos pequeños y hundidos tenian entónces mucho brillo, y la boca, dotada de la movilidad más grande que hemos conocido, empleaba un sistema de signos más variados y expresivos que la misma palabra. Cojeaba de un pié, no sabemos por qué causa, y la mano izquierda no era del todo expedita; tenía muy bronca y aternerada la voz, y al andar marchaba tan derecho en su camino, tan fijo y abstraido, que iba dando tropezones con todo el mundo. Parecia tener una tenaz idea clavada en la mente, idea que no le daba respiro, impidiéndole dirigir la aten-

cion á cualquier otro punto, y en su marcha se le veia agitarse siempre, mudar de color, gesticular, alterando todos los músculos de su cara como el que sostiene una conversacion acalorada con un interlocutor invisible. El hablar consigo mismo era en él más que un hábito, una funcion en perenne ejercicio; su vida un monólogo sin fin.

El vestido no llamaba la atencion aquí donde hay un museo de ridiculeces por esas calles en perpétua exhibicion; ni fué su levita objeto de particular atencion, á pesar de la exorbitante altura de la solapa, charolada por la grasa y el roce de quince años. Tampoco hallamos en ninguno de los cronistas que han tratado de este hombre extraordinario, datos que induzcan á creer que el público, siempre entrometido y curioso, se fijara en la holgura de su chaleco, donde cabian cuatro doctores, ni en la particular y no vista forma de su corbata, que á veces, por una coincidencia frecuente en muchos sabios y en todos los que hablan solos, se le rodaba, poniéndose el lazo en el cogote y el centro en la nuez.

Era en sus costumbres de una sencillez y una pureza ejemplares: comia poco, bebia ménos, y dormia en las pocas horas que le dejaba libres la fantasía, con bastante desasosiego, y soñando siempre tanto como cuando estaba despierto. La mayor parte del tiempo la dedicaba al estudio, de que, al decir de muchos, no sacó jamas provecho alguno, sino que, por el contrario, se le enredaba más la madeja de desatinos que en la cabeza tenía.

Vivia de cierta módica pension que le daban no sabemos dónde, y de unos cuartejos que habia realizado de unos billetes hipotecarios, último resto de su fortuna. Parecia, en resúmen, uno de esos eremitas de la ciencia, que se aniquilan víctimas de su celo, y se espiritualizan, perdiendo poco á poco hasta la vulgar corteza de hombres corrientes, y haciéndose unos majaderos que sirven para pocas cosas útiles, y entre ellas para hacer reir á los desocupados. Su hábito, su temperamento, su estado normal era la narracion: cuando contaba algo, estaba en su elemento; era él, era el doctor Anselmo en su genuina forma y exacta expresion. Sus narraciones eran por lo general parecidas á las más sobrenaturales y fabulosas empresas de la caballería andante, si bien teniendo por principal fundamento sucesos de la vida actual, que él elevaba á lo maravilloso con el acaloramiento de su fantasía. Al contar estas cosas, que siempre se referian á algun pasaje de su vida, ponia en juego

los más caprichosos recursos de la retórica y un copioso caudal de retazos eruditos que desembuchaba aquí y allí con un desenfado digno de Voltaire. Su estilo no carecia de arte, siendo por lo general difuso, vivo y pintoresco.

Esto hará creer al lector que tenemos que habérnoslas con algun literato desahuciado de la crítica, desheredado de los favores populares, uno de esos que entregan á la miseria y al hastío una vida que no pudo emplearse en el ejercicio del arte ni en el pleno goce de la gloria. Nó: el doctor Anselmo no era literato, ni sabemos que de su pluma saliera nunca otra cosa que unas cuentas mal perjeñadas de las pérdidas de su casa, y algun memorial para hacer valer sus derechos á la pension: era un hombre que tenía metida en la cabeza una preocupacion; un hombre que llevaba un laberinto dentro de sí. Tal vez conociendo algunos detalles de su vida, y prestando atencion al incidente que él mismo nos va á referir, sepamos cómo llegó aquel entendimiento á tal grado de desbarajuste, y cómo se aposentaron en su cerebro tantas y tan locas imágenes, tal balumba de cosas extravagantes, mezcladas de discretos juicios, tanta necedad unida á grandes concepciones, que parecen fruto del más sano y cultivado entendimiento.

Don Anselmo habia tenido una juventud muy borrascosa, y desde su primera edad se notó en él una gran violencia de sentimientos, mucho extravío en la imaginacion, mucha veleidad en su conducta, y alternativas de marasmo y actividad que le dieron fama de hombre disparatado y como demente. Cuentan que se pasaba semanas enteras retirado de las gentes, triste, aburrido como un santo, perdido en una especie de éxtasis, de que no salia á pesar de todo el empeño de sus amigos: otras veces era tal su animacion y alegría, que rayaba en delirio, siendo difícil sustraerse á sus travesuras. Pero esto duraba poco, y un dia le veian otra vez solitario y abstraido, hecho un santo de palo de esos que miran al cielo y estiran un dedo en perpétua espectacion de alguna voz de arriba. De esta manera le encontró la muerte de su padre, el cual le dejó una fortuna considerable, y entre otras cosas una casa magnífica, donde el viejo, gran coleccionador de obras de arte, habia reunido una infinidad de primores del Renacimiento. Su familia era de las más nobles de Andalucía y llevaba el apellido de Afan de Ribera, siendo por la línea materna de la casta de los Silíceos, por lo cual se enorgullecian de ser parientes del arzobispo de este nombre.

Al describir aquel palacio que le dejó su padre, el doctor empleaba los más brillantes colores; le daba tales visos de cosa fantástica, que no era posible creer en la realidad de todo aquello, ni dejar de pensar que la imaginacion del narrador era la principal autora de tan hermosa vivienda.

Este hombre se casó con una jóven, de cuya hermosura hablaba siempre pomposamente. Lo que pasó en este matrimonio no es sabido de nádie; y, si es verdad lo que de boca del mismo doctor vamos á oir, fuerza es confesar que el caso es raro y merece ser puesto entre las más curiosas aventuras que han ocurrido en el mundo. Cuentan personas autorizadas que en los meses que estuvo casado, la enajenacion, la extravagancia de nuestro personaje llegaron á su último extremo: se le veia entónces apartado de todo trato humano, buscando sitios solitarios, á veces dominado por una cólera inextinguible, á veces sumergido en profunda melancolía, especie de somnolencia que la daba todo el aspecto de un hombre sin pizca de sentido. Pocas veces le vieron con su mujer, para quien no tenía ni áun las más ligeras amabilidades que el más adusto marido tiene con la suya: renegaba de sus suegros, hacía mil tonterías, hasta el punto de que la maledicencia, curiosa y con ánsia de saber lo que allí pasaba, entró en su casa y no dejó á nádie con honra.

La verdad no se sabe: murió Elena, que así se llamaba su esposa, á los pocos meses de casada, y entónces empezó Anselmo á ser el extraño personaje que ahora conocemos. No volvió á tener reposado y claro el juicio, siendo desde entónces el hombre de las cosas disparatadas é inconexas, cada vez más incomprensible, enfrascado en sus diálogos internos, y agitado siempre por una perpétua preocupacion que llegó poco á poco á formar parte de su naturaleza moral.

Perdió su fortuna, no sólo por su natural descuido, sino porque, suscitado un pleito insignificante por un pariente suyo, supo la curia aprovecharse tan bien, que en poco tiempo le dejaron en la miseria. Hubo quien dijo: «Es un gran filósofo; ved con qué resignacion resiste los golpes de la suerte.» Otros decian: «Es un loco; mirad con qué indiferencia olvida sus asuntos.» Su estoicismo era objeto de burlas. Alguien quiso favorecerle, compadecido de su desgracia; pero parece que le encontraron orgulloso y poco dispuesto á admitir limosnas. Tambien hubo jóvenes de candidez tan

extremada, que le creyeron iniciador de un nuevo sistema filosófico, revelador de alguna cosa nueva, inaudita, que habia de pasmar el orbe. Esto provenia de que después de su pobreza se habia remontado á las alturas de su zaquimaquí, donde encendió una lámpara y se puso á devorar libros noche tras noche, sin darse reposo. Pero pronto vieron todos la ninguna sustancia de aquel trabajo incesante: encontráronle cada vez más loco. Huyeron de él los que ántes le tenian afecto ó lástima, y sólo habia un reducido número de personas que iban á oirle contar maravillosas aventuras, soñadas todas por él sin duda, porque no existia un sér cuyo papel en la sociedad hubiera sido más pasivo.

El calificativo de doctor no provenia de ningun grado académico, como en la mayor parte de los sábios; fué más bien un apodo con que los que le conocian gustaban de designarle al ver sus hábitos de erudito. Los que iban á oirle contar sus aventuras no carecian de gusto, porque éstas eran un tejido asombroso de hechos inverosímiles, pero de gran interes; hechos amenizados por pintorescas digresiones, y que, á ser tratados y escritos por una pluma un poco diestra, tal vez serian leidos con afan por todos. Referianse por lo general á apariciones de alguna sombra que venía á pasearse por este mundo con el mayor desenfado, y él la presentaba como representacion simbólica de alguna idea: tenía aficion á toda clase de símbolos, y en todos sus cuentos habia una multitud de séres extraordinarios que formaban como una mitología moderna.

En todo esto entraba por mucho la erudicion adquirida en sus asíduas lecturas, erudicion que era en él como esos archivos en que todo estaba revuelto, todo sin concierto ni órden. ¡Quién sabe, gran Dios! Tal vez si en aquella cabeza hubiera habido un catálogo, el doctor Anselmo sería uno de los más extraordinarios talentos conocidos.

III.

El doctor continuaba mirando aquel diabólico aparato con ese abandono y esa negligencia que se pintan en el semblante cuando la imaginacion está muy léjos del sitio en que se fija la vista. Parecia como que le importaba poco el resultado de aquel experimento, y que no le habia de dar placer ni disgusto la verdad científica que con el líquido circulaba al través del tubo.

—Pero ¿cómo se ha dedicado V. á la química?—le dije, seguro de que el sabio no daria ninguna contestacion categórica.

—Para atar la loca,—contestó;—para contenerla y obligarla á que no me martirice más. Yo necesito estar siempre ocupado en algo: la lectura me distrajo un poco; pero al fin llegué á cansarme de leer. Hace poco ví en unos libros unas cosas que me llamaron la atencion y no comprendí. «Voy á ver lo que es eso, dije; yo necesito experimentar.» Compré esos trebejos, y me puse á soplar y á observar. Una nomenclatura y un manual me han bastado para distraerme unos dias. Pero aquí no hay nada más que un pasatiempo: cultivo la curiosidad, aunque sin fruto positivo. Que nádie espere de esto ningun adelanto científico. La verdad es que miéntras caliento esta máquina y descompongo esos aguachirles, no pienso en otras cosas, y así me va tal cual.

—La loca, siempre la loca!—le contesté.—La verdad es que la imaginacion, á que llama V. de ese modo con razon, si V. la sujetase un poco, léjos de atormentarle, podria ser una fuente fecundísima de creaciones, cuya importancia V. más que nádie puede conocer. Por qué no se ha dedicado á las artes?

—Oh! Para el cultivo de las artes,—dijo, volviendo la espalda al aparato,—se necesita una imaginacion, cuyo ardor y abundancia se contenga en los límites de lo natural; una imaginacion que sea una facultad con sus atributos de tal, y no una enfermedad, como es en mí, una aberracion, un vicio orgánico. Esa preciosa facultad, aunque exuberante en algunos, no llega á dominar al indivíduo hasta el punto de imponerle una segunda vida; no es, como en mí, la mitad completa de la naturaleza. Yo no sé por qué vine al mundo con esta monstruosidad: yo no soy un hombre, ó, más bien dicho, soy como esos hombres repugnantes y deformes que andan por ahí mostrando miembros inverosímiles que escarnecen al Criador. Mi imaginacion no es la potencia que crea, que da vida á séres intelectuales organizados y completos; mi imaginacion es una potencia frenética en contínuo ejercicio, que está produciendo sin cesar una série inacabable de visiones. Su trabajo es semejante al del tornillo sin fin: lo que de ella sale es como el hilo que sale del vellon y se tuerce en su girar infinito sin concluir nunca. Este hilo no se acaba miéntras dura el vellon: miéntras yo tenga vida, tendré esa devanadera en la cabeza, máquina de dolor que da vueltas sin cesar

—Es verdad,—dije maquinalmente, admirado de que en su locura hubiera podido expresar tan bien y de un modo tan pintoresco el deplorable estado de su cabeza.

—Yo soy esclavo de esto;— continuó— desde niño vengo padeciendo los estragos de mi imaginacion. Ella en cincuenta años me ha hecho vivir trescientos. Sí; las sensaciones imaginarias que yo, aunque apartado del mundo, he experimentado en mi vida, suman las vidas de seis hombres; yo he vivido demasiado, porque la fantasía me ha puesto en mi tiempo millones de dias.

—Vamos,—dije para mí, miéntras hacía con la cabeza una respetuosa señal de asentimiento;—ya te engolfaste en tus necedades, y eres hombre perdido por esta noche.

—Yo soy muy desgraciado, el más desgraciado de los hombres,—prosiguió el doctor.—Mis desdichas no tienen igual en el mundo, ni se parecen á nada de lo que leemos. Otros hombres son mortificados dentro de su naturaleza, miéntras yo me salgo en esto de la comun ley de los dolores humanos; porque soy un sér doble: yo tengo otro dentro de mí, otro que me acompaña á todas partes y me está siempre contando mil cosas que me tienen estremecido, en contínua excitacion, en un estado de contínua fiebre moral. Y lo peor es que esta fiebre no me consume como todas las fiebres. Al contrario: esto me vivifica; yo siento que esta llama interior parece como que regenera mi naturaleza, poniéndola en disposicion de ser mortificada cada dia.

—Es particular,—dije, no comprendiendo nada de aquello de llama interior, y el sér doble, y el tornillo sin fin.

—No encuentro mi semejante en ninguna parte,—continuó.—Unicamente puedo llamar prójimos á los místicos españoles, que han vivido una vida ideal completa, paralela á su vida normal. Estos tenian una obsesion como yo, tenian algo metido en la cabeza. Á veces he pensado en la existencia de un entozoario que ocupa la region de nuestro cerebro, parásito interno de nuestra cabeza, que vive aquí dentro alimentándose con nuestra sávia y pensando con nuestro pensamiento.

—Oh! Explique V. eso un poco más: —dije, satisfecho de ver entrar á D. Anselmo por el camino de una simpleza que parecia ser muy divertida.

—No es más que una idea vaga.... Á veces nos ocurren unas cosas.... Si yo pudiera exteriorizarme, expresar todo esto que hay

en mí, de seguro se pasmarian muchos que hoy se rien de mis cosas.

—Oh! Si V. se exteriorizara, D. Anselmo,—dije, afectando mucha seriedad para que no cayese en la burla;—no habia en antiguos ni modernos quien le igualara.

—Es verdad,—contestó D. Anselmo, cuyos ojos se animaron con repentino fulgor.—Nádie me igualaria. Mi vida ha sido una universal manifestacion de toda la vida humana: no es verdad?

— Ah! sin duda. Quién puede dudar eso?

— Usted que me he oido contar algunos sucesos, comprenderá esto. ¿No es verdad que no hay nada más maravilloso que mi matrimonio? ¿Usted no recuerda aquel original suceso que le he contado; cuando me encontré en presencia del más extraño fenómeno que se ha ofrecido á la observacion humana?

—No recuerdo de qué habla V.

—Mi matrimonio, sí: yo le he contado á V. todo. Lo que entónces se habló fué un embuste. Nádie supo la verdad de tan singular acontecimiento.

—A mí no me ha contado V. maldita de Dios la cosa,—le dije, recordando que, á pesar de su franqueza y locuacidad, no habia hablado nunca, sino muy oscuramente, de aquel misterioso asunto.

—Qué no se lo he contado? Juraria que se lo conté punto por punto la otra noche.

—Le aseguro á V. que no sé ni palabra.

—¿No le conté á V. aquello de mi mujer, de aquel hombre...,. de aquel demonio?...

—Nada de eso sé.

— Yo no le he hablado á V. del palacio?

—Del palacio sí, aunque ligeramente:—dije, recordando la fantástica pintura que de su casa hacía el doctor con frecuencia.

—Oh! Aquello era maravilloso. Mi padre tenía un grande amor á las artes. Qué preciosidades, qué joyas!

—Sí: debió ser magnífico,—le dije para incitarle á hablar y recrearme en el desborde siempre magestuoso de aquella imaginacion fecunda.

— Aún me parece que estoy allí,—dijo con una especie de éxtasis;—y la veo á ella, andando lentemente y con magestad, como ella andaba; entrar allí, cerrar la puerta; me parece que siento el ruido de sus vestidos al caer, el sonido de su grueso collar de ámbar al ser puesto en el platillo de su guarda-joyas.

—Oh! siga V.—le dije.

—La media noche es fecunda en imaginaciones. Ella pasaba por delante de mí, dejando como un rastro de luz. Yo no dormia, porque estaba alerta, siempre con el oido atento á aquella voz abominable.

—A la voz de Elena?

—Nó, nó, —dijo con furor, —á la voz de.... La sangre corria de su herida....

—Ella estaba herida sin duda.

—No, él; lo cual no impedia que me mostrara su infame sonrisa y su mirada de demonio.

—Veo que eso es asunto complicado. Hay alguno de quien yo no tengo noticia.

—Sí, V. le conoce, todos le conocen, anda por ahí. Yo le veo todos los dias: hace pocas noches estuvo aquí.

—Quién?

—Ese.... Pero yo voy á contarle á V. todo,—dijo como quien se decide después de dudar mucho tiempo á hacer una importante revelacion.—V. oiria hablar entónces de mi esposa, de mí; oiria usted mil necedades que distan mucho de la verdad. La verdad pura es lo que yo voy á contarle á V.

El doctor Anselmo empezó á hablar refiriendo su extraño suceso con una prolijidad encantadora: no perdonaba recurso alguno de elocuencia; describia los sitios del modo más minucioso y tan al vivo, que seducia su lenguaje. Habia, sin embargo, cierta vaguedad y confusion en el relato; y era preciso estar acostumbrado á su peculiar estilo para encontrar el método misterioso que sin duda tenía. Al principio, como su imaginacion estaba más suelta, divagaba de aquí para allí, entremezclaba la relacion con sentencias de su cosecha, con apreciaciones que tenian á veces una originalidad pasmosa, y á veces uua candidez cercana á la verdad. Inútil es decir que habia mucho de novelesco en todo aquello, y que en las descripciones, sobre todo, dejaba correr muy descuidadamente la fantasía. Risa causaba oirle describir su palacio, que á ser como él decia, no tendria igual en los más florecientes tiempos de las artes. Era que él dejaba fluir la vena de su erudicion en llegando este punto, y ni la razon le contenia, ni el temor de parecer mentiroso le refrenaba. No sabemos si las mentiras que contó y que vamos á trascribir, pueden tener, arregladas y metodizadas, algun

ínteres y algun viso de sentido comun. Tal vez resulten ménos locas de lo que á primera vista parece; tal vez aparezca un rayo de lógica en ellas, si se las considera como creacion alegórica; tal vez, sin saberlo el mismo doctor, habia hecho un regular apólogo sacado del más amargo trance de la vida; y él, sin sospecharlo siquiera, al adicionar su cuento con mentiras y exageraciones, habia hecho una pequeña obra de arte, propia para distraer un rato.

Poco ántes de haber empezado, entró Doña Mónica, á quien atraia el calor del hornillo, único rescoldo que habia en la casa en las noches de invierno. Una franqueza digna de los tiempos patriarcales reinaba entre los dos: ella tenía costumbre de arrimarse al aparato químico, y allí, sino hacía media, se quedaba dormida con una beatitud que el sábio no podia ver sin admiracion. El gato, un escuálido animal que parecia alimentado con cloruros y bromuros, dió algunos pasos por la habitacion, como quien busca alguna cosa, probó vários sitios, se instaló primero en un libro, y después entre dos pilas de Volta, y al fin, no gustándole ninguna de estas cosas, vino á tenderse perezosamente entre los piés de la dueña.

El doctor Anselmo habló de esta manera:

IV.

—Lo primero que voy á hacer, es á darle á V. una idea de cómo era mi palacio, de aquel palacio que heredé de mi padre, el más entusiasta coleccionador de obras de arte que ha existido. Comprenderá V., al saber como era aquella vivienda, que bien podia esperar la felicidad quien tales medios tenia de satisfacerla; y al mismo tiempo le causará extrañeza que yo, jóven, rico, dotado, aunque me esté mal el decirlo, de cualidades apreciables, fuera el más desgraciado sér de la tierra. Yo me casé muy á gusto, me casé satisfecho, lleno de entusiasmo, enamorado como un mozalvete: mi mujer habitó conmigo aquella casa hasta que murió. Verá V. cuantas cosas pasaron en tan pocos meses. ¡Qué inquisicion, qué tormentos, qué horrible tortura moral!

Mi casa estaba construida muy misteriosamente: al exterior no aparentaba nada de notable, y no era más que un caseron de estos que han quedado en Madrid del siglo pasado. Interiormente

es donde estaban todas sus maravillas: como los alcázares de los árabes, fué construida por un grande egoismo ó una gran reserva. Mi padre realizó allí un sueño, expresó todo lo que sabia ó todo lo que habia soñado. No sé qué medios empleó para ello, ni qué artífices trabajaron en la obra: parecia más bien cosa forjada por fuerzas superiores, obra salida de las entrañas de la tierra al empuje de una voluntad diabólica. Examinada detenidamente, se veia allí como la historia y el proceso del arte en todos tiempos. Mi padre era grande admirador de la antigüedad, y habia querido representarla allí: más que delirio de un poderoso, era aquel la realizacion de un sueño de artista, delirio simbolizado en la opulencia, verdadera estética del millon. El jaspe, las estátuas, los relieves, las líneas entrantes y salientes, las molduras y reflejos, la tersa superficie del mármol del piso que proyectaba á la inversa la construccion toda, la concavidad mitad sombría, mitad luminosa de las bóvedas, la comunicacion de las arquerías, el corte geométrico de las luces, la amplitud, la extension, la altura, deslumbraban á todo el que por primera vez entraba en aquel recinto. Á medida que se avanzaba era más grandioso el espectáculo y se abrian á la contemplacion espacios mayores y más bellos. Cada arquería abria paso á otro recinto, se entrecornaban las cornisas, engendrando en sus choques curvas más atrevidas, los arcos se trasmitian sucesivamente la luz; y esa luz, corriendo de nave en nave para iluminar espacios cada vez mayores, parecia reproducir en escala cresciente un sencillo plantel, como si obrara allí la potencia refractiva de enormes y disimulados espejos.

—Bueno debia ser eso,— dije en un momento en que el doctor se detuvo para tomar aliento.

—Esto no es más que el vestíbulo,—dijo,—lo demás....

—Pues si esto no es más que el vestíbulo, lo demás será cosa tan bella que excederá á todo encarecimiento, — dije sin poder contener mi asombro al ver que las mentiras y exageraciones de mi amigo no tenian límite, y superaban á todo lo que en las cabezas más extraviadas y llenas de necedad estamos acostumbrados á ver.

—Internándose—continuó—se veia que la arquitectura antigua dominaba allí, variando sus más hermosos estilos. El decorado era cada vez más bello, sin que la profusion perjudicara la pureza y armonía. Primero se reflejaba allí toda la graciosa sencillez de los antiguos templos de Aténas: las mismas formas adquirian después

esbelteza y gallardía modificadas por la mano del arte Jónico. Más adelante, la monótona tersura del mármol desaparecia entre los colores del jaspe, el dorado brillaba en los acantos del capitel corintio, en las dentículas y en las grecas. La figura humana principiaba á manifestarse en las claves del arco, en los relieves triangulares de las pechinas, en los mónstruos híbridos que galopaban sobre el friso, en las cabezas de sátiro, en las máscaras grotescas, cuyas bocas, contraidas por una hilaridad anacreóntica, vomitaban flores y festones. Más allá, las hijas de la Caria soportaban el arquitrave adornado con severidad; y ya la figura humana aparecia completa en el muro: los centáuros á un lado, las amazonas á otro sostenian sus luchas encarnizadas. Las ninfas agrupadas en el fronton, coronaban de rosas la cabeza de la víctima propiciatoria; los atlantes sostenian encorvados el techo, miéntras en los relieves se desarrollaban, magníficamente esculpidas, las fábulas todas de los grandes desfacedores de agravios de la Grecia, Hércules y Teseo. Las figuras eran mayores aquí, y las actitudes y formas tocaban el límite de perfeccion del ideal antiguo. Todas las figuras eran divinas, desde Prometeo á Dejanira: todos los mónstruos eran hombres, desde Polífemo hasta Biareo. El cuadrúpedo mismo, modelado por tan hábil cincel, tenia una especie de humana expresion. Allí Pegaso era un rey que trota y vuela, Cerbero un esclavo que ladra por tres bocas.

—Pero, diga V.: para que hubiera tantas cosas, era preciso un espacio inmenso, — le dige, picado ya de las enormes bolas que me queria hacer tragar el bueno de D. Anselmo, y deseoso de hacerle comprender, por si se queria burlar de mí, que no era tan crédulo como para embucharme aquella máquina de desatinos.

La verdad es, que ya estaba mareado con aquella pomposa descripcion de columnas, jaspes, cariátides y otras mil baratijas engendradas en la fantasía de mi amigo. Yo sabia, por lo que oí referir á algunos viejos, que el tal palacio no tenia de particular más que algunos cuadrejos, algunos vasos y dos ó tres estanterías viejas que el padre de D. Anselmo habia comprado en una almoneda. No podia ménos de extrañar, que á la riqueza artística del palacio diera tales proporciones aquel hombre. Hícele algunos argumentos, extrañando que aquí, en Madrid, existiese tan copioso caudal de obras de arte; pero él no se dió por entendido y siguió en sus trece.

—En lo que parecia ser centro del edificio, — añadió con una gravedad que no se podia ver sin ser tentado á la risa;—y bajo una elevadísima bóveda se veian innumerables obras de estatuaria. Habia grupos representando los hechos más famosos de la fábula helénica y figuras típicas de incomparable hermosura, significadas con los nombres de las divinidades que tienen atributos y representacion mas generales. Con los desastres de Ayax Oileo, y los horrores de Tántalo y Prometeo, formaba juego una série de esculturas que expresaban las aventuras igualmente célebres del D. Juan del Olimpo. Las pobres víctimas de su intemperancia eran gallardísimas figuras, en quienes se podian ver los efectos de una misma pasion con rasgos distintos, segun el distinto aspecto con que se les presentaba el burlador inmortal. Todas eran igualmente bellas, sin que Europa se pareciese en nada á Latona, ni Leda tuviera semejanza alguna con Semele. Júpiter era siempre el mismo Dios de concupiscencia y descaro, ya cuando aparecia en toda su majestad olímpica, ya convertido en toro, ó disfrazado con las plumas del palmípedo engendrador.

—Qué diablo de Júpiter! Ese hombre no perdonó casada ni doncella, —dije, á ver si por las burlas le obligaba á cortar el vuelo de aquella disparatada fantasía.

Ni por esas. D. Anselmo, continuó:

—Esto que he descrito, no es en realidad más que un museo, la parte visible de la casa. La parte interior, lo habitable, era más curioso aún.

—Más curioso aún!—dije para mi capote; — más curioso aún! Medrados estamos! adónde vamos á parar! Pues si todavía falta palacio, este hombre me va á marear esta noche.

—Lo que he descrito no es más que galerías.

—Nada más que galerías! Qué horror! Qué habrá en las salas y en las alcobas, — exclamé alarmado.

—La gran sala no se parecia en nada á aquellas magníficas construcciones donde imperaba la arquitectura. En sus paredes no habia estilo: dominaba el detalle, y eran tantas y tan diversas las preciosidades que allí se habian acumulado, que en vano intentaria describirlas y enumerarlas el más cachazudo clasificador.

—Buena me espera, — exclamé en mis adentros.

—Era un museo de objetos de ornamentacion, y aquí cada objeto era una maravilla, y la excelencia de cada uno disimulaba la

abigarrada pero sorprendente perspectiva del conjunto. Muebles soberbios del Renacimiento, fecundo en prodigios de ebanistería, pequeñas lunas venecianas, relojes de tiempo de Luis XV, adornados con figuras mitológicas, relieves de finísimo estuco, representando cacerías y bailes campestres, candelabros, bustos, trípodes y medallones se hallaban aglomerados en la pared y junto á ella, dejando entrever apénas la rica tapicería flamenca, cuyos colores, siempre frescos, revelaban el pincel de Teniers ó de Brueghel. No faltaban esas caprichosas papeleras, cuyos innumerables repartimientos ostentan pequeñas figuras de consumado gusto, mosáicos é incrustaciones hechas en palos de diferentes colores, y al lado de estas papeleras, veladores con planchas de porcelana, en la cual un diestro y delicado pincel habia representado una infinidad de célebres prostitutas. No léjos de estas bellezas terribles, habia vasos antiguos y modernos, ánforas doradas con la filigrana del cincel arábigo, y jarros de la India y Oceanía, donde se enroscaban lagartos verdosos y alimañas de imaginacion, toscamente labradas; ídolos malabares de vientre hinchado, ombligo profundo y orejas descomunales se reian en un rincon con una hilaridad de beodo ó de simple; y más allá unos vistosos pájaros disecados de América, alternaban con conchas africanas, ramos de coral, con un tríptico de la Edad Media, y una cruz bizantina, y relicarios egipcios, que....

—Basta, basta, —dije, levantándome, —basta; que ya se me trastorna la cabeza. Esa diabólica confusion de cosas que V. tenía, no es para contada.

Sin duda, todos los calderos y cachivaches de su casa se le antojaban al doctor vasos egipcios y cruces bizantinas. El no se dió por ofendido con mi brusca interrupcion, y muy entusiasmado prosiguió:

—Buscar la simetría en este museo hubiera sido destruir su principal encanto, que era la heterogeneidad y el desórden. Después de los primores geométricos de las galerías; después de la simetría cruel del dórico y de la regularidad deslumbradora del corintio, aquella mescolanza de objetos diversos....

—No es tan grande como la que tú tienes en la cabeza, —dije para mí, envidiando la suerte del gato, que dormia tranquilamente sin verse obligado á admirar las maravillas del Renacimiento.

—Aquella mescolanza de objetos, en algunos de los cuales se ob-

servaban órdenes multiplicados, aquella aglomeracion de piezas, muebles, vasos, adornos, que tenian el sello de países distintos y artes diferentes, aquella amalgama de cosas bellas, curiosas ó raras, halagaba el entendimiento oprimido hasta entónces por la simetría, y daba libertad á la vista, ántes subyugada por la línea. Aquí los objetos reunidos con acertado desórden, las infinitas soluciones de continuidad, la ausencia completa de proporciones, producian inmenso agrado, y borrando todo punto de partida, evitaban al espectador la fatiga que produce el involuntario medir á que se entrega la vista en presencia de una arquitectura. Los interiores cuando son bellos son como los abismos: fascinan la vista, y el espectador no puede prescindir de arrojar mentalmente una plomada y trazar en el espacio multiplicadas líneas con que su imaginacion trata de sondear el diámetro del arco, la altura de la fuste, y el rádio de la bóveda. En este involuntario trabajo mental, producido por la armonía, la simetría, la proporcion y la esbelteza, se fatiga la mente y flaquea entre el cansancio y el asombro. Cuando no hay estilo y sí detalles; cuando no hay punto de vista, ni clave, la mirada no se fatiga, se espacía, se balancea, se pierde; pero permanece serena, porque no trata de medir, ni de comparar, se entrega á la confusion del espectáculo, y extraviándose se salva.

Al decir esto, calló para tomar aliento. Traguéme la leccion de perspectiva como Dios me dió á entender: la leccion me parecia el colmo de lo confuso y embrollado; pero no puedo ménos de confesar que el doctor me infundia respeto, y no me atreví á decir cosa alguna que pudiera ofenderle. Así es que, á pesar de mi aburrimiento, tuve que inclinar la cabeza. Después de descansar un momento, él dijo:

—De este salon se pasaba á otras habitaciones donde estaban los cuadros.

—Sí.... ya comprendo: cuadros muy bonitos. Yo he visto muchos cuadros,—dije, á ver si le obligaba á apartar de mí la nueva tormenta que ya sentia venir encima.

—En una de estas habitaciones era donde estaba la clave del acontecimiento que voy á referir. Aún me parece que le veo, y que está allí todavía, con su elocuente mirada, su sonrisa llena de perfidias y engaños.

—Quién estaba allí?

—Diré á V.: mi padre tenía allí una buena coleccion de cua-

dros un tanto licenciosos. Abundaban las desnudeces provocativas, cási deshonestas: habia *jardines de amor*, bacanales, festines campestres y *tocadores de Venus*. El fundador de aquello fué grande epicúreo, y aún estaban allí aquellos mudos testigos y compañeros de sus orgías. Entre estas pinturas habia una que sobresalia y cautivaba la atencion más que las otras: representaba á Páris y Elena reposando en una fresca gruta de la isla de Cranaë. El rostro de la mujer de Menelao era hermoso; pero el del jóven troyano era más hermoso aún. Habíale dado tal animacion el pincel, que parecia que hablaba y que infundia á Elena sus pérfidos pensamientos. Tenía algo de viviente aquella figura, que á veces por una ilusion inexplicable parecia moverse y reir: á todos impresionaba, y especialmente á mí. Recuerde V. bien esto para que no le sea difícil comprender la narracion que va á seguir. Voy á contar la espantosa historia.

—Con que en ese cuadrito de Páris comienza la historia. Debe ser bonita.

—Ahora verá V.; yo me casé. Mi mujer vivia allí conmigo. Cuánto la amaba! Al principio me asaltaba el sentimiento de que mi vida sería corta, y apénas podria disfrutar de tanta felicidad; pero al poco tiempo de casado me entró una melancolía, dí en cavilar.... Yo soy un cavilador sempiterno. Adoraba á mi esposa, y tenía celos hasta del aire que respiraba.

—Ya se empieza á embrollar el asunto,—dije entre mí; el casamiento, el cuadro de Páris, el amor caviloso que tiene á su esposa.... Esto es más confuso que el salon de antigüedades.

Y en verdad, ya me pesaba haber provocado aquella enfadosa relacion del doctor, que no me parecia tener interes alguno. Digresiones, extravagancias: á esto se reducia todo. Me resigné, sin embargo, á escuchar.

—Hubo en los primeros dias de mi matrimonio —continuó— momentos de la más inefable felicidad: me sentia elevado, espiritualizado, loco; sentia como una inflamacion cerebral y unos impulsos de correr, gritar, hablar á todo el mundo. Mas de pronto caia en el abismo de mis cavilaciones y me sumergia en mi propia tristeza. Nádie me hacía decir palabra: tenia clavada en el pensamiento mi idea, mi tormento. No sabe V. lo que era.

—Qué he de saber, por mis pecados?

—Oh!—dijo cerrando los puños, inflamándose su rostro y con

un vivísimo fulgor en ojos—era que yo pensaba.... Un dia entré tarde en mi casa, entré y ví....

El doctor se paró un momento absorto, ocultó la cabeza entre las manos, y permaneció un rato en silencio.

Este silencio me permitió un momento de descanso, y miré en derredor mio, donde todo era tranquilidad. Un gruñido sordo turbaba el silencio de la habitacion: era Doña Mónica, que roncaba, con la cabeza como enterrada en el pecho, libre de cuidados, feliz, dando rienda suelta á su espíritu, que andaba volando libremente quién sabe por dónde. Sus lábios, sombreados por un bigotillo, se extendian formando un hocico, y por allí y por su aplastada y carnosa nariz, convertida por la violencia de la respiracion en verdadero caño de órgano, salia aquella sinfonía que turbaba el profundo silencio del laboratorio. El doctor alzó de nuevo la cabeza, y continuó:

—Mi boda fué repentina: no habian precedido esas relaciones íntimas, furtivas, que enlazan las almas moralmente ántes de ser atadas las personas por el nudo religioso y civil. Yo no habia sido su novio; y aquello habia sido más bien cosa concertada por los padres, guiados por la conveniencia, que union espontánea de dos amantes que se cansan de la vida platónica. Nos casamos no muchos dias después de habernos conocido; y de aquí creo yo que provinieron todos mis males. Yo, sin embargo, la amé mucho desde que fué resuelto unirme á ella. Pero llegó el dia; y, no sé por qué, creí ver en su semblante, más bien las señales de la resignacion, que las de la alegría: esto me contristó sobre manera, y me hizo meditar; mas cuando vine á sospechar si habria hecho mal, ya estaba casado. Esto no impidió que tuviera momentos de felicidad, como ántes he dicho; pero pasaban rápidamente, dejándome después sumergido en mis meditaciones. ¿Sabe V. cuál fué el tema de mi eterno cavilar? Yo me puse á pensar en mi esposa y á sospechar de su fidelidad para lo futuro. Esta idea se clavó con tanta tenacidad en mi cerebro, que no me dejaba reposar. Me ocurrió que debia ser un tirano para ella, encerrarla, evitar todas las ocasiones de que pudiera engañarme: á veces fijaba mis ojos en los suyos, y queria leerle el pensamiento. El asombro con que ella veia estas cosas mias, precisamente á los pocos dias de casados, no es para referido: por último, empezó á tenerme miedo; y á la verdad yo lo infundia á cualquiera con mi siniestra

austeridad y reconcentracion. Yo pugnaba por echar de mí aquella idea: llamaba á la razon; pero esta me parecia á veces más loca que la fantasía, y entre las dos me llevaban al último grado de tormento.

—¿Pero en qué se fundaba V., hombre de Barrabás, para esa descabellada sospecha?—dije, á ver si encontraba un rayo de lógica en las cavilaciones del doctor Anselmo.

—En nada positivo por de pronto. Después verá V. Ella me tenía miedo: yo lo conocia. Pero esto es inexplicable. V. no puede comprenderlo.

Y en efecto, nada comprendia de aquella gerigonza, de aquellos hechos en que todo era misterio.

—V. nada puede comprender por ahora. Sólo después, cuando le explique todo lo que me pasó. Un dia estaba ella en esa habitacion que he descrito últimamente; estaba parada delante del magnífico lienzo de Páris y Elena, de que he hablado á V.—«Qué hermosa figura!—dijo señalando á Páris.—«Sí, dije yo mirándole tambien.»—Y los dos contemplamos un rato la belleza singular de aquel incomparable mancebo. Después ella se marchó, y yo tras ella.....

—Cada vez entiendo ménos,—dije para mis adentros.

—Esto que acabo de contar, explicará un poco mi sorpresa, mi terror, cuando una noche entré en casa y ví.....

—Pero qué es eso?—pregunté, ya curioso por saber aquello que vió el doctor alucinado.

—Para que V. se haga cargo bien de esto, es preciso que esté en antecedentes de muchas cosas que influyeron mucho en el nunca visto estado de mi espíritu. Aún recuerdo su alcoba, iluminada por una misteriosa luz. Entro, y veo allí sus ropas arrojadas en desórden, sus zapatos, sus joyas. Presto atencion, y siento el ruido de su respiracion: me acerco, tomo con trémula mano la cortina del lecho, la levanto, la veo..... Me siento junto á la cama..... sus labios se mueven, me parece que va á hablar..... no dice nada, nada; pero á mí me parece que sus labios han articulado silenciosamente una palabra, que no llegó á mi oido..... me acerco más... me parece que frunce las cejas y que después las dilata... fijo más la atencion..... me parece que se sonrie.

—Todo eso no explica nada,—exclamé con cierto enojo al ver que de la boca del sabio no salian más que enredos y confusiones.

—Todo eso, amigo, sirve para explicarle á V. cuál sería mi estupor, mi espanto, cuando ví.....

—Qué vió V., hombre? Sepamos,—dije con impaciencia.

—Ví, ví....

El doctor no pudo continuar, porque un ruido instantáneo, horroroso, una detonacion tremenda, resonó en la habitacion, y una claridad vivísima, rojiza, infernal, nos iluminó á todos. Lanzamos un grito de terror. Era que una de las retortas que se calentaban en el hornillo se reventó con estrépito: el doctor con su narracion habia olvidado el experimento, y el líquido, dilatándose considerablemente y no encontrando salida, se abrió espacio, inflamándose al contacto del fuego. Hubo un momento en que aquello parecia un infierno y todos unos demonios. Doña Mónica despertó despavorida gritando: «Fuego, fuego!» y se desmayó en seguida, cayendo como un saco y aplastando con su cabeza la guitarra que muy cerca de ella estaba. El gato, que recibió en su cuerpo una gran cantidad del líquido efervescente, saltó de donde estaba lanzando chillidos de desesperacion: el pobre mayaba, corria con el pelo inflamado, los ojos como llamas, quemados los bigotes; corria por toda la pieza con una velocidad vertiginosa; subió, bajó, encaramóse al Cristo, saltándole de los piés á la cabeza, de un brazo á otro brazo; cayó sobre un caracol, resbaló por las botas de montar, enredóse en las ramas del coral, saltó sobre el esqueleto, cuyos huesos sonaron rasguñados por el frenético animal; cayó de nuevo al suelo, se abalanzó sobre un ave disecada, cuyas plumas volaron por primera vez después de un siglo de quietud; se estiró, se dobló, se encorvó, se retorció el infeliz, porque las carnes le hervian como si estuviera puesto en unas parrillas; corria, corria sin cesar, huyendo de sí mismo, huyendo de sus propios dolores, de su propio fuego, y por último fué á caer, hinchado, dolorido, convulso, sediento, erizado, rabioso, en medio de la sala, donde pateó, mayó, clavó las uñas, azotó el suelo con el rabo, y dió mil vueltas en una lenta y horrorosa agonía.

(*Se continuará.*)

B. Perez Galdós.

REVISTA POLÍTICA.

INTERIOR.

Uno de los sucesos más importantes ocurridos en esta quincena, acaso el más capital de todos, por la influencia que puede ejercer sobre la marcha de la política española, es sin duda alguna la tentativa de reorganizacion de los antiguos y diseminados elementos conservadores, hostiles ó extraños á la Revolucion de Setiembre. Segun parece, la parte más sana de estas fuerzas sociales, disueltas y esparcidas por la accion corrosiva de sus propios errores, y por ese espíritu de indisciplina que constituye el carácter distintivo de nuestro siglo analítico, poco ó nada respetuoso con el principio de autoridad, ni en política, ni en religion, ni en filosofía, propende á aceptar los hechos consumados, á reconocer la legalidad existente y á buscar dentro del círculo de nuestras instituciones fundamentales, con las armas de la discusion y del voto, el triunfo ordenado, pacífico y regular de sus doctrinas. Algunas naturalezas aviesas, más dominadas por el resentimiento de sus ofensas personales que por las inspiraciones del deber y el patriotismo, se oponen, segun nuestras noticias, á entrar por esta senda de salvacion, y hacen esfuerzos supremos para que prevalezca en el seno de su partido, cuya consistencia es hoy tan dudosa, la estéril é irracional política del despecho. Pretenden vários de estos *leaders* irreconciliables, que los elementos conservadores se aparten desdeñosamente de la lucha constitucional, abandonando al azar los intereses que representan, y encomendando al retraimiento, es decir, á esa fuerza negativa, más funesta acaso para los que la emplean, que para los que la resisten, la satisfaccion de sus ódios y el placer de la venganza, jamás exento de secretas amarguras.

Otros, ménos resignados, y por temperamento ó por ira, inclinados á las soluciones extremas, proponen, en su impaciencia temeraria, las coaliciones más monstruosas, los medios más violentos, la apelacion á todas las malas pasiones de arriba y de abajo, de la superficie y del fondo social, para derrocar el régimen establecido, aun cuando queden ellos mismos aplastados bajo el peso de los escombros, y sin pararse á considerar,—hasta tal punto la cólera les ofusca,—que las revoluciones son *disparada piedra*

que se sabe quién la tira
y no se sabe á quién llega.

Posible es que á la publicacion de este artículo, escrito, por la premura del tiempo, sin esperar el resultado de las negociaciones entabladas, se hayan resuelto en un sentido ú otro las dificultades internas con que tropiezan las diferentes fracciones conservadoras, y hayan determinado su actitud futura con relacion á la nueva monarquía. No lo afirmamos. Lo más probable es que estas dificultades, alimentadas por opuestas ambiciones y contradictorias tendencias, queden en pié, vivas y permanentes, y que no pudiendo conciliar tantos intereses distintos, se quiera envolver, en las fórmulas vagas de un manifiesto enrevesado y capcioso, la imposibilidad de un acuerdo definitivo. Aquí, donde la ingeniosa inteligencia de nuestros hombres políticos es tan fecunda en recursos inesperados para encubrir la mortal indecision de los caractéres, cada vez más incapaces de resoluciones prontas, impetuosas y francas; aquí, donde, sin duda, por la falta de fé que acusa la decadencia de nuestras costumbres, se buscan con preferencia las medias tintas, las actitudes inciertas, las posiciones poco claras para poder seguir sin graves compromisos el movimiento oscilatorio del gran péndulo político; aquí, donde toda habilidad consiste en no tomar decididamente ningun camino para estar siempre en disposicion de recorrerlos todos, de desandar lo andado, de arrepentirse á tiempo, aunque sin el propósito formal de la enmienda; aquí, en fin, donde son contados los que se atreven por amor á una idea á quemar como Hernan-Cortés sus naves y cortarse la retirada, suelen frecuentemente aplazarse las cuestiones árduas que reclaman viril energía por medio de expedientes dilatorios y con *manifiestos* incoloros, afeminados, hechos para todos los gustos y todas las interpretaciones; obras maestras de astucia reconcentrada, en general, más significativas por lo que callan que por lo que dicen. Por esta razon, acaso de las misteriosas conferencias que

se celebran estos dias entre los jefes de los diferentes grupos conservadores que tienden á reconstituirse y amalgamarse para marchar juntos y en órden de batalla en una misma direccion; acaso de estas conferencias íntimas, impenetrables como la prudencia, donde toda voz se apaga sin que el eco la repita y entregue á las hondas murmuradoras de la publicidad, salga después de maduras reflexiones y prolongados debates, una declaracion perfilada, retocada, atildada, escurridiza, limada y confusa, que, léjos de disipar las tinieblas, reconcentre y espese las sombras; uno de tantos ruidos humanos, vacíos pero retumbantes, como llenan los ámbitos del mundo. Pero nosotros que somos aficionados á penetrar en el fondo de las cuestiones, despojándolas de toda hojarasca inútil; que sabemos que los hombres y las colectividades no hacen lo que dicen, ni siquiera lo que se proponen, sino lo que pueden dentro de la corriente lógica é irresistible de los sucesos, los cuales sobrevienen á pesar y por encima de las más firmes voluntades, nos aventuramos de antemano, sin el temor de ser desmentidos por la realidad, á señalar la conducta que seguirán, en último resultado, los elementos conservadores, sean cuales fueren los términos del *Manifiesto* que se anuncia, si al fin se publica, y las contrariedades internas con que luchen para desarrollar su política inevitable.

Cualesquiera que sean las tendencias que se disputen el favor de estos elementos, y aun suponiendo que preponderen por de pronto en ellos las más intransigentes, las más rencorosas, las más exageradas, es para nosotros indudable que no pueden entregarse á ninguna resolucion desordenada ó turbulenta. El retraimiento, que es para todas las agrupaciones políticas un arma de dos filos, con la cual sólo pueden herir á sus adversarios hiriéndose á sí propias, expone, más que á ninguna otra parcialidad, á la conservadora, á un peligro seguro, á una muerte cierta, á un destino miserable. Los partidos avanzados cuentan en sus filas muchedumbres inquietas, movibles, apasionadas, que en un momento dado pueden lanzarse al combate y recuperar el terreno perdido; pero las fuerzas conservadoras son fuerzas resistentes, pacíficas, asustadizas, opuestas por su naturaleza á los recursos extremos y arriesgados. Saben además, por experiencia dolorosa, que todas las sacudidas populares comprometen la seguridad de los intereses sociales, y que en la confusion de los trastornos públicos es más lo que pierden que lo que ganan; de suerte que el retraimiento para estas clases influyentes, pero no activas en el terreno material, es la impotencia, la ab-

dicacion, el suicidio. Estos obstáculos, que las impide apartarse de la vida pública, sopena de condenarse á la nulidad más absoluta y atraer sobre su frente el rayo, las imposibilitan todavía más para contraer alianzas inconcebibles, con opiniones que precisamente tienen un punto objetivo, contrario al suyo. ¿Adónde pueden ir coligados y en cordial armonía conservadores, carlistas y republicanos? Sólo á la guerra civil, á la revolucion y á la anarquía. Las clases conservadoras, que tan vigorosamente gravitan sobre las sociedades bien ordenadas y sólidamente constituidas, en las cuales son invencibles, porque son permanentes, nada significan ni valen cuando la perturbacion y el tumulto las sacan de su centro para lanzarlas al vértigo de las revoluciones. ¿Pueden, por ventura, prometerse el triunfo? Quizás á la larga, andando el tiempo, cuando se apoderara del país el cansancio que producen las grandes agitaciones; pero las clases conservadoras son demasiado cautas, positivistas y previsoras para precipitarse ciegamente en un abismo insondable, con la esperanza de hallar en el fondo ventajas desconocidas y tal vez ilusorias.

Poco importa que para obligarlas á este estéril sacrificio depositen todos los dias en su oido algunas sirenas impacientes y vengativas, palabras halagüeñas, pero baldías; poco importa que las adulen diciéndolas en todos los tonos, desde el más épico hasta el más humilde, que son la base, el apoyo, la tierra fértil donde arraigan nuestras venerandas tradiciones. ¿Dónde están esas tradiciones? En el espacio de sesenta años España se ha trasformado por completo, y apénas queda de su modo de ser antiguo más que el recuerdo. A principios del siglo nuestra pátria tenía una teocracia dominadora, absorbente, poseedora de inmensas riquezas, árbitra de todas las conciencias, desde la del rey hasta la del último vasallo; tenía una monarquía tan segura de su derecho divino, que se creia autorizada para *cambiar* la corona de ámbos mundos—es la palabra empleada por Cárlos IV en el artículo 8.° del Tratado de Bayona—por el sitio de Chambord, con sus cotos, bosques y haciendas; tenía un pueblo sometido á las arbitrariedades del absolutismo, hasta el extremo de consentir ¿qué decimos consentir? hasta el punto de celebrar con júbilo el decreto expedido por Fernando VII en 17 de Octubre de 1823, en el cual prometia *extirpar para siempre hasta la más remota idea de que la soberanía residiese en otro que en su Real persona*; tenia una religion exclusiva, la Inquisicion, los gremios, el diezmo, los señoríos, la amortizacion de la propiedad por medio de las vinculaciones, y la amortizacion del pensa

miento por medio de la censura. ¿Qué queda en pié de la secular constitucion de España? Todo ha variado, se ha modificado ó se ha hundido ante el formidable ariete de las ideas modernas, y sobre las ruinas de la sociedad petrificada que nos legaron nuestros antecesores, sociedad poblada de hidalgos hambrientos, de frailes ociosos, de mendigos y bandoleros, hemos creado otra, quizás más bulliciosa, pero más rica; quizás ménos disciplinada, pero más trabajadora; quizás menos crédula, pero más ilustrada. Ah! nuestro siglo va remplazando las tradiciones por los intereses. ¡Pocas permanecen ya íntegras en estos Estados de Europa que fundan su política sobre el sufragio movedizo, sus sistemas económicos sobre las múltiples combinaciones del crédito, sus opiniones filosóficas y religiosas en el libre exámen! Los partidos conservadores no tienen la mision imposible de resucitar los muertos ni de recoger en la oscura cavidad de los sepulcros los deshechos despojos del tiempo pasado; no están llamados á *restaurar*, sino á mantener, á afirmar, á consolidar los progresos de la época en que viven; progresos que aquellos partidos no inician, pero que afianzan.

La Revolucion de Setiembre ha roto el último eslabon de la cadena que unia la España antigua á la España moderna, el vínculo de una dinastía anacrónica, educada en la escuela del poder absoluto, acostumbrada á las torpes idolatrías de la servidumbre social, y por tanto, poco ó nada dispuesta á vivir en la atmósfera de los pueblos libres. Aunque más tarde, y sin haber tenido necesidad de manchar ántes su historia con sangre Real vertida en los cadalsos, España ha seguido las huellas de Inglaterra en 1688 y de Francia en 1830, arrancando del suelo pátrio un árbol secular pero carcomido, por el cual sólo circulaba sávia enferma. Convencida al cabo la nacion, después de haber agotado todos los medios, de la imposibilidad de armonizar las instituciones liberales con una dinastía que creia aún reinar por delegacion de Dios y estar en virtud de su derecho hereditario por cima de todo pacto constitucional, ha quebrantado el obstáculo y recuperado su soberanía, reconociendo bajo el duro azote de un largo y cruel escarmiento, que á nuevos sistemas corresponden nuevos instrumentos de gobierno; á nueva fé, nuevo símbolo; á nuevo Dios, nuevo altar. Los elementos conservadores, atendiendo á su conveniencia, no pueden rechazar este cambio, porque para nádie ha sido tan perjudicial como para ellos mismos, la falta de actitud constitucional de que adolecia para desgracia suya y nuestra la dinastía derrocada. Ellos que han gobernado por mayor espacio de tiempo,

han sufrido todas las amarguras de la doble resistencia á que estuvieron condenados sin trégua ni reposo, durante el anterior reinado; doble resistencia que paralizaba sus movimientos, debilitaba su energía y esterilizaba sus mejores propósitos. ¿Cómo habian de marchar desembarazadamente, sin vacilaciones ni dudas, si tenian que luchar á la vez contra la poca sinceridad del Poder Real, siempre propenso al abuso de sus prerogativas, y contra las agresiones del espíritu público, siempre desconfiado y receloso? ¿Qué Ministerio se creia entónces seguro? ¿Qué precauciones no era preciso adoptar todos los dias, á todas horas, para estar á cubierto de las régias veleidades?

Los Gobiernos andaban á tientas y á ciegas por el laberinto embrollado de la política, constantemente indecisos en sus resoluciones, constantemente amenazados por las misteriosas intrigas de las influencias íntimas de palacio, teocráticas ó familiares. Esta existencia sobresaltada de los poderes públicos que los despojaba de su libertad de accion, ha sido una de las causas deletéreas que más han contribuido á la disolucion de los elementos conservadores, obligándoles á entrar en transacciones absurdas, á consumar sacrificios inútiles, á solicitar para sostenerse apoyos inconstitucionales, á corromper conciencias acomodaticias, á tener perpétuamente fijos los ojos y los oidos en la régia cámara, en vez de atender con preferencia á los rumores crecientes de la opinion. ¿Es posible que las fracciones conservadoras echen de ménos estos tiempos desventurados? No podemos creerlo; más decimos; abrigamos la firme conviccion de que los abominan y execran: la humillacion se soporta, pero no se desea ni se busca.

Teniendo en cuenta estos hechos y conociendo la índole de las fracciones conservadoras, repetimos y sostenemos que, á pesar de las vaguedades con que disfracen su pensamiento, penetrarán con más ó ménos lentitud, pero penetrarán de fijo en el camino de la legalidad que el alzamiento de Setiembre ha creado. Habrá algunos rezagados; algunos que por consideraciones puramente personales ofrezcan á la legitimidad ó á la cuasi-legitimidad, el pobre tributo de una adhesion pasiva; pero el conjunto, la masa, la fuerza numérica é intelectual de estas fracciones hará lo que debe hacer; admitir el derecho y el hecho revolucionarios para acudir en el terreno legal á la defensa de sus doctrinas, de sus intereses y de sus soluciones.

Pueden estos elementos, como acabamos de exponer, verificar más ó ménos tarde esta evolucion; pueden no ser en la ocasion presente todo lo explíci-

tos que fuera de desear respecto de la nueva monarquía; pueden, creyéndola aún poco asegurada, no querer comprometerse con una declaracion terminante; pueden resistirse á decir su última palabra miéntras el misterio electoral no se desvele, por el temor en algunos y por la esperanza en otros, de que la especie de plebiscito á que se sujeta la obra de la Revolucion, le sea adverso; pueden, en fin, andar reácios ante la oscura perspectiva que ofrece á su prudencia la anunciada coalicion de republicanos, carlistas y moderados intransigentes de pura raza; pero si los que hemos contribuido á erigir el trono del Rey Amadeo nos mantenemos unidos y compactos; si con nuestro buen acuerdo desbaratamos los enconados planes de nuestros enemigos, y damos consistencia á las instituciones que hemos creado; si con la unanimidad de nuestros esfuerzos y la lealtad de nuestros propósitos salimos triunfantes de la prueba á que nos sometemos, es incuestionable para nosotros que el partido conservador en su inmensa mayoría se colocará, pese á quien pese, en condiciones legales, porque si algo le retrae de hacerlo en estos momentos, no es el amor platónico á la legitimidad dudosa que ha desaparecido, sino la escasa confianza que le inspira todavía el régimen que la ha remplazado.

Coincidiendo con estos preliminares de reconstitucion conservadora, se observa tambien en los demas partidos, sin duda por la proximidad del período electoral, un gran movimiento de reconcentracion y una actividad devoradora é incesante. El Directorio republicano, tan quebrantado en la opinion de sus correligionarios, no por las faltas que haya podido cometer, sino por ese sentimiento de estúpida suspicacia que bulle y se agita en el seno de todos los partidos extremos, en los cuales se estima, por regla general, la accion más que el talento, y la osadía más que la elocuencia, ha publicado estos dias un *Manifiesto* consagrado, no tanto á exponer la línea de conducta que se proponen seguir en las actuales circunstancias, cuanto á defenderse de las ágrias censuras que ha recibido de los suyos.

La minoría republicana de las Córtes Constituyentes, no ménos combatida que el Directorio por los impacientes y los exagerados, se ocupa asimismo en discutir otro *Manifiesto,* cuya redaccion ha sido encomendada á la brillante pluma del Sr. Castelar, que es á la vez el oráculo, el tribuno y el poeta de la escuela federal española. Probablemente, cuando este documento vea la luz pública, se alzarán contra él sordos clamores y ardientes protestas en las filas de la demagogia, áun cuando el Sr. Castelar la adule, solicite é

inciense para aplacarla, ya que no para satisfacerla. Tiene el Sr. Castelar demasiada inteligencia para que la demagogia, alma y nervio de su partido, se lo perdone. Es hombre de discusion, y la demagogia no discute; vocifera. Es artista, reviste sus ideas con el majestuoso ropaje de su genio, y la demagogia prefiere á las metáforas é imágenes el hecho desnudo y brutal. Se eleva demasiado sobre el vulgo, para que la demagogia no quiera pasar por sus eminentes cualidades el nivel igualitario de su envidia. Sinceramente creemos que la figura del Sr. Castelar, destacándose sobre el Manifiesto que se le ha encargado, ha de perjudicar al éxito de la declaracion de la minoría republicana; será juzgada con saña, con ira, con violencia, y no ciertameute por sus adversarios, sino por los que se llaman sus amigos; por esos espíritus impotentes, pero audaces, que se refugian en los partidos populares para enturbiar su conciencia, para perderlos, y no pocas veces para deshonrarlos.

Dícese que el *Manifiesto* de la minoría republicana será para contentar, en lo posible, el gusto de todos, un llamamiento á las urnas, envuelto en la promesa, más ó ménos explícita, de una futura apelacion á las armas. Afírmase, asimismo, que en este documento se levantará la bandera de la coalicion electoral para llevarla después, si los demás elementos políticos, hostiles á la actual situacion, son tan ciegos é imprevisores, al terreno de la fuerza. Añádese, por los que deben estar enterados de lo que pasa en las huestes federales, que una gran parte del *Manifiesto*,—en el cual para no exasperar á los que juzgan legítimos y aceptables todos los medios, se guardará estudiada reserva sobre un atentado reciente que ha escandalizado al mundo,—tendrá principalmente por objeto atenuar, disculpar, excusar la falta de energía revolucionaria de que ha sido acusada tambien por sus iracundos parciales la minoría republicana de las disueltas Córtes Constituyentes. Pronto saldrémos de dudas; de todos modos, lo que esto indica es que los preparativos de lucha son considerables en todo el campo de batalla; carlistas, federales y conservadores se mueven activamente, hasta ahora dentro de la esfera de su derecho, contribuyendo en gran manera los manifiestos y declaraciones de las colectividades políticas, publicados ya ó próximos á ver la luz, á mantener y avivar el fuego sagrado de la opinion.

Solo el resultado de las elecciones provinciales podrá facilitar los cálculos que han de formarse sobre la probable composicion del futuro Congreso. Nosotros, no obstante, creemos que si las fracciones comprometidas en el

afianzamiento de la legalidad existente, deponiendo añejas desconfianzas y no temiendo la libertad, llegan por la necesidad de la mútua defensa, á un acuerdo definitivo y leal, su victoria electoral no será dudosa. El país está fatigado de alteraciones inútiles y de turbulencias ruinosas; quiere paz en las calles, concierto en la administracion, seguridad para los intereses, órden en todo, y aunque no viera tan claro, comprenderia por intuicion que nada de esto puede ni debe aguardar de una oposicion desesperada. Le ha costado mucho trabajo y no pocos sinsabores constituir un estado normal, para que se precipite sin reflexion por la rápida pendiente de nuevas y quizás terribles aventuras, cuando todavía no están por completo cicatrizadas las heridas que dos años de inquietud perpétua han abierto en su riqueza material, en sus creencias y hasta en sus costumbres. Sabe que la restauracion dinástica, fundada en una minoridad, sería un trastorno bastante más hondo que el que ha sufrido; que el establecimiento de la República daria por resultado inmediato la anarquía, y por consecuencia final la dictadura de un hombre ó el retroceso de las ideas; que el triunfo del carlismo, con su rey de derecho divino, su reaccion teocrática, y sus venganzas crueles, sería el entronizamiento de la barbarie.

El miedo que le inspiran estas tres soluciones, aisladamente consideradas, se acrecienta y abulta no sin razonable motivo, ante la perspectiva de una coalicion insensata que, en la hipótesis de que prevaleciera, únicamente podria engendrar la guerra civil, el desquiciamiento social, el cáos. En el órden moral las uniones forzadas de ideas antitéticas, como en el órden físico los ayuntamientos de especies distintas, sólo producen, cuando no son estériles, fenómenos monstruosos. La nacion conoce que por el camino de lo absurdo ó de lo violento, no se va á ninguna parte; y como nosotros mismos no la extraviemos, como nuestros ódios imprudentes no se sobrepongan á la voluntad pública, como no removamos de nuevo con nuestros resentimientos ó con nuestras ambiciones el lago social que se reposa, bien puede afirmarse de antemano que una inmensa mayoría parlamentaria verdrá á robustecer y consolidar en las próximas Córtes las gloriosas conquistas hechas y las instituciones creadas por la Revolucion de Setiembre.

En la contienda electoral que vamos á emprender, tenemos de nuestra parte la razon y la justicia. ¡Quiera Dios, como esperamos, que no nos falte la cordura!

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

EXTERIOR.

Desde el 20 de Enero, los telegramas oficiales dirigidos de Versalles á Berlin, empiezan diciendo: "El Emperador á la Emperatriz." Estas mismas palabras eran las que daban comienzo, en los primeros dias de la actual guerra, á los telegramas oficiales que Napoleon III remitia á su esposa, Regente entónces de Francia. En el palacio de Luis XIV la victoria ha ceñido ya con la corona imperial de Alemania al afortunado Guillermo I, que ha arrebatado á Francia la Alsacia y la Lorena, las dos mayores provincias conquistadas hace dos siglos por el *gran rey.*

Está ya, pues, definitivamente realizada la reforma iniciada por el Rey de Baviera, y aprobada por la unanimidad de los demás príncipes y por las grandes mayorías de todos los Parlamentos alemanes. Los Estados del Sud han entrado en la confederacion, formada desde 1866 por los del Norte; la confederacion ha cambiado ese nombre, que ya no le convenia, por el de Imperio de Alemania, y el párrafo primero del art. 11 de la Constitucion federal ha quedado redactado en estos términos, que formulan de un modo preciso lo que hay de más importante y esencial en el nuevo estado de cosas: "La presidencia de la Confederacion corresponde al Rey de Prusia, que lleva el título de Emperador de Alemania. El Emperador representa el Imperio en lo exterior, declara la guerra, ó hace la paz en nombre del Imperio, y tiene el derecho de concluir con los Estados extranjeros alianzas, así como de acreditar y de recibir Embajadores."

Para que nada falte á la prodigiosa fortuna de la diplomacia prusiana, el Imperio austro-húngaro ha unido sus felicitaciones á las que llegan á Versalles desde todos los puntos de Alemania. La Potencia de primer órden, vencida en Sadowa, se coloca, respecto de su vencedora, en la misma situacion que los Estados secundarios que participaron de su derrota. El Conde de Beust, que durante algun tiempo habia parecido dispuesto á tomar desde Viena contra M. de Bismark la revancha de las derrotas diplomáticas que éste le habia hecho sufrir en Dresde, es uno de los que se apre-

suran á aplaudirle, y manifestarle sentimientos de amistad y deseos de que su grande obra se consolide.

El Canciller de la que todavía se llamaba Confederacion de la Alemania del Norte, dirigió, en 14 de Diciembre último, un despacho á M. de Schweinitz, Embajador federal en Viena, mandándole poner en conocimiento del Canciller del Imperio austro-húngaro las novedades que se estaban realizando en la organizacion de Alemania, y los deseos y esperanzas que él abrigaba, de que serian vistas con benevolencia por el Gobierno de Viena. Aún no estaban ratificados por las Cámaras de los Estados respectivos los tratados firmados en Versalles por la Confederacion del Norte, con Baviera, Baden y Hesse, ni el que con Wurtemberg se habia concluido en Berlin; pero en la seguridad de que ya podian considerarse como hechos que estarian consumados dentro de breves dias, M. de Bismark se creia, segun decia, en el caso de exponer al Gobierno austro-húngaro sus propósitos y nueva situacion, no sólo por lo que á dar este paso debiera obligarle la paz de Praga, sino tambien por su deseo de conservar con el poderoso Imperio, amigo y vecino de Alemania, las relaciones que convienen á su anterior comun historia, y á los sentimientos y necesidades de ámbos pueblos.

"En el tratado de paz de 23 de Agosto de 1866,—decia M. de Bismark, — se expresaba que los Gobiernos de los Estados alemanes, situados al Sud del Mein, podrian formar entre sí una confederacion que, aunque conservando una situacion propia é independiente, se uniria á la Confederacion de los Estados de la Alemania del Norte por un lazo nacional estrecho.

"La realizacion de este proyecto, que se declaraba posible, quedaba encomendada á los Gobiernos de los Estados alemanes del Sud, pues nada podian prescribir á sus soberanos las dos partes contratantes. Pero dichos Estados no han querido realizar aquel pensamiento de la paz de Praga. En cambio, adoptaron desde luego, en sus relaciones nacionales con la Alemania del Norte, lo que el tratado habia previsto respecto de la union aduanera, y de los tratados de mútua garantía.

"*No estaba al alcance de los cálculos humanos* prever que estos primeros convenios debiesen, bajo la presion del poderoso desarrollo dado al sentimiento nacional por agresion imprevista de la Francia, trasformarse en los tratados de union constitucional concluidos hoy, y en la creacion de una nueva confederacion alemana. A la Alemania del Norte no podia exigírsela que

estorbara ni realizara ese desarrollo, que no habia provocado, y que nacia de la historia y del espíritu del pueblo aleman. El Gobierno imperial y real austro-húngaro, segun confiadamente esperamos por la lectura de los despachos de V. E., no cree tampoco ni desea que los artículos de la paz de Praga sean un obstáculo para el fecundo desarrollo de los Estados alemanes, sus vecinos....

"Esperamos con confianza que la Alemania y el Austria-Hungría se mirarán con sentimientos de mútua benevolencia, y se tenderán la mano en el interes del bienestar y de la prosperidad de ámbos países."

La afirmacion de que la unidad alemana estaba ya consumada, sin que á ello se hubiera de oponer de modo alguno el sistema dualista indicado en la paz de Praga, era tan terminante en las frases del despacho del Conde de Bismark, como la de que Austria está completamente fuera de Alemania, de que sólo es un vecino, á pesar de conservar muchos millones de súbditos alemanes.

La contestacion del Conde de Beust no se hizo aguardar. El Canciller imperial se ha negado á discutir acerca del tratado de paz de Praga, pero apresurándose á reconocer como un hecho definitivo y hasta halagüeño la formacion de la unidad alemana bajo la hegemonia de Prusia. "Hay un punto, — dice el Conde de Beust, — respecto del cual nuestra manera de ver no se halla de acuerdo con la del Gobierno prusiano. No he podido ménos, en mi despacho del 5 de este mes, de advertir que deseábamos mucho que no se nos invite á un exámen del tratado de Praga, con ocasion de las negociaciones actualmente seguidas por la Prusia. El Gobierno prusiano ha creido que debia tocar esta cuestion, en su comunicacion del 14, y aunque con mucho gusto reconocemos la benevolencia de su intencion, juzgamos preferible para nosotros no aceptar negociaciones ulteriores, y perseverar en nuestra opinion de que interesa á ámbas partes evitar una discusion sobre este asunto.

"No quisiéramos tratar, en estos momentos, de interpretaciones de forma, de pretensiones á un derecho estricto. Nos inclinamos mejor á ver en la *unidad de la Alemania bajo la direccion de la Prusia*, un acto político de gran importancia, un *hecho predominante en el desarrollo moderno de la Europa*, y á pensar en las relaciones que deban establecerse entre la Monarquía austro-húngara y el nuevo establecimiento político que va á erigirse en nuestras fronteras.

«Desde este punto de vista, y aguardando las comunicaciones ulteriores anunciadas por el Gobierno prusiano, no puedo ménos de consignar por de pronto, con mucho placer, que en todas las regiones superiores de la Monarquía austro-húngara reina el más vivo deseo de conservar con el poderoso Estado político, que se halla en vísperas de constituirse, las mejores y más amistosas relaciones. Este deseo procede de la firme conviccion de que un exámen sincero y un detenido análisis de nuestras necesidades recíprocas ejercerán la influencia más benéfica y más fecunda sobre el desarrollo de ámbos Imperios, y contribuirán á resolver, con ventajas mútuas, las cuestiones de lo presente y de lo porvenir.

«En este supuesto, el Gobierno prusiano no ha hecho más que anticiparse á la expresion de nuestros sentimientos cuando recuerda nuestro pasado comun, y manifiesta la esperanza de que la Alemania y la Monarquía austro-húngara tendrán siempre, la una para la otra, una estimacion recíproca, y se tenderán la mano para la mayor prosperidad de ámbos países. Con justa confianza vemos en este momento abrirse un campo fértil para la realizacion de las más fecundas promesas, un campo en que la comunidad de propósitos y de intereses puede ser para uno y otro Imperio una prenda de union constante, y *para Europa una garantía de paz duradera.* Y especialmente debe llenarnos de satisfaccion que estos sentimientos de la poblacion del Austria y de la Hungría tienen tambien en la persona de S. M. el Emperador y el Rey, nuestro gracioso señor, un protector y amigo. Su Majestad, en su alta magnanimidad, no interpretará de otra manera los *gloriosos recuerdos* que *identificaron* durante una larga série de siglos su dinastía con los destinos del pueblo aleman. Siente sus más vehementes simpatías en favor del desarrollo de ese pueblo, y desea con sinceridad que encuentre en las nuevas formas de su organizacion politica las verdaderas garantías de un porvenir semejante al estado de que goza el Imperio de Austria, que tiene tantos puntos de contacto con él por las tradiciones, el idioma, el derecho y las costumbres.»

Así habla á Mr. de Bismark el Gobierno austriaco, cuya alianza parecia segura para la Francia al comenzar hace pocos meses la guerra. El diplomático prusiano debe estar completamente satisfecho del lenguaje del hombre de Estado, que ha sido su rival al frente de los negocios del Austria, después de haberlo sido en la direccion de los de Sajonia. Las reticencias respecto de si el tratado de paz de Praga es infringido, significan bien poco

al lado de esas enhorabuenas, dirigidas á la unidad alemana *bajo la direccion* de la Prusia y de esas promesas de *union constante* que impongan á la Europa *una paz duradera.*

Con lo que no se conformará el Conde de Bismark es con la fortuna que el de Beust desea, al final de su despacho, á la Alemania, de que alcance un porvenir político como el que aguarda al Austria. El gran Imperio que comienza aspira seguramente á formar un conjunto más sólido, más compacto, más fuerte que el de ese Imperio caduco que se está desmoronando á toda prisa.

Por lo que atañe á Francia, no puede ésta quejarse sino de sí misma, ó de su Gobierno, si se ha llevado un gran chasco respecto de la alianza austriaca. Al lanzarse el pueblo frances á destruir los resultados de la batalla de Sadowa, parecia razonable suponer que á su lado se pondria resueltamente la nacion vencida en aquella jornada memorable; pero el Gobierno de Paris estaba muy advertido de que no sucederia así. Tal es, por lo ménos, lo que el Conde de Beust ha afirmado á las Delegaciones del Imperio, reunidas en Pesth, al exponerles en 24 de Noviembre, en el *Libro encarnado,* la situacion del Austria-Hungría en la guerra actual. «De repente—dice en aquel libro el Canciller—como un rayo estallado en un cielo sereno, la cuestion de la candidatura española de Hohenzollern vino á trastornar el estado pacífico de Europa. No se puede acusar al Gobierno de haberse dejado sorprender por ese acontecimiento. Nádie se atreverá á sostener que esa candidatura por sí sola debiera producir las consecuencias incalculables que no han sobrevenido sino por la complicacion de circunstancias imposibles de prever.

«Ciertamente, no se habrian dejado de dirigir contra el Gobierno las censuras más amargas si, con motivo de esa candidatura, que conocia, en efecto, desde mucho tiempo ántes, hubiese creido oportuno intervenir directamente en un asunto que interesa á un país muy lejano.

«En cuanto estalló el conflicto que este incidente ha originado entre la Francia y la Prusia, el Gobierno procuró obrar como mediador, á fin de evitar la causa del conflicto, y decidiéndose en favor de la neutralidad desde el principio de la guerra, tenía la conciencia de obrar en interes de la monarquía, y de acuerdo con los deseos de los pueblos que forman parte de ella.

«Pero importa consignar que el Gobierno austro-húngaro, léjos de esti-

mular al frances á emprender esta guerra, que le ha sido tan fatal, le ha presentado, por el contrario, advertencias, y que, léjos de dar esperanzas de su auxilio, no dejó á la Francia la menor duda acerca de la actitud que le era indisputable tomar.»

Todo, pues, contribuye por ahora á aumentar la gloria y los triunfos de Guillermo I, Rey de Prusia y Emperador de Alemania: victorias militares en Francia; victorias políticas en los Estados del Sud; victorias diplomáticas en Viena.

Todavía los Alemanes pretenden más. Quieren probar que, bajo todos conceptos, su civilizacion es superior á la francesa. Al comparar las organizaciones de los respectivos ejércitos, no tanto se detienen á hablar de la perfeccion de las armas, de la superioridad de los Generales prusianos en estrategia y en táctica, de las sencillas y vastas combinaciones que dan á Alemania fuerzas militares mucho más numerosas, con relacion á su poblacion, que las de todos los demás países, como de las ventajas que para la guerra y para la paz sacan los regimientos, compuestos de ciudadanos procedentes de todas las clases sociales, sobre los que se forman sólo con soldados mercenarios, ó sorteados entre las clases más menesterosas, ménos instruidas y ménos en aptitud de representar los grandes intereses nacionales. En cuanto á las cualidades morales del pueblo frances, no hay género de censura que no descarguen los Alemanes, embriagados por su inesperado triunfo.

De las jactancias que los Franceses tenian tanto gusto en proferir, se vengan ahora sus enemigos con cruel fruicion. En Hannóver, por ejemplo, hace las delicias de los Alemanes ver expuestas en los escaparates de las tiendas una litografía francesa, hecha con un dibujo de Gustavo Doré, que representa *El paso del Rhin por el ejército frances en* 1870. Tan seguros estaban en Francia de vencer, que las bellas artes se ocupaban ya en dejar recuerdos duraderos del triunfo. El dibujo está hecho segun el estilo fantástico de Gustavo Doré. En él se vé á los Franceses que, al llegar á la orilla derecha del Rhin, son saludados por los manes de los soldados de Luis XIV y del primer Imperio napoleónico, que en otras épocas perecieron allí. Una inscripcion, sobre una piedra de demarcacion del camino, indica que el ejército marcha hácia Germersheim. A lo léjos se vé á Caule en el Palatinado, sitio por cuya cercanía pasó Blucker el Rhin en la noche del 1.º de Enero de 1814. Sin duda el artista habia querido significar, con

la eleccion de ese lugar, que la invasion francesa de 1870 sería una revancha de las de 1813, 1814 y 1815.

La *Gaceta del Weser*, sabiendo que la mayor dulzura de la legislacion penal es una de las mejores muestras de la superior civilizacion de un pueblo, compara el Código penal de la Alemania del Norte, que supone será en adelan e el de las provincias de la Alsacia y la Lorena, con el frances, á que han estado sometidas hasta ahora. El aleman no castiga con la muerte sino dos crímenes, el asesinato y el atentado contra la persona del Soberano, mientras que el frances ha conservado la pena capital en catorce casos, sin contar las disposiciones relativas á los cómplices, á los presidiarios que se fugan, á la violacion de las cuarentenas, á la destruccion de los caminos de hierro, etc. Las demás penas del Código frances, entre las cuales están la de trabajos forzosos y la de deportacion perpétua, son mucho más severas que las alemanas. Lo mismo sucede con las agravaciones de pena, tales como pérdida de los derechos civiles y la vigilancia de la policía, que quitan al condenado toda esperanza de volver á la vida civil. La ley alemana, segun afirma la *Gaceta del Weser*, no busca más que la mejora del criminal, y las penitenciarías del país están organizadas con arreglo á este principio. El criminal conserva la disposicion de su fortuna, al contrario de lo que sucede en Francia. La reincidencia aumenta siempre la pena en el derecho frances, y la ley alemana no la castiga sino en los casos de robo y en algunos pocos más, que con facilidad se convierten en vicios habituales. La tentativa y la complicidad no son castigadas en Alemania sino con la cuarta parte de la pena señalada contra el autor principal del delito.

En la lucha guerrera, la fortuna continúa siendo adversa á la Francia. Sus últimos esfuerzos han sido tan estériles como los anteriores para salvar á Paris y para rechazar á los invasores. No han faltado ilusiones y esperanzas de próxima revancha, que por precision han de encontrar propicio á aceptarlas con gusto el ánimo de una nacion noble y generosa, á quien cuesta penoso trabajo resignarse á su infortunio y áun comprenderlo. El infatigable Gambetta y los Generales franceses que se hallan al frente de las tropas habian formado el plan de que un ejército, mandado por Faidherbe, acudiese desde el Norte en auxilio de Paris, miéntras otro, dirigido por Chancy, intentaba lo mismo desde el Oeste, y miéntras Bourbaki, atravesando diagonalmente la superficie de la Francia, procuraria hacer levantar el sitio de Belfort y cortar las comunicaciones de los ejércitos alemanes con

su pátria. Aunque de estas operaciones intentadas simultáneamente no se obtuviera otro resultado que llamar hácia el Este, en persecucion de Bourbaki, al Príncipe Federico Cárlos con la totalidad ó con parte de sus tropas, y entretener hácia el Oeste y el Norte otros cuerpos de ejército enemigos, las líneas del bloqueo de Paris habrian quedado debilitadas, y Trochu, haciendo una salida desde la capital con cien mil hombres, ó acaso más, las habria podido romper. Pero el Príncipe Federico Cárlos y el Gran Duque de Mecklemburgo, en vez de acudir al sitio á que los citaba Bourbaki, marcharon en direccion contraria contra Chancy, y lo derrotaron en Le Mans completamente, cogiéndole más de veinte mil prisioneros y cerca de mil wagones cargados de armas, municiones y víveres. Para resistir la acometida de Bourbaki, Werder bastó, aunque necesitando hacer grandes esfuerzos, miéntras han acudido en su auxilio, de una parte Manteuffel, con algunas de las tropas que guerreaban en el Norte, y de otra parte refuerzos nuevos venidos de Alemania. Al mismo tiempo Goeben combatió y destrozó las tropas de Faidherbe, las nuevas salidas de la guarnicion de Paris fueron rechazadas como las anteriores, y el bombardeo de la gran ciudad comenzó con gran furia y con gran desengaño de los que creian tener la seguridad de que los proyectiles no podrian ser lanzados dentro del recinto amurallado miéntras los Alemanes no se apoderasen, lo ménos, de dos fuertes exteriores. Las bombas, desde el primer dia, cayeron sobre los hospitales de la Salpetrière y de la Pitié, sobre el Panteon, el Odeon, el palacio del Luxemburgo, la Sorbona, San Sulpicio, la calle de Babilonia, los Inválidos; en una palabra, sobre cási todos los barrios situados á la izquierda del Sena.

M. Jules Favre dirigió, el 9 de Enero, una comunicacion á los Representantes de Francia en el extranjero, protestando contra el bombardeo. En ella denuncia á los Gabinetes europeos y á la opinion pública de todo el mundo, el trato con que el ejército prusiano molesta á Paris; pero la mayor parte de los cargos que formula no están, por desgracia, bastantes fundados en las reglas del derecho de gentes, y en las prácticas guerreras, admitidas entre las naciones civilizadas. La inmunidad de Paris para no poder ser bombardeado, no puede apoyarse en sólidas razones, por muy sensible que sea que la hermosa ciudad, tan llena de monumentos artísticos, sufra deterioros. M. Jules Favre comienza acusando á los Prusianos de tener sitiado á Paris desde hace cerca de cuatro meses, de haber incomunicado con el exterior su poblacion de más de dos millones de habitantes, de ha

ber puesto esperanzas en la anarquía interior, y en los efectos del pánico y del hambre, de haber sorprendido á los Parisienses cuando estaban sin ejército, de haber levantado obras formidables erizadas de baterías que lanzan la muerte á ocho kilómetros. Hasta aquí todos estos actos de los Alemanes no son otra cosa que hostilidades propias del estado de guerra. Después los acusa Jules Favre de haber comenzado el bombardeo sin prévio aviso, de haber dirigido sus proyectiles sobre los hospitales civiles y militares, las cárceles, las escuelas y las iglesias, de haber herido mujeres y niños, de haber destruido edificios particulares. Es, por lo ménos, muy dudoso que los sitiadores estuviesen obligados á avisar préviamente el comienzo del bombardeo, después de más de cien dias de hostilidades contínuas, y de sangrientos combates con los sitiados. No habiendo una prueba de ello, no puede suponerse que hayan lanzado sus proyectiles con preferencia sobre los hospitales: y claro está que á ocho, diez kilómetros, y, segun se cuenta, á mayores distancias entre las baterías de bombardeo y los puntos maltratados, no es posible escoger con seguridad el edificio que ha de sufrir el daño. Si no hubieran de exponerse á herir niños ni mujeres, ni á maltratar los edificios notables, ni las casas de los vecinos pacíficos, los sitiadores no tendrian jamás el derecho de bombardear. Delante de Tánger, de Veracruz, de Odessa, en China y en tantos otros puntos, los Franceses no dudaron de ese derecho. El libro que M. Jules Favre cita para demostrar que Paris no ha debido ser bombardeado sin prévio aviso, ni, en rigor de derecho, de modo alguno, no tiene aplicacion al caso actual, por que el escritor habla de ciudades abiertas, y Paris, seguramente, no lo es.

Dicen los despachos oficiales franceses que el espíritu del pueblo frances, léjos de abatirse con los grandes desastres que sufre, se muestra cada vez más vehemente y decidido contra los invasores. En este punto no dejan de recibirse noticias particulares que aseguran lo contrario; y aunque todas las manifestaciones de la prensa, de las autoridades, de las reuniones populares sean unánimes en favor de que la guerra prosiga con el mayor vigor, cabe dentro de lo razonable sospechar que acaso hay una presion moral muy grande que impediria ahora en Francia mostrar deseos de pronta paz, aunque esos deseos estuviesen en el fondo de todos los corazones.

En ocasiones tan violentas, y especialmente bajo el régimen de un Gobierno que está amenazado de cerca por la demagogia, suele ocurrir que recíprocamente se prohiben exponer el deseo que en el ánimo de todos

está oculto. Una situacion de esta clase bosqueja Lamartine en sus *Girondinos* para explicar cómo todos los partidos exigian la condenacion y la muerte de Luis XVI, á pesar de que en realidad ninguno la queria.

«Era fácil prever, dice, que ningun partido podria salvar la víctima. Ni Robespierre, ni Danton, ni Marat, ni los Girondinos tenian sed de la sangre de Luis XVI, ni creian en la utilidad pública de su suplicio: cada uno de aquellos hombres, cada uno de aquellos partidos hubiese librado al rey, obrando aisladamente; pero cara á cara, y luchando para demostrar cuál era más patriota y más republicano, levantaban todos el guante que mútuamente se arrojaban. Todos habrian preferido que no se hiciese tal reto; pero una vez hecho, el que retrocediera estaba perdido, y dejaba á merced de sus adversarios, no sólo su popularidad, sino su vida.»

En Paris se han notado síntomas de que los rojos y los socialistas habrian ahogado instantáneamente al Gobierno si éste hubiera hablado de paz y de capitulacion; y de que el Gobierno, por su parte, empeñado en la resistencia, trata de vigorizarla, impidiendo á toda costa lo que pudiera ser un estímulo para opiniones pacíficas. Un telegrama de Paris, recibido en los primeros dias de Enero, aseguraba que el espíritu público se sostenia muy enérgico en favor de la lucha á todo trance; pero añadia que quien se atreviese á proponer tratos de paz sería inmediata é irremisiblemente fusilado. La unanimidad, con tales amenazas, pudiera ser más aparente que real.

Pero aunque hubiese algo de esto que acabamos de indicar, apresurémonos á decir que la principal dificultad para que la guerra concluya ha consistido en la exorbitancia de las exigencias de los vencedores. El pueblo frances se conformó con la derrota, comprendiendo muy bien, en cuanto ocurrió lo de Sedan, que tamaño desastre era irreparable en la presente campaña. Renunció á sus sueños de conquista y de gloria; reconoció que se habia equivocado en creer fácil la conquista de la izquierda del Rhin y la marcha triunfal hasta Berlin; se mostró dispuesto á no regatear sobre la cuantía de una crecida indemnizacion de guerra, que fuese la expiacion de su error y el sello de su derrota; pero se ha resistido noblemente á sufrir además la vergüenza y el dolor de la desmembracion de dos provincias grandes y ricas, que no quieren dejar de ser francesas. Bastante, muy bastante era la pérdida de tantas ilusiones, de la supremacía moral, del cetro de la política internacional; bastante, muy bastante era para los vencedores de

Sebastopol y de Solferino haber sufrido un nuevo Waterlóo, peor que el primero, en vez de haberlo vengado. Bastante, muy bastante era tener que tolerar la formacion de la unidad alemana, habiendo contribuido poderosamente á apresurarla con los esfuerzos hechos para destruirla. A todo eso, sin embargo, se resignaban ya los Franceses en Setiembre. Los periódicos y los folletos trataban públicamente de la conveniencia de la paz con tan tristes condiciones. Pero la ambicion insaciable de la Alemania, excitada hasta el delirio por una fortuna no soñada, exigió más de lo que podia conceder el alma altiva del pueblo frances. Aunque su porfiada resistencia le produzca más daño que bienes, merecerá respeto por la nobleza de los sentimientos que la han prolongado. Si la anarquía republicana no hubiese sido eficaz causa de debilidad y de quebrantamiento de la unidad de accion, tan necesaria en las empresas militares, acaso los esfuerzos hechos por la nacion francesa hubieran conseguido en esta misma campaña, si nó reparar los estragos padecidos, moderar por la fuerza las pretensiones del vencedor; y sólo Dios sabe cuántos conflictos, cuántas nuevas guerras, cuántos problemas políticos complicados y formidables ha de ver y de sufrir la Europa por consecuencia de las excesivas exigencias de los Alemanes.

FERNANDO COS-GAYON.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

LIBROS ESPAÑOLES.

El Derecho natural. *Exposicion de los principios universales del Derecho, con aplicacion especial á los séres humanos*, por D. Juan Alonso y Eguílaz.—Madrid, 1870.—Imprenta de *La América*, á cargo de José Cayetano Conde.

El espíritu de esta obra se revela con claridad en la dedicatoria dirigida, al frente de ella, por el autor al Sr. D. Cristino Mártos: «Mi más viva preocupacion, le dice, consistia, como siempre ha consistido, en la cuestion religiosa, clave y fundamento de las demas: en ella me ocupaba constantemente, bajo una ú otra forma; ella guiaba siempre mis tareas, y todos mis anhelos se cifraban tan sólo en contribuir por mi parte, en cuanto me fuera dado, á la regeneracion moral de España, bajo bases más perfectas que las ya insuficientes de las religiones positivas.... Al someterle (el libro), al recto y sano criterio de mis compatriotas, un deseo capital me anima: el de convencerles de que la ciencia del Derecho (lo mismo que todas las demas) será inexplicable miéntras encerrados los autores en los límites estrechos de este mundo, no le enlacen con el resto de la creacion, de que forma parte integrante, y no consideren la vida de cada sér como una cadena que, compuesta de infinitos eslabones, se continúa perpétuamente, á través de contínuas existencias, sucesivamente más perfectas, en la inmensidad de los espacios celestes. Pues ¿cómo, en efecto, han de hallarse plenas y concluyentes soluciones, ni en una parte aislada del universo, ni en una sola existencia mundanal de criaturas destinadas (lo mismo que todas) á vida perdurable é inextinguible, corporal y espiritual, en el campo ilimitado de los astros? Ensanchemos la vista, dilatemos nuestro corazon encogido, y entónces, y sólo entónces, con-

templarémos sencillo y llano lo que nuestra triste realidad de miras, no su propia esencia, hace, al parecer, oscuro y nebuloso.»

La primera parte de la obra trata de los siguientes asuntos:—Dios.—Dios y la creacion.—El progreso en la creacion.—Principio del sentido íntimo.—Idea del bien.—Condicionalidad mútua de todos los séres.—Nocion general del Derecho, como consecuencia de la condicionalidad mútua de todos los séres.—Nocion general de la propiedad: diferencia entre la propiedad y el derecho: relacion entre la una y el otro.—Del derecho de cada sér: de la propiedad de cada sér.—Leyes naturales que determinan la competencia de los derechos de cada sér.—Del mal.—De los hombres y de su posicion en el universo.—Del hombre en general, y de las diferencias naturales entre los séres humanos.—De la propiedad de cada sér humano. Del bien de cada sér humano. Del derecho de cada sér humano.—Clasificacion de los derechos humanos.

La segunda parte está dedicada á tratar de las diversas clases, órdenes, familias y géneros de derechos, con arreglo á la clasificacion hecha por el autor, cuyas principales bases son estas:

Los derechos humanos son de dos clases: 1.ª derechos simples de cada sér humano contra otros séres; 2.ª derechos complejos de cada sér humano contra otros séres.

La primera clase se divide en dos órdenes: 1.° derechos simples de cada sér humano contra otros séres por razon de la cantidad de desarrollo; 2.° derechos simples de cada sér humano contra otros séres por razon de la direccion de su desarrollo.

El primer órden de la primera clase se subdivide en dos familias: 1.ª derechos simples de cada sér humano contra otros séres por razon de la cantidad de desarrollo absoluto; 2.ª derechos simples de cada sér humano contra otros séres por razon de la cantidad de desarrollo relativo á la vida actual.

El segundo órden de la primera clase en otras dos familias: 1.ª derechos simples de cada sér humano contra otros séres por razon de la direccion permanente de desarrollo; 2.ª derechos simples de cada sér humano contra otros séres por razon de la direccion accidental de desarrollo.

La primera y la segunda familia del primer órden de la primera clase se distribuyen en tres géneros cada una, segun que la cantidad de desarrollo absoluto, ó relativo á la vida actual, sea menor, igual ó mayor.

Las dos del segundo órden de la primera clase se distribuyen cada una en dos géneros, segun que la direccion permanente ó accidental de desarrollo sea distinta ó sea la misma.

La division de los derechos de la segunda clase comprende cuatro órdenes, y cada órden cuatro familias, subdividiéndose las familias del pri-

mer órden en nueve géneros, la segunda en seis, la tercera en cuatro, y la cuarta en seis.

«Hecha de este modo, añade el autor, la clasificacion de los derechos humanos, desde luego se comprende que fácilmente se podria continuarla descomponiendo los géneros en especies, éstas en variedades, y así hasta lo infinito: por eso una clasificacion completa y detallada hasta los últimos ápices es imposible de hacer. Pero para estudiar la ciencia del Derecho natural basta y sobra con llegar hasta los géneros. Otra observacion. Los derechos complejos comprendidos en la segunda clase son sólo derechos complejos de primer grado, pues son los que se tienen contra un sér con relacion á derechos *simples*, poseidos por ese sér contra otros terceros; pero como tambien pueden tenerse contra un sér derechos con relacion á otros derechos complejos poseidos por ese sér, y áun esos otros derechos complejos pueden hacer relacion á otros tambien complejos, de ahí el que igualmente por ese camino se llegue asimismo á combinaciones infinitas. No obstante, es inútil internarse en esa senda, porque, una vez comprendidos los derechos complejos de primer grado, todo consiste en la adicion ó suma de fenómenos ya estudiados.»

ESTUDIO DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS, SU HISTORIA Y CARACTÉRES EN BRUTO Y LABRADAS, *con la descripcion de las joyas más notables de la Corona de España y del Monasterio del Escorial*, por D. José Ignacio Miró, tasador de joyas, indivíduo de várias sociedades científicas y literarias, condecorado con várias distinciones honoríficas.—Madrid, imprenta á cargo de C. Moro, 1870.

Después de una introduccion, que da ligeras noticias históricas acerca de las colecciones célebres y de un tratadito sobre las piedras preciosas, su color, brillo, electricidad, dureza, densidad ó peso específico y fosforescencia, pasa el autor á explicar lo relativo á cada especie particular de piedras, por el órden alfabético de éstas, haciendo para cada una un capítulo.

Las estudiadas por el Sr. Miró, son las siguientes: adularia, ó piedra de luna y piedra de sol; ágata; agua marina; amatista; amazona; ámbar; astería; berilo; calcedonia; cimofania; crisólida; coral; corindo; cornerina; crisoprasio; cristal de roca; cuarzo; diamante; disteno; esmeralda oriental; esmeralda del Perú ú occidental; euclasa; girasol; granate; hidrófano; iris; jacinto; jade ó piedra nefrítica; jaspe; jergon ó zircon; labrador; lapiz-lázuli; lumaqueta; malaquita; marcasita; obsidiana; ojo de gato; ónix; ópalo; peridoto; perla; rubí; rubí espínela; rubí balas; sardónica; sardónix; topacio; turmalina; turquesa oriental; turquesa fósil ú occidental; venturina; zafiro.

Respecto de cada especie de piedras preciosas, describe el Sr. Miró la composicion, los caractéres físicos y exteriores, la cristalizacion, los criaderos, la labra, las aplicaciones usuales y el valor que respectivamente les corresponde, y da además los datos históricos que ha podido recoger, entre los que algunos son curiosos, y la etimología del nombre.

Doce láminas litográficas ilustran la obra. Las dos primeras representan en sus dibujos los caractéres cristalográficos ó geométricos de las piedras preciosas en su estado bruto. Las siete siguientes: una gran copa de calcedonia oriental; otra copa de lo mismo; un carro de cristal de roca; un joyero de jaspe ojeado; un gran joyero de lápiz-lázuli, y una copa de topacio ahumado, que se custodian en el Museo de Pinturas del Prado de Madrid, y la corona imperial de oro, que servia de adorno, en las grandes solemnidades, á la Vírgen del Sagrario, venerada en la catedral de Toledo. Las tres últimas láminas contienen dibujos de piedras sueltas de várias especies.

En un apéndice, comienza diciendo el Sr. Miró: «Avicena, Aristóteles, Dioscórides, Evax, Leonardus, Marbodeux (Gallus), Plinio, Platon, Cellini, maestro Juan Jaraua, Lorenzo Palmreunx, Morales, Arfe, Mosquera, Rojo y muchos otros autores, que sería largo enumerar, han escrito sobre las piedras preciosas en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII. Pero la mayor parte de ellos han publicado el cúmulo más absurdo que imaginarse puede, de embelecos, supersticiones y consejas.»

En cuanto á anacronismos, todos los acumulados por los autores aludidos llegarán difícilmente á tener la magnitud de los contenidos en las pocas líneas que anteceden. Debemos suponer, sin embargo, que sen efecto de alguna errata ó de mala redaccion.

De un códice del siglo XV, copia el Sr. Miró, como muestra de lo desatinos acostumbrados en esta materia de piedras preciosas, algunos. En aquel papel se dice del jacinto que conforta al hombre y destruye las malas sospechas. Y del ágata, que quien la pusiere al sol en su mano, verá muchas maravillas, no necesitando, para contemplar cuantas cosas se le antojare, más que sahumarlo con cierta yerba; y se añade que la ágata da la victoria en el campo, como se prueba por el ejemplo de Eneas que con una piedra de esta clase venció en muchas batallas, y pasó muchos peligros sin daño. Del diamante se asegura que si un hombre se lo mete debajo de la lengua después de lavarse la boca, podrá adivinar lo que esté otro pensando ó sintiendo, y tendrá la seguridad de que ninguna mujer se niegue á sus deseos. Naturalmente el prodigio atribuido al iman, debia ser mayor; y, en efecto, afirma el códice que quien deseare saber si su mujer es casta, lo averiguará con sólo meter la piedra debajo de la almohada de ella; que, después de esta providencia eficaz, si es inocente, se acercará á su marido, y si culpable, por sí misma y sin saber lo que hace, se marchará de la cama.

Morales, en su libro *De las virtudes y propiedades de las piedras preciosas*, cuenta con mucha formalidad que cada una corresponde á una estrella fija ó á una constelacion: el cristal á Aries; el rubí á Tauro; el zafiro á Géminis; la ágata á Cáncer; á las pléyades el coral, al Can mayor el berilo; y por este estilo las demás. Además, Morales describe las virtudes correspondientes á cada piedra. Véase un ejemplo.

«Amatista (*Ametistus.*).—Está sujeta al signo Acuario; le dió su actividad la estrella fija llamada *cor scorpionis*, que está en tres grados de *Sagitario*, y es de natura de Marte y Júpiter.—Hace al hombre sóbrio y diligente; refrena los malos pensamientos; vale tambien contra los demonios, la melancolía y temores de la noche: puesta en el ombligo, prohibe que los vapores del vino sean dañosos al cerebro; hace á las mujeres estériles fecundas si bebiesen el agua en que se hubiese lavado esta piedra, y es contraveneno.»

Ahora no se concede tanto valor á las piedras preciosas; pero se les dá un precio que jamás tuvieron. No son estimadas por su virtud de refrenar los malos pensamientos; léjos de eso, la vanidad, la codicia, el lujo y muchas de sus malas consecuencias, en las joyas tienen uno de sus más grandes estímulos y de sus auxiliares más poderosos.

ORGANIZACION ADMINISTRATIVA DE VARIOS EJÉRCITOS DE EUROPA, COMPARADA CON LA DE ESPAÑA.—*Memoria escrita en virtud de órden del Director general de Administracion militar, por una Comision de dicho cuerpo, y publicada con autorizacion del Gobierno.*—Madrid, 1870, imprenta de la Administracion militar.

En Julio de 1869, el Director general del ramo, autorizado por el Ministerio de la Guerra, nombró una comision, compuesta de D. Augusto Muñoz, comisario de segunda clase, D. Julian Vallespin y D. Juan Marcos, oficiales segundos, para que emprendieran este estudio. Muñoz debia limitar sus observaciones al reino de Portugal. Aprovechándose la circunstancia de hallarse en Lóndres tratando un asunto referente al material de Artillería el oficial segundo D. Fernando Aramburu, se le encargó una investigacion semejante en Inglaterra, y al oficial primero D. José Laseras, destinado en Algeciras, se ordenó hacerla en Gibraltar.

La Comision, aunque rápidamente, visitó los principales Estados de Europa, y á su regreso, la Direccion general encomendó al comisario Muñoz y al oficial Vallespin la redaccion de una Memoria. Diéronle éstos mayor amplitud que la encargada; pero la Direccion, y después el Ministerio, la

aprobaron y mandaron imprimir, habiendo resultado un grueso tomo en fólio de más de mil páginas.

Ocho son las naciones cuya organizacion militar se detalla minuciosamente en este trabajo: Italia, Austria-Hungría, Prusia y Confederacion de la Alemania del Norte, Rusia, Bélgica, Francia, Inglaterra y Portugal.

De cada una de ellas se refiere y consigna todo lo relativo á los varios ramos que comprende la extensa organizacion militar de los tiempos actuales; el modo de reclutar el ejército, las reservas y la Guardia nacional móvil, ó las fuerzas de índole análoga; la division territorial militar; el régimen central, Ministerio, juntas consultivas, comisiones permanentes, seccion del Consejo de Estado; el órden con que se forma el Estado Mayor general; el sistema seguido para los mandos de cuerpos de ejército, de mandos de divisiones y subdivisiones territoriales, y de divisiones y brigadas activas; lo relativo á los mandos locales; al cuerpo especial de Estado Mayor del ejército y al de plazas; á ayudantes de campo y de órdenes; á guardias imperiales ó reales; á los regimientos de infantería de línea y ligera; á los cuerpos extranjeros; á la caballería de todas clases; á la artillería; á los ingenieros; á la sanidad militar; al clero castrense; al servicio médico; al veterinario; á las tropas de administracion militar; á las escuelas generales y especiales de todos los institutos y armas; á los sistemas de ascensos y recompensas; á las diferentes situaciones del Oficial empleado ó disponible; á los retiros y pensiones; á los inválidos; á las leyes penales militares; al material de la administracion de guerra, en sus diferentes clases. Lo que interesa á los servicios que el cuerpo de Administracion Militar cuida con especialidad, está, naturalmente, tratado con mayor extension: las provisiones y contabilidad de las subsistencias, y la manera de procurarlas, conducirlas y distribuirlas en tiempo de campaña; los utensilios; los alojamientos, el acuartelamiento, las camas militares, el material de campamentos; los suministros de los pueblos; el vestuario; los hospitales fijos y ambulantes; los trasportes, así de trenes, como de correos y de otras clases en campaña; la contabilidad general en las guarniciones y en la guerra; la administracion interior de los cuerpos; las tarifas de sueldos y demás emolumentos, etc., etc.

Es un trabajo rico en datos, del exámen y comparacion de los cuales, así los autores de la Memoria como la Direccion general, deducen que la Administracion Militar de España debe no ser contada entre las últimas por la bondad de su régimen en la mayor parte de los ramos puestos á su cuidado, y figurar, por algunos, al lado de las más adelantadas.

SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE. —*Catálogo de los libros que forman su biblioteca.*—Madrid, imprenta del Colegio nacional de Sordo-Mudos y de Ciegos. —1870.

La formacion y circulacion de catálogos de las bibliotecas de establecimientos públicos, es uno de los servicios más útiles para los hombres estudiosos. La Sociedad Económica Matritense acaba de imprimir el suyo, siguiendo el ejemplo del Ateneo, del Colegio de Abogados, del Senado, de la Escuela de Ingenieros de Caminos y de otros institutos.

La librería de la Sociedad no es de las más ricas y notables, ni corresponde al nombre é importancia de esta corporacion. De todas maneras, la impresion del catálogo prueba que la Sociedad piensa en su biblioteca, siendo de esperar que, por lo ménos en las obras de Economía política, la complete con una buena coleccion de los mejores libros publicados hasta ahora.

LAS HABITACIONES MARAVILLOSAS: *Imitacion del inglés, por L. Rousseau: traducido por D. Florencio Janer.*—Madrid, 1870, imprenta de Gaspar y Roig, editores.

Esta obrita, en dos tomos, forma parte de la «Biblioteca científica recreativa,» de que iban publicadas otras dos, cada una en un tomito, titulados *Viaje por debajo de las olas* y *los grandes fenómenos de la naturaleza.* Los editores tienen además preparada la publicacion de las que llevarán los siguientes títulos: —Los secretos de la playa.—Historia de una hoja de papel.—Mi casa.—El vapor y sus maravillas.—El mundo antidiluviano.—Viajes de una gota de agua.

El objeto de la Biblioteca es instruir deleitando. *Las habitaciones maravillosas* lo consiguen por completo. Es un estudio muy erudito, al mismo tiempo que muy ameno, de las diferentes formas que todos los animales procuran á sus viviendas.

Comenzando por los mamíferos, se dan curiosísimas noticias acerca de las madrigueras del topo, del zorro, de la comadreja, del tejon, del perro de la pradera, del conejo, de la ardilla, del silbador, del raton del Canadá, del oso de los mares polares, del fichiciago, de los tatús ó armadillos, del cuerpo-espin hormiguero.

Después se sigue haciendo lo mismo respecto de los pájaros de madriguera, los reptiles, los crustáceos, los moluscos, las arañas, los hymenópteros, los caleópteros, los insectos roedores de madera, los mamíferos

de las habitaciones suspendidas, los pájaros constructores de nidos tambien suspendidos, los insectos de habitaciones colgadas, los insectos constructores, los nidos debajo del agua, así de los vertebrados como de los invertebrados, y, por último, las habitaciones comunes fabricadas por los animales sociables.

Multitud de grabados ilustran el texto, y recrean agradablemente la vista del lector, presentándole gran copia de la sorprendente variedad de habitaciones, verdaderamente admirables, que los animales se construyen, ya para su propio refugio, ya para la cria de sus hijuelos.

LEY HIPOTECARIA REFORMADA Y REGLAMENTO GENERAL PARA SU EJECUCION—Edicion oficial.—Madrid, 1870.—Imprenta del Ministerio de Gracia y Justicia.

Contiene:

La ley autorizando al Gobierno para plantear la Ley hipotecaria reformada.

El decreto mandando que la ley y su reglamento rijan desde 1.° de Enero de 1871.

La exposicion de la Comision de códigos sobre los motivos y fundamentos de la Ley hipotecaria de 8 de Febrero de 1861.

La exposicion presentada por el Ministro de Gracia y Justicia, don Antonio Romero Ortiz, á las Córtes Constituyentes, con el proyecto de reforma de la Ley hipotecaria.

La ley reformada, el reglamento general para su ejecucion, y el formulario ó coleccion de modelos.

Forma todo un tomo, bien impreso, en excelente papel, de 284 páginas.

TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid.

DE LAS ARTES MÁGICAS Y DE ADIVINACION

EN EL SUELO IBÉRICO.

SU INFLUENCIA EN LAS COSTUMBRES,

ASÍ EN LA ANTIGÜEDAD COMO EN LOS TIEMPOS MODERNOS (1).

ARTICULO CUARTO Y ULTIMO.

I.

ESTADO LEGAL DE LAS ARTES MÁGICAS HASTA FINES DEL SIGLO XV.

Mientras que en la forma, y con las notables y honrosísimas contradicciones que dejamos advertidas en el precedente artículo, cobraron las *artes mágicas* y de *adivinacion*, dentro del siglo XV, predominio, tanto más sorprendente é inverosímil cuanto que iba desechando la cultura española la herrumbre de los tiempos medios, no se habian, en verdad, dormido los legisladores que las condenaban y proscribian. Ya desde 1387, movido del celo de la verdad y temeroso de Dios, á quien aquellas artes ofendian, habia procurado D. Juan I de Castilla reprimir los desafueros y malicias de los «que cataban agüeros, adevinanzas et suertes,» con otras «muchas maneras de agorerías et sorterías, faciéndose astrólogos, etc.» Y porque estos errores tenian contaminadas no ya sólo á las gentes en general, sino tambien «á clérigos et religiosos, beatos et beatas,»—sobre sujetar aquel rey los primeros á las leyes de *Partida*, que ya conocen los lectores, conminando á los jueces y alcaldes, que mostrasen en el asunto lenidad ó negligencia, con el perdimiento de sus oficios,—mandaba á obispos y prelados

(1) Véanse los números 65, 67 y 69 de esta REVISTA.

proceder contra los segundos, conforme prescribian los cánones, y que los considerasen como herejes tanto en el ejecutar dichas prácticas como en el consultar á sus temerarios profesores (1).

Apénas trascurridos veintitres años, gobernando á Castilla el Infante D. Fernando, el de Antequera, y la Reina Doña Catalina, reproducianse, no sin usura, las mismas prohibiciones: los agüeros de aves, de estornudos y proverbios; las suertes y hechizos; las predicciones hechas por «catar en agua, cristal, espada, espejo ó qualquiera otra cosa *luzia*;» la fabricacion «de maléficas imágenes de metal ú otra materia;» los conjuros «sobre cabezas de hombre muerto, ó de bestia, sobre la palma de la mano de niño, ó de mujer vírgen;» los encantamientos «de cercos y las ligaduras de casados ó amantes;» la aplicacion de la «rosa» ú otras plantas silvestres para quitar la *rosa* del rostro ó lograr la salud, «ú otros bienes temporales....», todas estas prácticas irrisorias eran taxativa y severamente condenadas y castigadas, tanto en sus fautores como en sus provocadores y cómplices, no sin que se declarase por tan memorable príncipe que «eran malditos de Dios estos tales.»—«Aquellos (añadia la pragmática de 9 de Abril de 1410, condenados ya magos, encantadores y adivinos) que preguntan á los agoreros et guardan (consultan, miran), los sueños et los agüeros, ó van á otro hechicero, encantador ó sortero, ó se consejan con los adevinos, ó preguntaren verdad á los muertos,» serán destruidos de Dios, que aborrece semejantes maldades: «por ende mando et deffiendo que de aquí adelante personas algunas de qualquier ley, estado ó condicion que sean, que non sean osados de usar de tales enemigos: et por que mejor sea guardado, mando á los alcaldes et justiçias de qualquier çiudad ó villa ó lugar, doquier que faltaren los tales malfechores, que daquí adelante usaren los tales malefiçios, que los maten, seyéndoles probado por testigos, ó por confesion de los mismos (2).»—Esta severa pragmática, que sobre el perdimiento de los oficios, imponia á los jueces morosos el de la tercera parte de sus propias haciendas, y condenaba á perpétuo destierro á los encubridores, debia ser leida mensualmente «á campana repicada» en los mercados públicos, para que llega-

(1) *Nueva* y *Novísima Recopilacion*, lib. VIII, títulos I y III, Leyes 5.ª y 5.ª—Libro IV, ley 1.ª

(2) *Recopilacion de leyes y pragmáticas de los Reyes Católicos*, tercera parte, t. XIV, título: *De los Hechiceros*, ley 3.ª—*Novísima Recopilacion*, lib. XII, tít. IV, ley 2.ª

ra á conocimiento de grandes y pequeños, y á nádie fuese por tanto disculpa valedera su ignorancia; prueba irrefragable del firme empeño con que el legislador anhelaba extirpar del suelo español tan vituperables supersticiones.

No estaban derogadas semejantes leyes, al subir al trono los Reyes Católicos; pero habian caido lastimosamente en tal desuso, que se vieron luego estos príncipes forzados á reproducirlas íntegras, aceptándolas como suyas, é insistiendo una y otra vez en recomendar su más exacto cumplimiento á las justicias de sus reinos, cual lo hacian por último en las pragmáticas de 1500, al dictar el célebre *Ordenamiento de Corregidores* (1). Tan constante como plausible fué, por cierto, el empeño de la Reina Isabel para desterrar del suelo ibérico las vanidades *mágicas*; consideradas por ella como ofensivas á la verdad y pureza evangélicas, segun demostramos ya en el anterior artículo. Mas fueron vanos sus deseos y sus esfuerzos, aun dado el eficacísimo cuanto poderoso auxiliar del Santo Oficio, cuyos pavorosos autos y procesos, apoderado ya de las causas formadas contra adivinos, brujas y hechiceros, habian comenzado á esparcir el terror en todas las clases sociales (2).

No rescatada aún Granada del yugo islamita, salia en efecto á luz una obra de ingénio, grandemente aplaudida en las edades futuras, la cual, relacionándose inmediatamente con las costumbres populares, ponia de manifiesto la verdad de aquel hecho tristemente vergonzoso. —Fernando de Rojas, autor de la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*, que atribuia en ella á la vieja Celestina hasta seis oficios, entre los cuales se contaban los de *alcahueta* y *hechicera*, hacíale intervenir, en virtud del primero, para traer á Melibea al amor de Calixto, poniendo en sus lábios, cual ministerio del segundo, un espantoso conjuro: «Yo, Celestina, tu más conocida cliéntula (decia al final, dirigiéndose á Pluton, dios del Averno, trás muy horribles blasfemias), te conjuro por la virtud y fuerza de estas bermejas letras, por la sangre de aquella noturna ave, con que están escritas,», etc., etc. (3).—Rojas daba á este conjuro

(1) *Novísima Recopilacion*, lib. XII, tít. IV, ley 3.ª

(2) Debemos notar que de estas disposiciones del Santo Oficio surgió larga competencia con los tribunales ordinarios: á estos quedaron los delitos en que no existia pacto tácito ni expreso con los espíritus infernales; y como precisamente las *artes mágicas* estribaban principalmente en estos pactos, la Inquisicion se apoderó de cási todas las causas.

(3) *Celestina*, acto III.

*

cierto color mitológico, muy en armonía, por cierto, con los estudios clásicos que iban imperando en el campo de las letras: el cuadro por él trazado diferia, sin embargo, muy poco del que en más alta ocasion habia diseñado Juan de Mena.

De esta manera llegaban á la XVI centuria las *artes goéticas*. Al contemplar la grandeza y la ilustracion de aquel siglo, que ha merecido en toda Europa nombre de *siglo de Oro*, diríase que tanta luz alcanzaria á desvanecer para siempre las vergonzosas nieblas de aquellas supersticiones, constantemente condenadas y crudamente castigadas por los concilios y los reyes; y, sin embargo, brotan por todas partes tantas y tales pruebas de la prosecucion creciente de aquella abominable y cancerosa dolencia social, que, poniendo verdadero espanto en nuestro ánimo, la presentan ya como fatalmente incurable.—Los historiadores, los moralistas, los legisladores, los escritores de costumbres, los poetas dramáticos, cuantos directamente, viviendo en el siglo XVI y sintiendo su grandeza, se refieren á aquella múltiple actualidad, combatida al propio tiempo por temerarias afirmaciones y muy desgarradoras dudas,—todos revelan alguna parte del estrago que producen las *artes mágicas*, moviendo al fin la pluma de muy doctos varones á trazar exprofeso el cuadro general de la gran borrasca, en que zozobran las ciencias y peligran desdichadamente las doctrinas católicas. Bosquejar, ni aun á grandes rasgos, este espantable cuadro, tal como lo concebimos, merced á los muchos y muy vários documentos que han llegado á nuestros dias, empresa es superior á la que echamos sobre nuestros hombros, al escribir los presentes artículos, y estudio más propio ya de un libro que de una Revista.—Contentémonos, pues, con traer aquí algunos testimonios, no los más terribles y dolorosos, sino los que más se enlacen con las costumbres populares, tema preferente de estas disquisiciones; y fijémonos para ello en las declaraciones de ingénios y personajes tan respetables como un Fray Luis de Granada, un Lope de Rueda, un Fray Prudencio de Sandoval, Obispo de Pamplona, un Pedro Ciruelo, un D. Alfonso Manrique, inquisidor general, un Felipe II y un Cervantes.

II.

CRECIMIENTO Y PERSECUCION DE LAS ARTES MÁGICAS EN LOS SIGLOS XVI Y XVII.

Fray Luis de Granada, el más elocuente é ingénuo, si no el más docto de los moralistas y escritores ascéticos de la primera mitad del siglo XVI, deteniéndose á considerar, cual lo habia hecho cien años ántes Fernan Perez de Guzman, los deberes del cristiano, condenaba irrevocablemente como pecador empedernido, no ya al que se ejercitara en las vanidades de las *artes mágicas*, sino al que simplemente creyera en alguna de sus prácticas. Ofensa grande hacía á su creador y menguado era en la fé el que creia en sueños, agüeros, suertes ó hechicerías, como lo era el que usaba de algunas cosas de estas. Abominable pecado cometia el que, sojuzgado por mísera flaqueza ó temor, daba crédito ó llevaba consigo para precaverse de ciertos males y dolencias *nóminas supersticiosas*, con figuras y nombres oscuros y no conocidos. Injuria y sacrilegio vituperables en extremo cometia contra Dios y su Iglesia el que hacia algunas de aquellas devociones, que desde el siglo precedente habia denunciado la investigadora pluma de D. Fray Lope Barrientos, y las practicaba con el torpe objeto de turbar la paz, alterar la salud, ó producir la demencia ó la muerte de sus semejantes. Nada igualaba en suma la sinceridad y el empeño, con que Fray Luis de Granada atendia en su precioso *Memorial de la vida cristiana* á perseguir aquellos extravíos y crímenes, que presenta cual feos y ponzoñosos pecados, los cuales traian al alma eterna muerte. Su voz, tan autorizada como sencilla y noble, denunciaba el mal y señalaba el remedio: sus coetáneos, admirando su virtud y su elocuencia, desoian, no obstante, sus nobles y saludables avisos, como siguieron desdeñando los de otros no ménos virtuosos varones.

Sólo así nos es dado comprender lo que vale el testimonio de Lope de Rueda, como ingenio popular, en este proceso del error, al descender al terreno de las costumbres. Con naturalidad, que muestra ser cosa á nádie extraña, y ántes muy puesta en uso, presenta, en efecto, este padre de la Comedia española, en las suyas

intituladas *Armelina* y *Eufemia*, dos de aquellos cuadros harto vulgares, y que no dejan, como tales, lugar á la duda, en órden al punto que vamos ilustrando. En la *Eufemia*, ausente su hermano Leonardo, consulta la heroina el porvenir, pór medio de una gitana, que diciéndole la *buena ventura*, le advierte de un gran peligro que amenaza á su referido hermano. En la *Armelina*, huéspeda esta de Inés, levántase muy temprano, y aquella le dice al verla :

INÉS. Jesus, hija Armelina! á qué te has levantado tan de mañana?
ARMELINA. En toda esta noche no he pegado más los ojos que agora.
INÉS. Ay amarga!... y de qué?...
ARMELINA. Esta cabeza parece verdaderamente que se parte en dos partes.
PASCUAL. Qué! No será nada.
INÉS. Ya! ya!... de la legía, que debia estar fuerte. Sahúmate, hija, con un poco de romero y de ruda: tambien es bueno el azafran aromado, en ayunas con el agua de fílibuscepa. Llégate acá, hija; santiguarte hé esta cabeza. En el nombre sea de Dios :

Que no empezca el humo ni el zumo,
ni el redrojo, ni el mal de ojo,
torobisco, ni lentisco,
ni nublo que traiga pedrisco.—
Los bueyes se apacentaban,
y los ánsares cantaban.—
Pasó el cuervo prieto por tu casa
de cabeza rasa,
y dijo :—No tengas más mal
que tiene la corneja en su nidal.
Así se aplaque este dolor,
como aquesto fué hallado
en banco de tundidor (1).

El dolor de Armelina procedia de mal de amores. Tan peregrino y original conjuro, recuerdo y molde al par de otros ciento, que tenian, como él, por fin único la cura misteriosa de análogas dolencias del ánimo, hallaba al postre imitacion en las inmortales páginas del glorioso Manco de Lepanto. PRECIOSA, heroina de la *Gitanilla* y tipo muy acariciado en verdad por la literatura de

(1) *Comedias de Lope de Rueda*, I y IV.

los tiempos medios, procuraba desvanecer el parasismo que amenaza á su amante D. Andrés Caballero, al saber éste que es requerida de amores por otro, con estas palabras:

Cabecita, cabecita,
ténte en tí, no te resbales;
y apareja dos puntales
de la paciencia bendita.
Solicita
la bonita
confiancita;
no te inclines
á pensamientos ruines:
verás cosas
que toquen en milagrosas,
Dios delante
y San Cristóbal gigante.

Pero si esta manera de ensalmos, cayendo bajo el dominio de la llamada *mágia blanca*, por bien intencionados y «provechosos,» eran propios de aquellos actos que, aunque supersticiosos y vanos, aconsejó tolerar y aun galardonar la ley de *Partida*, no juzgándolos, por tanto, ni Lope de Rueda, ni Cervantes indignos de figurar en sus producciones,—muchos, muy repugnantes á toda moral, y grandemente ofensivos á la religion, eran al propio tiempo los que, perteneciendo á la *mágia negra*, estribaban en la sacrílega invocacion de los espíritus infernales.—Llenos están, en efecto, de estos conjuros, vilipendio de aquella gloriosa edad, los procesos seguidos por la Inquisicion (desde el famosísimo de Calahorra, de 1507, en que fueron quemadas vivas hasta treinta brujas) contra los hechiceros, sortílegos, saludadores y nigromantes; procesos que sólo tuvieron de malo el innecesario secreto con que fueron instruidos, pues que las leyes del reino, no derogadas por cierto, los autorizaron públicamente hasta entónces. No consienten en verdad ni el respeto de la moral y de la religion, ni la propia decencia el copiar aquí estos vergonzosos documentos, que tan vivamente revelaban la dominacion de los más abominables errores en una época en que tan omnímodo poderío iban cobrando en el Estado los elementos teocráticos; mas, porque sea dado á nuestros lectores el formar cierta idea de ellos, trascribirémos alguno que parezca ménos ofensivo, por sus formas, prefiriendo el

siguiente, dirigido á un fin simplemente erótico. La hechicera ó mago se dirige al espíritu infernal, y dice:

Yo te conjuro por Tizon
y por Carbon
y por cuantos con ellos son,
y por el diablo cojuelo
para que con pronto vuelo
me traigas á mí, (*aquí el nombre deseado*):
venga, venga, y no se detenga
por el aire, como torbellino,
sin que encuentre tropiezo por el camino.

A estos testimonios vivos de las prácticas ignominiosas, que pudiéramos fácilmente multiplicar con sólo abrir las *Colecciones de autos generales y particulares de fé*, dadas á la estampa hasta hoy,—añádense no ménos fehacientes narraciones de los historiadores coetáneos, segun arriba advertimos. Respetable es por cierto entre todos los que tratan del siglo XVI, Fray Prudencio de Sandoval, autor de la *Historia del Emperador Cárlos V*. Al historiar el año de 1527, tropieza este ilustre narrador con la secta de *brujas*, harto numerosa, que existia á la sazon en Navarra; y dado á conocer su descubrimiento, que se realizó por medio de dos jóvenes iniciadas, ofrece un cuadro harto desconsolador y repugnante, aunque curioso, así de los errores que profesaban, como de las prácticas que ejercian. —Las *brujas* de Navarra renegaban, ante todo, de la religion cristiana, abominando el nombre de Jesus; manchaban torpemente la castidad de sus cuerpos, si al abrazar la secta eran todavía vírgenes; y el dia que esta doble prostitucion se verificaba, señalábase con una fiesta general (aquelarre), en que jugaba principalísimo papel un *cabron negro*. Puestas en círculo, y aquel su ídolo en el centro, danzaban todas lanzando desordenados aullidos al son, no más armónico, de una ronca trompeta: al postre, ya fatigadas, venian en tropel á besar los piés del *cabron*, y terminada tan ridícula como torpe ceremonia, hacian una frugal comida de pan, queso y vino. Acabada ésta, cabalgaba cada *bruja* en su amante, convertido instantáneamente en *cabron*, y frotándose el cuerpo con ciertos ungüentos y sustancias de extraños reptiles, remontábanse en los aires para dirigirse á los sitios, donde fantaseaban ir á ejercer sus artes diabólicas. Por confesion propia, no sólo habian las *brujas* de Navarra penetrado

muchas veces con rápido vuelo en lugares secretos y elevados, cuyas puertas y ventanas se hallaban hermética y fuertemente cerradas, sino que habian dado tambien con sus maléficos y ponzoñosos filtros lenta y aun repentina muerte á diversas personas.—Sus reuniones ó aquelarres generales tenian lugar la víspera de las Páscuas por la noche, todos los años, no habiendo abominable exceso contra la honestidad y la religion que allí no se cometiera con insano alarde (1).

Repetíase esta narracion, altamente inverosímil, en un pueblo cristiano, respecto de otras comarcas, tales como Vizcaya y Cataluña, Extremadura y Castilla, llamando formalmente la atencion del Gobierno supremo.—El mal, en concepto de los Consejeros del César, no habia menester tanto de severa reprension y exterminador castigo, cuanto de ilustrada persuasion y piadosa enseñanza. Pero ¿quién habia de ministrarla, cuando hasta los más doctos y caracterizados miembros del clero participaban desdichadamente de aquella credulidad, dignamente rechazada por Isabel la Católica en tan distinguidos prelados como un D. Rodrigo Sanchez de Arévalo y un D. Fray Diego Deza?... ¿Quién habia de poner entónces el remedio, cuando el mismo Fray Prudencio de Sandoval, que sacaba á la vergüenza, entregándolas á la execracion de las futuras edades, aquellas aberraciones, hacía semblante de narrar como verdaderos y reales los maravillosos vuelos (2) de las *brujas* navarras?... Dos escritores saltaron, sin embargo, en la arena para combatir el error, aspirando á poner algun coto en sus deletéreos efectos: fué el primero el franciscano Fray Martin Castañaga, cuyo libro *Sobre las supersticiones y los encantamientos* veia la luz pública bajo los auspicios del Obispo de Calahorra, don Alfonso de Castilla, andando el año de 1529: fué el segundo el Maestro Pedro Ciruelo, canónigo de la catedral de Salamanca,

---

(1) *Historia del Emperador Cárlos V*, libro XVI, párrafo 16.

(2) Refiriendo el docto Obispo los hechos relativos al proceso de 1527, cuenta que el inquisidor comisario que entendia en la causa, ofreció á una de las *brujas* la libertad y el perdon, si á presencia del pueblo y suya desaparecia *volando*. La bruja aceptó; hizo sus conjuros, y asistida del espíritu infernal, subió por una torre á considerable altura, desde donde tomó vuelo, desapareciendo en los aires. Abandonada á poco del espíritu, se vió forzada á descender en un monte, donde la apresaron unos pastores, que la entregaron de nuevo al comisario. La Inquisicion de Estella la condenó después al fuego con otras ciento cuarenta y nueve, sin que les aprovecharan sus ungüentos.

cuya obra, titulada *Reprobacion de las supersticiones y hechicerías*, habia logrado ya salir al público por la segunda vez, «revista, corregida y añadida con algunas mejorías,» en 1547.

A la verdad, si Fray Martin Castañaga y Pedro de Ciruelo ganaban plaza con estas obras de escritores castizos y aun elegantes; si hacian ambos gala de discrecion y templanza, mostrando en sus eruditos libros que nada habian olvidado de cuanto al conocimiento é historia de las *artes mágicas* y sus prácticas concernia, no es hoy posible desconocer que sus repetidas y bien intencionadas condenaciones hubieron de carecer de la eficacia que ambicionaban, por el mismo hecho de admitir el principio que á dichas vanidades habia servido constantemente de raíz y fundamento. Tanto para el franciscano de Calahorra, como para el canónigo de Salamanca eran las *artes de adivinacion* y de *encantamiento* pecaminosas y vitandas, grandemente perjudiciales para la república y contrarias á la salvacion del cristiano; pero uno y otro partian en sus libros, no ya de la hipótesis, sino de la afirmacion teológica, de que todo acto de *mágia* se realizaba por la intervencion directa é inmediata de Satanás, cuyo poderío se mostraba en tal manera con los hombres, no sin alterar, al capricho del encantador ó adivino, las leyes fundamentales de la naturaleza; con lo cual dicho se está que todos sus esfuerzos debian ser frustráneos y estériles para alcanzar el fin, á que con más ingenuidad que verdadera ciencia aspiraban. «Esta arte (decia Pedro Ciruelo, al tratar de los *sacadores de espíritus*, medio nigromantes, medio hechiceros) ordena el diablo para tener mucha plática de palabras con los hombres, porque por oir las razones que dice el nigromántico y cómo le responde el diablo, allégase mucha gente á los oir; y esto desea mucho el diablo, tener grande auditorio, para con sus razones sembrar algunos errores contra la ley, contra la religion cristiana, y para mandar que hagan algunas obras vanas y supersticiosas só color de santas y devotas (1).»

Era pues, indudable, como desconsolador por extremo para todo hombre de seso y de ilustracion, que siendo las *artes mágicas* obra de Satanás, y potestativo en él enseñarlas á los hombres, para mayor provecho de su imperio y dominacion en la tierra, jamás serian aquellas erradicadas, sin que Luzbel fuese primero aniquilado; y como

(1) *Reprobacion*. tercera parte, cap. VIII.

era esto empresa superior á los deseos y al poder del hombre, deducíase fatalmente de los libros de Castañaga y Ciruelo, á despecho de todas sus reprobaciones y buenos propósitos, que las «pestíferas vanidades» que denunciaban y combatian, eran realmente inextirpables. No lo creia así, á lo que parece, el Inquisidor general D. Alfonso Manrique, Arzobispo de Sevilla y Cardenal de la Santa Romana Iglesia, cuando no mediado aún el referido siglo, se juzgaba forzado á dictar, como aditamento al famoso *edicto de las denuncias*, obligatorio para todo súbdito español, hasta nueve disposiciones, encaminadas todas á limpiar el suelo ibérico de aquella mortífera lepra, que se arraigaba y cundia en él tan sin medida.—A todo buen cristiano se imponia, en virtud de este nuevo edicto, el indeclinable deber de elevar á conocimiento del Santo Oficio:

1.° Si sabia ó habia oido decir que tuviera álguien los espíritus familiares, ó invocara los demonios en círculos ó de otra manera, interrogándoles y esperando sus respuestas, cual nigromante y en virtud de algun pacto expreso ó tácito.

2.° Si tenia noticia de que con dichos ú otros fines mezclara y confundiera álguien las cosas santas de la religion con objetos maléficos ó profanos, atribuyendo á la criatura el poder que sólo pertenecia al Criador.

3.° Si conocia algun astrólogo, que hiciese uso del *àrte judiciaria* para predecir lo futuro, ya respecto del instante de la concepcion, ya respecto del nacimiento.

4.° Si habia oido hablar de álguien que practicara la *geomancia*, la *hydromancia*, la *aereomancia*, la *pyromancia*, la *onemancia*, la *necromancia* ó los *sortilegios*, que se hacian por medio de habas, dados, cebada, etc.

5.° Si era sabedor de que algun cristiano tuviese hecho pacto expreso con el diablo, para verificar encantamientos, ya empleando instrumentos, círculos y caractéres simbólicos, ya invocando y consultando á los espíritus, con la esperanza de una respuesta satisfactoria en bien ó en mal, ya ofreciendo á Luzbel incienso, mirra, ó el sahumerio de otras sustancias maléficas, por via de sacrificio ó culto exterior, abusando de los sacramentos ó cosas benditas.

6.° Si tenia conocimiento de alguno, que hubiese construido ó hecho construir espejos, anillos, redomas ú otros vasos, con el

propósito de contemplar su imágen, atraer, encerrar ó conservar algun demonio, que respondiese á sus preguntas y le ayudase á lograr sus deseos.

7.° Si le era notorio que alguno de sus vecinos ó conciudadanos se ejercitaba en descubrir las cosas ocultas ó por venir, interrogando los demonios en los poseidos, ó produciendo el mismo efecto, al invocar el diablo bajo el nombre de *ángel santo*, ó de *ángel blanco*, y demandándole todas estas cosas con humildes plegarias.

8.° Si sabia de alguno que practicara supersticiosas ceremonias con vasos ó redomas de vidrio llenas de agua bendita, con cirios asimismo benditos, ó ya por medio de la inspeccion de las uñas y de la palma de la mano, frotada con vinagre, ya procurando obtener representaciones de los objetos por medio de fantasmas y de efectos sensibles, para saber las cosas secretas y por venir.

9.° Si le constaba, en fin, que alguno hubiese leido y conservado, ó leia y conservaba de presente, libros impresos ó manuscritos sobre estas materias, ó concernientes á toda otra especie de adivinanzas, las cuales no se hacian por medios físicos y naturales.

Considerado el omnímodo poderío que alcanzaba el Santo Oficio en la España del siglo XVI, diríase al examinar el edicto de don Alfonso Manrique, cuyo celo y entereza le hicieron distinguirse entre todos los Inquisidores generales de aquella centuria, que iban á desaparecer para siempre las *artes maléficas* y sus prácticas del suelo ibérico; y no fueron, en verdad, de poca monta los esfuerzos que hicieron al propósito los tribunales de toda la Península.—Millares de procesos lo acreditan.—Mas fuera porque el error crece tambien con el martirio, fuera porque no son el hierro ni el fuego instrumentos aptos para dominar é iluminar la inteligencia, es lo cierto que las artes goéticas parecian triunfar de los rigores de la Inquisicion, al declinar el siglo XVI indicado, subiendo á tal punto sus estragos, que no ya sólo los que se tenian por guardadores de la fé, más tambien los representantes del pueblo se juzgaron en la indeclinable necesidad de acudir con mano fuerte al remedio.—Sólo de este modo se explica que, al celebrarse en 1598 las Córtes del reino en Madrid, cabeza ya de toda la Monarquía española, se moviesen los Procuradores de villas y ciudades á solicitar del Rey Felipe II, por su peticion LXIX,

la prohibicion total del uso de todo linaje de hechicerías, adivinaciones, agüeros y encantamientos.—El Rey accedia á la demanda de los Reinos, ratificando y poniendo en vigor las leyes dictadas por los Católicos sobre punto de tal importancia; leyes que eran en suma las que en 1410 habia promulgado D. Fernando de Antequera, como Gobernador de Castilla en la minoridad de Don Juan II (1).

Sin duda estas leyes, que parecian cobrar extraordinaria fuerza del inmenso poderío del ya espirante Felipe II, no hubieron de comunicar á los edictos del Santo Oficio la que habian menester para producir el efecto ambicionado por el Cardenal Manrique, cuando en todo el siglo XVII pululan por toda España nigromantes, hechiceros, adivinos y encantadores, ejerciendo en todas las clases de la sociedad tanto más doloroso influjo, cuanto mayor y más lamentable se hacía en ellas el fanatismo religioso, que llega míseramente á su colmo en la desdichada corte de Cárlos II (2). En vano luchó, en efecto, la Inquisicion, usando de todas sus fuerzas y de todas sus armas. El siglo XVII benefició ámpliamente la herencia de los anteriores; en él como en el XVI, reflejaron las letras españolas el creciente cáncer de las *artes irrisorias*; revelando sus pestilenciales efectos, como indicamos arriba, la incomparable pluma del gran Cervantes.

Aquel peregrino ingenio, cuyas obras ofrecen cada dia más fructuosa enseñanza,—levantando con firme diestra el manto deslumbrador que cubria á la España militar y política de Cárlos V y Felipe II,—mostraba á sus coetáneos y señalaba á la posteridad con festivo estilo y seductor colorido, mas con terrible y desconsoladora verdad, las profundas y ya incurables dolencias, que afligian, bajo multiplicados conceptos, á la sociedad española. No era la menor, entre todas, la producida por las *artes mágicas* como tan vividora y terrible, cual llevamos demostrado; y Cervantes no sólo levantaba, al concebir la obra del *Ingenioso Hidalgo*, un formidable ariete para aportillar y reducir á escombros el multiforme alcázar de los encantamientos, en que vivia el génio de la

(1) *Novísima Recopilacion*, lib. XX, tít. IV, ley II.

(2) Pueden consultar los lectores los *Estudios históricos* que *sobre la Corte de Cárlos II y el proceso de fray Froilan Diaz* dimos á luz por los años de 1858. Imposible es, conocidos los hechos que allí consignamos, hallar más lógica consecuencia á las premisas que aquí dejamos sentadas Cárlos II es un *poseido*.

caballería andantesca, sino que habia denunciado y sacado ya repetidamente á la vergüenza en sus *Novelas ejemplares*, tanto aquellas vituperables prácticas, cuya ponzoña corroia las entrañas de la sociedad, como á sus torpes y delirantes ejecutores. A los bien intencionados *ensalmos* de Preciosa en *La Gitanilla*, y á los prodigiosos *ungüentos* del virote Loaysa en *El celoso Extremeño*, habia añadido en *El Licenciado Vidriera* la *ligadura erótica*, hecha por una hechicera morisca en el licenciado Tomás Rodaja, por medio de un membrillo Toledano; maleficio, que poniéndole á punto de perecer, acababa por extenuarlo, precipitándole «en la más extraña locura que entre las locuras hasta entónces se habia visto,» suponiéndose «que era todo hecho de vidrio.» La fama del doctor Eugenio de Torralba, procesado y penitenciado por la Inquisicion de Cuenca, ante la cual fué acusado de viajar por los aires, siendo el más renombrado de estos viajes el que suponia haber hecho á Roma, á punto en que la entraba á saco el Duque de Borbon, habíale dado idea y motivo para el no ménos fantástico viaje de D. Quijote y Sancho en el Clavileño, no sin recordar «el verdadero cuento» de Torralba, á quien designaba allí con título de *Licenciado* (1). Pero si en estos y otros vários pasajes de sus obras, que fuera tal vez impertinente el recordar, se limitó el cautivo de Argel á descargar ligeramente el azote de su punzante, discreta y profunda sátira contra las *artes ignominiosas*, nádie le igualó en las dos centurias, en que corre en parte su vida (1547 á 1616), al desplegar el cuadro que aquellas presentaban, cuando escribió el donoso, originalísimo y muy sabroso *Coloquio de los Perros de Mahudes*.

Cervantes, cuyo poderoso ingenio abarcaba y poseia en extrecho y felicísimo maridaje, el elevado talento de la contemplacion general de las cosas y el no ménos envidiable de su menudo análisis con la observacion más penetrante y exquisita, dando á Berganza y Cipion, perros del hospital de la Resurreccion, en Valladolid, la facultad y el uso de la palabra, ponia en boca del primero entretenida, salpimentada y muy graciosa relacion de peligrosas y largas aventuras, que animadas de verdadero espíttitu crítico, constituian otras tantas sátiras contra la sociedad española.—Berganza, que habia servido con aquel intento á diferentes amos, pertene-

(1) *Don Quijote;* II Parte, capítulo XLI.

cientes á várias clases sociales, viene por último á poder de un tamborilero (atambor), quien dándole nombre de perro sabio, por ciertas habilidades que hacía, y llevándole consigo á Montilla, se alojaba en un hospital, donde servia, ya al parecer arrepentida, una antigua *bruja* y *hechicera*, llamada la Cañizares.—Los bailes, saltos, contrasaltos y escarceos hechos por Berganza á la voz del tamborilero, tentaron á la *bruja*, haciéndole creer que era aquel perro uno de los dos hijos de otra hechicera, su amiga, llamada la Montiela, convertidos en tales, al nacer, por la gran Camacha de Montilla, sábia maestra de ambas. Con esta ilusion, no ménos torpe que todas las que en perpétua prevaricacion la tenian, llevábale á su aposento y acariciándole pródigamente, revelábale el soñado orígen que su locura le atribuye y hacíale de la Camacha el siguiente retrato: «La Camacha de Montilla (le decia) fué tan »única en su oficio que las Eritos, las Circes, las Medeas, de quien »he oido decir que están las historias llenas, no la igualaron: »ella congelaba las nubes, cuando queria, llenando con ellas la faz »del sol, y cuando se le antojaba volvia sereno el más turbado »cielo; traia los hombres en un instante de lejas tierras; remediaba »maravillosamente las doncellas que habian tenido algun descuido »en guardar su entereza; cubria á las viudas de modo que, con ho»nestidad, fuesen deshonestas; descasaba las casadas y casaba las »que ella queria; por diciembre tenía rosas frescas en su jardin y »por enero segaba trigo. Esto de hacer nacer berros en una artesa, »era lo ménos que ella hacia, ni el hacer ver en un espejo ó en las »uñas de una criatura los vivos ó los muertos que le pedian que »mostrase: tuvo fama que convertia los hombres en animales, y »que se habia servido de un sacristan seis años en forma de asno, »real y verdaderamente, etc.»—Sirven de remate á este retrato de la Camacha algunos rasgos de la Montiela, supuesta madre de Berganza, y porque este pudiera formar idea de las artes que todas tres profesaban, después de una larga explicacion de ellas, que revela al par que la existencia de tantos errores, la *vis satírica* de Cervantes, acababa la Cañizares por untarse con ciertas grasas frias todo el cuerpo, disponiéndose á hacer en tal forma un viaje aéreo, para averiguar cuándo llegaria á ser restituido á su forma de hombre el desdichado hijo de la Montiela.

Con el desenlace de esta aventura, no sin ejemplo por aquel tiempo y aun mucho después, colmaba Cervantes de ridículo, no

sólo á los profesores, sino á los creyentes y devotos de las artes maléficas.—La vieja Cañizares, «caia en el suelo como muerta» no bien terminada su untura; Berganza la sacaba arrastrando al patio, asida de un carcaño; llegaba el dia; hallábalos la gente de aquella catadura; despertábase la vieja, que castigaba crudamente al perro; defendíase éste, maltratando á la *bruja;* y apaleado y perseguido por la gente allí reunida, buscaba, por último, salvacion en la fuga, libertándose al par de sus apaleadores y del «atambor,» su amo. No otros eran los viajes de las brujas y hechiceras, de Lanjaron, Barahona, etc., como no más rápidas y elevadas que la de Clavileño habian sido las ascensiones del mágico Torralba y de los que, como él, se ponian bajo la tutela de algun espíritu familiar, ángel ó demonio.

III.

PRÁCTICAS DE LAS ARTES MÁGICAS Y SUS SEMEJANTES EN EL SIGLO XIX.

Abominadas por los moralistas del siglo XVI, nuevamente condenadas por las leyes, perseguidas con grande empeño por la Inquisicion y abrumadas bajo el peso de la sátira, condenacion tanto más constante y abrumadora cuanto que las exponia sin tregua ni defensa al ludibrio de las gentes, atravesaban, no obstante, las *ártes mágicas* y de *adivinacion* todo el siglo XVII, como habian atravesado los anteriores. ¿Debian acaso desaparecer, al hallarse frente á frente con el desenvolvimiento filosófico de la XVIII^a^ centuria, contraria á toda religion positiva como á toda creencia que tuviese su raíz en las regiones del espíritu?—Pudo sin duda el enciclopedismo jactarse por un momento de haber debilitado en aquellos mismos hombres, que se pagaban de ilustrados, aspirando al título de *espíritus fuertes*, todo sentimiento de amor, de respeto y de gratitud hácia el Hacedor Supremo; subversion religiosa que hallaba al fin personificacion pública y solemne en la deificacion de la razon humana, levantada por el delirio político á la adoracion de los altares. Pero si tanto pudo y logró el pseudo-filosofismo del pasado siglo, respecto de los entendidos, al proclamar el triunfo de la razon, mientras la precipitaba en el más doloroso y repugnante de sus extravíos, nada ó muy poco alcanzó, respecto

de las muchedumbres, en órden á sus eternas supersticiones, si ya no es que contribuyó á fomentarlas y fortalecerlas. Digno empleo hubiera sido, en verdad, de la filosofía del siglo XVIII, como de toda filosofía noblemente engendrada y encaminada á los altos fines de la ilustracíon del hombre, el combatir hasta extirparlos del todo, los groseros y vituperables errores de las *artes goéticas*, tan contrarias al triunfo de la verdadera moral, como favorables al progreso de la barbárie, que iba fatalmente á vivir en el seno de la civilizacion moderna; y nada hubiera igualado en merecimientos al servicio, que la filosofía hubiese hecho á la humanidad, bajo tan alto y trascendental concepto. Pero como nunca fué dado al error engendrar verdad, de aquella osada negacion que sembró en todos los pueblos las más terribles dudas, no pudo brotar la luz apetecida para disipar las tinieblas en que las *artes mágicas* y de *adivinacion* pululaban, trasmitiéndose por tanto con las mismas condiciones, bien que aspirando á mayores aumentos, al presente siglo XIX.

Y decimos con mayores aumentos, porque no se han contentado ya los propagadores de aquellas lastimosas aberraciones con el cultivo de las antiguas artes, áun dado el creciente desarrollo por ellas alcanzado en medio de las contradicciones de moralistas y legisladores en los últimos siglos. La edad presente, combatida por multiplicados sistemas filosóficos, que radicalmente se niegan y se excluyen, alejándola más cada dia de la posesion de la verdad y hundiéndola en matador indiferentismo, sobre haber recibido todas las heredadas supersticiones ya reconocidas, y proseguir pagándoles no ménos supersticioso tributo, só color de ciencia y con el aparato de nueva filosofía, pugna por levantar á la estimacion de los hombres otras no más respetables prácticas, teniéndolas desdichadamente por muy luminosos y estupendos descubrimientos. En la edad presente existen, pues, como consecuencia inevitable de lo expuesto: primero, todas aquellas torcidas y vitandas tradiciones de la antigua *mágia*, así *negra* como *blanca*, esto es, de aquella que D. Alfonso el Sabio y los reyes, sus sucesores, castigaron con la muerte, y de aquella que los mismos autores de las *Partidas* juzgaron tolerable y áun digna de galardonarse: segundo, las artes, á que D. Enrique de Villena, sepultado por el vulgo de su tiempo dentro de una redoma, dió nacimiento en la *fascinología*, manifestando que provenian de la «mayor fuerza visiva y de la

atencion eficacísima del que fascinaba;» artes que bajo el título de *magnetismo* aspiran hoy á una dominacion incalificable hasta en el terreno de las ciencias médicas: tercero, las artes del *espiritismo*, que aspirando á un fin loable y apoyándose al par, aunque inconscientemente, en la *demonologia* y en la *necromancia*, aspiran á subvertir todo linaje de conocimientos, con la fantasía de rectificar, por medio de la intervencion de los espíritus que moraron ya en la tierra, la ciencia, la filosofía y la historia.

Lamentable es por cierto, fijando nuestras miradas en el primero de los tres indicados grupos, el hallar en él, aunque pervertidas ya las nociones fundamentales de la *mágia* y de la *adivinacion*, que tanta fuerza alcanzaron durante la Edad Media, todos los extravíos que perturbaron entónces la razon, viciando la moral y manchando la creencia. El ejercicio de las *artes mágicas* no se somete ya técnicamente á la antiquísima clasificacion, que tenía su orígen en los supuestos cuatro elementos, dando por resultado la *geomancia*, la *aereomancia*, la *hydromancia* y la *pyromancia*. Los que las practican, ya hombres, ya mujeres, *trabajan*, sin embargo, promíscuamente por *tierra*, *aire*, *agua* y *fuego*; y partiendo siempre del principio de que todo poder y virtud nace para ellos y les viene de la invocacion y asistencia de los espíritus infernales, á ellos consagran su inteligencia, por ellos cultivan las *ciencias*, que siguen apellidando *ocultas*, y en ellos depositan, en fin, su fé y su confianza para obtener seguro éxito en sus predicciones, en sus conjuros y en sus hechizos.

A diferencia de lo que sucedia en los tiempos medios, y áun en las postreras centurias, los profesores de las artes maléficas en el siglo XIX las ejercen todas á la vez, con insignificantes excepciones. A ellos es dado al propio tiempo consultar los espíritus infernales, evocar los muertos, hechizar todo linaje de objetos, depositando en ellos los malos espíritus, para darlos ó imponerlos á determinadas personas; descifrar los sueños y toda especie de agüeros; revelar la existencia de grandes tesoros y el paradero de las cosas perdidas; predecir la adquisicion de honras extraordinarias, ó de inusitada dicha en el juego, en la caza ó en el comercio. Ellos alcanzan el don de curar tercianas, llagas, heridas y otras especiales dolencias, sin aplicacion de medicina alguna; de sacar los espíritus de los cuerpos endemoniados, y de conjurar los nublados y las tempestades, descomulgando las langostas, orugas, pulgones,

oidium, etc. Ellos pueden estrechar ó desatar para siempre las voluntades de dos personas, amantes ó esposos; hacer invisibles, ó trocar las formas visibles de una ó más personas, para lograr sus maléficos fines (1), y salvar de la accion de los rayos á una ó muchas casas. Ellos se conceptúan poderosos para conservar la frescura de la primera juventud y la belleza; para acortar la salud ó enflaquecer gradualmente á una persona hasta producirle la muerte; para destruir los ganados, impidiéndoles comer los pastos habituales, y para hacer hablar á las personas dormidas, á fin de que descubran á pesar suyo y den á conocer los hechos, ó revelen algun suceso determinado de su vida. Ellos piensan, en fin, que les es lícito reducir los hombres á la impotencia ó restituirlos á su natural estado, y poner remedio á la esterilidad de las mujeres; revelar la existencia ó la muerte de una persona, há largo tiempo ausente, y adivinar lo que en lugar distante ocurre, anunciando por igual arte lo futuro, bajo muchos y muy extraños conceptos.—Tales son, pues, las principales virtudes de que hacen vergonzoso alarde los hechiceros y encantadores de nuestros dias, teniendo tambien lugar entre ellos el vulgarísimo acto de la *salutacion*, que ha dado motivo al presente estudio, si bien la virtud del *saludador* há siglos permanece vinculada en el último hijo de los matrimonios, que logran tener siete varones, sin hembra alguna (2).

Larga, molesta, impertinente sería aquí, dada la exposicion histórica que precede, la enumeracion de todas las operaciones y medios de que los referidos embaidores se valen y ejecutan para burlar y utilizar en su provecho la fácil credulidad de cuantos á ellos acuden, y no tan limpia la explicacion de unas y otros, que se presten á ello el propio decoro y el respeto que al público debemos.—Bueno será no obstante advertir, para completar en lo posible la sumaria historia de las *artes mágicas* en nuestro suelo, que siguen formando parte del arsenal de estos profesores,—de cuyos labios no se cae, por ci erto, para calificar sus prácticas, la palabra *ciencia*,—demás de toda suerte de flores, aptísimas de antiguo

(1) Esta práctica era una de las más portentosas y estimadas ya en el siglo XVI: Cervantes decia respecto de su efecto: «Esto se hace con aquella ciencia que llaman »*tropelia*, que hace parecer una cosa por otra» (*Coloquio de los perros de Mahudes*).

(2) Principalmente en tierras de Castilla y Leon son considerados los sétimos hijos varones *ipso facto* como tales *saludadores*, apareciendo rodeados de cierto fanático respeto y consideracion á medida que crecen en años. Esta consideracion no se limitó durante la Edad Media á la esfera de las supersticiones populares.

para realizar toda manera de hechizos, los estoraques y algálias, los inciensos y mirras, los oréganos y los lentiscos, los torbiscos y retamas, las adormideras y los ajos, el laurel y la mandrágora, las habas y granos de cebada,—el romero y el saúco;—y con estos frutos y otras plantas aromáticas, el pico y la uña del águila, la cabeza y las vértebras de culebras y víboras, los sapos y topos, los huesos de erizo y las manos de tejon, los colmillos de jabalí y las uñas de leon, los huevos de avetarda y de paloma, el casco de burro negro y la cabeza de perro. Completan esta peregrina farmacopea ó materia mágica, si tal puede decirse, todo género de anillos, espejos, botes de cristal ó de vidrio y redomas para encerrar ungüentos, filtros, brevajes, y áun agua bendita, que, extraida furtivamente en ciertos dias y á deshora de las iglesias, se emplea con harta frecuencia en sacrílegos y criminales intentos; y hácense todos estos hechizos bajo la invocacion y conjuro de ciertos santos, entre quienes figuran en primer término San Amaro, San Antonio, San Tadeo y las tres Marías.—«San Tadeo es un santo muy grande y muy virtuoso para estas *ciencias* (nos decia há pocas semanas una de las más afamadas adivinas y hechiceras de Madrid): si V. quiere saber siempre lo futuro, hágale su cuarentena y dígale, al salir de su casa, esta oracion:—*San Tadeo glorioso,—lo que ha de ser pena,—conviértelo en gozo.*» «En cuanto á las tres Marías (observaba), sepa V. que tres gotas de agua bendita tomadas en su nombre el Jueves Santo de la pila de cualquiera iglesia, y arrojadas á la puerta de la persona á quien se quiere dañar, bastan para matarla, sabiendo decir su propio conjuro. Este hechizo es más eficaz todavía que el del sapo muerto á fuego lento, y metido despues en una redoma; porque la vida del hombre ó la mujer que sufre esta prueba, dura todo el tiempo que tarda el sapo en desainarse ó consumirse.»

Es, pues, indubitable para todo el que, animado de verdadero espíritu de investigacion, penetre en las moradas de los nigromantes y hechiceras del siglo XIX, que viven hoy, no en cuevas retiradas y de temeroso aspecto, ni en lugares extraños, bastantes á imponer espanto en el corazon más esforzado, sino lo mismo en las grandes capitales que en las pequeñas aldeas, y en habitaciones no desprovistas de lujo y de cierto aparato, suficientes á revelar que son estas frecuentadas por las clases acomodadas de la sociedad, menudeando sus visitas, principalmente el bello sexo. Justo es ad-

vertir, en honor de la verdad y para descargo en parte de la edad presente, que el mayor número de las consultaciones que en Madrid se hacen á las hechiceras y adivinas, se reducen á asuntos meramente eróticos, jugando en ellas cási exclusivamente la *cartomancia*. Por eso la cohorte de las adivinas que *echan las cartas y ligan* es hoy en Madrid harto crecida, miéntras van escaseando los *nigromantes* y las *hechiceras*, los cuales se jactan de profesar todos los ramos de la *mágia negra*, trabajando (dicen) en todos los elementos y por todas las artes.

Como quiera, no han carecido de refuerzo las *artes de adivinacion* con los modernos inventos de la *doble vista* y las revelaciones de los sonámbulos, que han tomado orígen del *magnetismo*. No serémos nosotros los que nos opongamos al estudio de todos y cada uno de los fenómenos que pueda encerrar el magnetismo, reconocidas y quilatadas sus leyes por las ciencias físicas: sabemos que estas leyes, veladas en parte á la antigüedad y á la Edad Media, han sido mejor apreciadas y más universalmente aplicadas en los tiempos modernos: no es para nosotros peregrina la noticia de que los antiguos pueblos alcanzaron alguna idea de la existencia del *magnetismo animal*, abundando en los poetas griegos y latinos las alusiones á ciertas prácticas que en su aplicacion se fundaban; pero de esto á lo que los *magnetizadores* de oficio tienen tal vez por verdadero é intentan imponer como tal á las gentes crédulas y sencillas, erigiéndose en *magos* y *pitonisas*, por medio de los sonámbulos, en cuya voluntad imperan, hay tal distancia, que no sin razon podemos repetir que *toto coelo distant*.

Fué hace algunos años entretenimiento y solaz de las clases más acomodadas, el convocarse y reunirse en sus salones, para admirar los extraordinarios efectos del *magnetismo*: cundió luego la diversion á otras esferas menores, donde no hizo en verdad más granados prosélitos; y sin el estudio que acaso demandaban, ni el respeto que pedian sus fenómenos, cayeron aquellas prácticas en poder de gentes más ingeniosas, para quienes se ofrecieron ya cual profesion un tanto lucrativa. Hay, pues, desde entónces entre nosotros, como los hay tambien en extraños países, profesores y profesoras de *magnetismo*. Son éstos séres afortunados, á quienes, por «virtud de su mayor fuerza visiva» y mayor caudal de fluido magnético, es dado producir en otros séres cierta especie de sueño, durante el cual permanecen aislados totalmente del mundo exte-

rior, sin que oigan, vean, ni sientan otra cosa más que aquello que al *magnetizador* ó *magnetizadora* plazca ó convenga. En esta absoluta dependencia, que anula del todo la voluntad del *sonámbulo* ó de la *sonámbula*, obedecen estos fatalmente á quien los magnetiza, ó hace sus veces, puesto por aquel en contacto con ellos. A su voz tiránica penetran las nieblas del espacio; ven lo presente y lo ausente; adivinan *lo porvenir*, relativo á sus parientes, amigos y personas más allegadas; predicen los sucesos, que han de sobrevenirles personalmente; ven retrospectivamente, bien que con el auxilio del magnetizador ó de la persona con quien éste le haya puesto en comunicacion prévia; reconocen los enfermos, al estrechar entre sus manos la diestra del paciente; hacen los oportunos diagnósticos, y guiados ó nó por la ciencia de un médico, propinan los medicamentos más adecuados, valiéndose únicamente, cuando sucede lo segundo, de ciertas yerbas medicinales. Goza tambien el magnetizador el raro privilegio de imponer su fluido sobre cualquier objeto, especialmente sobre los que tienen la condicion de ser electrizables, tales como el ámbar, el lacre, el cristal, etc.; y reducidos dichos objetos á estado semejante, reside en ellos la muy preciosa virtud de hacer dormir ó despertar á la sonámbula ó sonámbulo en ausencia del magnetizador, quedando el magnetizado bajo el omnímodo imperio de quien le entregare el expresado objeto. Y á tal punto llega la tirantez de este imperio que, sobre arrebatar al sonámbulo toda sensibilidad, sólo puede ejercer sus sentidos á gusto del magnetizador, y por la parte del cuerpo que éste designare al propósito. Toda funcion natural queda igualmente en suspenso al capricho del profesor ó sus representantes.

Tal es el vulgarismo y más caracterizado catecismo de los magnetizadores de oficio. Nosotros dejamos á la docta inspeccion de los hombres, que cultivan las ciencias médicas, el discernir lo que haya de verdad en todas estas prácticas curatorias, así como abandonamos tambien á su especial criterio el admitir ó rechazar científicamente si el *magnetismo* contiene ó nó cási instantáneamente, bien que por breve espacio, todos los ataques ó accesos nerviosos, epilépticos, catalépticos, neurálgicos, etc. Limitándonos á indicar sobre este punto que los profesores de estas nuevas artes parecen disputar á los encantadores y hechiceros el privilegio, —recibido de antiguo, cual privativa herencia,—de curar sin otro

estudio ni conocimiento científico más que el de la mediacion de los sonámbulos, así como aquellos se valen de sus conjuros é invocaciones,— lícito nos sería reparar en que se hermanan sustancialmente con ellos, en cuanto á la *adivinacion* concierne. ¿En virtud de qué principios se realiza el fenómeno de la *doble vista*, que es, en sentir de los magnetizadores, la más preciada conquista de esta su nueva ciencia? ¿De qué espíritu superior se halla poseido el sonámbulo-magnético para revelar lo porvenir y leer en lo pasado? Los magos, nigromantes, encantadores y demás embaydores de la antigüedad, de la Edad Media y de los tiempos modernos evocaban y evocan las deidades del Averno, y obraban y obran por virtud y como en delegacion de los espíritus infernales; títulos tan poderosos y valederos que los hemos visto respetados por los más renombrados teólogos y moralistas, no desdeñándose de ostentarlos, como tales, en tiempo alguno, los mismos profesores de las *artes mágicas* y *adivinatorias*. ¿Qué privilegio preternatural alegan, pues, los *sonambulistas*, para deducir efectos intelectuales y que sólo se refieren á la esfera del espíritu, de causas físicas y puramente materiales?...

Nádie ha rechazado con mayor conciencia la pretendida eficacia de las predicciones y adivinanzas magnéticas que los cultivadores del *espiritismo*. Esta novísima secta, condenadora en absoluto y hasta el desprecio de los efectos adivinatorios del *magnetismo*, los cuales carecen, en sentir de sus primeros apóstoles, de todo fundamento racional, se ha lanzado no obstante en los espacios de la fantasía con tan ardoroso frenesí que puede dar nacimiento á muy lastimosas supersticiones, engendradas de igual suerte que las *artes mágicas*, con quienes muy á pesar suyo se consocian.— Cierto es que la nueva ciencia llamada *espiritismo*, aspirando á tener alguna legitimidad, aunque no á constituir una religion, ha procurado cimentarse en una *teología*, y en una *moral*, que aparecen á primera vista tanto más aceptables, cuanto que se basan fundamentalmente en la *teología* y en la *moral cristiana*: cierto es asimismo que partiendo de estas purísimas fuentes, reconoce y acata el *espiritismo* la doctrina del *libre albedrío*, enemiga irreconciliable de todo *fanatismo*, rechazando por tanto intencionalmente cuanto á las *artes de adivinacion* pueda en sustancia referirse: cierto es por último que sus más autorizados apóstoles, y sobre todos el soberano pontífice del *espiritismo*, Allan Kardec,

han reprobado en conjunto y terminantemente cuanto á las *artes maléficas* se refiere (1). Todo esto es cierto, así como tambien que la intencion que ha guiado la inteligencia y la pluma del memorado Allan Kardec, no reconoce por fundamento el sórdido interes, que mueve, alienta y guia á los profesores ordinarios del magnetismo, ni á los sortílegos, ligadores y nigromantes del siglo XIX.

Pero si todo esto es verdad, no lo aparece ménos que la teología y la moral del *espiritismo* comienzan á ser peligrosas desde el punto en que se apartan—y se apartan muy luego—de la moral y de la teología cristianas, sobre todo (y es lo principal para nuestro propósito) que la doctrina, si tal puede llamarse, relativa á la comunicacion con los espíritus, presenta tales y tantas analogías con las creencias y las prácticas de *nigromantes* y *demonólogos* de toda la Edad Media y aun del siglo XVI, que no es posible dejar de contemplar con admiracion, ya la crédula ingenuidad, ya la falta de nociones históricas de los espiritistas, al adoptarlas y preconizarlas, como buenas y salvadoras, reclamando para sí y su sistema el privilegio de originalidad y aun de invencion, con que intentan engalanarse. Prescindiendo en efecto de la teoría de la *reincarnacion sucesiva de lose spíritus*, hasta lograr su purificacion ó su perfeccion absoluta en mundos ó planetas más ó ménos perfectos que la tierra por el hombre habitada; prescindiendo de la forma y manera con que los espíritus existen y vagan de una en otra esfera, de uno en otro globo, encerrados siempre en su respectivo saco ó envoltura, á que se ha dado el nombre de *perispíritu*, pasando por alto otros tildes y perfiles de esta creencia peregrina, cúmplenos observar, bajo el concepto indicado, que siendo el *espiritismo*, segun la definicion literal de Allan Kardec, *la ciencia de todo lo que al conocimiento de los espíritus ó del mundo invisible, se refiere*, se ajusta, concierta y funde con las *artes goéticas* en los puntos siguientes:

1.° Los demonólogos y nigromantes creyeron siempre en la existencia de espíritus *buenos* y *malos*, que tomaban parte más ó

---

(1) Nuestros lectores pueden consultar el *Libro de los Espíritus*, la *Instruccion práctica sobre las manifestaciones espiritistas* y la *Introduccion al conocimiento del mundo invisible ó de los espíritus* de este notable escritor, en quien reconocemos extremado ingenio y no escaso talento.

ménos activa en los destinos y en la vida de los hombres; y esta es doctrina de Kardec y sus discípulos.

2.° Nigromantes y demonólogos tuvieron siempre por verdadero que así los buenos como los malos espíritus acudian á sus invocaciones y conjuros, haciéndoles ora terríficas y funestas, ora apacibles y prósperas revelaciones, por medio de la palabra y de otros signos; y esto mismo suponen y propalan los espiritistas, dado que admitiendo la interposicion del *peri spíritu*, de las *mesas parlantes* y los *mediums*, en quienes infunden los espíritus, que acuden á la invocacion, su voluntad é inteligencia.

3.° Demonólogos y nigromantes creian, sostenian y confesaban que los espíritus maléficos y benéficos tenian por ministerio y ocupacion indeclinable el acompañar y seguir de contínuo á un hombre determinado, haciéndose, establecido ya cierto pacto, su *familiar* é inspirándole las buenas ó malas acciones, que caracterizaban su vida, no sin advertirle de los peligros, que le amenazaban y de predecirle lo futuro respecto de los demás hombres. El ya citado apóstol del *espiritismo* declara taxativamente respecto de esta ciencia: «Cada hombre tiene su génio familiar ó espíritu protector que es siempre bueno, el cual vela sobre él desde su nacimiento hasta su muerte y le sigue de contínuo, aun durante su vida errática. Los malos espíritus (prosigue) se adhieren tambien á los que han encarnado, para apartarlos del camino del bien.— El hombre (concluye) tiene siempre un espíritu bueno y un espíritu malo, que lo solicitan: el que no es escuchado (por el hombre), cede el puesto al otro (que lo es)».

4.° Los nigromantes de los siglos precedentes y los del actual afirmaron y afirman que los pensamientos inspirados y las revelaciones hechas por los espíritus buenos que apellidaron *ángeles blancos*, eran siempre buenos y útiles para los hombres, á quienes asistian, así como las aspiraciones y sugestiones de los espíritus *malignos*, *foletos*, etc., que recibian la denominacion de *ángeles negros*, sólo podian conducir al mal, al desórden ó á la locura; y el docto Allan Kardec escribe, finalmente, al mismo intento: «Los pensamientos sugeridos por los espíritus están en relacion con el grado de su elevacion (respectiva): los buenos pensamientos vienen de los buenos espíritus, y los malos de los espíritus inferiores» (1).

(1) *Résumé de la doctrine spirite*, *Influence des esprits*, pág. 88 de la *Introd.* Á LA CONNAISSANCE DU MONDE INVISIBLE OU DES ESPRITS.»

Distamos mucho del intento de hacer aquí un largo y comparativo análisis de la llamada doctrina espiritista y de la profesada por los nigromantes de los siglos medios. Las relaciones establecidas, á que fácilmente pueden añadirse otras muchas, son en nuestro juicio más que suficientes para demostrar que por muy bien intencionado que se suponga y sea en realidad el fin, á que aspiró Allan Kardec, y aspiran sus adeptos y discípulos, no es posible considerar al *espiritismo* exento y libre de toda analogía con las artes mágicas y de todo contagio de las supersticiones, que afearon y mancillaron las creencias religiosas de la Edad Media. Y hácese este peligro tanto más terrible y amenazador para la edad presente en nuestro suelo, cuanto que aun decaido ya el entusiasmo, que fuera de España animó en dia no lejano á los sectarios del precitado Allan Kardec, parece subir de punto el frenesí espiritista entre nosotros, produciendo los más singulares y donosísimos resultados. Apénas existe en verdad una capital, donde no se haya constituido un *club*, un *centro* ó una *sociedad* espiritista: las *mesas giratorias* y *parlantes* y los *mediums* han jugado en todas partes con mayor ó menor contentamiento de los sócios y congregados: en ninguna ha llegado, sin embargo, el maravilloso progreso del *espiritismo* al grado de sublimidad que en Zaragoza.—Como los lectores de la REVISTA DE ESPAÑA pueden recordar (1), no ya sólo se han dignado allí los espíritus *buenos* y *malos*,—pues que entre los invocados aparece el del asesino Troppman,—satisfacer las preguntas que les han dirigido los indivíduos de la Sociedad Progreso-Espiritista,» sino que han tenido tambien la *bonne-hommie* de inspirarles obras enteras. La Sociedad ha publicado en efecto un *Tratado de educacion para los pueblos*, como *obra emanada del espíritu de Williams Pitt*, y anuncia, entre otras, una *Rectificacion de la historia de España*, otra *Rectificacion de la historia religiosa*, y otra *Rectificacion de la historia Universal*.—Conociamos algunos libros *De mágia*, inspirados por los ángeles ó espíritus *blancos*, tales como los de Razziel, Zarquiel, etc.: ignorábamos que ningun ángel, *blanco* ó *negro*, hubiese aconsejado nunca á sus protegidos ó pupilos que escribiese, ó mejor dicho, le sirviera de amanuense para escribir ó rectificar la historia; y confesamos planamente que este es el más estupendo

(1) Véase el *Boletin bibliográfico* del núm 68, pág. 633

y prodigioso descubrimiento de cuantos ha hecho la humanidad hasta el dia de hoy, completando el bello ideal del *arte notoria*. Mucho deseamos ya conocer todas estas *Rectificaciones históricas*, y más todavía el espíritu que ha tomado á su cargo hacer *la de España*.—Llevamos más de treinta y cinco años de estudiarla pacientísimamente, y no hemos logrado hacer una *rectificacion* parcial, sin el exámen detenido, y comparativo muchas veces, de los documentos ó de los monumentos históricos: hasta ahora estos han sido en verdad los espíritus, que nos han inspirado: de hoy más ahorrarémos mucho trabajo y muchos dispendios, si el *espíritu historiador de España* de la Sociedad Progreso-Espiritista de Zaragoza se digna ser nuestro «génio familiar ó espíritu protector,» para valernos de las palabras de Allan Kardec, que no será tildado de profano.

IV.

CONCLUSION.

Poniendo ya término á este estudio de las *artes mágicas* en el suelo español, podemos asegurar, con nuestros lectores, que no hay edad histórica alguna en que no haya arraigado en él dolorosamente aquella pestilencial dolencia del humano espíritu. Ni la dureza y aun excesiva crueldad de los cánones eclesiásticos y de las leyes civiles, ni la doctrina y persuasion de los moralistas y de los escritores sagrados, ni la condenacion inapelable de la historia, ni la punzante burla de la sátira, ni el progreso, en fin, de las ideas realizado á nuestra vista, han sido poderosos, no ya á extirpar sus deletéreas y vituperables prácticas, pero ni aun á templar sus tristes y vergonzosos efectos.—El siglo XIX, que es tal vez la más rica en verdaderas conquistas filosóficas, científicas y literarias de las centurias modernas, y que ha granjeado á fuerza de inmensos sacrificios los más altos triunfos para la libertad política de los pueblos, ni ha podido limpiarse, por virtud de su mayor cultura, de tan bastardas y humillantes supersticiones, ni ha logrado, por virtud de su mayor libertad, romper los lazos de la servidumbre, que bajo el peso de las mismas supersticiones avasallan su espíritu. Odiando en público y abominando en voz

alta las preocupaciones de la Edad Media, inclina en secreto su orgullosa frente ante ellas: y ambicionando al par hacer nunca visto alarde de independencia, se precipita, ciego y desbocado, en nunca imaginadas prevaricaciones. — ¿Alcanzarian acaso á desviarlo de esta senda nuevas leyes civiles?

Sin duda á los hombres llamados á regir los destinos de los pueblos, corresponde en primer término la obligacion de corregir, moderar y purificar sus costumbres; nada más perjudicial, dentro y fuera de la familia, cualquiera que sea la religion por la misma profesada, que el deletéreo y fatal efecto de las *artes mágicas* y sus derivadas ó parecidas. Pero el constante y luminoso ejemplo de la historia nos enseña que la cura de tan contagiosa dolencia es por tal medio dificilísima, cuando no imposible; miéntras la sana filosofía nos advierte que sólo ha de fiarse el triunfo, tanto en España como en todos los pueblos de la tierra, al mayor grado de cultura alcanzado por la raza humana; y hé aquí por qué, ni á ser consultados, aconsejariamos á los legisladores de hoy la severidad y la dureza de nuestros antiguos reyes y concilios, ni nos mofamos tampoco, como lo hicieron la mayor parte de los periódicos de Madrid, de las *salutaciones* propuestas por el Administrador de la Casa de Campo para salvar á las ovejas del Real Patrimonio de los efectos tan temidos de la hidrofobia. Las nieblas del entendimiento no se disipan sino con la luz; pero esta luz ha de brotar siempre de la verdad y del amor: nunca del fuego ni del hierro.

Enero de 1871.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

DE LÓNDRES Á MADRID

PASANDO POR

LUXEMBURGO, SAARBRUCKEN, METZ, WEISSEMBURGO, ESTRASBURGO Y LYON.

I.

DE LÓNDRES Á CALAIS.

Si por un milagro llegasen á salir de las tumbas en que há años reposan Napoleon I, Wellington y Blucher, por cierto no podrian gozar de su nueva vida ni aun por espacio de una hora sin advertir que hoy, como en sus dias, hace estragos en Europa el despiadado dios de la guerra.

En primer lugar, se lo dirian los periódicos; y si no leyeran periódico alguno, se lo dirian los chiquillos que los venden, proclamando á gritos, ya una derrota segura, ya una victoria dudosa alcanzada por el ejército del Loira, ó por la guarnicion de Paris. Se lo dirian los carteles pegados en las esquinas. Se lo dirian los escaparates de las tiendas, ó por mejor decir, se lo dirian las fotografías y láminas, los cuadros, dibujos y demás objetos referentes á la guerra en ellos expuestos.

Tales reflexiones hacia yo á mí mismo al dejar la estacion de *Charing-Cross*, en el tren expreso que se dirigia á Dover.

Habia tomado billete de Lóndres á Bruselas por la via de Dover y Calais. Algunos amigos me habian aconsejado que fuese por Ostende y no atravesase el Norte de la Francia, en donde habia penetrado ya el ejército de Manteufel; pero no quise seguir sus consejos. En la estacion me aseguraron que aún no estaban interrum-

pidas las comunicaciones entre Calais y la frontera belga, y yo por mi parte no tenía miedo, ni de ser tomado por espía prusiano por los franceses, ni de ser fusilado por franco-tirador por la *landwehr* prusiana, si acaso me aconteciese tropezar con ella.

Tomé, pues, mi billete, subí en el tren, me recliné cómodamente en mi asiento, se oyó un campanillazo seguido de un silbido agudo, y bien pronto la portentosa invencion de Stephenson, echando chispas y arrojando nubarrones de humo espeso, me condujo con una velocidad, de más de dieciseis leguas por hora, léjos del bullicio y ruido de esa moderna Cartago.

Iban conmigo, en el mismo coche, cinco viajeros más. De ellos, cuatro eran ingleses, el quinto era frances; pero esto no lo descubrí hasta llegar á Calais; pues mi buen frances, triste y amohinado, al entrar en el coche cerró los ojos, y con ellos los lábios, los que no despegó hasta poner los piés eu el suelo pátric.

No hicieron otro tanto mis demás compañeros de viaje. Aunque ingleses, no dejaron por un momento de charlar y fumar desde que salimos de Lóndres hasta que llegamos á Dover.

No he menester decir á VV. sobre qué asunto giraba la animada conversacion de mis compañeros de viaje. En los tiempos que atravesamos, ¿de qué puede uno hablar sino de la guerra, ó de qué puede uno hablar sin venir á parar por último en esa terrible lucha de gigantes que tiene consternada á la Europa entera? De la guerra, pues, hablaban mis Ingleses, y, tomando parte en la conversacion, de la guerra tambien hablé.

Mis compañeros de viaje eran, como la inmensa mayoría de sus compatriotas, hombres de negocios. Tenian, ó por mejor decir, habian tenido relaciones comerciales con la desventurada capital de Francia, un tiempo tan opulenta y orgullosa, hoy cási postrada á los piés de su implacable enemigo, y por tanto hacian votos por la salvacion de la hermosa ciudad, lo que me pareció muy natural, pues está probado que los hombres prodigan sus simpatías allí donde tienen colocados sus intereses, y no cabe duda de que en las sociedades humanas la primera fuerza motriz, la pasion dominante es el egoismo. Mis compañeros no hacian excepcion á esta regla general: eran hombres, y quien dice hombre, dice egoista. Tenian intereses creados en Paris, y querian que Paris triunfase, y se salvase por várias razones, y entre otras por la sencilla de que con ella se salvasen sus intereses.

Lo que de estos cuatro Ingleses acabo de referir, podria aplicarse, sin discrepar en un punto de la verdad, á la nacion inglesa en general. El pueblo de la Gran-Bretaña es ante todo un pueblo industrial y mercantil, y por lo tanto en su política exterior se deja guiar, por cierto muy sábiamente, por la voz de sus grandes comunidades industriales y mercantiles, que son tambien las más importantes que encierra la nacion. ¡ Ojalá hicieran otro tanto todos los pueblos de Europa, que algo mejor les iria! Pero volvamos á mis compañeros de viaje.

Hablando de las fortificaciones de Paris, uno de ellos, que era tambien el que con más calor defendia á los Franceses, me dijo:

— No hay miedo de que los Prusianos entren en Paris por fuerza de armas. Yo mismo, ántes de salir de ella, trabajé en las fortificaciones. Por cierto—añadió con una sonrisa maligna—que me prendieron tres veces por espía.

En efecto, mi compañero era rubio, cuya condicion física bastaba para que en Paris entónces se le tomase por Prusiano, y de consiguiente, por espía.

La observacion que acababa de hacer aquel Inglés dió lugar á que criticásemos todos, aunque no muy severamente, á los Franceses por esa manía que tuvieron de ver en cada extranjero un espía del astuto cuanto audaz Bismark.

No por eso dejó la conversacion de seguir el rumbo que en un principio habia tomado: seguimos hablando de la guerra.

—El enemigo más temible de Trochu no es Bismark ni Von Moltke—dijo uno de los Ingleses—sino el hambre. Dudo que los Parisienses tengan víveres para más de seis semanas.

—En cuanto á eso—contestó el Inglés ensusiasta—no há mucho que recibí una carta, por *ballon monté*, en que mi corresponsal me asegura que víveres no faltarán. Tienen pan y vino para más de un año, y legumbres y carne salada en abundancia.

A esto el más inglés de los cuatro, pues era el que ménos habia hablado, sin decir una palabra sacó del bolsillo la cartera y de la cartera dos cartas. Las abrió. Eran de Paris. La una estaba fechada á mediados de Noviembre, la otra á principios de Diciembre de 1870. Excusado es decir que las susodichas cartas hicieron el giro del coche. Sólo no las leyó el Frances, que seguia con los ojos cerrados y los lábios idem.

El contenido de las cartas era brevísimo. En pocas palabras de-

cia su autor que en Paris todo marchaba á las mil maravillas, y que con el ayuda de Trochu, pronto esperaban los Parisienses romper el círculo de hierro en que, en mal hora, se habian dejado prender.

Cerré las cartas y se las devolví al Inglés diciendo:

—¡Qué feliz es V. en tener en su poder documentos tan preciosos y de tanto interes!

Venian las cartas con sus respectivos sellos y timbres republicanos. ¡Qué tesoro para un aficionado á hacer colecciones de sellos de correo! Y aunque yo no pertenezco al número de estos, de buena gana me hubiera quedado con las dos cartas de mi compañero de viaje. Pero éste, como buen inglés y hombre prudente, sin siquiera ponerlas á mi disposicion, se las guardó, con una expresion de cara que parecia decir:

—Las quisiera V., eh? Pues que se las manden.

Llegamos á Dover sin que me aconteciese otra cosa que digna de contarse sea. Bajé del tren, y me embarqué en el vapor que nos habia de conducir á la opuesta orilla del estrecho de Calais.

La turbulenta condicion en que constantemente se hallan las aguas de aquel dificultoso estrecho ha llegado á ser proverbial; por lo tanto pasaré en silencio lo que me sucedió en el tránsito de Dover á Calais. En verdad, mejor que yo lo podrian decir los peces. Pero corramos un velo sobre cuadro tan prosáico, y, para mí, de recuerdos tan poco agradables.

Entramos en el puerto de Calais. Antes de desembarcar entregué mi pasaporte á un personaje, del cual sólo sé decir que gastaba *képis*, y me trató con cortesía suma.

Me dirigí inmediatamente hácia la estacion del ferro-carril. Allí ocupé dos horas que me quedaban libres hasta la salida del tren, en parte en hacer lo posible para recuperar las fuerzas que habia perdido al cruzar aquel bendito estrecho, y en parte en observar lo que en mi alrededor pasaba. Para alcanzar el objeto primero, me fuí á la fonda; para lograr lo segundo, echaba penetrantes y escrutiñadoras miradas hácia todos lados.

Apénas hacía cinco meses que habia pasado por aquella misma estacion. *Quantum mutata ab illo*! No parecia la misma. Entónces en ella todo era bullicio y movimiento: un incesante correr y gritar y maldecir de empleados y viajeros de todas clases y nacionalidades. Allí veíanse mezclados en bizarra confusion el banque-

ro y el labrador, un Ministro de Estado y un agente de Bolsa, una marquesa empingorotada y remilgada y una reina del *demi-monde*, que dejando atras las delicias de *Mabille* y la *Maison dorée*, iba á probar fortuna por el *Haymarket* y *Regent-Street*. En la estacion de Calais repetíase cada dia aquello de la confusion de lenguas que de Babel nos refiere la tradicion. ¡Qué aspecto tan diverso presentaba esta vez! Por donde quiera reinaba el más profundo silencio. No se oian ni el silbido de los trenes, ni las voces de los empleados, ni las maldiciones de los viajeros. Algunos militares y media docena de guardias movilizados eran los únicos séres que daban algun relieve á aquel cuadro desconsolador.

Con un suspiro por la *belle France* me volví hácia un guardia nacional y le pregunté si sabía algo de nuevo.

—El ejército del Loira ha alcanzado una nueva victoria *à ce que l'on dit*,—replicó encogiéndose de hombros; con lo cual quiso darme á entender sin duda que no tenía mucha fe en la tal noticia.

Debo confesar que tenía yo las mismas dudas acerca de la veracidad de tan buena noticia.

El Gobierno y las autoridades francesas, desgraciadamente para sí mismos, han esparcido tantas noticias falsas, han dado luz á tantos *canards*, y nos han engañado tantas veces, que ya les va cabiendo la suerte del pastor de la fábula: caen víctimas de su propia exageracion.

II.

DE CALAIS A LUXEMBURGO.

Triste era el aspecto que en aquella madrugada del mes de Diciembre presentaba la estacion de Calais. Baste decir que á tan insignificante proporcion se ha reducido el tráfico sobre esa línea, que los empleados de la via ni aun se cuidan de anunciar á los viajeros la salida de los trenes. Tanto es así, que á no haber sido por uno de los mozos de la fonda, me hubiera quedado aquel dia en Calais.

Recogí, pues, mi pasaporte; subí en el coche; silbó la máquina y nos alejamos rápidamente de la antigua ciudad, sobre la que pesa hoy tan duramente la suerte de la guerra.

Nada notable me aconteció en el trayecto de Calais á Lille. La madrugada era, como cási siempre suelen ser las de Diciembre, fria y nebulosa. Los campos estaban cubiertos de una fuerte escarcha, y me hubieran aparecido tristes aun cuando la guerra, con las privaciones que consigo acarrea, no hubiera venido á aumentar su tristeza.

Llegamos por fin á Lille, y aproveché los pocos minutos que en esa estacion se paró el tren para echar una ojeada en torno mio.

Esa ciudad, un tiempo tan industrial, estaba convertida en un depósito de municiones de guerra y en un inmenso cuartel de tropas de todas clases. Se decia por entónces que los Prusianos se habian apoderado del vecino lugar de San Quintin, y los habitantes de Lille se estaban apercibiendo para un próximo ataque. Sabido es que en la plaza fuerte de Lille se halla establecido el cuartel general del ejército del Norte, mandado en un principio por el valiente Bourbaki, y hoy á las órdenes del General Faidherbe.

No pude hacer otra cosa sino desear á los defensores del Norte mejor fortuna de la que habian tenido sus compañeros de armas del Mediodia. Hecho este sincero voto, me subí nuevamente en el tren, y traté de descansar un rato, lo cual pude hacer á mis anchas, no habiendo otro viajero que yo, no sólo en el coche en que yo me hallaba, si no en cási todos los que formaban aquel tren.

A las cinco de la mañana llegamos á Brusélas, la antigua capital de Flándes, que tantos y tan amargos recuerdos conserva del funesto dominio del hijo de Cárlos V y de su General, el sanguinario Duque de Alba.

Aun aquí eran patentes los estragos causados por la guerra. La estacion que une á Bruselas directamente con la vecina Francia, estaba poco más ó ménos en la misma lastimosa condicion que la de Calais. El bullicio de otros tiempos más prósperos habia sido remplazado por el silencio de la muerte. Con sólo ver aquella estacion, una vez tan animada, era fácil adivinar que la opulenta Paris con sus sensuales goces, sus muchos vicios y escasas virtudes, habia sido separada del trato de los demás pueblos.

Me quedé en Brusélas hasta las doce del dia siguiente, donde nada notable me aconteció. Recorrí algunas de las plazas, calles y monumentos más famosos de esta ciudad, entre ellos la antigua Catedral gótica, situada sobre el Meulemberg, de aspecto impo-

nente, pero rudo y pesado. En el interior del templo admiré algunas vidrieras de cristales pintados de excelente ejecucion del siglo XVI. Recorrí además la Plaza Mayor, en donde se halla la casa de la ciudad, edificio gótico del siglo XV, notable por su buen estilo, y la altura grande de su atalaya, que tiene 366 piés. Las demás casas que rodean esta plaza son tambien de antigua construccion. Algunas de ellas recuerdan la dominacion española.

Sobre esa misma plaza, frente por frente de las Casas Consistoriales, se levanta un monumento que representa á dos hombres vestidos con el traje del siglo XVI. Son las estátuas de los Condes de Egmont y de Horn, que se abrazan allí en efigie, como sin duda se abrazaron en aquel mismo sitio en la noche del 5 de Junio de 1568, ántes de subir al patíbulo. En la base del monumento se lee la siguiente inscripcion en lengua francesa y en dialecto flamenco:

«En este sitio fueron decapitados los Condes de Egmont y de »Horn por mandato inícuo del Duque de Alba.»

En la plaza de San Miguel ví un monumento análogo á éste, aunque de recuerdos más recientes: me refiero al monumento que ha levantado la ciudad de Brusélas á las víctimas de una revolucion más afortunada que la en que fueron complicados aquellos desgraciados Condes, la que en 1830 devolvió á Bélgica su deseada y bien merecida independencia.

Cansado y aburrido de pasearme por los modernos *Pasajes del Rey, de la Reina* y *del Príncipe*, en donde ví algunos prisioneros y refugiados franceses, me encaminé al Circo de caballos, en donde del todo acabé de aburrirme.

Al dia siguiente me levanté, almorcé, y alquilé un coche para que me condujese á la estacion del ferro-carril del Luxemburgo.

Los habitantes de Brusélas tienen fama de ser gente honrada y trabajadora, y no dudo que sean dignos de ella; pero en cuanto á su actividad y ligereza, no puedo decir otro tanto. El martirio que sufrí por espacio de media hora en aquella bendita berlina que me condujo á paso de galápago desde la fonda á la estacion, es indecible. Hablé, grité, maldije al cochero, á la berlina, al caballo y hasta á la yegua que lo parió; pero en vano: mis voces no lograron mover á aquel flemático flamenco, ni á acelerar el paso del vehículo. Afortunadamente, en estos tiempos de guerra y desórden universal, los trenes no salen ni llegan con gran exactitud;

alcancé por lo tanto al que me habia de conducir á Luxemburgo, á pesar de la flema superlativa de los cocheros walones.

Llegué á la capital del pequeño país, aunque Gran Ducado de Luxemburgo, por la tarde, y como en esas regiones septentrionales anochece en Diciembre á las cuatro, y aun á las tres y media si la atmósfera está algo nublada, poco ó nada pude ver hasta la mañana siguiente de esta antigua ciudad y fortaleza, que debe su orígen á uno de los últimos Emperadores romanos, Galieno se supone, que en aquel sitio mandó levantar un castillo para rechazar las irrupciones de los Germanos. Otro tanto hubiera querido hacer el último Emperador de los Franceses; y aunque los Germanos del siglo VIII no eran ménos formidables por su número y ferocidad que los Alemanes del siglo XIX, sin embargo, dudo que tuviesen un diplomático tan astuto como el Conde de Bismark para apoyar sus pretensiones, y un estratégico tan hábil como von Moltke para dirigir sus ataques.

La fortaleza de Luxemburgo está edificada en las orillas del rio Alzette, y se divide en dos partes: la ciudad baja situada en la parte más honda del valle del rio, y la ciudad alta, que, como lo indica su nombre, domina dicho valle, y adonde se llega por un camino tortuoso, cortado en la roca. La parte alta de la ciudad data del siglo XI. En 1684 esta fortaleza pasó á manos de los Franceses, que ensancharon considerablemente las líneas de sus fuertes y trincheras, dando ocasion al célebre Vauban de lucir sus privilegiadas dotes de ingeniero militar. Cedida á España por el tratado de Riswick, fué reconquistada por los Franceses en 1701. Por el tratado de Utrech pasó al dominio de Austria. Bloqueada en 1795 por el ejército republicano frances, se vió obligada á capitular. Sus fortificaciones fueron nuevamente aumentadas por los Franceses, de quienes fué arrebatada en 1814. En este mismo año fué erigida en capital del Gran Ducado, al cual dió su nombre, siendo agregada á los Países-Bajos. En 1867, por el tratado de Lóndres, las fortificaciones de Luxemburgo quedaron en parte demolidas para apaciguar el enojo de Franceses y Alemanes, que ya entónces se miraban mútuamente de muy mal ojo, y estaban á punto de venirse á las manos. Hoy, por fin, quebrantada la fuerza y humillado el orgullo de Francia, contempla el audaz Bismark la anexion de esta antigua fortaleza al nuevo Imperio aleman, y no será extraño que acabe por conseguir su objeto.

Tal es, en breves palabras, la historia de Luxemburgo, célebre no sólo por su gran fortaleza, sino tambien por la pintoresca situacion que ocupa en las orillas del rio Alzette. La civilizacion moderna, que hasta los puntos más recónditos de la tierra penetra, ha acrecentado la celebridad de esta ciudad con un atrevido puente, en hombros del cual conduce la via férrea al viajero de un lado al otro del hondo valle del Alzette. Los Luxemburgueses hablan un dialecto aleman, y ellos mismos son de raza germánica pura. Sin embargo, no están dispuestos á hacer causa comun con los vencedores de Sedan. La proyectada anexion del Gran Ducado á la Alemania ha sido parte tambien para aumentar de un modo notable el despego y la frialdad con que esta pequeña, pero próspera y pacífica comunidad, mira al formidable agrupamiento de gentes de su propia raza que hoy invade el suelo limítrofe.

III.

DE LUXEMBURGO A SAARBRÜCKEN Y METZ.

Salí de Luxemburgo con direccion á Saarbrücken, célebre en los fastos de la última guerra franco-prusiana, por haber sido el punto en que se verificó el primer encuentro entre las huestes francesas y prusianas.

Saarbrücken, situada como lo indica su nombre, en la orilla del rio Saar, es una poblacion industrial de alguna importancia. Era además ciudad fronteriza entre la Prusia rhenana y la Lorena. La ciudad no encierra monumento notable alguno. Ocupé por tanto el tiempo que allí me detuve en recorrer el campo de batalla del dia 2 de Agosto, y en contemplar los intrincados bosques de donde salieron los batallones prusianos que desalojaron á las fuerzas de Frossard de la fuerte posicion que en el dia 4 de dicho mes ocupaban en las alturas que rodean á la ciudad. Tropecé allí mismo con un muchacho del pueblo que me sirvió de guia, señalándome con el dedo el punto en donde habia recibido su *bautismo de fuego* el desventurado *Lulu*; tal es el ridículo apelativo con que probablemente pasará á la posteridad el heredero actual de las glorias del gran Napoleon. De mi guia juvenil compré además algunas balas

y la aguja de un fusil Chassepot: reliquias que aún conservo.

A orilla del camino ví las tumbas de vários soldados prusianos que allí habian caido en la accion del dia 2 de Agosto. Las sepulturas estaban bien cuidadas, y en unas tablas clavadas en la tierra se leian el número de hombres allí enterrados y del regimiento á que habian pertenecido.

Volvíme á la estacion, que bullia con oficiales y soldados prusianos de todas clases, que iban sanos á tomar parte en la guerra, ó volvian de ella heridos. En la misma estacion ví á vários oficiales franceses heridos y prisioneros, que probablemente se dirigian á alguna fortaleza alemana.

Llegó la hora de partir, y en breve rato dejamos la confusion y el bullicio guerrero de la estacion de Saarbrücken por los apacibles y fértiles campos de la Lorena.

El carácter de la comarca que atravesaba el tren era del todo distinto del de las provincias prusianas que acabábamos de dejar. En estas últimas, por largo trecho la vía férrea nos condujo á lo largo de las riberas del rio Saar, entre escarpados montes cubiertos de sombríos pinares. En aquella, la tierra era llana como la palma de la mano, é inundada en muchas partes por los rios que habian salido de madre, cuyas aguas estancadas habian producido las fiebres malignas que tantos estragos habian hecho, y aún hacian, en aquellos contornos.

Nos íbamos aproximando á lo que habia sido, aún no hacía muchas semanas, teatro de uno de los más tristes y horribles episodios de la guerra: el cerco y toma de Metz.

A medida que avanzaba el tren se hacian cada vez más de notar los estragos causados por la guerra, y con frecuencia pasaba velozmente, como avergonzado y entristecido, por los denegridos restos de algun lugarcillo destruido y abandonado, cuyos muros, cuatro meses ántes, habian retumbado con el canto sencillo de risueñas zagalas y campesinos laboriosos y contentos.

Triste y desconsolador era el aspecto que presentaba aquella feracísima campiña. Para que el lector pueda comprender la impresion que en mi ánimo produjo, trascribo la siguiente composicion. Sí fuese enemigo de las musas, le ruego que disculpe esta flaqueza mia, y sin hacer caso de mis versos, siga leyendo mi prosa, si es que en ella hubiese encontrado algun entretenimiento.

EL VALLE DEL MOSELA EN EL OTOÑO DEL AÑO 1870.

ODA.

De júbilo no son, sino de muerte
Aquellos gritos que en confuso estruendo
Tambores y clarines y el horrendo
Retumbar del cañon ronco acompañan.
Las destiladas gotas de rocío
De púrpura no bañan
La fresca yerba, ni arde de esa suerte
El fuego que encendiera
Con parca mano honesta labradora,
Para matar el frio
En la estacion severa.
No es el reflejo de la bella aurora
Aquella roja lumbre,
Ni juzgues por fulgor de sol poniente
Aquella llama ardiente
Que ilumina del monte la alta cumbre.
Estas no son de júbilo señales,
Sino de fieros males.

Al viento desplegadas las banderas,
Atropellando las fecundas eras,
Por este valle innumerable hueste
De guerreros pasó. Con ruda saña
Como fieras lucharon,
Como éstas sin piedad se destrozaron,
Sembrando los pacíficos terrones
Y los surcos profundos,
De ensangrentados restos de escuadrones
Muertos ó moribundos.
A su carro triunfal condujo uncido
El más fuerte al vencido,
Y aunque marchando juntos se alejaron,
No cesó el mal, que en pos de sí dejaron
Llanto y desolacion con hambre y peste.

Aquella que allí ves de hinojos puesta
Ante esa cruz humilde, y grita y llora,
Mesándose el cabello,
Fué madre un tiempo; al hijo busca ahora,
Pues tal tesoro el pátrio honor le cuesta.
¿Ves aquella otra que, extendido el cuello,
Los ojos de sus órbitas saltando,
De uno en otro cadáver corre loca,
Entreabierta la boca,
Que al aire agudos gritos va arrojando?
La mísera fué esposa;
Sobre ese campo yace su marido,
Y se tendrá la pobre por dichosa
Si aún llega á recogerle mal herido.
Llora ésta al sér querido;
Aquella entre cenizas sepultada,
Juntamente perdió vida y morada.
¿No ves al pié del olmo
Una mujer tendida con un niño
Que llora y solicita su cariño?
Será su madre! Y qué hace allí postrada?
Duerme? Sí, duerme en brazos de la muerte.
Y eso es dichosa suerte;
De la humana ventura eso es el colmo;
Pues el que yace muerto,
Dice el anciano á quien el enemigo
Furor dejó por su hondo mal con vida,
No vé , no vé la aldea destruida,
Ni el templo profanado,
Ni tanto cuerpo en tierra derribado.
No vé cuál llora el huérfano que á un padre
En vano busca por el campo yerto;
Gemir no oye á la madre,
Ni vé á la tierna esposa
Ni á la niña querida,
Que van con faz llorosa
Buscando sin consuelo
Al compañero fiel, al tierno amigo,
A quien avaro guarda el frio suelo.
¿Quién podrá referir la triste historia,
El propio deshonor, la ajena gloria,
Sin maldecir el nombre

De quien orígen fué de duelo tanto,
De tan amargo llanto?
Que esto nos trajo la ambicion de un hombre.

Ay! ¿cuándo volverán con dulce canto
Robustos segadores
A alegrar este valle? En los lagares
¿Quién echará este otoño el mosto hirviente?
¿Cuándo veré zagalas y pastores
De vecinos lugares
Juntarse para el baile ante mi puerta?
El buey no ofrecerá la torva frente
Con mansedumbre este año al duro arado;
Ni en la cuesta pendiente
Resonará el balido
Del dichoso ganado,
Que hoy por ajenos trigos vá perdido.

Mas cese ya tan mísero lamento.
¿Por qué con tantas ánsias pido verte,
Oh comarca desierta!
De nueva paz y bendicion cubierta,
Si ha de volver innumerable cuento
De legiones guerreras
A atropellar tus eras,
Y á convertir tu paz en guerra y muerte?

La vista de tanto pueblo destruido y abandonado de sus moradores nos anunciaba, como ya he dicho, la vecindad de Metz, la fortaleza vírgen.

Las ruinas romanas diseminadas por los campos circunvecinos atestiguan la grande antigüedad de esta poblacion. En la tenebrosa edad que sucedió á la caida del Imperio de Occidente, Metz fué capital de la Austrasia, y en ella tuvo su bárbara corte Teodorico, Rey de los Francos. En la Edad Media, en el reinado de Oton II, Emperador de Alemania, fué declarada ciudad libre é imperial, y á fines del siglo XIV llegó á su mayor grado de prosperidad. Tenia entónces una poblacion de más de 60.000 almas. Hoy apénas contará 40.000. Sostuvo largas y sangrientas guerras contra vários soberanos, y no fueron pocos los príncipes que codiciaron la honra de ser admitidos á los derechos de ciudadano su-

yo. Cayó en poder de Enrique II de Francia por la destreza é intrigas del Condestable de Montmorency. El Duque de Guisa repelió en ella los ataques del Emperador Cárlos V, que se hallaba á la cabeza de un ejército de 100.000 hombres, número formidable para aquella época, y sin embargo muy inferior al del ejército del Mariscal Bazaine, á quien ha cabido la triste fama de haber empañado para siempre el glorioso brillo de las armas francesas.

En 1815, Metz dió una prueba de patriotismo al negar el paso á los ejércitos aliados cuando abandonaron el suelo frances; pues para que su recinto, en que jamás habia brillado un penacho extranjero, no tuviese que soportar tan vergonzoso espectáculo ni aún en tiempos de paz, las autoridades de la ciudad mandaron construir en sus murallas un puente por donde pasaron aquellos el Mosela. Hoy el más humilde ranchero del ejército prusiano se pasea por sus calles con aire de conquistador.

Metz posee una catedral gótica, cuya fachada sin embargo ha sido restaurada, con pésimo gusto por cierto, en estilo greco-romano. No ví en ella ningun otro edificio que fuese digno de llamar la atencion del viajero.

Los habitantes de Metz, y de la Lorena en general, son franceses en el habla, en sus costumbres é inclinaciones; por lo tanto, excusado es decir que sufren de mala gana el yugo prusiano. En todas partes, en hombres y mujeres, ricos y pobres, no vi más que una expresion, la de un ódio tácito, pero profundo, á todo lo que fuese prusiano. Sin embargo, es menester confesar que las nuevas autoridades sólo emplean la fuerza allí donde encuentran una resistencia decidida á sus mandatos. En los demás casos tratan á los nuevos súbditos del Rey Guillermo con suma blandura y consideracion. Tanto es así, que al salir de la ciudad en compañía de algunos mercaderes prusianos, oí que estos se quejaban de lo que ellos consideraban como una benevolencia supérflua y exagerada. Uno de ellos, mozo arrogante en extremo, que en el mero hecho de ser prusiano se tenia por un sér privilegiado, muy superior á los demás mortales, decia:

—Es un error el tratar á estos Franceses con tanta blandura. Es echar margaritas á puercos. Son tan mentecatos (estas fueron sus palabras), que serán capaces de interpretar nuestra benignidad por miedo. Yo estoy porque se les trate con dureza: está visto que no nos han de amar nunca; es justo, pues, que nos teman.

En este sentido hablaban todos los Prusianos con quienes tropecé, y que no pertenecian al ejército. Los oficiales y soldados, como hombres valientes y de accion, se mostraban más moderados en sus discursos. Así suele suceder cási siempre: los que ménos han contribuido al levantamiento de una obra, son los primeros en querer sacar provecho y hasta en abusar de ella.

Todo el tiempo que estuve en Metz, salvo las cuatro ó cinco horas que dediqué al reposo de mis fatigados miembros, lo pasé en recorrer las plazas y calles, algunas desiertas, y todas ellas más pobladas de soldados y oficiales prusianos que de ciudadanos franceses. Entré en un café; estaba ocupado cási enteramente por oficiales del ejército invasor. Entre ellos habia un oficial de uhlanos vivo, cosa extraña en un punto tan retirado del lugar de accion, pues sabido es que estos atrevidos ginetes y esploradores infatigables ocupan en el ejército aleman el puesto más avanzado. Sin duda el que yo ví en Metz no se hallaba allí más que de paso. Era mozo forzudo, de mediana estatura, pero bien formado, muy rubio de pelo y barba, de tez blanca, aunque algo quemada del sol de Francia, y vestia con mucho garbo el airoso uniforme de los uhlanos, á saber: pantalon azul ajustado, bota hasta debajo de la rodilla, levita blanca con vivos azules, al cinto el sable y revólver, en la cabeza el tradicional chaskás. Estos regimientos de lanceros, así en Prusia como en Austria, se componen en su inmensa mayoría de quintos reclutados en las provincias polacas, de donde les viene tambien el nombre de uhlano, que no es de orígen aleman, sino eslavo. Se distinguen por sus buenas cualidades de ginete, y sobre todo por su gran destreza en manejar la lanza. Estos uhlanos, así como los demás cuerpos de caballería prusianos, forman por sus airosos trajes un contraste agradable con los regimientos de infantería y de la landwehr, cuyo uniforme de color verdinegro, casco ó chacó pesado y gruesas botas, les da cierto aspecto de fatídica rudeza.

Los pocos paisanos que habia en el café, en donde tropecé con el uhlano que ha dado orígen á esta larga digresion, estaban como arrinconados jugando silenciosamente al *écarté* ó á cualquier otro juego de cartas. Sin embargo, en los barrios bajos ví que fraternizaban en medio de su borrachera algunos soldados prusianos con otros heridos franceses que se habian quedado atrás.

Al atravesar á las diez de la noche una plazuela situada no léjos de la orilla del rio, oí ruido de sables desenvainados, acompañado de roncos gritos y amenazas. ¡Malo, dije para mí, cuchilladas tenemos! Pero quedé tranquilizado algun tanto al ver que vários oficiales pasaban por delante del grupo de borrachos que tal escándalo hacian, sin alterarse en lo más mínimo y sin detenerse á reprender semejante conducta, que ellos juzgarian tal vez por un ligero desahogo de sentimientos guerreros. Yo, empero, no deje de deslizarme rápidamente por delante de esos borrachos armados, diciendo para mi sayo: Es mucha calma la de estos valientes hijos del Norte.

IV.

DE METZ Á WEISSEMBURGO.

Al dia siguiente muy de madrugada salí de Metz, atravesando la desierta plaza de armas, en donde, durante el sitio, estuvieron establecidas las ambulancias con más de 30.000 enfermos y heridos, y pasando por una puerta de la ciudad, que más que puerta parecia túnel, tal es la espesura de aquellos fuertes muros.

Llegué á la estacion, y tomé mi billete sin que nádie me pidiese mi pasaporte ó cosa que lo valiera, y sin ser detenido por ninguno de los muchos centinelas, todos pertenecientes á la *landwehr*, que en las puertas de la ciudad y las fortificaciones estaban apostados.

Aunque á la sazon habia comunicacion directa entre Metz y Estrasburgo, tuve que seguir otro camino, volviendo á Saarbrücken, en cuya parte habia dejado la mayor parte de mi equipaje.

Iban conmigo en el mismo coche dos negociantes prusianos que habian ido á Francia á preparar el terreno para futuras operaciones mercantiles; un médico belga, con su cruz ginebrina al brazo, que habia estado encerrado en Metz con el ejército de Bazaine, y que entónces se volvia á su tierra; y por último, un guardia de pública seguridad, convaleciente de la fiebre maligna, que se volvia á Colonia, en cuya ciudad estaba acantonado.

En todo el trascurso de mi viaje no tropecé con un hablador tan furibundo como aquel guardia de pública seguridad de Colonia.

Empezó por contarnos que habia estado postrado en cama por espacio de seis semanas con calenturas malignas, y que, por lo tanto, hallándose en un estado de suma debilidad, é incapaz de cumplir con sus deberes de vigilante de órden público, se volvia á su casa en la ciudad de Colonia, donde tenía mujer é hijos.

Aquel hombre hablaba por los codos. En ménos de cuatro horas que duró el viaje de Metz á Saarbrücken, nos contó su propia historia y la de la desventurada fortaleza desde el dia en que cayó en poder de las autoridades prusianas; item más, vários episodios de su vida de indivíduo del cuerpo de policía.

Habia servido en el ejército, y en calidad de sargento de artillería habia tomado parte en la famosa batalla de Sadowa. Después de la rendicion de Metz habia sido escogido con otros diez y nueve guardias para arreglar *aquello*, que, segun la descripcion que él hacía de la desventurada ciudad, se hallaba en un estado horroroso de desórden y abandono. ¡Qué calles, qué casas y qué gentes las de Metz! Aquello no era más que un monton de inmundicia. Al entrar nuestro guardia de pública seguridad en Metz, el espectáculo más comun allí era tropezar á cada paso con un monton de caballos muertos en estado de putrefaccion. Pero él y sus diez y nueve compañeros bien pronto acabaron con semejante irregularidad en el servicio público.

—Cuando mandábamos á los barrenderos coger sus escobas para limpiar las calles, añadió, se negaban á obedecernos, excusándose con decir que no entendian el aleman. Verdad es que nosotros tampoco hablábamos el frances; pero á falta de palabras buenos son puñetazos. A los que se mostraban algo reácios, les sacudiamos de lo lindo, y en ménos de quince dias se quedó aquello como una balsa de aceite.

Pero este celo infatigable por el público bien le costó á nuestro guardia el estar seis semanas en cama y el dejar luego el teatro de tanta heroicidad para las pacíficas calles de la ciudad de los Reyes Magos.

Entre otras hazañas memorables nos contó este guardia locuaz que habia matado de dos tiros de rewólver á un pillete de Metz, que habia ofendido á las autoridades prusianas, cometiendo no sé qué desacato, y que para mayor infamia habia tratado de escaparse de sus garras.

—Es verdad, —añadió como para disculparse ante nosotros de

tan sanguinario acto, — que de todas maneras la misma suerte le estaba reservada, áun cuando no hubiera tratado de fugarse.

En Saarbrücken recogí mi equipaje y perdí mi asiento, que hallé ocupado por un oficial prusiano, que, con un compañero suyo, venía de Montmédy con licencia para pasar las Páscuas de Navidad con su familia en Alemania.

Por consideracion á que venian de sufrir las fatigas de la guerra, me contenté con dirigirles una protesta en términos generales contra aquel arrebatamiento poco escrupuloso de mi asiento. Me aseguraron que no habian notado manta, ni gaban, ni cosa alguna en dicho sitio, lo cual no pude ménos de poner en duda, viendo que mi manta habia viajado de un extremo á otro del coche. Pero,— dije para mí,—¿á qué romper lanzas con aquellos hijos de Marte por semejante friolera? Tomé el partido más sesudo y prudente de darme por satisfecho con la explicacion que habia recibido, y de ocupar el único asiento que aún quedaba libre en el coche.

Lo que no logré perder fué á mi compañero locuaz é incansable, al guardia convaleciente de la fiebre maligna. Esta vez lo tenía á mi lado, y como todos los viajeros eran nuevos, ménos yo, volvió á relatar por segunda vez, para aprovechamiento de los oficiales y demás oyentes, su historia particular y la de Metz desde que cayó en poder suyo y de sus diez y nueve compañeros.

Tuve lugar aquí de cerciorarme de lo que ya habia observado en otras ocasiones; á saber, la arrogancia y dureza con que hablaban los paisanos de los Franceses, y la modestia y mesura con que discurrian los oficiales alemanes acerca de la adversa suerte de sus enemigos caidos.

En la estacion fronteriza de Neunkirchen mudé de coche, y perdí de vista al guardia de pública seguridad, que sin duda no dejaria de hablar hasta hallarse en brazos de su esposa en Colonia.

En Neunkirchen tomé billete para Weissemburgo. Atravesé el Palatinado, comarca fértil y pintoresca que forma parte del reino de Baviera, y en donde apénas se descubrian las funestas huellas del génio de la guerra. Sin embargo, en todas las estaciones habia un piquete, una especie de bodegon para los soldados, y un hospital improvisado para los heridos. Estas tres cosas no faltaban en ninguna de las muchas estaciones que recorrí desde Saarbrücken hasta Estrasburgo y Kehl.

En la de Minden ví por primera vez un convoy de prisioneros

franceses custodiados por un destacamento de infantería bávara. Los pobres venian de los alrededores de Orleans, en donde habian sido capturados. Cási todos ellos eran mozos de edad de diez y ocho á veinte años, de estatura baja la mayor parte, y de aspecto no muy belicoso. Iban prensados y amontonados en furgones de mercancías ó en wagones abiertos, como cerdos, y hacía ya cuatro dias que se hallaban en camino. Les pregunté que cómo sucedia que se dejaban prender en tan gran número.

—Nos coparon de noche,—me contestó uno,—cerca de Orleans. No pudimos disparar ni un solo tiro. *¡On nous a vendu!* ¡Nos han vendido!

Esta es la amarga frase que se oye hoy de los labios de todos los soldados franceses.

Pregunté á algunos el nombre de su último jefe. Lo ignoraban. A su vez me preguntaron en dónde se hallaban. Les contesté que en el Palatinado, en Baviera.

—Adónde nos llevan?

Hice la misma pregunta en aleman á un soldado bávaro, el cual me contestó que nada sabía.

Compré unos cuantos cigarros y los distribuí entre los prisioneros con quienes habia hablado. Otro tanto hacian algunos paisanos alemanes, y ví á várias mujeres que iban de furgon en furgon regalando á los prisioneros frutas secas y otros comestibles.

Al poco rato se alejó el tren con su millar de prisioneros, que, vestidos con todos los diferentes y fantásticos uniformes del ejército frances, formaban un contraste grande con la seriedad del ejército aleman, y áun con el carácter severo de la comarca que atravesaba el tren.

Hácia las doce de aquel mismo dia llegué á Weissemburgo, ciudad de 6.000 almas, situada en la Alsacia, y célebre en los fastos de la guerra franco-prusiana por haber sido teatro de una de las más sangrientas victorias alcanzadas por los ejércitos alemanes al mando del Príncipe heredero de Prusia.

No es la primera vez que los habitantes de Weissemburgo han sido testigos de tales contiendas entre Franceses y Alemanes. En el año de 1705, en la guerra europea motivada por la sucesion al trono de España, ocupó el Marques de Villars con su ejército la ciudad de Weissemburgo y sus alrededores, y se fortificó en ellos con objeto de rechazar los ataques de los aliados. No léjos de Weis-

semburgo aún se ven las ruinas de las fortificaciones y trincheras, construidas por el General frances, y que se extendian hasta Lauterberg, cerca del Rhin.

Cuando yo pasé por allí, hallé la poblacion y sus alrededores ocupados por un fuerte destacamento de infantería bávara. Esta tropa, la que tal vez haya prestado más servicios durante la guerra, es muy inferior en estatura y aspecto marcial á los soldados de la Alemania del Norte. Es además muy poco vistoso el uniforme que llevan, y que se compone de un casacon de paño grís azulado, pantalon azul, bota pequeña, correaje negro y casco romano de forma poco clásica. Al lado de estos parecian unos señores los artilleros de la *landwehr* prusiana, de los cuales habia dos trenes en la estacion, esperando la hora de salida. Llevaban cañones, caballos y municiones, y se dirigian á Lagny, situada en las inmediaciones de Paris.

¡De los hombres que ví allí aquel dia robustos y risueños, cuántos habrán sucumbido ya á las balas enemigas ó á la inclemencia de la estacion; cuántos habrán regresado á sus casas mutilados y enfermos!

Los habitantes de Weissemburgo, como los de la Alsacia toda, odian á los Alemanes con el odio profundo que solamente puede experimentar el pueblo que ve invadida la tierra en que nació por enemigas legiones. Extraña anomalía! Oir á un pueblo entero renegar de los Alemanes en lengua alemana, la única que posee el pueblo bajo en aquella provincia.

Es indudable que los habitantes de Alsacia son Alemanes en todo ménos en inclinacion y simpatías. Quieren seguir siendo Franceses, porque sí. Sin embargo, este hecho demuestra evidentemente que el pueblo frances posee en alto grado la rara cualidad de saberse hacer amar aun de los pueblos de carácter opuesto al suyo. Tengo para mí que de todos los yugos, el yugo frances es el más fácil de soportar. La raza germánica carece cási por completo de tan precioso dón; no se sabe hacer querer ni aun de los pueblos de su propia raza. No sólo en Alsacia y Lorena, sino en Luxemburgo, Bélgica y Holanda, las simpatías de los pueblos son más favorables á la causa francesa que á la alemana, á pesar de haber más afinidad de raza entre esos pueblos y los alemanes, que entre esos pueblos mismos y los Franceses. En Italia, durante la ocupacion germánica de la Lombardía y el Véneto, el nombre austriaco des-

pertaba manifestaciones de odio profundo y arraigado encono desde los Alpes hasta el cabo Espartivento. En cambio, en Italia los Franceses no han sido nunca universalmente odiados, á pesar de la anexion de Niza y Saboya, la legion de Antibes, los Zuavos pontificios, Mentana y la guarnicion de Civita-Vecchia.

El yugo aleman es, ó por mejor decir, ha sido siempre pesadísimo para los pueblos á él sujetos. No sabemos de aquí en adelante lo que podrá ser; pero á juzgar por la firme, aunque pasiva resistencia que ofrecen á las autoridades alemanas los habitantes de Alsacia y Lorena, por cierto nádie se atreverá á abrigar grandes esperanzas relativas al éxito feliz de la dominacion prusiana recientemente inaugurada en aquellas provincias.

(Se continuará.)

JAIME CLARK.

PALABRAS ESPAÑOLAS DE ÍNDOLE GERMÁNICA.

"Le *railway*, le *tunnel*, le *ballast*, le *tender*,
Express, *trucks* et *wagons*; une bouche française
Semble broyer du verre ou mâcher de la braise."

Con tan gentil donaire se burla de los germanismos el incisivo M. de Viennet en una epístola, dedicada al preceptista Boileau y leida á las cinco Academias, ó sea al Instituto de Francia, el año de 1855: los aplausos del auditorio, el asentimiento de la prensa y la severidad de la crítica extendieron por el mundo culto la fama de aquellos alejandrinos. Pero si la sátira detiene y contiene, es impotente para crear términos claros, breves y sonoros, y el pueblo, fiel custodio de la nacionalidad, continúa acomodando las palabras extranjeras á las leyes del lenguaje, á las reglas de la historia, á los caractéres regionales del aparato, que expresa eufónicamente el pensamiento. El filólogo analiza, el arte aconseja y el uso limpia, fija y da esplendor. Con razon decia el poeta más fecundo que ha tenido España:

"Favorecido en fin de mis estrellas
algunas lenguas supe, y á la mia
ricos aumentos adquirí por ellas."

No se enriquece solamente el vocabulario de los caminos de hierro con dicciones germánicas, tambien las admiten otros ramos de la actividad. Las aulas de uno de ellos oye ya sin sorpresa las palabras: ***bismuto***, ***blenda***, ***bronce***, ***cachalote***, ***caparrosa***, ***cobalto***, ***cuarzo***, ***chorlo***, ***falun***, ***feldespato***, ***flint***, ***ganga***, ***gas***, ***gneis***, ***hulla***,

landas, *lias*, *manganeso*, *mufla*, *nikel*, *peltre*, *plata*, *platino*, *potasa*, *pudinga*, *reno*, *salbanda*, *tormo*, *turba*, *zinc*, etc.... el arte dice: *buril*, *grabar*, *esbozo*, *esfumar*, *estampar*, *estuco*, *macadan*, *mansarda*, etc.... los labradores emplean los vocablos *colza*, *desdordamiento*, *cotaje*, *drenaje*, etc.... los comerciantes hablan de *agio*, *banca*, *chec*, *doc*, *drawbac*, *warrant*, etc.... los sastres de *carric*, *chal*, *edredon*, *frac*, *képis*, *lasting*, *redingote*, *spencer*, *tuina*, etc.... los gastrónomos de *bifteck*, *bol*, *brandevin*, *gin*, *grog*, *kirsch*, *kumel*, *lunch*, *mess*, *pudding*, *punch*, *rhum*, *rosbif* y otras denominaciones de lista, verdadera babilonia contemporánea; los médicos disputan sobre la enfermedad, llamada *croup*, y los políticos sobre *banalidad*, *bill*, *budget*, *club*, *comité*, *convit*, *filibusteros*, *juri*, *meeting*, *panfleto*, *speech*, *toast*, *tory*, *veredicto*, *whig*, etc.... los soldados hablan de *bloqueo*, *chabrac*, *fifre*, *hurra*, *obus*, *revólver*, *sable*, *zigzag*, etc.... los marinos de *atoaje*, *babor*, *bauprés*, *blindaje*, *cabrestante*, *cúter*, *escora*, *flibote*, *paquebote*, *polea*, *yate*, etc.... y los que lucen erudicion políglota ostentan los vocablos: *boxe*, *bolingrin*, *breac*, *buledog*, *clown*, *confortable*, *criquet*, *dandy*, *dogcart*, *debutar*, *debut*, *etiqueta*, *fashion*, *festival*, *groom*, *jockey*, *kursaal*, *landó*, *pony*, *raigras*, *raout*, *spleen*, *sport*, *square*, *steeple-chase*, *tilbury*, *turista*, *turf*, *vals*, *vampiro*, *vist*.

Este aluvion, arrastrado por la corriente de las relaciones internacionales, presenta la rudeza de la materia primera: las voces científicas manifiestan cierta regularidad, hija de las transformaciones adquiridas al pasar por el latin farmacéutico; pero el resto de las importaciones ostenta su originalidad, ya en todo su vigor, ya en esas modificaciones lentas é insensibles con que se concede ó se niega la carta de ciudadanía. Las guerras de religion, la campaña de los treinta años, las contiendas franco-alemanas, las dinastías de Austria y del Borbon y la facilidad de las comunicaciones han enriquecido el caudal de nuestro idioma.

Análoga cuna y análogo carácter presentan las palabras, traidas al romance por los Normandos en el siglo X; este pueblo germánico, al fijarse en el NO. de Francia, hablaba la lengua llamada *dacisca*, danesa, por los escritores contemporáneos; pero la perdió con tal rapidez que, segun las investigaciones de Raynouard, se oia aquella únicamente en las costas durante el mando del segundo Duque.

*

La emigracion y las irrupciones de los pueblos del Norte acrecieron el vocabulario del romance y sólo perturbaron accidental y pasajeramente la sintáxis. Antes del movimiento general, las ideas minaban ya los cimientos del edificio romano y los soldados importaban con ellas algunos términos bárbaros. Hácia fines del siglo IV de nuestra era, floreció Vegecio y su obra: *De re militari* lib. V, trae voces germánicas y entre ellas la para nosotros después tan familiar: *Castellum parvum quod burgum vocant*. San Isidoro la fijó diciendo: *Burgus domorum congregatio quæ muro non clauditur*. Los textos merovingios presentan con frecuencia la palabra *burgensis* y *Burgi Burgorum* ofrece un documento del año 884, publicado en la Esp. sag. XXVI, 169. El vocablo español *burges* es posterior y se debe al aleman *burg*.

A la mitad del siglo V los Herulos mandaban en Italia, pasaron después allí los Ostrogodos y últimamente los Lombardos. A principios del mismo siglo poseian los Visigodos el SO. de las Gálias, y se apoderaron á poco del SE. los Borgoñones y del N. los Francos. Galicia, Astúrias, Leon y una faja de Lusitania pertenecian á los Suevos, otra parte de Lusitania y algo del SE. de la Península cayeron en poder de los Alanos; se enseñoreaban del Mediodia andaluz los Vándalos hasta su expedicion al Africa y el NE. se tomó por los Visigodos, domeñadores tambien, andando los tiempos, de todas las otras tríbus invasoras. Vivian juntos los conquistadores y los conquistados, los Bárbaros y los Romanos, los guerreros y los obreros. Un poeta del siglo VI, Venantius Fortunatus exclama:

Hinc cui Barbaries, illinc Romania plaudit
Diversis linguis laus sonat una viri.

Nunca llegó á predominar la *lingua barbara*, *theotisca germanica*; nuestros Flavios fueron Godos latinados.

Se entendian entre sí los invasores sin necesidad de intérprete, por referirse todos al godò. La ley de la sustitucion fonética muestra clara y distintamente las voces correspondientes á cada tríbu y el punto desde donde aquellas arrancaron para realizar su evolucion en el romance. La corriente inicial, venida del Asia, aparece bifurcada en dos ramas: el godo y el escandinavo, y cual resultante continúa el aleman bifurcándose tambien en el alto y en el bajo. El aleman alto con sus dialectos: suizo y bábaro, se forma

durante la Edad Media y los tiempos modernos. El bajo aleman produjo el frison y el sajon, y continuó este último su curso pasando por el sajon antiguo y llegando al patues; del sajon brotó tambien: 1.° el anglo-sajon, fuente del inglés y 2.° el neerlandes. Al escandinavo se refieren el islandes, el danes, el noruego y el sueco. Con el godo se liga todo el género del bajo aleman. La sustitucion fonética no fué simultánea; la teoría de las dos estaciones va adquiriendo muchos secuaces; la mayor parte de la raza permaneció firme hablando en godo, el resto creó el aleman alto antiguo arrancando de las consonantes góticas: los diplomas muestran que la sustitucion empezó en el siglo III y no se habia fijado aún en el IX. El sonido, la forma y la funcion de las palabras indican la estirpe; y empleando estos medios, prueba la gramática comparada, por ejemplo, que el romance debe al escandinavo y al neerlandes la mayor parte de los términos marítimos.

El germano, hijo del vigor naciente, desenvolvió el individualismo, ahogado por las potencias totales del mundo antiguo, ya oriental, ya clásico. El Cristianismo pedia á sus fieles la conviccion, y los Germanos, destruyendo la unidad centralizadora del Imperio romano, despertaban la vida del espíritu, la espontaneidad personal, el mérito propio, el derecho humano respecto del limitado, civil: el rey era una superioridad individual, el comun y el señor se apoyaban en su derecho y en su espada: Dios y mi derecho, sólo contra todos. La personalidad política estaba ligada á la posesion del suelo, y esta se aseguraba más por la fuerza del brazo que por un principio comun de derecho.

Las nuevas intituciones traian neologismos; porque no hallaban en el latin los términos necesarios para expresar su fin y sus medios, y de aquí la accion externa de las lenguas germánicas sobre el latin popular y el romance. Revelan aquel progreso los ejemplos siguientes:

1.° Términos forenses, títulos, etc.: *abadengo*, *abolengo*, *realengo*, *adalingus*, *alcuño*, *alcurnia*, *alodio*, *ayo*, *baldres*, *bando*, *baron*, *barrachel*, *bastardo*, *bedel*, *camarlengo*, *embajador*, *escalino*, *escanciador*, *esclavin*, *esclavo*, *esterlina*, *faraute*, *ferlin*, *feudo*, *franco*, *franquia*, *gabela*, *gaje*, *galardon*, *garante*, *garantia*, *gardingo*, *gasalianes*, *heraldo*, *ligio*, *manigoldo*, *marca*, *mariscal*, *marqués*, *mochin*, *mondualdo*, *ordalia*, *penique*, *rango*, *rico home*, *robo*, *senescal*, *tagantes*, *tiufado*, y además *faida*, *gas-*

taldius, *mallum publicum*, *namium*, *wayflum*, *res vaiva*, *animal vagans*, etc.

2.° Términos militares: *adarga*, *alabarda*, *albergue*, *alto ahí*, *arcabuz*, *ardido*, *arenga*, *arnés*, *azcona*, *bala*, *baluarte*, *banda*, *bandera*, *barda*, *berma*, *bigote*, *bibac*, *blandon*, *blason*, *bofordo*, *bohordo*, *botin* (presa hecha al enemigo), *brafonera*, *brecha*, *brida*, *brunia*, *confalon*, *cota*, *charpa*, *dardo*, *darga*, *escarcela*, *escaramuza*, *escarpa*, *escramo*, *esgrima*, *espía*, *espion*, *espingarda*, *espolon*, *espuela*, *estafeta*, *estoque*, *etapa*, *flecha*, *forlier*, *furriel*, *galope*, *garita*, *gualdrapa*, *guardia*, *guarida*, *guarnicion*, *guerra*, *guia*, *hornabeque*, *lapo*, *lasquenete*, *liza*, *lombarda*, *raitre*, *rifa*, *rifirrafe*, *resona*, *sitio*, *trabuco*, *traque*, *traquido*, *tregua*, *tropa*, *tropel*, *yelmo*, *zalagarda*, etc.

3.° Términos marítimos: *abrigo*, *amaca*, *amarra*, *avería*, *batel*, *bitas*, *boga*, *borde*, *bordo*, *bote*, *botequin*, *brik-barca*, *brico*, *briol*, *buco*, *buque*, *canoa*, *chalupa*, *dala*, *dique*, *escota*, *eslinga*, *espuma*, *esquife*, *estribo*, *estribor*, *estribordario*, *estay*, *estrenque*, *estrinque*, *flete*, *foque*, *galea*, *galeaza*, *galeon*, *galera*, *gripo*, *guindola*, *guindaste*, *huna*, *lastre*, *leme*, *lemera*, *limera*, *ló*, *lof*, *mástil*, *obenque*, *orza*, *rada*, *rifadura*, *quilla*, *singladura*, *tilla*, *varenga*, etc., y los cuatro puntos cardinales: *norte* y *sur*, *este* y *oeste*.

4.° Términos zoológicos y sus agregados: *acebra*, *airon*, *albran*, *alacha*, *alosa*, *anca*, *anchoa*, *arenque*, *babuino*, *bacalao*, *barriga*, *befo*, *bibaro*, *bicho*, *boque*, *braco*, *buche*, *buchete*, *burdegano*, *busca*, *busco*, *calambre*, *carpa*, *cebellina*, *coalla*, *chivo*, *chova*, *dogo*, *escama*, *esparavan*, *esparavel*, *esparvel*, *esperlan*, *esquena*, *estala*, *estalo*, *esturion*, *fisga*, *fuina*, *gafedad*, *gamuza*, *gana*, *ganso*, *garañon*, *garfa*, *gavilan*, *gerifalte*, *greña*, *gripia*, *grupa*, *guarida*, *guiño*, *faca*, *haca*, *homar*, *hopo*, *hura*, *lacra*, *marmota*, *marsuino*, *melsa*, *mita*, *mofletes*, *niego*, *nuca*, *papagayo*, *pota*, *rata*, *raton*, *raza*, *rocin*, *rocinante*, *tejon*, *teta*, etc.

5.° Términos botánicos y sus agregados: *abrojo*, *afro*, *aliso*, *besi*, *boroña*, *bosque*, *brea*, *breña*, *brote*, *broza*, *brusca*, *buega*, *espelta*, *forraje*, *forestal*, *frambuesa*, *garba*, *gason*, *grosella*, *guadaña*, *gualda*, *guinda*, *haya* (seto, perfil), *hublon*, *iva*, *jardin*, *lata*, *leda*, *llesca*, *mata*, *moho*, *musgo*, *raspa*, *tala*, *tanino*, *varech*, etc.

6.° Términos relativos á la alimentacion: *adobo*, *bodrio*, *brodio*, *brindis*, *buñuelo*, *carauz*, *flan*, *flaon*, *gigote*, *potaje*, *pote*, *sopa*, *trinquis*, etc.

7.° Términos relativos á vestuario: *almocela, almucio, basta, bocarán, borceguí, bota, boton, brahon, brial, bugada, cofia, chamberga, drapo, esclavina, escofia, escote, faltriquera, felpa, fieltro, forro, frazada, frezada, galdre, 'galon, gambaj, garnacha, giron, guante, halda, huesa, lua, miton, mota, muceta, randa, ropa, roquete, tacon, tira, toalla, trapo, tupé*, etc.

8.° Términos relativos á habitaciones: *atarjea, balcon, borda, burdel, cadalso, catafalco, escarpa, esquina, estufa, friso, hato, huta, lógia, lonja, palco, pedestal, rampa, sala, salon, tachon*, etc.

9.° Utensilios, vários, etc.... *alesna, alna, ana, arpa, arpon, arreo, ascua, aspa, balon, banasta, banca, banco, baza, berbiquí, berlanga, billa, billar, brandon, brasa, bruza, bocha, bozon, bucha, buso, cañivete, cazo, corchete, cremallera, cric, chanclo, chanco, chasca, chasco, chata, danza, draga, droga, duna, equipo, esguazo, esmalte, espedo, espiedo, espetera, espeto, esplinque, espolin* (de tejedor), *esquila, esquilon, estaca, estuche, esdrújulo, facistol, facistor, faldistorio, fango, farándula, fita, gaceta, gafa, garfio, giga, grapa, grapon, grupo, guado, guarlanda, guirnalda, guita, hacha, hucha, lote, lotería, limon* (vara de coche), *limonera, lista, mala, malandrin, maleta, maniquí, marco* (de medidas), *molondro, morena* (monton), *moron, paquete, pichel, pinta, pinzas, pizca, placa, plato, priego, rima, rueca, rufian, sárria, sera, tacha, tamiz, tapon, tarja, tas, tirada, trampa, triquitraque, triquiñuela, truco, tudel, venda, zanca*, etc.

10. Abstractos: *abandono, agote, ardil, asco, bancarota, befa, beguino, bigardo, conreo, desmayo, engaño, escarnio, esclata, estofa, felonía, fonta, gala, galantería, galopin, galopo, gallardía, grima, guapeza, guaya, guayes, guisa, jerulfo, maraña, mofa, onta, orgullo, rehilo, reilor, sen, ufanía, váguido*, etc.

11. Adjetivos: *aleve, amarrido, bausan, belfo, blanco, blao, blondo, boto, braco, bravo, bribon, bruno, brusco, burges, cosido, chato, esclavo, fangoso, fardido, felon, flavo, fofo, franco, fresco, gafo, galan, gallardo, gaucho, gay, gayo, gris, guácharo, gualdo, guapo, guarido, guercho, haragan, luido, líso, lizne, listo, lozano, marrido, mate, mego, mocho, mohino, orgulloso, rampante, ratero, ribaldo, rico, roncero, rufo, senado, tacaño, ufano, urgulloso, vaguido, zampo, zapo*. Así como la transcripcion de los sustantivos se acomodó á los tipos de la primera y segunda declinacion, la de la mayoría de los adjetivos sigue el paradigma latino *us, a*.

12. Verbos: *abandonar*, *abrasar*, *adobar*, *adrimar*, *adrunar*, *afontar*, *agasajar*, *aguitar*, *albergar*, *amarrar*, *aontar*, *arengar*, *arpar*, *arrancar*, *arrear*, *arriar*, *arrufar*, *asitiar*, *aspar*, *atacar*, *ataviar*, *atildar*, *atoar*, *atracar*, *atrampar*, *atrapar atropellar*, *bandear*, *bandir*, *bastardear*, *befar*, *blandir*, *blasonar*, *blindar*, *bogar*, *bojar*, *bordar*, *boscar*, *bosquejar*, *botar*, *bramar*, *bravear*, *bribar*, *brincar*, *brindar*, *britar*, *brollar*, *bronzar*, *broslar*, *brotar*, *bruñir*, *buchar*, *buscar*, *conrear*, *crugir*, *cundir*, *chupar*, *danzar*, *deleznar*, *desfalcar*, *deslizar*, *desmayar*, *destacar*, *embastar*, *emboscar*, *embutir*, *engañar*, *enriquecer*, *entrompezar*, *entropezar*, *equipar*, *esbozar*, *escanciar*, *escarbar*, *escarpar*, *esclavizar*, *escotar*, *esgrimir*, *esguardar*, *esguazar*, *esmaltar*, *espurriar*, *esquifar*, *esquirar*, *esquivar*, *estampar*, *estayar*, *estracar*, *estrapazar*, *estribar*, *estufar*, *filtrar*, *fisgar*, *fornir*, *forrar*, *frisar*, *gabar*, *gafar*, *galopar*, *ganar*, *garantir*, *garantizar*, *garitar*, *garbar*, *gasajar*, *gastar*, *gayar*, *gormar*, *grabar*, *grutar*, *guachapear*, *guadañar*, *guañir*, *guardar*, *guarecer*, *guarir*, *guarnecer*, *guarnir*, *guiar*, *guiñar*, *guindar*, *guisar*, *halagar*, *halar*, *izar*, *jaquir*, *lagotear*, *laizar*, *lastar*, *lliscar*, *marañar*, *marcar*, *marrar*, *orzar*, *pinchar*, *pizcar*, *raspar*, *ratear*, *rehilar*, *rifar*, *robar*, *robir*, *roncear*, *ronzar*, *roznar*, *rostir*, *singlar*, *sitiar*, *solapar*, *sopar*, *talar*, *tapar*, *tascar*, *tirar*, *toar*, *tocar*, *tomar*, *trabucar*, *trampear*, *trepar*, *trincar*, *triscar*, *tumbar*, *zampar*. Los verbos tomados de los sustantivos germánicos, van generalmente por la primera conjugacion, y siguen la tercera los procedentes de los que llevan *i*, *j*.

13. Partículas: El pronombre *deguno*, ninguno, comun en el Fuero Juzgo, y hoy sólo usado por el vulgo, se formó imitando á *Dih-ein*; tambien se tiene el modo adverbial *á ufo*, el adverbio *arreo* ó sea *á reo*, además *de arreo*, y las interjecciones *zis zas*, y en cat. *flit flast*, *farrigo farrágo*.

Pero ni la tradicion ni el documento histórico ni los caractéres negativos suministran prueba plena; la da la ciencia, que investiga el orígen de las palabras y la trasformacion de las lenguas; es decir: la historia del vocablo, la cual, por medio de tránsitos precisos, lleva con seguridad al primitivo, la fonética, que muestra la ley de las sustituciones y la comparacion que confirma el resultado. No faltan en España libros de etimología; los hay excelentes y muy dignos de competir con los mejores del extranjero; pero respecto de las palabras de índole germánica se nota cási siempre la

falta de conocimiento en las lenguas septentrionales. La distancia que média entre ámbos países hizo de Francia nuestra aduana intelectual, y los progresos germánicos llegaban á España con el marchamo de los Galos. Feijóo (*Cartas eruditas*, tomo II, Carta XXI) decia: «Que, áun cuando hubiese alguna verdad ó utilidad en aquellas novedades, se debian repeler por sospechosas, siendo verisímil que, viniendo de países infestados de la herejía y no muy seguros en la verdadera creencia, venga en la capa de la filosofía embozado algun veneno teológico. Y aquí entra lo de los *aires infectos* del Norte; expresion que ya se hizo vulgar en escritores pedantes. ¿Pues qué si llega á saber que Leibniz, Boyle y Newton fueron herejes? Aquí es donde prorumpen en exclamaciones capaces de hacer temblar las pirámides egipciacas. Aquí es donde se inflama el enojo cubierto con la capa de celo. Herejes? ¿Y estos se citan, ó se hace memoria para cosa alguna de unos autores impíos, blasfemos, enemigos de Dios y de su Iglesia? ¡Oh, mal permitida libertad!... ¡Oh, mal paliada envidia! podria acaso exclamar yo. ¡Oh, ignorancia abrigada de la hipocresía!... Esto, bien entendido, viene á ser que es escudar la religion con la barbarie, defender la luz con el humo, y dar á la ignorancia el glorioso atributo de ser necesaria para la seguridad de la fe.»

Sin hablar de San Isidoro ni de los monumentos lingüísticos en que el romance pátrio se muestra inseguro y vacilante, recorramos la opinion de los escritores desde que adquirió virilidad la lengua de Garcilaso.

Ambrosio de Morales (1573), tan docto en letras como en historia, admitió sin crítica los hechos alegados por algunos filólogos. «La lengua que usaron los Godos, decia, lib. XI, cap. I, tuvo mucho de la tudesca, y de ella nos quedaron en España muchos vocablos, como son: *cabeza*, *riqueza*, *caza*, *tripas*, *robar*, *yelmo*, *moza*, *bandera*, *ama*, *arpa*, *laud*, *plaza*, *rueca*, *frèsco*, *juglar*, *bosque*, *jardin*, *albergar*, *escanciar*, *esgrimidor*, *andar*, *cangilon*, y otros algunos. Todo esto de los Godos y sus maneras y costumbres se halla en los autores antiguos de mucho crédito, y todo, con lo de los vocablos, está recogido por Volfango Lacio, cronista del Emperador D. Fernando, en su grande obra de la peregrinacion de diversas naciones. *Camisa*, tambien dice el bienaventurado doctor San Jerónimo, que es vocablo godo, y en los epígramas del Arzobispo de Toledo, Eugenio, se ve tambien cómo lo es *sábana*. Y

más adelante, lib. XI, cap. VIII, añade: «se tienen por particulares de los Vándalos estos vocablos que tenemos en España: *cámara, gozque, azafran, emplasto*, y otros más corrompidos, como Volfango en particular refiere.»

El patriarca de la filología española, el doctor D. Bernardo Aldrete (1606), desconocia las lenguas germánicas, y tomó por testimonio al Arzobispo Olao Magno y á Volfango; trae los nombres propios: *Alonso, Alvaro, Isidro, Leandro, y Rodrigo* y los apelativos: *abrusar* de *brusan*; *ama* de *amel*; *balcon* de *balk*; *bandera* de *ain baner*; *bando* de *band*; *banquete* de *banchet*; *blanco* de *blanch*; *bosque* de *busche*; *canton* de *cant*; *capa* de *caapa*; *capitan* de *capiten*; *compañero* de *compan*; *compañía* de *compeni*; *compas* de *compass*; *copa* de *cupe*; *daga* de *dagat*; *dansar* de *dansza*; *estufa* de *stuben*; *esgrimidor* de *grymmich*; *flota* de *flotta*; *fino* de *fyn*; *forrar* de *fodra*; *ganar* de *gapna*; *guantes* de *vanta*; *guardar* de *varda*; *haca* de *akhen*; *harenque* de *hering*; *harpa* de *harpfen*; *yelmo* de *helmo* y tambien de *hielm*; *jardin* de *garten*; *manera* de *maner*; *papagayo* de *papagayo*; *passar* de *passa*; *perla* de *perla*; *pisar* de *pyssa*; *quitar* de *quita*; *rico* de *rück*; *rodilla* de *radl*; *rueca de rock* y tambien de *roken* y *scaramuza* de *schermus*.

Con mayor extension, aunque con igual vaguedad, trataron el asunto D. Francisco del Rosal (1601) y D. Sebastian de Cobarrubias (1611); porque estos distinguidos filólogos únicamente conocian el latin, griego y hebreo. Dominaba entónces el clasicismo y la historia natural del lenguaje corria el período de la infancia: tanteos, duda, perplejidad, afinidades arbitrarias, analogías superficiales, combinaciones aventuradas. No hay que atribuir la falta á nuestros contemporáneos, era la anarquía de la época: el mismo diccionario de Ménage (1650) debe su celebridad á los extravíos de Platon, Varron y Quintiliano. Dominaba entónces el método de los caractéres exteriores, y así como se clasificaba por pez la ballena, del mismo modo se traia pereza de παρεσις. El público imparcial tomaba con Quevedo el partido de reir: un etimologista era un visionario, un extravagante, un loco inofensivo.

Con tales elementos era imposible la construccion sintética, y por esta razon el P. Juan de Mariana (1601 y 1623) se limitaba á generalidades: «sólo de los Alanos se puede y suele afirmar que usaron la lengua de los Escitas, y ésto más por conjetura probable que por razones que á ello convenzan. Lo cierto es, que en la lengua

castellana, de que al presente usa España, compuesta de una avenida de muchas lenguas, quedan vocablos tomados de la lengua de los Godos. Entre estos podemos contar los siguientes: *tripas*, *caza*, *robar*, *yelmo*, *moza*, *bandera*, *arpa*, *iuglar*, *albergar*, *escanciar*, *esgrimidor*, *cangilon*, *camisa*, *sábana*. De los Vándalos otro sí se tomaron otras dicciones y vocablos como *cámara*, *yozque*, *azafran*.»

Léjos de adelantar en el conocimiento de las palabras españolas de índole germánica se retrogadó considerablemente durante el siglo XVII; porque ya bien entrado el siguiente (1737), D. Gregorio Mayans y Císcar se límita á indicar, «después de la lengua céltica es razon que demos el lugar más inmediato á la goda;» «es tambien muy notorio, que después de la pérdida de España han sido y son más frecuentes los nombres godos,» y en su consecuencia explica con poca fortuna las etimologías de *Armengol* ó *Hermenegildo*, *Enrique*, *Fadrique* ó *Federico*, *Fernan*, *Hernan y Fernando*, *Gilaberte*, *Lope*, *Remualdo*, *Romualdo*, *Rodrigo*, *Sigismundo*, *Toda*, *Todo* ó *Toto* y *Totila*. El ilustre bibliotecario copia la lista de los nombres godos, que publicó Aldrete, y da además las etimologías de *sayon* y *marca*.

La obra maestra de la Academia (1726-1739) indica las etimologías de las voces, y de las 13.365 voces simples ó radicales que contiene, pertenecen 1.179 al godo y á otros orígenes secundarios, segun los cálculos del P. Larramendi.

Sin explicaciones, y sólo con una mera lista, escribe esta parte de la gramática el ilustre lexicógrafo D. Antonio de Capmany y de Montpalau. «El romance castellano, decia (1786), al paso que se formó de la corrupcion de la lengua latina, conservó siempre algunas voces de orígen godo, entre los cuales se cuentan las siguientes: *azar*, *bagaje*, *balon*, *balcon*, *banco*, *bando*, *banquete*, *barra*, *batalla*, *batel*, *batir*, *bivac*, *blanco*, *blason*, *bosque*, *bota*, *briza*, *brosa*, *calma*, *cama*, *capa*, *cofia*, *compañero*, *compas*, *copa*, *daga*, *danza*, *dique*, *drape*, *droga*, *embarazar*, *esgrima*, *estufa*, *flecha*, *flota*, *forro*, *fracaso*, *frasco*, *gabela*, *galan*, *gallardo*, *ganar*, *garra*, *gordo*, *gris*, *guante*, *guarda*, *guerra*, *haca*, *harenque*, *harnes*, *harpa*, *lacayo*, *malla*, *marcha*, *marea*, *palafren*, *parque*, *perla*, *rasear*, *rata*, *raza*, *rico*, *riesgo*, *ruar*, *rueca*, *sala*, *salario*, *taza*, *taluz*, *traza*, *tenería*, *tnipa*, *trompa*, *tropa*, *trovar*, *vasallo*, etc. De estas la mayor parte son comunes tambien al frances y al italiano.»

Sin discutir estas indicaciones el canónigo D. Francisco Martinez Marina, tan dado á las lenguas semíticas, como extraño á las germánicas, habla de la materia (1805) con el más supremo desden: «No negaré que los Godos introdujeron en España algunos vocablos para expresar determinados oficios de palacio, como *comes scanciarum*, que era el jefe de los que servian á los reyes la comida, y acaso de aquella voz se formó la nuestra *escanciar*: *comes spathariorum*, *proceres*, *gardingos*, *tiufados*, *sayones*, *guillonarios* y otros del mismo jaez. Pero este corto número de voces, algunas de las cuales son ciertamente de orígen latino y usadas por autores latinos de buena nota, ¿es suficiente argumento para convencer que los Godos corrompieron nuestro antiguo lenguaje? De este modo se podria asegurar lo mismo de nuestros monarcas de la Casa de Austria y de Borbon, porque introdujeron, así como aquellos, gran número de vocablos exóticos para expresar los oficios de la Casa Real. Confieso asimismo que en las ediciones del Código legislativo gótico y en las colecciones canónicas y de otros escritores de aquellos siglos se encuentran algunos barbarismos, alteraciones en los vocablos, trasposiciones y mudanzas en los elementos ó letras de las voces, señaladamente cuando son de un mismo órgano: pero semejantes defectos ¿se deberán atribuir á los autores ó á los códices originales, ó más bien á los copiantes y amanuenses?»

Mayor desden manifiesta ¡quién lo esperaria! uno de los génios de la filología moderna, el abate D. Lorenzo Hervas y Panduro: su Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, publicado en seis volúmenes (1800-1805), y el Mitrídates de Adelung, inauguran el período de clasificacion, y sin embargo, el que forma época en la ciencia, el que recogió de boca del pueblo la mayor parte de los dialectos americanos, y los supo distribuir en once familias; el que logró observar más de trescientas lenguas; el que publicó los elementos gramaticales de más de cuarenta; el que por el paralelo de las flexiones confirmó la unidad semítica; el que investigó con carácter universal las lenguas iberas; el que estableció la familia malaya y polinesia; el que descubrió el fecundo principio de la superioridad de la sintáxis respecto del vocabulario, tuvo la desgracia de que no le enseñasen el aleman. «Fuera, pues, de la palabra *rico* y de algunos nombres personales, decia no ha quedado en la lengua española vestigio alguno de la gótica»

(Cat., T. IV, p. 299). Es verdad que en la página 351 del tomo III se presenta ménos exclusivo cuando afirma: Los Vándalos y Suevos ocuparon á Galicia en España; aquellos dieron el nombre á Andalucía; mas ni unos ni otros han introducido su lengua en España, á excepcion de algunas palabras suevas que quedaron en Galicia.

El retroceso es digno de reparo, porque Sarmiento (Obras póstumas, 107) computa en 1/10 el elemento germánico, 1/10 el arábigo, 1/10 el griego y el lenguaje eclesiástico, 1/10 el elemento extranjero, italiano, frances, inglés, americano y aleman moderno, y 6/10 el elemento latino; y esta opinion se miró y mira por muchos doctos cual muy próxima á la verdad.

Don Ramon Cabrera, digno director que fué de la Academia Española, investigó con espíritu crítico las etimologías castellanas (Obras póstumas, 1837); pero respecto de los orígenes germánicos generalmente vacila, ó los refiere al latin, su fuente favorita. Voces que parecen, dice, de orígen germánico: *alcurnia*, *canto*, *canton*, *corma*, *escanciar*, *escarnecer*, *escatimar*, *escote*, *espelta*, *espuela*: en latin bárbaro se dijo *spora*; de donde vino *espuela*, *esquila*, *estaca*: en anglo-sajon *staca*, *estufa*, *jardin*, *guantes*, *guardar*, *osas*: calzado, pasó del latin: San Isidoro trae este nombre, *peca*, *sala*, *señor*, *tiufado*, *thiuda est populus gens*, y *thiubs*, vale fur, *yelmo*, *forro*, latin bárbaro, *fodra*. En la pág. 81 del tomo I escribe: *Alpes*, S. Isidor., IV, 8, *Gallorum lingua alpes montes alti vocabantur*; é incluye esta voz entre las germánicas; pero después duda, y al fin la pone entre las célticas, porque *lingua gallorum* es la céltica; y añade: *esguazar*, *waden*, *vado*, *escapar*, *escape* (palabras sajónicas). *Waden* es la voz alemana por esguazar. *Escape* es la voz inglesa por escapar. Tambien incluye *reilor*, *rehilo*, *rehilar*, de la Academia, palabras muy usadas en tierra de Segovia, de donde era natural el autor: efectivamente, aquella palabra es de índole germánica, porque proviene del sustantivo femenino gótico *reiro*, que va por el primer paradigma de la declinacion suave, y significa tremor, *terræ motus*: los Godos tradujeron por *reiro* las palabras τρόμος, σεισμός.

Finalmente, el ilustre filólogo D. Pedro Felipe Monlau publicó (1856) el *Diccionario etimológico*, obra que mereció la estima de los conocedores. «Del idioma de los Godos, que frisa mucho en el tudesco, toman orígen como un centenar de voces usadas en el cas-

tellano, cási todas ellas nombres propios, ó términos de guerra, y algunas pocas de objetos comunes. Formados de raíces godas están: *Adela, Adolfo, Alarico, Alberto, Bernardo, Bertoldo, Cárlos, Ernesto, Manrique, Matilde, Raimundo, Ramiro, Ricardo, Roberto, Segismundo, Valdemaro, Vilfredo,* y otros muchos nombres propios, cuyo valor significativo se encuentra en el diccionario. De procedencia goda son tambien: *arnes, bagaje, batalla, bruja, cama, daga, esgrima, estufa, flecha, flota, galan, guerra, heraldo, lacayo, palafren, parque, rata, rico, riesgo, sayon, taza, tripa, tropa, trompa, vasallo, vivaque,* etc. El godo influyó además alterando várias voces de orígen latino y dejándolas como de doble orígen.

El discurso leido por el doctor Monlau (1859) en el acto de su recepcion en la Academia Española, revela la perseverancia de las investigaciones, puesto que reconoce ya como materiales de procedencia germánica muchos nombres propios de persona y unos *doscientos* ó *trescientos* comunes. Oriundos del germano, dice, son: *abandono, aire* (por manera), *alabarda, albergue, alodio, anca, anchura, aturdir, avería, babor, bacin, bahía, bailar, balandra, banco, bandera, banquete, barca, baron, batel, bauprés, bedel, belitre, berro, bicho, blanco, blandir, blandon, blondo, bolina, borde, bordo, borra, bosque, botin* (despojo), *brasa, brida, brindis, bruñir, bucle, bugada* (colada), *cala, calma, camisa, carcaj, carpa* (pescado), *coche, cosquillas, cota, chalupa, choque, chupa, daga, desgarrar, dogo, draga, escarcela, escarnio, escote, escotilla, esgrima, esmalte, esparavan, espía, espingarda, espuela, esquivar, este* (oriente), *estofa, estribo, estufa, fango, felon, feudo, fieltro, flanco, flecha, flete, forro, frambuesa, frasco, gabela, galera, galope, ganso, garantir, gota* (podagra), *grumete, guante, guerra, guisa, harapo, heraldo, hipo, izar, jardin, lamprea, lastre, laud, lezda, lezna, listo, lote, mancar, mala, maleta, marca, marchar, mariscal, mástil, mate, mezquino, nuca, oeste, paquete, piloto, placa, plata, polea, quilla, rada, rampa, rico, rima, rizo, robar, ropa, rufian, sala, sávia, singlar, sopa, talco, tallo, trampa, trapa, tregua, tren, trincar, tropa, trovar, truhan, valisa, vasallo, venda.* Posteriormente (1868) el académico germanista ha tenido la bondad de darme una lista manuscrita mucho más larga, cuyas etimologías sacaré en el curso de este mi trabajo.

Y tan necesario es el exámen analítico de las palabras bárbaras

que á pesar del testimonio de San Isidoro, Morales, Mariana, Aldrete, Rosal, Covarrubias, Mayans, Capmany, Cabrera y Monlau, hay todavía (1861) varones doctos que dogmáticamente califican los aires del Norte «catálogos más ó ménos largos de palabras bautizadas de góticas, aunque por lo morunas la mayor parte rechazan semejante bautismo,» término opuesto al de Juan de Goropio, quien afirma que la lengua que se hablaba en España ántes que los Romanos vinieran á ella fué la teutónica, fundado en algunos nombres que juntó y tienen dependencia con ella; flaco fundamento, exclama el abate Hervas, y que no hay necesidad de impugnarlo, porque lo han hecho Justo Lipsio y José Escalígero.

Falta de consiguiente el estudio atento de los hechos; falta la filología al por menor, cual sarcásticamente la llaman los sintéticos; falta la diseccion de las palabras bárbaras, sonido por sonido, forma por forma y funcion por funcion. No desbarremos sin necesidad; olvidemos el método de las afinidades vagas; subordinemos los caractéres exteriores y extrínsecos á los íntimos y esenciales. Es verdad que el procedimiento inductivo y analógico, subiendo de lo particular á lo general, del ménos al más, de la parte al todo, únicamente da resultados probables; pero ni estos llegan á ser ciertos, ni se resuelven las contiendas entre conocedores y críticos sino á fuerza de verificar hipótesis, recoger hechos, y comparar semejanzas y diferencias. La etimológica, cual todas las ciencias naturales, sigue la ley del conocimiento abstracto.

Al método se debe la Gramática comparada con la que se ha cerrado el período de la anarquía. Francisco Bopp (1791-1868) muestra que la gramática ária precede al vagar de estas gentes, que la derivacion, y las flexiones del sanscrito, griego, latin, gótico y lenguas congéneres obedecen á una ley, y que las desemejanzas aparentes expresan las particularidades fonéticas de las nacionalidades. Siguen las huellas del ilustre maestro Schlegel, Humboldt, Pott, Bournouf, Müller, Canalejas y otros. Jacobo Grimm estudia con penetrante análisis las lenguas germánicas y generaliza (1819) la ley de la sustitucion fonética, ya descubierta (1818) por Rask al estudiar la relacion de las lenguas septentrionales con las clásicas. Las vaguedades de Platon, Varron y Quintiliano son á Bopp, Pott y Grimm lo que la alquimia de Raimundo Lulio, Nicolás Flamel y Van Helmont á la química de Lavoisier,

Berzelius y Liebig. La análisis infinitesimal creó la análisis química, y ésta la análisis filológica.

Establecido el fin y determinados los medios, es tarea fácil el conocimiento científico de una lengua, de un género, de una familia, de un órden, de una clase. Raynouard (1821) con mano firme, aunque inexperta, abrió el camino á la filología de los romances; Abel de Chevallet (1850), justamente honrado con los premios Volney y Golbert, estudió los orígenes de la lengua francesa; pero puso al edificio los cimientos Federico Diez, á quien debo mis escasos conocimientos filológicos, y á quien los neolatinos decimos con el Dante: *Tu duca, tu signore, et tu maestro.* El sábio de Bonn publicó (1.ª ed. 1836, 2.ª ed. 1856) la Gramática comparada del español, portugues, provenzal, frances, italiano y valaco, y posteriormente el Diccionario (1853). En ámbas obras se estudia la accion germánica. El Diccionario enumera 930 palabras sin contar los nombres propios, los derivados y los compuestos; pertenecen á Francia 450; á Italia 140; á España y Portugal 50, á Valaquia muy pocas, y unas 300 son comunes á los cinco romances. El movimiento, emprendido en las márgenes del Rhin, llegó á la ribera del Sena: M. Schéler publicó (1862) el Diccionario de la etimología francesa, M. Littré (1863) empezó á dar á luz su Diccionario con definicion, historia y etimología, tomando por modelo el nuestro de 1726; Bréal ha emprendido (1866-1869) la traduccion de la obra grande de Bopp; Augusto Brachet populariza los resultados de la análisis en sus dos obras: la Gramática histórica (1867) y el Diccionario etimológico (1868), y tambien F. Baudry despierta el gusto de las investigaciones filológicas, (Gramática comparada de las lenguas clásicas, 1868).

Con tan sólidos materiales no es temeraria la empresa, que por aficion hoy comenzamos. Consagrado á un ramo del saber, para cuyo cultivo es indispensable el conocimiento de la lengua de Ulfilas y en la inexcusable necesidad de haber tenido que acomodar á las sonoras expresiones del español el tecnicismo de una ciencia que se dirige á la práctica, y desecha por tanto las palabras tomadas del griego ó del latin, me empeñé en el estudio de ámbos idiomas, aplicando al asunto por caso de honra la debilidad de mis fuerzas. No presumo de germanista, conozco lo mucho que ignoro, dedico únicamente mis ócios á labrar el material germá-

nico de la lexicografía pátria. La Academia Española y la de la Historia, los dignos indivíduos de ámbos cuerpos, la cátedra de paleografía (1839) y la escuela diplomática (1856), han avivado el sentimiento histórico en el arte de estudiar las evoluciones del lenguaje; la Universidad, desde la reforma de 1845 y las Escuelas especiales desde su orígen, han dado amoroso apoyo á la lengua de Copérnico, Kepler y Leibniz, y la guerra presente, espejo de las seculares contiendas entre Francos y Alemanes, renueva el manoseado problema de la raza germánica: es, pues, oportuno liquidar, y conviene de consiguiente discutir lo que debemos á los Germanos y lo que de ellos podemos esperar.

AGUSTIN PASCUAL.

EL IMPERIO INDO-BRITÁNICO

I.

No obstante el justo orgullo que infunde á Inglaterra el imperio colosal que ha fundado en Oriente, ha habido en aquel país, cuyos pobladores se distinguen por su energía y constancia, hombres reflexivos, ó con exceso pesimistas, que han preguntado si no hubiera sido mejor ahorcar á Roberto Clive que vestirle de armiño.

Parece natural que esta duda fuese más viva en la Gran Bretaña desde Mayo á Octubre de 1857, cuando una tras otra se recibian en la metrópoli las noticias de haber estallado en la Presidencia de Bengala una terrible insurreccion militar, de haberse apoderado los Cipayos sublevados de la corte y de la persona del Gran Mogol, y de que en toda la India central los *feringhis*, los Europeos, hasta entónces tan respetados y temidos, eran acorralados, cazados, y como fieras asesinados, sin distincion de sexo, edad ni profesion. No es extraño que en aquel momento crítico, cuando se temia con harto motivo que la rebelion cundiera por toda la península, que la energía moral y física de las escasas tropas europeas que la guarnecian no fuera poderosa á contener el torrente; cuando los más confiados daban la India por perdida para Inglaterra, hubiese quien condenara una conquista realizada en poco tiempo y con gloria, pero que no se habia consolidado ni habia podido adquirir el afecto ni la adhesion íntima de la raza conquistada, ni quien maldijera el momento y la ocasion en que la Gran Bretaña, renunciando á la posesion de los puntos más importantes de las costas y del Océano índicos, aspiró á dominar aquel continente.

Pasado ese momento de sorpresa y temor, superada la crísis, y restablecida la confianza del pueblo inglés en su esfuerzo y fortuna, todavía algunos pensadores continuaron investigando si realmente la posesion de la India ofrecia para Inglaterra más perjuicios que ventajas, más riesgos que promesas de futura prosperidad, y si, dado caso que no hubiera sido oportuno ahorcar á Clive la víspera de la victoria de Plassey, no lo sería abandonar la mayor parte de la conquista suya y de sus sucesores.

Aun admitiendo la sinceridad de esas dudas y de tales hipótesis, habriamos de observar que Inglaterra es la única nacion del mundo que puede permitirse el lujo de ser generosa por cálculo y abandonar en un momento todo un Imperio con cerca de doscientos millones de habitantes: cuando se posee la décima parte proximamente de la tierra habitada y la sexta parte de su poblacion (1); cuando en los puntos más apartados del globo se han fundado colonias como el Canadá, Nueva Brunswick, las seis provincias de Australia y la Nueva Zelanda; sobre todo, cuando ha habido la prevision de sembrar por los mares, en puntos hábilmente elegidos, una série no interrumpida de estaciones mercantiles y militares, de puertos de escala, de refugio y de depósito, que son como los eslabones de la cadena que une á Inglaterra con sus grandes mercados en Oriente y Occidente, la pérdida de un Imperio es cosa muy sensible, pero sobre la que un pensador, áun siendo patriota, puede discurrir en su gabinete con cierta tranquilidad. Afortunadamente la pesadilla duró poco, y creemos que hoy nádie se acuerde ya de preguntar si la posesion de la India conviene ó nó á Inglaterra.

Un Imperio que abarca 1.545.331 millas cuadradas y contiene 191 millones y medio de habitantes; un presupuesto de gastos de cincuenta millones de libras esterlinas, del que una porcion considerable viene por uno ú otro camino á consumirse en la metrópoli; un comercio de exportacion cuya cifra excede de la de ese presupuesto; una navegacion que cuenta 10.000 buques extranjeros que entran y salen cada año en los puertos de la India; una flota mercante empleada en el solo servicio de correos y trasportes, que es superior á la marina militar de cualquiera nacion europea, excep-

(1) 5.328.179 millas cuadradas y 194.609.000 habitantes en 1859 en sus posesiones coloniales de las cinco partes del mundo.

tuadas la de la misma Inglaterra, Francia y Rusia (1); una fertilidad de recursos y abundancia de producciones que permite á la metrópoli remplazar, durante la guerra de Crimea, los cáñamos de Rusia con los textíles de la India, y en 1864 el algodon de los Estados Unidos con el de Bengala y Bombay; un Estado continental que ha recibido tal ensache que facilita á la Gran Bretaña el atacar por tierra á la China (2) y á la Rusia y á las antiguas y nuevas posesiones de Francia en el Indostan y la Cochinchina; un Imperio así, decimos, no solamente constituye, como sucede respecto de aquella nacion, su mayor título de gloria, lo que la dá mayores prestigio y brillo para con las otras naciones europeas, sino que se halla tan íntimamente enlazado con su prosperidad industrial y mercantil, que su pérdida no podria ménos de ser un suceso lamentable, y una señal de inmediata y peligrosa decadencia.

La catástrofe de 1857, pasado el primer momento de sorpresa y de ira cruelmente desahogada, no fué, repetimos, estéril para Inglaterra, que reflexionó detenidamente sobre sus causas, y que comprendió que no eran los Polacos y los Turcos los únicos á quienes debia aplicar su filantropía, teniendo en la India una inmensa poblacion, cuyo estado moral y material, á pesar de la grandeza del conjunto, era muy triste, y requeria otros remedios más que los de atar al rebelde cipayo á la boca de un cañon y diezmar regimientos. No se preguntó ya la Gran Bretaña si convenia abandonar la India, si no si se hallaba sólidamente constituido y bien gobernado aquel vasto Imperio. Entónces reflexionó que el coloso con la cabeza de oro y el cuerpo de hierro manifestaba, como el que en sueños viera Nabucodonosor, el grave defecto de la falta de cohesion entre sus diversas partes mostrando sus piés de barro. Entónces comprendió el ódio que la profesaba aquella raza indígena, á la que habia creido tan sumisa y adicta, y que ofrece la particularidad de ser la única del mundo que ha vivido más de ocho siglos sometida á conquistadores extranjeros, sin perder por eso los caractéres propios y los rasgos distintivos de su nacionalidad. Un exámen formal la manifestó el peligro de la extremada extension de territorio, no proporcionado ni aun á las fuerzas de la misma Inglaterra, que las

(1) La Compañía Peninsular Oriental contaba, hace algunos años, 64 buques con 90.000 toneladas y 18.642 caballos de vapor.

(2) Desde 1851 la provincia inglesa del Boutan y el territorio de la China no se hallan separados sino por el territorio de los Singphos, ó sea una gran masa de montañas.

conquistas sucesivas y las anexiones poco escrupulosas habian producido, y contra el cual representaba ya en 1770 el mismo Clive pidiendo que la dominacion territorial se limitara á las provincias de Bengala, Bahar y Orissa; la anomalía de una compañía mercantil, soberana en el nombre, pero reducida á vana y perjudicial ficcion administrativa desde que perdió su monopolio comercial y su poder político; la defectuosa organizacion del ejército indígena y de la Hacienda pública; el abandono en materia de obras públicas, allí más necesarias que en otra parte para que la civilizacion material ayudara á vencer los obstáculos morales que la religion y carácter del pueblo indio oponian á la asimilacion. Inglaterra, en fin, echó de ver lo que hasta entónces corto número de personas instruidas en los asuntos de India comprendian: que este país no es como la Australia ó el Canadá, poblados por la raza sajona y otras fuentes de emigracion europea, una «colonia» propiamente dicha, y por consiguiente con elementos para fundar una administracion independiente, si no «un país de conquista» en el que la raza europea se hallaba en insignificante minoría, y en el que la civilizacion moderna tenía que tropezar con el obstáculo de otra civilizacion gloriosa, cuya antigüedad pasa de treinta siglos, y con una poblacion tan densa y considerable que no se deja destruir, y tan apegada á sus creencias filosóficas y religiosas que apénas se deja penetrar ni modificar.

Por segunda vez desde que Warren Hastings comparecia en la barra de la Cámara de los Lores y desde que la elocuencia de Burke de Fox y de Sheridan denunciaba á Inglaterra la expoliacion de las Princesas de Ouda y el exterminio de los Rohillas; la opinion pública en Inglaterra se preocupó vivamente con la organizacion y las cosas de la India y se familiarizó con ellas. Su impulso, auxiliado por las dolorosas lecciones de la experiencia, provocó notables reformas y mejoras en aquella materia, y si álguien quedara en aquel país que continuase dudando de la utilidad de conservar la dominacion británica en la India, la rápida y dichosa campaña de Sir Roberto Napier en Abysinia, verificada con elementos que dichas posesiones suministraron, y la apertura del istmo de Suez en 1869 le habrán tal vez convencido de que su pátria hizo bien en hacer lord á Clive, y que no hubiera obrado mal tampoco no amargando aquella gracia con los sinsabores que impulsaron al conquistador á poner fin á sus dias con un suicidio, cuando más necesario y útil podia ser á la Gran Bretaña.

II.

La víctima de más elevada posicion social, entre las muy numerosas de todas categorías que causó la insurreccion de 1857, fué la de «la anciana lady de Lóndres» la Compañía inglesa de las Indias Orientales, fundadora y explotadora por espacio de dos siglos y medio del gran Imperio anglo-británico. A la verdad, la Compañía de las Indias Orientales estaba ya caduca y amenazaba ruina desde que en 1805 perdió su primitivo monopolio mercantil, y desde que en 1834 se vió arrebatar por su Gobierno sus propiedades territoriales y su poder político. A partir de la última de esas fechas, y aun ántes de ella aquel Gobierno, y la nacion inglesa si se quiere, por medio del Parlamento y de la opinion, fueron el verdadero poder en la India; poder que tenía por órganos en ella á los Gobernadores generales, y en la metrópoli á la Junta de Intervencion, *Board of Control*, que vigilaba é intervenia las operaciones de los directores de la primera. Con todo esto, la Compañía de las Indias representa un papel tan importante en la historia moderna de la Gran Bretaña, que sin ella no hubiera existido probablemente ó no se hubiera consolidado su dominacion en el continente asiático.

Nació la Compañía en una de las épocas más gloriosas de la historia de Inglaterra, al terminar el siglo XVI y reinando Isabel I; es decir, cuando la nacionalidad inglesa estaba constituida y en el período en que esta nacion se emancipaba en lo mercantil del dominio de la Ansa teutónica y en lo político de la supremacía de España; pero alcanzó tambien tiempos muy difíciles y poco gloriosos: vivió con los dos primeros Estuardos que no protegieron el comercio y la navegacion como aquella soberana; atravesó por las vicisitudes y turbaciones de la Revolucion y de la Restauracion y en medio de estas fluctuaciones supo defender y conservar su privilegio, ensanchar sus relaciones y adquisiciones en la India y preservar en lo posible esta esfera de accion del pueblo inglés de las pasiones y de la codicia de los partidos políticos. La conquista misma fué obra suya ántes de serlo de la nacion, como que fué consecuencia de la guerra entre ella y la Compañía francesa de las Indias, mantenida con sus propios recursos y producto de sus

rivalídades y de la concurrencia desleal y hostil que los europeos se hicieron siempre en Oriente, tiempo ántes de que los Estados respectivos la convirtieran en causa nacional.

Al comenzar el siglo XVII, una asociacion poderosa para comerciar en países lejanos era un progreso á la par que una necesidad. Poco desarrolladas aún las fuerzas individuales, la asociacion que las centuplica era entónces un hecho nuevo, por más que la Liga anseática hubiese dado el ejemplo; y harto más necesario que en el dia, porque ni los progresos del arte náutico, ni la conquista, ni los adelantos de la geografía, ni los tratados diplomáticos habian allanado el camino á la accion particular, sobre todo en países lejanos y recien descubiertos. Comenzaba entónces la gran navegacion, habiendo sido hasta 1496 de cabotaje la que, á favor de los monzones, practicaban los Árabes para servir de intermediarios entre la Europa y la India; los mares estaban poblados de aventureros y piratas, los pueblos indígenas, maltratados por Portugueses y Holandeses, acogian con prevencion ú hostilidad á los extranjeros; las grandes compañías mercantiles fundadas por éstos, no tardaron en ser rivales y en hacerse una guerra desleal, excitando unas contra otras á los Príncipes indígenas, y en fin, la asociacion del comercio, la guerra y la política parecia de tal modo precisa en Oriente, que sin ella no se creia fundar nada estable. Tampoco las ideas de aquellos tiempos permitian plantear la asociacion mercantil sin el privilegio y el monopolio, porque se temia mucho la concurrencia, más fácil y peligrosa entónces que en el dia, por ser el tráfico con Oriente un comercio de lujo que consistia en pocos artículos preciosos, de gran valor, y escaso volúmen, como las sedas, el marfil, los perfumes y pedrería, y posteriormente las especias. Sobre el monopolio tenia, pues, que fundarse la Compañía inglesa de las Indias; y prueba que esa forma de comercio tenia entónces razon de ser, que sobrevivió á las tres grandes crísis que la primera atravesara; su supresion por Cromwell, que permitió el comercio á todos los súbditos ingleses, la libre concurrencia autorizada por el Parlamento en el reinado de Guillermo III, y el establecimiento de otra Compañía rival y legalmente autorizada al comenzar el siglo XVIII. De todas estas pruebas, la primitiva Compañía de las Indias salió victoriosa, siendo restablecida en 1657, y protegida por el mismo Cromwell que la suprimiera, viendo fracasar los

esfuerzos de la concurrencia privada, y absorbiendo por último á la Compañía rival mediante un convenio y algun sacrificio pecuniario; con lo cual demostró, en nuestro entender, que el privilegio no era solamente una costumbre ó una preocupacion de aquella época histórica, si no que se explicaba tambien por circunstancias y necesidades reales de la misma, que sólo con los adelantos de la navegacion, de la riqueza pública y del comercio fueron desapareciendo. Para comerciar en Oriente cuando de Lóndres á Calcuta se empleaban ocho y nueve meses de navegacion sin hallar en ella una sola escala, y cuando era preciso pelear con frecuencia por mar y por tierra, se necesitaban asociaciones poderosas, con capitales de que entónces disponian muy pocos indivíduos, con recursos de toda especie, y capaces de declarar la guerra, de hacer la paz, de celebrar tratados y administrar pueblos; á ménos que no fuese el Estado, como sucedió respecto del Portugal, quien reuniera los diversos caractéres de descubridor, conquistador, legislador y traficante. Entre estos dos sistemas preferimos el primero y la comparacion entre los resultados de ámbos explica la preferencia.

Como todas las instituciones inglesas, así políticas como administrativas, la Compañía de las Indias recibió su completo desenvolvimiento, y puede decirse que se sobrevivió á sí propia. Cuando se examinan rápidamente los principales rasgos de su historia y se la vé llegar desde el monopolio á la libertad; soportar la libre concurrencia al principio de su carrera; abandonar sucesivamente el comercio con India, primero á los súbditos ingleses, á condicion de servirse de los buques de la Compañía, luego sin esta condicion, pero reservándose el comercio con la China, después sufrir la concurrencia aun en este terreno y por último admitiendo á los extranjeros, la política mercantil de la Compañía parece liberal y como que justifica la admiracion de los numerosos anglomanos del continente. No se advierte que ha ido tan despacio en esa carrera que ha empleado dos siglos y medio en recorrerla, y que las concesiones hechas al principio de libertad han sido tan tardías, que con frecuencia habian sido ante-pasadas, no ya por la misma Inglaterra en sus relaciones con sus colonias de América, sino por naciones á quienes escritores extranjeros pintan como tipo del sistema más restrictivo en materia colonial; España, por ejemplo.

Nuestra pátria, tan calumniada, no comenzó sus relaciones con América por el monopolio, como Inglaterra las suyas con la India, sino por la libertad mercantil más completa; la cual si desde mediado el siglo XVI se fué cercenando se debió tanto como á los errores económicos, á las empresas de los corsarios y piratas de Francia, Inglaterra y Holanda que obligaron á los buques españoles á navegar en conserva y al amparo de las naves de guerra, facilitando de este modo y provocando la centralizacion y la reglamentacion. A pesar de esto, siempre fué permitido al comercio español fletar buques por su cuenta para la carrera de América, y embarcar en los del Estado sus mercancías ó las extranjeras en cabeza de un comerciante español, concesion que la Compañía inglesa de las Indias no hizo hasta 1784; y España llevaba cuarenta años de permitir el libre tráfico con sus colonias á los principales puertos de la Península, cuando la reforma de 1813 autorizó á todos los súbditos británicos á comerciar en la India. Hasta 1825, bajo la entendida administracion de Huskisson, no permitó la Gran Bretaña á los súbditos extranjeros el libre comercio con sus colonias, y hasta 1837 no hizo extensiva esa liberal medida á la India, cuando desde 1818 nuestra isla de Cuba, último y precioso resto del imperio colonial de España en América, disfrutaba dicha libertad. El *pacto colonial* ha subsistido por mayor espacio de tiempo y con más rigor en las posesiones ultramarinas inglesas que en las españolas; y hoy mismo el comercio entre la metrópoli y sus *provincias del exterior* se halla equiparado en nuestra pátria al de las peninsulares entre sí, mientras que Inglaterra grava las procedencias coloniales con derechos equivalentes á los del extranjero, y es correspondida por sus colonias antiguas y modernas con una guerra de tarifas análoga á la que á principios del siglo se hacian las naciones de Europa rivales ó enemigas.

III.

Una observacion análoga á la que acabamos de apuntar acerca del carácter mercantil de la Compañía de la India es permitida respecto de su carácter político. Cuando la vemos desde 1600 á 1784 reunir las fuerzas necesarias para la gran empresa que la Providencia la reservaba, y emplearlas útilmente á medida de

las necesidades á que debia atender; recibir primeramente de la Corona el derecho de hacer tratados y convenios, el de declarar la guerra y hacer la paz, y algo más adelante la jurisdiccion civil y criminal en las comarcas cedidas ó vendidas por los príncipes indígenas; cuando la vemos lograr el reconocimiento y sancion por el Parlamento de la patente que recibiera de la Corona y obtener del uno y de la otra, á cambio de sacrificios pecuniarios, la libertad de accion y el apoyo que necesitaba; cuando la vemos usar de estas facultades para disputar á Francia la supremacía en la India y arrebatársela y para echar así las bases de una gran fundacion colonial, no podemos ménos de conceder que la Compañía fué digna de su fortuna, que supo aprovecharse de ella en beneficio propio y en el de la nacion, y que su desarrollo fué constante y notable.

Después, desde 1784 á 1858, cuando de poder mercantil se convirtió en poder político y en soberana de inmensos Estados, vémosla tambien seguir una marcha lógica y no interrumpida, compartiendo primero ese poder con el Gobierno metropolítico, cediéndole luego la mejor parte, y abandonándole, en fin, la totalidad. Y así como en lo mercantil las actas de 1784 y de 1793, que admiten al comercio de la India á los súbditos ingleses con ciertas restricciones, y la de 1833, que pone término al monopolio de la Compañía, marcan el progreso en sentido liberal, así en lo político la creacion en la primera de aquellas fechas del *Board of Control*, la supremacía que ántes en 1773 habia sido concedida al Gobernador general de Bengala sobre los de las otras dos Presidencias, la instalacion en la misma capital de un Tribunal Supremo de Justicia, van estableciendo el sistema del *doble gobierno*, ó sea el metropolítico y el de la Compañía, que en 1833 recibe un golpe mortal con la declaracion de su carácter provisional hasta 1854, y con la cesion á la Corona de las propiedades territoriales de aquella, y que en 1858 es sustituido al cabo por el régimen definitivo, en el cual el poder político de la Compañía pasa á la Reina Victoria, aquella es suprimida, y se crean en su lugar un Ministerio responsable de la India en Inglaterra, asistido de un Consejo que remplaza á la antigua Junta de Directores, y otro Consejo legislativo en Calcuta, gérmen del futuro Parlamento indio, cuyas sesiones son públicas, y en el que toman asiento indígenas de diversas razas y religiones.

Sin más que esta brevísima reseña, ¿quién puede dudar de que

ha habido progreso constante, así en lo mercantil como en lo político, en la marcha y en la organizacion de la difunta Compañía? Es innegable. Pero hay que recordar al mismo tiempo que esos adelantos se han verificado en un período *de dos siglos y medio*; que se han realizado paulatinamente, á veces por el impulso de muy costosa experiencia, y que cási todos ellos hacía mucho tiempo que eran exigidos imperiosamente por la opinion pública, y que habian sido ya planteados por otras naciones, y por la misma Inglaterra en sus colonias de América. Así, pues, creemos que más bien que calificar de «liberal» el sistema mercantil y político de Inglaterra en la India hasta 1858, se puede decir que fué «lentamente progresivo,» lo cual no es una novedad por cierto en aquella nacion perseverante, donde, cualquiera que sea la institucion en que el historiador fije la vista, ya se trate de la monarquía, ya de la aristocracia, ya del Parlamento, ya de la democracia misma, ó del comercio ó de la marina y la navegacion, ó de la civilizacion material, se ve á la bellota convertirse poco á poco en encina y caminar constantemente á su total y completo desenvolvimiento: bien al contrario de lo que pasa en muchas naciones del continente que imitan el ejemplo de los niños que desentierran á los pocos dias el árbol que sembraron, para ver si germina, y donde las instituciones políticas y sociales son como plantas de estufa, criadas artificialmente, y por lo tanto sin raíces ni vigor.

Aparte de esos favorables caractéres, la Compañía inglesa de la India tuvo otros que no sería justo omitir. Uno de los principales fué sin duda la buena eleccion de empleados y el respeto que profesó al mérito y á la antigüedad. En los primeros tiempos de la conquista, cuando los sueldos de los funcionarios de la India eran mezquinos, y poderosas y cási irresistibles las tentaciones, hubo desórden en esta materia y casos harto frecuentes de venalidad y rapiña; pero no solamente procuró siempre la Compañía atajar el mal, sino que desde fines del siglo XVIII, á partir de la administracion de Lord Cornwalis, la de Inglaterra en sus posesiones asiáticas comienza á ser un modelo digno de imitacion en cuanto á las cualidades y conducta de sus funcionarios, y lo es ya realmente en 1833 bajo la administracion prudente, pacífica y reformadora de Lord Benthinck. En cambio, la exclusion de los indígenas de los empleos superiores, el corto número de funcionarios europeos, y el haber de emplear exclusivamente en los cargos inferiores, en

especial en la recaudacion de los tributos, á indígenas de escasa moralidad, que no podian ser vigilados, y cuyas exacciones y crueldades eran fatales al *ryot*, fueron males muy graves de la administracion inglesa. De hecho ésta, por el corto número de sus funcionarios, las dificultades para su admision, y la exclusion de los indígenas de los cargos superiores, hacía tiempo que se habia convertido en una oligarquía burocrática, centralizadora y exclusiva, y nada en armonía con el carácter del pueblo indio. Fué además siempre opuesta, así á la inmigracion europea como á la emigracion de los indígenas, la cual en algunas provincias de poblacion muy densa hubiera podido ser un remedio á la miseria y á las hambres, allí cási periódicas. como lo es en China; aunque, á decir verdad, el horror del Indio á la *onda negra*, como llama al mar, hubiera requerido siempre estímulo de parte de aquella para hacerle abandonar su pátria. Hasta el bill de 1837 no pudieron legalmente los Europeos adquirir tierras en la India, donde en efecto, no hace mucho tiempo, apénas habia más colonos de aquella procedencia que los plantadores de índigo de Bengala y Ouda: en cuanto á la inmigracion del trabajador con su familia, base de la libre colonizacion, no era posible en un país de poblacion tan densa, sóbria y de escasas necesidades, que el salario de un *ryot*, y áun el de un artesano, apénas excede de tres peniques.

Una cualidad, que no puede negarse á la Compañía, es la de haber sido en extremo tolerante en materia religiosa; tolerancia que llegó frecuentemente á ser absoluta indiferencia respecto del cristianismo y de la civilizacion cristiana, y que, aparte de otros inconvenientes, que apuntarémos en el curso de este estudio, vino á ser impolítica por el sentimiento de desden que inspiraba al Indio, religioso por naturaleza, un Gobierno que ocultaba su propia creencia y como que se avergonzaba de ella. Este estado de cosas se prolongó demasiado. Inglaterra tenia una reina, y los Indios no conocian otro poder soberano más que una Compañía mercantil; una creencia, y la ocultaba; una política colonial fundada en la union entre la Colonia y la Metrópoli y la similitud de instituciones, y la India no poseía más que Consejos particulares de los gobernadores en los que no se hallaba representada la raza indígena. La anomalía no podia ser mayor, y su prolongacion excesiva no influyó poco en la catástrofe de 1857, en la que la Compañía desapareció.

Mas cuando llegó este momento, el Imperio anglo-indio abarcaba ya la inmensa extension con que hoy le vemos. La Compañía habia poseido hasta 1757 factorías y territorios como hoy la Francia; desde aquella fecha tuvo provincias, Estados y reinos. Clive, conquista el Karnatic y Bengala; Hastings, domina en Orissa, Bahar y territorios del Norte; las guerras sostenidas á fines del mismo siglo con Hyder Alí y Tippoo-Sahib dan á la Compañía la mayor parte del Missore y del Indostan meridional; las sostenidas con los Mahrattas, con Holkar y Scindia, la mayor parte del Deccan; en 1824, Lord Amherst agrega el Pegú y la costa de Martaban; luego Sir Cárlos Napier el país de los Sinds, y Lord Dalhousie el Punjab: la Holanda se vé obligada á ceder á Ceylan y á cambiar á Malacca; y en 1818, Sir Stamford Raffles funda en la posicion mercantil mas importante del globo á Singapore, que segun frase del mismo «vale un Continente.»

Así se formó la India actual, que pasa desde la costa de Malabar á la de Coromandel, de aquí al golfo de Bengala, luego á la costa de Martaban, que penetra después en el estrecho de Malacca, toca al Imperio de Siam y que se extiende de Norte á Sur desde el cabo Comorin al Himalaya, desde más allá del Indo hasta más allá del Irauoaddy, y no se halla en el dia separada de la China y de la Rusia más que por cadenas de montañas. Con lo cual queda demostrado, que aquella sábia resolucion de la Cámara de los Comunes en 1782, «que los planes de conquista y la ilimitada extension de los dominios ingleses en India repugnaban á la sabiduría, al honor y á la política de la nacion británica,» no sirvió de nada, ni tampoco la repugnancia de la Compañía á unas conquistas que se la ofrecian como medio de atender á sus apuros financieros y de pagar sus deudas, y cuyo resultado era siempre aumentar los gastos permanentes y la deuda, y enriquecer sólo á algunos generales y altos funcionarios. La política de conquista en India, á decir verdad, tuvo siempre entre los hombres de Estado de Inglaterra muchos y notables contradictores. Antes de 1833 Lord Wellington afirmaba: «que la extension de territorio inglés y de la influencia inglesa, no guardaba proporcion con sus medios,» y sin embargo, en aquella época la India británica no comprendia más de cien millones de almas, gobernadas y administradas por un millar escaso de funcionarios europeos.

El sistema de las *anexiones* aplicado desde 1849 por Lord Dal-

housie fué aún más impolítico que el de la conquista, porque se fundaba en motivos aún más injustos. El mismo Lord Dalhousie formulaba ese sistema, segun la *Wetsminter Resview* en las siguientes frases: «No me explico que se repruebe una política que consiste en aprovechar las ocasiones favorables *para redondear* nuestros territorios y asegurarnos su disfrute, posesionándonos de los Estados en ellos enclavados.» Esto quiere decir, que Inglaterra no se consideraba obligada por los tratados que garantizaban á los Príncipes indígenas sometidos una soberanía nominal en realidad, puesto que era limitada por la intervencion del residente británico, pero á la que conservaban gran apego. Además, lo que Lord Dalhousie llamaba «ocasiones favorables,» fueron cási siempre iniquidades y pretextos odiosos, como los que sirvieron para despojar de sus Estados ó de sus pensiones, pues tambien á esto se aplicaba la política de aquel gobernador, al Nizam de Hyderabad, al Peischwa de los Mahrattas, al Rey de Ouda, á la Reina de Jhansi y al Rajah de Bithur, Nana-Sahib, de los cuales los tres últimos figuran muy principalmente en la insurreccion de 1857; hechos todos que demuestran que si la conquista inglesa impidió el desenvolvimiento interior de la India, consumiendo sus fuerzas en empresas militares y abarcando más territorio del que podia administrar, las anexiones la hicieron odiosa á los intereses dinásticos de los príncipes indios y musulmanes que claramente veian su incompatibilidad con la raza invasora, y que en su desesperacion debian acudir á los medios más violentos.

V.

Vemos, pues, que en ménos de un siglo Inglaterra ha realizado esa prodigiosa conquista que la ha hecho dueña de un territorio diez veces mayor y de una poblacion seis veces superior á la del Reino Unido, y sin embargo, no halló en Asia, como España en América, tríbus no civilizadas y poco belicosas, ó Imperios como los de los Incas y los Aztecas, extensos, pero tan atrasados en las artes, que ni aun el uso de los metales conocian: la densa poblacion de la India pertenecia en su mayor parte á una raza antiquísima, noble é inteligente, á la raza arya, aunque mezclada en proporcion considerable con la semítica y la mongola. La

civilizacion de la India era, cuando ménos, doce ó diez y seis siglos más antigua que la de la *última Thule*, como los Romanos llamaron á la Bretaña, y hacía no menor espacio de tiempo que habia llegado á su apogeo, produciendo monumentos muy notables en filosofía, en letras y en ciencias, aun cuando no incluyamos en el número de las últimas más que la astronomía y la gramática. El *sanscrito*, idioma que un tiempo fué hablado en la India, aunque hoy sea puramente escrito, es juzgado por los filólogos el más perfecto, sabio y cultivado de cuantos se conocen.

La industria de aquella poblacion era tan avanzada, que sin haber progresado lo más mínimo por el contacto con la europea, todavía los chales de Katchmir, las muselinas de Dacca, denominadas propiamente «aire tejido,» son inimitables para la última. Poseia la India un código de leyes civiles y religiosas, las leyes de Manú, que aún dia rigen en parte, y que eran sin duda una maravilla en el tiempo en que fueron formadas. Y aparte de estos elementos de civilizacion avanzada, el Indio no es cobarde ni carece de energía física: hasta 1857 el *Sepoy* fué considerado un soldado modelo, que habia dado brillantes pruebas de valor y disciplina en Polillore y Porto-Novo contra Tippóo-Sahib, y en las guerras con los Mahrattas, con los Siks y los Afghanes. La aptitud del Indio para soportar el dolor físico, aptitud desenvuelta por una educacion especial, es cosa que pasma al Europeo que ve en las fiestas de la diosa Kalí al faquir con un gárfio clavado en la parte carnosa de la espalda, voltear en el aire á gran altura, ó permanecer con el rostro aplicado á la tierra humedecida, en la que dejó caer unos granos de mostaza hasta que estos germinan, ó imitar al Stylita, viviendo inmoble años seguidos sobre una roca.

Con todo esto, un pueblo tan antiguo, tan civilizado, tan apto para la religion, la filosofía y la literatura, y tan despreciador de la vida y del dolor físico, carece de energía moral, como lo demuestra el haber vivido desde hace más de ocho siglos sometido á un conquistador extranjero. Tal parece ser, en efecto, la suerte de la India, conquistada por Ciro, por Alejandro, por Seleuco, por los Afgahnes, por los Mongoles, los Persas y los Ingleses; y todo esto, como hemos dicho, sin perder los rasgos distintivos de su civilizacion.

De todas esas conquistas, la musulmana es sin duda la que más ha penetrado en la poblacion india, ora por la inmigracion, ora

por la fusion. Aun hoy dia se encuentran en los Estados subordinados á Inglaterra Príncipes indios con Ministros musulmanes, y Príncipes musulmanes con Ministros indios; ámbas razas se mezclan, y ámbas han tomado algo recíprocamente de sus costumbres, y aun de sus religiones. En cambio la europea permanece inaccesible á la india, y ésta cási impenetrable á aquella.

Solamente la religion puede explicar tan notables fenómenos; y en efecto, cuando se ha examinado el fundamento filosófico y los caractéres del brahmanismo y del budhismo, cesa la extrañeza y se comprende la historia como el estado actual de la poblacion indígena de la India. Notables diferencias existen entre esas dos religiones, y todavía son mayores las que se advierten entre sus sacerdocios; como que el de Budha respeta la independencia del poder civil, miéntras que los Brahmines le supeditan; pero ámbas coinciden en su carácter panteista, porque arrancan de una creencia peculiar de la India; la creencia en la trasmigracion.

Hoy dia, el budhismo se halla cási desterrado de la India propiamente dicha, pues la isla de Ceylan donde domina, y donde se venera, bajo la custodia del Gobierno inglés, el diente colosal de Gotama Budha, de dos pulgadas de alto, es colonia de la Corona, y el Nepal y el Thibet, que tambien profesan aquella religion, son Estados autonómicos. Nó tratarémos, pues, de esa religion, la más triste y desconsoladora de cuantas conoce el mundo, áun cuando ofrezca el contraste de una moral pura, y de ser quizás la única que no ha empleado jamas la fuerza con un fin de proselitismo: baste saber que los pueblos que la profesan han sido impotentes en general para organizar gobiernos y administraciones regulares y estables y para practicar la libertad. La completa abstraccion del mundo en que el verdadero budhista ha de vivir, la absorcion en el *nirvana* (la nada), que es su ideal, son esencialmente destructoras de la personalidad humana, y por consiguiente de la actividad y de la energía moral que requieren las luchas de la civilizacion.

No es tan sombría ni tan radicalmente atea la religion brahmínica. Brahma, por el contrario, no es un sér individual como Mahoma ó Budha, ni la encarnacion del principio conservador ó del destructor como Visnú y Siva, sino el Sér infinito, el principio creador; pero la India brahmínica cree tambien en la trasmigracion: la vida actual en cada hombre y en cada criatura depende,

para el Indio, de su existencia anterior, y ha de ser causa de su vida futura en el órden de la creacion, y por consiguiente se somete como fatalista al destino, á que no puede sustraerse, y admite al mismo tiempo número infinito de supersticiones para atenuar la interminable série de trasformaciones que le aguardan. La division en *castas* (1), carácter distintivo en lo exterior del brahmanismo, produce el aislamiento é impide la mezcla y compenetracion de las diversas clases sociales, sin las que resulta muy difícil, si nó imposible, lo que los Europeos llamamos «nacion,» que es el conjunto armónico de todas aquellas.

No debemos, en vista de estas reflexiones, admirar que el pueblo indio parezca como predestinado á la conquista extranjera, áun manteniendo sus caractéres propios; pero no hubiera sido tan fácil y tan rápida la verificada por los Ingleses, si, como la que intentaron Dupleix y Bussy, no hubiera comenzado en el período de disolucion del Imperio mogol; cuando éste, destrozado y humillado por la invasion persa acaudillada por Nadir-Schah, 1734, quedaba reducido á vana apariencia, á una soberanía nominal que no respetaban ni obedecian las confederaciones de Príncipes independientes como los mahrattas, los jefes de vastos Estados como el Sultan de Missore, ni los rajahs, los nababs y los talukdars ó señores feudales del Indostan septentrional y del centro de la península.

Sin aquella decadencia y division, y sin las contínuas y profundas rivalidades y contiendas de los príncipes indígenas, la conquista inglesa poco hubiera pasado de las costas y de la provincia de Bengala. Si los mahrattas se hubieran unido á Hyder-Alí ó á su hijo; si Holkar y Scindiah hubieran peleado juntos; si el Nizam y los Príncipes de Indore y de Gwalior descendientes de aquellas familias se hubiesen decidido á apoyar la insurreccion de los cipayos de la Presidencia de Bengala en 1857, la conquista inglesa no hubiera penetrado hasta el interior de la Península, ó hubiera desaparecido en la última crísis. Por eso la política británica procuró siempre mantener divididos á los indígenas y emplearlos los unos

(1) Aun cuando las castas son cuatro, puede decirse que no existen más que dos, a brahmínica y la de los *sudras*, habiendo desaparecido la militar, y fundídose la comerciante en la trabajadora; pero las sub-castas son muy numerosas, y hasta los mismos *párias* han constituido casta aparte: de tal modo ha penetrado esta organizacion singular en el pueblo indio.

contra los otros áun por medios poco morales y más conformes con el carácter indio que con el inglés. Soldados naturales del reino de Ouda y de las provincias del Norte eran en su mayor parte los que vencieron al terrible sultan de Missore; cipayos los que derrotaron á los siks en Sobraon; siks y goorkas los que ayudaron á los Ingleses á tomar á Delhi y á Lucknow, y á ahogar en sangre india y musulmana la insurreccion mencionada, que triunfara quizás si el Punjab y el Peshawer, recientemente sometidos, no se hubieran dejado llevar del ódio que profesaban á los cipayos más bien que del que al parecer debian inspirarles sus conquistadores.

VI.

Aquel suceso trascendental en la historia de la dominacion inglesa en la India es tan reciente y tan conocido, que no nos detendrémos en narrarlo; pero debemos decir algo acerca de sus causas y de sus consecuencias.

Creyó al principio Inglaterra, quizás por el trabajo que siempre cuesta reconocer los propios errores, que las primeras eran esencialmente religiosas, y repitió hasta la saciedad la historia de los cartuchos untados con grasa de vaca; más la verdad es que el cipayo no alegó nunca, en el curso de la insurreccion, motivos religiosos, ni podia realmente alegarlos cuando la política de la Compañía en la expresada materia era todavía, más que la de tolerancia, la de la más completa abstencion é indiferencia. Débese con todo distinguir entre los Indios y Musulmanes, tan ajenos los primeros al proselitismo religioso como fanáticos los últimos, en especial los de la secta wahavita, muy extendida por la India, y cuya participacion en dicho suceso parece demostrada.

Por parte de los Indios, las causas de la insurreccion fueron várias, y las principales el interes dinástico, comun á príncipes indios y musulmanes, el de las clases superiores de aquella sociedad, amagadas de extincion ú obligadas á una trasformacion penosísima en su modo de ser y costumbres, y el estado social que habia creado la conquista inglesa al extenderse y consolidarse.

En Agosto de 1857 el anciano Emperador mogol, á quien los cipayos sublevados sacaron de un rincon de su palacio de Delhi para ampararse con el prestigio de su nombre, circuló un Manifiesto,

que los escritores ingleses admiten por verdadero en su parte principal. Este documento afirmaba que el régimen inglés cerraba el porvenir á las clases superiores de la sociedad india: «ni en la carrera de las armas, decia, ni en la de los empleos civiles, ni aun en la industria y las artes una ambicion noble halla campo en que desenvolverse. En el ejército, el mayor grado que puede alcanzar es el de capitan segundo (*subaddar*). Las funciones civiles mejor retribuidas á que puede ser promovido (las de *sudder alá* ó juez de primer grado), le proporcionan quinientas *rupias* (1) mensuales, pero ninguna influencia, ninguna propiedad territorial ni gratificacion. Las manufacturas indígenas se ven abrumadas bajo el peso de la concurrencia inglesa; la ruina de los *zemindars* y de los *talukdars* (2) impide que la agricultura sea como ántes una profesion noble y lucrativa.»

Lo que estas sentidas quejas expresan para el que reflexiona sobre ellas, es la oposicion de las dos civilizaciones europea y oriental, que desde que Inglaterra consumó la conquista y entró en plena posesion y disfrute de la India entera, tenía que surgir fatalmente, y que hasta aquel momento no habia tomado tan graves proporciones: los indígenas se encontraban en la disyuntiva de modificar radicalmente su manera de ser, renunciando las clases superiores á las dignidades y consideraciones sociales, á las que el oriental tiene mucho más apego que el europeo, y abandonando el pueblo el telar casero y el aislamiento de casta por la fábrica, ó desaparecer los primeros y vivir condenado á la miseria el último. La dominacion británica, preocupada con la conquista y fatal siempre á las razas indígenas, pues donde no las extingue como en América, en Australia y en Nueva Zelanda, las mantiene estacionarias y separadas como en la India, no habia previsto ese conflicto de dos civilizaciones tan opuestas, y habia hecho, por consiguiente, muy poco para prevenirle. En lo moral, las mismas cualidades de la raza sajona, su dignidad, el respeto á veces excesivo de sí propia, la impedian mezclarse con la india como en los primeros tiempos lo hiciera; y viviendo separada y distinta, ni podia oir sus quejas ni

(1) La *rupia* equivale á 10 rs. de la moneda española, y el *lac* de rupias á un millon de reales.

(2) Los *Zemindars* son á la vez propietarios, arrendatarios y recaudadores del impuesto, y los *talukdars* señores feudales ó aristocracia, dueños de la tierra en el Norte de la India.

*

conocer sus necesidades. En la esfera material, ocupada incesantemente en extender su dominio, no compensaba á los indígenas con beneficios positivos y con adelantos materiales, que á la larga influyen tambien en lo moral, los graves perjuicios que les causaba abandonando sus obras públicas y monumentos, y perturbando profundamente su existencia y su organizacion social. De aquí la crísis de 1857, á la que no fué ajena la masa de la poblacion india, puesto que sin su apoyo y sus simpatías no hubieran podido Tantia-Topee, el Mulvi y los caudillos musulmanes prolongar, después de perdidos Delhi y Lucknow, la guerra de guerrillas, imposible de hacer cuando la poblacion se mantiene indiferente.

Algo habia hecho la administracion inglesa desde 1849, en particular bajo el gobierno de lord Dalhousie para facilitar la transicion de uno á otro modo de existencia: de aquella época datan la terminacion del *Great-thrunk-road* ó red magnífica de carreteras en el Indostan septentrional, comenzada en 1836, y el gran canal del Gánges, que con sus numerosos ramales se extiende por espacio de mil cuatrocientos kilómetros, y riega millon y medio de hectáreas; mucho ha hecho, desde 1857 hasta el dia, terminando la red de ferro-carriles que unen á Bombay y Calcutta con Agrah y Delhi y enlazan entre sí las principales ciudades y plazas mercantiles de la India; impulsando el cultivo del algodon en esta Península, el del café en Ceilan y mejorando el del ópio en Bengala; construyendo 13.000 millas de telégrafos eléctricos, perfeccionando la navegacion fluvial, mejorando las grandes poblaciones, reformando el vicioso sistema de impuestos; mas aparte de que proporcionalmente no es eso todavía bastante para un Imperio tan colosal y poblado como la India y de que los indígenas se quejan con razon de que pagan muy caras estas mejoras con el ya insoportable aumento de tributos, la dominacion británica tendrá siempre que luchar en Asia con dos clases de obstáculos á cual más graves.

Primeramente con el obstáculo material de la desmesurada extension del territorio, desigual por diversos conceptos, de la India; con lo enervante del clima, que hace de la mayor parte de la Península un perpétuo baño de vapor, que explica la flojedad del Indio y la degeneracion de la raza europea á la primera generacion; con la densidad de la poblacion que impide la emigracion del trabajador europeo y la colonizacion; y en fin con el corto

número de funcionarios ingleses, por más que seán excelentes, que no puede bastar para administrar bien doscientos millones de indígenas. El mejor remedio á este obstáculo hubiera sido, á no dudarlo, un empleo más discreto de las fuerzas de la nacion conquistadora y civilizadora, que debió limitar y concentrar su accion. Bajo este punto de vista nos parece que la Inglaterra misma no debe estar satisfecha de la anexion de la Scindiah, el Pegú, la Birmania y otras provincias, que la debilitan más bien que la fortalecen; mas ya que no sea posible retroceder, la continuacion del impulso dado á las obras públicas, el facilitar hasta donde sea posible la adquisicion de tierras por los europeos, como medio de mejorar los cultivos y aumentar la riqueza, y la participacion de la raza indígena en la administracion pública, pueden ser de buen resultado y son indicados en efecto por escritores competentes.

El obstáculo moral de la religion y de las castas, es todavía más grave. No son del todo impenetrables las últimas, como lo demuestran la abolicion de las *suttees* (1) en tiempo de lord W. Benthinck, la de los sacrificios humanos á las diosas Kali y Krishna y á Jaggernauth en el Mediodia y en Orissa y la reduccion á veinticuatro de los infinitos dias festivos del calendario indio; mas aunque no son impenetrables, las castas en la India constituyen la más popular y arraigada de sus instituciones. Miéntras Inglaterra siga favoreciendo lo que no puede suprimir, miéntras funde y subvencione colegios musulmanes é indostánicos con preferencia á instituciones europeas donde se enseñe y se hable el inglés; y en tanto que se gloríe de ser la primera potencia musulmana, la primera potencia brahmínica y la primera potencia budhica después de la China, no es probable que adelante mucho en aquel camino; porque difícilmente creerá el Indio en la superioridad de la religion del que comienza por desdeñar ú ocultar la suya. Léjos de nuestro ánimo declamar contra la tolerancia: entendemos que puede haberla, así como igualdad entre los cultos cristianos y aun entre las religiones monoteistas; lo que no comprenderémos jamas, lo que no creemos que pueda ni deba admitir nacion alguna realmente cristiana, es la perfecta igualdad, la indiferencia mejor dicho, entre esta civilizacion que ensalza la personalidad del hom-

(1) Eran el sacrificio de las viudas que ardian en vida en holocausto á sus maridos difuntos.

bre y le hace libre y responsable, y la civilizacion panteista que le hace esclavo de la supersticion y del fatalismo. A fuer de cristiana, Inglaterra debe obrar en la India con espíritu verdaderamente de caridad, que excluye la violencia. Por eso, aunque de índole política, el paso que dió en 1858, llamando á los Consejos legislativos de Calcutta y de las demás presidencias á los indígenas y estableciendo el principio de la representacion de los mismos en su gobierno, fué un adelanto innegable; porque al par que indicaba el propósito de renunciar al antiguo aislamiento de la raza conquistadora y de entablar relaciones permanentes entre ésta y la indígena, facilitaba la comunicacion y contacto de ámbas, sin la cual, por superior que sea una civilizacion, no es fácil que se sobreponga á otra, la penetre y modifique. Tal vez por ese camino alcance á ver la generacion actual un suceso que sería de los más interesantes, por muchos conceptos, del siglo XIX, que tantos y tan grandes ha presenciado: la trasformacion, comenzada cuando ménos, del pueblo indio, que ninguna raza ni nacion alguna en largo número de siglos ha podido conseguir.

JOAQUIN MALDONADO MACANÁZ.

MAGDALENA.[1]

Aspecto general de Judea. — Jerusalem. — Las Judías. — Magdalena. — Sus encantos. — Sus vicios. — Sermon en el monte de Betsaida. — Arrepentimiento de Magdalena. — Amor divino. — Grandes angustias. — Jesus en casa de un fariseo. — La pecadora á los piés de Cristo. — Perdon de Magdalena.

Venid á contemplar de la Judea
los montes escarpados,
los áridos desiertos abrasados,
y del tranquilo mar de Galilea
los bordes esmaltados
con fragantes vergeles
de azucenas, de nardos y claveles.
Riega el Jordan undoso,
rey de los rios raudo y caudaloso,
extendidas y fértiles praderas,
cuajadas de olivares,
de cedros seculares,
de altísimas y lánguidas palmeras.
De Samaria subid á la colina,
de Tabor á la cumbre majestuosa
còrona de la sien de Palestina;
escuchad del Cedron la tormentosa
corriente cristalina,
rompiéndose en arroyos y cascadas;

(1) Este bellísimo cuadro corresponde al libro que con el título de las *Mujeres del Evangelio* va á publicar el distinguido poeta, que se oculta bajo el seudónimo de Larmig. Creemos que nuestros lectores verán con gusto esta composicion, en la cual campean las galas del la imaginacion, los primores del estilo y un conocimiento profundo de las Sagradas Escrituras.

bajad de Gethsemáni al huerto ameno
de jugosas granadas
y perfumados terebintos lleno.
Mas el paso tened; la amarillenta,
la Muerta Mar por el Oriente asoma,
laguna macilenta,
que cubre el llano que manchó Sodoma.
Nunca el céfiro agita
de aquella mar de plomo el quieto seno,
ni pez alguno habita
su agua impregnada de mortal veneno,
y si el ave parlera
incauta ó atrevida el aire hiende,
y sobre el muerto mar las alas tiende,
sin vida queda en la fatal ribera.
El pobre albergue de Belem dichoso
ved, y de Jericó la flor temprana,
y en el desierto cálido, arenoso,
seguid el perezoso
paso de la adormida caravana.

— —

Ya de Jerusalem el alto muro
píntase en el oscuro
y lejano horizonte:
la escogida ciudad, la ciudad santa
al pié de estéril, ceniciento monte
la régia sien con magestad levanta,
la ciudad del profeta,
la que ensalzara en cántico armonioso
David, el rey poeta;
la perla del Oriente,
donde alzó Salomon el portentoso
templo al Omnipotente,
que todo un pueblo fabricó anheloso
de hacer á Dios magnífico presente.
De la alma paz bajo la verde oliva
acrece su opulencia y su grandeza,
la asiática riqueza
vereis doquier en la ciudad altiva;

de la Arabia los rápidos corceles,
del Egipto las mieses abundantes,
de las fieras de Libia rúbias pieles,
vinos de Chipre, de Indostan diamantes,
de Pérsia los brocados,
los mármoles de Italia celebrados,
del Líbano los cedros y nogales,
y en confusion espléndida hacinados
oro de Ofir, zafiros y corales.

Viven allí bellísimas mujeres:
las de morena tez y ojos rasgados,
(que abrillantan y entornan los placeres)
las del erguido y elegante cuello,
de dientes nacarados,
aguileña nariz, negro cabello;
mujeres hechiceras
con la suelta esbeltez de las palmeras,
de formas tornëadas,
cual estátuas por Fídias modeladas.
Y entre todas descuella,
como en florido eden rosa encendida,
Magdalena, la bella,
de mirada atrevida,
de turbulenta y desastrosa vida.
Cuando lanzando el sol destellos rojos
se sepulta en el mar, de su morada
vedla salir, de fuego son sus ojos,
y es su boca la flor de la granada;
la túnica azulada
con áureo cinturon va recogida,
con sandalia oprimida
sujeta su pié breve,
lascivo, prisionero,
nítido como el ampo de la nieve;
blanco velo ligero
más señala que encubre los hechizos
de su turgente pecho levantado
y ondula por la espalda el destrenzado

cabello en luengos vaporosos rizos.
Y esa hermosa tan jóven y gallarda
es cincelado vaso de oro puro,
que sólo flores agostadas guarda,
ruinas que encubre diamantino muro.
Sin escuchar la voz de los deberes
son su idea constante,
fingir pasiones, inventar placeres,
y cada sol conoce nuevo amante.
Sirena engañadora,
risueña y tierna ora
se muestra, ora doliente;
ya la máscara adopta seductora
de modestia inocente;
ya el deseo adormido,
cauta despierta con desden fingido;
ya voluptuosa, lánguida, indolente,
sobre lecho de flores recostada
suspira del amor dulces pesares,
como la enamorada
esposa del *Cantar de los Cantares.*
Juego, festines, vino,
y falsas alegrías
llevando van sus miserables dias
en un vertiginoso torbellino:
y si al salir de orgía bulliciosa
hondo temor de su alma se hace dueño,
piensa, que la conciencia que le acosa,
sólo es fantasma de mentido ensueño.
Así de aquella envilecida hermosa
pasan los breves años,
no exentos de dolor y desengaños;
que ni por senda fácil, ni escabrosa,
ni en marcha pronta, ni con paso tardo
se arriba en este mundo á la ventura;
ni ciñe la hermosura
para quebrar de la desdicha el dardo
damasquina armadura.

En clarísimo dia
del monte de *Betsaida*, ve, en la cumbre
Magdalena apiñada muchedumbre,
que la palabra de Jesus oia;
nunca, hasta aquel momento,
el solemne, tranquilo y dulce acento
pudo escuchar del Hijo de María,
ni contempló su varonil belleza,
ni la santa pureza,
que en su mirada angelical ardia.
Y con pausada voz, firme y sonora,
con ademan sencillo y magestuoso
dice Cristo á la turba pecadora
que le escucha en silencio respetuoso:
—«Hijos, vosotros sois, del Sér divino
que de la *Ley las tablas* dió á Judea;
de la virtud seguid por el camino
que El os trazó, por áspero que sea.
No me manda mi Padre á castigaros
que me manda á enseñaros,
las preces á escuchar de los que imploran,
los ojos á enjugar de los que lloran,
y á morir en la cruz para salvaros.
Mirad al Rey, que os anunció el Profeta:
soy el Hijo de Dios, soy el Mesía,
que el rayo apaga, que la mar aquieta,
del viejo amparo, de la infancia guia;
si al cadáver inerte
resucitar le ordena la voz mia,
rompe las ligaduras de la muerte
y el sello eterno de la tumba fria.
No llevo manto regio, cetro de oro,
ni diadema altanera;
la humildad y el amor son mi tesoro,
mi ley, la ley de la virtud severa,
mis próceres serán los desgraciados,
y sin lanzas, ni aceros, ni soldados
vengo á regir la humanidad entera.—
Si de la tierra os hieren los abrojos

al alto cielo convertid la frente;
si escandalizan vuestros propios ojos
las pupilas cegad con hierro ardiente.
La obra, que á Dios complace,
no sirva de satánico trofeo:
perseguid el pecado, cuando nace
y en los pliegues se oculta del deseo.
Porque en verdad os digo:
que acuda á mi presencia
del niño con la cándida inocencia,
el que al cielo subir quiera conmigo,
y destierre de su alma la venganza,
y vuelva bien por mal al enemigo:
yo soy la caridad, soy la esperanza.
Haced el bien, y sin alarde vano
sin ostentosa muestra:
que ignore la siniestra,
el que ejecuta la derecha mano.
De la opulencia la dorada llave
no abre la puerta de mi sacro templo;
desprecie la riqueza, quien me alabe;
yo que el precepto doy, doy el ejemplo.
Vedme humillado, sin vivienda, pobre:
que tiene el pez bajo la mar salobre
su mansion escondida,
tiene su pardo nido el ave tierna,
la selvática fiera su caverna,
y hasta el insecto vil tiene guarida:
sólo Jesus, que á predicaros viene
la religion de paz y de pobreza,
sólo el Hijo de Dios, ni piedra tiene
do recostar la celestial cabeza.»

¡Con qué dulzura tan divino acento
de Magdalena vibra en el oido!
¿Qué suave sentimiento,
qué misterioso amor desconocido
su espíritu abatido vivifica?
¿Qué hálito divinal la purifica?

¿Quién en tan breve espacio y de tal suerte
en diáfano cristal barro convierte?
¡Cómo se vuelve á erguir la flor marchita
al respirar el aura,
que el eco lleva de la voz bendita
y el mustio brillo de la flor restaura!
¡Cómo recobra el virginal aroma
de naciente capullo!—
Figúraseme ver nívea paloma,
que el camino olvidó del casto nido,
y escucha de improviso tierno arrullo
del compañero que juzgó perdido,
y con atento oido,
los ojos negros elevando al Cielo,
hácia la amada voz dirige el vuelo;
deja del valle las hojosas galas,
rápida tras su amor se precipita,
y más ligero, que sus ráudas alas,
su alborozado corazon palpita.—
Pero ¿qué nube de mortal tristura
de Magdalena el rostro descolora,
y trueca en noche oscura
el claro albor de su rosada aurora?
Tiembla, la frente baja, se retira.—
¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
Con vergüenza se mira,
recordando su vida se estremece,
y el aire triste, que en su torno gime,
murmullo de sus culpas le parece.
Convulsa, al revolver en su memoria
de su agitada historia
los recuerdos livianos,
rasga el bello cendal que la engalana,
y el rubor comprendiendo de Susana
el seno encubre con entrambas manos.
De entónces por doquier Cristo marchaba,
una mujer de léjos le seguia,
que ansiosa sus palabras aspiraba;
mas llegar á sus piés no se atrevia,

y en raudales de llanto se anegaba.
¡Cuán mísera del alma es la existencia
al despertar de la embriaguez del vicio
y al verse en el cristal de la conciencia
sumida en insondable precipicio!
Invisible semilla
suele á veces dejar el aura inquieta
de estéril roca en caprichosa grieta,
y bróta allí modesta florecilla;
próvida lluvia su corola moja,
pero el muro fatal, que la sujeta,
la seca, la deshoja,
y la raíz endeble
trunca y deshace de la planta feble.
Tal el mal arraigado
puro y sublime amor de Magdalena
no puede florecer; de su pasado
la durísima cárcel le refrena,
le ahoga, le envenena:
y se ve condenada
á abrigar el amor de los querubes,
cuando no es digna ya, de ser amada.
Quiere volar y traspasar las nubes,
y su vuelo entorpece
el cieno impuro que en sus alas pesa:
y gime, y se fatiga, y palidece,
y su dorada cabellera mesa,
y en contínuo suspiro desfallece.
Huye del vivo resplandor del dia;
para llorar sus penas sin testigos,
busca el silencio de la noche umbría.
Tan rápida mudanza
de sus torpes amigos
desabrido desden tan sólo alcanza:
sin alma alguna que en su apoyo acuda,
ve en la insolente faz del vulgo necio
la irónica sonrisa de la duda,
la irritante mirada del desprecio.
Quizá en su solitario desamparo

á sí propia se dice Magdalena,
que es el dón de la vida dón bien caro,
si no hay placer sin mal, ni mal sin pena.

Infelice mujer arrepentida,
que quimérico juzgas el deseo
de verte nuevamente enaltecida,
alza la frente, que en tu afan sumida,
á tu lado no has visto
con lenta majestad pasar á Cristo.
Marcha, marcha en pos de él.—De un fariseo
penetra en la morada,
de un hijo de Satan, del vil engaño.
¡ Recógese el alma atribulada,
viendo que el buen pastor deja el rebaño
en busca de la oveja descarriada!
¿No recuerdas mujer, cuando decia,
que no bajaba al mundo
á fulminar castigos iracundo,
y que á salvar al réprobo venía?
Sí; ya tu pecho alienta,
ya ansiosa te levantas,
y, cual va al manantial corza sedienta,
corres tras él, te arrojas á sus plantas,
y besando sus piés viertes sobre ellos
balsámicas esencias orientales
y en larga vena lastimero llanto.
Los secan tus finísimos cabellos.
A las ánsias mortales
de tu rudo quebranto
dando trégua un momento,
al Hombre-Dios adoras
en estático y mudo arrobamiento,
y con callada voz perdon imploras.
Alza la frente mústia,
y contempla del sol la luz serena:
tras largas horas de ignorada angustia,
tu bienandanza labras,

tiembla de gozo santo, Magdalena,
y oye de Jesu-Cristo las palabras:
—Mujer, há tiempo que tu mente sigo,
mujer, há tiempo que tu voz escucho,
cuando en tu pensamiento hablas conmigo:
yo te perdono, porque amaste mucho.
Del mal rompiste con vigor los lazos,
levántate del suelo,
que Dios te acoge en sus paternos brazos.
Quien su pecado llora, gana el cielo.

LARMIG.

LA SOMBRA[1]

CAPÍTULO SEGUNDO.

La obsesion.

Por fin sofocamos el fuego con gran trabajo, impidiendo que se propagara la llama y nos consumiera á todos. La única víctima fué el infeliz animal, que, habiendo recibido en su piel el líquido hirviente, ardió como una mecha y pereció, segun dijimos, con dolores espantosos. Igual suerte cupo á una buena parte del delantal de Doña Mónica, donde abrió la llama un boquete, después de haberle quemado los dedos al tratar de apagarlo. El sábio no tuvo más percance sério que la total pérdida de un mechon de cabellos, que con inveterada tenacidad, rebelde más á la accion del tiempo que á la de la pomada, se adelantaba sobre su sien derecha. Por fin, se apagó el fuego, y habiéndose marchado la vieja hecha un veneno á causa del percance, que atribuia á las *brujerías del amo*, y dolorida por el triste fin del gato, á quien apreciaba de corazon, el doctor continuó de esta manera:

—Yo no sé en qué fundaba mis sospechas; yo sé qué las tenía. Entraron en mí como entran las ideas innatas; mejor dicho, estaban en mí, segun creo, desde el nacer, qué se yó? desde el principio, desde más alla. Yo no sé qué espíritu diabólico es el que viene á decirnos ciertas cosas al oido cuando estamos entregados á nuestra meditacion; yo no sé quien forja esos juicios y esos raciocinios que entran en nuestro cerebro ya hechos, exactos, completos, con su lógica infernal y su terrible evidencia. Un dia entraba yo,—escuche V. bien—entraba yo en mi casa, dominado por estos pensa-

(1) Véanse el núm. 70 de esta REVISTA.

mientos: cuando me acerqué á la habitacion de Elena, creí sentir una voz de hombre que hablaba muy quedo allí dentro; la voz calló de pronto, como si advirtiera mi llegada; después me pareció sentir unos pasos precipitados, como quien huye, procurando hacer el menor ruido posible. No puedo dar idea, por la palabra, del repentino furor que se apoderó de mí; me cegué, corrí, me abalancé á la puerta, la empujé fuertemente, la abrí de un golpe con tanto estrépito, que las paredes se estremecieron con esa convulsion intensa de los edificios cuando los combate la tempestad ó tiembla la tierra en que están cimentados.

—Terribles fuerzas tiene V.,—dije con ironía, reparando cuán poca semejanza habia entre mi desdichado amigo y el tipo que de Sanson nos hemos figurado.

—Sí, la puerta se abrió y Elena se presentó ante mí despavorida, trémula, con tan marcadas señales de espanto, que me detuve sobrecogido yo á mi vez. Mi primera mirada midió, escudriñó la habitacion en un segundo. No habia allí ningun hombre; la ventana no estaba abierta, la puerta interior estaba cerrada tambien, y era imposible que en el instante que medió entre el ruido de la voz y mi entrada, pudieran ser echadas las llaves y cerrojos, no habiendo tiempo material tampoco de que una persona saliera por la puerta ó saltara por la ventana. Registré todo, no habia nada. Pero yo habia oido aquella voz, estaba seguro de ello, y no era fácil que me convenciera de lo contrario, ni la evidencia de no encontrar allí hombre alguno, ni las dolorosas protestas de Elena, que en su dolor halló palabras bastante fuertes para increparme y me llamó visionario y loco. Ella me juró que estaba sola; que al entrar yo de aquella manera creyó morirse de miedo, y que no podia explicarse mi conducta sino por una completa pérdida de mis facultades intelectuales.

—Qué extrañas imaginaciones!—dije, considerando cuál debia ser el terror de aquella infeliz, cuando vió entrar repentinamente á D. Anselmo, furioso y extraviado, asegurando que habia oido la voz de un hombre dentro de la habitacion.

—Extrañas, sí,—contestó el doctor;—pero cada vez más vivas y más claras. Yo no podia prescindir de aquello; la impresion que en mi oido habia hecho la voz era tal que aún me dura, y entónces, sólo dudando de mi existencia, sólo creyendo que yo no era cosa alguna real, podia creer que aquello era ilusion. No lo era

ciertamente, y mucho más me confirmé en ello, cuando á la noche siguiente....

—Pobre mujer! qué noche! sin duda volvió V. á hacer la noche siguiente otras atrocidades por el estilo—dije, temiendo relatase nuevos extravíos de su imaginacion, que eran otros tantos martirios para aquella infeliz, por quien no puedo ménos de confesar que me iba interesando.

—Sí,—continuó,—á la noche siguiente presencié un fenómeno que ya me quitó la esperanza de ver claro en aquel asunto. Lo que me pasó, amigo, excede ya los límites de lo natural, y aun hoy es para mí la confusion de las confusiones. Entré en mi casa, y vagué largo rato solo y abstraido por aquellos salones, donde todo me causaba pesadumbre y hastío: pasé por aquella sala, que os he descrito, donde estaba el cuadro de Páris y Elena, y me helé de asombro al ver.... es el fenómeno más estupendo que puede concebirse. La figura de Páris no estaba en el lienzo. Creí equivocarme, me acerqué, toqué la tela, encendí muchas luces, miré, remiré.... La figura de Páris habia desaparecido; estaba sola Elena, y la expresion de su fisonomía habia cambiado por completo, siendo triste y desconsolada la que ántes aparecia satisfecha y feliz. ¿Qué infernal pintura era aquella, en que una figura se evaporaba, se borraba, se iba como si tuviera cuerpo y vida? No podia dejar de mirar aquello, y decia: «Pero dónde está este diablo de hombre?»

—Sí: dónde estaba ese diablo de hombre?—pregunté á mi vez, admirado de que la alucinacion del doctor llegara á tal extremo. —Dónde estaba ese diablo de hombre?

—Dónde estaba? Atraido por una fuerza irresistible, por mis pensamientos, por mis celos, corrí al cuarto de mi esposa. Al acercarme sentí la misma voz que la noche anterior, los mismos pasos. No puedo describiros mi furor. «Era cierto lo de anoche,» pensé, y me arrojé hácia la puerta. «Oh, han cerrado!»—exclamé, miéntras golpeándola fuertemente, mejor dicho, arrojando sobre ella todo el peso de mi cuerpo, la abrí rompiéndola. Al entrar ví que la ventana que da al jardin estaba abierta, y que una sombra, un bulto, un hombre saltaba por ella. Esto fué tan rápido, que apénas le ví; no ví mas que su cabeza en el momento de desaparecer, sus manos en el momento de desasirse del antepecho. Corrí, me asomé y no ví nada: la noche era oscurísima. Sólo creí sentir

el golpe de un cuerpo que cae. Elena me miraba hacer todo aquello atónita, con un pavor indescriptible: perdió el sentido, y esta vez no pudo decirme que era visionario y loco, porque le faltó el habla y cayó á mis piés como una muerta. Mi afan era perseguir á aquel hombre hasta encontrarle, hasta matarle. Bajé precipitadamente al jardin y le recorrí con una ansiedad imposible de describir: las tapias eran muy altas, y por diestro y ágil que fuera un hombre, no podia saltarlas en el breve espacio de tiempo que yo tardé en bajar. Registré todo: en el jardin no habia nádie; pero este se comunicaba con un patio solitario de elevadísimas paredes: fuí allá, y apénas habia dado algunos pasos, cuando ví una sombra que se deslizaba cautelosamente por entre unos montones de piedras que allí habia, con motivo de la fabricacion de uno de los pabellones del palacio. Me puse en acecho á ver si efectivamente era un hombre ó una imágen de esas que crean, juntándose, la noche y la imaginacion: era un hombre; yo le ví andar agachándose para que no le descubriera, y no sé por qué me parecia que, á pesar de la oscuridad de la noche, distinguia en su rostro las facciones de aquella figura pintada, cuya desaparicion del cuadro me daba tanta inquietud y confusion. La sombra, el hombre ó lo que fuera, se acercó muy despacio y siempre recatándose, á un pozo sin brocal que allí habia, de esos que abren los albañiles, durante una construccion, para tener el agua más á mano. Con asombro mio, se introdujo en el pozo lentamente: yo ví su cuerpo bajar poco á poco y desaparecer: después no ví mas que el busto, después la cabeza tan sólo, después una mano que permaneció agarrada al borde. Estuve un rato indeciso y mirando atentamente aquello: un momento después sacó con lentitud y cautela la cabeza, como para ver si yo le observaba, y en seguida la escondió repentinamente. La mano desapareció al fin.

Acerquéme entónces, y vino á mi imaginacion una venganza terrible. Como si mi cuerpo obedeciera todo á mi desenfrenada pasion, sentí duplicarse mis fuerzas y adquirí un vigor extraordinario: cogí la piedra más grande que podia levantar, la alcé con ámbas manos á la altura de mi cabeza, me puse de un salto en la orilla del pozo y la arrojé dentro, impeliéndola vigorosa, porque me parecia que su propio peso no bastaba. Cogí después otra mayor, y con la misma furia la arrojé tambien, no deteniéndome en asir la tercera, porque el furor me redoblaba las fuerzas. En diez

minutos arrojé dentro más de cincuenta piedras. Esto no me parecia bastante; empuñé una paleta que allí cerca estaba, y eché tierra por espacio de media hora. Volví á arrojar piedras, y dos horas después de un trabajo incesante, el pozo habia desaparecido y el piso quedó perfectamente nivelado. Aun me parecia poco, y me senté sobre mi obra exaltado, trémulo de fatiga, permaneciendo allí toda la noche como centinela de mi victoria, hecho el cenotafio de aquella tumba para velarla y cubrirla. A veces me parecia que un Titan levantaba desde allá abajo todas las piedras y toda la tierra que yo arrojé. Hubiera querido ser estátua y ser de plomo para pesar sobre mi víctima eternamente. La aurora vino á dar alguna luz á mi entendimiento. «Qué he hecho, Dios mio?»—dije retirándome y buscando en los recursos ordinarios de la lógica la solucion de aquel enigma. — «Era realmente un hombre ó nó?»

—Es preciso confesar, amigo,— dije sin poderme contener,—que si era un hombre, fué V. un bárbaro, y si era una sombra, fué V. un necio.

—No me juzgue V. sin conocer el resto,—continuó.—Cuando subí, mi primera diligencia fué mirar de nuevo el cuadro de Páris. La figura del hombre estaba allí, en su sitio. Pero no pude contener un estremecimiento de terror y un frio glacial, cuando el rostro pintado del troyano se volvió hácia mí, me miró, y se rió el maldito, con expresion tal de burla, que se me erizaron los cabellos.

—Eso sí que es particular,—dije—y excede en rareza á todo lo anterior.

—¿No es verdad, amigo, que todo esto parece un cuento inverosímil?

—Ya lo creo! y tan inverosímil!—dije admirado de la candidez del orador que aún tomaba en sério todo aquello.

—Aquel dia,—continuó,— la consternacion reinaba en el cuarto de mi mujer. Rodeábanla sus padres y algunos parientes oficiosos, de esos que acuden á todos los trances, aun cuando no sean llamados. Ella lloraba y el iracundo Conde del Torbellino, su padre, aseguraba que habia casado á su hija con el más fiero de los monstruos imaginables. Su madre, que era una vieja coqueta, procuraba consolarla, diciendo que no hiciera caso de mis estravagancias, y tomara con calma aquellos arrebatos de frenesí que

tanto la mortificaban. Cuando quedamos solos, Elena, arrojada á mis plantas, me juró, invocando no sé qué cosas, que era inocente; que todo era una pura preocupacion mia; que allí no habia entrado hombre alguno; que por el balcon no habia bajado nádie; que la puerta estaba abierta; en fin, tantas y tales cosas, que yo, aferrado siempre á mi idea y seguro de la realidad de lo que habia visto, fluctuando en las más atroces dudas, porque su voz tenía el acento de la más profunda entereza, creí volverme loco, y á ello me conducia sin remedio aquella fatal y nunca vista situacion.

—Pero hombre de Dios,—le dije,—¿no habia algun medio de adquirir una completa certidumbre?

—Ninguno; porque todo se volvia en mi daño, porque cada dia me llevaba á un nuevo suplicio, siendo tales los sucesos extraordinarios, que no me daban tiempo de reposar, buscando serenidad y luz. Los acontecimientos que he referido á V., no son más que la preparacion ó el prólogo de lo que ahora le voy á contar, que es cosa sin igual en la vida, pues no tengo noticia de que á ningun sér humano le haya acaecido tan extraordinaria y profundísima desventura. En algunos momentos estaba satisfecho de mí mismo, porque creia haber puesto, con mi decisiva accion de la noche, término á aquel incidente funesto: me parecia que todo habia concluido; y cuando tal pensaba, ni la idea de haber cometido un gran crímen bastaba á calmar la satisfaccion que por tal consideracion sentia.... Pero, oiga V. esto, que es el colmo de lo maravilloso. Estaba yo en mi cuarto, y me pasaba entregado á mis normales meditaciones, cuando dieron unos golpecitos en la puerta: me admiró que álguien entrara sin ser anunciado, y dije: «adelante». Figuraos, amigo, cuál sería mi estupor cuando ví entrar en mi cuarto.... á quién creereis? al mismo Páris, la misma figura del cuadro, pero animado, vivo; un hombre, en fin, un semidios con levita, sombrero, guantes y baston; un bello ideal convertido en caballero del dia, como otros muchos que van por ahí. Era el mismo rostro malicioso y bello, con una agraciada irónica sonrisa, con la mirada penetrante y viva, el mismo Páris, la misma persona del lienzo, hecha un sér real, un hombre del siglo XIX. Juzgad de mi turbacion: creí soñar, retrocedí espantado, quise llamar, me ocurrió huir; pero él, descubriéndose respetuosamente y haciéndome algunas cortesías, acabó de convencer-

me de que no soñaba, demostrándome que tenía ante la vista á un caballero real y positivo, á quien por de pronto debia tratar como tal, correspondiendo á su mucha urbanidad y finura.

II.

—Sabe V., amigo D. Anselmo, que eso ya pasa de maravilloso?—le dije: —¿Pero es posible que una imaginacion, por ardiente que sea, tenga fuerza suficiente para dar cuerpo á una idea de este modo?

—Yo no sé, amigo mio,—contestó;—yo no sé lo que era aquello: no sé sino que yo le veia, como le estoy viendo á V. ahora. Era hermoso, de una hermosura no comun, un conjunto de todas las perfecciones físicas, tal como yo no lo habia visto nunca, á no ser en las obras del arte antiguo. Vestia con una elegancia correcta y séria, como todos los que tienen el verdadero sentido y la exacta nocion del bien vestir: era, en fin, perfecto en su rostro, en su cuerpo, en su traje, en sus modales, en todo.

—Cosa más particular,—exclamé,—¿pero V. no le tocó, no trató de cerciorarse si era aquello un sueño, una aparicion, uno de esos singulares é incomprensibles fenómenos ópticos que, cuando hay fantasía preparada para recibirlos, produce la luz, mediante cierta misteriosa disposicion de los objetos?

—Yo no sé lo que aquello era: lo que si puedo asegurar es que tenía cuerpo real, como el de V., como el mio, y una voz cuyo timbre no era parecido á otro alguno.

—Pues qué, tambien habló?—dije asombrado.—Yo creí que se iba á marchar después de saludar á V., como hacen todas las apariciones.

—Marcharse! nada de eso. Verá V. Al principio no sabia yo qué hacer; no sabia si llamar ó huir, temiendo que de aquella visita no resultara cosa buena; pero por último me esforcé en tener serenidad, y después de balbucear algunas palabras, le señalé un asiento. Resolvíme á hablar claro, y dije:

«Puedo saber?....

»Aqué vengo?—contestó—Sí, señor; vengo á hacerle á V. un señalado favor.

»Un favor,—dije aturdido—tenga V. la bondad de explicarse, porque no estoy al cabo.... No tengo el gusto de conocerle.

»Sí me conoce V., y no hace mucho—dijo con una maligna sonrisa—anoche sin ir más léjos....

»Anoche!

»Sí,—continuó—anoche. ¿No se acuerda V. de aquel furor con que arrojaba piedras en un pozo, consiguiendo llenarlo al fin?

Estas palabras y su sonrisa me helaron la sangre en las venas. El no parecia preocuparse de mi turbacion y continuó:

»Sí, precisamente venia á hablar con V. y decirle que son inútiles todas esas armas que ha tratado de emplear contra mí. Ha de saber V., caballero, que yo soy inmortal.

No puedo pintar á V. la turbacion que en mí produjo esta palabra: Inmortal! «Pero este hombre es el Demonio»—me decia yo para mí, y no podia hablar palabra, porque se me habia hecho un nudo en la garganta.

»Sí, señor, inmortal—repitió con desenfado.

»Y quién es V?—dije haciendo un esfuerzo.

»Yo soy Páris.

»Páris!—exclamé — yo crei que eso era cosa de mitología ó historia heróica.

»Así es efectivamente; pero ahora no hagamos una disertacion sobre mi nombre y orígen; yo tengo prisa, y no puedo detenerme aquí mucho tiempo. El objeto de mi visita es decir á V. que se cansa en vano persiguiéndome: á mí no se me mata con puñales, ni pistolas, ni enterrándome vivo. Resígnese V., oh D. Anselmo! Todo es inútil: no hay más remedio que bajar la cabeza y callar. Alguien allá arriba ha dispuesto las cosas de este modo.

»Caballero—dije en el colmo de la agitacion y procurando dominar tan singular situacion,—advierto á V que no puedo tolerar burlas de esta clase. Tenga V. la bondad de salir.

»Poco á poco, señor mio; V. tiene mal genio; V. es insoportable: así ha inspirado tanto horror á la pobre Elena.

»Cómo se atreve V. á nombrarla?—dije exasperado.

»Por qué nó? si ella me ama!—exclamó sonriendo.

»Mónstruo!—dije levantándome con furia y amenazándole—calla ó si no, aquí mismo....

—Cuidado!—dije yo á mi vez haciéndome un poco atras al ver que D. Anselmo, contando aquel pasaje se levantó dirigiéndose á mí con los puños cerrados como si yo fuera la infernal aparicion que tanto le habia atormentado.

—Cuando recuerdo aquello—dijo el doctor serenándose—me exaspero de tal modo, que no me puedo contener. Cuando yo le amenacé, él se quedó tan sereno como si tal cosa. Se sonrió y me miró con esa compasion desdeñosa y un tanto burlona que inspiran los hechos y palabras de los locos. Su serenidad me desesperaba más, su sonrisa me mataba: no sé que hubiera dado por poder estrangular á aquel hombre. Después, como si mi cólera tuviera tanto valor como las rabietas de un niño, continuó:

»Ella me ama; nos amamos, nos presentimos, nos acercamos por ley fatal. V. me pregunta que quién soy: voy á ver si puedo hacérselo comprender. Yo soy lo que V. teme, lo que V. piensa. Esa idea fija que tiene V. en el entendimiento soy yo. Esa pena íntima, esa desazon inexplicable soy yo. Pero yo existo desde el principio del mundo. Mi edad es la del género humano, y he recorrido todos los países del mundo donde los hombres han instituido una sociedad, una familia, una tribu. En algunas partes me han llamado *Demonio de la felicidad conyugal*, pero yo he despreciado siempre este apodo y otros parecidos, y me he resuelto á no llevar nombre fijo: así es, que me llamo Páris, Egisto, Norris, Paolo, Buckingham, Beltran de la Cueva, etc., segun la tierra que piso y las personas con quienes trato. En cuanto á mi influencia en los altos destinos de la humanidad, diré que he encendido guerras atroces, dando ocasion á los mayores desastres públicos y domésticos. En todas las religiones hay un pequeño decreto contra mí, sobre todo en la vuestra, que me consagra entero el último de sus mandamientos. Los moralistas se han atrevido á desafiarme, y los filósofos han tenido el mal gusto de publicar unos libelos impertinentes contra mi humilde persona, permitiéndose algunos hasta la tentativa de emplear medios pora extirparme de raíz, imbéciles! como si yo fuera un callo ó un abseso. Han pretendido acabar conmigo, como si yo pudiera perecer, como si la inmortalidad estuviera sujeta á la accion de los agentes mortíferos de que disponeis. Así es que por decoro y amor propio me veo en la precision de continuar desempeñando mi papel de plaga con toda la diligencia y recursos de que mi doble naturaleza es capaz. Aquí me veis siempre activo, siempre eficaz: los grandes centros de poblacion son mi residencia preferida, porque ha de saber V. que los campos, las aldeas, los villorrios me son antipáticos y sólo de tiempo en tiempo me tomo la molestia de visitarlos por pura curiosidad. En las capitales es donde me gusta vivir. Oh! siempre he amado estos sitios, donde la comodidad, la refinada cultura y la elegante holgazanería me ofrecen sus invencibles armas y eficacísimos medios. La esplendidez y la voluptuosidad me gustan: soy tan sibarita como mi antigua amiga Semíramis, á quien dí la inmortalidad. Crea V., amigo, que

Babilonia valia más que estas poblaciones con que estais tan envanecidos, sí, valia más. Y en cuanto á vestidos, prefiero los ligeros cendales de los antiguos tiempos, y me molesta el tener que doblegarme á las exigencias del pudor moderno, ente maléfico á quien no he podido sobornar sino á medias, en punto á vestidos. Por lo demás, no me va mal; los moralistas me vituperan, y los filosofastros me tratan como si fuera un mal sofista; pero me importa poco. Los que no son suficientemente tontos, ni han perdido todo el seso necesario para ser filósofos, me aplauden, me miman, me señalan cuando me ven; las mujeres son mis más sinceras amigas, aunque algunas me tratan con cierta desconfianza, producida más bien por las calumnias de los filósofos que por mi propio carácter: otras se muestran un tanto benignas conmigo, y algunas me hablan de sus maridos en un estilo que me hace reir. Esa es mi literatura. Por otra parte, yo no soy ambicioso; soy de los que dicen: «*tengo lo que me basta*» y detesto la anarquía conyugal, procurando aplacarla siempre, en union con algunos moralistas domésticos, que saben el modo de no provocar esa anarquía, cultivando mi amistad, que es siempre desinteresada. No me gustan los escándalos, y siempre pongo en práctica los más silenciosos medios para llegar á un fin más silencioso aún: ya he abandonado el medio antiguo y desacreditado de los escalamientos, de las sorpresas, de los sobornos, por distinguirme de cierta falsificacion mia que anda por el mundo, un tal *Don Juan*, que es un usurpador insolente, y además una plaga poco temible. Con que, amigo, no asustarse, y concluyamos de una vez. Sepa V. que está escrito, como diria un musulman. Soy como la muerte; suena la hora y vengo. Evitarme es tan imposible como evitar á mi cofrade.»

—Cuando oí esta relacion, resolví hacer un esfuerzo á ver si podia descifrar aquel espantoso enigma. Afectando una serenidad que no tenía, y tomando el asunto con una calma decorosa que me pareció conveniente, me levanté, y dije:

«Caballero: sepa V. que estoy dispuesto á no tolerar sus inconveniencias. Sepa V. que tengo la edad suficiente para no creer en brujerías, ni la paciencia que se necesita para sufrir las locuras de V.

»Este hombre no me quiere entender; sabe V. que Elena es mia?—dijo después de reir con estrépito, y esa expresion de desahogo que da la resolucion de no alterarse por nada.

»No pronuncie V. más ese nombre,—le dije,—sin poder contener mi cólera.

»Pero si precisamente vengo por ella....—dijo Páris con una acentuacion maligna que me erizó el cabello.

»Infame! qué dices? Por ella!—exclamé arrebatado.

»Sí: por ella: anoche quedamos de acuerdo, y....—contestó:

» Anoche? Oh; yo estoy loco! — exclamé. — Demonio, hombre infernal ó lo que seas; explícame este oscuro enigma: yo no puedo vivir así; yo quiero saber que es esto.... Pero Elena es inocente: ella me ha jurado que no le ha visto á V. jamás.

»Sí me ha visto.

»Cuando?

»Siempre, á todas horas. Pero V. no entiende estas cosas: voy á explicárselo claramente.»

III.

D. Anselmo descansó un rato, porque la relacion anteríor con sus diálogos encontrados le habia fatigado mucho. Cuando reposó un momento, procurando calmar la agitacion que le devoraba, siguió la narracion del modo siguiente:

—La sombra, el demonio, el hombre, el semidios, la pintura ó lo que fuera, me miró un rato con aquella sonrisa maliciosa que tan bien habia expresado el artista en el cuadro donde anteriormente estaba, y después dijo:

«Ella me ha visto, sí, me vé en todas partes. Cuando pronunció aquel *sí* copulativo, que tan envanecido tiene á su esposo, me vió en el altar, en las luces, en el blanco ropaje de su vestido, en los negros paños de su frac de V. Desde entónces me encuentra en todas partes: en todos los reflejos halla la luz de mis miradas; en todos los ecos oye mi voz; en su propia sombra vé la mia. Abre su libro de oraciones, y las letras se mueven para formar mi nombre; habla con Dios, y sin querer me habla; cree escuchar el ruido del aire, el sonido profundo y perenne de la naturaleza, y escucha mis palabras; está despierta y me espera; está sola y me recuerda; duerme y me invoca. Su imaginacion vuela agitada en mi busca sin reposar nunca. Yo vivo en su conciencia, donde estoy tejiendo sin cesar una tela sin fin; yo vivo en su entendimiento, donde he encendido una llama que alimento perennemente. Sus sentimientos, sus ideas, sus deseos, todo eso soy yo: con que á ver si tengo motivos para decir que me ha visto,

»Espíritu infernal! — dije aturdido y como fascinado: — yo no comprendo una palabra de esa gerigonza. No dices que vienes por ella?

»Sí, — contestó.

»Infame! sal al punto de aquí! — exclamé procurando sacudir mi aturdimiento.

»No me iré sin ella.

»Maldito! pues no dices que pasó la época de los raptos?

»Me explicaré: lo que yo quiero llevarme no es la persona de Elena; lo que yo quiero llevarme es tu mujer.

»Sofista, embrollador; y qué diferencia encuentras entre la persona de Elena y mi mujer?

»Mucha, Sr. D. Anselmo amigo, — contestó.»

En seguida me hizo una relacion sutil y laberíntica que acabó de llevar mi pobre cabeza al último grado de turbacion. No puedo ménos de confesar que su voz me fascinaba, porque me parecia distinta de todas las voces que estamos acostumbrados á oir. Y si dijera que en medio del espanto, del trastorno que yo sentía, me causaba el oir sus lucubraciones cierta extrañeza parecida al agrado, no mentiria ciertamente.

—Confieso, Sr. D. Anselmo,—dije,—que nunca he oido narrar cosa alguna que se parezca á esa sin igual aventura de V. Esa aparicion que se presenta de ese modo, su lenguaje, esa familiaridad discreta con que habla, todo me parece tan singular, que, á no ser V. el que lo cuenta, creeria que era una pura invencion propia de escritorzuelos y demás gente enemiga de la verdad.

—Pues es tan cierto que le ví y le hablé, y me dijo lo que á V. he referido, como es cierto que V. y yo existimos y estamos aquí hablando

—En verdad, es cosa inaudita, —dije, —que la imaginacion, sin ninguna influencia externa, pueda dar vida y cuerpo á séres como ese diablo de Páris que á V. se le presentó tan á deshora. Es indudable que ese caballero no era otra cosa que la personificacion de una idea, de aquella idea constante, tenaz, que V., desde tiempo atrás y mucho más después de su boda, tenía encajada en el cerebro, y estaba allí como un cáncer moral, labrando, labrando sin cesar. Lo que no puedo explicarme es cómo adquirió existencia material y corporal esa idea: ni sé á que clase de generaciones espontáneas se debió ese fenómeno sin precedente en la historia de las alucinaciones. Pero siga V. contando, á ver en que pára eso.

—Lo que él me dijo se ha quedado grabado en mi memoria de un modo indeleble,—continuó el doctor dando un suspiro;—nada se me ha quedado tan presente como lo que me contestó, cuando le dije que qué diferencia habia para él entre la persona de Elena y mi mujer. Habló de este modo:

«Yo no quiero la persona de tu mujer. La esposa, amigo mio, la esposa es lo que busco: quiero cargar con la mitad de vuestro lecho y enseñarlo á todo el mundo. No quiero romper por eso la institucion que os une: yo respeto el sacramento; pero quiero llevarme una cosa que excede en valor á la institucion y está por encima del sacramento. Tres poderes establecen el matrimonio: el civil, el eclesiástico y otro que no está en manos de un vicario ni de un cura, y sí en manos de eso que llamais vulgo, sociedad, gentes, público, canalla, vecinos, amigos, mundo, en fin. Ya sabrá V. que el mundo rompe ciertos lazos que parecen inquebrantables Pues bien: yo quiero llevarme de aqui lo que el mundo necesita para quebrantar esos lazos; quiero llevar la abdicacion de tu personalidad de marido, el consentimiento de tu flaqueza. Así daré alimento al vnlgo, á la gente que vive de esto. Todos me preguntarán por tí y por ella; mas mi sola presencia es respuesta definitiva; porque yo soy por mí mismo la negacion del lazo que os une. Quiero llevar fuera el amor que ella me profesa; hacer público lo que hoy está sólo en su imaginacion, un mal pensamiento, lo que está hoy sólo en tu cabeza, una sospecha. Quiero hacer de tus dudas, de tus celos, de tus decepciones, de tus tristezas, de tus deseos, de tus locas ilusiones un gran libro que pasará de mano en mano y será leido y releido con afan. Quiero sacar de aquí los dolores que padeces, la repugnancia y el horror que le inspiras. Quédate con su persona: yo no la apetezco. Lo que llevaré y sacaré á pública plaza es, las miradas que me dirige, las citas que me dá, los favores que me concede, los desaires que te hace, las reticencias que deja escapar hablando de tí, el epíteto de bueno que te propinará de vez en cuando. Lo que me llevaré es la opinion de su doncella, de tu lacayo, prontos á contar por dinero una historia, la clave de tus distracciones oportunas, de mis entradas á tiempo. Quédate con tu esposa: yo no haré más que pasear mi hermosura ante ella y ante todos, recibir la exhalacion de sus ojos en presencia de centenares de personas, difundir por mi cuerpo su perfume favorito, disponer las calles de modo que en cualquier parte parezca que salgo de aquí, y en la oscuridad de la noche proyectar mi sombra sobre las tapias de tu jardin. Eso es todo lo que quiero.»

—Cuando escuché esto, amigo mio, mi furor fué tan grande que hice algun movimiento para pegarle, y lo hubiera hecho así, si una fuerza secreta, una especie de terror como respetuoso no me contuviera.

—Veo que ese Páris, que se presentó cortesmente en su casa de V., acabó por tratarle con una familiaridad irreverente, —le dije:—Hé notado que al fin le tuteaba á V.

—Sí: aquel maldito á poco de estar hablando conmigo se dejó

de composturas; tomaba en el sillon posiciones cómodas, me tuteaba, á veces se paseaba por el cuarto con las manos en los bolsillos, y por último, sacó un cigarro y se puso á fumar con mucha franqueza.

—Pero hombre,— le dije; —¿por qué no probó V. á ver si con una buena paliza se disipaba aquella sombra?

—Verá V. lo que hice. Mi situacion era tan terrible, que resolví tomar una determinacion enérgica. «Es preciso acabar esto de una vez,» pensé; y plantándome delante de él, le dije:

«Caballero: esto es una supercheria, V. es un farsante que ha venido aquí á burlarse de mí. Piensa V. que creo en todas esas tonterías que ha contado de su doble naturaleza, de que es inmortal, etc. Yo no soy ningun loco para creer eso. Voy á romperle á V. la crisma hoy mismo: ¿lo entiende V. bien?

»Quieres batirte conmigo?—dijo con una familiaridad excesiva.—Bueno: nos batirémos, te mataré, que es lo mismo.

»Oh! me batiré con una legion como tú,—dije en el colmo de la rabia; te mataré, te degollaré con más deleite que si venciera á un tigre ó á un boa.

»Pues lo dicho, dicho.

»Te mataré, — continué yo con el mismo furor,— aunque te protejan todas las potencias infernales. No sé manejar ningun arma; pero Dios vendrá en mi ayuda. Dices que has venido á quitarme mi honor. Yo prevaleceré contra tí, malvado de todos los tiempos, génio protervo de todos los paises. En vano tratas de desarmarme con tu ironía sangrienta, ni de infundirme espanto con la relacion de lo que eres y lo que puedes. Si eres un hombre, te mataré: yo estoy seguro de ello. Si eres un espíritu, te aniquilaré tambien, porque Dios vendrá en mi ayuda, hará de mí un instrumento para extirpar esta monstruosidad, esta aberracion, tú.

»Bien,—dijo Páris, arrojando la colilla del cigarro. — Nos batirémos esta noche.

«Cómo esta noche?—dije.—Hoy mismo, ahora mismo.»

—El furor me habia hecho elocuente. En cuanto á mi determinacion de batirme con aquel ente sobrenatural, se explica por la situacion de mi espíritu. La muerte no me daba espanto: ántes, al contrario, me parecia un consuelo. Si me mataba se concluian todas mis penas; si él era un hombre, yo podia tener suerte y acabar con él. Si era un espíritu.... en fin, yo no queria razonar en aquel momento. Mi determinacion estaba tomada, y por razon ninguna hubiera desistido de ella.

—Pero hombre,—le dije,—no era temeridad dar ese paso, arriesgarse así, á morir sin duda?...

—Yo no sé lo que era. Yo queria concluir,—dijo el doctor,—y me parecia que aquello no podia aclararse de otro modo.

—Y se batieron VV?—pregunté.

—Sí: yo no queria padrinos; queria que aquel duelo fuera solitario como mi pena. Nada me importaba morir. Resuelto á no prolongar mi agonía, nos dirigimos aquella misma tarde á un sitio cercano á la capital....

—Pero hombre, sin testigos; eso era un asesinato.

—Llevamos dos pistolas: ámbos fuimos en mi coche, y su buen humor era tal durante el camino, que me aseguró más en la inminencia segura de mi muerte. Para mí aquello era en realidad un suicidio, que yo realizaba en forma inusitada y nueva.

—Y cuál fué el resultado del duelo?—pregunté con ánsia,—tengo curiosidad por saber cómo se portó V. delante de un adversario tan terrible.

—Oh! amigo,—dijo el doctor,—el resultado es lo más singular de la aventura; y en ningun modo puede V. sospecharlo, pudiendo asegurarle, que es enteramente distinto de lo que V. se ha figurado.

IV.

Confieso que la narracion del doctor Anselmo me iba interesando un poco, por pura curiosidad se entiende; que nunca me pareció aquello sino una alucinacion sin realidad alguna. Habia, sin embargo, una pequeña dósis de sentido en el fondo de todos aquellos desatinos, porque la figura de Páris, ente de imaginacion, á quien habia dado aparente existencia la gran fantasía de mi amigo, podia pasar muy bien como la representacion personal de uno de los vicios capitales de la sociedad. Si el doctor inventó todo aquello, fuerza es confesar que no carecia de algun sentido su invencion; si, por el contrario, él creia realidad lo que contaba, indudable es que era uno de los mayores iluminados que han visto los tiempos. Deseoso de saber en qué habia parado aquel duelo extraordinario, le incité á seguir: él no se hizo de rogar, y continuó así:

—Páris y yo nos dirigimos en mi coche al sitio que habiamos

elegido. Por el camino hablamos poco, aunque él procuraba entablar conversacion incitándome con dichos ingeniosos y agudezas que no quiero recordar. Yo no pensaba más que en la muerte, que creia cercana, inspirándome más regocijo que pena. Mi serenidad no era la serenidad del valor, sino la de la resignacion: en aquel momento el mundo, mis riquezas, mi esposa, me daban hastío y repugnancia. Veia cerca el término de tantos dolores, y aquel hombre, aquel mónstruo diabólico en forma de un sér humano, más que enemigo, me parecia una salvacion.

Cuando llegamos al sitio del duelo, la tarde caia y el cielo por Occidente estaba pintado con todos los colores y encendido con todos los reflejos. Era fresco y húmedo el aire, y tan lento y apacible, que apénas se movian las hojas de los árboles, amarillas y débiles ya por los frios del otoño: sin necesidad de ser agitadas, se caian ellas solas por su propio peso, muertas y lívidas ántes de abandonar el árbol. Me acuerdo de esa tarde como si hubiera sido ayer. Paró el coche, bajamos, y anduvimos un buen trecho solos.

—Ay, amigo D. Anselmo!—dije yo,—es preciso confesar que los procedimientos de ese duelo son de una inverosimilitud incomprensible. Ir á matarse sin testigos, llevar al contrario en su mismo coche.... eso no pasará en ninguna parte, y estoy seguro de que es el primer ejemplo que se ve en las sociedades modernas.

—Inverosimilitud!—dijo D. Anselmo;—¿quién habla de eso tratándose de aquella aventura, que toda ella está fuera de los límites de lo humano? No busque V. aquí la regularidad: si esto fuera como lo que pasa ordinariamente, no lo contaria.

Esta razon no dejaba de tener fuerza, y callé.

—Cuando elegimos el sitio, Páris me dijo:

«A ver las pistolas?

»Son buenas,—dije yo, entregándoselas.

»Lo mismo me da,—contestó sin examinarlas:—para mí todas las armas son buenas. Cárgalas delante de mí, y después echarémos suertes á ver cuál tira primero.

»Ya están cargadas,—dije, después que lo hice.

»A ver de qué modo echamos suertes,—dijo Páris paseándose por el campo con el mismo desenfado y franqueza con que se habia paseado en mi habitacion.

»Con un pañuelo,—dije yo;—hagamos un nudo en una de las puntas, y el que.....

»Me parece que eres un poco fullero,—exclamó Páris, riendo con todo el aplomo del que sabe que va á matar á su contrario.

»Arrojemos una moneda al suelo,—contesté yo con impaciencia, porque aquellos preparativos para llegar á un fin para mí incuestionable me molestaban

»Bien: pues si sale cara, tiro yo.

»Si sale cruz, me toca á mí.

»Vamos: tira de una vez.

—Tiré, cayó la moneda al suelo, y ámbos nos inclinamos para poder distinguir la señal. Salió cruz: á mí me tocaba tirar primero. Nos colocamos á diez pasos. Yo apunté, ó por lo ménos levanté el brazo, y procuré dirigir el cañon de la pistola hácia el pecho de mi enemigo. El se reia al ver cómo el cañon del arma describia curvas en el aire, y allí me dijo unas cuantas agudezas que me desconcertaron más, obligándome á bajar la mano, pues habiéndoseme enfriado los dedos con el aire de la tarde, ni áun tenía fuerzas para disparar el tiro. Pero pronto volví á apuntar para no irme al otro mundo sin desempeñar mal ó bien el papel que mi honor me habia impuesto en aquel lance. Apunté sin procurar dirigir la bala, y cerré los ojos: el tiro salió, y Páris cayó en el suelo sin dar un grito, porque la bala le habia atravesado de parte á parte el pecho.

—Eso sí que es raro,—exclamé al ver el inesperado fin del duelo.—Con que le mató V.?

—La contemplacion de un milagro,—continuó el doctor,—no me hubiera causado tanto asombro como aquella victoria adquirida sobre tan terrible adversario. Matar á aquel hombre, vencer á aquel génio maligno, era más de lo que podia esperar quien nunca habia manejado un arma, ni aprendido á luchar con antagonistas del otro mundo. Habia vencido á aquel demonio, á aquel mónstruo, enemigo de la paz conyugal! Si era un hombre, habia librado al mundo de un malvado; si era la personificacion de un vicio, si era una plaga humanada, una calamidad social encarnada en un bello cuerpo, habia quitado á la sociedad la mitad de sus escándalos, habia librado á la familia de la influencia de aquel Lucifer infatigable. Yo creí que alguna divinidad celeste habia venido en mi ayuda. «Oh! mi honor,—dije,—mi honor ha vencido: este sentimiento puro, acrisolado, ha sido para mí la divinidad protectora que ha dirigido mi brazo; ha infundido un soplo de vida en esta

bala, que ha sido el acierto mismo, que ha volado consciente é irritada hácia aquel pecho y ha partido aquel corazon, centro de perfidia y engaños. Dios mio! si el duelo es un crímen; si lo que acabo de hacer es un asesinato, perdona esta falta, precursora de bienes sin cuento. Tú que has permitido la generacion de este mónstruo; tú que eras dueño y regulador sabio de los beneficios y los castigos; tú que das la lluvia benéfica, el rocío, el sol, el maná, y permites la peste, el hambre y el incendio, perdonarás la inmolacion de este que creaste para nuestro castigo, imponiéndonos el trabajo de vencerle.»

Examiné atentamente el cuerpo de Páris y ví que de su herida brotaba un torrente de sangre; pero estaba vivo aún: respiraba, movia lentamente los ojos y me miraba con una expresion que no podia yo definir bien. Su mirada no era de tristeza ni de dolor. El singular estado de mi cabeza me hacia ver en sus lábios una sonrisa burlona. Pero á pesar de esto su rostro estaba lívido y su cuerpo desmayado y flojo. ¿Creereis que al verle así me dió lastima y hubo un momento en que se aplacó mi ódio? Somos hombres al fin. Además, al verle moribundo, al tocarle, al cerciorarme por mis propios sentidos de que era un cuerpo humano, desapareció de mi pensamiento la creencia de que fuese un espíritu, una sombra, un ente de razon: en aquel momento no pensé otra cosa sino que era un jóven que, habiendo adivinado mis sentimientos, quiso darme una broma ó burlarse de mí, queriendo hacerse pasar ante mis ojos como un ente sobrenatural. En resúmen, al ver aquel hombre herido por mí, que se desangraba en un campo solitario, sin auxilio de nádie, sin alivio corporal ni espiritual que suavizara un poco su muerte ya segura, me dió tanta lástima que resolví meterle en el coche y llevarle á mi casa para darle algun auxilio si lo necesitaba.

—Pero no comprendia V.,—le dije,—que eso era muy expuesto? Era muy fácil que le descubrieran de ese modo.

—Hubiérale abandonado, si hubiera estado muerto; pero vivia, respiraba. Cómo podia dejarle allí? Eso no cabia en mis sentimientos: además, mi ódio se habia disipado ante la victoria. No cejé en mi resolucion, le metí en el coche con ayuda de mis criados y á casa.

—Pero no podia V. depositarle en otra parte?...

—Nó: en mi casa no le descubririan, porque yo habia de tomar

todas las precauciones imaginables. Abandonado ó entregado á álguien, sí sería descubierto inmediatamente. Así pensé yo entónces y le llevé á mi casa. Cuando llegamos era muy entrada la noche. Nádie nos vió entrar, le subimos con mucho cuidado, y le pusimos en un lecho. Cuando quedé solo con él, le examiné con mucha atencion, aún vivia. Mucha sorpresa me causó el que léjos de estar más estenuado, más débil, más cercano á la muerte por ser la herida profundísima, parecia más animado, clavaba la vista serena y observadora en los objetos que adornaban la habitacion. Cuando me sintió acercar, fijó en mí los ojos con una tenacidad que me hacía temblar. Parecia sondearme hasta el fondo del alma. Aquellos no eran los ojos de un moribundo. Después que me miró largo rato sin pestañear, su mano fria como el mármol tocó mi mano, comunicándome una corriente glacial que circuló por todo mi cuerpo haciéndome estremecer con una impresion para mí desconocida, sus lábios se movieron como para articular un quejido, y una voz, que parecia salir, no de su boca, sino de una profundidad invisible, remota, una voz de inmensa resonancia y gravedad dijo estas palabras, que no puedo recordar sin espanto: «Imbécil: yo soy inmortal.»

V.

—Aún me parece que le estoy mirando y que le estoy oyendo,—continuó el doctor un poco abstraido.

Después se puso á mirar atentamente el techo como si allí arriba hubiera alguna cosa escrita; y era que se habia abandonado á la meditacion, y los ojos se le iban al cielo, tomando todo él aquella actitud de santo que le era peculiar. Después continuó la historia como sigue:

—No sé qué pensé entónces. Me ocurrió encerrarlo allí, y esperar dias, semanas y meses á ver si herido, sólo, sin comer ni beber podia existir aquel sér maldito. ¡Entre tanto salia la sangre de su herida, sin que por eso se postrara más su cuerpo: por el contrario, animábase más cada vez, aumentando mi desesperacion. Diga usted si el caso no era para volverse loco. ¡Estar constantemente perseguido por aquel demonio, que no me habia podido matar tampoco, y que concluia por instalarse en mi casa, junto á mí, siem-

pre á mi vista, como mi conciencia, como mi pensamiento, como mi preocupacion! Mi rábia no tuvo límites cuando le ví incorporarse en el lecho, y exclamó:

«Ya vés de qué modo has conseguido que no salga de tu casa. ¿Te atreverás á arrojar de ella á un hombre que has herido, á un hombre que se desangra y se muere? Si me echas de aquí no es posible que te libres de la nota de asesino. Se descubrirá que has intentado matar á un hombre, vendrá la justicia, habrá escándalo. Dirán que el bueno de D. Anselmo encontró á un hombre en el cuarto de su esposa y le pegó un tiro. Ya ves qué escándalo! Si quieres que me marche, me marcharé; pero bien te dije que al salir de esta casa me llevaria tu honor. Nécio: en vano quieres prevalecer contra mí, contra lo inmortal, contra lo omnipotente, contra lo divino. Yo soy superior á los hombres; yo soy parte de ese mal que desde el principio pesa sobre vuestra existencia, y del cual no os podeis librar, porque una ley suprema le pone sobre vosotros y en vosotros como una faz de la vida. Aquí estoy, en tu casa: eso es lo que yo queria. Ella sabe que estoy aquí: muchos de fuera lo saben tambien. Pero esto es ahora un secreto guardado por muchos. Si quieres que haya escándalo; si quieres que mil voces hablen de mí; si quieres que esto se publique por calles y plazas, échame de aquí: yo me voy gustoso; pero ya sabes todo lo que me llevo.

»Pero qué fuerzas se han de emplear contra tí?—exclamé en el colmo de la turbacion, — Sean morales ó materiales, algunas fuerzas habrá que te venzan; demonio incomprensible, más fatal que cuantos se emplean en tentar á los hombres, llevándolos por los caminos de todos los vicios.

»Contra mí no hay nada que prevalezca, —contestó, recobrando poco á poco su habitual buen humor y ligereza. —Ningun arma me puede herir: no tomes en sério lo que ha pasado: no creas que me has vencido, pobre loco: lo que has visto, no ha sidomás que un incidente preparado con objeto de atraparte mejor. Esta casa ya es mia: ya he penetrado en ella y no me puedes arrojar: todo el mundo sabe que Páris ha entrado en tu casa; y tú, aunque emplees todas tus facultades, todo tu dinero, cuanto existe y cuanto vale en la tierra, no podrás convencer á nádie de lo contrario..

»Oh! yo no sé lo que haré, —exclamé desesperado; — yo voy á pegar fuego á esta casa para que perezcamos todos.

»Fuego! —dijo él, riendo diabólicamente é incorporándose en el lecho; —fuego! si ese es mi elemento, si vivo en él: fuego es mi sangre, mi aliento, mi mirada, mi palabra: quemo, devasto, incendio. No opongas á mi poder esos elementos venales que á un signo mio obedecen sumisos. Yo digo al aire: «vé á agitar sus cabellos, lleva á sus oidos incomprensibles ecos que la sumerjan en esas meditaciones sombrías, de cuya

confusion sale luminoso é inexorable el primer mal pensamiento,» y el aire me obedece. Yo digo al agua: «vé y acaricia con irritante frialdad ó calor suave su cuerpo que en las ondas del baño se abandona indolente y descuidado; difunde en ese cuerpo la languidez y altera la serenidad de su cabeza, produciendo ese mareo voluptuoso que engaña la conciencia y hace accesibles los alcázares inexpugnables del recato,» y el agua me obedece. Yo digo al fuego: «corre por sus venas, enardece su corazon, y haz brotar en su pensamiento esa chispa incendiaria que es la abdicacion postrera de su voluntad,» y el fuego me obedece. Yo digo á la luz: «refleja en el espejo las hermosas líneas de su rostro, y lleva de su espejo á sus ojos la imágen del cuello, del lábio, de la cabellera, del talle para que aumente su amor propio, baluarte formidable que me defiende,» y la luz me obedece. Aún más: yo soy ese aire murmurador, esa agua voluptuosa, ese fuego que inflama, esa luz que adula. Ciego: me estás viendo; crees que estoy aquí. No: yo estoy allá, junto á ella, en ella: yo no la abandono nunca, porque soy su idea, su mal pensamiento, su mal deseo: yo no me separo de ella jamás. En vano tratas de perseguir ese mal pensamiento, ese deseo de tu esposa cuando por un singular fenómeno se te presenta en forma de hombre. Nécio: ¿no comprendes que eso no puede ser enterrado bajo un monton de piedras? No ves que es imposible matarle de un tiro como se mata á un pájaro ó á un ladron?

»Calla, por piedad, mónstruo,—exclamé yo angustiado: —¿qué delito he cometido para tan gran castigo? porque esto es castigo, sí, de algun crímen ignorado. Yo que soy la probidad, el pundonor, la lealtad, la sobriedad; ¿por qué he merecido esta tortura moral, que produce un trastorno en todas mis facultades, y acabará por volverme loco?

»Tu tienes la culpa de todo,—dijo Páris con serenidad, sin dar ya señales de postracion, y como si un médico sobrenatural hubiera sanado por encanto su herida: —tú tienes la culpa, tú que me has llamado, que me has traido, que me has evocado con la fuerza de tu entendimiento y de tu fantasía.

»Pues yo con esa misma fuerza te conjuro para que me abandones y me dejes en paz, — exclamé: —yo no puedo vivir así, diablo, espíritu, pensamiento ó lo que seas. Véte: yo te arrojo de mi cabeza: yo te expulso de mí; ya que no has querido darme la muerte, véte; porque esto es mil veces peor que morir.

»Irme! no puede ser, — contestó Páris, encendiendo un cigarrillo de papel. — Ni yo, aunque quisiera, tengo poder para abandonarte. Miéntras tú tengas ideas y sensaciones, yo estaré aquí. Renuncia á todo eso y me iré: resígnate á ser en vez de un hombre inteligente y sensible, una máquina automática, sin ninguna vida espiritual; resígnate á ser un bulto vivo, y entónces me marcho.

»Me resigno,—dije;—yo quiero morir ó no pensar; yo quiero ser una bestia, y no sentir en mi cabeza esto que llevo desde el nacer para tormento mio.

»No lo tomes así, tan á pechos,—dijo;—estas cosas deben considerarse con calma: sé filósofo; ten esa grandiosa serenidad que ha hecho célebres á muchos maridos, y no quieras sobreponer un falso pundonor á ciertas leyes sociales que nádie puede contrariar.

»No me trastornes más; yo quiero morir; quiero ser sacrificado á este pensamiento que me ha devorado, consumiéndome todo.»

Yo decia esto con la mayor sinceridad, amigo; yo deseaba morir ó vivir sin conciencia ni entendimiento; si esto era vivir, habia en mí como un delirio, una excitacion tal, que nunca después he vuelto á experimentar cosa parecida. Estaba mirando á aquel hombre; le tocaba, le veia, tenía todos los fundamentos necesarios para creer en su existencia, y aun me parecia todo un sueño.

¿A V. no le ha pasado que al soñar y sufriendo los tormentos de una pesadilla, se muestra uno íntimamente incrédulo ante tantos dolores, y dice: «esto es un sueño», como si una chispa de razon velara cuando todas las facultades se nublan ménos la fantasía que lo domina todo á sus anchas? Pues lo mismo yo, en aquel delirio tremendo, decia para mí á veces: «esto es un sueño.» Pero la realidad me desmentia: yo estaba en mi casa; allí me reconocia despierto como ahora me reconozco vivo. Yo iba y venía, presa de una horrible ansiedad, y todo lo que me rodeaba era real: las personas eran las mismas, idénticos los objetos. Salia de mi cuarto á ver si la impresion de cosas externas me daba alguna luz; pero nada lograba. Por fin, determiné ausentarme de allí: cerré el cuarto, dejando dentro al herido, y fuí á la habitacion de Elena. Cuando entró, ella se sobrecogió de espanto, tembló, y después me dijo algunas palabras mal articuladas, porque el terror le embargaba la voz. No sé qué íntimo convencimiento me obligó á mirar todo, á registrar todo, agitado, convulso, loco. La infeliz gemia: yo creo que la maltraté miéntras, andando de un lado para otro, registraba con afan, siendo tal mi trastorno, que hasta debajo de las sillas, dentro de los vasos de su tocador y entre las hojas de los libros, queria encontrar lo que buscaba. Allí no habia nada; yo no veia nada; pero en mí habia una conviccion profunda de que allí estaba: en el aire, en la sombra, en el perfume, en el eco de nuestras voces, todo me parecia sentir la presencia de aquel

maldecido. «Dónde está? dije... aquí hay alguno!» «Quién?» dijo ella desesperada. «¡Ese, contesté yo, ese mónstruo, ese espíritu, ese hombre! Yo sé que está aquí, yo le siento, yo le oigo. Sí, Elena, está aquí: tú le tienes. Le veo en tus ojos, le oigo en tu voz, está aquí.» Y en efecto, la sombra de todos los objetos me parecia su sombra, el eco de nuestras voces me parecia su voz, y en esos incomprensibles accidentes de la luz, del sonido, del tacto, me parecia encontrar algo de la persona, del aliento de aquel execrable genio. Elena lloraba con tanto desconsuelo, que me fué imposible recriminarla: únicamente le decia: «Sí, aquí está, aquí está.» Por fin, salí de allí, porque me trastornaba más cada vez, y volví á mi cuarto, donde le habia dejado encerrado con llave. Al entrar dí un grito: el herido no estaba allí. Mi espanto fué tal, que no pude dar un paso, y me dejé caer en un sillon: las fuerzas me faltaban ya por efecto de las contínuas y dolorosas impresiones de aquel dia; me desvanecí, me desmayé, y á no haberse entregado espontáneamente mi naturaleza á aquel reposo, no sé qué hubiera sido de mí. Quedé inactivo y como muerto durante largas horas: en el momento de recobrar el tino era de dia. Sentí ruido en la puerta, miré, y era Páris, que entraba de bata, pantúflas, y con el cabello en desórden como quien se levanta de la cama. Pasó delante de mí mirándome con la diabólica sonrisa que era en él habitual. Yo le miré tambien largo rato, y el estupor, cierto marasmo moral que yo sentia me impidieron dirigirle la palabra en mucho tiempo.

. . . . . .

Cuando esto decia el doctor, estaba tambien poseido de aquel marasmo moral que referia. Tenía turbios los ojos, lenta la voz, difícil el aliento; estaba fatigado, y sin duda el recuerdo de los sucesos que contaba le producia muy fuerte impresion. Por eso, y considerando lo que padecia el infeliz en aquellos momentos en que traia á la memoria su funesta obsesion, no me atreví á hacerle las mil observaciones que sobre el caso referido se me ocurrian; reflexiones que hubieran entibiado mucho el entusiasmo y conviccion con que referia aquellas locuras. El desdichado creia á pié juntillas todo aquello como si fuera el mismo Evangelio.

(*Se concluirá.*)

B. Perez Galdós.

REVISTA POLÍTICA.

INTERIOR.

Fundar sobre bases sólidas un Gobierno libre, es la obra á que está llamada la generacion presente en todos los pueblos del mundo civilizado. Unir en armonía legal la existencia de un Poder fuerte y la vida de un pueblo que usa de sus derechos legítimos, es el problema cuya resolucion buscan por caminos diferentes las naciones modernas. Hasta tanto que esta armonía se realiza, ni la paz pública se asienta sobre bases sólidas, ni se desarrolla la prosperidad de las naciones. No desconocemos que la historia registra períodos de bienestar fugaces y pasajeros en que aquella armonía no ha existido; pero semejante felicidad ha sido siempre precursora de grandes males, porque llevaba en su seno gérmen fecundo de inevitable ruina.

La historia de Grecia, de Roma, de las repúblicas italianas de la Edad Media, de la dominacion de la casa de Austria en España y de la nacion inglesa ántes de 1688, prueba elocuentemente de qué manera se enflaquecen y debilitan los Estados cuyo organismo gubernamental alimenta y sostiene una lucha perpétua entre el Poder permanente y las aspiraciones legítimas aunque variables de la opinion pública.

Consecuencia de esta lucha han sido las distintas revoluciones porque ha atravesado Francia, y el estado de agitacion perpétua en que ha vivido España, sobre todo en el siglo presente.

La guerra entre una autoridad despótica que por ensanchar los límites naturales de sus atribuciones intentaba sofocar los derechos del pueblo, produjo en Inglaterra la revolucion de 1640 y la de 1688; el mismo antagonismo trajo sobre Francia las horribles hecatombes del terror, los delirios socialistas de 1848, é hizo pasar á España por las bárbaras reacciones de 1814 y de 1824, hasta dar en tierra en 1868 con la monarquía de los Borbones.

Hemos llegado á un momento crítico en que la Nacion va á decidir de su suerte y de su porvenir, segun acepte de buena fé la fusion íntima que

existe en Inglaterra, en Holanda, en Bélgica, en Portugal y en Italia entre la autoridad real y el poder representativo del pueblo, ó se lance por el camino que ha de llevarla á una lucha perpétua entre la autoridad permanente y las libertades públicas, semejante á la que ha existido por mucho tiempo en Alemania y lleva trazas de perpetuarse en la nacion vecina.

Estas dos tendencias son las que al presentarse una enfrente de otra, sean cuales fuesen las faltas que quieran imputársele á la Revolucion de Setiembre y sean cuales fuesen las virtudes con que quieran condecorarse los partidos que le han declarado guerra á muerte, no pueden ménos de señalar á tódas las personas juiciosas é imparciales los deberes que el patriotismo y el más vulgar sentido práctico les aconseja.

Cuando existe una confabulacion pública y patente para destruir el único organismo político que legalmente puede existir hoy, fuera del cual nádie descubre tierra de salvacion, ni siquiera puerto de arribada, entendemos nosotros que se necesita estar dominado por la pasion más ciega para anteponer á los intereses públicos la satisfaccion de injustificadas venganzas.

Locura es comparar la conciliacion, la union, la fusion, ó lo que sea, de elementos que por medio de una transaccion patriótica vienen á convenir en una misma Constitucion, á votar unas mismas leyes orgánicas, á erigir una misma Monarquía, con la coalicion verdaderamente monstruosa, con la amistad improvisada, con la liga ofensiva y defensiva fraguada por el ódio comun entre los que ayer servian á la Reina Isabel en los momentos en que ejercian más omnímoda influencia sus ya mundanos, ya místicos Consejeros, y los que han gritado en todos los tonos abajo los Borbones, y han escrito en todas las formas cuanta censura, diatriba é injuria pueden escribirse contra una Reina y contra una dama; entre los que se ufanan todavía de representar el principio dinástico triunfante en Vergara, y los que afirman que allí quedó esclavizado el derecho y prisionera la justicia; entre los que quieren que el representante de Dios en la tierra sea jefe de todas las monarquías, y los que con desenfado anticulto declaran que Dios no exìste y que las religiones positivas son epidemias del alma; entre los que pelean, en fin, por colocar el altar en el trono, y los que serian capaces de ratificar todas las tiranías, de justificar todas las persecuciones, de aprobar todos los errores, de santificar todos los cadalsos con tal de destruir el trono y el altar.

En un lado aparecen en consorcio definitivo ó transitorio, cuantos desean establecer en la nacion española las mismas leyes, la misma monarquía, las mismas instituciones, y en frente marchan unidos al combate los partidarios de la autoridad omnímoda de la Iglesia, con los defensores de los fueros ilimitados y absolutos de la razon humana; los amigos de la amortizacion civil y eclesiástica, con los que dividen la propiedad en legal é ilegal en los momentos de hipocresía y la declaran un robo en los momentos de confianza. En una sola cosa están y estarán eternamente

unidos; en que su triunfo es y será igualmente la antítesis de la civilizacion; es y será igualmente el imperio del verdugo y el reinado del terror.

Causará, en verdad, amargura á todo espíritu juicioso, dirigir una rápida ojeada sobre la situacion política en que la nacion se encuentra, porque si bien es cierto que existe una calma real, un órden físico cási perfecto en la Península entera, si nádie osará negar que la Monarquía, por virtud de su propia pesadumbre, ha venido á sentar las instituciones de tal modo que el país se va organizando naturalmente, no es ménos cierto que hondas perturbaciones morales se agitan en el seno de una sociedad que no acierta á perder su antiguo y turbulento carácter, como si fuera más fácil para la España de Torquemada, de la Inquisicion, de la Santa Hermandad, de la Mesta y de la *sopa boba*, vivir en eterna guerra, que desterrar de una vez y por completo el espíritu aventurero de sus viejos capitanes, de sus prelados guerreros, de su nobleza rebelde, de sus bravos pecheros, dispuestos siempre á abandonar las faenas de la agricultura y la paz doméstica, por un instinto batallador que los llevaba á pelear gustosos, en las filas de cualquier partido y bajo la sombra de cualquier bandera.

No hemos de pedir ciertamente á un pueblo á quien se ha aconsejado por espacio de siglos que mire con desprecio las comodidades de la vida terrenal, hábitos de laboriosidad, de trabajo y de economía; no hemos de exigir á una sociedad que ha vivido bajo el yugo del más brutal absolutismo, que se persuada en una hora, en un dia de luz, de que por medio de la discusion y ejercitando pacíficamente sus derechos políticos puede alcanzar todos los bienes de que la existencia humana es susceptible; pero sí creemos que la voz imperiosa del deber, los acentos del patriotismo y la utilidad general debieran hablar elocuentemente á las clases altas, á los hombres instruidos, á las grandes dignidades de la Iglesia, tan lanzados ó más que la parte turbulenta del pueblo mismo por sendas extraviadas, á cuyo fin se descubren sólo grandes y temerosas catástrofes.

Si las enseñanzas de la historia influyeran en las pasiones humanas, y pudieran modificar los instintos de la naturaleza y la vanidad de las parcialidades políticas, ¡cómo no recordar las consecuencias que tuvo en Francia la actitud de la aristocracia que rodeaba al trono ántes de la gran revolucion; la conducta de las damas que no podian vivir fuera de los perfumados salones de la corte de María Antonieta, y la intransigencia de un clero que, con honrosas excepciones, incitaba en nombre de un Dios de paz y de una religion de mansedumbre á los incautos labriegos al combate!

Muchas veces hemos dicho, y no nos cansarémos de repetirlo, que el abandono en que las clases altas, así militares como políticas y religiosas, dejaron á los constitucionales franceses, trajeron sobre la nacion vecina las vergonzosas escenas de la Asamblea legislativa y los bárbaros horrores de la Convencion; y cuenta que entónces disculpaban su conducta los privilegios que

habian perdido, el brutal torbellino de los instintos revolucionarios, la esperanza que no podia ménos de levantar en sus pechos sobrecogidos por los ataques de que eran víctimas, el estado de la Europa unánimemente hostil á las nuevas ideas, cuyos ejércitos mandados por los soberanos más poderosos se adelantaban hácia las fronteras de Francia para extirpar con el hierro y el fuego aquellos gérmenes de libertad embrionaria que no acertaban á encontrar cuerpo ni forma.

¡Pero cuán diferente espectáculo presenta hoy el mundo civilizado! La Voluntad Nacional ha hecho añicos, en todos los pueblos occidentales de Europa, los poderes seculares que han querido sostenerse por el solo y exclusivo derecho de una legitimidad fundada en la tradicion. En Dinamarca impera un órden político de orígen revolucionario. Holanda es modelo de pueblos regidos por instituciones representativas. El reino de Bélgica es hijo de una rebelion. Inglaterra, la vieja Inglaterra, tan apegada á sus usos y costumbres, despues de haber pasado por el rudo escarmiento de la república y la dictadura, rompió por segunda vez la tradicional cadena de una monarquía fundada en los gloriosos recuerdos de su independiente y altiva historia, para buscar por dos veces en tierra extranjera una dinastía dispuesta á respetar los fueros del Parlamento y la libertad del pueblo. Italia realiza la unidad y se posesiona del Capitolio, sin que se oiga una sola protesta oficial en el mundo católico. Austria, el último baluarte de las ideas conservadoras, entra resuelamente por las vias de la reforma, arrojando al olvido la estructura feudal del antiguo Imperio. Llega Prusia al apogeo de su grandeza en nombre de las ideas filosóficas, del racionalismo moderno y para consolidar la unidad germánica, aspiracion constante del pueblo aleman, á que se habian opuesto hasta ahora mal entendidos intereses dinásticos. Francia, aniquilada y destruida, busca remedio á sus males en el ejercicio de la Soberanía Nacional, sin que nádie se haya acordado en la prosperidad, ni se acuerde hoy en la desgracia, de la fuerza salvadora, de la legitimidad tradicional, ni del derecho divino de los reyes. La Rusia misma no pone obstáculo al desenvolvimiento de las ideas modernas en los pueblos del continente, y si muestra simpatías por alguna Nacion determinada, si estrecha alianza con algun pueblo, es con la República democrática de los Estados-Unidos de América.

La solidaridad por otra parte de las dinastías, el interes recíproco de los monarcas, ha concluido en el mundo; impera tan sólo el derecho de los pueblos. La guerra franco-germana ha venido á dar el golpe de gracia á los poderes personales. Ese egoismo de que injustamente, en nuestro sentir, se acusa á Inglaterra y á las Potencias neutrales, es consecuencia indeclinable de la autonomía de los pueblos que no tienen intereses encontrados y que pueden caminar unidos por la ancha senda que ha de conducirlos á su fortuna y engrandecimiento.

El espíritu de los tiempos obligará á los Estados á resolver dentro de sí mismos y por sus propias fuerzas los más grandes problemas políticos. El castigo que ha sufrido la política invasora del último Imperio frances, no puede dejar de ser elocuente escarmiento.

Ya no existirán Pactos de Familia, ni Santas Alianzas, ni Congresos de Verona. Las naciones tienen la responsabilidad de sus extravíos y los medios necesarios para poner á ellos enérgico remedio. Eso que se llama por pasion ó por ignorancia el egoismo de la edad presente, es la consecuencia legítima de la política de no intervencion, ó lo que es lo mismo, del derecho moderno.

El dia no lejano en que el principio del *Self-Government* sea una verdad reconocida y práctica en todos los pueblos del mundo, las guerras de invasion llegarán á ser punto ménos que imposibles.

No pierdan de vista estas verdades palpables los absolutistas y restauradores, que, por espíritu de venganza, dan hoy fuerza y apoyo á las huestes republicanas; se equivocan profundamente si creen que, por grandes que fuesen los cataclismos que el planteamiento de la república trajese consigo, habia de venir de fuera remedio heróico á los males de la pátria.

Desbordadas las corrientes demagógicas, no seríamos nosotros sus únicas víctimas, siendo por otra parte justa la expiacion de los que pudiendo contribuir al bien provocaron el mal; de los que cuando una Monarquía reparadora quiere abrir una era de paz, se lanzan á la guerra; de los que cuando la pátria más necesita de órden, incitan á la rebelion; de los que, cuando el espíritu de nuestras instituciones, sábiamente practicadas, puede colocarnos en armonía y concierto con los demás pueblos de Europa, se empeñan en que España conserve aquella fisonomía, aquel organismo que en épocas de fortuna nos trajo el ódio del mundo entero, y en épocas de desgracias nos hicieron escarnio y ludibrio de las gentes.

Esto, no obstante, á través de las dificultades que á la marcha regular de los acontecimientos intentan presentar los partidos hostiles al nuevo órden de cosas, el país está dando relevantes pruebas de discrecion, de juicio y de patriotismo. En vano absolutistas, republicanos y alfonsinos, con motivo de la eleccion de Diputaciones provinciales, han escrito y publicado sendos y calorosos programas, en los cuales aparecen unidos en una negacion comun. Las elecciones se han llevado á cabo sin que tengamos que deplorar graves disturbios, sobre todo teniendo en cuenta la situacion política porque el país acaba de atravesar, y la libertad de que por vez primera han tenido en España partidos cuyas aspiraciones, estructura y tendencias son en verdad las ménos á propósito por naturaleza y antecedentes para disfrutar los beneficios de un sistema que desean destruir, el ejercicio de derechos que ellos jamás han concedido ni concederian á sus adversarios.

Es difícil encontrar documentos como las alocuciones á que arriba nos

hemos referido, en que, aparte su mérito literario, se hagan con más desenfado apreciaciones que pugnen con las verdades más palmarias y rudimentales de la historia contemporánea.

Moveria á risa, si no levantara en el espíritu un sentimiento de tristísima índole para la sinceridad humana, que los hombres de la escuela tradicionalista se quejen de las perturbaciones porque pasan los pueblos regidos por instituciones representativas en épocas electorales, como si pudiera compararse la agitacion de estos momentos y sus deplorables excesos, con los tiempos en que imperaban sus hombres y se aplicaban en la práctica sus doctrinas; períodos tristísimos, de los cuales apénas queda en España una familia medianamente honrada que no guarde enlutado recuerdo.

La alocucion conservadora ó moderada es en verdad de índole bien diversa. Ni las galas del lenguaje, ni el batallador estruendo del estilo, ni la aparente energía de las ideas pueden ocultar que detrás de aquel infeliz documento aparece un ejército sin soldados, una bandera sin prosélitos, un cuerpo muerto que en vano quieren galvanizar tenaces inteligencias. Si una vista perspicaz y prodigiosa pudiera penetrar en el fondo del pensamiento de la mayor parte de las personas que se han afanado por colocar su firma al pié de este documento, se descubririan curiosas diferencias entre lo que la voluntad libre desea y lo que obliga á ejecutar el destino fatal de los hombres, los principios de un honor mal entendido y las estrechas de bandería.

Sería indigno de nosotros desconocer la frase elegante y correcta, la belleza, en fin, del documento republicano, que se debe á la bien cortada pluma de D. Emilio Castelar. ¿Quién ha de negar el extraordinario talento y las no comunes facultades que de escritor y de orador el Sr. Castelar posee? Si á ellas uniera un poco de severidad en sus juicios y algun más escrupuloso respeto por la exactitud de la historia, las creaciones orales y escritas de este tribuno serian verdaderos modelos.

¡Cómo no ha de levantar asombro en el ánimo, encontrarse de buenas á primeras, como vulgarmente se dice, con la estupenda noticia de que la "Monarquía democrática, combatida en las discusiones parlamentarias con argumentos incontestables, ya está desautorizada en la viva realidad por funestos desengaños!"

"Los partidos radicales, segun afirman los republicanos, habrán podido transigir con la Monarquía, allí donde tal institucion se ha impuesto al sentimiento público por tradiciones gloriosas, como en la Gran Bretaña, ó allí donde es una condicion precisa de la existencia nacional, como en Bélgica, en Grecia y en Rumania."

Sin duda entre nosotros no tiene tradicion gloriosa la Monarquía; sin duda entre nosotros no existe vivo el sentimiento monárquico; sin duda entre nosotros es la República federal la forma de Gobierno llamada á robustecer y fortificar nuestra nacional existencia.

"Aceptar en España la Monarquía, nos valdria hoy el escarnio de todo el mundo civilizado, y mañana la eterna maldicion de la historia." Verdad es que desde el dia que la Revolucion española puso fuera de duda la cuestion de la forma de Gobierno y mantuvo con energía el art. 33 de la Constitucion enfrente de la República, en Francia vencedora, la Europa ha confesado por primera vez que éramos un pueblo capaz de gobernarnos por nosotros mismos, y las publicaciones más importantes del mundo ilustrado, que tan mal nos trataban ántes, han cambiado de lenguaje, y confiesan qué España es un pueblo digno de figurar en el gran concierto de las naciones europeas.

Ah! se nos olvidaba; los Reyes de Inglaterra, de Holanda, de Bélgica, de Prusia, de Austria y de Italia no son representantes de los intereses nacionales de sus pueblos, sino jefes de partido. La Reina de Inglaterra simboliza hoy el egoismo de un partido ó de una fraccion de partido que quiere perpetuarse en el poder; los Príncipes de la casa de Orange no son populares en Holanda; la fuerza bruta sostiene una monarquía opresora en Bélgica; el Emperador de Austria no ocupa el poder supremo por el convencimiento de sus súbditos, de que él es el punto en donde convergen Estados que, sin perder su autonomía, quieren conservar la unidad nacional; la dinastía de Saboya no debe su fuerza y su prestigio en Italia y en el mundo á la noble decision con que ha abrazado la causa de la pátria. Negaciones son estas que no habia comprendido nuestra débil y extraviada inteligencia. Turin deja de ser corte. Nápoles se convierte en capital de provincia. Florencia pierde las ventajas materiales que le proporciona albergar en su estrecho recinto un numeroso cuerpo diplomático y los altos funcionarios del Estado, por llevar adelante, al grito de *viva el Rey, viva la Pátria*, una idea simbolizada en su ejecucion por la dinastía reinante. Todo esto prueba de una manera ineludible, inconcusa, absoluta, en lógica republicana, que los reyes, representantes en lo antiguo de grandes nacionalidades, son hoy sostenedores de una clase privilegiada ó de los intereses egoistas de los partidos.

Para buscar abnegacion y patriotismo; para comprender el triunfo del derecho, el imperio de la justicia absoluta, la emancipacion del espíritu humano, es necesario trasportarse con la fantasía, porque en cuerpo y alma la cosa no es cómoda ni está completamente exenta de peligros, á la República vecina, y disfrutar allí de las edificantes escenas de los clubs de Belleville y de las asonadas de la capital del vencido Imperio; entónces se tiene una idea completa de cómo practican el derecho de reunion los hijos privilegiados de la República. Las ejecuciones de Lyon ponen de manifiesto el ejercicio perfecto de la justicia absoluta. Marsella demuestra cómo es imposible con aquella forma de gobierno el órden público, y la convocacion electoral de M. Gambetta prueba de qué manera en pueblos regidos por instituciones

republicanas es atentatorio, inconcebible, criminal, bárbaro, poner sacrílega mano en la virginidad pudorosa de los derechos individuales.

El estado de los poderes públicos en la nacion vecina, la armonía social que reina en los departamentos del Mediodía, las edificantes escenas del *Hôtel de Ville* de Paris y de los clubs de los arrabales, difundidas y aumentadas con el carácter nacional que tuvieron los paseos triunfantes de Valls, de Cádiz, de Jerez y de Paterna, y con la grandiosidad que les daria extenderse por la Península entera, son el porvenir que nos ofrece el triunfo de la liga electoral que empujan, vivifican y sostienen con su influjo las altas clases sociales.

Nosotros hemos oido á un caballero español, de elevada alcurnia, elegante, distinguido, cási poderoso, exclamar con el acento de la conviccion más pura, entre damas que le escuchaban extasiadas, que él únicamente comprendia la República federal ó el derecho divino de los reyes; y al oirle nos persuadimos de que no en balde nos conquistaron los Vándalos, los Alanos y los Godos, y de que el sol ardiente y la tierra vigorosa de España son elementos á quienes ha concedido la naturaleza el raro privilegio de perpetuar las razas en su pureza prístina.

Contra elementos de esta índole tiene que luchar en España el espíritu civilizador y culto de los tiempos modernos.

No olviden los Gobiernos liberales el país en que viven, y sobre todo tengan presente que las naciones renuncian á todo ántes que á su bienestar material, y que por un sentimiento propio de la dignidad humana, más poderoso quizás en las grandes colectividades que entre los indivíduos, no hay tiranía más ofensiva que la ejercida por los partidos.

Tengan presente que cada época tiene su carácter y sus necesidades apremiantes, que el país está harto de las formas externas y contraproducentes de la libertad, que la desea, sí, pero verdadera, equitativa, sin patrioterías groseras ni algazaras incómodas, compatible en el órden público con la tranquilidad social y con el ejercicio legítimo de los derechos del ciudadano.

Recuerden los radicales, sobre todo, puesto que ellos son el alma del Gobierno y cási los exclusivos directores de la política, que allá en los tiempos pasados, pocos momentos después de terminarse la Constitucion de 1837, aquel Código aceptado por todos los partidarios de la dinastía reinante, era Presidente del Consejo de Ministros Calatrava, desempeñaba Mendizabal la cartera de Hacienda, Argüelles sostenia el Ministerio en union de Olózaga, de Sancho, de Guzman, de Infante, de la flor y nata, en una palabra, del partido progresista. Piensen que aquel Ministerio se preocupaba mucho de que no le atacasen los entusiastas; queria complacer á todo trance, sin que jamás lograse alcanzarlo, á los que sostenian que *el mejor Gobierno era el que ménos gobernase.* Observen cómo el desórden real que en el país existia, se infiltró pronto, como siempre sucede, en las filas del

Gobierno, Lopez, el luego tan célebre Lopez, se fué del Ministerio, Olózaga, aunque sin hacerlo ostensiblemente por patriotismo, manifestaba su natural descontento, y los mismos periódicos liberales llegaron á decir que el país queria la paz aunque fuera con el despotismo de Calomarde, que á tal extremo los arrastraba la desesperacion; llegando D. Pascual Madoz á asegurar en pleno Parlamento que la primera reforma que se debia hacer era *volar todos los Ministerios.*

Las Córtes Constituyentes de 1837, de cuyo patriotismo no han dudado ni los adversarios más encarnizados de las ideas en ellas dominantes, al disolverse dejaron en el poder al partido liberal; pero los desaciertos de todos dieron pronto por resultado que en la primera Asamblea que se reunió después de ellas, el partido progresista se quedó en minoría, comenzando á cercenarse luego las libertades públicas.

Servirán aquellas enseñanzas de saludable escarmiento?

Hoy las consecuencias serían muy diferentes. Una derrota no implicaria únicamente la caida de la situacion política, ni el cambio de un Ministerio. Los republicanos piden nuevas Córtes Constituyentes y reforma de la ley fundamental; los carlistas quieren la supresion del sistema representativo y la Monarquía tradicional con sus naturales exageraciones, y los moderados la vuelta al estado de cosas existente cuando triunfó la Revolucion, con el aditamento obligado de sus naturales venganzas.

El pais sensato se aparta con horror de los tres programas, pero no se levantará potente al lado de las nuevas instituciones, si los hombres que desempeñan el Poder, si las parcialidades que los sostienen no saben ponerse en contacto con la verdadera opinion pública, satisfacer sus necesidades y desvanecer sus harto justificadas preocupaciones.

Todo lo hemos alcanzado; si todo lo perdemos será por nuestra culpa.

Una palabra, ántes de concluir, á nuestros amigos del Gobierno. La abnegacion es una gran virtud en los hombres públicos, pero es cuando se ejercita para hacer el bien; mas si, por el contrario, el mal no puede evitarse, la abnegacion pasa á los ojos de las gentes por egoismo, y se convierte realmente en debilidad indisculpable.

La union de los elementos dinásticos es la necesidad más apremiante del actual momento histórico; por satisfacerla hay que hacer los mayores sacrificios; pero si por una intransigencia inexplicable resulta ineficaz; si una suspicacia eterna hace que solo exista en las palabras; si no hemos aprendido á estimarnos en las luchas pasadas; si el patriotismo no puede triunfar de la impenetrabilidad de los partidos, salvemos siquera nuestro decoro y que la Historia se encargue de emitir luego su inapelable fallo.

J. L. ALBAREDA.

EXTERIOR.

Nos vemos en la desagradable necesidad de dedicar esta revista quincenal, como todas las anteriores, desde hace cinco meses, á sumar nuevos desastres á los sufridos por la Francia. Paris ha tenido que capitular por hambre: medio millon de hombres armados han tenido que entregar á los sitiadores sus armas, sus municiones y sus fortalezas, como anteriormente lo hicieron en Sedan los soldados mandados por Mac-Mahon, y en Metz los dirigidos por Bazaine; y al mismo tiempo, otro ejército de más de ochenta mil Franceses, huyendo de las huestes germánicas, se ha refugiado en el territorio neutral de Suiza, á cuyas autoridades ha entregado igualmente sus fusiles, cañones, cartuchos y tesoro.

Los Franceses, que no saben conformarse con la idea de la inferioridad de su nacion respecto de la prusiana, atribuyeron á la ineptitud del Gobierno imperial y á la traicion de los Mariscales y Generales las derrotas primeras, y siguen indignándose contra todo jefe que pierde una batalla, que se rinde ó que capitula. No sólo en los clubs ó en los periódicos, sino en las mismas regiones oficiales y en los documentos del Gobierno se han lanzado las acusaciones más graves. Gambetta, en sus decretos y proclamas, ha dispuesto la fórmacion de causa contra muchos Generales; ha calificado de inexplicables y criminales las capitulaciones de Sedan y de Metz; ha abierto una informacion acerca de la de Strasburgo; y, no siendo más que delegado del Gobierno de Paris, tampoco ha titubeado en acusar de culpable ligereza á los Ministros y Generales que han pactado, con la rendicion de la capital, un armisticio general de tres semanas.

Nosotros nos hemos equivocado, como todo el mundo, al comenzar la actual guerra. No cabia en nuestras previsiones, como no cabia en las de nádie, que Francia pudiera ser vencida con tal facilidad y de una manera tan completa. Las esperanzas más atrevidas de los políticos de Berlin no llegaban tampoco á soñar tan sorprendentes victorias para la gente alemana: el mismo Emperador Guillermo y el Conde de Bismark lo reconocen así en cuantas ocasiones se les presentan. Pero si hemos incurrido en error creyendo mayores de lo que en realidad han sido las fuerzas de la nacion francesa, no hemos cometido las grandes injusticias que respecto de sí mismos, de sus estadistas, de sus gobernantes, de sus Generales, de sus soldados y de sus conciudadanos han cometido y siguen cometiendo las Franceses.

Cualesquiera que sean las proporciones del infortunio de la nacion ultra-

pirenáica, no deja de haber una soberana injusticia en atribuirla á imbecilidad del Emperador, á molicie de los Generales, á flojedad de los soldados, á la depravacion moral del pueblo. Tales como ahora han sido, eran, ni más ni ménos, cuando ejercian una incontestada autoridad y preponderancia en Europa y en el mundo todo.

Contra el golpe de Estado de 2 de Diciembre pueden decir lo que quieran los republicanos, miéntras se limiten á quejarse de la violacion de la ley establecida y del juramento prestado; pero, sin injusticia notoria, nádie puede decir que el reinado de Napoleon III en Francia ha sido el de un tirano como Calígula, ó el de un imbécil como Cláudio, ó el de un soberano dado exclusivamente á la crápula como Heliogábalo ó Caracalla. En los Consejos de la diplomacia, el Emperador ha sido durante muchos años el árbitro; en las cuestiones sociales tomó más de una vez iniciativas tan atrevidas como inteligentes; en las artes de la paz dió á la nacion un brillo jamas anteriormente alcanzado; á las artes de la guerra prestó una atencion asídua y un esmero exquisito. Cometió errores que han sido de una trascendencia inmensa; incurrió en faltas, que acaso no tendrán ya reparacion. Se abstuvo en 1866 de emprender á tiempo una guerra á que se dejó tardiamente arrastrar en 1870: hé aquí su culpa cási entera; culpa que los resultados han hecho aparecer enorme, de que la historia no le absolverá, pero que ni borrará el recuerdo de veinte años de prosperidad y de gloria, ni merece ser calificada de ineptitud ó imbecilidad.

Los Mariscales y los Generales que ahora han entregado, con sus espadas, á un enemigo ántes no temido, las de centenares de miles de soldados franceses, son los mismos que asaltaron la torre de Malakoff, y vencieron en Solferino, y penetraron hasta Pekin, y sujetaron al árabe en Argelia, y dominaron en América en donde quiera que se presentaron con la bandera francesa. Todavía en Wissemburgo sostenian con fuerzas muy desiguales combates heróicos; y acometian en Sedan, contra su propia opinion y obedeciendo órdenes superiores, empresas temerarias, para las que les faltó la fortuna ó la posibilidad material, pero no el vigor del alma ni del brazo.

Los soldados marchaban gozosos á la victoria, sin temor á las fatigas ni á la muerte, dispuestos á sacrificarse por la gloria de su pátria, confiados en su triunfo, aunque cada uno tuviese que luchar contra dos enemigos. Ni el invierno en las trincheras del sitio de Sebastopol, ni los rigores del calor en los arsenales de Africa, ó en la tierra caliente de Méjico los habian hecho murmurar, ni suprimido siquiera en sus lábios los cantos de alegría miéntras á sus sufrimientos y sacrificios personales acompañaban glorias para su pátria. En Woertz, Mac-Mahon les pedia que se sacrificasen en masa por batallones, ó por escuadrones, y con brio entusiasta habian perecido todos los invitados á morir por el resto del ejército.

El pueblo no ha escaseado tampoco su sangre ni su dinero. Los regimientos bisoños, improvisados después de comenzada la guerra y de sufridos los primeros reveses, han luchado en muchos puntos tenazmente contra las tropas veteranas de Sadowa y de Metz. En Paris mismo, se ha visto por primera vez á una poblacion de más de dos millones de séres humanos padecer toda clase de privaciones con ánimo sereno, y no rendirse sino á las últimas extremidades del hambre, habiendo, durante meses enteros, buscado con afan las ocasiones de combatir. Ni la paralizacion del comercio y de las industrias, en que los más ganan su subsistencia, ó labran sus fortunas; ni las fatigas militares, ajenas á sus hábitos; ni los peligros de ruina completa de sus establecimientos mercantiles, han entibiado por un momento el vigor de la resistencia de la gran ciudad, á la que el más numeroso y potente de los ejércitos de nuestro siglo no ha logrado arrancar á viva fuerza ninguno de sus baluartes.

Y, á pesar de todo, el hecho de la inferioridad de la Francia en la presente campaña es incuestionable. Estudien sus causas los Franceses con decision firmísima de poner el remedio necesario, cualquiera que sea, al mal notorio. No se engañen á sí mismos con mútuas recriminaciones; no lo reduzcan todo á acusarse unos á otros de ineptitud, de flojedad, y hasta de traicion. Después de los primeros desastres defendia M. Thiers en el Cuerpo legislativo la conveniencia política de atribuir la culpa al régimen imperial, por ser esta explicacion la ménos desfavorable para la Francia. Ahora ya no son posibles semejantes consejos, porque el Gobierno republicano ha sido tan infeliz como el monárquico. Además, á nada conduce ocultar la verdad; vale más presentarla en toda su desnudez, para que los males sean conocidos y curados.

Los Franceses han estado medio siglo exagerando las glorias militares de la primera República y del primer Imperio. Si, entre sus hombres políticos, la mayor parte se oponian ya al espíritu de guerra y de conquista, era porque el progreso de la filosofía cosmopolita los llevaba por ese camino; no porque tuviesen la más pequeña duda acerca de la necesaria union de la victoria con las águilas francesas. Y para el caso de que el segundo Imperio cayera vencido, como el primero, ante una coalicion de la Europa, los Franceses tenian la seguridad de que, proclamando dentro de su territorio la guerra popular, y fuera de sus fronteras la guerra revolucionaria, la Francia podria repetir á cualquiera hora los hechos realizados en 1792 por la Convencion, que improvisó catorce ejércitos y decretó la victoria.

Aunque para otro Napoleon hubiera otro Santa-Helena, jamas faltaria para la Europa coaligada otro Danton. Si el nombre de éste horrorizaba á los Franceses por los recuerdos de las matanzas de Setiembre, les servia de esperanza como símbolo de la resistencia enérgica y furiosa contra el invasor extranjero. Aunque fuese necesaria una nueva época de terror, el

patriotismo frances, léjos de retroceder ante sus espantosos horrores, la guardaba en secreto como una esperanza de inviolabilidad del suelo sagrado de la Francia, y como una amenaza contra todos los Imperios, y todos los Soberanos, y todos los pueblos extranjeros.

El desengaño ha sido cruel. La República y la revolucion han sido impotentes. En ningun punto de Europa ha germinado la semilla revolucionaria arrojada á los cuatro puntos del horizonte desde Paris, desde Tours, desde Burdeos, ó desde Lyon. Los hechos de 1792 no se han repetido. El terror no ha resultado con condiciones de viabilidad en nuestro siglo, porque no hay ya un Coblentza en el extranjero que lo provoque, ni una guerra de los privilegios contra la igualdad que lo estimule, ni el incentivo de la confiscacion y la desamortizacion que lo avive.

En el extranjero, la revolucion republicana, ó no ha producido efecto alguno, ó ha acabado de alejar de la lucha á las grandes Potencias neutrales, cuya intervencion hubiera podido salvar á la Francia, y que, á decir verdad, en ningun caso se han mostrado muy dispuestas á acudir en su socorro. Dentro del territorio frances, los revolucionarios sólo han conseguido fomentar la guerra civil y la anarquía. Los errores cometidos después del 4 de Setiembre son ya tan evidentes como los que se habian cometido ántes; y en algunas cosas son más indisculpables.

Proclamar la guerra á todo trance, empuñar la espada de la Francia, arrojando la vaina al mar y jurando vencer ó morir, buscar la salvacion y la venganza en una guerra *hasta el aniquilamiento total* del país, como con ruda energía decia pocos dias há el fogoso Gambetta, era una política digna, respetable, aunque fuese errónea. No consentir en confesar la humillacion de la pátria, y, sobre todo, resistirse á aceptar su desmembracion, exigida por el orgullo vencedor, era un sentimiento noble y merecedor de aplauso, aunque el amor á la Francia engañase á sus hijos respecto de las verdaderas fuerzas de ésta. No sería justo censurar á los defensores de Paris porque la gran ciudad haya tenido que rendirse, en fin de Enero, con peores condiciones de las que hubiera conseguido en Setiembre; ni á Gambetta porque los tesoros de sangre y de dinero, por él gastados con tal prodigalidad, pongan hoy la Francia á los piés del Germano, más débil, más postrada y más incapacitada para negarse á sus exorbitantes exigencias que al dia siguiente de Sedan. Con su deber han cumplido, después de tener en sus manos, como quiera que fuese, las riendas del Estado, intentando los últimos esfuerzos para seguir la lucha miéntras habia esperanzas.

Pero si el espíritu patriótico los animaba ó los justifica en su desgraciada tentativa contra el enemigo extranjero, el espíritu de partido los ha cegado en la cuestion interior. Han complicado la guerra exterior con la civil; han pensado en la República más que en la Nacion. Han debilitado la resis-

tencia del país, volviendo la fuerza del Gobierno contra los imperialistas y contra todos los monárquicos. Y por otra parte, se han opuesto tenazmente á que su poder, nacido en el tumulto, se regularizase por el voto de una Asamblea, cuya eleccion decretaron en los primeros momentos, y anticiparon después, para suspenderla luego indefinidamente.

En Francia todos los han obedecido, ménos algunas fracciones de los republicanos mismos que en Lyon, Marsella y Tolosa se les declararon várias veces en rebelion, y que en Paris les han presentado batalla en repetidas ocasiones; pero los Gobiernos extranjeros no han reconocido todavía el republicano establecido en Francia sin intervencion de los electores; y cuando ha llegado la triste hora de tratar de la capitulacion de Paris, ha sido preciso reconocer la justicia con que el vencedor echa de ménos, en los caudillos de la nacion vencida, poderes para representarla de un modo legítimo. Cinco meses Jules Favre y Gambetta han estado negando á los partidos políticos franceses la convocatoria de los comicios electorales, y han tenido que concedérsela al Conde de Bismark.

Bien claro se vé que á la diplomacia alemana le interesa tanto como á sus enemigos la constitucion de un Gobierno normal; pero no por eso es ménos cierto que el primer paso eficaz para resolver la cuestion política interior se ha dado cediendo á la exigencia del extranjero.

Y después de este primer resultado triste de la conducta observada, llega al segundo, declarándose en discordia, y hostilizándose mútuamente el Gobierno de Paris y su Delegacion de Burdeos.

En un documento, diferente, por cierto, en su espíritu y su forma, de muchos que le habian precedido, y cuyas ideas están noblemente concebidas y expresadas, el General Trochu, Julio Favre, Julio Simon, Eugenio Pelletan, Manuel Arago, Ernesto Picard, Garnier Pagés y Julio Ferry, después de exponer los sufrimientos soportados por Paris, cuyos habitantes han carecido de carne de vaca más de tres meses, y han estado reducidos á escasa y mala alimentacion, y han sido diezmados por la epidemia de viruelas, y han visto bombardeadas sus habitaciones, anunciaban á sus conciudadanos las condiciones ventajosas obtenidas para la rendicion de la ciudad sitiada, y concluian exhortando á aprovechar en beneficio de la pátria los dias del armisticio.

«Declaramos en alta voz, decian, que Paris ha hecho absoluta é incondicionalmente todo cuanto puede hacer una poblacion cercada. Damos testimonio de que la ciudad, que el armisticio salva, ha tenido hasta el fin un valor y una constancia heróica. Francia, que vuelve á hallar á Paris después de cinco meses, puede estar orgullosa de su capital.

«Hemos cesado en la resistencia, entregado los fuertes, desarmado la muralla; nuestra guarnicion queda prisionera de guerra; y pagamos una contribucion de 200 millones de francos.— Pero el enemigo no entra en Paris,

reconoce el principio de la soberanía nacional, deja á nuestra Guardia nacional sus armas y su organizacion, y permite que quede intacta una division del ejército de Paris. Nuestros regimientos conservan sus banderas, y nuestros oficiales sus espadas. Nádie es conducido fuera del recinto. —Jamás plaza sitiada se ha rendido bajo condiciones tan honrosas, y esas condiciones se obtienen cuando el socorro es imposible y el pan está agotado.»

En efecto, de cualquiera modo que se explique esa detencion de los orgullosos soldados prusianos delante de las murallas de un pueblo que han sitiado, bombardeado y rendido, sea magnanimidad de los vencedores, sea mútua conveniencia, no puede ménos de reconocerse que la verdadera razon del suceso está en la grandeza moral de la que hace poco se creia, por vários conceptos, y se llamaba capital del mundo civilizado, y hoy se ha ennoblecido además por cinco meses de grande infortunio, soportado con dignidad.

«Sólo la Francia, añadian los miembros del Gobierno de Paris, decidirá de los destinos de la Francia. Ha sido preciso apresurarse; *el retraso*, en la situacion en que nos hallamos, *era el mayor peligro*. Dentro de ocho dias habrá elegido la Francia sus mandatarios. Que prefiera los más leales, los más desinteresados, los más honrados.» Explícita confesion del error cometido dilatando por tanto tiempo la convocacion de la Asamblea! Y todavía está con más claridad en las frases siguientes, en que se pide que se remedie, en lo posible, el mal ya hecho: «Estamos convencidos de que esta tierra ensangrentada y devastada producirá cosechas y hombres, y de que volverémos á la prosperidad después de tantas pruebas, *si sabemos aprovechar, sin dilacion alguna, los pocos dias* que tenemos para reconstituirnos y consultarnos.»

Esos pocos dias se van empleando de la peor manera posible hasta el momento en que la presente REVISTA se escribe. Gambetta, Ministro de la Guerra y del Interior en la Delegacion de Burdeos, que ha reducido á un papel insignificante á sus compañeros, y á la nulidad á todos los Generales de algun prestigio: que ha sustituido su personalidad á todo Gobierno; que ha sido el principal y más poderoso adversario de toda idea de convocar una Asamblea soberana; que predica con infatigable ardor y con gran elocuencia la guerra á todo trance; que, hace pocos dias, prometia al público de Lille el exterminio de los Alemanes invasores para un plazo improrogable de tres meses, calculado con los mejores datos estadísticos, recibe con indignacion la noticia de que en Paris, además de la capitulacion de la ciudad, se ha pactado un armisticio general, y dirige su voz revolucionaria á la Francia para quejarse de tales pactos, hechos sin su intervencion, y para proponer que se aprovechen los dias de suspension de las hostilidades en completar el armamento y la instruccion militar de todos los que sean capaces de manejar un fusil.

Todavía no se habia borrado en los ánimos la primera impresion de tristeza producida por esta hostil manifestacion del tribuno contra sus compañeros del Gobierno, cuando una nueva proclama, firmada el 31 de Enero por el mismo Gambetta y por los otros tres miembros de la Delegacion de Burdeos, vino á infundir el desconcierto más grande en los distritos electorales, y el estupor en toda la Europa. En ella se privaba de capacidad para ser elegidos Diputados á todos los que desde el 2 de Diciembre de 1851 hasta el 4 de Setiembre de 1870 hayan sido Ministros, Senadores, Consejeros de Estado, Prefectos ó candidatos oficiales, así como á los indivíduos de las familias que han reinado en Francia, disponiéndose que en las mesas de los colegios electorales no se cuenten en ninguna forma los votos dados á los comprendidos en las anteriores categorías. ¿Cuándo se vió una exclusion semejante? No ya por un Gobierno provisional, que apela al sufragio de todos los ciudadanos mayores de veintiun años, pero ni áun por los poderes más sólidamente constituidos, ¿cuándo se dictó proscripcion en masa, parecida á esta, de todo un partido político en el momento y con la ocasion de unas elecciones generales? Si se queria considerar el decreto por sus firmantes como un acto de rigorosa justicia, ¿quién los habia hecho jueces y ejecutores de lo juzgado? Si sólo era una providencia política, ¿cómo se les ocultaba la notoria nulidad de su decision para prohibir á los electores que favoreciesen á quienes les parecieran mejor?

La protesta ha sido general. La gran mayoría de los periódicos ha levantado con energía la voz contra tan insensata tiranía. Alguno se ha apresurado á publicar los nombres de muchas personas ilustres que se encuentran comprendidas en esa loca declaracion de indignidad; entre ellos, los de Mac-Mahon, el más popular de los Generales; de Villaumez, el más ilustre de los marinos; de Duvergier, jurisconsulto por todo el mundo respetado; de Thierry, tan glorioso entre los historiadores; de Vinoy, que mandaba la guarnicion de Paris durante el sitio; de Buffet, de Talhouet, de Darú, que auxiliaron al Imperio en la restauracion del régimen constitucional, pero conservando la independencia de sus opiniones, y separándose del poder á las pocas semanas de estar en él; de Lesseps, una de las grandes glorias, no sólo de la Francia imperial, sino de toda la Europa y del siglo XIX; y de otros muchos.

En esta situacion llega á Burdeos Julio Simon, Ministro y Plenipotenciario del Gobierno de Paris; exhibe los poderes que á prevencion le han sido conferidos para el caso previsto de que convenga poner coto á los desmanes de Gambetta; deroga los decretos de éste y sus compañeros; levanta las declaraciones de incapacidad formuladas contra toda una generacion de altos funcionarios de la administracion, de la milicia y de la política; y no deja en pié otra incompatibilidad sino la natural y justísima entre la cualidad de Diputado electo y la de Prefecto de la misma provincia en que se haga la eleccion.

Gambetta y sus colegas revocan á su vez los decretos de Julio Simon. Dentro de Burdeos hay dos Gobiernos provisionales que se hostilizan, y entre los que sólo conserva un resto de union la superioridad que ámbos reconocen en el de Paris, al que apelan. Entre tanto, las horas y los dias pasan; en los distritos electorales no se sabe cómo se pueden formar las candidaturas; á algunos de ellos probablemente no llegará ya á tiempo la solucion definitiva del conflicto; ántes de una semana, deberá reunirse la Asamblea; ántes de dos, terminará el armisticio, y para entónces es necesario que la Francia haya organizado un Gobierno cualquiera, y haya decidido la cuestion de si hace la paz, ó prefiere continuar la guerra.

Qué va á resultar de tan angustiosa y crítica situacion? Difícil es preverlo. Lo único que puede asegurarse es que la anarquía y el tumulto no son los mejores medios, ni para obligar al enemigo á que modere sus condiciones de paz, ni para expulsarlo del suelo de la pátria, ni para cicatrizar las heridas y males de ésta. Pero los sucesos se precipitan, y nos acercamos á toda prisa á ver soluciones, que no serán, segun toda probabilidad, definitivas, pero que acaso permitirán, por lo ménos, á la desventurada Francia respirar, saliendo del prolongado ahogo con que los sucesos de la guerra y la política la están sofocando desde los primeros dias de Agosto.

El Congreso diplomático reunido en Lóndres para ver de conservar la paz y amistad entre los príncipes cristianos, ha comprendido admirablemente el papel que le toca representar: no hace nada. Hasta de celebrar sesiones le da vergüenza, y las aplaza de semana en semana. ¿Cómo sería posible ni tolerable tratar de la libertad del Mar Negro y de la integridad de la Turquía cuando se está decidiendo del destino y del porvenir de la gente latina y de la gente germánica, y de la integridad de la Francia? ¿Qué significaría el problema del equilibrio europeo en el Bósforo, cuando el eje del mundo político sufre espantosa desviacion, y se destruyen las condiciones seculares del equilibrio europeo en el Rhin y en Paris, sin que la diplomacia congregada en la capital de la Gran Bretaña tenga voz ni voto en el asunto?

FERNANDO-COS-GAYON.

NOTICIAS LITERARIAS.

La novela del Egipto, *viaje imaginario á la apertura del canal de Suez*; por D. José de Castro y Serrano.—En seis jornadas.—Madrid, imprenta de T. Fortanet, 1871.

Antes de salir á luz este libro tenía ya una historia; una verdadera prehistoria. Porque ántes de su vida de libro la tuvo de otra cosa, y en ella alcanzó celebridad y atrajo sobre sí la curiosa atencion de las gentes.

Cuando en Noviembre de 1869 se realizaba, en medio de espléndidas fiestas, y en presencia de la Emperatriz de los Franceses, del Emperador de Austria, del Príncipe real de Prusia y de otros príncipes, y de comisiones científicas, literarias, diplomáticas, mercantiles y de todas clases, la apertura del canal de Suez, un periódico de Madrid, *La Epoca*, amenizaba sus columnas con cartas de Egipto, en que se daba minuciosa cuenta de todos los pormenores de aquel extraordinario acontecimiento, y se hacian con elegante pluma y discreto alarde de vasta instruccion y de sensata crítica los comentarios á que, desde diversos puntos de vista, tanto se prestaba el insigne triunfo alcanzado por la industria humana sobre la naturaleza.

Los muchos lectores de aquellas correspondencias se preguntaban quién era su autor, y querian saberlo á toda costa ¡Tanto era el interes, el agrado, el ánsia con que las cartas anónimas eran leidas, esperadas y buscadas!

¿Quién era el poeta lírico que al navegar por el Mediterráneo, habia interrogado á una de las gotas de agua que salpicaban en el costado de su buque, y habia sabido arrancarle el secreto de su historia, tan bella y tan verdadera como nuestros lectores van á ver?

«Esa gota habia nacido salada en el Mediterráneo; jóven aún, la arran-

can las corrientes subterráneas, y por el Estrecho de Gibraltar la llevan al mar Océano, al Atlántico, al de las Antillas, á una de las grandes calderas que, segun Maury, elaboran la lluvia en el fondo del seno Mejicano. Atropellada y falta de albedrío, como toda juventud aventurera, llega en torrente misterioso á aquel antro del fuego donde se engendran sin duda los ricos metales de la Sonora, pero de donde mana tambien la fiebre pútrida de Tierra-Caliente. Allí, en torturas de hervor, busca una salida al aire libre, y evaporada y cási dulce, se ve absorbida por las nubecillas brumosas de la mar. Bien pronto la sutileza de su peso la eleva á regiones más altas, donde corrientes supra-atmosféricas, en combinacion con opuestas corrientes submarinas, la arrastran con vendabal impetuoso hácia el polo Norte, en cuyo helado ambiente se solidifica. El aire corre y corre, como el agua corria; su carrera se acorta al tropezar con capas de aire denso de la zona templada, y la gota hecha perla desciende un dia, al amanecer, sobre la yerba de los campos en capa de rocío. Reanima las flores y las frutas, fertiliza la tierra, deslízase por entre el musgo en busca del arroyo, el arroyo la lleva al lago, el lago al torrente, el torrente al rio, el rio la vuelve á la mar, la mar la encamina al Estrecho africano por las corrientes superficiales; entra en el Mediterráneo de nuevo, trasformada ya y viril, formando parte de las olas que azotan nuestro barco; se levantan y nos cuenta esta sublime historia.... Ella ha sido nieve, granizo y lluvia; ha ascendido á las cúspides de la sierra por absorcion; ha circulado en la gruta de las montañas por decantacion; ha descendido pura y cristalina á los valles por destilacion; ella ha sido providencia del caminante en el arroyo, recreo en el lago, salud en la fuente termal, alegría en el aire, riqueza en el suelo, locomotora gratuita en sus bulliciosos peregrinaciones; ella ha dado su sal para beneficio, purificándose al propio tiempo, y se ha impurificado voluntariamente para beneficiar la vida de los hombres. Ha vivido en el campo y en la ciudad, en el tocador de la dama y en la banca de la lavandera; ha sido alimento y aseo, distraccion y regocijo, susto muchas veces, terror algunas; pero aun en estos contados casos, producto cási siempre de la incuria humana, ha traido en compensacion la calma tras la tormenta, la fertilidad tras del trasborde.»

¿Quién era el poeta descriptivo que de la historia de Cleopatra formaba, sin alterar su verdad, una leyenda oriental, tan rica en colorido como los versos de las leyendas de Zorrilla?

¿Quién era el historiador filósofo, que investigando dentro de las entrañas de la sociedad egipcia contemporánea, encontraba los restos de tiempos pasados, y resumia su pensamiento en estas elocuentes palabras: «El Cristianismo duerme en Egipto, donde tan extensamente fué sembrado en los campos de la Tebaida, al modo que duerme la hostia del sacerdote católico en los granos de trigo que las mómias faraónicas conservan en sus sepulcros. Ese trigo, de cuatro ó seis mil años, se siembra hoy, y produce pan fresquísimo y àbundante, como si saliese de la troje de un labrador de ayer: de la propia manera consérvase latente entre Coptos y Arabes la semilla cristiana, imperfecta de color y aroma, como el grano de trigo, pero reproductiva y pura, como el grano tambien.»

¿Quién era el viajero observador y diligente que con tanta prolijidad y arte, trazaba en breves, pero magistrales rasgos, las fisonomías de los Nubios, de los Armenios, de los Coptos, de los Judíos, y especialmente de los Fellahs?

¿Quién era el moralista cristiano que en expresivas frases comparaba la mujer mahometana con la europea, describia la importancia del sexo fenemino en la sociedad humana, notaba que la poligamia es la única institucion que resiste con vigor la invasion del Occidente en el Oriente, y vaticinaba que, sin embargo, sería preciso que esa resistencia ceda al influjo de la civilizacion?

«Sin el hombre habria brutos: sin la mujer no habria hombres. El hijo mismo, lo es de su madre; de quien puede no serlo es de su padre.... La mujer es la base de la familia, ó, por mejor decir, la familia toda entera. Suprimid la mujer, y no hay padres, no hay hijos, no hay esposos. Los padres no lo son de aquella que entregaron para no volverla á ver más en la vida; los hijos no lo son de aquella que los brota por casualidad, y de quien se separan para siempre; los esposos no pueden serlo de la mujer á quien apénas conocen, y de la que de seguro no se acuerdan, en Egipto no hay, pues, padres, ni hijos, ni esposos; en Egipto no hay familia.... En lo que va de siglo, todas las barreras del Coran han sido asaltadas. A la intransigencia religiosa ha sucedido la tolerancia con los Europeos; á la oracion y molicie perpétuas, han sucedido una actividad y laboriosidad relativas; el traje de Occidente ha sido adoptado, y al turbante sucede el tarbuch; el cerdo y el vino se deslizan por las rajas de la casa del mahometano; la ciencia y el arte penetran sin oposicion al

través de la puerta de la escuela; todos los signos del vencimiento se perciben en el comercio de las costumbres, y en el trato de las gentes; pero en llegando á la puerta del harem, el Turco abre sus brazos y grita al Europeo: «No pasarás!....» Pues bueno: sí el harem subsiste en Oriente á pesar de las ingerencias de Occidente; si el Coran es deleznable en todo ménos en la poligamia; si la mujer continúa suprimida y anulada, la civilizacion no tiene más que un camino para penetrar allí, y ese camino corta el Coran de medio á medio, pasa por la Meca, y destruye el sepulcro de Mahoma. La cuestion política de Oriente, en que la Rusia quiere llevar sola el estandarte, es la única cuestion europea que en el siglo presente puede denominarse civilizadora. Las grandes Potencias deben ponerse de acuerdo, y se pondrán pronto, sin duda, para desgarrar el Imperio otomano: esta desmembracion, de que muchas naciones podrán tomar parte, no desnivelará entónces el equilibrio europeo; y si tal sucediera, aún serian mayores las ventajas que los trastornos. Hay que asestar los tiros al Coran, hay que abrir plaza al Cristianismo en Oriente.»

¿Quién era, sobre todo, el escritor castizo, de pluma rápida, de estilo elocuente, de frase fluida y elegante, que redactaba aquellas correspondencias, trasladando á ellas, en cada noche, sin duda, las impresiones que durante cada dia habia sentido? Porque todo lo demás, arqueología, historia, moral, filosofía, geografía, política, puede ser de uno ó de otro, propio ó ajeno, fruto de largos años de estudio, ó artificioso alarde de una fácil erudicion adquirida para el caso; pero el estilo, cuando llega á cierto grado de perfeccion, sólo es de quien ha logrado creárselo.

El estilo hacía traicion al anónimo. Los literatos inteligentes sospechaban quién era el autor de las cartas de *La Epoca*; pero la sospecha moria al nacer, porque la evidencia del hecho la mataba. El escritor, de cuya pluma parecian salidas aquellas afortunadas descripciones, estaba en Madrid, en donde diariamente todos le veian; y en los escritos en cuestion habia tal colorido local, que á nádie le hubiera podido ocurrir que entre el objeto y el escritor de la narracion mediaba todo lo largo del Mar Mediterráneo.

Por último, cesó el secreto; el enigma fué descifrado; y el público supo con asombro que el viajero que, además de asistir á la apertura del Istmo de Suez, habia conducido como por la mano á millares de lectores, y les

habia enseñado las calles y los bazares de Alejandría, y las mezquitas del Cairo, y las maravillas realizadas en Port-Said, y los habia hecho subir á lo alto de la mayor de las Pirámides, y les habia referido los platos de las comidas, y las figuras de los bailes, y las coplas de las serenatas, y las conversaciones oficiales, y los gestos, y los pensamientos, y los proyectos, y las fisonomías, y los trajes, de todos los que, en concepto de actores, de convidados, ó de curiosos, asistieron á la inauguracion del canal, era D. José de Castro y Serrano, que no se habia movido de Madrid, y sobre quien, en efecto, las cualidades del estilo literario habian hecho recaer sospechas vehementes de las personas conocedoras.

Y ahora que el Sr. Castro y Serrano, con aquellas cartas publicadas en *La Epoca*, ampliadas, corregidas y completadas, ha formado en segunda edicion un bellísimo libro, se esfuerza, ante todo, por explicar que no ha habido engaño en su conducta; que se puede muy bien referir un viaje sin hacerle.

«El habia seguido con amor los pasos de ese atrevido versallés que concibió desde jóven la idea de hacer de dos mundos uno solo. Habia sido lector constante y pertinaz de su periódico, de sus notas y de sus discursos: habia tenido la fortuna de poder escucharle en Paris sus conferencias, y de oirle de viva voz, sobre un enorme modelo corpóreo del Istmo y del Canal, las explicaciones más luminosas y convincentes. Conocia su cuestionario acerca de los primeros problemas que la ciencia habia de resolver para iniciar las obras: conocia el admirable anteproyecto de los ingenieros Linan-Bey y Mongel-Bey, autores de la parte científica del Canal: conocia las opiniones del sábio inglés Anderson, del capitan Vetch, y del diplomático Urguhat, pues no todos los Ingleses se han opuesto á la atrevida empresa con ceguedad censurable: conocia la historia de los trabajos redactada al dia, con multitud de documentos y notas contradictorias, por el secretario general de la Compañía, Mr. Ritt; el libro de M. Silvestre sobre el propio asunto; la obra de M. Merrau acerca del Egipto de hoy con aplicacion á la apertura del Canal; la de M. Sacre, dedicada exclusivamente al Khedive; la de Clot-Bey que resume admirablemente cuanto nuevo y viejo se ha escrito sobre la tierra de los Faraones; los itinerarios del inglés Wilkinson y de los franceses Bernard y Riou; tenía además á su disposicion la prensa convidada de Europa, la

alemana, la inglesa, la italiana, la portuguesa y la francesa, que en número considerable de miembros distinguidos iba á representar alli la cátedra parlera y entrometedora del mundo contemporáneo.—Esto en cuanto á lo presente; que, con relacion al pasado, no le eran completamente ajenas las opiniones y datos que sobre el país y sus roturaciones fluviales habian expuesto Herodoto, Strabon, Plinio, Diodoro de Sicilia, Plutarco, Ptolomeo, y tantos otros en lo antiguo; así como Champollion, Mariette, Renan y otros muchos en el tiempo de descubrimientos y crítica presente.

«...¡Figuraos ahora, por consiguiente, que en nuestro cuarto de estudio se hallan extendidos los planos del Egipto antiguo y moderno, entreabiertas las obras en donde historiadores, filósofos y viajeros han depositado la experiencia de su investigacion ó de su númen; á medio cortar las revistas y los diarios en que cada uno de los concurrentes al gran suceso consigna sus impresiones fugaces ó profundas, livianas ó discretas; figuraos que el cartero de Oriente nos trae de vez en cuando primorosas contestaciones á preguntas preconcebidas, y rasgos de observacion é ingénio que la amistad trasmite desde aquellos apartados lugares, á costa de la tranquilidad, y á veces del reposo: figuraos que en nuestra propia cabeza bulle un caudal de noticias, datos y conceptos pertenecientes al asunto que se desarrolla entre ámbos mares; y, sobre todo, figuraos que en el calor de la fiebre literaria, á que ántes aludimos, aparece á nuestra imaginacion el mundo fantástico de la realidad positiva que allí existe, con el color á que teniamos acostumbrada nuestra vista, con la armonía á que teniamos hecho nuestro oido, con el tinte local á que estaba habituado nuestro discurso; figuraos, en fin, que con todas aquellas verdades se ha fabricado esta mentira, y tendreis cabal idea de la elaboracion, trabajosa sí, pero no inconcebible del presente libro.»

Es indudable que puede escribirse una exacta, verídica y bellísima historia de un viaje sin hacerlo, puesto que el Sr. Castro y Serrano la ha escrito. La demostracion no puede ser más completa. Pero algun lector suspicaz podria formular todavía las siguientes preguntas: «¿No hablaria, de todas maneras, con mayor conocimiento del asunto el Sr. Castro y Serrano, si hubiese ido personalmente á Egipto? Reconocidas sus dotes de escritor, y su competencia para el trabajo que con tan feliz éxito ha realizado, ¿no tendria, por necesidad, mayores ocasiones de lucirlas si él

mismo hubiera recibido de un modo directo las impresiones que el estudio y la amistad le han trasmitido?»

Es dudoso el derecho con que pudiera dirigirse al Sr. Castro y Serrano semejante reconvencion, porque el lector, á quien se le da un libro bueno, debe contentarse con él, y no andar buscando demostraciones de que pudiera ser mejor. Pero, aun prescindiendo de esto, faltaria averiguar si, en efecto, habria valido más la obra en el caso de que su autor la hubiera meditado navegando por el Mediterráneo, montando sobre un burro en Alejandría, y sobre un fellah en lo alto de la gran pirámide,

Para mí es indudable que ninguno de los soldados franceses que combatieron en cualquiera de las batallas dadas por la primera República y por el primer Imperio conoce los antecedentes, el principio, el curso y la importancia de esa batalla como M. Thiers; y que ninguno de los vencedores de Bailén, de la Albuera ó de Vitoria se sabia dar á sí mismo tan exacta cuenta de lo sucedido en aquellas jornadas gloriosas como el Conde de Toreno ó el Brigadier Arteche. No sólo el fellah, que ha desmontado terrenos ó ayudado á la construccion de las casas de Puerto-Said, si no los mismos ingenieros que han dirigido una ú otra parte de las obras, habrán limitado, de ordinario, sus ideas al círculo, más ó menos estrecho, que circunscribe sus respectivas tareas; raro será, entre los más inteligentes de los operarios de la gran empresa, quien pueda apreciarla á la vez, como arqueólogo, como historiador, como filósofo, como poeta, como moralista; y, en todo caso, los que hayan adquirido la facultad de hacerlo, la habrán adquirido principalmente en el estudio, en los libros, en la meditacion de su gabinete, de la propia manera que lo ha hecho el señor Castro y Serrano.

Ningun copto le hubiera contado historias antiguas tan bien como Herodoto; ningun fellah le habria referido los amores de Cleopatra como Plutarco; ninguno de los fondistas de Alejandría sabe de crítica histórica, de filosofía, de arte, lo que los libros consultados por el Sr. Castro y Serrano; ninguno de los operarios de la casa Borel, que ha dragado, para abrir el canal, tantos millones de metros cúbicos, tiene una idea tan exacta, tan precisa, del número y medida de lo que allí se ha hecho, como dan los trabajos y estadísticas oficiales de la afortunada y gloriosa empresa.

Alguna cosa se me alcanza, por experiencia propia, de lo que son y

deben ser estas historias de viajes breves, en que se han de ver y examinar y explicar muchas y muy diversas cosas; y, en mi opinion, no sólo es incomparablemente más necesario el estudio del gabinete que el de los sitios recurridos, y tiene que ser más grande, más detenido, más profundo, sino que además, para la belleza literaria de la narracion, perjudica á veces más que aprovecha la fatiga empleada en el reconocimiento ocular del asunto. Desde luego tengo por indudable que si, en efecto, el Sr. Castro y Serrano hubiese escrito sus cuartillas en el camarote de un buque, sobre la mesa de una fonda, sobre la espalda de un camello, sobre una piedra de las ruinas de Serapium, no serían todas las páginas de su libro tan ricas en poesía, tan amenas por el lenguaje, tan instructivas por la discreta erudicion, tan elevadas por la profundidad de los pensamientos. Impresionado entónces por los detalles, no presentaria el autor con tanto arte los conjuntos. Conoceria mejor qué traje llevaban puesto en cada ocasion los Emperadores y los Príncipes, qué platos se servian en las mesas de los convidados del Khedivé, cuáles eran los rasgos característicos del Nubio ó del Armenio que le cuidaba el equipaje, quiénes, entre los diplomáticos, los ingenieros ó los artistas extranjeros, bullian más; pero para escribir diariamente sus cartas, el cansancio corporal le hubiera creado más dificultades que la inspeccion ocular producido ventajas para dar rienda suelta á su poética imaginacíon; y para escribir después su libro, habria desconfiado mucho de sus propias impresiones, por necesidad rápidas y pasajeras cuando se recorren en medio de cortejos oficiales, y de fiestas ruidosas, ciudades, campos, ruinas, canales, obras modernas, monumentos antiguos, sin tiempo para el estudio, sin lugar para la meditacion, sin descanso para el cuerpo ni para el alma.

Y si nó, á la prueba. Que cualquiera de los muchos que fueron personalmente á la inauguracion del canal del Suetz, escriba un libro como el del Sr. Castro y Serrano. Más didáctico, más científico en un órden de determinados estudios, más estadístico, más completo en datos para la explicacion de tales ó cuales pormenores, lo redactarán sin duda; pero por maravilla sólo logrará alguno escribir páginas tan amenas, tan ideal leyenda, tan fantástico drama, tan poética *novela*.

FERNANDO COS-GAYON

DISCURSOS PÁTRIOS DE LA REAL CIUDAD DE BADAJOZ, *por Rodrigo Dosma Delgado*, Canónigo de la misma; con prólogo é ilustraciones *de Don Vicente Barrantes*.

Hace tiempo que estamos en deuda con la Comision de Monumentos históricos y artísticos de Badajoz, que ha tenido la amabilidad de remitirnos este libro, que acaba de dar á luz, como principio de una selecta *Biblioteca histórica extremeña*, cortada por el patron de la que publica en Madrid la conocida Sociedad de Bibliófilos españoles. Con estas son ya tres las publicaciones de esta índole que se están haciendo en España, lo que prueba el progreso en que se hallan los estudios históricos. Este primer tomo de la *Biblioteca extremeña* no se diferencia mucho, ni por la impresion, ni por la belleza artística, ni por el papel, ni por las demas condiciones, de un buen libro de los que dan á luz los bibliófilos de Madrid y los de Sevilla. La capital de Extremadura, tan atrasada en las artes liberales y muy especialmente en el de la imprenta, que no hemos visto un solo libro impreso en Badajoz que merezca figurar en una biblioteca, debe sin duda este progreso á nuestro distinguido amigo Sr. Barrantes, que ha pasado en el retiro de aquella ciudad, su pátria, el período de interinidad y convulsiones políticas que ha terminado con la eleccion de S. M. el Rey. Otro progreso análogo debió la prensa extremeña años atras á la distinguida poetisa de aquel país, Carolina Coronado, impulso que todavía se siente en aquellos periódicos, que por lo general revelan mejores instintos literarios que otras publicaciones de provincias, y se hallan en camino de fundar una excelente escuela extremeña. Testigo la *Crónica de Badajoz*, órgano de la juventud democrática.

La que ha emprendido la Comision de Monumentos históricos con más fe que oportunidad, pues no están los tiempos para libros sérios, llegará á ser interesantísima, si el Gobierno, cuya ayuda ha solicitado por conducto de la Academia de la Historia, se la presta en la medida que permitan las circunstancias. Segun el prospecto que tenemos á la vista, á los *Discursos pátrios* de Rodrigo Dosma, deben seguir inmediatamente, entre otros libros, la *Historia y antigüedades de Alcántara*, por Pedro

Barrantes Maldonado, escritor clásico del siglo XVI, cuyo autógrafo posee el Sr. Gayangos; una *Descripcion é historia general de Extremadura*, por Fr. Francisco de Coria (1608), que se conserva inédita en algunas bibliotecas, y los *Partidos triunfantes de la Butaria túrdula*, especie de *Corografía* importantísima, manuscrito que posee el indicado Sr. Barrantes, ilustrador de los *Discursos*, y que interesa por igual á las regiones bética y extremeña. La circunstancia de haber descrito minuciosamente estas obras nuestro apreciable amigo en su excelente *Catálogo de los libros que tratan de Extremadura*, premiado en 1862 por la Biblioteca Nacional, nos permite apreciar el interes histórico de estas publicaciones, y hacer votos porque consiga realizarlas la ilustrada Comision de Monumentos de Badajoz.

En cuanto á los *Discursos pátrios*, que tenemos á la vista, sabido es que pasan por un libro clásico: y que su rareza es tanta, que el Gobierno español no poseia un solo ejemplar en las bibliotecas públicas, inclusa la Nacional de esta corte, hasta que adquirió la famosa librería del Marqués de la Romana, hoy apolillándose y perdiéndose en el Ministerio de Fomento, como con justicia denuncia todos los años el celoso Sr. Hartzenbusch, en sus *Memorias* anuales de la Biblioteca Nacional. En la de Palacio, segun hemos oido, se ha descubierto recientemente otro ú otros dos ejemplares de los *Discursos pátrios*, y agregando á estos los tres que el Sr. Barrantes ha visto en Lisboa, y el que él posee, siempre resultará que no pasan de media docena de ejemplares los de este rarísimo libro que existen en la Peninsula. Así se lo disputan los eruditos de tal modo, que hoy mismo el *Averiguador*, órgano de los bibliófilos españoles, que publica el Sr. Mariátegui, anuncia que se busca con empeño quien venda un ejemplar de aquella edicion primitiva (Madrid, imprenta Real, 1601).

¿Es un mérito el que ha hecho tan raro este libro? El autor del Prólogo plantea más de una vez esta cuestion y no la resuelve afirmativamente. Sin dejar de ser muy apreciable, los *Discursos pátrios de Badajoz* no son un libro de primer órden. El fondo y la forma se resienten de incongruencia, de anomalías, de vicios capitales, que el Sr. Barrantes no oculta, pero pretende disculparlos con un amor á las glorias pátrias extremeñas, que á veces resulta demasiado nímio é inconveniente. Sostener que el autor dejó su obra incompleta al morir en 1599, cuando en 1575 y 85 obtuvo ya privilegio Real para imprimirla, nos parece una defen-

sa alambicada é inverosímil. Fundándose el prologuista en que Rodrigo Dosma se hallaba escribiendo en ese año una *Historia Real* en latin, segun declara en su testamento, sospecha que esa historia lo fuese de Badajoz, su ciudad natal, y que en ella estuvieran incluidos los *Discursos pátrios* en parte ó en todo, y pretende probarlo con el estilo, que está lleno de latinismos con lagunas y omisiones, que sin duda se debian llenar después, y aun con el mismo título y la introduccion al capítulo primero que anunciaban al parecer más vasto plan. Confesamos que algunos de estos argumentos nos hacen fuerza; pero el principal, el de los latinismos, se halla deshecho por el mismo Sr. Barrantes al publicar por apéndice á su trabajo los testamentos y la genealogía del autor, escritos cuyo estilo es igual, enteramente igual, al de los *Discursos pátrios*. Ni era otro, por regla general, el de los escritores del siglo XVI, sobre todo los eclesiásticos, pues su erudicion era tan exclusivamente latina, que hasta escribian en latin sus cartas á los amigos. Por buscar el Sr. Barrantes una disculpa honrosa al historiador extremeño, nos parece que ha prescindido de la más razonable y literaria, que acaso le hubiera llevado tambien á la explicacion de la rareza de este libro. Siendo uno de los primeros de su clase que se publicaron en España, no tuvo el canónigo Dosma modelos á qué atenerse, pues sabido es que nuestra rica bibliografía monográfica ó sean nuestras historias de pueblos y ciudades, en que ninguna literatura europea nos lleva ventaja, vieron la luz con escasísimas excepciones mucho después de muerto el autor de los *Discursos de Badajoz*, desde 1610 á 1650. Hay, pues, que examinar este libro para someterlo á una crítica razonable como sus precedentes, como quien abria ó poco ménos, el camino desconocido y nuevo que luego trillaron y desembarazaron los Colmenares, los Cascales, los Quintanas, y los Ortiz de Zúñiga. En vez de compararla, por ejemplo, con la *Historia de Segovia* ó con los *Discursos de Múrcia*, comparémosla con la *Historia de Sevilla*, de Alonso Morgado, ó con los *Anales de Valencia*, de Per Anton Beuter, que son anteriores á los *Discursos pátrios de Badajoz*, y no saldrán estos tan perjudicados. En Mariana mismo se encuentran todos los defectos de que adolece Rodrigo Dosma.

Empieza éste tratando de la fundacion de Mérida, por ser la más importante de las Colonias lusitanas; pero sentando que *Pax Augusta* ó Badajoz era anterior y más renombrada, en lo cual no hallamos nosotros

nada nuevo, pero sí debieron hallarlo los lectores de su época. En la descripcion de la Céltica, y las limitaciones de las provincias Bética y Lusitania hay en cambio mucho de nuevo y apreciable, que después se ha hecho vulgar por haber adoptado la opinion de Dosma autores más leidos en nuestros tiempos, como el historiador de Mérida, Bernabé Moreno de Vargas. Toda esta parte está llena de selecta erudicion latina, y de su conocimiento profundo de la geografía y del modo de ser de la Península en el tiempo de los Romanos. En la comparacion que hace entre Medellin y Badajoz, para probar que ámbas colonias estaban en Lusitania, cuyo límite era la orilla izquierda del Guadiana, pudiera cogérsele algun punto, sosteniendo, como sostiene, que el rio en la parte de Medellin pasó en lo antiguo por el lado opuesto de donde hoy pasa, que es opinion que hemos visto sin conocer su orígen en algun escritor moderno, y combatiriamos de buena gana, si este breve apunte lo tolerase, y el corto tiempo que la parada del ferro-carril en Medellin nos ha permitido examinar los lugares de paso para Lisboa. La opinion de Dosma parece desde luego insostenible, á no remontarse á los tiempos bíblicos, cosa que de ninguna manera le cuadra.

No ménos notables son los errores que le hace cometer el empeño de apropiar á su ciudad natal los famosos fastos pacenses, usurpándolos á Beja, eterno pleito entre los historiadores portugueses y castellanos, que se ha necesitado, para fallarlo á favor de Portugal, nada ménos que la profunda crítica y la alta imparcialidad del P. Florez y de Perez Bayer. Isidoro Pacense, S. Aprigio y el famoso Decurion que cita Tácito, ¿eran de Beja ó de Badajoz? Por aclarar este punto, han agotado su ingenio los literatos portugueses y españoles, si bien en honor de la verdad con más fundamento los primeros que los segundos, pues Beja tiene memorias é inscripciones de indudable autenticidad, acaso anteriores á la fundacion misma de Badajoz, donde se halla aquella ciudad nombrada claramente PAX, miéntras á esta, rebuscando mucho, sólo le encontró Dosma en el convento de San Agustin una piedra partida con las letras USTA que él leyó AUGUSTA porque así le convenia. Este punto lo ilustra acertadamente el Sr. Barrantes en su Prólogo, citando la curiosa lista de escritores portugueses y españoles que lo han tratado, así como sus obras, para terminar coincidiendo con la opinion del P. Florez, que dice, que cuando los Cristianos ganaron á Badajoz, creian que habia sido fun-

dada por los Moros sobre las ruinas de *Pax Zulix ó Pax Augusta*. Pudiera suceder que esta interesante disputa se renovase hoy con motivo de la nueva publicacion de los *Discursos pátrios*, en cuyo caso seria de desear que los escritores apuraran la especie que apunta el Sr. Barrantes en una nota de su Prólogo sobre las antigüedades arábigas de Badajoz, donde dice, á nuestro modo de ver con profunda intuicion, que Omar Al-Motarracil, héroe del poema de Ibn-Abdum, y último rey moro de Badajoz, habia nacido en Beja, ó en esta ciudad habia sido gobernador de su padre, y es verosímil que al ocupar el trono se acogieran á la sombra de su tolerancia política y religiosa los cristianos pacenses, viniéndose con él. Es tanto más sagaz esta opinion, cuanto que los bandos portugaleses y bejaranos, que ensangrentaron á Badajoz en tiempo de Sancho el Bravo, no eran familias de este apellido, como se cree vulgarmente, sino razas rivales, que unas procedian de Beja y otras del resto de Portugal. Bajo esta hipótesis, el nombre de Bejaranos es traduccion de *pacenses*, como los Portugaleses eran puros y simples Portugueses, segun puede verse en el *Fuero de Salamanca*, que acaba de publicar D. Julian Sanchez Ruano.

Curiosísima toda la parte que dedica el autor á las etimologías del nombre de Badajoz, no lo es ménos la que trata de sus antiguos pobladores, donde la erudicion bíblica campea quizás con exceso, encontrando en las orillas del Guadiana rastros de los nietos de Noé. Ya anteriormente habia descrito un gigante, cuya sepultura encontró en su tiempo en el término de aquella ciudad, haciendo su medida en tres tantos más que los hombres de ahora, ó sea unos diez y seis piés, y añade que no eran los únicos restos de gigantes que en Badajoz se habian encontrado en su época, si bien no los cree pertenecientes á las épocas históricas, sino á las anteriores al Diluvio. Si el autor hubiera conocido las ciencias prehistóricas de nuestros dias, otro lucimiento y otra utilidad hubiera deducido de sus averiguaciones; pero en el siglo XVI toda antigüedad que no era romana se tenia en ménos valer.

De las arábigas, ni una palabra se encuentra en todo el libro, cosa que con razon lamenta el Sr. Barrantes, máxime tocándose en un Apéndice ó segunda parte que se titula *Catálogo de los Obispos de Badajoz hasta* 1580, las cosas y sucesos de los tiempos medios de la reconquista cristiana. El autor del Prólogo parece inclinarse á dar la preferencia á esta par-

te del libro sobre la anterior, y á la verdad, aunque tambien adolece de notables defectos, es ménos confusa y desordenada. La circunstancia de ser Dosma el primer historiador de Badajoz, le permitió desenterrar documentos peregrinos y privilegios Reales de mucha importancia. Además, descubrió por sí mismo algunos monumentos de valía, como una lápida sepulcral de siete Obispos muzárabes, que segun deduce el editor se encontró en una rinconada misteriosa próxima á la catedral, donde hoy tiene sus oficinas el ferro-carril del Guadiana, y que fué durante la dominacion de los Moros el cementerio de los Cristianos. Por cierto que el señor Barrantes lamenta, y con razon, el extravío de este documento epigráfico de la más alta importancia histórica, extravío que á nosotros nos cuesta trabajo creer, tratándose de una piedra de grandes dimensiones, que no ha debido verosímilmente ser sacada de la ciudad, y excitamos el celo de la Comision de Monumentos de Extremadura para que averigüe su paradero. Verdad es tambien, que segun el testamento del autor que el Sr. Barrantes ha desenterrado del polvo de los archivos de Badajoz, Dosma tuvo el levantado pensamiento de fundar un Museo provincial con las lápidas, antigüedades y reliquias históricas qne habia recogido en sus lurgas y eruditas investigaciones, y este caudal inapreciable sufrió tambien extravío por culpa de sus testamentarios, en una ciudad tan antiartística, que segun confiesa el editor de los *Discursos pátrios*, las columnas de mármol de la mezquita se hallan hoy sirviendo de pedestales al alumbrado público, y muchas lápidas árabes y romanas *se han aprovechado*!! en los cimientos de un hospital. Sólo de monedas para el Museo que habia de fundar, dejó Dosma, segun especifica en el testamento, «*un sa-*»*quillo de denarios romanos*.... que costaron muchos dineros, por lo que »aprovechan á estudiosos de cosas antiguas, y para lo mesmo ay otro »saquillo con cerca de *duzientas monedas de cobre romanas antiguas, que* »*me costaron precio*.» Concluirémos, pues, exclamando como el Sr. Barrantes en su Prólogo, que la pérdida de estas riquezas literarias, «lo fué »irreparable para la extremeña historia, que el tiempo del autor era crí»tico para ello, como que las buenas letras renacian, y empezaba nuestra »ciudad á sacudir su manto de ruinas romanas y arábigas para tejerse »monjiles y capuces. Aquel nido de águilas tiberinas, que los buitres del »Atlas ahuyentaron, el castillo, permanecia poco ménos que intacto, con »sus mezquitas convertidas en iglesias, sus alcázares en palacios feudales,

»sus poternas en algibes, y era dado al anticuario hallar todavía en »maridaje poético junto al lábaro de Constantino el versículo del Koran, »la romana abreviatura y aun el geroglífico salvaje del culto-scita, su »primer poblador; que difícilmente se hallará en toda España recinto tan »limitado como el castillo frontero de *Pax Augusta*, donde hayan venido »una tras otra á chocar y soterrarse mútuamente cuatro civilizaciones, »que por eso oprimidas y como encajonadas, sólo con trofeos del vencido »se engalanaron, hasta que la moderna, que acaso no llamará civilizacion »la historia, convirtió las columnas de la mezquita en pedestales del »alumbrado público, las sepulturas de los Reyes moros en cimientos del »Hospital militar, y aquellos jardines, donde el evorense Ibn-Abdum »cantaba las grandezas de Omar Al-Motarracil Alla-Uah, de quien fué »el gran poeta secretario y favorito, en montones de escombro estéril, »mansion de lagartos, vivero de jaramagos, símbolo de una época mas »que para crear para destruir poderosa.»

Con la publicacion de los *Discursos pátrios de Badajoz*, con un *Catálogo de los libros que tratan de Extremadura*, y con los trabajos á que constantemente se dedica sobre los hombres y las cosas extremeñas, de que pueden sirvir de muestra en la REVISTA DE ESPAÑA la biografía de Fr. Juan de Plasencia, y en la *Ilustracion de Madrid* un curioso estudio sobre la tradicion popular de *La Serrana de la Vera*, el Sr. Barrantes se acredita de digno hijo de la pátria, cantor y restaurador de sus más importantes glorias. Deseamos que el *Diccionario de escritores extremeños*, de que ahora se ocupa, venga pronto á aumentar el catálogo de sus excelentes producciones literarias.

D. P.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

LIBROS ESPAÑOLES.

MEMORIA LEIDA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL EN LA SESION PÚBLICA DEL PRESENTE AÑO 1871.—Madrid, imprenta de M. Rivadeneira.

En la reunion pública celebrada en la Biblioteca Nacional el 5 de Febrero, debieron haberse adjudicado los dos premios de costumbre á los escritos que los hubieren merecido; pero el único trabajo presentado para optar á uno de ellos, no fué conceptuado de bastante mérito por el tribunal.

Redújose, pues, el acto á que el Sr. Hartzenbusch leyese su Memoria anual. Los datos contenidos en esta respecto de la lectura, siempre creciente, que el público va á buscar á aquel Establecimiento literario, son satisfactorios. «Fueron, durante el año 1870, satisfechos en la Biblioteca Nacional 66.025 pedidos de libros, entre impresos y manuscritos, correspondientes á 62.813 papeletas de demanda. De estos libros, los impresos pertenecientes á Ciencias y Artes componian 22.845 obras; las de Historia fueron 7.951; las de Bellas Letras, 6.258; las de Jurisprudencia, 5.089; de Misceláneas y periódicos, 4.391; de Teología, 695. En castellano, 41.758; en frances, 4.571; en latin, 558; en italiano, 113; en inglés, 62; en aleman, 25; en portugués, 16; en tagalo, 5; en bisayo, 2; en chino, otros 2.—Comparando los expresados números con los respectivos en el año anterior, aparece haber servido la Biblioteca Nacional, durante el de 1870, 26.039 pedidos de libros más que en 1869.»

La principal causa de este aumento, en cuanto es mucho mayor que el

observado en los años anteriores, está en el servicio de noche que se ha establecido. El resultado ha dado evidente demostracion de que se ha satisfecho una verdadera y grande necesidad abriendo al público por la noche la Biblioteca. «En efecto, dice el Sr. Hartzenbusch, ha sido el mejor que pudo apetecer la Direccion autora del pensamiento: la concurrencia nocturna á la Biblioteca fué y continúa siendo grande; el órden, el silencio y la compostura de los concurrentes, ejemplar; y del número de libros que suelen pedirse para la lectura con luz de gas, no llegan á una docena por dia los de puro entretenimiento: son en su mayor parte de ciencias físicas, de medicina en particular y sus afines y auxiliares. Muchos lectores piden una misma obra, y de ella la misma edicion, lo cual hace ver que son estudiantes, ó por lo ménos, estudiosos, quienes, en efecto, necesitan consultar el libro en su texto último, por ser el que trae la doctrina vigente mas valedera. De tan reparable circunstancia se infiere, que la Biblioteca ó Bibliotecas gratuitas, necesarias de noche en Madrid, deben ser las especiales y científicas, donde, si el servicio ha de traer provecho notable, conviene tener á disposicion de los lectores, no uno, sino vários ejemplares de cada obra de crédito distinguido. Quizá reclamen contra esto los autores y los catedráticos, diciendo que el estudio beneficioso no se hace con libros prestados en un establecimieto público, sino con el libro comprado en la librería, y tenido en casa á disposicion del dueño, para poder consultarlo á cada instante. No negaré que sea justa la observacion, respecto á las obras de poco ó moderado coste; pero las muy extensas ó enriquecidas con láminas, cuyo precio excede á las facultades de muchos alumnos, debieran hallarse á su disposicion y no limitadas á un solo ejemplar, en Bibliotecas facultativas.»

Como el regalo más estimable y uno de los mayores que ha recibido nunca la Biblioteca de país extranjero, cuenta el Sr. Hartzenbusch una coleccion de 128 Biblias en diversas lenguas y tamaños, decentemente encuadernadas en pasta, y procedentes de la Sociedad Bíblica de Lóndres. D. Valentin Carderera ha regalado un manuscrito en fólio, que contiene un *Indice de las calles y casas de Madrid*, principiado á formar á fines de Diciembre de 1625 y terminado en 1656; al final tiene un registro alfabético de los nombres de los dueños de cada finca.

«Procedentes de la Catedral de Avila, dice el Sr. Bibliotecario, se nos han remitido por el Archivo histórico 312 tomos de obras, en latin, edi-

ciones incunables muchas, cási todas de Teología y Derecho.—En virtud del art. 13 de la ley de propiedad literaria, ha recibido la Biblioteca Nacional, durante el año 1870, la suma de 526 libros, remitidos los más por el Ministerio de Fomento, unos pocos por el de Ultramar, algunos cuantos procedentes del convenio con Francia, algun otro de los Gobiernos de las provincias, algunos, en fin, entregados por los editores ó autores en esta misma casa. Tambien varios mapas y fotografías, y 829 piezas de música.»

Por regalos, por los diferentes conceptos expresados en el párrafo anterior y por compras, así de libros como de folletos y papeles varios, ingresaron en 1870 en el establecimiento 19.881 artículos.

Siguiendo su costumbre de dar noticia en su Memoria anual de alguna de las cosas curiosas custodiadas bajo su direccion, el Sr. Hartzenbusch refiere detalles interesantes de varios manuscritos que contienen ejercicios de Retórica, y traducciones, hechas en su niñez, por el Duque de Anjou, que fué después Rey de España y á quien la Biblioteca debe recuerdo especial de gratitud por haber sido su fundador.

Por último, repite el Sr. Hartzenbusch, y esta vez con mayor amargura y necesidad, sus lamentos por las malas condiciones del establecimiento. Los libros no caben ya de modo alguno en él; no se ve próxima la construccion del edificio comenzado en Recoletos. La manifestacion de los apuros que se sufren, por ser muchas las mensualidades de la consignacion para el gasto material de la casa que le debe el Tesoro, «mejor que para expuesta, dice el ilustre académico, es para sufrida y callada.» Hasta respecto del personal destinado á su servicio, ve con dolor la Biblioteca que está ménos atendida que otras que no valen tanto.

LA POLÍTICA QUE NACE Y LA POLÍTICA QUE ESPIRA, *por D. Luis María Pastor, ex-Ministro de Hacienda, Académico de la de Ciencias Morales y Políticas, y Presidente de la Asociacion para la Reforma de los Aranceles de Aduanas.*—Madrid, imprenta de F. Escámez, 1871.

Hace diez años publicó el autor otro folleto cási con el mismo título, puesto que tenía el de: ***La política que espira, y la política que nace.*** De él copia una parte al comenzar este nuevo, para recordar cuán amarga-

mente se lamentaba entónces de los males que la política padecia ó hacia padecer al país.

Expone después las ideas de la escuela que, dando ménos importancia á la forma de organizacion del gobierno que al fondo de las atribuciones, proclamó la necesidad de circunscribir mucho las del Estado, por respeto á las libertades individuales. Aquella escuela, colocándose principalmente en el terreno económico, formó la Asociacion para reforma de los aranceles de Aduanas, y por medio de *meetings*, que eran una cosa enteramente nueva y desconocida á la sazon en España, y por conferencias públicas en el Ateneo y en la Sociedad de Economía política, constituida tambien por ellos, difundieron y predicaron su doctrina.

Después de reseñar á la ligera los sucesos que precedieron á la Revolucion de Setiembre, y la historia de los dos últimos años, el Sr. Pastor explica que, en su dictámen, ha de haber en adelante cuatro partidos políticos «que, con diferentes nombres y distintas actitudes, segun las circunstancias de cada país, existen en todos los pueblos constitucionales. Dos son los militantes que están dentro de la legalidad existente y alternan en la gobernacion del Estado, y otros dos que, colocados fuera de ella, por no caber dentro de las instituciones, se encuentran imposibilitados de aspirar á constituir Gobierno, y, por el contrario, pretenden y se esfuerzan por que se realice un cambio completo y radical en aquellas.

«De los primeros el uno, tomando por mínimum y punto de partida las instituciones existentes, aspira á contínuas reformas y adelantamientos; el otro, aceptando como máximum aquellas, se propone su conservacion y observancia, sin admitir reforma que pueda lastimar en lo más mínimo los intereses existentes.

»De los dos últimos, el uno, representante de lo pasado, rechaza la organizacion vigente, y procura remplazarla con alguna de las que la precedieron; el otro, que atiende sólo al porvenir, marcha en busca de un ideal, que no cabe dentro de la organizacion presente; y se propone por lo mismo destruirla para remplazarla con aquel.

»Dentro de estas cuatro aspiraciones caben y se cobijan infinidad de fracciones, segun las circunstancias históricas y el grado de ilustracion de cada pueblo; pero el fondo de las líneas divisorias de los partidos son las designadas.»

Desea el Sr. Pastor para España una política como la que prevalece

en Inglaterra desde Guillermo III. Censura á los partidos vencidos, que se niegan á reconocer los hechos consumados y la legalidad existente. Condena á los que esperan del pesimismo el descrédito y la desaparicion de lo presente, ó fian el restablecimiento de lo antiguo á una guerra civil ó á una revolucion. Se esfuerza por demostrar que la objecion de extranjerismo, puesta á una dinastía nueva, es de escaso valor.

Pero lo que principalmente le ocupa es la defensa de los derechos individuales. Manifiesta las diferencias que, en su dictámen, separan las escuelas socialista, individualista y doctrinaria. Expone que las condiciones propias del hombre son la sociabilidad, la igualdad y la libertad. Traza después el círculo de accion del Estado, al que pertenece todo lo que es colectivo. Y detenidamente trata de demostrar que han incurrido en grandes exageraciones, no sólo los partidarios de sistemas absolutistas ó reaccionarios, sino las personas ilustradas, los jurisconsultos eminentes y los hombres públicos notables, que han apreciado de un modo desfavorable las disposiciones de la Constitucion de 1869, relativas á los derechos individuales.

En este punto, á la argumentacion del Sr. Pastor puede dirigírsela con justicia la objecion de que marcha constantemente tratando de apoyarse en dos bases contradictorias; pues por una parte tiende á presentar como una gran conquista y extraordinaria novedad los preceptos constitucionales, y por otra, á fin de acallar á los contradictores, les recuerda de continuo que ya en toda la legislacion constitucional anterior estaban consignados, con menor extension, pero idénticos en la esencia, cuantos derechos se han otorgado y garantido al indivíduo en la ley fundamental de 1869.

Los propósitos y esperanzas del Sr. Pastor, segun el resúmen por él mismo hecho en el epílogo de su escrito, son los que se manifiestan en las siguientes frases: «Si hay patriotismo en todos, si se olvidan antiguos resentimientos, si las elecciones son una verdad, si todas las opiniones hacen oir su voz en las diputaciones, en los municipios, en el Parlamento; si las leyes son el resultado de la deliberacion serena de todas las opiniones, la Revolucion de Setiembre iniciará una nueva era de prosperidad, de paz y de libertad para España, que renacerá vigorosa á una nueva idea. Pero si los partidos vencedores tratan de oprimir á los vencidos, ó si estos abandonan el campo de la legalidad para lanzarse en peligrosas aven-

turas, la Revolucion de Setiembre se convertirá en un pronunciamiento estéril, precursor de otro desastroso ,que tras de una reaccion ciega y fanática traerá otro cataclismo, hasta que haya entereza bastante para consolidar el imperio del derecho. Podrá este retardarse más ó ménos, pero su triunfo definitivo es inevitable, porque la política que espira ha cumplido su plazo en la historia, y la que nace tiene que desarrollarse en la vida de los pueblos, hasta llenar el período que le corresponde en la marcha de la civilizacion.»

ESTUDIOS FORESTALES.—LOS MONTES EN SUS RELACIONES CON LAS NECESIDÁDES DE LOS PUEBLOS, *por D. H. Ruiz Amado*, Ingeniero de Montes.—Tarragona, imprenta de Puigrubi y Aris, 1870.

Uno de los más trascendentales problemas que interesan á un mismo tiempo á las ciencias naturales y á la economía política, es el de la conservacion, administracion y repoblado de los montes. La influencia de éstos en las condiciones del suelo y del clima, y la especialidad de las relaciones de su propiedad con los intereses individuales, son tales que, sin pecar de meticulosidad excesiva, se pueden concebir muy sérios temores acerca del porvenir del país en donde no se ponga eficaz coto á la devastacion de las especies forestales.

El Sr. Ruiz Amado ya habia dado anteriormente pruebas de su aplicacion y de su saber. En estos estudios se propone, segun parece, tratar la cuestion de los montes con relacion á las necesidades sociales, de una manera más completa que lo habia hecho hasta ahora ningun libro escrito en español.

En la primera parte trata de demostrar que los montes de la region propiamente forestal, es decir, allí donde no es posible el cultivo agrario permanente, tienen, por su benéfica influencia en el clima, en la física terrestre, en la economía y la moral de los pueblos, una grandísima importancia en la prosperidad de los naciones y constituyen una condicion indispensable de su existencia. Al efecto, los considera en sus relaciones con el aire y sus corrientes; después, en las que tienen con el suelo; y con la temperatura de la atmósfera y con los hidrometeoros y distribucion de sus aguas sobre y dentro de la capa superficial de la tierra; y

con las necesidades que los pueblos sienten de sus productos característicos.

Después de esta primera parte, que está cási totalmente comprendida en las entregas que han visto ya la luz pública, promete el Sr. Ruiz Amado entretenerse en demostrar:

Que por las condiciones inherentes al modo de ser de los montes, y las que caracterizan al indivíduo y á la sociedad, sólo á esta es dado conservarlos en las que necesitan para producir tan apetecidos resultados, siendo un deber imprescindible de todo Gobierno administrarlos conforme la dasonomía lo aconseje, aunque no se extendieran sus atribuciones á otra cosa que á mantener el órden, la libertad y la justicia en los límites que les reconoce la razon;

Y que si en España la historia de la administracion pública forestal no está acorde con estas afirmaciones, es precisamente porque se ha separado caprichosamente del camino que la ciencia la señala, siendo fácil emprenderle en lo sucesivo sin menoscabar; acatando, por el contrario, todos los sanos principios de la ciencia de los Gobiernos.

ESTUDIOS DE FILOSOFÍA NATURAL.—TOTAL ORGANIZACION DE LA MATERIA, *por D. Enrique Serrano y Fatigati*, Profesor de Física en Vitoria, y *Don Salvador Calderon y Arana*, Profesor libre de Historia natural.—Madrid, imprenta de M. Tello, 1870.

Del espíritu que domina en este folleto, de las materias en él tratada, del estilo literario, rápido y elegante, en que está escrito, dan noticia suficiente las *conclusiones*, formuladas por sus mismos autores en los siguientes términos:

«El inmenso cuadro rápidamente presentado en los anteriores capítulos, la asociacion y armonía de todos los datos que en ellos hemos expuesto, y los pensamientos que nacen como necesaria y lógica consecuencia de la contemplacion de tan vastísimos horizontes, imponen en nosotros la necesidad de admitir un ilimitado progreso de la organizacion, una de cuyas etapas debe ser la adquisicion de sus determinados caractéres por toda la materia que puebla las desconocidas regiones del indefinido espacio.

«Las pruebas se acumulan cada vez en más considerable número, y la

admision de estas ideas puede abrirse un ancho camino con los descubrimientos que asocian cada dia un nuevo átomo al caudal de nuestros conocimientos. La materia se une á la suprema ley del progreso, su estado no permanece estacionario; hoy sirve en parte á las acciones de la fuerza bruta, y mañana se encontrará sometida á las actividades de la vida, á la energía de las sensaciones, á las sublimidades del pensamiento. Si el mundo moral es para nosotros lo más grandioso qne en los séres consideramos; si calculamos que los géneros, las especies y los indivíduos valen más, cuanto más inteligentes se manifiestan; si hemos colocado fuera de discusion la inmensa verdad, de que lo que es más razon se aproxima tanto más al orígen de todas las cosas y á las primordiales causas de todo lo existente, no podemos ménos de considerar colosalmente ennoblecida á la sustancia que del fondo de una roca ha pasado á formar parte de una hoja, de un filete nervioso, de un cerebro de los séres superiores.

»Mas, ¿cuáles son las consecuencias de estas doctrinas que nacen en el estado de gérmen, y podrán desarrollarse hasta llegar á su más perfecto desenvolvimiento? Quién es capaz de preveerlo? Por el primer momento sólo se advierte que mediante ellas se crea una armonía entre lo que ha parecido siempre más desemejante; el globo ha recorrido diferentes períodos, las especies se han perfeccionado, la humanidad marcha en lo físico, en lo moral y en lo intelectual, movida, casi arrastrada por el poderoso impulso de civilizacíon que constantemente la empuja.

El mundo del espíritu se manifiesta cada vez en una mayor posesion de sí mismo, y con una más colosal pureza que muestra su grande elevacion y dignidad; y por si la exterior envoltura pudiera oponerse á este infinito desarrollo, como si la forma fuese un insuperable obstáculo para el desarrollo del fondo, demostrando que no existe una contradictoria marcha entre lo que anima y lo vivificado, camina, se desarrolla y se engrandece tambien la materia, dispuesta cada vez á prestar más anchos campos, atenta tambien á proporcionar más hábiles motores á la secreta fuerza que gobierna nuestros destinos.

«Veamos los extensos caminos que se han recorrido, y miremos en el porvenir los que quedan áun por recorrer: ayer imperaba el reino de las rocas, hoy existe un sér inteligente que intenta poseer el dominio de la naturaleza, quien extenderá mañana su ilimitado pensamiento por todos

los ámbitos, por todas las regiones, por todos los espacios que constituyen el Universo.

»Observemos la movilidad que adquieren los materiales que se organizan, estudiemos sus trasformaciones, y notarémos que estas se realizan en tiempos cada vez más cortos; contemplemos cómo se trasmite de unas formas á otras formas, desde el protofito á la palmera, desde el infusorio al ave, desde los anteriores al hombre, y verémos que el progreso que una vez emprenden, se acelera rápidamente, llegando á prometernos una vertiginosa marcha que haga recorrer en pocos instantes los mismos términos que ántes consumian gran número de años, multitud de siglos, enormes períodos.

»La materia progresa organizándose; los organismos progresan pasando á formar parte de los séres más superiores; el hombre progresa hoy, perfeccionando sus condiciones, ensanchando la esfera de su pensamiento, extendiéndose en cada instante hasta los límites que la naturaleza le marca; mañana marchará quizás adquiriendo una más perfecta forma que ya nos deja adivinar la comparacion entre las razas prehistóricas y las nuestras.»

LIBROS EXTRANJEROS.

HISTOIRE DES ETATS-UNIS, *par Edouard Laboulaye, membre de l'Institut, professeur de Législation comparée au college de France.*—Paris, 1870.—Tres volúmenes.

Está dividida en tres partes.

Contiene la primera la *historia de las Colonias*. Reseña los primeros establecimientos de los Ingleses en América, sus primeros ensayos de colonizacion, la formacion de la Virginia, de New-Plymouth, de Massachusetts, de Providence y Rhode-Island, de Connecticut y New-Haven, de New-Hampshire, de Maryland, de New-York, de Nueva Jersey, de Delaware, de Pensylvania, de las Dos Carolinas, de Georgia; la organizacion municipal, la educacion, el régimen militar, la organizacion política y civil.

Trata la segunda parte de la guerra de la Independencia, desde 1763 á 1782, y la tercera, de la Constitucion de los Estados-Unidos, establecida desde 1783 á 1789.

TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid.

LA HECHICERA DE BURGOS.

(Antigualla de Castilla.)

INTRODUCCION.

No juzgues, lector, que hallé
en históricos volúmenes
esta leyenda: su texto
cuando yo en Búrgos estuve
hojeando cierto libraco
y por tradicion lo supe;
y de las raras noticias
y de los vários apuntes
que en tal ocasion tomara,
y haber á la mano pude,
no quise desentrañar
faltas ó inexactitudes
que al historiador importan,
mas al poeta no incumben:
y así te diré, lector,
mal que le pese á mi númen,
lo que en vista de estos datos
decir á su empeño cumple,
aunque ya en otro romance
y en muy ligero resúmen
un episodio sucinto
de aquesta leyenda puse.

I.

. . . . . .
Porque á esta mujer el pueblo
mil prodigios atribuye.

Es de noche y en el cielo
aglomeradas las nubes,
entre sombras las estrellas
ahogadas apénas lucen;
y el vendabal desatado,
como suele por Octubre,
con el granizo y el agua
fuertes ráfagas sacude;
pero miéntras cae la lluvia
y furioso el viento ruge
yace Búrgos sumergida
en silencio y sueño dulce,
sin que por sus largas calles
acento humano se escuche,
ni á su oscuridad extrema
ningun resplandor alumbre.

Mas en un barrio lejano,
adonde sólo concurren
la soldadesca y la plebe
por liviandad ó costumbre,
y dentro de una casuca
que en el centro se descubre
de un pobre callejon, cuando
el relámpago difunde
claridad rápida, voces
se oyen de pronto, y las luces
que al abrirse de una puerta
la lobreguez interrumpen,
dejan ver de vários hombres
las formas que dentro bullen,
y que en la pared de enfrente

confusas se reproducen.
Que no salga—dicen unos—
detened al noble Duque,
nuestro Señor—claman otros.—
Nádie el paso le dispute;—
desesperado y frenético
él á su saña sucumbe.—
Mirad que contra su vida
quiere atentar,—Dios le ayude.
Estas palabras se oyen
sin saber quien las pronuncie,
se agita más la refriega,
se alterca, no se discute,
y acto seguido se lanzan
haciendo esfuerzos inútiles
fuera de la casa aquellos
persiguiendo á los que huyen,
y éstos, de sus adversarios
contrarestando el empuje.
Unos dicen: *por el Rey*,
otras gritan: *por el Duque*;
y á pesar de las espadas
la contienda no concluye.

Esto pasaba en la puerta
del albergue donde encubre
Cláudia la hechicera el trato
de sus sortilegios lúgubres,
y adonde la gente siempre
para consultarla acude;
porque á esta mujer el pueblo
mil prodigios atribuye,
y no hay quien no la conozca
la respete y la consulte.

Distante el reló sonaba....
y la nacarada lumbre
del alba léjos dormia
cuando ya el ruido no surge

de la riña, y en la calle
la calma se restituye:
sólo se oye el vendabal
que desenfrenado muje,
y las lejanas pisadas
de los que ligeros huyen.

——

Un bulto quedó en el suelo
que aún se agita y se rebulle,
y cuya forma las sombras
dudosamente confunden:
entre las cuales al cabo
cuando ya nádie discurre
por el callejon, de Arjona
era cadáver el Duque.

II.

Al agresor, que se busque,
y al difunto, que se entierre.

Lisonjero y fausto dia
para Búrgos amanece,
y se ve desde temprano
alborotada la gente:
el pueblo corre animado
hácia partes diferentes;
pues á toda la ciudad
el regocijo se extiende.
Suenan trompas y atambores,
y como sucede siempre,
gritos y vivas que llenan
la etérea region de suerte
que sólo un rumor se oye
grato, universal, solemne,
de un pueblo que alegre vive
y quiere gozar alegre.
Las calles están vestidas
con las galas que previene
Búrgos, porque de su rey

el cumpleaños se celebra,
y los damascos se agitan
al soplo del viento leve
prendidos en los balcones,
colgados en las paredes.
Ramaje forma del suelo
alfombras, que bellamente
luce matices de gualda
en ancho campo de verde,
en tanto que del palacio
los adornos resplandecen
y sobre los fuertes muros
tremolan los gallardetes.
Las damas, los infanzones
ataviados ricamente,
de su belleza y donaire
con el encanto suspenden.
Todo es júbilo y contento,
danzas, festines, placeres,
la airosa y antigua corte
de Don Enrique el Doliente (1).
Todos se visten de gala,
todos bullen impacientes,
y gozar todos, en fin,
de aquel festejo pretenden....
Cuadro, que por ser humano
en su colorido tiene,
la ventura en lontananza
y el artificio en relieve.

———

Ya pasó á la catedral
el Monarca reverente
á ofrecer ante las aras
de la religion sus preces:
y pasó gentil y apuesto
seguido bizarramente

(1) Don Enrique III, llamado el Doliente, habia nacido en Búrgos el dia 4 de Octubre de 1380, y en el mismo dia celebraba anual y ostentosamente la corte su cumpleaños.

de la distinguida corte
que cerca de sí mantiene,
dejando detrás la chusma
de la novelera plebe,
que de ser asaz curiosa
nunca la costumbre pierde.

Está lleno el templo santo
de concurso sorprendente:
y al Rey en el presbiterio
postrado y absorto vése,
cercado de ricos-homes
y de prelados que ofrecen
más que á la gloria de Dios,
lo que á la lisonja deben;
mas si alguno cuidadoso
observarle bien quisiese,
del buen Monarca veria
nublada la régia frente,
y notárale en su rostro
los sombríos caractéres
de un tormento que le mata,
de un recuerdo que le hiere.
Rui-Dávalos, que cercano
al Rey observa impaciente,
le mira, y al fin le habla
en baja voz de esta suerte:
«Disimulad esa pena,
gran Señor, que no es prudente
dejaros arrebatar
así del dolor.—¡Pluguiese,
dijo el Rey,—al Cielo santo
que de esta quemante fiebre
que me devora, las ánsias
disimular yo pudiese:
la escena de anoche infausta
aún la tengo tan presente,
que apartarlo mi cordura
de la memoria no puede.

¡Pobre Duque!... Yo fuí causa,
Rui-Dávalos, de su muerte.
—Dejad, Señor....—Ese Dios
tan justiciero y clemente
que nos mira, y mi delito
inexcusable comprende,
en su piedad de mi llanto
quizá no se compadece.—
Él fué obstinado, y si ciego
contra sí....—Ah! No recuerdes
lo que olvidar yo queria:
él se arrancó diligente
una vida mancillada
por el deshonor; mil veces
desdichado el hombre, Dávalos,
que hallar la dicha pretende
en la mujer que no es suya
ni puede pertenecerle!...
¡Infeliz el que suspira
por lo que gozar no debe!—
Calló Enrique; el Condestable
calló tambien, y perenne
vióse la pena en el uno
que en el otro no se advierte;
quedando el Rey, mal su grado,
mortal y desfalleciente,
que son las pasiones locas
de la desventura gérmen.

———

Concluyeron los oficios,
salió en tumulto la gente
del templo, y el Rey tambien
después de un espacio breve;
mas no bien hubo la huella
estampado en el saliente
escalon, cuando un rumor
se escuchó que á sorprenderle
vino asaz, del de la fiesta
á la verdad diferente.

Justicia!—gritaban unos:—
que lo pague con la muerte!—
otros clamaban.—*Al Rey*
pidamos.... y de esta suerte
entre clamores y quejas,
entre amenazas, y á veces
entre juramentos, llega
turba feroz é insolente
ante el cuitado Monarca
que de verla palidece.
Justicia, Señor,—prorumpen.—
Yo os la otorgo: ¿qué sucede?—
El Rey dijo: y todos hablan,
todos explicarse quieren,
y ninguno conseguirlo
en tanto bullicio puede.
Mas al fin logró un pechero
decidor, que de la plebe
era cabeza, explicarse
de esta guisa brevemente:—
«Vengar la muerte queremos,
porque así es justo se acuerde,
del noble Duque de Arjona,
que asesinado vilmente
con una herida en el pecho
á la puerta del albergue
le han hallado de esa bruja
que á la ciudad estremece.
Era vuestro fiel vasallo,
gran Señor, y era valiente,
y á gritos el pueblo pide
que este delito se vengue.»
Recobróse Don Enrique
de su estado prestamente,
y con grave dignidad
y torvo ceño—«los jueces,—
dijo,—nombraré al momento
que del hecho entender deben.
Yo os prometo se castigue

sin dilacion al que aleve
mató al Duque, que este crímen
un escarmiento merece,
y se hà de buscar sin tregua
en Castilla al delincuente.»
Disipóse luego el grupo
regocijado y alegre,
dando vivas al Monarca
que á su demanda accediese:
y entónces éste con grave
y severo continente,
simulando altivo enojo
y á su séquito volviéndose,
¡Vive Dios! mis caballeros,—
exclamó,—que me suspende
la inesperada desgracia
del buen Duque, ¡caso fuerte!
El dia de mi cumple-años
lo hará este delito célebre.
Al agresor, que se busque;
al difunto, que se entierre:
y una cruz sobre la puerta
de esa casa ha de ponerse,
para que al pasar por ella
el buen cristiano recuerde
la muerte del noble Duque
y por su descanso rece.
Púsose la cruz, y nunca
osaron de este accidente
lastimoso hablar los nobles....
aunque segun lo refiere
la tradicion, el de Arjona
buscó intrépido la muerte,
porque celoso una noche
en el diabólico albergue
que de la vieja hechicera
le apellidaban las gentes,
halló á su jóven esposa
con Don Enrique el Doliente,

III.

¿Si vendrá la madre Claudia
á rezar á este difunto?

Mas jóven y humilde era
la catedral que hoy en Búrgos,
aún al cielo se levanta
con gótico ceño adusto,
ostentando silenciosa
y audaz en el éter puro
de sus elevadas torres
el primoroso conjunto,
cuando de su templo un día
con aparato y con lujo
concurridos funerales
bajo las bóvedas hubo.
De la corte lo escogido,
fembras, clérigos y vulgo
formaban en su recinto
tan imponente concurso,
que desde luego se alcanza
á comprender, que es el luto
de aquellos oficios régios
cosa de importancia, asunto
que á todos los moradores
de la ciudad en tumulto
más que con objeto santo
por curiosidad los trujo:
porque hay efectivamente
á más del crecido número
de caballeros, prelados
y otros magnates, que junto
se ven del Rey colocados,
con órden harto confuso,
en dobles filas de bancos
sobre el pavimento oscuro,
frailes, pajes, ballesteros,

acólitos, hombres rústicos,
de los blandones que arden
vagas ráfagas de humo,
sorda y tétrica armonía,
y un alto, ostentoso túmulo,
con tal arte levantado,
decorado con tal gusto,
que hacen sus bellos adornos,
y las franjas de oro fúlgido
de las armas y trofeos
que ennoblecen al difunto,
un peregrino contraste
con el fúnebre tributo
grave, aterrador, sombrío,
de nuestra *nada* trasunto,
que en tales actos ofrece
como desengaño el mundo.

———

Llena está además la plaza
de espectadores, que el rumbo
vieron lucir de los grandes
entre alegres y confusos....
y hácia la puerta del templo
donde en rezagados grupos
aún el pueblo referia
con su grotesco discurso
del egregio y noble Duque
el impensado infortunio,
y los raros comentarios
de aquel delito nocturno,
por medio de los que hablan
y atravesando el concurso,
que marca de extraña huella
pavoroso y claro surco,
vióse venir á una vieja
de rostro y de cuerpo enjutos,
tocas largas, pobre manto
y miserable coturno.
Sin duda viene á la iglesia:

mas su presencia dá susto,
que es la hechicera, y al paso
ya la saludan algunos....
y otros dicen por lo bajo
taimados y taciturnos:
¿Si vendrá la madre Cláudia
á rezar á este difunto?

IV.

El Duque de Arjona ha muerto
. . . . . .
Vengarle debo esta noche.

La gran plaza frente á frente
de la iglesia y de las torres,
cuyas góticas agujas
de trasparentes labores
el caminante divisa
en el lejano horizonte,
siendo láuro de la ciencia
y de castillo renombre,
aquella plaza, que aún vemos,
si bien reducida y pobre,
y sin nivelar, tenia
mayor extension entónces;
llena está de tanta gente
en tan bullidor desórden,
cuajada de tal concurso,
que hasta de los ricos-homes
se ven las altas cimeras,
las insignias y uniformes
confundidos de aquel cuadro
entre los matices, donde
cediendo al empuje todos
de un gentío tan enorme,
ni se respetan escudos
ni se tributan honores.
Aquel bullicioso pueblo

y aquella lucida corte
salian de las exequias
del ilustre, rico y noble
Don Fadrique de Alburquerque,
Duque de Arjona, que en noche
terrible y siniestra, muerto
en un callejon hallósele.
Al lamentar que el autor
de este delito se ignore,
son de todos los que hablan
confusas las relaciones,
muy dudosas las noticias,
y omitiéndose los nombres
se hacen con cierto recato
misteriosas alusiones.
Hay quien dice, que el de Arjona
víctima de las traiciones
que astutos le prepararon
los partidarios del Conde
Don Alfonso, que en Astúrias
contra Don Enrique alzóse,
dirigiendo de Castilla
al trono sus pretensiones,
muerto una noche á deshora
fué con alevoso golpe;
otros juzgan que un recelo
que ofensiva mancha pone
en la opinion de su esposa
Doña Constanza, turbóle
de tal modo la cabeza,
que de sus cavilaciones
arrebatado en su encono
él á la muerte lanzóse....
y algunos, en fin, malician
que las negras sugestiones
de una hechicera que en Búrgos
toda la gente conoce,
al de Arjona condujeron
buscando adivinaciones

á la calle do le hallaron
sus enemigos traidores;
mas lo cierto es, que á pesar
de tan várias opiniones,
y de los contrarios datos
que en pró y en contra se exponen,
sólo se pudo saber
que junto el albergue pobre
de la hechicera, el cadáver
del buen Duque recogióse.
Por esta razon del pueblo
las raras explicaciones,
que algo extraordinario siempre
en lo vulgar reconocen,
adornan este suceso
con peregrinos colores.

———

Despejada quedó luego
la extensa plaza, y dos hombres
se vieron solos en ella
en plática muy conforme
al parecer, departiendo
de asunto que nádie oye.
Reposado continente
ámbos tienen, y en su porte
se vé que el uno es villano
y se vé que el otro es noble;
y que la cuestion que tratan
con interes y razones
que se cruzan al proviso
en la reserva la esconden.
Después de un espacio breve,
y atentas explicaciones,
que ademanes revelaban
sino dijeron las voces,
dejando la plaza entrambos,
y á lo que parece acordes,
fuéronse juntos y hablando

por la calle que en la corte
bella, rica y espaciosa,
con simétricos balcones
y portales, conducia
al régio alcázar entónces.
Al despedirse el hidalgo
junto una casa paróse
y le dijo al compañero
con acento claro—«Robles:
el Duque de Arjona ha muerto:
mi sentimiento conoces,
y que siendo yo su deudo
vengarle debo esta noche.»
En ella de la hechicera
las diabólicas traiciones
que á D. Fadrique la muerte
han causado, se propone
mi anhelo vengar. Celosos
contigo mis servidores
me han de acompañar, y juntos
con disimulo y con órden
descubrir conseguirémos
sus viles maquinaciones.—
Ya os he dicho que en su casa,—
repuso el otro,—á las doce
me hallaré.... vos escondido
oireis sus revelaciones,
que ellas harto á vuestro intento
le podrán servir de norte.—
Verémos cómo te portas.—
No olvido las instrucciones.—
En este caso es preciso
que todo riesgo se afronte.—
La trama está bien urdida.—
Dios el éxito corone.—
En tal punto se apartaron
los dos misteriosos hombres:
el caballero en la casa
que estaba cercana entróse,

y el plebeyo por la calle
desapareció veloce.

V.

Y me enseñaron sus letras,
sinó el modo de ser bruja
la traza de parecerla.

En una noche de Octubre
embozada, aunque serena,
entre las dobles cortinas
de las nubes y la niebla,
cuando Búrgos, descansando
de su tráfico y tarea,
en oscuridad y calma
estaba y en sueño envuelta,
sonaban lentas las horas....
y por las calles desiertas
sólo el resplandor dudoso
de alguna casa opulenta
se trasluce en los colores
de las pintadas vidrieras.
Era la hora en que el mundo
mintiendo sosiego alberga
con mayor fúria en las sombras
todas las pasiones nuestras,
en que el magnate discurre,
estudia el docto las ciencias,
la esposa adúltera teme,
el monje en el cláustro reza,
de su amor la ocasion breve
impaciente el mozo espera,
urde vigilante el crímen
la pasion ó la pobreza,
llora el cuitado sus males,
en el bullicio y la fiesta
goza tranquilo el dichoso,
atento el soldado vela,
y corre el oculto llanto

de la burlada doncella ...
En esta, pues, triste hora,
aunque más alegre sea
para el que en virtud ó en vicio
el goce anhelado encuentra,
en un callejon oscuro,
estrecho y pobre, que apénas
dos ó tres casas tenía
ruinosas ya por lo viejas,
sitio que en los arrabales
de la ciudad no frecuenta
más que la chusma del pueblo,
pelaires y soldadesca,
(además de los que vienen
á consultar la hechicera)
dos hombres se ven parados
que hablan quedo y en reserva
con capas sendas entrambos
y espadas entrambos puestas.
Son los mismos que en la plaza
departieron de la iglesia
y para su oculta cita
aplazaron la hora aquella.
Es el úno el muy apuesto
Don Alonso de Fonseca,
pariente del noble Duque
que de Arjona señor era,
y su escudero Rodrigo
de Robles el que le lleva
para que su plan realice
á la fatal callejuela.
Miró Don Alonso atento
el aspecto que presenta
del albergue de la bruja
la forma pobre y siniestra,
y con desenfado altivo,
con acento que revela
el mal reprimido enojo
que en su espíritu se asienta,—

¡Vive el cielo! buen Rodrigo,—
exclamó,—que me subleva
pensar en las artes viles
de esa diabólica vieja.
¿Por qué Burgos de la corte
y de su crédito en mengua
ha de sufrir por más tiempo
las criminales escenas
de una mujer, cuyas tramas
de mentida y negra ciencia
nos proporcionan á todos
tan fatales consecuencias?
¿Por qué? ¡vive Dios!... muy pronto
yo haré, Rodrigo, que tengan
sus detestables engaños
el escarmiento en la hoguera.
Al decir estas palabras,
acercándose á la puerta,
que á la casa de la bruja
entrada permite estrecha,
un rumor se oyó cercano
que á los dos suspensos deja,
y después entre las sombras
vários bultos se presentan
de personas que pausadas
y con sigilo se acercan.
Ya están aquí,—Don Alonso
prorumpió,—son ellos: tú entra,
que el hacer lo convenido
á mi cargo, Robles, queda.
Llamó á la puerta Rodrigo,
y Don Alonso Fonseca
con los nuevos auxiliares
que para su plan apresta
en un recodo cercano
de la calle con cautela
se oculta, mientras la bruja
Claudia, para ver quién era,
abre la ventana y saca

con timidez la cabeza.
Le habló Robles.... ella al punto
le reconoce, y la puerta
bajando á abrirle, después
detrás de los dos se cierra.

— —

En una sala sombría
desmantelada y pequeña
con el pavimento roto
y con las paredes negras,
donde una lámpara sola
de escasa luz y mugrienta
del techo pende y alumbra
aquella morada estrecha,
que más que civil albergue
parece fúnebre cueva,
donde dos estantes viejos
tres sitiales y una mesa
con libros, tubos, compases,
globos, cuadrantes y esferas
forman un revuelto cuadro
de una traza rara y nueva,
la astuta Claudia á Rodrigo
introduce: con atenta
y afectuosa voz le habla,
de la visita se alegra,
y después de arrellanarse
en su sitial de baqueta,
vaya—dice:—el escudero
con bien á mi casa venga
á celebrar tan extraña
y original conferencia.
Sí, madre—repuso al punto
Robles, que grave se asienta
delante de Claudia—vamos,
aquí me teneis: ya es fuerza
que hablemos claros: al grano:
no me vengais con pamemas....
Ay Jesus! que mal picaño

es el mozo—con llaneza
alegre exclamó la bruja—
Qué humos le suben...! ¡pluguiera
á Dios vivo que tu pecho
al recordar esta deuda,
como yo voy á pagarla
él supiera agradecerla.—
Por qué nó? voto á cien moros!—
interrumpió con viveza
el mancebo—¿quién lo duda
cuando soy vuestra alma mesma?
Dejémonos de melindres,
madre querida: ya es esta
la ocasion que procuramos....
sepa yo, pues, sin reserva
los escondidos secretos
de tu prodigiosa ciencia.
Obligada está mi bruja
á cumplir hoy la promesa,
que benévola me hizo
de su buen afecto en prueba.
Vamos: hablad sin rodeos,
satisfaced mi impaciencia,
que á la par de mi cariño
la curiosidad lo anhela.—
Ingrata fuera en verdad—
le contestó la hechicera—
si á tu amor, hijo, negara
tan justa correspondencia.
Desde tus más tiernos años
te conozco: con tu buena
madre me unieron los vínculos
de la amistad más sincera....
y así en acceder no dudo,
Rodrigo, á lo que deseas.—
En esta ocasion la bruja
olvidóse de sus tretas,
y de buena fé su historia
refirió de esta manera:

Yo, buen Rodrigo, nací
en la villa de Bribiesca,
como sabes, por los años
de mil trescientos y treinta,
de manera, que contando
desde aquella larga fecha,
podrás comprender que ya
tengo más de los setenta.
Mis padres, cristianos viejos
y de honrada cuna eran,
tan ricos en hidalguía
como pobres en hacienda:
así fué, que dominados
por su estrechez y miseria,
me sacaron de su casa
y me pusieron á espensas
de un tio clérigo que tuvo
en Búrgos la residencia,
hombre superior, dotado
de muy singulares prendas....
físico, químico, astrónomo,
sujeto de vida austera,
con sus visos de adivino
y sus puntas de poeta.
Era viejo, taciturno,
pasaba la noche entera
hirviendo negras misturas
ó coordinando recetas
en latin ó haciendo cábalas
con números y con péndolas
ó formando en pergaminos
líneas oblícuas y rectas,
al arder en su brasero
el fuego que entre pavesas
con la sangre se nutria
de buitres y de culebras.
Luego en libros empolvados
repasaba otras materias,
y exhibia las historias,

y las hazañas diversas
de los héroes, ó estudiando
los combatidos sistemas
del cielo se remontaba
con su vuelo á las estrellas,
ó como jurisconsulto
monógrafo daba treguas
á este análisis, y via
las ocultas contingencias
de los hechizos, notando
los trámites y maneras
de conjurar á los silfos
y otras diabólicas sectas.
Así activo fatigábase
en su nocturna tarea
hasta que el gallo cantaba,
á cuya voz con violencia
se apagaba su brasero,
sellábanse las botellas,
los círculos se borraban,
y al hundirse las calderas
el docto laboratorio
quedaba todo en tinieblas.—
Al oir tales portentos
frunció Rodrigo las cejas
como quien se admira ó duda,
y al notarlo la hechicera
continuó de este modo:—
Sí, Robles, yo de su puerta
por la cerradura ví
más de nna vez las escenas
que te refiero, y las gentes
de Búrgos á comprenderlas
llegaron tambien, sirviendo
estos hechos de materia
á sus fábulas; mas nunca,
si he de hablarte con franqueza,
ví que el doctor nigromántico
el bronce trocara en cera,

ni que hablase con el diablo
en plática reverenda,
ni que evocara vestiglos,
ni que muertos consiguiera
resucitar.... que estas cosas
eran sin duda quimeras
de la plebe, que ignorante
en tales milagros sueña.
Así viví muchos años,
hasta que la parca fiera
que no respeta conjuros,
horóscopos ni influencia
de los astros (que en el mundo
suelen pasar por blasfemias)
arrebató á mi buen tio
de esta mansion á la eterna.
Quedé aislada, pobre y triste,
sin contar con más riqueza
que los libros é instrumentos
que al difunto le sirvieran
en vida. Yo no tenía
persona que me pudiera
amparar, ni los recursos
de otras caducas solteras,
y sin padres y sin deudos
que utilizar, me era fuerza
buscar de vivir el modo,
y entónces me hice hechicera.
Yo nunca supe de encantos,
ni jamás tuve la idea
de ser maga; pero al cabo
el estudio y la frecuencia
de leer estos libros hizo
que *me enseñaran sus letras*
sino el modo de ser bruja
la traza de parecerla.
Desde entónces mis palabras
fueron escasas y huecas,
mis anuncios misteriosos,

várias las estratagemas
que inventé para saber
lo que á mis planes cumpliera.
Los premios y los disgustos,
las alabanzas y ofensas
que del pueblo he recibido
á un tiempo mismo quisiera
poderte decir, mas es
relacion muy larga esa.
Basta saber á tu ingénio,
que en medio de las adversas
suertes que corrí en Castilla,
tuve, amigo, suficiencia
para adquirir el renombre
que hoy el público respeta
en mí, aunque en tales farsas
frecuentemente suceda
que por evitar un daño
otro mayor acontezca. —
¿Y de la muerte del Duque? —
preguntó con impaciencia
Redrigo, — ¿qué me dices?
¿Quién el causante fué de ella? —
Su destino, y la desgracia
de que á esta casa viniera,
que aquí de su honor halló
el agravio sin defensa, —
dijo la bruja: — y al punto
por la vecina escalera,
se escuchó rumor de armas
y de gente que se acerca.
Don Alonso fué el primero
que abrió de golpe la puerta,
y ante la hechicera y Robles
con sus guardas se presenta. —
Tus palabras escuchamos,
fatal mujer, — con voz récia
gritó Fonseca: — muy pronto,
sin que te valga esa ciencia,

de tus negras imposturas
á un tribunal darás cuenta.
El más horrible castigo
á tus crímenes espera,
y he de gozar ¡vive Dios!
en verte arder en la hoguera!—
De su asiento alzóse Robles
con simulada apariencia,
y quedó la triste Cláudia
desolada, muda y yerta.
Entre soldados después
salió maniatada y presa,
dejando tranquila y sola
la tenebrosa vivienda.

VI.

Esos son sus sortilegios,
esos sus conjuros son.

De hombres, armas y caballos,
en tumulto y confusion,
lleno el campo de *Cardeña*
á pocos meses se vió,
sitio que en Búrgos estaba
muy cerca del *Espolon*,
y que después el Arlanza
con su corriente inundó.
El pueblo se aglomeraba
de una hoguera en derredor,
que arder principiaba apénas
con harta leña en monton.
Confusa la plebe, inquieta,
con alarmante rumor
espera la triste hora
de la santa ejecucion:
y oyendo al fin la campana
en el vecino reló
de la catedral, al punto

curiosa se apercibió:
y en su natural anhelo
de impaciencia se fijó
en las puertas de la corte
la general atencion.
Por ellas la comitiva
á poco tiempo asomó
de dobles filas formada,
con destemplado atambor,
con ministros de justicia,
frailes, chusma y un pregon
que la sentencia decia
en muy lastimera voz;
y entre este concurso al cabo
á Cláudia se descubrió,
cabalgando en un jumento,
y cubierta de un ropon
negro y jalde que en la cárcel
el verdugo le vistió,
triste, exánime, sombría,
sin aliento ni color,
tan débil y desmayada,
tan llena de turbacion,
que apénas para moverse
tiene la pobre vigor.
En su inhumano deseo
el pueblo la contempló
con un sentimiento vário
de lástima y de terror.
Vióla llegar á la hoguera,
pedir á todos perdon,
despedirse de los frailes,
estremecerse de horror,
y por su arrugado rostro,
cárdeno y siniestro vió
correr el amargo llanto
de su angustioso dolor;
pero lo que al vulgo todo
de admiracion le llenó,

segun es fama, y lo dice
la más comun tradicion,
fué que aquella vieja débil
de congoja y torcedor
llena al parecer, al verse
cerca del suplicio atroz,
al sentir de aquella hoguera
el fatídico calor,
ella misma vigorosa
á las llamas se lanzó,
tomando su fiero rostro
tan diabólica expresion,
tan sardónica sonrisa,
alegría tan feroz,
visajes tan espantosos,
sin ayes ni contraccion,
y una calma tan horrible,
que no parece sinó,
que aquella vieja maldita
en su elemento se hundió.
Ella al cabo de las llamas
y del humo entre el turbion
dejó de verse, y al cielo
ó al negro infierno pasó:
y después de algunas horas
de sorpresa y confusion,
en que cada cual el caso
á su gusto comentó,
se vió apagada la hoguera
entre ceniza y carbon.

— —

Disipábase ya el pueblo
penetrado de terror,
dejando desierto el sitio
que juzga de maldicion,
cuando Don Alonso en él
con Robles se presentó:
miró la hoguera con calma,
y simulando el pavor

que le inspiraba á su pecho
el apagado monton, —
«Robles, — dijo en voz pausada: —
mi venganza se cumplió....
¿Dónde ha estado de la bruja
hoy la ciencia? ¡vive Dios!
¿Por qué de mis asechanzas
con ella no se libró?
Así, Rodrigo, seduce
la vana supersticion,
avasalla la ignorancia,
y precipita el error....
Mira esas cenizas frias;
ya la hechicera acabo....
esos son sus sortilegios,
esos sus conjuros son.

J. Guillen Buzarán.

Madrid y Diciembre de 1858.

ESTUDIOS COLONIALES. [1]

IV.

De mis diferentes ideas ántes y después de haber visitado la gran Isla de Cuba.

Cómo el criterio económico siguió sobreponiéndose al del órden social é interior de este pueblo. — Mi participacion en los cálculos del primero ántes de pisar su suelo, y mi desengaño á poco de haber llegado al mismo. — Mis fluctuaciones para revelarlo á mi vuelta á la Metrópoli. — Consideraciones que me decidieron á manifestarlo por la prensa, y disgustos que esto me produjo. — Nuevo sentimiento nacional que preceptuó á poco mi silencio. — Móviles no ménos puros que hoy me alientan para publicar estos trabajos. — Su plan y su principal objeto. — Los Estados-Unidos. — Mis mejores esperanzas ó mi más triste propósito.

Apartada la Isla de Cuba desde 1826, más especialmente, de aquellos derroteros peligrosos de los ya abatidos partidos de su época revolucionaria de 1820 á 1823, para ser lanzada por la diestra mano de un Conde de Villanueva, continuador de las buenas doctrinas de los Valientes y Ramirez en el mar bonancible de la produccion y con el próspero viento de su libertad mercantil; este pueblo, tanto se engolfó por los piélagos de la abundancia y de su riqueza mercantil, que ya desde esta época no hubo otra preocupacion para la Península que su rápida prosperidad, y el contemplarlo sólo económicamente por el curso de su progreso, segun el guarismo de sus aduanas. No era juzgado bajo otro aspecto cuando yo llegué por primera vez á sus playas, sin otro objeto que el de estudiar concienzudamente sus circunstancias, su sociedad y sus adelantos, siendo tal vez, por este especial destino, de los pocos peninsulares que hayan podido llegar á sus costas sin un fin comercial ó como empleado público (2). La injusticia de nuestros bandos políticos me hubo de

(1) Véase el núm. 70 de esta REVISTA.

(2) El robado ántes de tiempo á la pátria y á las letras, el gran erudito y concienzudo literato, D. Eustaquio Fernandez de Navarrete, nieto del historiador de este nombre, y autor la obra inédita de la *Literatura Española*, me consagró un inmerecido

pautar este rumbo, y yo lo acepté con todo el entusiasmo de los pocos años y el bello ideal de seguir mis trabajos y servicios en favor de una pátria á la que ya habia consagrado, desde mi primera juventud, en los campos de su última guerra, hasta el ardor voluntario de un patriótico entusiasmo. Pues bien: cuando yo llegué á esta privilegiada tierra en 1846, ya las naves de los dos mundos la saludaban, y á pesar de que cada dia se iba extendiendo más su fama por las naciones extrañas, más se ignoraba en nuestra pátria todo lo que no era la manifestacion de su balanza mercantil, como lo prueba que los propios Ministros hubieron de manifestarlo así dos años después enmedio de los Cuerpos legisladores, diciendo con indisculpable candidez uno de ellos (1): «que no conocian aquella localidad, y que tenian que valerse de los pocos que la hubieran visitado.» Y en vano habian tenido ya lugar en esta española provincia los sucesos políticos de Lorenzo en 1836, y la crísis, no ménos política, que dejaran aquellos, aumentada más que disminuida por el personal carácter y poca mañosidad del Sr. General Tacon. Sobreponiéndose así este gran movimiento comercial á las mal apagadas cenizas de aquellos ódios y partidos, nuestros hombres de Estado no daban señales de vida sino para celebrar esta opulencia, sin parar mientes en el órden moral y político del país en que tal prosperidad se destacaba. Pero yo bien pronto advertí las soterradas chispas de este oculto fuego, de este mal espíritu público, cuando al pisar su suelo intenté sondear el interior de sus habitantes, insulares y peninsulares, las ideas, el carácter y las propensiones todas de aquella apartada sociedad y de sus diferentes clases. La sorpresa que esto me produjo y los móviles patrióticos que á revelarla me impulsaron tan luego como á los tres años torné á la madre pátria, dando la voz de *alerta* sobre sucesos que á poco tuvieron lugar con la invasion pirática de Lopez; todo esto lo van

---

tributo de su musa cuando á Cuba partí con tan ilustrado objeto. (Véase al final el Documento núm. 1.º). De los periódicos de Europa pasó á los de América este *adios* cariñoso de mi inteligente amigo y en los de la Habana encontró tambien su eco, como puede verse en el *Faro industrial* de aquella época, perteneciente al 9 de Agosto de 1846. Pues en estos tan clásicos como sentidos versos aparece tal depósito de confianza sobre el resultado de mis personales tareas, que desde entónces he considerado tambien, cual una carga, no satisfacer como hoy pensamos hacerlo en estos estudios, el fruto, aunque pobre, de aquella esperanza.

(1) El Sr. Ministro de Hacienda, Mon, en una de las sesiones del mes de Marzo de 1849.

á ver mis lectores, copiando á continuacion algunos párrafos de mis escritos en 1850.

«Es de mucho interes, decia, llamar la atencion de todos sobre este rico país, siquiera por lo que él vale y lo que podemos perder con él, si el derecho y la justicia pudiéramos desconocerlos para los que son allí nuestros hermanos, por más que algunos en estos tiempos renieguen de su nacionalidad y á los extranjeros la vendan. Es ya, por lo tanto, indispensable ocuparnos de sus necesidades y de su órden interior. Tal vez de su presentacion y estudio se deduzcan los males que en sí esconde y los peligros que le aguardan, si la opinion y el Gobierno no se fijan ya sobre los primeros, y no se adelantan á conjurar los segundos. Sobre estos últimos, nos cuesta cierta pena decirlo, pero no debemos por más tiempo ocultarlo. *Pasaron ya los tiempos de nuestra quieta y pacífica posesion sobre esta gran Antilla. Su conservacion principia á mostrarse cada dia más y más cuidadosa, y acabará por sernos muy trabajosa mañana.* Sus enemigos externos comienzan á ser tanto más temibles, cuanto que no comprometiéndose por ahora en una lucha material y de fuerza, lo esperan todo del porvenir, y usan de otra clase de conquista, tanto más segura é indefendible cuanto que no es vista ni palpable. Nos referimos á la comunicacion, cada dia mayor, de sus intereses materiales con los de Cuba, á la propaganda de los morales, y á ese sistema paulatino, pero contínuo é inteligente, de la raza anglo-sajona. No se le ocultó este porvenir al gran Conde de Aranda, cuando en otro pasaje de su dictámen citado, así decia: «Engrandecida dicha Potencia anglo-americana, debemos creer que sus primeras miras se dirigirán á la posesion entera de las Floridas para dominar el seno mejicano.» Ya hemos visto el cumplimiento de este pronóstico: ¿y la experiencia no nos hará más cautos para el porvenir?

»Para colmo de desgracia, á la invasion de estas influencias extrañas, nosotros los poseedores hemos mermado las propias, y miéntras más ensanchan los extranjeros sus particulares intereses y sus afecciones bastardas, más robamos á aquel país, con nuestra conducta moderna y rara, las nobles y puras que nuestros padres mantenian con sus hijos en situacion más tranquila, las naturales y antiguas de una familia misma; más relajamos, por último, los lazos que constituyen la nacionalidad y la fuerza. En tan sensible estado de cosas, deber es de un buen patricio indicar las causales

que á este punto nos han traido, y pedir se opongan á semejantes influencias otras influencias; á estas calculadas afecciones, un espíritu generoso y nacional; á los deseos norte-americanos, los buenos sentimientos españoles; á las quejas, el consuelo y la justicia; y á las exigencias, por último, *el remedio de los abusos, el planteamiento de un sistema y el bien de una administracion.* Entónces, cuando este país no esté, como hoy, cási separado de la comunidad y del espíritu español, embotará con un sentimiento nacional y propio el que traten de infundirle aquellos republicanos en sus tratos y relaciones, y hasta en sus invasiones armadas, si un dia se llegase á olvidar el derecho santo de las naciones. Entónces no deseará otra organizacion ni otras leyes que las que debe recibir con prevision ilustrada de la nacion española. ¿Y cómo no se conocen, por qué no se aprecian más estas conclusiones por los hombres que están llamados á regir los destinos de nuestra amada pátria? Vamos á decirlo.

»La isla de Cuba se atavía de pocos años á esta parte con el manto deslumbrador de una riqueza tan improvisada como acumulada en su capital y en algun otro punto de su extenso litoral, y no parece sino que desde esta época ha huido de su suelo todo estudio moral, toda observacion profunda; y sus jefes, y su administradores, y sus empleados, únicos peninsulares que han podido estudiarla y conocerla al ejercitar en ella sus destinos, todos tornan á la madre pátria cantando en coro los dos principales móviles de su dicha.... *su legislacion paternal, la riqueza de su balanza mercantil* (1). Nosotros participamos un dia de las gratas

(1) Ocho años después que yo esto escribiera sobre los empleados, me amplió más en esta idea un elegante escritor peninsular que estuvo otros tantos como publicista al frente del *Diario de la Marina* en la Habana, y haciéndose cargo de este silencio en una obrita que publicó, así dice: «Ante todo hay que descartar la mera posibilidad de »que el Cuerpo de empleados, ni altos, ni bajos, venga espontáneamente á llenar el »vacío. Aparte de que, por razones cuya explicacion se verá posteriormente, son quie»nes peor colocados se hallan para adquirir el conocimiento necesario, hay otros mo»tivos, ó de delicadeza ó de cálculo, que los disuaden de poner mano á la obra. Si »alguna excepcion se citare, como, por ejemplo, las malhadadas *Memorias* del Ge»neral Concha, cuya apreciacion crítica me reservo para más adelante (en su oportu»no tiempo y lugar), hay en tales escritos una mira mal disfrazada de apoteosis per»sonal que los clasifica en una categoría de trabajos muy distinta y en extremo su»balterna. Dejando, pues, aparte esa especie de oraciones *pro domo sua*, no recuerdo »ni siquiera un conato serio encaminado á plantear y resolver el problema en su sen»tido lato y elevado.» *Cuba en* 1858, por Dionisio Alcalá Galiano, p. 7.

impresiones de semejantes relatos: nosotros oimos tambien ponderar muchas veces su ventura en medio de los Cuerpos colegisladores (1); nosotros repasamos entónces cálculos los más placenteros en los trabajos de los hombres que se daban por entendidos en la riqueza y régimen de estos pueblos, y nuestro entusiasmo como español y nuestra efusion como hermanos de los que tanta prosperidad reportaban, ilusionaban nuestro orgullo nacional y satisfacian á la vez la espansion de nuestros sentimientos. ¡Corto tiempo nos concedió la suerte abrigar por completo estas ideas! El destino á poco permitió que pisásemos su suelo; y hoy, cuando ya lo hemos recorrido, y averiguado el orígen de su moderna opulencia cerca de las causas, de los hombres y las cosas que han podido producirla; cuando hemos procurado comprobar su prosperidad, no sólo en las capitales y en los pueblos, sino en los hogares de sus propios campos; cuando hemos observado de contínuo y de contínuo escuchado, estudiado, meditado y escrito; cuando al cabo nos hemos acercado más á esta estátua decorada, y hemos querido escudriñar la realidad hasta en su interior, muy pronto llegamos á advertir la deformidad del esqueleto que sostiene el manto fascinador de su riqueza y de su dicha; muy pronto hemos cedido cási aterrados ante el penoso espectáculo de los males que en sí esconde, tan sensibles á los que los sufren callados por conviccion ú hábito, como interes tienen en ocultarlos, quienes ganan más en pregonar prosperidad y órden, que en reformar abusos y violencias. Y no por cierto declamamos: que tales son nuestras convicciones ante la sociedad que perturba más y más sus leyes de poblacion con la diversidad de razas que introduce (2) sin ningun colonizador sistema; que tal es nuestro juicio ante la isla que ostenta una plétora de vida y movimiento en vários de sus puertos, para ofrecer la inamovilidad y la muerte en la mayor parte de sus campos; que así pensamos ante el país que conquista el monopolio de ciertos productos para entregarse á una triste eventualidad, provocando de este modo las crísis comerciales que acaba de sufrir (3) y las nuevas que le amenazan; que así

(1) Cuando se discutia la ley sobre la trata, siendo Ministro el Sr. Martinez de la Rosa.

(2) En su lugar expondrémos los males que han resultado de traer ciertos Asiáticos, y en pensar en todo, ménos que en una buena y entendida colonizacion.

(3) El huracan de 1844 causó 1 000 cajas ménos en la exportacion del azúcar. El de 1846 otra cási igual: y los acontecimientos de Europa de 1858 le produjeron un

lo afirmamos en lo gubernativo por los efectos de una administracion que no conoce en sus providencias más que las necesidades de la capital gigante donde se encastilla, haciéndolas extensivas á los diferentes miembros de su cuerpo, tan distintos en su organizacion, costumbres y riqueza, como es deforme su cabeza; por el vacío que advertimos en sus intereses provinciales respecto á la institucion de los cuerpos que fomentarlos debieran, y por los recuerdos vetustos, las innovaciones parciales y las grandes anomalías que se notan en sus cuerpos municipales. ¿Y en la administracion de justicia? El exceso de las antiguas y modernas leyes que en confusa mezcla le ofrecen una legislacion particular, invocando el nombre de la de Indias; la multitud de tribunales aforados que aumentan la úlcera de su afamado foro, ese poder de las fórmulas, tan santas en todas partes para la inocencia, y tan funestas allí por sus corruptelas para la mala fe de los unos, la avaricia de los otros, la arbitrariedad de éstos y el favoritismo de aquellos. Respecto á la alta administracion ó á la gobernacion política, en vano es que como hombres de gobierno buscásemos en su interior ese influjo civil, ese prestigio moral y santo de que necesitan estar revestidos los funcionarios públicos: entre sus mandos y sus poderes revueltos, sólo se encontrarán más altos los instintos personales de sus gobernadores mudables y más extraños aún al régimen interior de los pueblos.

. . . . . .

»¡Y cuán várias, cuán opuestas, cuán ingratas y profundas son las ideas de que participamos, desde que recibimos sobre su suelo este cruel desengaño! Por una parte, sentimos manifestar ahora nuestro desvanecimiento, alimentando por unos y otros pasiones mal apagadas, llamas dolorosas que lo alumbran todo ménos la razon. Por otra, contemplamos toda la intensidad de ciertos males, teniendo motivos para creer, que su aumento en estos últimos años ha ido en proporcion de un criminal silencio.

»Confesamos que hemos fluctuado entre estos temores y deseos, y que nos ha sacado de tal incertidumbre, la conviccion de que la España ignora en general el interior de este país; siendo muy sensible tener que acusar á la madre, por lo que han dejado de hacer,

---

déficit de 3.660.640, comparado con el año comun del anterior cuatrienio; y de 6.405.359, atendido el anterior. ¡Tan eventual es su ponderada riqueza!

revelar ó pedir algunos de sus más autorizados hijos. ¿Y cuál sería el efecto de seguir por más tiempo este profundo silencio sobre el órden moral y político de esta Isla? Su peor espíritu público: el que llegue un dia que la Metrópoli no pueda contar con él, sino con la fuerza de sus armas, y no con la voluntad de sus hijos, la fuerza moral de la opinion y el espíritu nacional de sus habitantes. Nosotros, pues, arrostrando tal vez la intolerancia de los que nos creerán ó imprudentes ó cándidos en demasía, porque así vayamos á poner de manifiesto la apreciacion moral de todo un pueblo, creemos, por el contrario, en bien de un españolismo verdadero, turbar la tranquilidad del deudo exponiéndole la verdadera situacion del paciente para mejor salvarlo, y nos proponemos ver si la isla de Cuba es hoy tan feliz, social, política y administrativamente considerada, como en la parte material de su riqueza; y si, en el estado en que se encuentra, no le resta que hacer más al Gobierno español para no perpetuar su disgusto, y alejar, por el contrario, todo pretexto que contribuya á enagenarse la buena voluntad de sus hijos y la preciosa proteccion de su nombre. A la opinion de nuestra pátria, á sus Cortes, á la discrecion de su Gobierno presentarémos el estado real en que esta isla se encuentra, diseñado, no como hasta aquí, segun los hombres y las cosas de su capital la Habana, sino cual aparece juzgado por la prolija inspeccion que le hemos hecho del uno al otro de sus cabos.

»Algunos varones insignes la han dado ya á reconocer de un modo científico ó de una manera estadística. Personas más ó ménos conocedoras de su suelo han secundado después sus huellas sobre esta ó la otra cuestion de sus necesidades interiores. Nádie, sin embargo, que sepamos, se ha dedicado hasta el dia al estudio y á la revelacion de su conjunto, á la apreciacion de las leyes que componen su sociedad, su gobernacion interior, el vacío de su administracion y el juicio de las disposiciones en que descansa la existencia de un pueblo culto y civilizado. Por lo tanto, si nosotros, al pretender hacerlo, distamos mucho de la capacidad que estas tareas necesitan, válganos al ménos el ser solos y que vamos á caminar los primeros por este terreno tan vírgen como áspero, sin otro guia que nuestro buen deseo y el gran faro de nuestro entusiasmo español. Sí: bastante se ha juzgado ya á la isla de Cuba por la balanza de su movimiento mercantil: justo es tambien justipreciarla en la no ménos fiel de las condiciones de su existencia

social, á las que deben servir como de base los principios constitutivos de la justicia, de la razon y de una mútua conveniencia.»

Pues para conseguir estos fines, ó para intentarlo siquiera, fundé por esta época en la Corte la publicacion de que acabo de exhumar los anteriores párrafos, publicacion que titulé *Revista de España y sus provincias de Ultramar* (1), y en la que tuve la colaboracion de patricios y publicistas tan respetables como D. Manuel Colmeiro, catedrático de la Universidad Central; D. Augusto Ulloa, después Ministro; D. Antolin Esperon y D. Joaquin García de Gregorio; y la de literatos como D. Eustaquio Fernandez Navarrete, D. Andrés Abelino de Orihuela y D. Joaquin María Bober; en cuyo prospecto, después de exponer lo oportuno que me parecia aprovechar la calma que por entónces ofrecian nuestros partidos políticos para echar una mirada nacional más allá de nuestras costas, así me expresaba, por cuyos conceptos se verá la fijeza de mis ideas hace ya veintiun años.

«En estos dias, en este tiempo de quietud en nuestras agitaciones públicas, emprendemos la publicacion de esta *Revista* con el objeto de aprovechar este reposo y esta tranquilidad, discutiendo y dilucidando los altos principios de las ciencias políticas y económicas, sin las pasiones que irritan ni las personalidades que cansan, como sucede á veces sin querer en la prensa periódica. Y nosotros al ménos, á costa de arroyos de sangre, de desolacion y desdichas, hemos conquistado un sistema, y aunque entre sensibles pruebas, poseemos al fin el eco de una prensa y la esperanza de una tribuna. Pero ¿qué es de nuestro estado exterior? ¿Cuál es el político y social de esos otros pueblos que componen nuestra distante nacionalidad?

»Distraidos hasta aquí con nuestros enconos y banderías, en vano hubiera sido preguntar cuál es la importancia de nuestras provincias ultramarinas, cuál el régimen interino, cuál el espíritu público que alcanzan después de la muerte del último Monarca, después de nuestra regeneracion política; de estos pueblos, que forman una parte tan esencial de nuestra pátria, y de los que nos separan, no la sangre, no la religion y la lengua, sino siempre el

(1) Salia esta publicacion dos veces al mes en 48 páginas, divididas en las materias siguientes: Ciencias políticas y administrativas.—Idem económicas y sociales.—Viajes, costumbres y literatura. En los periódicos de aquel tiempo se encuentra la opinion honrosa que mereció á la prensa sin distincion de partidos.

mar y sus distancias, y hoy tal vez, además, una conducta inconsecuente y rara. Mas si hasta aquí no hemos podido fijar los ojos fuera cuando la guerra y los partidos los absorbian dentro, deber es ya de todos derramar la vista más allá de nuestras costas para reposarla en las provincias ultramarinas que la Nacion posee, restos grandiosos de su antigua corona de ámbos mundos. Aún las conserva grandes, privilegiadas é importantes en las diversas partes del globo. Todavía ondea el pabellon de sus armas sobre las más remotas costas del Asia; todavía surcan sus buques al frente de sus propios muros en las playas africanas; todavía tremola su bandera sobre la reina de todas las Antillas, su envidiada isla de Cuba. ¿Y no es tiempo ya de dar al olvido estériles proyectos, y de reconstruir con tan valiosos despojos el respetable edificio de una nueva nacionalidad, si no de una altura tan colosal como la del pasado, de condiciones más estables, y si no de un aspecto tan guerrero y tan sombrío, de otro más conforme á los tiempos, á nuestra riqueza y á nuestras circunstancias? Poco importa que no invoquemos, como otras veces, nuestra *omnipresencia* en cuantas tierras iluminaba el astro del dia: tengamos, en cambio, más vida por la *marina* y más gobierno por la *administracion*. No importa que no nos quedemos ya como adormidos con el peso de tantas coronas y de reinos tantos: tampoco merecerémos á otros Montesquieus que nos comparen á los Turcos, á cuyo pueblo hemos imitado hasta aquí en el más profundo quietismo de nuestros cálculos políticos Y no son estas cuestiones de partido, nó: lo son, sí, de la grandeza exterior de nuestra pátria, de su justicia, de su moralidad, de la proteccion ilustrada que ya debe tener la Metrópoli sobre estos pueblos cual las demás naciones cultas, de la perpetuidad de su influjo sobre los mismos, de su gloria, de su engrandecimiento comercial. La cuestion ultramarina debe ser ya tan importante para España como es en Inglaterra la de su libertad mercantil; tan importante como en Francia la de su colonizacion en Argel. Es sobre la de estos dos pueblos, porque va envuelta en su resolucion la de su porvenir marítimo, ese elemento que le dió y al que la llama la Providencia; ese poder de los mares, que será tal vez en adelante la única fuerza de las naciones; ese poderío de las escuadras nacional y mercante, cuyo fecundo resultado nunca podrán suplirlo los escuadrones más aguerridos, ni esas legiones de hombres, que no por poseer la mejor táctica para los campos, dejan de ser para

los pueblos los ménos productivos y los más destructores. ¿Y qué súbdito, qué patricio, qué Senador, qué Diputado dejará de concurrir á esta arena tan patriótica, tan nacional y tan noble?»

¡Hé aquí el fondo y las notas que sobre Cuba escribia hace ya veintiun años! Tan patrióticos y puros eran entónces, como siempre, mis deseos porque España fijara una mirada escrutadora sobre su órden interior, á fin de que no fuera sorprendida, como desgraciadamente lo fué de allí á poco, por la invasion de Lopez, y ya hace dos años por el antipatriótico grito de Yara entre las fascinadoras manifestaciones de su prosperidad material. Mas apénas esta publicacion comenzó á desarrollar para Cuba la necesidad de un sistema de gobierno, ya fuera el antiguo ó el nuevo, pero sistema al fin; apénas principió á abogar, no por una organizacion política que por entónces no era dable pronunciar, sino por otra más civil; no por una libertad de imprenta, sino por una censura legal y no el criterio del capricho; apénas aconsejó una ley y una organizacion judicial como en España, y una representacion justa como lazo de hermandad, atendidos aquellos elementos peninsulares é insulares, que no eran los exóticos de otros países; apénas pidió, por último, la condenacion de ciertos abusos, cuando los interesados en que estos siguieran como decia á Numa la divinidad de Anaix (1); al punto estos la prejuzgaron con tendencias á favocer el espíritu anti-español de aquellos habitantes, cuando precisamente por aquel tiempo y por esta publicacion misma se defendia palmo á palmo el derecho santo de la pátria, ya contra la anexion ó venta de aquella parte del territorio á la República americana, ya levantando muy alto nuestra bandera en la cuestion internacional del Perú sostenida con tanta dignidad como lógica por nuestro entendido compañero el Sr. Colmeiro en sus célebres artículos, *La España y el Perú*, *y los prisioneros de Contoy*. Yo mismo, apénas supe por aquellos dias (19 de Setiembre de 1850) que se formaban en los Estados Unidos dos divisiones con las que Lopez y Garibaldi habian de invadir la Isla,

(1) «Cuando he hablado de corregir vários abusos me han dicho *que eran necesarios y que de su supresion resultarian males mucho mayores*. Por otra parte aquellos que podrian coadyuvarme á hacer el bien, tienen el interes en que el mal subsista.»—Florian.

Desde entónces acá, la administracion de justicia es lo que ha mejorado más. Me hago el deber de confesarlo aquí.

cuando me apresuré á protestar en sus páginas de mi culto por la española nacionalidad, y hé aquí lo que estampé en ellas: «Nosotros lo proclamamos muy alto: serémos los primeros en pedir un »dia y otro dia al Gobierno de S. M. que fije ya muy detenidamente su vista sobre nuestras posesiones de Ultramar, é instaré»mos porque lo haga más particularmente sobre la opinion y las »mejoras que puedan y deban hacerse á favor del órden interior »de la Isla de Cuba, como el mejor medio de conjurar esas inva»siones de que se pretende hacerla blanco por su particular ri»queza. Pero si nosotros proclamamos este propósito con toda la »constancia de nuestro convencimiento, con todo el interes de una »nacionalidad que adoramos; por estos propios móviles, por estos »motivos tan justos, apoyarémos con igual fuerza el principio de »nuestra autoridad y gobierno siempre que se trate de combatirlos »allí con la *fuerza*, y con esa fuerza de una guerra que es tolerada, »cuando no favorecida, por una nacion amiga y de las que más »han proclamado á la faz del mundo los principios absolutos de »la moralidad pública. En esta parte, los propios hijos del país, »su mayoría reflexiva y sensata, su mayoría española y moderada, »estará con nosotros. Ellos no podrán ménos de reconocer, *que si »de pelear se trata, y lo que es más ignominioso aún de anexion »ó venta*; en este caso, en vano es pedir leyes y reformas, si sólo »se quiere someter á una contienda armada lo que debia resolver »la opinion, la necesidad y el derecho. En este caso, repetimos, »el provocador puede aceptar la situacion, *pero debe esperar des»pués todas sus consecuencias*.... ¡Triste y desgraciado país que »á tales pruebas se sometа!»

¡Han corrido veintiun años y mis juicios proféticos se han cumplido! No han podido ser más tristes, ni más desconsoladoras sus consecuencias, cuando como hoy no han querido los cegados hijos de esta Isla sino someter á una bárbara lucha, que ya lleva dos años, la existencia de un pueblo, que cada dia se hace más mísera y sangrienta. Nó: no por la virtud y el derecho se están hoy esterilizando sus campos, está retrocediendo su cultura y se están despedazando sus familias. El despecho y la ira, el ódio y el rencor así lo han querido; que no la abnegacion de un General Dulce, cuando los convidó con el derecho y el ramo de la oliva. Hoy, pues, horrorizan ya aquellas *consecuencias*, que hace veintiun años yo preveia, y que he copiado.

Pero si los unos no tomaron en cuenta mis lúgubres pronósticos, no por eso creyeron los otros de mejor fé la lealtad de mis deseos, é inútil fué que en todas las demás cuestiones de su organizacion social fuése ménos mesurado y prudente (1). A pesar de todo, mi *Revista* fué prohibida en Cuba por el Sr. General que allí entónces mandaba, y por creerla sin duda perjudicial á aquellos habitantes, cuando precisamente mi españolismo (tal vez con error), creia hacer entre los mismos el bien de esperanzar á los *descreidos* y calmar á los *desesperados* de toda mejora pátria. Es verdad que este propio Sr. General me repitió en sus célebres *Memorias*, tres años después y en su pág. 407, hablando de la propia prosperidad cubana, con estas palabras: «Y esa prosperidad, por últi»mo, considerada como una prueba absoluta de bien estar social »y de buena administracion, es la razon máxima que se opone *á »todo pensamiento de mejora, á toda idea de satisfacer necesidades »no atendidas, de destruir errores y abusos envejecidos*, etc....» Es verdad que sus amigos no tenian otras armas para defenderlo cuando después fué objeto de discusion en el Senado su personal administracion en Cuba, sin que lo hicieran con otras que con el exceso de números que ellos suponian habia dado su mando á las arcas públicas (2). Es verdad que quien así no lo entendia era calificado de insurgente por los que habian sido los inspiradores de sus oficinas. Es verdad que cuando esta *Revista* se prohibia, como los demás periódicos y libros de la madre pátria, se dejaban correr por la propia Isla los periódicos y los libros todos de las naciones extrañas. Yo sin embargo, apénas supe que el traidor Lopez habia vuelto á poner allí su planta, cuando suspendí su publicacion, temeroso de debilitar por aquellos dias el principio de autoridad, en los que sólo la fuerza debia rechazar, como desgraciadamente hoy, su provocacion, miéntras no se quiera otra manifestacion del derecho que la misma fuerza. ¡Y España triunfó! Pero en vez de inquirir los móviles todos de esta insurreccion por si podia evitar ya algunos en la alcanzada paz, volviéronse á ponderar los

---

(1) Cuando en ella abordé la cuestion de la trata, así me explicaba: «Reservados y »prudentes en cuanto pudiera afectar sobre estas materias el órden y el gobierno allí »establecidos, en todo denotarémos que si somos Españoles para querer allí las refor»mas prudentes, no ambicionamos tampoco como desorganizadores, consideracion »alguna.»—La propia *Revista*, tomo I, pág. 520.

(2) Véase *El Clamor Público* de 7 de Marzo de 1859.

estados de su riqueza por el jefe y defensores, que, como hemos visto, no tenian otras razones para defender su conducta, por más que fuese muy contradictoria con los propios asertos que en tales *Memorias* se sientan, como acabo de presentarlos; y mi *Revista* fué prohibida, y su autor, andando el tiempo fué tratado, como por allí era entónces de derecho, más con la pobreza de la personalidad, que con la altura de una representacion oficial, y todo porque dicha *Revista* anticipó por tres años, en 1850, lo que tales Memorias ya copiaban en 1853. Pero no recordando aquí estas humanas debilidades (1), para seguir en la esfera de los principios y de los sucesos de un período histórico, Cuba tras los últimos del traidor Lopez que ya quedan indicados, volvió á recostarse sobre el pedestal de su *balanza mercantil*, y prosiguió en este engañoso sueño, apénas turbado en 1866 por la llegada de sus representantes para la informacion de otras necesidades que no eran las de su órden económico: pero cuando ya parecia que á la discusion y á la luz iba á suceder el obrar, un cambio de política, tan frecuente en nuestros Ministerios, vuelve á posponer esta accion, suceden grandes acontecimientos que arrancan un trono, y aprovechándose, no con gran nobleza, nuestros enemigos en Cuba de estas grandes perturbaciones de una pátria comun, sueltan allá, junto á las riberas del Yara, su hasta entónces embozado grito de independencia y separacion. Mas mis trabajos no pasan de este tristísimo límite, y dejando por lo tanto la calificacion de su conducta á un presente que tanto han ennegrecido sus consecuencias, estas páginas sólo se dirigirán á estudiar un pasado que ha podido en mucho preveerlas y evitarlas, ofrecer datos para futuras enseñanzas, é ilustrar en cuanto yo pueda las condiciones todas de este retirado país, á fin de que la luz se haga para cuando la paz santa descienda. Porque, ¿cuáles podrian ser sus resultas,

---

(1) Los que comprobarlas quieran, pueden ver mi obrita titulada, *Los Nuevos peligros de Cuba*, algunos de los que ya se han cumplido, como ha hecho notar cierto eco de la prensa pública. El propio General autor de estas Memorias ya dijo en esta última fecha y en su proemio: «Voy, pues, á explicar la situacion de Cuba en »cuanto tiene relacion con su gobierno, *porque á su mal gobierno* en ultimo resultado »se atribuyen los peligros á que se encuentra rodeada.» Pues S. E. volvió de allí á poco para mejorarlo, y ¡ojalá lo hubiera conseguido! pero el resultado fué, que yo no llegué á decir tanto con mi *Revista*, y para él quedaron las honras y los títulos, y para mi *Revista* la prohibicion, y para su autor, después, un despojo y una acusacion clandestina. ¡Cuánta dignidad y cuanta justicia!

de seguir con igual silencio y oscuridad, después de una lucha tan sangrienta, y respecto á una sociedad que tras un sacudimiento tan grande, va á ser cási renovada y cási organizada de nuevo, por las recientes disposiciones que sobre su esclavitud acaban de dársele, al fulgor del mismo tiroteo que multiplica, hace dos años, los horrores de la guerra en sus campos...? ¿No están llamados ya sus representantes para armonizar ese órden nuevo, con la Constitucion y las leyes generales de la Metrópoli que lo han creado? Pues la luz que estas páginas puedan ofrecer á los Diputados de allá y á los de acá, esa es la ofrenda, por humilde que sea, que intento presentar en los altares de España y Cuba, pues que el culto nacional de ámbas no debe ser sino uno mismo; y no otro móvil ménos digno ha vuelto á impulsar mis tareas hace años principiadas, porque creo que hemos llegado á la plenitud de los tiempos en que ha de ser abordada por la opinion para no ser pospuesta ya nuestra *cuestion colonial*, aclimatándose en la prensa y en la tribuna, como uno de los mayores bienes de nuestra regeneracion y de nuestro último estremecimiento político, desde cuyos dias la vemos como nunca representada en la primera por muchos de sus ecos, tanto en la corte como en las provincias (1). Y esto lo celebro tanto más, cuanto que ya hace veintiun años que con rubor patriótico apénas pude leer en cierta obra que se dió á la estampa en Francia, y no por un radical ó republicano, sino por un absolutista ó carlista, estas apremiantes palabras: «*Il ne faut qui aux yeux de l'Europe la cuestion coloniale de l'Espagne et son administration lointaine apparaissent plus long temps sous cett forme arrière et barbare: le temps est venu. et les circonstances pressents*» (2).

Y aparte de estas consideraciones morales y políticas, tengo presentes otras no menos honrosas á favor de la extension de estos conocimientos en nuestra pátria. Me refiero á la popular igno-

(1) Hoy en esta Corte se ocupan de ella con preferencia, *La Integridad Nacional*, *La Opinion Pública*, y no tan primordialmente, *La Epoca*, como conservadores; y como radicales, *El Universal*, *La Discusion*, *El Correo de España* y *La República Ibérica*. En las provincias tremolan esta bandera, *La Cuestion de Cuba*, *El Irurac-bat*, *El Aurreara*, *El Ideal* y otros ¡Váyase para cuando éramos solos, aunque conservadores, y no podiamos en 1850 ni nombrar siquiera para Cuba su representacion nacional.

(2) *La Reyne des Antilles*, par le V. *D'hespel D'harponville*. Su autor es además uno de los mejores panegiristas del General Tacon, y por lo tanto no puede ser más notable esta cita.

rancia que ha prevalecido hasta aquí sobre ellos, dando lugar á que ciertas individualidades, por razon de los puestos que han podido ejercer en nuestras provincias ultramarinas, vengan constituyendo como el cuerpo de sacerdotes que han debido monopolizarlos. Pero ¡qué decimos! Ha sido de antiguo tal esta ignorancia, concretándome á Cuba, que otros públicos funcionarios han llegado á desconocer hasta las más vulgares nociones de sus geográficas circunstancias (1), lo que obligó á decir á cierta comision que se nombró en 1851 por el Sr. Brabo Murillo, Presidente entónces del Consejo de Ministros, para que redactara unas bases para la creacion de un Consejo y Ministerio de Ultramar, lo siguiente: «Desde muy antiguo se viene trasmitiendo en la memoria de aque»llas gentes, y se citan con maligna complacencia, expresiones »contenidas en documentos oficiales, que revelan notable ignoran»cia de la geografía de los países y de sus costumbres sociales. »Hoy la crítica es más mordaz y se ceba hasta en los más leves »descuidos.» Otro de sus últimos mandantes, el Sr. Concha, decia tambien á este propósito en el prólogo de sus Memorias ya citadas: «No es del momento, ni á mi objeto conduce, el manifestar »ahora á qué se deba la ignorancia harto comun que en la Penín»sula se advierte sobre las cosas de Cuba.»

Mas al exponer todo esto, nada está más distante de mí que no tributar como es debido el homenaje que se merecen los varones preclaros que bajo diferentes objetivos han dado ya á conocer la gran isla de Cuba al mundo de los sabios, como Bausá, Humboldt, Auver, Lasagra, D'Orbigni, Cocteau, Bibron, Lanbeye, Poey (Don Felipe), Gundlach, Casaseca, Castro, Reinoso, Arango y Ramirez. Vazquez Queipo y Saco, Pezuela y Latorre; quienes, ya en las ciencias físicas, ya en los ramos económicos y estadísticos, como en los políticos é históricos, no han perdonado medio para reflejar

(1) En una de las secretarías de la Habana se mostraba una Real órden, donde se leia á su conclusion: «Excmo. Sr. Capitan general de la isla de la Habana.» Por ello se conoce que el que la extendió no tenía noticias más exactas sobre Cuba que lo que popularmente se cree en nuestra España, de que no hay más ciudad en la isla que la Habana, y que sus diversos habitantes y sus distintos frutos, todo ha de ser *habanero*; por más que procedan de otros pueblos y ciudades que constituyen hasta capitales distintas en sus tres departamentos diferentes.

Tambien se nos dijo allí por jefes respetables, que en tiempos del Sr. Marqués de la Torre se recibió otra *para que saliesen los dragones del Rey en persecucion de los piratas en la sonda de Campeche.*

sus conocimientos y particulares trabajos. La *historia física, esta dística y natural de Cuba*, y su *Diccionario geográfico, estadístico, histórico*, más particularmente, trabajos son, con los que sus autores, ayudados de otros colaboradores y protegidos para sus datos y recursos por las cajas del Estado y de esta provincia, han podido levantarle el monumento más imperecedero que ha de perpetuar su grandeza. Pero si por lo mismo no pueden los mios, pobres é individuales, tener alguna comparacion con tales obras, de que por otra parte se diferencian en sus distintos fines, no siendo mis nuevas noticias y observaciones locales sino como las espigas que han dejado por recoger tan grandes cultivadores, salvo en lo cosmogónico y arqueológico en que he roto el primero la valla para que otros puedan seguirme; todavía mis trabajos vienen á llenar cierto vacío, que aún se advierte, tras estas dos monumentales obras, respecto al conocimiento interior de Cuba: el de su generalizacion. Las referidas, ya sea por la gravedad científica de la una, ya por ser sólo de consulta la otra, ó por ser ámbas muy costosas, no son las más á propósito para que corran en las manos de los más, como son de necesidad para los ménos que son sábios. Mas como los primeros forman la opinion cuya ilustracion en todo lo referente á Cuba es lo que me he propuesto conseguir con la presente, de aquí que ésta tiene que ser más breve que aquellas, pero tal vez más variada y amena, no por el saber, repito, sino por la novedad de ciertos detalles, que á la multitud más interesan, y por cuyo motivo mezclamos á nuestras tareas sérias, otras que lo son ménos, como mis diarios, mis impresiones y recuerdos. Porque en estos tiempos de opinion y de instituciones representativas, son más necesarios que nunca los generales conocimientos que se refieran al variado conjunto de los diferentes pueblos que componen todavía nuestra nacionalidad, en cuanto que en nuestros tiempos, todo es diferente tambien á lo de los antiguos. En estos, la monarquía y sus familias privilegiadas que por tradicion venian desempeñando los diversos cargos del Estado, no carecian de ellos para regirlos: pero en el dia, que de la opinion pública salen los Diputados, y de éstos los Ministros; si semejantes funcionarios ú otros de sus centros oficiales carecen de estas nociones más precisas de nuestras lejanas provincias, se repetirán los tristes dias, como ha sucedido ya, de que todo un Presidente del Consejo de Ministros haya ignorado que Cuba habia estado representada en nuestras Córtes por tres

diferentes épocas, segun datos irrebatibles que obran en mi poder (1); ó que un Gobernador de los países que tuvimos llegara á exponer «que nunca se le contestaba á sus observaciones, y que si »alguna vez lo ejecutaban, estaba cierto que no lo hacía ni el Ge»neral ni el secretario, sino algun oficial, *que con su dedo no podria »señalar en el mapa dónde estaba Pansacola*;» ó que otro Gobierno no más enterado del estado interior que alcanzan nuestras Filipinas, tuviera que recibir una leccion tan razonada como digna del delegado de su representacion en aquellos países, sobre lo ilógico y poco conveniente que era ir á conquistar pueblos en Cochinchina, cuando tantos quedaban por conquistar, y tantas cosas por hacer, en aquellos mismos territorios que pertenecen ya á nuestra propia casa nacional (2).

Pues bien: este respectivo desconocimiento de las circunstancias y órden interior de cada una de nuestras provincias ultramarinas, y la confusion que en su virtud se haga por el mandante de sus diferentes elementos, de su distinta organizacion y de sus contrarios progresos para unas mismas disposiciones, puede traer para el Estado incalculables consecuencias, porque no es por cierto el elemento indio de Filipinas, ni el africano de Fernando Póo, el que puede representar Cuba y Puerto en nuestra vida política, como la Inglaterra no sostiene en Singapoore su *Self-government*, ni los Estados del Haya en la isla de Java, su sistema autonómico.

Entrando ahora en el plan de estos estudios, no sin otros motivos que por los expuestos, he precedido esta ya larga introduccion, queriendo con ella divulgar algunas nociones y principios de los pueblos coloniales en general, para venir después á tratar con especialidad de la gran Isla de Cuba; y tan procuro presentarla bajo todos sus aspectos, que principio, y me remonto hasta á su orígen y á sus curiosísimas antigüedades. Después, paso á su situacion geográfica para ponderar su importancia, sin olvidar la de su parte física, y no sólo en sus bienes y riqueza, sino tambien en sus males y rigores, como colorarios de aquella y del clima que le es natural. De este modo, familiarizado el lector en este primer tomo con cuanto á su naturaleza atañe de más bulto en su cosmogonía, arqueología, geografía, geología, zoología,

(1) De intento no consignamos su nombre, habiendo sido, por otra parte, de los más respetables.

(2) Véase al final el Documento núm. 2.°

botánica y sus producciones agrícolas; ya en el segundo entrará á conocer los componentes que entraron en la organizacion primitiva de esta sociedad cuando su conquista, y con ellos, las leyes que formaron por aquel tiempo su civilizacion, y los pasos que ha venido dando hasta nuestros dias, en su cultura social, en sus exigencias políticas y hasta en el reflejo de su literatura.

Parecerá cansado distraer en cada capítulo la atencion del lector con las notas, los documentos ó los largos comprobantes que á su final se agregan. Pero sobre ser esto indispensable para economizar prejuzgaciones injustas, sigo con este sistema el que se trazó en su afamada obra, *Delitos de infidelidad á la Pátria*, el señor Reinoso. Dista mucho la mia de los méritos literarios de este gran hablista y escritor. Pero no deja de haber prevenciones de circunstancias como las que tuvo presente en su tiempo el Sr. Reinoso, y por razones idénticas confio á los datos que presento, la verdad y el convencimiento á que no pudiera persuadir, con mis solas fuerzas.

¿Y qué títulos me podrán autorizar para esta empresa? Tal vez el haber sido el primero, que sin más fin que estudiarlas, recorrí tan lejanas tierras, desde que las descubrió Colon. El que allí me senté en la mesa del magnate, como penetré en el bohio del esclavo, y creo haber conocido, como pocos, las graduaciones todas de aquella sociedad. El que navegué por sus costas, admiré sus puertos, visité sus pueblos, subí por sus rios, descendí á sus minas y cavernas, penetré por sus bosques, ascendí á sus más grandes alturas, y llevé mis plantas del uno al otro de sus dos cabos, hasta donde por aquellos dias, ni propios ni extraños, las habian llegado á poner. Que no por estar léjos de la Metrópoli, me dediqué con ménos ardor á su servicio. Y eso que la abandoné, como llevo ya dicho, desdeñado por los que en ella le prestaba (1), y pasando los mares, tuve que ir á buscar en una de sus provincias la consideracion y hasta la justicia que me negaban en su regazo los hombres y sus partidos. Pero desde que llegué á sus playas, ya no me volví á acordar más de estos mismos hombres y sus ingratitudes, y volviendo la espalda á los bandos, como dijo un orador ilustre (2), ya no pensé más que en el mejor nombre de España y

(1) Dejé de ser en la Península Jefe político é Intendente en 1844.
(2) El Sr. Martinez de la Rosa.

en el cometido que se me confiara. Las pasiones pasan, me decia á mí propio, la Pátria queda: su nacionalidad será miéntras haya virtudes, el altar y el culto de sus mejores hijos. La Isla de Cuba tiene contados sus destinos: ó se pierde para la España absorbida por la Union Americana, ó se salva de su futura codicia, fortaleciéndola con un nuevo espíritu español.

Me explicaré: la política de absorcion de los Estados Unidos respecto á todo el continente de la América del Norte no necesitó, como ya dejo consignado en las anteriores líneas, que vinieran más tarde los Monroe para proclamar esa doctrina, que ya la adivinó un ministro cual Aranda, tan pronto como reconoció Cárlos III la independencia de aquellos estados. Los conceptos que de su dictámen dejo ya citados referentes á este particular, y que evoqué en mi Revista hace veintiun años, bien comprueban cómo se cumplió de allí á poco su *profecía*, entrando aquella República en posesion de las Floridas, *segun de sus primeras miras* lo esperaba aquel célebre estadista. Pero semejante posesion no fué sino la primera etapa de su política futura. Desde entónces, no se ha dirigido ni dirige á otro objetivo el propósito tenaz de sus presidentes, y ya estos no dejan adivinarlo, sino que lo proclaman como ley de su doctrina, principalmente para las Indias occidentales de aquel continente. Así es, que ya Johnson dijo en su mensaje al Parlamento: «Que de acuerdo con el dictámen de los principales estadistas de su »país, las islas de la India Occidental, obedeciendo á una necesaria »ley de gravitacion política, serán absorbidas con el tiempo por »las naciones continentales del Nuevo Mundo, inclusos los Estados-»Unidos, y que por lo tanto queria dejar á la accion del tiempo »el que se verifique esta gravitacion, que está dentro de las leyes »físicas y morales, sin apresurar la absorcion por medios violen-»tos y agresivos contra una Potencia europea.»

Posteriormente, apénas salen de su colosal guerra, ponen en práctica estos tradicionales principios, á que le da lugar la ocupacion de Méjico por la Francia, y á su influencia se apresura ésta á sacar de aquel territorio sus ejércitos, dejando allí planteada, sin gran dignidad por cierto, la sensible catástrofe de Maximiliano, llevado allí por el Emperador ó Jefe que entónces la mandara. No desaprovecharon tampoco en 1864 las desgracias de la Dinamarca con Prusia, y compran á la primera las dos islas de San Thómas y San Juan, primeros puntos de su tan deseado asiento en

el Mar de las Antillas. Ya en 1853 trataron de posesionarse de la bahía de Samaná, en Santo Domingo, pero el Cónsul frances entónces hizo abortar su plan. Más dichosos en 1867, pactaron con esta República su adquisicion, y si bien los movimientos revolucionarios de ésta y algunos escrúpulos de inmoralidad pública han aplazado la nueva posesion de su dominio, el mismo Santo Domingo vendrá á caer en las garras de su protectorado; pues han llegado ya á la apoteosis, digámoslo así, de su doctrina, y por la misma razon maniobran en el Canadá, en donde no quieren por ahora, como en parte alguna, la conquista á mano armada, pero sí la victoria más estable de su accion propagandista, á la que corresponden para sus futuros proyectos, comprando á Rusia unas rocas desoladas, ó sea aquella parte de la América que no representa más que *un derecho de caza*, como ha dicho cierto publicista, pero que está enclavada entre las posesiones inglesas, que son la constante mira de una alianza futura entre esta República y Rusia.

De este modo, tan pronto como concluyeron su guerra, ayudaron á Juarez contra Francia, tienen con el Canadá en jaque á la Inglaterra, han adquirido la América rusa, han tomado ya dos Antillas danesas, buscan el protectorado de Santo Domingo y van bloqueando á Cuba. ¿Y debemos ya dormirnos en nuestra imprevision internacional?... Véase, pues, cuán lógica es la alternativa que dejo formulada para nuestra integridad nacional y que aquí repito. O Cuba la sostenemos con un espíritu nuevo y la defendemos con toda la virilidad, todo el teson y todos los sacrificios de nuestro pueblo, haciéndola cuestion de honra y de sentimiento nacional; ó Cuba se extingue con su raza insular y peninsular en las corrientes de la Union. Y cuidado, que no soy yo de los creyentes ciegos, sobre los altos y futuros destinos de esta sublimada República Yo la he visitado, y creo, con otros, que ya se dibujan en sus entrañas sociales los puntos negros, el gérmen de ese individualismo corruptor y corrompido de sus multitudes, que la vienen trabajando de treinta años á esta parte, y que escriben su futuro fraccionamiento, dilatado ahora por el triunfo de su unidad en la última lucha, mas sin que esta victoria pueda quitarle los elementos que cada dia aumentan su corrosion. Pero me preocupa, como es natural, lo que pueda durar el período de su fiebre actual, con relacion á Cuba; y yo creo que todavía tenemos muchos medios para que la España posea á esta

y la defienda. Para lo primero, contemos con sus habitantes todos: para lo segundo, no olvidemos nunca que es cuestion de nuestra honra nacional. Tengamos para la Union, como amiga secular, el más leal, el más fiel cumplimiento de nuestros tratados y hasta rebasemos su religiosidad con nuestra generosa amistad; pero para la Union, como nacion guerrera, armémonos con los medios que nuestra nacionalidad nos da, y que no serán tan flojos para atacar su corazon y comercio. En este tremendo dia, usemos nuestras fuerzas regularizadas y otras especiales de nuestro carácter y raza, y con la resolucion más desesperada, no olvidemos, repito, nuestra especial situacion: que en ese dia tenemos la llave del estrecho para el Mediterráneo, la de Filipinas para la India y China, y la de Cuba y Puerto-Rico para el Golfo de Mejicano. Pero todo esto, si se nos provoca: si se nos respeta, no se procure más que seguir la gran lealtad y armonía que ambos pueblos se vienen guardando desde los albores mismos en que estos Estados comenzaron á figurar como Nacion independiente.

En el primer caso, desearé que mis trabajos lleguen con oportunidad; y en el segundo, la posteridad verá al ménos que no faltaron celosos Españoles que trataron de prevenir tan gran pérdida, trabajando, escribiendo y publicando lo que se debia enmendar con una lealtad incansable, aun á trueque de no ser presentados como tan leales. Pero, ¿de qué no son capaces de calificar la pasion y el interes unidos? ¿Qué mucho que contra un simple escritor así pudiera pensarse, cuando todo un Sr. Senador y un funcionario tan benemérito é ilustrado como el Sr. Vazquez Queipo, fué acusado de igual falta de patriotismo en la sesion del 6 de Febrero de 1858, y sólo porque se permitió algunas moderadas observaciones sobre errores económicos de la administracion del Sr. General Concha?... Hasta de *traidores* fueron tambien calificados otros hombres de una gran capacidad en diferente suelo y por las mismas causas. Sí: la Inglaterra, que como ya hemos visto, marcha á la cabeza de los pueblos que tienen más dominios ultramarinos, tambien algunos de sus hijos lucharon. hasta principios del siglo, con preocupaciones iguales á las nuestras, «y Mr. Hume y Mr. Roebuch manifestaron mucho va»lor y resolucion diciendo cosas por las que habian de ser tenidos »por traidores ó malvados; pero, ó ellos no fueron entónces ni traido»res ó malvados, ó nosotros lo somos ahora todos. Ningun miem»bro se atreveria, en su buen sentido, á contradecir en pleno Par-

»lamento las proposiciones que ellos se atrevieron á articular en»tónces en medio de una general desaprobacion.» Este razonar de Mr. Glasdtone, me economiza aquí cualquiera otra justificacion.

La cuestion de Cuba y su mejor resolucion en su órden interior, hasta entraña la trascendental é internacional de un tratado ignominioso para nosotros, cual es el de 1817 y 1835, con la Gran Bretaña; la resurreccion de nuestro antiguo comercio sobre las costas africanas, exánime ya entre un rigor injustoso y afrentoso, y hasta la vindicacion de un dominio por Asia y Oceanía, segun los recientes discursos que acaban de resonar en nuestras Constituyentes por patricios como el Sr. Pellon, y los Ministros que hubieron de contestarle con acento no ménos digno y patriótico (1).

¡Plegue al cielo, por lo tanto, que las presentes tareas dejen ya de ser estériles, y que estas puedan siquiera despertar la atencion de mis conciudadanos en general, y de nuestros hombres de Estado en particular, no olvidando que la isla de Cuba es á nuestra nacionalidad como la sombra al cuerpo. Que en sus puertos se alimenta nuestra marina mercante, á la que deben ya pertenecerle los nuevos derroteros de aquel mundo hácia el Asia, como punto de fraternal escala. Que en sus feraces campos, pero regados tambien con la santidad de un sudor trabajoso, se ha formado y deben continuar formándose, para gloria de nuestra civilizacion, esos grandes y pequeños capitales de la juventud de nuestras provincias de Cataluña, Astúrias y Vascas que van á buscar allí honra y fortuna; y que ella es, por último, el monumento grandioso que debe conservar allí nuestra bandera á costa de nuestros mayores sacrificios, como recuerdo perpétuo de nuestra nacionalidad por aquel mundo, y tributo reconocido á esa porcion de tierra que fué la primera que abrillantó desde su descubrimiento la corona de Castilla, de donde partieron las naves y en donde se encontraron los medios con que nuestros padres principiaron á dominar aquel inmenso continente (2). Mas si desgraciadamente mis esperanzas son nuevas ilusiones, y mis deseos nuevos votos estériles á favor de nuestra exten-

(1) Véase al final el documento núm. 3.°

(2) De esta isla salió en 1438 el descubridor del Mississipí, Fernando de Soto, que á la sazon la mandaba, y cuya expedicion dió por resultado la exploracion de las Flórdas. Salieron con Soto la mayor parte de sus propietarios colonizadores, y entre ellos el opulento Vasco Porcallo de Figueroa, pariente de los Duques de Feria.

En Cuba estaba y de Cuba salió el esforzado hidalgo Francisco Fernandez de Córdova, que en 8 de Febrero de 1517 salió á descubrir, desde la Habana, encontrando

dida nacionalidad, válgame al ménos lo de la buena voluntad, con el pensar del gran Mariana cuando dice: «*escribo no porque espere »enmienda alguna en los inconvenientes que expongo, sino para »que cuando se vean en la experiencia cumplidos los daños, sepa »el mundo que hubo entónces quien los conoció, y tuvo pecho para »advertirlos.*»

MIGUEL RODRIGUEZ-FERRER.

á 20 dias tierra de Yucatan, primera del gran Imperio, cuya conquista gloriosa estaba reservada á Cortés.

En Cuba se encontraban y de Cuba salieron Alonso Dávila, Francisco Montejo y Pedro Albarado, todos tres de honra y hacienda, que capitanearon la primera expedicion, que costeada por Velazquez y mandada por Grijalba, salió de Cuba á 8 de Abril de 1518.

En la propia Isla organizó Velazquez su tercera expedicion, cuyo mando dió á Cortés, agotando sus primeros habitantes las fortunas que ya poseian para los 11 buques, cuatro carabelas y siete gabarras con 508 soldados, 109 marineros, 16 caballos, 10 piezas de campaña y las cuatro culebrinas que llevó Cortés para rendir, como lo hizo, al gran Imperio de Montezuma.

Tambien en Cuba, por último, organizó Velazquez su cuarta expedicion para quitarle el mando á aquel subteniente revelado, la que sirvió después al propió Cortés para sus mayores triunfos. componiéndose de 11 carabelas, 7 bergantines, 80 caballos, 8 escopeteros, 720 infantes ó piqueros, 120 ballesteros y 12 cañones, que fué la mayor que habia salido hasta entónces de los puertos del Nuevo Mundo.

DOCUMENTOS

PERTENECIENTES Á ESTE CUARTO ARTÍCULO.

Número 1.°

A MI AMIGO

DON MIGUEL RODRIGUEZ-FERRER

AL EMBARCARSE PARA LA HABANA, ENCARGADO DE UNA COMISION CIENTÍFICA.

Partes, ¡oh dulce amigo!
y al mar das tu existencia!
me dejas! y tu ausencia
mi pecho sume en afliccion cruel!
Cabe el Hercúleo estrecho
en playas españolas
meciéndose en las olas
te espera ansioso volador bajel.

¡Qué de ilusiones bellas
me roba tu partida!
Mi vida con tu vida
unió en firme eslabon pura amistad.
Este eslabon hoy parte
el bárbaro destino.....
y un pino, un frágil pino,
pone entre tí y la oscura eternidad!

Son pocas, ay! las vias
por do con brazo fuerte
desoladora muerte
separa á los que unió plácido amor.
Son pocas, que aumentarlas
quiso el mortal iluso,
y entre dos almas puso
el valladar del Ponto bramador.

¡Afortunado el tiempo
en que á más horizonte
que al pátrio valle ó monte
no osó el mortal sus miras avanzar;
y el techo que oyó el eco
de su primer respiro,
el último suspiro
hácia su Dios oíale exhalar!

El sol que vió los juegos
de su niñez primera,
el mismo sol le viera
vigorosa ostentar la juventud:
El mismo añoso roble
que le acogió de niño,
su sombra con cariño
prestaba á sú cansada senectud

Nádie de la alma pátria
dejaba el suelo santo:
nádie vertia llanto
por ver ausente á quien el alma dió.
Que sólo la que á nádie
da treguas en su saña,
con fúnebre guadaña
los que se amaban separar logró.

Y áun entónces el techo
do respiró su vida
de adelfas circuida
cerca miraba su postrer mansion.
Y la amistad podia
de siempre-viva y rosa
cercar la triste losa,
y aliviar con su vista el corazon.

La humana vida inquieta
hoy movimiento eterno;
un malestar interno
lanza en el hombre agitacion febril.
De cuanto mira hastiado,
la tierra corre entera;
y ni al otoño espera
dó de su vida floreció el Abril.

Dispersos sus amigos
llora así el alma mia;
cuál vive en la brisa fria,
cuál de los climas del ardiente Sur:
cuál del Bétis ameno
se goza en las florestas;
cuál ve las rudas crestas
de las montañas del guerrero astur.

Y tú á cruzar, amigo,
los mares te dispones!
Ay! ya con rudos sones
resuena el viento y te amenaza el mar!
¡Mal haya el que primero,
á frágil remo asido,
se abalanzó atrevido
las indómitas olas á surcar!

Tras él audaz codicia
corrió del Indo al Mauro,
no apeteciendo lauro,
sino riquezas do saciarse vil.
Y á playas, donde daban
á la virtud decoro,
dejó en cambio del oro
tósigo funeral de vicios mil.

Si alzas tus bravas ondas
oh mar! si el bronco trueno
quebranta el turbio seno
de las nubes, y brama el huracan,
Sumerge en tus abismos
esas naves osadas,
que, de vicios preñadas,
lanza á tu seno criminoso afan.

Sumérgelas, y guarda
la de mi amigo solo:
á esta serena el polo
muéstrale, y mansa tu cerúlea faz.
Que nó, no le conduce
el crímen execrando;
no vil riqueza ansiando
va de los orbes á turbar la paz.

Anhelo de alta ciencia
su corazon desvela;
y por las ondas vuela
de las Indias la perla á conocer;
Para enseñarle á España,
cual la preciosa Antilla
en su diadema brilla,
brindándole riquezas y poder.

Llega, oh amigo, y miéntras
en el vigor, que anima
su bienhadado clima,

ojos de admiracion clava tu afan,
Vierte el saber que tienes
por tu modestia oculto;
y en tí, sus playas culto
al ingenio europeo rendirán.

Y cuando, por la ausencia
tu amor pátrio exaltado,
te lleve desalado
á las orillas del hirviente mar;
Cuando sobre las olas
que, su violencia suma
quebrando en blanca espuma,
vienen tus piés humildes á besar;

Por el inmenso espacio
hácia tu pátria hermosa
tiendas mirada ansiosa....
más de una vez la tenderás, oh sí!
Piensa que entre sus ondas
va lágrima mezclada,
por una alma llorada
que en el opuesto polo piensa en tí.

Febrero 27 de 1816.

E. F. DE NAVARRETE.

Número 2.°

Informe que el Capitan general de Filipinas, D. Fernando de Norgazaray, dió sobre la improcedencia de la expedicion, de cuyo documento se hizo lectura en el Congreso, á petición del Sr. Olózaga.

Dice así:

«El Capitan general de Filipinas al Excmo. Sr. Ministro de Estado:

Manila 25 de Marzo de 1859.—Gobierno de las islas Filipinas.—Excelentísimo Sr.....
.....
.....

V. E. desea saber mi dictámen sobre la conveniencia de establecer la soberanía española en algunos de los puertos de Cochinchina, puesto que es cási decidido que los Franceses ocuparán la península de Tourane. Asunto es éste muy grave, que me reservo explanar á V. E. con mayor número de datos. Pero desde ahora me anticipo á manifestarle que tenemos dentro de la isla de Luzon, y á la vista misma de la capital de Manila, numerosas tribus de infieles que no reconocen nuestro dominio, y ejercen sus tropelías y actos antropófagos sobre los pueblos cristianos inofensivos, lo cual se debe á que este Gobierno no ha tenido todavía los elementos necesarios para conquistarlos.

Al S. O. del archipiélago se encuentra la dilatada isla de la Paragua, perteneciente al dominio de la corona, cuasi despoblada y sin que poseamos materialmente más que los miserables pueblos que en su parte Norte comprende el gobierno de Calamianes.

Acabábamos de posesionarnos de la isla de Balabao, punto importante y

de gran porvenir, y que sobre estas ventajas reune la especial de fijar el límite de nuestras posesiones por aquella parte, pero que hasta hoy nos está costando los naturales sacrificios de hombres y dinero, y eso que, como suele decirse, está dentro de nuestra propia casa.

Tenemos tambien la preciosa isla de Mindanao, de la cual poseemos sólo una pequeña parte del litoral, quedando improductivo para nosotros lo más fértil y rico de su dilatado suelo, sin otro motivo que el de carecer de elementos materiales para dominarla. Existen además al S. E. de estas islas la Sultanía de Joló, foco perenne de la piratería, y los feroces habitantes de las Samales, que bajo la bandera española, no sólo causan sus depredaciones en las indefensas costas de las Islas Visayas, sino que tambien las hacen extensivas á los extranjeros, dando lugar á reclamaciones como las de que tiene conocimiento esa primera Secretaría.

Todos esos territorios nos pertenecen y debieran producirnos ópimos frutos: todo este país debiera presentar el aspecto de la civilizacion y la cultura; y hállase tan distante de ofrecer este lisonjero cuadro, porque hemos carecido y carecemos todavía de los elementos indispensables para su realizacion.

La ocupacion de la isla de Balabao fué solamente el principio de un plan que tenía preparado para ir ocupando después, segun fuera posible, la isla de Joló y Samales, proyecto que la expedicion de Cochinchina me obligó á suspender, y el cual, llevado á su término, nos hubiera proporcionado resultados más positivos; porque si gloriosa es la empresa de vengar y proteger nuestros misioneros y correligionarios en el Tunkin, país extraño á nosotros; católicos son tambien, y súbditos además de la corona de España los pueblos de las provincias Visayas, que actualmente sufren las persecuciones y cautividad de los infames moros joloanos; y si es mision civilizadora el llevar la luz del Evangelio á los tunkines, que, para aplacar sus ídolos irritados, sacrifican en sus aras nuestros misioneros y catequistas, no lo es ménos conseguir la conversion de los moros del Sur, que abroquelados con el Alcoran, roban, degüellan y cautivan centenares de Españoles cristianos. Esto, en mi entender, tiene además la ventaja de que nos toca de más cerca.

Si tanto, pues, nos queda que hacer en nuestras propias posesiones; si todos estos ricos veneros de abundancia los tenemos sin explotar por falta de elementos, ¿á qué llevar nuestras armas á establecerse sólidamente en el Tunkin para arrostrar las consecuencias de un éxito por lo ménos dudoso, y de un aumento de fuerzas de mar y tierra necesario para conservarlo? Atrévome á creer que estos sacrificios serán más útil y reproductivamente empleados en los trabajos interiores que acabo de indicar á V. E.

Dios, etc.—Firmado.—Fernando de Norzagaray.—Está conforme.»

Número 3.°

En la sesion del 12 de Febrero de 1870 tomó la palabra el Diputado de las Constituyentes, Sr. Pellon y Rodriguez, para explanar su interpelacion sobre los tratados hechos con Inglaterra en 1817 y 1835, y después de exponer, cómo esta Potencia se aprovechó, por aquella época, del abatimiento en que quedara España después de su gran guerra de la Independencia y de la pérdida que ántes sufriera en Trafalgar de la marina de guerra para proponerle este tratado, más sagaz por lo que ocultaba en sus artículos que por los fines filantrópicos á que se dirigía para la persecucion de la infamante trata; después de analizar con gran conocimiento de la materia, cada uno de estos artículos, y hecho ver su injusta aplicacion por el tribunal de su competencia, hasta el punto que en 1843, de 80 buques españoles, condenados como negreros, *sólo en siete* se hubieron hallado esclavos como exigia precisamente el art. 10 de los mismos; y en 1861, de cada *seis* buques españoles que fueron juzgados por el tribunal misto en Sierra Leona, *uno sólo* lo fué con motivo, por haberse encontrado esclavos á bordo, habiendo sido condenado los cinco restantes por sospechosos; después, por último, de deplorar el Sr. Pellon cuán grave era la pérdida del comercio de Africa, cuando sólo en el Golfo de Guinea y á la vista de Fernande Póo se negociaban al año más de 500 millones de reales entre importacion y exportacion, y de la urgente necesidad en que se estaba por lo tanto de solicitar la revision de tales tratados; levantóse á contestarle el Señor Ministro de Estado (Sagasta), y conformándose en un todo con la condenacion patriótica de los mismos, y las razones que para ello habia vertido el Sr. Pellon en su discurso, hé aquí lo que dijo, entre otras cosas:

"Sabe S. S. que este tratado se hizo el año de 1817, si no estoy equivocado; que luego se modificó en el de 1835, pero conservando el espíritu, la base y el fondo del de 1817. Sabe S. S. que el derecho de visita era recíproco para las naciones, y la Inglaterra comprendió que esto la podia valer algo, cuando siendo este derecho recíproco, dió á España 400.000 libras esterlinas; porque estaba estipulado en el tratado de 1817 que al año de ajustarse la estipulacion habia de entregar Inglaterra al Gobierno español esa cantidad, cantidad que entregó en efecto. Y yo tengo alguna noticia para decir que no fueron sólo las 400.000 libras que constan en el tratado que dió Inglaterra á España, sino que la dió otra cantidad, quizá no menor que la oficial, quizá no menor que la fijada en el tratado para que ese tratado se estipulase.

"Y yo digo al Sr. Pellon: si la Inglaterra, en efecto, cumplió las condicio-

nes con que se hizo este tratado, claro es que el Gobierno español no puede nada en el tratado de 1835 sin la vénia y el consentimiento de Inglaterra. Pues bien: el Gobierno español está dispuesto á hacer todo lo posible para revisar ese tratado, y cree que la Inglaterra no se opondrá, con tanto mayor motivo, cuanto que reconoce la legalidad con que el Gobierno español está procediendo en esta materia. Pero sería necesario para eso que la Inglaterra, además de conocer nuestra buena fé y nuestra legalidad en este punto, viese que hemos procurado hacer algo respecto al orígen principal, respecto á la causa principal de aquel tratado, que es el tráfico de esclavos. *Desde el momento en que la Inglaterra se persuada de lo dispuesto que está el Gobierno español á introducir grandes reformas en la organizacion de nuestras Antillas; desde el instante en que el Gobierno español acabe de estudiar los planes que tiene sobre aquellas posesiones nuestras, y pueda presentarlos á la deliberacion de las Córtes*, el Gobierno inglés verá que no hay necesidad de perseguir el comercio de esclavos, como ha venido haciéndose hasta ahora, y en ese caso no tendrá inconveniente alguno, no sólo en que se revise el tratado, sino hasta en que se rescinda, que á eso es á lo que tiende el Gobierno español.»

.....

Aludido tambien por el mismo discurso del Sr. Pellon el Sr. Ministro de Ultramar (Becerra), obligó á este á hacer, entre otras declaraciones, las siguientes:

«Lo cierto, la verdad es que nosotros tenemos un porvenir comercial grande en la costa de Guinea con la isla de Fernando Póo y otras anejas á ella; que hay rios navegables por donde todos los dias se hace el comercio en una progresion ascendente, y prometen grandes resultados. Por ellos se exporta el oro en polvo, el marfil, las maderas tintóreas y otra porcion de productos de aquellos climas. Nuestro comercio tiene la gran ventaja de hallarse la isla de Fernando Póo enfrente de la embocadura de esos rios por los que nuestra marina mercante puede explotarlo, y que no lo hace precisamente por las persecuciones y vejaciones padecidas á consecuancia de las resoluciones de ese tribunal á que se ha referido mi amigo el Sr. Pellon»

.....

«No he de discutir yo ahora, porque no lo creo oportuno, las ventajas ó inconvenientes que tiene el establecer colonias en diferentes puntos de esos territorios; pero sea de ello lo que quiera, la España tiene derecho á ese territorio, y el Ministro de Ultramar hace cuatro meses ha dirigido al Ministerio de Estado una comunicacion para que por el mismo se reclame lo

que en la costa de Guinea nos pertenece: S. S. comprende bien que esta reclamaciones no han podido dar resultados tan pronto como es necesario, porque van siempre mezcladas y se relacionan con asuntos de alta política; pero yo que conozco bien el patriotismo de mi digno compañero el Sr. Ministro de Estado, no dudo que hará las reclamaciones oportunas. Y de paso diré que hay reclamaciones pendientes sobre vários puntos de la Oceanía y Asia que corresponden á España, y que no sé por qué fatalidad ha estado eso olvidado: tal vez sea por las circunstancias políticas que todos conocen y por los trastornos y discordias civiles.»

EL CATOLICISMO Y LA FILOSOFÍA ALEMANA.[1]

IV.

Al comenzar la crítica de la obra titulada: *Vida de Jesus por Renan*, escritor de esclarecido renombre, de gran erudicion y vastos conocimientos, se nos alcanza que muchos se admirarán de que nosotros, pigmeos comparados con tal hombre, nos atrevamos á impugnarle. Tienen razon, y tambien nosotros nos admiramos de nuestra osadía, si osadía puede llamarse á una conviccion profunda de los errores de Renan.

Y en verdad, á quien contempla, por ejemplo, á Dios, en la idea de perfeccion infinita, ¿qué le importa el ateismo de algunos indivíduos, ni aun el del género humano todo entero, si posible fuera el ateismo en todo el género humano? A quien contempla el derecho en la idea de rectitud inmutable, ¿qué le importa la diversidad de costumbres y de leyes en los diferentes pueblos del mundo? Del mismo modo, á quien ha estudiado profundamente el cristianismo, y está seguro de su divinidad, ¿qué le importa la admiracion que Renan hoy motiva?

Lo que á todos interesa y en sana moral corresponde, es juzgar sin prevencion ni pasion lo que Renan asevera y lo que le contestamos. Lo que asevera es en sustancia la teoría de Strauss, sobre lo que debemos insistir para estudiar más fácilmente á Renan.

La simple armazón histórica de la vida de Jesus está reducida á que nació en Nazareth, que fué bautizado por Juan, que reunió á vários discípulos, que viajó por la Judea enseñando al pueblo,

(1) Véanse los núms. 60, 63 y 65 de esta REVISTA.

que en todas partes impugnó á los Fariseos, que predicó el reino del Mesías, que sucumbió al ódio y á la envidia de los Judíos, y que murió en una cruz.

Esta sencilla historia fué adornada de reflexiones piadosas y de desvaríos místicos que se trasformaron en hechos, y se mezclaron á la historia. De este modo resultó un mito, y el antiguo Testamento prestó el cañamazo más fino para bordar dicho mito.

Jesus, como el más grande de los Profetas, debia reunir en su vida todo lo que habian dicho los antiguos, y no quedar detrás de ninguno.

Las tradiciones de un pueblo ó de una secta religiosa, son la base de tal pueblo. Sin ser obra de un solo hombre, sino del individualismo en general de una sociedad, ignorándolo esta sociedad misma. Este resultado insensible es, sin duda, posible por la tradicion oral; pues miéntras la historia escrita impide el desarrollo de los rumores populares, sucede en la tradicion oral, que en la segunda boca un hecho difiere poco, quizá, de lo que fué en la primera; que en la tercera igualmente se aproxima más aún á lo que era en la segunda; y que en la cuarta no hay cambio esencial de lo que era este hecho en la boca tercera. Esto, no obstante, este mismo hecho puede haberse convertido en otro en la tercera y en la cuarta boca, de lo que era en la primera, sin que nádie, entre los narradores del mismo hecho, percibiera tal cambio; pero que sería un resultado que privase hasta de la conciencia de la trasformacion efectuada; lo que hizo decir á Lessing «que la tradicion evangélica es la bola de nieve.»

Hé aquí toda la idea sobre la que gira la obra de Strauss y la de su discípulo Renan, idea que es un absurdo que deshonra, lógicamente hablando, al que la promovió, fundándola en un cálculo ilusorio.

El movimiento tradicional seguiria una marcha tal, que entre el primero y el segundo grado habria un cambio, del siguiente modo: el segundo grado respecto al primero, el tercero respecto al segundo, el cuarto respecto al tercero, no efectuarian un cambio esencial. Y de todas estas diferencias insensibles, y cada una en particular, resultaria en suma que el cuarto grado sería esencialmente el contrario del primero. De este modo, el primer grado tiene el carácter de un simple hecho histórico; en el segundo hay algun cambio, pero no esencial, y permanece aún como un hecho

histórico; no es un rumor popular, un mito, pues que de otro modo el cambio sería esencial, segun la suposicion de Strauss. Tal hecho modificado, pero permaneciendo idéntico, cambia aún dos veces, pero no esencialmente; es decir, que conserva el carácter de hecho histórico, y se distingue expresamente de un rumor popular ó de un mito. Cambia dos veces de una manera insensible, pero permanece idéntico.

Strauss supone además que el Antiguo Testamento prestó riquísimas sedas para el bordado del mito, y creyó encontrar tambien un paralelo entre el Mesías y Moisés.

Hasta en esto es desgraciado el doctor aleman, porque tal paralelo no se encuentra en parte alguna. Al contrario, Jesus se pone frente á frente de Moisés, y cuando los Judíos hacian alusion á Moisés por haber dado el maná á sus padres en el desierto, Jesus les decia: «Moisés no os dió el pan del cielo, pues que vuestros padres sucumbieron; mas mi padre dá el verdadero pan del cielo, y yo soy ese pan.»

Lo que Strauss y Renan debieran considerar, además, es que la verdadera historia del Mesías es la mejor interpretacion del Mesías esperado, y el Mesías esperado es la figura de la vida del verdadero Mesías. Y por esto la historia evangélica se explica cumplidamente, sea que se entienda del Mesías esperado ó del Mesías que habia vivido entre los hombres. El estudio del testimonio evangélico consiste en la relacion de dos cosas, siendo preciso que la una correspondiese y se conformase con la otra: la historia de la vida de Jesus y las Profecías; el Evangelio y el Antiguo Testamento; porque las Profecías forman el vínculo necesario de los acontecimientos marcados en la historia del Mesías. El punto de vista relativo de la Biblia, suponia el punto de vista absoluto del Evangelio; de modo que los Evangelistas hubieran sorprendido á los hombres, si hechos presentados bajo el punto de vista absoluto no fueran verdaderos hechos históricos, si el antiguo Testamento hubiera ofrecido la base debiendo á la tradicion su existencia de mitos.

Cualquiera que sin pasion reflexione sobre la tradicion evangélica, verá que la verdad material y la verdad sobrenatural de los hechos predichos, son históricas y que tambien lo es la transicion de una á otra. La idea de mito hubiera surgido en tal caso sin designio, por casualidad, como por aglomeracion. Porque la idea de

mito lleva en sí tal confusion y motiva tales ruinas, bajo el punto de vista intelectual, que es preciso, en verdad, que un espíritu haya caido bien bajo, para descender á tal comentario de la vida de Jesus.

Con las anteriores reflexiones y teniendo presente que los Evangelios no son un libro histórico, porque los Evangelistas no escribieron más que *para dejarnos testimonio de que Jesus era Mesías*, se desvanecen como nubes las teorías germánicas anticristianas. Concretándonos ya exclusivamente á Renan, vamos á presentar un análisis crítico de sus principales ideas.

En la introduccion Renan da mucha importancia al cristianismo y hace una confesion que le honra, pero que destruye todo su plan. «Yo admito, nos dice, como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. En mi opinion, todos alcanzan al primer siglo, y son próximamente de los autores á quienes se les atribuyen; pero su valor histórico es muy diverso. Mateo merece, en cuanto á los discursos, que se le conceda ilimitada confianza; ellos son la Lógia, las notas tomadas bajo la impresion del recuerdo claro y palpitante de la enseñanza de Jesus.» Y en otra parte añade: «Los Evangelios no son, á mi entender, ni biografías como las de Suetonio, ni leyendas ficticias semejantes á las de Filostrato; son biografías legendarias. Yo las comparo á las vidas de los Santos, á las vidas de Platino, de Proclo, de Isidoro, y á otros escritos del mismo género en que se combinan en diferentes grados la verdad histórica y la intencion de presentar modelos de virtud.»

Para nosotros tampoco son los Evangelios biografías ni historias; son la narracion de los hechos que justifican que Jesus era el Mesías.

Suponer que esas narraciones son verídicas en parte y en parte falsas, y conceder al que las refiere ilimitada confianza en cuanto á los discursos, y superchería en cuanto á lo demas, es á cuanto puede llegar la arbitrariedad lógica. Porque si un testigo como Mateo merece confianza, no puede ser un impostor; y si es un impostor, no merece confianza. Pues segun Renan, Mateo es á la vez veraz é impostor: veraz, en cuanto refiere lo que Jesus dijo;

impostor, en cuanto refiere lo que Jesus hizo. ¿Qué importa que lo que dijo y lo que hizo estén unidos de un modo indisoluble?

San Mateo refiere que cuando salian de Jericó seguia á Jesus mucha gente. Dos ciegos que estaban sentados cerca del camino oyeron que pasaba Jesus, y clamaron diciendo: «Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros.» Mas las gentes les reprendian para que callasen. Pero ellos clamaban más diciendo: «Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros.» Y Jesus se paró, y llamándoles, les dijo: «¿Qué quereis que haga con vosotros?» Dijeron ellos: «Señor, que se abran nuestros ojos.» Y compadecido de ellos, tocó sus ojos, y luego vieron.

Esta narracion de San Mateo, quien merece ilimitada confianza, segun Renan, no puede ser cierta porque contiene un milagro, y Renan no admite milagros, como después verémos. Si el milagro no es admisible, la narracion es una impertinencia y una impostura. Pues aunque la salida de Jericó pasase de boca en boca y se engrosase como la bola de nieve, si no hubo la cura de los ciegos, San Mateo mintió á sabiendas bajo la impresion del recuerdo claro y palpitante de la salida de Jericó. Si su Evangelio es auténtico, auténtica su impostura; y lo que procedia era que Renan declarase como falsos los Evangelios, y como impostores á los Evangelistas. No se ha atrevido á tanto, á la altura á que ha llegado la crítica del Evangelio, y le ha parecido mejor medio mutilar el Nuevo Testamento, de modo que, sin negar la existencia material de Jesus, explique su historia como la del primer hombre de la humanidad, quien por su doctrina y sus virtudes fundó la religion llamada cristianismo. Hé aquí toda la sustancia de la vida de Jesus por Renan, de la que vamos á ocuparnos.

Pero ante todo, presentemos á Renan la idea de un profundo pensador de nuestros dias. «Se me anuncia, como Renan lo hace, la existencia de un hombre, en quien la ciencia, la virtud, el genio y el poder están en su colmo, ó bien la de un ángel que posee todas estas cualidades. Esto me llena de admiracion hácia ellas, y de reconocimiento si he recibido servicios. Pero esta admiracion, este respeto, este reconocimiento ¿tienen algo de *religioso*, es decir, alguna cosa que, segun la enérgica expresion de la palabra *religion*, me una á ellas y ponga todo mi sér y mi destino en su dependencia, que sea mi soberano bien? Nó, evi-

dentemente. Cualquier saber, cualquier genio, cualquier poder, cualquiera virtud que en ellas brillen, pueden impresionarme, agradarme vivamente, pero no pueden hacer mi suerte. Qué pueden sobre mí? Pueden darme los bienes del cuerpo? ¿Son los dispensadores del bienestar, de la salud y de la vida? ¿Lo son de la sabiduría y la virtud? Sean cuanto fueren, no son Dios. Si no han creado la naturaleza, si no la conservan, no pueden darme tales cosas, sólo pueden darme la fortuna de una manera absoluta, porque no la tienen más que prestada; no pueden conservármela, porque no son árbitros de los acontecimientos. No pueden darme la salud y conservármela sino con la ayuda de un poder que los sobrepuja. En cuanto á la virtud y á la ciencia, no tienen más poder que el del ejemplo y consejo.

«No pueden enderezar mi naturaleza, si es rebelde; si es dócil, no pueden hacer más que favorecerla; la parte principal viene de otro lado. Bajo cualquier aspecto que se les mire, no son mi soberano bien. Pensar, creer en ellas, absorberse en estas creencias, no engendra ninguna relacion religiosa.»

Jesus merecerá toda nuestra admiracion tal como le pinta Renan, pero con todas sus brillantísimas cualidades no hubiera servido á la humanidad para lo que esta necesitaba, lo que comprende la palabra *religion*. Que Renan y sus adictos mediten lo que significa dicha palabra, y verán qué trabajo tan inútil contiene su *Vida de Jesus*.

En el capítulo primero trata Renan del rango de Jesus en la historia del mundo, y nos dice: «El hombre fué religioso desde el momento en que se distingue del criminal. Durante millares de años, el sentimiento religioso se extravió del modo más extraño. Las civilizaciones antiguas, desarrolladas en China, en Babilonia y Egipto, imprimieron á la religion cierto progreso; pero su gran defecto era cierto carácter supersticioso. La raza indo-germánica y la semítica fueron las que formaron la humanidad, y con ellas la poesía del alma, la libertad y la honradez aparecieron en la tierra. Pero á la raza semítica se debe la formacion de la religion de la humanidad. Entre estas tríbus, la de Beni-Israel estaba señalada para grandes destinos. Una ley escrita, desde muy antiguo, sobre tablas de piedra, atribuida á Moisés, fué el código del monoteis-

mo, y contenia grandes gérmenes morales. Un cofre ó arca provista de dos anillos laterales para poder ser trasportada, constituia todo el material religioso. Desde muy temprano anunciaron los defensores de esta ley esperanzas ilimitadas, proclamando les estaba reservado un reino sin límites, y que Jerusalen sería la capital del mundo. Se oian acentos desconocidos sobre el poder del *hombre del dolor*, sobre cuyas espaldas cargó Jehová las iniquidades del mundo. De las entrañas de la religion judía procedia la necesidad de un Mesías, que no sería un rey, sino un hijo del hombre aparecido en las nubes, un sér sobrenatural con apariencia humana, encargado de juzgar el mundo.

«En Judea se sentia una poderosa incubacion y la aproximidad de algo extraordinario y desconocido. Aquella amalgama de presentimientos y de ensueños tuvo al fin su intérprete en el hombre incomparable, á quien la conciencia universal ha concedido, con justicia, el título de *Hijo de Dios*, pues que hizo dar á la religion un paso, al que ni puede ni podrá compararse ningun otro.»

Hé aquí la sustancia del capítulo primero de la obra que exáminamos; hé aquí el génesis del cristianismo racionalista, superficial é ilógico en alto grado.

El hombre, dice, fué religioso desde el momento en que pudo distinguirse del animal Pero cuál es ese momento? ¿El de su creacion? O fué mucho después? Renan no lo sabe, porque no lo dice. ¿Fué el monoteismo la primera religion, ó lo fué el politeismo? Tampoco nos lo enseña, siendo tan esencial el decirlo. El pasaje del monoteismo al politeismo, fué una caida ó un progreso? La misma reserva sobre todas estas tan trascendentales cuestiones, de las que dependen todas las demas religiosas. Nos dice sí que durante millares de años el sentimiento religioso se extravió, con lo que parece indicar que al principio estuvo el hombre en el buen sendero, pues extraviarse es salirse de la via.

Tocar tan someramente á cuestiones tan hondas es muy fácil, pero resolverlas prescindiendo de la historia y de la metafísica es intolerable. La historia le hubiera enseñado lo siguiente.

En un rincon del Asia, debia decirnos con la historia en la mano, llamado Palestina, vivia un pueblo muy antiguo y muy diferente de los demas, por su vida y sus costumbres. Este pueblo, llamado judío, tenía un libro antiquísimo; un libro, no como

los que ruedan por el mundo, objetos sin veneracion, sino un libro considerado como un monumento sagrado; un libro conservado en un santuario construido expresamente para su custodia. Este libro era, para tal pueblo, su historia, su religion y su ley, y referia el pasado y anunciaba el futuro. Decia este libro, que creado el hombre perfecto en su orígen, perdia todas sus ventajas por desobedecer la ley de Dios; que sumergido al principio en un océano de luz y de fuerza, su alma no estaba tiranizada por los sentidos, porque estos estaban sometidos á su pensamiento, y este pensamiento á Dios. Que en esta subordinacion natural de la materia al espíritu, de la criatura al Criador, encontraba el hombre el sentimiento de un yó aparte que le revelaba su personalidad. Que prefiriendo después su voluntad á la del Criador, se separó de éste, y tal separacion le fué sumergiendo en la ignorancia, en la esclavitud y en el politeismo. Que Dios, compadecido de las miserias del hombre, le prometió un Mesías, un Redentor.... Hé aquí lo que contenia tal libro; hé aquí el génesis histórico y metafísico del Cristianismo, génesis que resuelve todas las cuestiones indicadas, que Renan pasó como por ascuas.

Tan erudito como lo es, sin duda, Renan, debia haber observado, con la historia en la mano, que las creencias de los Judíos siguen una marcha contraria á todas las tradiciones. Porque los demas pueblos comienzan por una idea teológica clara y sencilla, que después se desfigura en alegorías, y se evapora, por último, en las nebulosidades de la fábula. La de los Judíos, al contrario, se desarrolla con el tiempo. Cubierta al principio en oscuros misterios, se esclarece marchando, y en vez de que el tiempo la debilite, la fortifica, hasta que las promesas de Dios se determinan en el prometido á las naciones. Es decir, que la creencia de los Judíos sigue en la historia una marcha contraria á la indicada por Strauss y por Renan, y que es preciso una prevencion contra el Cristianismo, como la que ha dirigido sus plumas, para ver todo lo contrario de lo que la historia ostenta.

El capítulo II trata de la infancia y juventud de Jesus y de sus primeras impresiones. Supone nació en Nazareth y no en Belen: que se ignora la fecha de su nacimiento, aunque se cree tuvo lugar bajo el reinado de Augusto, hácia el año 750 de Roma: que

salió de las filas del pueblo; que sus padres José y María fueron artesanos que vivieron de su trabajo; que tenía hermanos y hermanas, y pasó sus primeros años en Nazareth; hace una pintura muy poética del terreno, y tal es la sustancia del capítulo II.

Teniendo los Evangelios por auténticos, no sabemos quién autoriza la licencia de separarse del sistema cronológico de San Lúcas. Desecha á Belen porque el profeta habia dicho: «Y tú, Belen de Judá, no eres la última entre las villas de Judea, porque de tí saldrá el Jefe que conducirá mi pueblo de Israel.» Las profecías asustan al racionalismo, y es preciso desecharlas, mudando por antojo el lugar del nacimiento.

Segun San Lúcas, en el año 15 del reinado de Tiberio, entró San Juan Bautista en la vida pública. Jesus tenia treinta años en la época de su bautismo. Segun el mismo San Lúcas, San Juan era seis meses mayor que Jesus, de todo lo que arguye Strauss contra S. Lúcas, diciendo que, si Jesus apareció en el año 15 de Tiberio, es imposible que la mision de San Juan comenzase en el mismo año; y si Jesus, á su entrada en la vida pública, tenia treinta años, San Juan, que debió haberle precedido mucho tiempo, tenía mucho más de seis meses. Porque San Juan tenía un considerable número de discípulos, los que no podian haberse formado en seis meses. Es verdad, decimos nosotros; si San Juan hubiera enseñado el sistema de Kant, no seis meses, sino seis años no hubieran bastado para tener discípulos. San Juan no tuvo que exponer largos artículos de doctrina: su sistema fué llamar á los hombres á la penitencia, y por el símbolo del bautismo de agua unirlas al cambio espiritual, que, como inspirado, le fué sometido. Esta sencilla mision de San Juan, la hubieran encontrado Renan y Strauss bien especificada en la siguiente cita del historiador Josefo: «Herodes hizo dar muerte á San Juan, que llevaba el sobrenombre de Bautista, aunque fué un hombre de bien, que exhortaba á los Judíos á practicar la virtud, á cultivar entre ellos la probidad y la piedad hácia Dios, y á recibir el bautismo. Concedia este bautismo no como un medio de reconciliacion para ciertos pecados, sino como una purificacion material, después que el alma se habia lanzado en el espíritu de justicia. Muchos le seguian, porque sus discursos los edificaban. Herodes temió que tal popularidad motivase alguna insurreccion, porque todo parecia arreglarse por sus consejos, y sin esperar á más le hizo desaparecer.»

Se entretiene en la descripcion del horizonte de Jesus, y nada podemos decir en contra de que Nazareth sea un sitio admirable para contemplar el curso de las cosas humanas.

En el capítulo III habla de la educacion de Jesus, aseverando que la naturaleza risueña y grandiosa del terreno de Nazareth constituyó toda la educacion de Jesus. ¡Dichosa naturaleza y dichoso clima que por sí sólo educó al primer hombre de la humanidad! Nazareth debió ser un criadero de héroes, y ¡qué estólidos serian los Judíos que decian que de Nazareth no podia salir nada bueno!

«Jesus, segun Renán, debió aprender á leer y á escribir; pero no frecuentó escuelas superiores, porque en Nazareth no habia ninguna. No puede decirse fuese un ignorante, pero no supo el griego; no tuvo ningun conocimiento del estado general del mundo, ni de la paz romana, ni del nuevo estado social que inauguraba su siglo....»

«El alimento ordinario de la vida de Jesus, dice, fué el advenimiento del Mesías....» ¡Y para pensar en tal advenimiento no era preciso ningun conocimiento del estado general del mundo! Qué lógica!

Además de su falta de instruccion, añade, la leyenda se complace en mostrarle desde su infancia en rebelion contra la autoridad paterna. Tuvo en poca cosa las relaciones de parentesco: su familia no parece que le amaba, y él la trató en ocasiones con dureza.... Bravo! No acertamos por qué una mujer, pasando cerca de él, le dijo: «¡Dichoso el vientre que te concibió, y los pechos que te alimentaron!»

Como en el capítulo IV Renan sigue con la educacion de Jesus, continuarémos con esta.

»Jesus no fué, dice, ni teólogo ni filósofo; no tuvo un sistema más ó ménos bien combinado; no tenía dogma, ni sistema, sino una resolucion personal fija....» ¡Como si hubiera resoluciones personales, fijas, sin plan, sin sistema, sin conocimiento del hombre y de la historia!

¿Pero cómo se formó esa gran personalidad de Jesus, sin instruccion y sin educacion? Escuchad: «Desde que Jesus tuvo uso de

razon, entró en la ardiente atmósfera de las ideas de la Palestina. Aquellas ideas no se enseñaban en ninguna escuela; pero flotaban en el aire, y penetraron en su alma desde muy temprano, en su alma tranquila que no conoció nunca nuestra incertidumbre ni nuestras vacilaciones....»

Por Dios, Sr. Renan, por Dios, que las cosas sérias deben ser tratadas sériamente, y el último pasaje nos recuerda lo que un novelista decia: «No dejaba de abrir los ojos y dar curso á mis pensamientos, ó más bien de coger al vuelo las ideas que atravesaban mi frente, átomos redondos y retorcidos, quizá destinados al cerebro de otro, como decia Sterne, y que yo interceptaba fraudulentamente.»

Dejando las metáforas para donde puedan tener lugar, dirémos sobre la educacion de Jesus que el desarrollo sucesivo de una personalidad muy superior á todos los hombres, no puede ser comparada á ninguno de sus miembros. Convenimos no obstante con Renan, en que Jesus vivió con sus padres hasta su entrada pública en Galilea; que llevó una vida retirada; que no se puso á la órden de ningun maestro; que no recibió instruccion científica, pero que á pesar de todo le llamaban públicamente maestro *rabi*. Mas ¿de dónde le vino la doctrina que enseñaba? ¿De las ideas que flotaban por los aires, como dice Renan? Nó: la respuesta de San Juan es más racional y ménos misteriosa. «Jesus recibió de Dios la doctrina que anunciaba y no de ningun hombre.»

No podemos negar que las creencias judías tuvieran influencia sobre Jesus, pero hay que considerarlas subordinadas á los sentimientos del Mesías. Los hombres marcados con el sello de la Providencia, se apropian la instruccion, la adaptan á sus facultades; no es para ellos más que un instrumento; se conforman con una regla más alta, que está en ellos mismos, que les dirige paso á paso, del mismo modo que la inteligencia divina preside en todas partes á la educacion del género humano. Habia sin duda relacion entre las doctrinas judías y la naturaleza de Cristo; relacion entre las Escrituras que anunciaban el Mesías y el Mesías mismo; pero estas relaciones tan marcadas entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, hacen caer, sin tocarlas, tantas indagaciones impertinentes del racionalismo moderno.

El capítulo IV nada notable ofrece.

El capítulo V es bellísimo, sin duda, porque presenta los primeros aforismos de Jesus, que por sí mismos embellecen cualquier cuadro en que se les coloque. Aceptados con tanta amabilidad, honran sin la menor duda al autor.

El placer que esta aceptacion proporciona, se acibara bien pronto al oirle lo que sigue: «Que Jesus no renuncia, ni por un solo instante la idea sacrílega de que él sea Dios; que el Evangelio seríá más perfecto si se limitara á algunos capítulos de Mateo y de Lucas; porque en este caso no se prestaria á tantas objeciones, etc.»

Como de esto nos hemos de ocupar en el exámen de otros capítulos, reservamos la contestacion para los mismos. Lo que no hay que dejarse en olvido es que, segun Renan, Jesus, hijo de Sirak é Hillel, emitieron aforismos cási tan elevados como los de Cristo. Y ¿por qué no causaron la inmensa revolucion que causó el cristianismo? Si por aforismos se hubiera salvado el mundo, no hubiera sido necesaria la venida del Mesías, como más adelante dirémos.

En el capítulo VI habla de San Juan Bautista y de su union con Jesus.

Este trozo histórico está tomado de los Evangelios, y empapado en el idealismo de Renan. Cualquiera que lea este capítulo y le coteje con los Evangelios, dará la preferencia á éstos. San Juan no perteneció á ninguna secta; no fué saduceo, fariseo ni eseniano, porque su mision distaba mucho de las opiniones reinantes, que Renan atribuye á una influencia desconocida del alto Oriente, es decir, á una vaga presuncion como cualquier otra.

La doctrina de Juan se compone de dos artículos: la exhortacion á la penitencia y la próxima llegada del Mesías. Todas sus predicaciones se referian á dicha exhortacion. Su bautismo era el medio sensible, una iniciacion del próximo reinado del Mesías. Todo lo que además de esto Renan relata, carece de base histórica, es conjetural, y no merece impugnarse.

Respecto al conocimiento de Jesus con Juan, le explica por la popularidad que adquirió este último; explicacion trivialísima, que á pocos puede aquietar.

No se engolfa como Strauss en el exámen de las supuestas contradicciones de los Evangelistas sobre la mision de Juan; y ha hecho bien, porque Keslin las ha pulverizado hasta el punto que causa empalago el repetirlas.

Renan se conforma con los Evangelios, salva la libertad de llamar legendario ó fabuloso á lo que no cabe en su comprension, como si ésta fuera la regla de lo posible. Si la historia se dejáse cambiar, trasformar, mutilar, amanerar, engrandecer y atenuar, no habria verdad histórica alguna, no habria tradicion, no habria más que un Evangelio incesantemente mutilado, una tradicion sin fijeza, un cristianismo sin Cristo, una navegacion borrascosa sin estrella polar.

El capítulo VII se ocupa de las ideas de Jesus sobre el reino de Dios.

«El reino de Dios, para Renan, es el reino del espíritu, la doctrina de la libertad de las almas. Por esto el verdadero cristiano está libre de toda trâba; aquí abajo es un desterrado: ¿qué le importa el dominio pasajero de esta tierra?»

Le importa establecer en esta tierra el reinado del órden, de la justicia y de la caridad, porque el programa del cristianismo, redactado por San Pablo, es: *Proposuit Deus instaurare omnia in Christo, quæ in cœlis et quæ in terra sunt*. El objeto interior del cristianismo es sin duda la santificacion del hombre; «y aunque no sea más que una religion espiritual, no se ocupa exclusivamente de las cosas del cielo, ni es el Cristo un mero desterrado que no tenga en cuenta el lugar de su destierro. Elevando el cristianismo las almas á los bienes de la otra vida, no pretende que prescindamos de los bienes de ésta. ¿Qué son los bienes de la tierra más que el fruto del trabajo del espíritu ó del cuerpo? El trabajo es el venero de las virtudes y de la verdadera piedad: *qui laborat, orat*, dijo San Pablo. Por las virtudes conseguimos los bienes eternos y los de la tierra á la vez, habiendo por tanto una secreta alianza entre unos y otros.

Por esto el cristianismo recomienda la propiedad, la industria, el comercio, las ciencias y las artes, y se complace en todos los progresos, que, mejorando la condicion del hombre, le hagan sentir la presencia protectora de la divinidad.

Y Renan añade: «El cristianismo ha contribuido no poco á debilitar el sentimiento de los deberes del ciudadano, y á exponer al mundo al poder absoluto de los hechos consumados.» Poco ántes habia dicho que «el pensamiento fundamental de Jesus fué una revolucion radical abarcando hasta la misma naturaleza.» El sabrá cómo se concilian ideas tan opuestas.

El cristianismo encontró al mundo dividido en castas, y éstas y la esclavitud eran hechos consumados. San Pablo gritó contra tales hechos, diciendo: Ya no hay esclavos ni libres, ni hombres ni mujeres: todos somos uno en Cristo. ¿Fué esto respetar los hechos consumados?

Mas ¿cuál fué, segun Renan, el pensamiento social de Jesus? Establecer el reino de Dios; y el reino de Dios, segun el mismo, es «el reino del espíritu, la doctrina de la libertad de las almas.» «La idea de Jesus fué, añade, la más revolucionaria que pudo concebir el cerebro humano.»

«¿Pues qué fué lo que distinguió á Jesus de los agitadores de todos los tiempos? Su perfecto idealismo. Jesus, hasta cierto punto, es un anarquista, porque no tiene idea alguna del gobierno civil. Este gobierno le parece pura y sencillamente un abuso. Habla de él en términos vagos y como una persona del pueblo que no tiene ninguna nocion de la política. Todo magistrado le parece un enemigo de los hombres y de Dios; anuncia á sus discípulos que tendrán altercados con los agentes de la fuerza pública, sin pensar ni por asomo que por ello habria por qué abochornarse. Pero nunca la idea de sustituirse á los fuertes y ricos se apodera de él. Quiere confundir la riqueza y el poder, pero no apoderarse de ellos. Predice á sus discípulos persecuciones y suplicios; pero ni una vez siquiera deja entrever el pensamiento de una resistencia violenta. La idea de ser todopoderoso por el sufrimiento, y de que se triunfa de la fuerza por la pureza del corazon, es ciertamente una idea propia de Jesus. Jesus no es un espiritualista, porque todo conduce en él á una palpable realidad; no tiene ni la más ligera nocion de un alma separada del cuerpo. Pero es un completo idealista; la materia sólo es para él la señal de la idea, y lo real la expresion cierta de aquello que no se ve.»

Es imposible encontrar en cuadro alguno tantas ideas que bramen de verse juntas; y en prueba, no hay más que hacer que entresacarlas y ponerlas unas enfrente de otras.

Jesus fué un revolucionario, y esto no obstante, su doctrina tendia al absolutismo de los hechos consumados.

Jesus fué un anarquista; no tuvo idea alguna del órden civil; y esto no obstante, dijo: «Dad al César lo que es del César.»

Jesus no tuvo idea del órden civil; pero mandó á sus discípulos respetar á las autoridades y atemperarse á las circunstancias.

Jesus contribuyó á debilitar los deberes del ciudadano; y prescribió que los ciudadanos fueran sumisos, obedientes, justos, benéficos y cristianos.

Jesus pensó que la libertad y el derecho no son de este mundo; pero pensó instaurar las cosas de la tierra en la justicia y en el órden.

Jesus pensó en una revolucion social, en la que los rangos serian invertidos; pero mandó respetar á los fuertes y á los poderosos.

Jesus miró á los magistrados como enemigos de los hombres, y esto no obstante se sujetó á los magistrados y mandó respetarlos.

Jesus no tuvo la más ligera nocion del alma separada del cuerpo; no fué espiritualista; fué un idealista, y no consideró á la materia más que como la señal de la idea; y esto no obstante, enseñó la resurreccion de la carne.

Jesus pensó que el reino de Dios es sólo el reino del espíritu; y esto no obstante, mandó instaurar todas las cosas de la tierra en Cristo...

Entre tantas y tales contradicciones, nádie puede comprender la doctrina de Jesus, ni la de Renan; y la doctrina de Jesus sobre el reino de Dios, es sumamente sencilla y cierra la entrada á toda contradiccion y á toda duda.

Jesus no quiso, como Licurgo, formar un pueblo robusto, laborioso y guerrero: ni como Numa un pueblo conquistador y dominador; ni como Moises un pueblo sumiso á la ley; Jesus quiso reformar al hombre, curarle de sus dolencias; restablecer la razon y la naturaleza en la religion y en la política; hacer de todos los hombres una sola familia, una sociedad de hermanos, bajo la autoridad de Dios, su padre comun.

Jesus quiso que la razon y la naturaleza recobrasen su imperio, y formasen un comercio sin fin del hombre con Dios y del hombre con el hombre: que por el culto espiritual de un Dios único, padre de los humanos, reinasen para siempre la libertad y la igual-

dad fraternales, venero inagotable de su grandeza y de su felicidad.

Jesus quiso, no hacer guerreros ni dominadores, sino *hacer hombres*, designio superior al de todos los legisladores.

Quiso hacer hombres, para que estos formaran despues las sociedades y las legislaciones.

Destruyó en verdad la idolatría, porque esta llevaba en su seno la servidumbre social; porque la privacion de Dios es la privacion del derecho, porque el goce del uno procura el del otro y engendra la emancipacion del ciudadano.

En este sentido, Jesus fué revolucionario, y léjos de no tener idea alguna del órden civil, ni conocimiento del estado del mundo, como Renan supone, vió que lo urgente y lo trascendental era resucitar la conciencia humana, y colocar la justicia en un lugar inaccesible, donde el pobre encontrara un refugio contra la opresion, un tribunal encargado de su causa.

Jesus sabia que acostumbrándose el espíritu á medir sus opiniones por los dogmas que él proclamaba, á fuerza de ver la igualdad de los hombres ante Dios, la veria tambien ante los hombres. De este modo hizo perder al derecho político sus viejas bases, y buscar otras nuevas en la razon, en Dios mismo.

Pero tal trasformacion, tales reformas no podian verificarse más que por la fuerza ó por el amor. Y como Jesus no queria imitar á Alejandro, ni á César, ni á tantos insurgentes que apelan para todo á la fuerza, eligió el amor, la caridad.

Jesus debia pararse ante la idea de que el hombre es la imágen de Dios, que de este heredó su libertad, y por lo mismo, no pudiendo violentarle, quiso vencerle por el amor. Ah! ¡si obrasen así los revolucionarios!

Jesus sabia que en todos tiempos y en todas partes, no se habia procurado más que castigar á los malos, pero no hacerlos mejores.

Y por esto, si la sociedad los rechaza, la caridad los busca; y Jesus dijo venia á reunir las ovejas descarriadas y perdidas.

Jesus fué la caridad bajada del cielo para elevarnos á él: la caridad, que nos abraza á todos sin atender á las distinciones de la tierra, sin ver más que la imágen de Dios que todos llevamos en nosotros mismos.

Por esto la pobreza no fué después de Jesus, ni deshonra, ni

vergüenza; ántes bien hizo de ella un segundo sacerdocio, pues el pobre proporciona tambien el perdon de los pecados.

Hé aquí la única vena del socialismo, si en vez de utopias predicara que la limosna, por ejemplo, es una deuda productiva, una economía para la vida futura, una inscripcion en el gran libro de los santos.

Para la proclamacion de toda esta doctrina, Jesus tenia que ser mucho más que un filántropo, un huminatario, como hoy se dice, y tal cual Renan le pinta.

En el siguiente artículo harémos ver cumplidamente su divinidad, cuál era el reino de Dios que él concibió y proclamó en todos sus actos.

Cerramos este manifestando el sentimiento que nos causa ver cómo le desfiguran y cuanto le deshonran los que le ensalzan negando su divinidad.

«Si se quiere saber, dice un crítico, en qué consisten tales errores, diré claramente que el panteismo procura hoy en Alemania sustituirse al espíritu del Evangelio, y que á esto está reducido todo el debate. ¿Hasta qué punto la institucion cristiana es flexible para que pueda acabarse esta reforma sin ruptura? ¿El Dios todo personal del Crucifijo, puede convertirse en el Dios-sustancia sin que los pueblos perciban el cambio? El Cristo sobre el Calvario de la teología alemana, sufre hoy una pasion más cruel que la del Gólgota. Ni los Fariseos, ni los Escribas de Jerusalen, le presentaron una bebida más amarga que la que hoy la ofrecen los doctores de nuestros dias. Cada uno le atrae hácia sí por violencia: cada uno quiere encerrarle en su sistema como en un sepulcro blanqueado. ¿El Dios de Jacob y de San Pablo, llegará á ser el Dios de Parmenides y de Spinosa? Todos vivimos en la espectativa de este único y trascendental asunto.»

Bejar 30 de Noviembre 1870.

(*Se continuará.*)

NICOMEDES MARTIN MATEOS.

CASIMIRO PERIER.

I.

Al realizarse la revolucion de 1830 en Francia, la monarquía de Luis Felipe de Orleans tenía que evitar los inconvenientes de la bandera roja, los inconvenientes de la bandera blanca, y los inconvenientes de la bandera tricolor; esto es, la anarquía de la república, el absolutismo de la restauracion y las aventuras militares del Imperio; obra difícil cuando los representantes de estos tres grandes partidos directa é indirectamente batian en brecha la nueva situacion, y cuando ésta ni podia rechazar en absoluto los principios del 89, ni prescindir de dar por base á la monarquía las condiciones esenciales de este sistema de gobierno, ni dejar la dignidad de la nacion francesa á los piés de las grandes Potencias de Europa, todavía unidas en Santa Alianza por los tratados de 1815.

Vencida la bandera blanca con Cárlos X, y sin plan fijo los partidarios de los Napoleones, ni los legitimistas en medio de su estupor, ni los bonapartistas en medio de su sorpresa, eran por de pronto temibles, y las dificultades venian principalmente de los mismos elementos que habian luchado y obtenido el triunfo en las jornadas de Julio, ó más bien por parte de los republicanos, á quienes desde luego era de todo punto imposible considerar enemigos, porque parecian obedecer entónces á Lafayette, Arago, Dupont de l'Eure y demás hombres públicos que levantaron la monarquía de 1830 como la mejor de las repúblicas. Esta situacion excepcional de los republicanos les permitia desgastar y batir la monarquía sin riesgo alguno, á la par que extender su propaganda y sus

medios de accion, que no eran ya pocos ciertamente. La República en Francia tenía en contra los trágicos recuerdos del 93, la tradicion, el sentimiento y la educacion secular del país en el sentido de la monarquía, el horror de todas las clases conservadoras, la perspectiva de una coalicion europea, la amenaza del socialismo, el desenlace de una dictadura, y otros y otros obstáculos que apartaban instintivamente á la sociédad francesa de aquella solucion como de un abismo; pero en cambio sonreia á todas las imaginaciones soñadoras y á todos los corazones entusiastas, aparte de que la República tenía allí, como tiene en otras partes, auxiliares poderosos en las ambiciones que abortan, en las impaciencias que quieren imponerse, en los despechos que aspiran á vengarse, en las malas pasiones, en los apetitos groseros, en las grandes impotencias, en todo lo que se agita y revuelve en los impuros fondos de una sociedad para llegar á la superficie. Así, pues, si la República tenía de un lado apóstoles y mártires que reclutaban en las jóvenes generaciones soldados para la lucha con la perspectiva de su brillante ideal, que aspira á convertir en hechos prácticos todas las utopias del espíritu y todas las generosidades del corazon, tenía de otro á los ángeles caidos de todas las causas, maduros en la perversion, cuando no avezados al crímen, que de la perversion toman consejo y al crímen apelan para obviar dificultades y conseguir la victoria.

Los legitimistas, vencidos por la revolucion de 1830, nada podian hacer directamente contra el Gobierno que se levantaba; pero cuando el interes de la inmensa propiedad que existia en sus manos y la defensa del principio monárquico, una y otro amenazados por la demagogia desenfrenada, los impelia á hacer causa comun con la monarquía de Luis Felipe, como lo hicieron el Duque de Mortemart, Martignac, Royer Collard y otros de sus ilustres representantes, la ira y el despecho por la derrota pudieron más en la mayoría de ellos, quienes favorecieron á los demagogos callejeros, preparando así la anulacion en el porvenir de la aristocracia francesa. Los legitimistas de Francia no supieron ó no quisieron dar á la libertad de su país aquella alta moderacion, aquel feliz contrapeso, aquella patriótica ponderacion de fuerzas que tiene la libertad inglesa en su aristocracia, la que democratizándose y estando en íntimo contacto con las clases medias y populares, ha evitado siempre que el poder caiga en manos de radicalismos licenciosos,

al reves de la aristocracia francesa, que, encerrándose en una hostilidad latente y en un uraño apartamiento, hizo siempre á la Monarquía de Julio la guerra de salon, y privó á la sociedad francesa del poderoso concurso de aquellas fuerzas sociales creadas ya, y que debian de ser modelos en la vida pública, las cuales, ó se perdian en el vacío, formando una sociedad aparte, como en Francia ocurre desde la caida de Cárlos X, ó vendrian por último á enervarse, quizás á envilecerse por completo en disipaciones estériles y en vicios ruinosos, como está á punto de ocurrir en otras partes, en donde la aristocracia, alejada de la vida pública y enemistada sañudamente con el progreso de los tiempos, no da alimento más sano é ideales más puros á la actividad de su espíritu.

Tambien los bonapartistas, á quienes sorprendió la revolucion de Julio, se reanimaron bien pronto á su calor y empezaron á concebir vagas esperanzas, no ciertamente por las vias legales, sino por medio de la conspiracion y de la insurreccion, confiando en el fermento imperial que en el ejército habia dejado la memoria de Napoleon, y dirigiendo sus ojos unas veces á aquel melancólico y legendario vástago suyo que se llamaba Duque de Reichstadt, otras al hijo de la Reina Hortensia, que ya por entónces empezaba la série de intrigas y de complots que le ha permitido levantarse al Imperio, y á que no parece haber renunciado ni áun hoy, en su misma prision de Alemania, después de los inmensos desastres que ha traido á la Francia, sin ejemplo en los antiguos y modernos fastos de la historia.

Pero la Monarquía de Julio daba abrigo en su seno á elementos más disolventes y peligrosos. Necesitaba aquella á toda costa para consolidarse el órden en su política interior y la paz con Europa, y sin embargo, las figuras más salientes de la revolucion ni procuraban lo primero, ni consentian lo segundo. Los hombres políticos que en el Hôtel de Ville presentaron al pueblo la monarquía de Luis Felipe como la mejor república, guiados como estaban en su conducta por miedo á esta forma de gobierno más que por amor al trono, tendian á constituirle de una manera abortiva, negándole en la penosa tarea de su consolidacion sus prerogativas y condiciones esenciales, como en la política exterior Lafayette, Lamarque y Mauguin querian que la nacion francesa fuese el auxiliar de la revolucion en todos los pueblos de Europa. Tal política hubiera costado cara á la naciente monarquía y á la sociedad francesa, si

á tiempo no hubiese sido derrotada en las Cámaras y descartada de los Consejos de la Corona. La Santa Alianza espiaba cuidadosamente todos los movimientos de la nueva revolucion para ahogarla en todo caso en su orígen; y en cuanto á aquellos republicanos que sólo nominal y temporalmente aparecian como defensores de la Monarquía, pronto se vieron privados de aquella aureola de popularidad que en su principio les acompañara, y bien que dieran el vergonzoso espectáculo, que siempre se reproducirá en condiciones seméjantes, de un Gobierno que transigia con el motin para ocultar su impotencia, y que en vez de afirmar y robustecer el poder, lo entregaba desarmado á los embates de la anarquía, engrosada con la impunidad, las masas los dejaron solos, como se apartaron de su lado tambien los monárquicos de convicciones firmes y arraigadas. «Cuando se quiere la Monarquía, dice un escritor republicano nada sospechoso como Luis Blanc, es necesario quererla con todo lo que la constituye, es necesario quererla íntegra. Proclamarla indispensable cuando se la disputa ó niega el derecho de obrar, y hasta los medios de existir con esplendor, es la más peligrosa y la ménos perdonable de todas las imprudencias.»

Afortunadamente la Monarquía de Julio encontró un hombre superior que la salvase de los horrores de la anarquía sin sacrificar la libertad, y de las grandes complicaciones europeas sin menoscabo de la dignidad de la nacion. Ese hombre fué Casimiro Perier.

II.

Casimiro Perier habia adquirido un gran renombre en el período de la Restauracion. Nádie brilló más en la oposicion al Ministerio Villele, el gran Ministro de los Borbones constitucionales. Cormenin, que profesaba á Perier una invencible antipatía, declara, en su libro inmortal de *Los Oradores*, que no ha visto después en el banco de las oposiciones un orador de su temple, de más sagaz penetracion, de elocuencia más sencilla y más pronta, como confiesa que su liberalismo no estaba sólo en los lábios, á la manera que ocurria á los Ministros que después sirvieron á la dinastía de Julio, sino que tenia profundas raíces en su corazon. Al ocurrir, pues la revolucion de 1830, Luis Felipe quiso que fuera Ministro, como buscó para lo mismo á los hombres más notables

de todas las opiniones desde Dupont de l'Eure hasta Guizot y el Duque de Broglie. Constituyóse entónces un Ministerio de conciliacion ó de coalicion para dominar aquellos momentos de crísis, bien que pronto aparecieran frente á frente las dos tendencias que en vano se habian querido armonizar, una que consideraba á la Monarquía como un puente provisional para ir á la República, otra que procuraba amoldarse al modelo de la nacion inglesa de 1688, en que, aún haciendo una revolucion, huía de los procedimientos revolucionarios, colocando la libertad bajo la salvaguardia de la Monarquía; una que daba alimento á la anarquía para no comprometer su popularidad; otra que sacrificaba la popularidad para traer el órden; tendencias opuestas que se daban la batalla diariamente en el seno del Gabinete y á presencia del Rey, que debilitaban el poder, que mantenian la confusion en las Cámaras, que luchaban por imponer sus soluciones y sus personas para todos los cargos públicos, y que hubieran acabado por deshonrar á los Ministros, si los conservadores no hubiesen dejado expedito, franco y libre el poder á aquel escaso grupo de hombres públicos que, sólo con llamarse monárquicos, querian conciliar su radicalismo republicano con la existencia de una monarquía, cuando estas ideas son esencialmente incompatibles, y cuando, á mayor abundamiento, las masas, única fuerza de Lafayette y de su gente, persistian en llamarse republicanas.

En medio de estas tendencias estaba de hecho Casimiro Perier, tan léjos de los monárquicos circunstanciales como de los doctrinarios endurecidos, silencioso en medio de los diarios combates del Gabinete, amigo de la libertad, enemigo de la anarquía, esperando su ocasion y no queriendo comprometerse ni gastar su popularidad ántes de tiempo. Así que, cuando se disolvió el Ministerio de conciliacion, los radicales quedaron dueños del Poder, los doctrinarios se fueron á la oposicion, y Casimiro Perier ocupó la Presidencia de la Cámara, puesto que se reserva de ordinario al heredero de una situacion.

III.

Ocupó la Presidencia del Consejo de Ministros Laffitte, naturaleza bondadosa, espíritu flexible y agradable, de finas maneras, de cariñoso trato, que cautivaba á todo el mundo, pero que no

imponia respeto á nádie; que creia siempre á los demás de su opinion, porque constantemente se acomodaba á la opinion de los demas, sin consistencia de carácter, y que era incapaz de llevar la luz á aquel cáos, como de dar á la agitada sociedad francesa la firme base del órden, que si es necesidad suprema de todo Gobierno, lo es más de todo Gobierno nuevo, porque un Gobierno nuevo, que no sabe, ó no puede, ó no quiere consolidar la paz pública, ni es respetado, si es reconocido por las naciones extranjeras, que no tratan con la anarquía en permanencia, ni ciertamente puede tener la arrogante pretension de fundar un órden de cosas definitivo, incompatible con esa anarquía sistematizada. Desde un principio se vió bien claro que Laffitte no quería reñir con nádie, ni aun con los doctrinarios que habian abandonado el Poder, pues al explicar los motivos de la crísis, declaraba que se habia formado el nuevo Ministerio, porque «tal vez era mejor para comprender bien la revolucion y dominarla bien, no temerla; tal vez las ideas de órden, las verdaderas máximas de gobierno podian llegar á ser más fácilmente populares con ciertos nombres que con otros,» y que se habia creido que se hallaban en ese caso él y sus compañeros de Gabinete, lo cual queria decir bien claramente que se iba á practicar la política de resistencia, la política conservadora, la política gubernamental que reclamaba la sociedad francesa con gritos de angustia, pero que se iba á practicar por medio de hombres simpáticos á la opinion, por medio de hombres de antecedentes democráticos, por medio de hombres populares.

Pero ¿se hizo esa política? ¿Correspondieron los resultados á esas declaraciones?

No habian trascurrido muchos dias desde que se constituyó el Ministerio Laffitte, apénas ocho ó diez, cuando se manifestó la disidencia en su seno en la cuestion del timbre de los periódicos. M. Laffitte, que al fin y al cabo estaba al frente del Ministerio de Hacienda y comprendia la necesidad de defender aquel impuesto para hacer frente á los crecientes apuros del Tesoro, no queria de manera alguna desprenderse de aquel recurso; pero Odilon Barrot, su correligionario político, queria su supresion en nombre de los principios democráticos, porque ante todo convenia garantir y favorecer la libertad de la prensa, «á fin de hacer llegar—como decia en su discurso—á todas las clases de la sociedad esta voz poderosa de la razon, que sólo la libertad de la prensa

puede proclamar.» M. Laffitte, el jefe más caracterizado de la izquierda, no temia comprometer su popularidad, manteniendo aquel impuesto, convencido como estaba de su necesidad desde la altura del Poder; pero Dupont de l'Eure y Odilon Barrot hablaron y votaron en contra de las opiniones formuladas por el Presidente del Consejo de Ministros; escena que se repite en toda situacion revolucionaria cuando un Ministro, bajo la presion y con la responsabilidad del Poder, limita la extension y alcance de las reformas financieras que fuera del Poder proclamara, porque sus propios amigos, exentos de esa responsabilidad y ansiosos de no perder el aura popular, se encargan de desprestigiarle, cuando no le gritan: ¡traicion, apostasía!

Otra cuestion capital, el proceso de los últimos Ministros de Cárlos X, habia pendiente cuando M. Laffitte se encargó del Ministerio, cuestion que podia tener consecuencias más graves y dolorosas. Polignac era cordialmente aborrecido en todo Paris, y la plebe pedia su cabeza; la plebe, que segun la frase de Tácito, ó ha de tener terror, ó ha de inspirarle, y que entónces estaba más cerca de inspirarle que de tenerle. Los diferentes partidos que eran radicalmente hostiles á la Monarquía de Julio, y que amaban el motin, como los pescadores aman el rio revuelto, atizaban ocultamente los malos instintos de la multitud para crear conflictos al Gobierno, y éste, ó tenía que deshonrarse, ó tenía que salvar la cabeza de los amenazados Ministros, porque no se comprendia que un Gobierno regular, colocado en una latitud europea, advertido por la fiebre del 93, y que consideraba un mérito, noble y legítimo ciertamente, haber protegido á Cárlos X miéntras estuvo en Francia, se ensañase en sus Ministros, dando un espectáculo indigno del siglo XIX, y arrojando una mancha indeleble á su historia nacional. M. Laffitte, á pesar de la presion de abajo, estuvo á la altura de su posicion en aquellos graves momentos, y declaró en la Cámara que, cualesquiera que fuesen las maquinaciones de los diversos enemigos del órden, el Gobierno sabria cumplir con su deber, con todo su deber, esperando que todos harian lo mismo, agrupándose en torno del Gobierno, con cuyo motivo los jefes de los diversos grupos de la Cámara, desde Odilon Barrot hasta Dupin y Guizot, éstos con más amplitud y con ménos reservas que aquel, manifestaron su adhesion á los propósitos ministeriales.

Pero las dificultades para el Gobierno no estaban en la Cámara,

ni en los que podia considerar como adversarios en la Cámara, estaban fuera de la Cámara y en el carácter de sus propios amigos. El General Lafayette, Jefe de la Guardia nacional de Paris, desde el primer momento de la revolucion y poco después, aunque con carácter interino, por impotencia del Ministro de la Gobernacion Guizot, Jefe tambien de la Guardia nacional de los departamentos, el General Lafayette, convertido de esta manera en protector de todos los Ministerios y hasta en protector de la nueva monarquía, error en que por fortuna, y á pesar de haber aparecido la aspiracion, no han incurrido los revolucionarios de otros países, era naturalmente el encargado de mantener el órden público en Paris, y sin embargo, el General Lafayette tenía dos grandes inconvenientes para responder bien á lo que de él podia esperar el Ministerio Laffitte: 1.° Su aspiracion clara á dominar el Gobierno, para cambiar su política, así en lo interior como en lo exterior; 2.° Su ingénuo, su ardiente amor á la popularidad, en virtud del cual transigia con los alborotadores, con menoscabo de la ley y con mengua del principio de autoridad, apelando siempre á exhortaciones patriarcales, á temperamentos afectuosos y á condescendencias punibles, que de ordinario, y cuando más, consiguen sólo aplazar los conflictos, ya que no á agravarlos, en frente de tendencias que son irreconciliables y de intereses que son incompatibles.

El Gobierno realmente no vaciló en adoptar una actitud enérgica en contra del motin, durante la vista del proceso de los Ministros. No ménos digna fué la actitud del Tribunal, que era la alta Cámara, y cuando el fallo fué conocido, fallo que ponia á salvo la cabeza de aquellos desdichados, que se creian destinados á ser el prólogo de un nuevo terror, la irritacion de la plebe fué grande, bien que el poder público en todas sus gerarquías, desde el Rey y los príncipes hasta el Prefecto del Sena y el Prefecto de policía, no perdonaron medio para prevenir ó castigar una explosion.

Durante el curso grave y difícil de esta crísis, fué cuando el General Lafayette practicó más abiertamente la política patriarcal á que ántes nos hemos referido. Lafayette y sus amigos trataban de tranquilizar á la multitud, diciendo que con los alborotos comprometian la libertad, y que nada más que con mantener el órden podian esperar como próxima y como segura una transformacion republicana en las instituciones triunfantes en Julio. En vano el Ministerio declaraba en el *Moniteur* y en la Cámara que era ex-

traño á tales promesas, que no habia contraido compromiso alguno; la juventud de las escuelas, la gente moza de las calles, los factores permanentes del motin rodeaban á Lafayette y exigian el cumplimiento de sus promesas, despreciando al pobre Laffitte, y creyéndose ya en el caso y con la fuerza de imponer condiciones al Gobierno que presidia.

Lafayette, pues, viendo que el Ministerio no le seguia en su derrotero, porque Laffitte, aunque para huir las dificultades del momento no desahuciara pretensiones incompatibles con la existencia de la monarquía y las dejara crecer y formular y querer imponerse al Trono, á quien perdonaban generosamente la vida si las tomaba bajo su amparo; Lafayette se encontraba de dia en dia en situacion más comprometida, porque ó tenía que romper ruidosamente con el Rey, y con Laffitte y con sus amigos, que constituian y apoyaban el Ministerio, ó despedirse para siempre de su popularidad parisien y de su popularidad europea, porque lo mismo los republicanos de Paris que los revolucionarios de Polonia, y los de Italia, y los de todas partes, le pedian lo que era imposible darles en una monarquía aleccionada por las escenas del 93 y por los desastres que siguieron á las expediciones militares del Imperio. Quizás y sin quizás, séanos permitido decirlo de paso, por haber querido reanudar la revolucion de 1848 la tradicion de la antigua república, tuvo el fin trágico del 2 de Diciembre, como el Imperio contemporáneo, poderoso é incontrastable mientras representó la paz, ha dejado á Francia la página más lúgubre de su historia cuando ha querido resucitar en Europa la omnipotencia guerrera del primer Bonaparte.

Pero prescindiendo de esta observacion un tanto incongruente, digamos que fortuna fué para la dignidad y autoridad del poder público, en la época á que nos referimos, que las Cámaras obligaran en cierto modo al General Lafayette á presentar la dimision de su cargo de Comandante general de la Guardia nacional de Paris, prohibiendo que aun en los departamentos y en los pueblos pudieran estos voluntarios de la libertad de la nacion vecina tener otro carácter que el municipal, colocándolos á todos bajo la accion y la responsabilidad del Ministro del Interior, que era tanto como suprimir el cargo de Comandante general de los Guardias nacionales de toda Francia, desempeñado por Lafayette. Este ilustre veterano presentó su dimision, no de este cargo, que virtualmente

quedaba suprimido, sino del que desempeñaba en Paris al frente de los Guardias nacionales de aquella capital y fué remplazado por el bravo General Conde de Lobau, sin que ocurriera ninguna conmocion, con gran ventaja del órden público y del órden gerárquico de la Administracion, como ha ocurrido tambien en otros países, en donde los que aspiraban á modelarse en el troquel histórico de Lafayette, aun sin tener su espada, su autoridad, su desinteres y su prestigio, y aparecian como protectores Atlantes de los ministerios, han desaparecido de la escena, ó por mejor decir, se han vulgarizado, con evidente beneficio del órden, de la Administracion y de la buena política.

Laffitte, en el fondo de su corazon, se alegraba de verse libre de un hombre como Lafayette, con quien no se podia reñir, y á quien era imposible complacer; especie de personas, cualquiera que sea su prestigioso renombre, que comprometen y dañan más al lado que enfrente de los Gobiernos, mucho más cuando aquella dimision no produjo más resultado en la composicion del Ministerio que la salida de Dupont de l'Eure, remplazado en el Ministerio de Gracia y Justicia por M. Merilhou, Ministro del Instruccion pública, y éste á su vez por M. Barthe, uno y otro conspiradores infatigables durante la Restauracion, ambos salidos de la fraccion más popular; pero entrambos convencidos de que las sociedades no pueden vivir en perpétua revolucion, y de que sin la firme base del órden es imposible consolidar ni hacer fecunda la libertad.

Esta crísis, sin embargo, colocaba al Ministerio de M. Laffitte en una situacion muy comprometida dentro y fuera de la Cámara, pues disgustando á la extrema izquierda, es decir, á aquellos radicales que perseguian el absurdo de la monarquía republicana, no inspiraba á las masas ni la adhesion del cariño y de la simpatía, ni aquel saludable temor que nace de la conviccion que les debe inspirar todo Gobierno sério de que cualquiera espansion tumultuosa ó cualquiera trasgresion de la ley será inexorablemente castigada; fenómeno que, aunque invertido, se presentaba tambien en las filas numerosas de gentes que en la Cámara y fuera de la Cámara pedian órden y Gobierno, quienes lo temian todo de las veleidades de M. Laffitte y de sus amigos personales, que si en un momento dado hacian frente á la sedicion declarada, contemporizaban con el motin crónico y pacífico, con lo que aquí en España hemos llamado anarquía mansa, en que se desgas-

tan lentamente todos los resortes morales y materiales del Poder público. Achaque es este muy comun en aquellos hombres, en aquellos grupos y en aquellos partidos que han hecho largo tiempo la oposicion, que han extremado todos sus recursos, y que son incapaces de sacrificar una popularidad ruidosa y callejera en cambio de beneficios más positivos y permanentes en esferas más altas, en zonas sociales de superior influencia, porque han depositado todo su ideal de Gobierno en los afectos mudables de la muchedumbre, olvidándose de que si esta grita un domingo «*hossana*, *hossana*;» grita tambien al siguiente: «*Crucifícale*, *crucifícale*,» como decia aún del pueblo inglés el mismo Guillermo de Orange al sustituir con su dinastía la de los Stuardos, y olvidándose no ménos de aquel amargo y elocuentísimo apóstrofe de Mirabeau cuando consideraba lo cerca que está para los hombres públicos en el voluble espíritu del vulgo el Capitolio de la Roca Tarpeya.

Así el Ministerio de M. Laffitte ni era querido ni era respetado por nádie: sólo era tolerado, y si habia vacilaciones para derribarle en la Cámara, faltaban en todos la decision y el gusto de sostenerle. Así, cuando el Gobierno pretendió que la conferencia que á la sazon se celebraba en Lóndres con motivo de la cuestion belga se trasladase á Paris, tuvo que ceder el rey ante la consideracion que le expuso un diplomático en presencia de uno de tantos motines como estallaban por entónces en aquella capital. «¿Creeis, señor, le dijo este diplomático, que la conferencia puede celebrarse mucho tiempo en medio de semejantes escenas?» Así en presencia del saqueo impío de las iglesias y de los brutales desórdenes que estallaron en Paris con motivo de la solemnidad religiosa que debia celebrarse en honra del Duque de Berry, once años ántes asesinado por Louvel, escenas que el Gobierno no supo prevenir con su prudencia, ni contener con su firmeza, ni castigar con su enérgica decision, escenas que fueron el prólogo de otras espansiones por el estilo en Dijon, en Perpignan, en Lilla, en Nimes, en Angoulema y en Arles, los Diputados cesaron de guardar consideraciones con el Ministerio, y provocaron un debate solemne de que M. Laffitte salió herido de muerte.

En vano M. Laffitte se resistia á abrir los ojos á la evidencia, y continuaba creyéndose el hombre más popular de Francia y el hombre más necesario en la Cámara. En vano entró en ese período de sonambulismo que caracteriza de ordinario las postrimerías minis-

teriales de aquellos hombres públicos, especie de Hércules que todo lo pueden fuera ó enfrente del Gobierno, y que, al entrar en el Gobierno, convierten su ineptitud en túnica de Neso, que determina rápidamente su putrefaccion. En vano sus amigos, aquellos á quienes habia sacado de la oscuridad, que ménos aspiraban á sucederle que á infiltrarle sus aspiraciones semi-republicanas, presintiéndose derrotados con él, cubrian sus defectos como el buen hijo de Noé, léjos de asociarse al grito universal de descrédito que se levantaba contra el patriarca democrático, en que ellos se habrian presentado, espectáculo que se ha ofrecido en otros países, como aquel hijo ingrato y desnaturalizado que se reia y enseñaba la desnudez de su padre. En vano M. Thiers, con la inquieta ambicion de los primeros años en que la reflexion y la conciencia entran por poco para escoger el camino del éxito, se agitaba y rebullia á fin de concertar los elementos que habian de constituir un Ministerio sacado por completo de la extrema izquierda. Todas estas tentativas abortaron. M. Laffitte presentó su dimision, y el Rey, constitucionalmente, parlamentariamente, encargó la formacion de un nuevo Ministerio á M. Perier, Presidente de la Cámara de Diputados.

IV.

Casimiro Perier era banquero como Laffitte; como Laffitte habia adquirido Perier gran popularidad en los dias de oposicion á los Gobiernos de Cárlos X; pero Perier creyó que el primer deber, una vez consumada la revolucion, era encauzarla y dirigirla; que la anarquía no podia fundar Gobierno, y que era urgente el restablecimiento de la disciplina social en todas las esferas. Faltaba á Perier ilustracion como faltaba á Laffite; pero tenía la primer cualidad que necesita un hombre de Estado, tenía un gran carácter, una voluntad firme, cosa que se echaba de ménos en Laffitte. La inteligencia de Perier no estaba, pues, fecundada y desenvuelta por el estudio; pero tenía esas felices intuiciones, esos instintos maravillosos que son, recordando lo que dice Royer-Collard, como la parte divina del arte de gobernar y que en Laffitte estaban remplazados por sus eternas veleidades de carácter. La razon de Perier era fria, su temperamento apasionado, de modo que apa-

recia como una naturaleza contradictoria que engañaba frecuentemente, porque el mundo no sabe distinguir y separar á veces el fondo de la forma, tomando por extravíos de pasion lo que acaso esconde mejor la razon fria y el cálculo certero. No es esto decir que Perier fuera hipócrita; pero de natural apasionado é impetuoso, de trato desapacible y uraño, sabia, sin embargo, insinuarse en el ánimo de sus semejantes cuando tenia de ello necesidad, y ni aun en sus genialidades privadas, cuanto más en sus tempestuosos pugilatos de tribuna, dejaba de obedecer á su pensamiento, parecido al buque que se rige por el timon y por la brújula en medio del furor del viento y de las olas. No se resolvia de pronto, lo cual demostraba la circunspeccion de su carácter; pero una vez resuelto, era inquebrantable, lo cual descubria su firmeza y su valor. Por espíritu de justicia era cáustico, implacacable y hasta feroz en su lenguaje para juzgar á los hombres; pero no guardaba rencor á nádie, ni saboreaba con lenta fruicion ó en recogimiento infernal ese manjar del Olimpo que se llama venganza y de que se alimentan en todos los países los dioses mayores y menores de la política, lo cual quizás le proporcionaba grandes amarguras en la vida pública, en que nunca está demás un poco de suavidad hipócrita en las formas, que nos concilia el favor del público, y un poco de intencion constante en el fondo que precava el agravio del enemigo, ya que no haga imposible su renovacion, siguiendo la regla de Tucídides, el gran historiador griego, que dice en el libro I de su historia: «vivirá con más seguridad aquel que se exponga ménos á arrepentirse de haber servido á sus enemigos.» Laffitte era un hombre del momento, no pensaba en el dia de mañana, dejaba hacer, dejaba obrar, y sin tener aquella alta inteligencia y aquellos grandes estudios que necesitan los hombres de Estado para apoderarse de los buenos elementos, de las fuerzas vivas de una sociedad para imprimir una direccion moral en ella y llevarla á la consolidacion de la libertad, del órden y bienestar, ó sea á una normalidad fecunda, faltábanle energía, valor y firmeza para oponerse al desórden, para domar las malas pasiones y para vencer, ó al ménos para batir y castigar la anarquía. No era grande tampoco la instruccion de Perier, ni se cernia su inteligencia á la manera del águila por las alturas de la especulacion filosófica; pero enemigo como era de las teorías, tenia algunas ideas generales, algunas

ideas matrices á las cuales conformaba su marcha en las esferas de la gobernacion del Estado, y sobre todo, sin contar el número de sus enemigos, sin contar con el éxito, como aquel que cumple con su deber, dejando á los sucesos en manos de Dios, que es en definitiva el que gobierna las sociedades humanas, luchaba en la tribuna, luchaba en el Gabinete, luchaba en la plaza, luchaba en todas partes con la anarquía, porque en todas partes tambien se presentaba ésta, virus morboso que deja en la atmósfera toda revolucion al regularizarse, como la resaca que agita el fondo de los mares cuando ya la tempestad no azota la superficie. «Me faltan muchas cosas, solia decir Perier, pero tengo corazon, tacto y fortuna,» y tenía razon, aun en lo del tacto, que muchos negaban, porque sus genialidades, sus desentonos y sus asperezas le servian para aterrar á los adversarios y para inspirar aliento y conducir á los cobardes y á los indecisos de la Cámara, cási siempre en mayoría. Laffitte amaba el poder por el poder mismo, orillando dificultades por medio de menudos expedientes que las agravaban después, cuidándose poco de la unidad de pensamiento y de accion en el Ministerio que presidia, indiferente á la significacion política de sus compañeros y eternamente perseguido por sus intermitencias de opinion. Perier por el contrario no aceptaba el poder sino como palanca en que apoyarse para salvar á la sociedad del abismo de la anarquía, pensaba en el porvenir, queria constituir un Ministerio fuerte por la unidad de pensamiento y de accion, y se adelantaba á vencer todos los obstáculos, vinieran de donde viniesen, que encontrase en la marcha que se habia propuesto seguir de hacer entrar á todos los poderes y á todos los ciudadanos en la órbita de la ley.

Quizás habria sido mejor haber estudiado el carácter de Perier sin desenvolver este paralelo con su antecesor Laffitte; pero no hemos podido resistir la tentacion de consignar el contraste que ofrecian estos dos hombres públicos, colocados ámbos en la cuna de la Monarquía de Julio de 1830, y de los cuales, el uno, simpático y agradable á todo el mundo, la conducia á una catástrofe, y el otro, rudo y hasta déspota con todos, la afirmó y la robusteció con varonil iniciativa en el fugaz período que presidió el Consejo de Ministros.

V.

En los momentos de agonía del Ministerio Laffitte, esto es, cuando el Gabinete estaba de cuerpo presente en las Cámaras y luchaban por constituir una situacion definitiva los dos corrientes, las dos tendencias que hemos dado á conocer en capítulos anteriores, Laffitte, como quien presiente su próxima ruina y no descubria eventualidades de rehabilitacion, hacía esfuerzos desesperados por mantener su posicion ministerial y se prestaba á todo, al paso que Perier, seguro de su fuerza, conocedor del gigantesco trabajo que iba á acometer, no hacía concesion alguna, y presentando de antemano al rey el cuadro sombrío de la situacion y de las inmensas dificultades que debia de vencer, pedia completa libertad de accion en todo, lo mismo para la formacion del Ministerio que para la marcha política que se proponia seguir. Nó, no era Perier de la estofa vulgar de esos estadistas impacientes y desleales que pasan por todo para entrar en el Ministerio y satisfacer una punible ambicion ó una vanidad estúpida, y luego, cuando encuentran la carga superior á sus fuerzas, buscan ó hacen una crísis cómoda para eximirse de responsabilidades y retirarse del fuego de la batalla con todos los honores y con todos los beneficios que se ambicionaron. Perier entraba en el Ministerio como deben de entrar los grandes hombres de Estado, para salvar la pátria y la Monarquía de Julio en crísis tan suprema ó para sucumbir como bueno en su puesto de Ministro, á la manera de aquel heróico convencional, Bazire era su nombre, que si no habia hecho pacto con la victoria, lo habia hecho con la muerte, y que en efecto un año después entregaba su cabeza al verdugo.

Perier, pues, constituyó el Ministerio á su gusto, y lo constituyó de modo que se evitaba desidencias y rivalidades en el porvenir, sin lo cual las situaciones que aparezcan más robustas arrastran siempre una existencia penosa, miserable y abortiva. Entregó el Ministerio de Hacienda al Baron Luis, aquel que decia: «dadme buena política y os daré buena hacienda;» palabra profunda que revela que la prosperidad financiera de un país más que en el departamento del ramo, radica en la Presidencia del Consejo de Ministros; confió el Ministerio de Negocios extranjeros, tan im-

portante en aquellos momentos de agitaciones en toda Europa, al General Sebastiani, espíritu lento en concebir y tardo en expresarse, pero político de razon fria y de temeridades prudentes, como lo son de ordinario los políticos de raza italiana que recordaba su apellido; puso al frente del Ministerio de la Guerra al Mariscal Soult, la gloria militar más grande y ménos discutible que tenia Francia, y como el Mariscal Soult estaba solicitado de diversos lados para dar nombre á una situacion, fenómeno que tanto se reproduce en todas partes, porque las ambiciones civiles liliputienses siempre buscan una espada para prosperar y subir, y como el Mariscal Soult habia manifestado alguna vacilacion en dejarse presidir por Perier, éste le abordó la cuestion de frente y le pidió una contestacion perentoria para llamar de otra manera al Mariscal Jourdan, cuya palabra tenia, con lo que el Mariscal Soult dejó de resistirse; y bien que no se sometiera á Perier sin reserva, como dice un escritor de aquella época, le sirvió sin objecion, pudiendo siempre más el frac negro de Perier, que la deslumbradora gloria militar del Duque de Dalmacia. Por su parte no queria ocupar más que la Presidencia del Consejo de Ministros á fin de que, libre de toda preocupacion, pudiera atender mejor á la política general del Gabinete; pero bien pronto se convenció de que, cuando la sociedad francesa estaba tan conmovida, de tal manera que eran cási un hecho las palabras de Mirabeau, que lo de abajo estaba arriba y lo de arriba abajo, no era posible gobernar sin tener á sus órdenes inmediatas el Ministerio del Interior, tanto más cuanto que, cualesquiera que fuesen las dificultades exteriores, los destinos de Francia se resolvian dentro y no fuera del país, porque ó la anarquía crónica, la anarquía, ya mansa, ya terrible, en que se consumia la vitalidad de la nacion se dominaba, ó Francia podia contar con el desprecio de las demás naciones, y acaso con una nueva intervencion europea. Los demás Ministerios fueron confiados á auxiliares inteligentes y animosos, que obedecian dócilmente á Casimiro Perier, y de quienes se servia como si fueran Subsecretarios, razon por la que se censuraba su absorbente y avasalladora iniciativa, hasta el punto de que sus enemigos le llamasen el Rey Casimiro; pero si este defecto no puede perdonarse á las medianías presuntuosas ó á las prematuras decrepitudes intelectuales que quieren imponerse con formas uranas y descorteses, puede y debe perdonarse á las verdaderas superiorida-

des, al génio reconocido, á los grandes caracteres, como se perdonaba á Richelieu, como se perdonaba al Cardenal Mendoza, como se perdonaba á Cisneros, como se perdonaba á Lord Chatan, de quien decia su cuñado Lord Greenville que queria ser en los Gabinetes la unidad seguida de ceros, como se perdonan hoy al Conde de Bismark sus geniales asperezas en los Parlamentos prusianos.

Concluyamos este capítulo en que hemos dado á conocer el Ministerio que constituyó Perier, consignando el modo que tuvo de salir al encuentro de toda intriga palaciega á la raíz misma de su exaltacion al Poder, el dia siguiente de haber jurado en manos de Luis Felipe. Sabia Perier que su nombramiento habia sido mal recibido por los cortesanos, por el Duque de Orleans, por la familia del Rey, y al presentarse en Palacio por vez primera, al observar los cuchicheos de los cortesanos, la frialdad de la Princesa Adelaida, la seriedad hostil del Duque de Orleans, Perier pidió al Rey hablar algunos momentos á solas, y le dijo brusca y repentinamente: «Señor, os presento mi dimision.» El Rey se quedó sorprendido y Perier continuó: «Enemigos en los clubs y enemigos en la Corte, es demasiado, Señor, es demasiado. Es absolutamente imposible hacer frente á tantos ódios á la vez.» Luis Felipe, que realmente tenia suma habilidad y tacto exquisito para tratar á los hombres, le dió mil explicaciones; pero su primer Ministro continuó inflexible en el propósito manifestado, y la hermana del Rey, la Princesa Adelaida, y su hijo, el Duque de Orleans, tuvieron que dar tambien sus explicaciones para aplacar al irritado Ministro.

La posicion, pues, de Perier en Palacio desde el primer momento era sólida, era firmísima. No ménos firme, no ménos sólida lo iba á ser tambien en las Cámaras y en el país, en frente de las fracciones hostiles á su política ó á la dinastía proclamada.

VI.

Al empezar este trabajo, digimos que la revolucion de Julio tenia que evitar los inconvenientes de la bandera blanca, esto es, el fermento absolutista, la levadura cortesana que existe y se desarrolla en todos los palacios, aun en los que más siguen y obedecen las palpitaciones de la opinion pública. Cuando subió al

trono Luis Felipe, sus primeros Ministros, aun aquellos que eran semi-republicanos, cuidaban de celebrar sus consejos en presencia del Rey, consentian hasta cierta intervencion en la gobernacion del Estado á su mismo hijo el Duque de Orleans, bajo el plausible pretexto de que se iniciase en esta árdua tarea, se daba conocimiento al Monarca de todos los despachos oficiales ordinarios y telegráficos ántes que al Ministerio, y aun el *Moniteur* solia insertar algunos sueltos y algunos artículos que procedian del gabinete particular de Luis Felipe, sin conocimiento y sin aprobacion del Consejo de Ministros. Perier, bien que no adulara á la muchedumbre y no blasonara de opiniones democráticas como Laffitte, descartó del Consejo de Ministros la influencia personal del Rey y de su hijo, hasta tal punto, que hacía anunciar por medio del periódico oficial que los Consejos de Ministros se celebraban en su casa, no en Palacio, y, segun un testimonio nada sospechoso, como es el de M. Guizot, hacía bien Perier en dar importancia á este asunto, porque á los ojos del público, aquellos anuncios del *Moniteur*, fueron una demostracion elocuentísima de su firme voluntad y de su poder. Igualmente consiguió que el Duque de Orleans no asistiera á los Consejos de Ministros, á fin de mantener mejor la unidad del Gabinete y de evitarse toda fiscalizacion y todo obstáculo por parte del heredero del trono.

Hizo más Perier en este sentido, pues al mismo tiempo que dió órden al Director del *Moniteur* para no publicar artículo ni nota alguna que le viniese del gabinete particular del Rey, exigió que, ántes de ser enviados á Palacio, se le diese conocimiento, como Presidente del Consejo de Ministros, de todos los despachos telegráficos de las provincias y de los representantes de Francia en el extranjero. A tal extremo llevaba su susceptibilidad en este punto, que, al abrirse las Cámaras, Perier no sólo redactó el Discurso de la Corona, sino que en la sesion régia él entregó al Soberano su discurso, dándose el espectáculo de que el Presidente del Consejo de Ministros siguiera su lectura por medio de una copia, como si estuviera dispuesto á señalar desde luego las faltas ú omisiones en que el Rey incurriese.

Son malas todas las exageraciones, y por mala tenemos la exageracion en que incurrió Perier, pero hay que hacer completa justicia á los móviles que determinaban su conducta. Perier estaba inspirado por un criterio superior y por un sentimiento nobilí-

simo en favor de la Monarquía constitucional y parlamentaria. Los hombres de estas opiniones que ocupan el Poder en circunstancias extraordinarias y tienen que combatir las pretensiones anárquicas de los partidos, deben de sacar gran fuerza moral de la severidad de su conducta en los Palacios. Después de todo, aquellos demagogos que más vociferan en los clubs, son tarde ó temprano los lacayos más serviles de los reyes y saben acomodar hábilmente sus aficiones teóricas á la república con una predisposicion práctica de primer órden, que reside en la flexibilidad de la espina dorsal, á hacerse los instrumentos más bien templados de las tiranías. El liberalismo de muchas gentes no es resultado de convicciones profundas, sino fruto enfermizo de un estado morboso del ánimo, conviccion de impotencia ó sugestion de la envidia, y este linaje de sujetos, demagogos ó monárquicos circunstanciales, si por ironía de la suerte ó por azar de las revoluciones llegan á aquellos puestos á que no podian aspirar en un órden regular de cosas, en que el mérito se inicia y se levanta penosamente por cima de los favoritismos y las pretensiones injustificadas, son siempre en los palacios los más acomodaticios, los primeros que se presentan galoneados de oro en sus antecámaras, los más ávidos de bandas y cruces nacionales y extranjeras, lo cual á la larga les trae el desprecio de arriba y de abajo, cuando el puritanismo de hombres como Perier, su severidad constante, su noble austeridad que no se acomoda á las complacencias palaciegas, y que hace poco caso de llevar sobre el pecho estas ó aquellas insignias, acaban por inspirar el respeto más profundo á los Palacios y á la muchedumbre. Por tanto, sin aplaudir la exageracion en que incurrió Perier, creemos que la conducta que observó en sus relaciones oficiales con Luis Felipe, le dió inmensa autoridad moral para hablar alto en las Cámaras, como el negarse á recibir todo gran cordon extranjero le dió gran fuerza para defender la política nacional que se resumia en aquella célebre frase suya: «la sangre de los Franceses no pertenece más que á Francia (1).»

Todavía Perier llevó más allá su espíritu de independencia en

(1) El Néstor de la diplomacia europea, Príncipe de Meternich, queria conferir á Perier el gran cordon de la primera órden de Austria; pero desistió ante la consideracion que se le expuso de que semejante distincion haria daño en Francia á la consideracion personal del Presidente del Consejo de Ministros.

una cuestion personal del Rey y de su familia, en la cuestion de la lista civil. En los primeros dias de la revolucion, en que dominaban en el Gobierno las influencias radicales, las influencias semi-republicanas, Laffitte fijó en 18 millones de francos la dotacion pecuniaria de la Casa Real, suponiendo algunos que esta dotacion excesiva y que el Rey, sin estar regularizada, percibió durante algun tiempo, tenia su orígen en pactos secretos, en transacciones misteriosas con hombres que en aquella ocasion recogieron el fruto de largas luchas parlamentarias (1). Perier, á pesar de no figurar en el grupo de los amigos de Laffitte, partidarios de una Monarquía semi-republicana, rechazó por excesiva la cifra de 18 millones, y quiso y consiguió de Luis Felipe dejar á la Cámara en absoluta libertad de fijar la dotacion que le pareciese conveniente. Pero después que la Cámara se pronunció, después que una comision de su seno fijó en 14 millones la dotacion del Rey, y cuando muchos Diputados, atendiendo más al aspecto económico que al político de esta cuestion, como si se tratara de regatear el precio de una máquina, segun la frase de M. Guizot, que habia de servir por algun tiempo á la alta gobernacion del Estado, Perier hizo uso de la palabra y pronunció un admirable y elocuentísimo discurso en defensa de la lista civil. Nosotros hemos leido recientemente en la coleccion del *Moniteur* las discusiones arrebatadas de aquellos dias, nosotros hemos admirado aquella grandilocuente peroracion de Perier, verdadero monumento de su gloria como orador y como hombre de Estado, y confesamos ingénuamente que Perier en aquellos debates prestó un servicio inmenso á la Dinastía de Julio.

«Se ha hablado, decia Perier, de la política ministerial para oponerse á este proyecto de ley. Parece que se dice que este no debe aprobarse para no dar un voto favorable al Ministerio. Ah! ¡Señores! ¿Puede tratarse aquí de un Ministerio ó de un sistema político? Si en cuestiones de este género puede levantarse el Ministerio como una nube entre vosotros y el Trono, si se quisiera hacer solidaria á la corona de la oposicion que merece ó suscita una política ministerial, apresuraos en el interes permanente del país, apresuraos á derrotarla en vez de hacer responsable al Trono de la

(1) Europa después del advenimiento de Luis Felipe.—Capefigue.—Tomo V, capítulo VII.

desconfianza que ella os inspira. Perezcan todos los Ministerios ántes que el cargo más ligero pueda dirigirse al Trono.

»Oposicion á nosotros, á nuestros actos, á nuestras ideas, pero respeto al Trono, que aquí no debe de encontrar más que la unanimidad, sobre todo como una respuesta elocuentísima á esas coaliciones exteriores de los partidos y de las pasiones políticas que se agitan alrededor de los poderes contra los poderes mismos, contra las Cámaras tanto como contra el Trono.

»Creedme, los que no habiais nacido aún á las luchas parlamentarias cuando ya nosotros defendiamos estas libertades que nos acusais hoy de desconocer, cuando nosotros las defendiamos hasta en la existencia del poder público, que es su primer garantía; credme, en nombre de la libertad misma, en nombre del porvenir de la nacion, en nombre del órden social que ha buscado su refugio en la Monarquía, en nombre de nuestras instituciones que no tienen más sólido apoyo que el Trono, que se levanta en medio de ellas para protegerlas en el interior y defenderlas en el exterior.

»Creedme; no consintais que se intente humillar á esta monarquía en quien, delante de Europa y delante de Francia, reside el honor nacional, puesto que ella fué nuestro voto, puesto que es nuestra obra, puesto que ella será nuestra salvacion.

»Yo os conjuro á ello por el porvenir de todos. No permitais que el insulto, que la desconfianza, que la sospecha pueda aproximarse á esta Corona que hemos colocado magestuosamente sobre nuestra revolucion como una prenda de seguridad para todos.

»Esta Monarquía, señores, es la libertad misma! En ella reside vuestra fuerza, vuestro poder, vuestra gloria. ¿No es al Rey á quien se ha confiado el cuidado de vuestra independencia? ¿No es al Rey á quien incumbe hacer prevalecer en el exterior la influencia del país? ¿No es el Rey el que manda nuestro ejército, que tiene la llave de vuestros destinos? Todo lo que hagais por la Monarquía ¿no lo haceis por la pátria, á quien sirve de expresion? La fuerza que le dais ¿no vuelve al país? Los respetos de que la rodeais ¿no la asegura de los homenajes de las naciones extranjeras?»

Este discurso fué recibido con unánime aprobacion, y los párrafos que hemos trascrito con aplausos repetidos en la extrema izquierda, empezando por Odilon Barrot, que así lo consignó interrumpiendo á Perier. De modo, y haciendo uso de una frase gráfica que hemos leido hace pocos dias en un discreto periódico de

nuestra pátria, que si Perier hablaba á Luis Felipe en revolucionario, obraba en el Gabinete y en las Cámaras en conservador, al revés de Laffitte, que si hablaba en Palacio en conservador, y lo que pasó en la cuestion de la lista civil lo demuestra, obraba en el Gabinete y en las Cámaras como revolucionario, diferencia esencialísima que tenía su raíz, no en la índole de la inteligencia, sino en el carácter respectivo de Laffitte y de Perier.

Esta actitud del gran Ministro era de esperar. Desde que se hizo cargo del Gabinete, habló al país un lenguaje claro y explícito. Queria asegurar la consolidacion y el desenvolvimiento de las libertades conquistadas en Julio, pero buscaba este resultado con firmeza y con resolucion, de la única manera que era posible conseguirlo, con la reconstruccion del órden social, con la afirmacion sólida de la Monarquía. Fuerte con la unidad de pensamiento y de accion del Gabinete que constituyó, no necesitó de largos consejos de Ministros para exponer á las autoridades de los departamentos su política, y no guardó un silencio que hubiera acusado ó falta de un plan de Gobierno ó impotencia en el Gabinete para realizarle por efecto de dualismos ó de incertidumbres, si deplorables siempre, mortales en épocas de crísis suprema en que los egoismos están en espectacion, las cobardías en retraimiento, las conciencias en duda, y en eterna ebullicion y en demoledora actividad las audacia y las malas pasiones que no rige la moral, ni doma, ni siquiera templa ó despunta el patriotismo. Perier, una vez Presidente del Consejo de Ministros y Ministro del Interior, dirigió á los Prefectos una circular en que exponia sin dudas y sin vacilaciones una política elevada, firme y patriótica. «Sabed bien y decid á todos, — así se expresaba, — que el Gobierno, deseoso de asegurar la duracion y el desenvolvimiento de las libertades conquistadas en Julio y establecidas en la Carta, no reconoce más enemigos que aquellos que meditan la ruina de las instituciones ó que conspiran contra la paz pública. No hace la guerra de modo alguno á las opiniones miéntras no se conviertan en actos contrarios á las leyes; pero todas son hostiles á sus ojos desde que acuden á la fuerza para triunfar. Estos principios deben dirigir vuestra conducta con relacion á aquellos partidos que se producen, después de algun tiempo, con demasiada audacia. Las opiniones deben estar consideradas y respetadas las creencias. La libertad de cultos, sobre todo, debe ser sagrada lo mismo para el Poder que para todos. Im-

porta, sin embargo, á la moral pública y á la tranquilidad general, que jamás la irrision y el ultraje puedan ofender lo que una gran parte venera, y lo que las naciones civilizadas han siempre respetado.

«En otros partidos han aparecido hombres, tal vez amigos de la revolucion, pero poco favorables al Gobierno que ella se ha dado, que desprecian las leyes y los poderes regulares. Unos, seducidos por quiméricas esperanzas, sueñan con un cambio en las formas mismas de la sociedad; otros, á quienes domina un gran recuerdo, oponen otro nombre al nombre del príncipe que ha elegido el voto nacional. Tiempo es ya de que acabe semejante estado de cosas. Si la Administracion no se muestra fuerte y decidida, si las tentativas de desórden se renuevan todavía, se comprometeria la prosperidad pública, se agravarian los sufrimientos de la industria y del comercio, y vacilaria en el ánimo de los hombres honrados la fé en la fuerza y duracion de estas instituciones, y se alteraria á los ojos de los pueblos de Europa el bello carácter de nuestra revolucion. Si el órden no recobra su imperio y la sociedad su reposo, las elecciones próximas no serian ó al ménos no aparecerian libres.... El Gobierno no quiere ser fuerte sino en interes mismo de la libertad.... En cuanto á los delegados del Poder, que sepan todos que el Gobierno quiere ser obedecido. Aquellos que le sirven no pueden, sin inferir un grave perjuicio, contemporizar con las pasiones facciosas ó transigir con la violencia. La proteccion del Gobierno está asegurada á los funcionarios que hagan ejecutar con firmeza las leyes del país, y que no hagan traicion, por complacencia ó por debilidad, á la confianza del Poder y á los intereses de la sociedad. Seguid esta línea de conducta, sin vacilaciones, Sr. Prefecto, y no os faltará el apoyo necesario....»

Así, pues, si Casimiro Perier, léjos de obrar como cortesano cerca de Luis Felipe, obraba con desabrimiento y con aspereza; sabia, sin embargo, fuera de Palacio obrar como un Ministro constitucional y obrar con resolucion, dejando á la Corona en la altura á que no deben de llegar los tiros empozoñados de los partidos, y adelantándose por su parte á la arena del combate como el campeon valeroso de la Monarquía, como un Bayardo entre los Ministros constitucionales, modelo que deben de seguir aquellos que están obligados á salvar y arraigar una dinastía en los instantes críticos de su nacimiento, y cuando los partidarios de otros príncipes ó

que aspiren á cambiar los fundamentos mismos de la sociedad, al verse vencidos, estallan en los paroxismos más violentos de cólera y de despecho.

Y como se conducia Perier con el Monarca, se conducia tambien con sus compañeros de Gabinete, á quienes, segun la opinion vulgar, tenía completamente sojuzgados y humillados. M. Montalivet, Ministro que era con Perier y de los más útiles, al defender la lista civil, habló de *súbditos*, y como los amigos de Laffitte estaban profundamente irritados, como perseguian el ideal irrisorio de la monarquía republicana, como hasta para distinguirse y singularizarse en este sentido, cosa que tambien han hecho algunas contadísimas personas en otro país en ocasion semejante, habian querido un *jefe de los Franceses*, quizás temporal, y de ningun modo un *Rey de Francia* con súbditos fieles y sometidos; como todo lo que sobresalia del vulgarismo revolucionario, de su educacion y de sus instintos de constante conspiracion, les heria ó les daba pretextos de escándalos, se avalanzaron en la Cámara contra M. Montalivet, y quisieron incendiar la opinion en su contra; pero Perier, que no se parecia á esos jefes de Gabinete, cortados por el patron de Laffitte, que cuando sobreviene una tempestad parlamentaria procuran salvarse entregando á sus compañeros al Minotauro de la oposicion; Perier, que no se pasaba de fino ordinariamente con sus compañeros de Gabinete, ó con sus *cómplices*, como los solia llamar en sus raras espansiones de buen humor, Perier defendió á Montalivet, y Montalivet quedó en el Ministerio, á pesar de la cólera y de los escándalos del partido revolucionario, que aprovechó aquella ocasion para sumar sus fuerzas y presentarlas unidas en una protesta solemne contra el Ministro.

Otro tanto hizo en favor del General Sebastiani, cuando éste al dar cuenta de los desastres de la insurreccion de Polonia, pronunció aquella frase, tan célebre desde entónces: «Segun las últimas noticias, el órden reinaba en Varsovia.» Francia ha demostrado siempre una ardiente simpatía en favor de la infeliz Polonia, y la desgraciada frase del General Sebastiani heria en lo más vivo este sentimiento, entónces tan sobreexcitado porque se creia en la resurreccion del pueblo mártir de Europa. La oposicion se apoderó de aquella frase, y apoyándose en el sentimiento nacional, quiso abrir brecha en el Ministerio presidido por Perier; pero el Presiden-

te del Consejo sostuvo enérgicamente á su compañero, y la tempestad fué conjurada.

Así Perier era el mejor Ministro de la Corona, distando mucho de ser cortesano. Así era el mejor jefe de Gabinete respecto á sus compañeros, distando mucho de ser su carácter amable y simpático. No parándose en la superficie, y encarnando en la realidad de las cosas, penetrando en el fondo, discurriendo sobre su esencia, es necesario confesar que Perier era el gran Ministro, el hombre de Estado sin rival para Francia y para la Dinastía de Julio en aquella ocasion suprema.

Y ántes que todo, Casimiro Perier se imponia como obligacion principal é ineludible el cumplimiento de la Carta y de la ley. Dentro de la Carta y de la ley se oponia á la influencia personal de Luis Felipe, pero dentro de la Carta y de la ley obraba siempre y resistia á las oposiciones. Necesitaba estar provisto de una ley eficaz para reprimir los grupos sediciosos, y hacia cuestion de Gabinete su aprobacion. Necesitaba colmar el déficit de la Hacienda, venida á ménos con la revolucion, y hacía cuestion de Gabinete el recargo de 55 céntimos sobre la contribucion territorial, y de 50 céntimos sobre la cuota industrial, exigiendo á la par, con dicho objeto, un crédito eventual de 100 millones de francos, y otro extraordinario de millon y medio para gastos secretos. Las Cámaras hacian justicia á Perier cuando exigia de ellas estos sacrificios como la cosa más natural del mundo, por creerlos de absoluta necesidad para la salvacion de la pátria, de la Dinastía de Julio y del órden social por tantas partes amenazado, porque tenian la conviccion de que el Presidente del Consejo no exigiria de ellas más de lo absolutamente necesario, y que negárselo ó escatimárselo, ó manifestar sencillamente algunas dudas en concedérselo, sería determinar el propósito irrevocable de abandonar el Poder en un hombre, tan noblemente consagrado á la causa del bien, pero tan escrupuloso observador del pacto constitucional y de las prácticas parlamentarias.

Así, por ejemplo, cuando los legitimistas atizaban el fuego de la sedicion en los departamentos del Oeste, en el corazon de la Vendée, los Diputados de aquellas comarcas pedian medidas excepcionales, reclamaban el estado de sitio para precaver el peligro, y Perier les contestaba siempre: «No lo hago, porque estoy convencido de que en el régimen actual la ley comun debe de

bastar para todo. Paris ha visto como el tumulto ha turbado su tranquilidad. ¿Quién hubiera pensado en declarar á Paris en estado de sitio? No hay necesidad de él tampoco en esas provincias. El órden de la Vendée por el imperio de las leyes, la paz en Europa por respetos á la fe jurada, hé ahí el modo de contestar á muchos cargos, de disipar muchas alarmas y de unir en torno del Gobierno muchas convicciones.» Así tambien, cuando se reunió la nueva Cámara de Diputados, no habiendo tenido el candidato ministerial para la Presidencia más que cuatro votos de mayoría sobre Laffitte, se apresuró á declarar que esta no era una mayoría suficiente para gobernar, abandonando desde luego el Poder, y en vano el Rey, las Cámaras, las clases conservadoras, el país entero, á quien habia librado de la anarquía, hubieran reclamado de Perier la continuacion en el Ministerio, á no presentarse de repente en Bélgica el conflicto internacional más grave de aquellos dias con la invasion del Rey de Holanda, rompiendo el armisticio concertado; hechos que hicieron retroceder al Presidente del Consejo en su resolucion ante la responsabilidad inmensa que contraia como representante del honor y de la seguridad de su país cuando los ejércitos franceses debian dirigirse á Bélgica instantáneamente para oponerse á los del Rey de Holanda. Así tambien pedia á sus amigos entera y leal adhesion, diciéndoles privadamente cuando amenazaban con abandonarle en alguna cuestion dudosa: «¡Me rio de mis amigos cuando tengo completa razon! Cuando yo los necesito es cuando ésta me falta;» y de sus enemigos rechazaba toda indulgencia con desden y con ira, diciéndoles públicamente desde lo alto de la tribuna: «No acepto vuestra indulgencia; yo no os pido más que justicia, y no quiero más que la estimacion de mi país.» Así, por último, un dia de motin de Paris, el dia en que se recibió la noticia de la toma de Varsovia por los Rusos, las turbas en actitud airada detienen el carruaje en que iba Perier con el General Sebastianí; pero Perier, con admirable presencia de ánimo las interpela: «¿Qué quereis?»—¡Viva Polonia! contestan. ¡Queremos nuestras libertades! —¡Las teneis; pero ¿qué uso haceis de ellas? Venis aquí á insultarme y á amenazarme, á mí, que soy el representante de la ley que os protege á todos!» Las enérgicas palabras de Perier, su fiera altivez, acaban con los gritos y contienen las turbas, salvando con fortuna aquel grave conflicto.

La ley, y nada más que la ley! hé aquí el principio fundamen-

tal á que ajustaba su marcha como Gobierno Casimiro Perier. No tenía con el Monarca serviles complacencias, pero su pecho era siempre el mejor escudo del Trono en las Cámaras y en las calles. No obedecia á las inspiraciones personales de Luis Felipe, pero en cambio atraia sobre sí con superior patriotismo todas las odiosidades políticas, á modo del salvador para-rayos que preserva los palacios de los estragos de la tempestad, dejando á la Corona en aquella altura serena y majestuosa adonde sólo deben llegar las bendiciones del pueblo, el amor de los ciudadanos y el respeto de los partidos. M. Guizot, á quien tan cruda guerra se hizo en las Cámaras y fuera de las Cámaras, en los últimos años de la Monarquía de Julio, por ser el instrumento personal de la política del Rey, dice en sus Memorias, «que es necesario tener en cuenta que el Trono está ocupado por una persona inteligente y libre, que tiene sus ideas, sus sentimientos, sus deseos, su voluntad:» pero si esto no puede negarse, pero si no puede negarse que el deber de un Ministro constitucional no es asegurar la preponderancia de la Corona sobre las Cámaras, ni de éstas sobre aquella, sino procurar su armonía, tambien es evidente que nunca será bastante el cuidado que pongan los Ministros en acreditar la perfecta y absoluta independencia de su política, extraña y hostil como debe de ser á aquellas ideas, á aquellos sentimientos, á aquellos deseos, á aquella voluntad, en tanto que no se ajustan y acomodan con los intereses generales del país. Sólo á este precio logran los Ministros librar al rey de toda responsabilidad legal y moral: sólo de esta manera son útiles á las monarquías los Ministros constitucionales: sólo así se realiza, práctica y fecundamente, el *self-government*, esto es, el gobierno del país por el país mismo. Súpolo hacer así Casimiro Perier, y por eso afirmó, levantó y robusteció una monarquía que nacía débil, enfermiza, fuertemente contrariada. No supo inspirar esta confianza M. Guizot al país, y por eso asistió y contribuyó á la pérdida de un trono ilustre, á propósito del que, dias ántes de estallar la revolucion de Febrero de 1848, decia el primer Ministro de Rusia, Nesselrode, estas palabras, melancólica expresion quizás de una envidia nacional: «Gracias á las instituciones liberales, Francia habrá ganado más en quince años de paz que en veinte años de conquista.»

VII.

Pero si Perier demostró gran firmeza y gran energía para encerrarse en el espíritu de la Carta y someterse á las exigencias parlamentarias, descartando de los consejos del Ministerio responsable la influencia personal del Rey, no mostró ciertamente una resolucion ménos varonil y ménos heróica en dominar completamente un mal que ha deshonrado y perdido la libertad en todos los pueblos de orígen latino; el mal de la anarquía. La revolucion de Julio en Francia, como toda revolucion, abrió una brecha profunda en el principio de autoridad en todos sus grados, y comunicó alientos y bríos en todos sus grados tambien al espíritu de rebeldía y de sedicion. Toda revolucion tiene estas dos graves dificultades, por lo que es necesario huir constantemente de ellas y consumarlas en desesperada y última extremidad rápidamente, condensando el tiempo, abreviando trámites y levantando una legalidad, esto es, abriendo pronto un cáuce adonde vuelvan y se encierren las aguas desbordadas para que sean fecundas. Si se prolongan las revoluciones, los pueblos, devorados por la fiebre, acaban por sucumbir como sucumbe el indivíduo en una crísis prolongada que consume todas las fuerzas de su organismo. Laffite, léjos de atender á esta suprema necesidad de la nacion francesa, dejaba hacer, dejaba obrar al espíritu de anarquía, y así la carga que recogió Perier al aceptar el Poder público, fué realmente abrumadora, tanto más, cuanto que, como ocurre de ordinario en estos casos, los amigos de Laffite, ya fuera del Gobierno, iban á ser los abogados, cuando nó los cómplices y la vanguardia de la anarquía.

Pero Perier no desmayó, y una de sus primeras medidas se dirigió contra toda la oposicion, la legal y la extralegal, la que aspiraba al Poder con la Monarquía y la que pugnaba por acabar con el Trono. Habíase constituido una *Asociacion nacional* con el objeto aparente de defender á Francia de todo ataque extranjero, pero en realidad para imponerse al Gobierno, y aún más á la Monarquía que habia salido de la revolucion. Perier respetó el derecho de asociacion; pero quiso corregir el escándalo que resultaba de figurar en *La Nacional* funcionarios de todas clases que se

servian de ella para extender la desconfianza contra el Gobierno y sustituirle ó imponerle su marcha. Por iniciativa y acuerdo de su Consejo de Ministros el Rey prohibió toda participacion de los funcionarios públicos civiles ó militares en esta Asociacion. Muchos dejaron de pertenecer á ella, y los más calificados que persistieron en querer figurar como asociados, como Odilon Barrot, Consejero de Estado, el General Lamarque y M. de Laborde, Ayudante del Rey, fueron destituidos, con lo cual el Ministerio demostró una firmeza y una energía que impusieron á la opinion, porque nada en efecto impone tanto como ver á un Gobierno con una voluntad manifiesta y con fuerza y decision bastante para realizarla. Por lo demas, y generalizando la tésis, Perier hizo bien en obrar como obró con los indivíduos de la Asociacion Nacional. Estas asociaciones son peligrosas de ordinario, y rara vez dejan de constituir un embarazo para los Gobiernos los comités, los círculos, las tertulias, los clubs que se forman, aun con el plausible propósito de favorecerlos y darles fuerza. Allí, al lado de hombres notables y eminentes, se agitan y bullen las medianías y las nulidades de los partidos, el periodista sin público, el orador sin tribuna, los militares sin hojas de servicios, los pretendientes desairados que constituyen una asociacion bastarda de impotencias que aparecen con una importancia ficticia y convencional, asociaciones extrañas é informes que, aspirando á constituir un Estado dentro del Estado, á imponerse á los Gobiernos, á propagar su influencia política en todas direcciones, á aparecer como grandes y legítimos centros de opinion, quizás anteriores y superiores á los poderes legales y á las Cámaras, no son con frecuencia y en realidad más que superfetaciones dañosas á los verdaderos partidos, un plantel de ambiciosos sin méritos, centros de murmuracion, levaduras constantes de anarquía y focos de donde se irradia sin cesar la indisciplina á todas las esferas.

Perier tenía que luchar con otro inconveniente muy grave para restablecer el órden en la administracion y en la sociedad: el personal improvisado por la revolucion. Todo cambio de gobierno en circunstancias normales significa, á la par que un cambio en la política, algun trastorno en la administracion; fenómeno infinitamente más acentuado en nuestro país que en la nacion vecina. Pero una revolucion va mucho más allá y significa una renovacion completa en la política y una sustitucion cási total de agentes en

la Administracion pública. La revolucion de Julio produjo ese efecto en Francia y levantó á la superficie mucho légamo impuro del fondo de la sociedad. Luis Felipe escribia á Guizot, primer Ministro del Interior de la revolucion: «Siento tener que advertir á V. que dos de nuestros nuevos subprefectos se presentaron ayer en Palacio completamente ébrios, y que la Guardia Nacional se ha burlado de ellos. Mis ayudantes dirán á V. sus nombres, que he olvidado, y V. me hará el favor de callarlos por respeto á sus protectores.» No tenía esto nada de extraño, porque la gente de movimiento en los dias de Julio gritaba sin cesar que era preciso cambiar todo el personal del tiempo de la Restauracion, y el Poder público, flaco y endeble después de una revolucion, tenía que sucumbir á la jauría de pretendientes que lo asaltaban. En tiempos de revolucion, como decia con admirable exactitud el Conde de Reus el último dia que habló en las Córtes, que fué momentos ántes de sucumbir ante las balas de sus infames asesinos, los Gobiernos no hacen muchas veces lo que deben, sino lo que pueden. Es verdad: las revoluciones, en sus momentos de omnipotencia brutal, imponen como dictador á un matachin de oficio que, á modo de Masaniello, se ciñe una faja de General que no ha ganado ciertamente, ó como Calígula hacen cónsules á los caballos, ó como químicos afortunados cristalizan el carbon en diamante, ó como Rafael trasforman en castas vírgenes las lúbricas Fornarinas, segun nosotros hemos dicho alguna vez en el Parlamento; pero después del desbordamiento es necesario que las aguas vuelvan á su nivel; pero después es indispensable que cada cual ocupe el lugar que debe; pero después los escándalos es preciso que cesen, y para satisfacer á la conciencia pública y á la conciencia individual, los hombres que están al frente de los destinos de un país y tienen la confianza de un rey, no deben de contentarse con señalar vagamente las manchas de una situacion; necesitan obrar como Perier, que llevaba á la picota del *Moniteur* los empleados ineptos ó inmorales, y purificaba así el Gobierno, y contenia así las ambiciones, y levantaba así la autoridad moral de todas las posiciones, y conseguia así que hombres ilustres permanecieran al frente de los departamentos, sin considerarse rebajados al compararse con prefectos y subprefectos como aquellos dos á quienes vieron el Rey y la Guardia Nacional completamente ébrios en el Palais Royal al presentarse á ofrecer sus respetos al Soberano.

Relacionado con este inconveniente, existe otro de no escasa gravedad. Toda revolucion es el resultado laborioso de una conspiracion en que no existen diferencias ni gerarquías entre los conjurados. El General se trata con sargentos de igual á igual; el Ministro de ayer ó de mañana se trata de igual á igual con la gente ruda é indocta, que forma la masa batalladora de los partidos populares y es carne de cañon de todas las conspiraciones. Los conspiradores altos y bajos se tratan con la familiaridad de cómplices, ó con la fraternidad de amigos que corrieron comunes peligros ó partieron el pan de la emigracion, ó se impusieron sacrificios pecuniarios para el éxito de sus planes, y cuando el triunfo levanta á unos á las primeras magistraturas para dejar á otros en puntos subalternos, es difícil restablecer la disciplina en la Administracion y en el ejército, entre el General y el subalterno, entre el Ministro y el subordinado, y quieren los últimos seguir tratando á los primeros con la ostentosa igualdad de camaradas, ó con la desenvoltura ofensiva de cómplices. Perier quiso restablecer con severidad el respeto debido á las diversas gerarquías de la Administracion, exigiendo á todos los funcionarios el cumplimiento exacto de sus deberes, y denunciando por medio del *Moniteur* á los que cometian faltas que pueden pasar por más veniales en tiempos conturbados. En prueba de ello citarémos la nota que publicó el órgano oficial del Gobierno el 30 de Marzo de 1831: «Habiéndose presentado ayer un Prefecto en casa del Ministro del Interior sin haber pedido préviamente el permiso de venir á Paris, no se le concedió audiencia. Con este motivo, el Ministro ha resuelto hacer público que todo Prefecto que se ausente de su departamento sin licencia, se expone á ser destituido. Todos los funcionarios comprenderán que en la situacion actual de los negocios están en el deber de no faltar en caso alguno de sus puestos.»

Trabajaba, pues, Perier en todos sentidos por reconstruir el órden, por afirmar la dinastía, por hacer entrar á la sociedad francesa en su natural centro de gravedad, en las vias seguras y conocidas de la Monarquía constitucional. Bajo este punto de vista, desde el momento que tuvo la responsabilidad del Poder, se preocupó de una cuestion que al parecer carecia de importancia, pero que en el fondo era de un interes vital para la nueva dinastía. Luis Felipe, áun después de elevado al trono, continuaba viviendo en el Palais Royal, como representando una monarquía bastarda,

una falsificacion ó una usurpacion, y el verdadero Palacio, las Tullerías, esto es, la residencia histórica, tradicional, clásica, auténtica de la Monarquía, estaba vacío, como si esperase la vuelta de sus antiguos señores, ó como si fuera el trofeo del pueblo por las jornadas de Julio. Perier, sin entrar en las discusiones pueriles de los que sostenian como Rey á Luis Felipe por ser Borbon ó porque no era Borbon, sino Orleans, comprendia que en el ánimo de muchas gentes, para quienes el prestigio de la Monarquía es una cosa material que entra por los ojos, era de gran efecto que Luis Felipe se trasladase á las Tullerías, y á toda costa quiso realizar y realizó su propósito, indudablemente plausible, porque cuando la revolucion con su espada tremenda viene á interrumpir una legitimidad dinástica, si la que se levanta luego ha de nacer robusta y vividera, es necesario que tenga, no solo la sávia y el espíritu de los nuevos tiempos, sino que alcance, ó aparezca al ménos del modo posible con la fuerza, con la majestad y con la poesía que tienen para el vulgo las monarquías seculares, cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos.

Naturalmente por todo esto el espíritu revolucionario hacía á Perier una guerra sin cuartel y le profesaba un ódio sin límites. Los periódicos, en donde en todos tiempos, y singularmente en los de revolucion, se refugian el furor de secta, el ódio de partido y la saña personal para batir en brecha al Poder público, decian de Perier que era otro Polignac, y que se debia apelar á la insurreccion para derribarle. Armand Carrel daba el ejemplo, y cuando el generoso publicista republicano atropellaba al gran Ministro, calcúlese qué clase de respetos le tendrian otras gentes que son como piratas que cubren con el pabellon sagrado de la prensa la impura mercancia de su ódio, de su despecho, de su venalidad ó de su impotencia, y que forman verdadero contraste con otros mártires anónimos del periodismo que secan su cerebro en el fondo oscuro de una redaccion á merced de una empresa mercantil ó por cuenta de un partido ingrato ó por vocacion voluntaria y nobilísima. Perier hacía poco caso de aquellas injusticias y de aquellas violencias; Perier despreciaba los alaridos y las injurias de los despechados ó de los fanáticos ó de los merodeadores políticos, considerándolos como perros que ladran á la luna. Pero se preocupaba hondamente del estado de la opinion, y se dirigia á ella con lealtad y con nobleza por medio de las columnas del *Moniteur*: este era su

órgano, y de él se valia para desmentir las noticias falsas, para desvanecer infundados rumores, para explicar con sobriedad y con autoridad los propósitos de su política y los actos de su Gabinete. No discutia con los periódicos, pero hablaba con el país. No obstante, la ola de la amargura subia á veces á su corazon cuando consideraba la mala fé de las oposiciones, y temia no contrarestarla eficazmente con sus remitidos oficiales; pero entónces, como los grandes hombres de Estado, se consolaba de las amarguras del presente con la justicia que esperaba de la posteridad. «Después de todo, ¿qué me importa? solia decir en estos momentos de duda. Yo tengo el *Moniteur* para publicar mis actos, la tribuna para esclarecerlos, y para juzgarlos el porvenir.»

Grande, grande era la mala fé de las oposiciones, porque no se contentaban ya con mantener al país en constante agitacion, sino que querian encender en él la guerra civil. Lo querian los legitimistas, lo querian los republicanos, lo querian los bonapartistas. Cuando triunfa una revolucion y se vé el resultado rápido y ejecutivo de la fuerza, los partidos se enamoran de los procedimientos de fuerza y desdeñan los pacientes y largos caminos del derecho y de la legalidad: sólo cuando los escarmientos son fuertes y el castigo es inexorable y los poderes públicos olvidan por completo la misericordia y el perdon para acordarse exclusivamente de la ley, sólo cuando de esta manera los partidos sienten y reconocen su impotencia, se vuelve á entrar, en un país que sale de una revolucion, en un estado normal, porque hay en la miserable naturaleza humana un primero é innoble instinto que nos empuja al mal para realizar nuestros designios y más frecuentemente la impotencia que la reflexion nos vuelve á los caminos del bien, fenómeno que se produce más claro en los partidos y en las muchedumbres, en donde no la reflexion, sino los instintos prevalecen. Los legitimistas, los republicanos, los bonapartistas conspiraban y era preciso dominar este espíritu faccioso en todas sus manifestaciones, ó la Monarquía de Julio no lograba entrar en una situacion normal y tranquila, en una situacion en que, sujetándose á la ley comun, contribuyesen todos los poderes y los partidos todos al bienestar del país, que es el bienestar de cada uno. Conocíalo Perier y por eso perseguia el espíritu de sedicion con ruda energía y hasta con rábia.

No hablemos ya de los combates diarios que en Paris sostenia

Perier contra el motin provocado por toda clase de motivos, por la plantacion de un árbol de la libertad, por la celebracion de un aniversario, por un rumor de periódico, por una noticia del extranjero, con ocasion de un banquete, ó de la absolucion por el Jurado de algun reo político, ó con motivo de una disputa de café ó por reyertas de los vendedores callejeros con los gendarmes. No hablemos tampoco de los esfuerzos penosos de Perier para conseguir que la represion judicial fuera constante, vigorosa y eficaz, única manera de evitar que el espíritu de sedicion manche y deshonre un régimen de libertad y de ley, obligándole á buscar ayuda y amparo en las dictaduras permanentes ó en las arbitrariedades accidentales. Consignarémos sólo que en Lyon ocurrió una insurreccion formal en que la clase obrera batió y obligó á la guarnicion á salir de la ciudad; insurreccion que fué el resultado de una activa propaganda socialista y que instantáneamente quisieron explotar todos los conspiradores, lo mismo republicanos, que legitimistas, que bonapartistas. Tempestuosos fueron los debates que en esta ocasion se produjeron en la Cámara. Perier declaró con solemne emocion que «los sucesos eran graves, pero que las medidas tomadas por el Gobierno corresponderian á esta gravedad por su fuerza, por su rapidez y por su conjunto (1). La Cámara, por consecuencia de las ámplias declaraciones ministeriales, dirigió un mensaje al Rey en que hablaba de las manifestaciones *francas* y *completas* del Gabinete. Mauguin, el abogado de los bullangueros, no sólo de Francia, sino de Europa, quiso que se borrasen estas palabras del mensaje, y esto dió ocasion á Perier para abrumar con la vehemencia de su carácter y con la espumante cólera de sus apóstrofes á Mauguin y á la oposicion parlamentaria, que huia de asociarse lo mismo á la responsabilidad del motin que á la responsabilidad de la represion. Mauguin se sintió herido en su vanidad cuando Perier le llamó «*un individuo*,» y quiso revolverse contra el Ministro; pero Perier, que no tenia rival en esta clase de pugilatos, volvió á la carga contra Mauguin y contra la oposicion, no dejándoles ya más recurso que el de los gritos y el del escándalo, supremo recurso de la impotencia. La insurreccion de Lyon fué completamente dominada; las tropas ocuparon la poblacion; los rebeldes se entregaron á la misericordia del Duque de

(1) *Moniteur* del 26 de Noviembre de 1831.

Orleans, que acompañaba al Mariscal Soult, y un mes después, como leccion severa á todas las autoridades para que en ningun caso tuvieran complacencias y debilidades con el motin, leyó Perier en la tribuna el acta de acusacion contra el Prefecto del Ródano, que en cierto modo habia transigido con los amotinados.

Otra sublevacion tuvo lugar en Grenoble que hizo gran ruido en Francia. Era en tiempos de Carnaval y una mascarada empezó el motin lanzando gritos subversivos contra el Rey y en favor de la República. Uno de los regimientos de la guarnicion hizo fuego: resultaron algunos heridos. La poblacion se irritó: los republicanos quisieron aprovecharse de esta irritacion: la Guardia Nacional se movió mucho y envió sus representantes en son de amistad al Teniente general que mandaba en Grenoble para que hiciera salir al regimiento que habia hecho fuego, cubriendo los puestos militares ó estratégicos con destacamentos de la Guardia Nacional. Quiso el Prefecto obrar con energía, pero se ablandó el General y faltó poco para que uno y otro, por consecuencia de esta debilidad, salieran por el balcon del Hôtel cuando la Guardia Nacional ocupó los puestos de la tropa de línea. Los amotinados, fuertes ya, quisieron humillar al regimiento que les hizo fuego, obligándole á salir de la plaza. El General que mandaba en Grenoble consultó con su superior gerárquico de Lyon, á cuya plaza habian llegado ya los emisarios de los amotinados, quienes consiguieron la órden para que saliera de la primera poblacion el regimiento que habia caido en su desgracia. Afortunadamente para el principio de autoridad presidia el Ministerio Perier, y no aprobó ninguna de estas medidas. La Guardia Nacional de Grenoble fué desarmada y disuelta. El General que allí mandaba fué secamente destituido. Otro tanto se hizo con el comandante militar de la plaza, con un coronel de artillería que habia manifestado algunas vacilaciones y con el Capitan general del distrito militar que residia en Lyon. El regimiento que se habia hecho salir de Grenoble con cierta ignominia, volvió á entrar en la plaza con las banderas desplegadas y tambor batiente, y ántes el Mariscal Soult dirigió una órden general al ejército, en que se hacía de su conducta los más cumplidos elogios.

Esta órden del dia irritó profundamente á los revolucionarios. No podian esperar cuartel del ejército. No podian esperarlo del Gobierno. Allí en donde se manifestase el espíritu de rebelion,

allí estaria el ejército y allí estaria el Gobierno para ahogarlo. Gritaban las oposiciones en las Cámaras, y las invectivas, los apóstrofes, la grandilocuencia de Perier imponia silencio. En cambio el Gobierno fortalecia por todas partes el principio de autoridad, en el ejército, en la magistratura, en la administracion civil, é inspiraba valor y constancia á las clases medias, al capital, á la industria, al comercio, á la poblacion de los campos. No sin razon dice un escritor republicano de aquella época que la autoridad habia sido fortificada como una plaza de guerra, y que la Administracion no era en cierto modo más que un ejército en campaña. Así desbarató Perier con un soplo una vasta conspiracion legitimista fraguada en el mismo Paris. Así dominó instantáneamente un comienzo de motin en la plaza de Vendôme provocado por la presencia en la capital de Francia de la Reina Hortensia y de su hijo Luis Bonaparte, á quienes se hizo salir apresuradamente del territorio, como ántes se habia expulsado á los Borbones de Cárlos X, como después Napoleon III proscribió lo mismo á los Borbones que á los Orleans, como la España de Doña Isabel II proscribió á la familia de Don Cárlos, como la Inglaterra de Guillermo III proscribió á Jacobo II y á su hijo, como toda dinastía proscribe á las que han sido y aparecen sus rivales, que siempre, y aun á su pesar, serán bandera de guerra civil y centros de conspiracion de fanáticos y ambiciosos. Así, aun después de muerto Perier, parecido á nuestro Cid, la política vigorosa y enérgica que dejó establecida alcanzaba victorias, dominando prontamente todas las sediciones y la formidable conspiracion de la Vendée, alimentada por la presencia de la animosa Duquesa de Berry. Así entró la sociedad francesa en condiciones normales y ordinarias. Así la agricultura, la industria, el comercio, las artes, las ciencias, la literatura, alcanzaron en Francia su plenitud de gloria y de grandeza en el reinado de Luis Felipe.—¡Ay de los países en revolucion, que no saben terminarla á tiempo, como lo hizo la Francia de 1830! ¡Ay de los Gobiernos que se consideran en una situacion normal cuando atraviesan la más anormal y la más extraordinaria de las situaciones, cuando el Poder apénas afianzado, mal defendido, sin grandes raíces, tiene que luchar con la anarquía, que está en el fondo de los corazones y en la superficie de la sociedad! ¡Ay de los países y ay de los Gobiernos que no se atreven, ó no saben, ó no quieren usar de todos

los grandes y legítimos resortes que tienen en su mano para dominar y vencer y reducir á la impotencia á los partidos anárquicos á fin de que aprovechen en bien de la pátria comun y en la direccion constante de sus opiniones, los multiplicados recursos que les ofrece la libertad, porque entónces, esos partidos audaces, invasores, irreconciliables de cada vez más, convertirán los recursos legales en armas y en arietes para batir y desacreditar el Poder público en su más alta y augusta representacion!

VIII.

Despues de la extension que hemos dado á este trabajo, pocas palabras consagrarémos á la política exterior del Gabinete Perier. La paz compatible con la dignidad de Francia; he aquí el principio fundamental de su política. Europa temia que la revolucion de 1830 diese ocasion á propagandas belicosas de las ideas triunfantes como en tiempos de la República, ó á nuevas guerras de cónquista como en tiempos del Imperio. El viejo *chauvinisme* de la nacion francesa se despertó entónces, los clubs pedian la guerra y en esa direccion empujaban al Gobierno los fogosos patriotas de Julio. Por fortuna, la presencia de Perier al frente del Ministerio disipó estos temores de conflagracion universal, comprendiendo que el primer deber del Gobierno era cuidar de los intereses exclusivos de Francia, de su prosperidad, de su órden interior, y adivinando que tanto más eficaz sería la accion de su diplomacia en Europa, cuanto más libre, más desembarazada y más vigorosa fuera su propia accion dentro de Francia misma. Por otra parte el término infausto de las magnificencias militares del Imperio imprimieron otra direccion á los espíritus superiores, para quienes no son del todo perdidas las solemnes enseñanzas de la historia. Las grandes inteligencias de la Francia de entónces buscaban la influencia de su país en otras regiones más puras y más serenas: rechazaban los procedimientos de la conquista y de la guerra; pero querian apoderarse de aquellas influencias morales que realizan en todos los pueblos con más lentitud, pero con más seguridad, prodigiosas tranformaciones. «Lo que en el espectáculo de las cosas humanas me afecta y me asombra más, es la impotencia de la fuerza» decia Napoleon á uno de sus cortesanos, y esta declara-

cion en labios de quien más abusó de la fuerza en el curso de toda su vida, debe de hacer meditar á los hombres de Estado sobre lo deleznable y efímero de aquellas construcciones que no tienen más base que la violencia. Así los políticos pensadores de la revolucion de Julio querian apartar á su país de este abismo peligroso, creyendo, como decia uno de ellos, que el aspecto y el ejemplo de un país bien gobernado son más poderosos que las ejércitos para propagar las ideas y los deseos de buen gobierno. Bélgica, á la fuerza incorporada por Napoleon á Francia, fué pronto separada de Francia por la fuerza, cuando después de la revolucion de Julio, la misma Bélgica, rompiendo violentamente su union con los Países Bajos, quiso precipitarse en los brazos de Francia, eligiendo por Rey al hijo de Luis Felipe. En nuestro siglo las ideas, los principios, las influencias morales lo pueden todo, nada la fuerza, y allí donde esta parezca adquirir triunfos más incontrastables, allí estará la superioridad de la idea moral, presidiendo y encadenando la victoria. No son el fusil de aguja y el cañon Krup los que han triunfado en la última guerra del Chasepott y del cañon rayado: son una civilizacion superior y una raza superior las que alcanzaron la victoria sobre una civilizacion y sobre una raza decrépitas y corrompidas. Por eso en frente del asombro del primer Napoleon por la impotencia de la fuerza, colocariamos el asombro del Canciller ruso Nesselrode ante la influencia que la Francia de Luis Felipe tenía en el mundo por resultado de su tribuna, de su prensa, de sus instituciones libres. Por eso nosotros los Españoles, venidos á una decadencia tan grande y tan prolongada por haber fiado siempre á la fuerza el mantenimiento de nuestra preponderancia en el mundo, si hemos de realizar algun dia la mision á que estamos llamados, la unidad de la Península Ibérica, hemos de llegar á este resultado, no por la fuerza, como ha pretendido alguna influencia contemporánea que ha pasado dos veces por el Ministerio de Estado, sino por la constitucion de un Gobierno sério, respetado, fuerte, que domine todos los obstáculos interiores y que ejerza sobre Portugal una irradiacion benéfica y fecunda, una atraccion irresistible.

Esta altura moral tenía en Francia el Ministerio presidido por Perier, y por eso cuando toda Europa se manifestaba recelosa y desconfiada respecto á su nacion, pudo ejercer tanta influencia en Bélgica, en Italia, en Portugal, en todas partes.

La revolucion belga fué en el exterior el primer efecto de las jor-

nadas de Julio en Francia. Bélgica, que formaba parte de los Países Bajos, segun los tratados de 1815, reivindicó su independencia, y dirigiendo sus ojos á Francia en busca de amparo, proclamó por rey al Duque de Nemours, hijo de Luis Felipe; pero el padre declinó esta honra con desinteres tan patriótico como previsor, que le enalteció á los ojos de Europa, y sobre todo á los ojos de Inglaterra, que nunca le perdonó la falta de moderacion que demostró en tiempos de Guizot en la cuestion de los matrimonios de las hijas de Fernando VII. En la época á que nos vamos refiriendo, las Cámaras belgas eligieron por soberano al Príncipe Leopoldo de Coburgo, con aceptacion de Francia y con aceptacion de Inglaterra; pero este Príncipe se habria visto comprometido en su trono por consecuencia de la invasion del Rey de los Países Bajos, si el jefe del Ministerio frances, arrostrando por todo y corriendo el peligroso azar de un choque con Inglaterra, sin consultar más que el interes y la dignidad de Francia, no hubiera dado órdenes al ejército frances para penetrar en Bélgica y rechazar la invasion de los Países Bajos. Este golpe de audacia produjo una profunda sorpresa, mezclada de indignacion, en Inglaterra, eterna rival de Francia; pero la consumada habilidad de Talleyrand salió al encuentro de todas las objeciones y tranquilizó á la conferencia de Lóndres, reunida á la sazon para ultimar la cuestion belga. Francia, pues, obtuvo un triunfo diplomático de primer órden, gracias á la temeridad prudente de Casimiro Perier que supo aprovechar la ocasion que le deparó la fortuna. La revolucion belga, hermana gemela de la revolucion de Francia, fué aceptada por toda Europa; los tratados de 1815 venian abajo, y allí quedaron para siempre establecidas las instituciones constitucionales que personificaba Luis Felipe en Francia.

Tambien Perier consumó en Portugal, el feudo secular de Inglaterra, otro acto de calculada temeridad, que le levantó ante Europa y ante Francia, porque demostró que la política exterior del Gabinete que presidia no se ajustaba á los gustos de Inglaterra, acusacion que se le dirigia en las Cámaras, sino al honor y á los intereses de la nacion francesa. El Gobierno de Portugal habia tratado con irritante injusticia á algunos súbditos franceses, contra quienes se permitió violencias de que hubo de reclamar el Embajador de Luis Felipe; pero negándose los Ministros del Rey D. Miguel á dar explicaciones cuando las habia dado ámplias y completas al Gobierno inglés por iguales atropellos cometidos con súbdi-

tos suyos, Casimiro Perier dispuso que una escuadra francesa se presentara enfrente de Lisboa pára obtener la reparacion á viva fuerza. Así lo hizo el Almirante Ronsin, forzando la barra del Tajo, haciendo prisionera la escuadra portuguesa, apagando los fuegos de las fortalezas que la protegian, y obligando á los Ministros del Rey á suscribir en su propio navío almirante un tratado en que daba á Francia todo género de satisfacciones y á sus súbditos la indemnizacion correspondiente á los perjuicios que habian sufrido. Inglaterra puso el grito en el cielo; el mismo vencedor de Waterloo, rompiendo con toda reserva, dijo en la tribuna: « Yo, yo súbdito inglés, he sentido el rubor que subia á mi rostro cuando he visto tratado así á un antiguo aliado nuestro sin que la Inglaterra haya hecho nada para oponerse.»

Igual independencia manifestó Perier respecto de Austria en las cuestiones italianas. Desde la caida de Napoleon, Austria, por medio de Metternich, era el árbitra de toda la Península desde los Alpes hasta la antigua Parténope. La revolucion de 1830 despertó á los patriotas italianos. No soñaban aún con la unidad y con la independencia de toda la Península, realizadas en nuestros dias por la iniciativa audaz del Conde de Cavour, pero pululaban las sociedades secretas en toda la extension de su territorio, y aquí y allá estallaban rebeliones que renacian apénas ahogadas por los soldados tudescos. En honor de la verdad, los revolucionarios franceses, que alimentaban estos movimientos sediciosos desde Paris, pensaban ménos en la libertad y en la independencia de Italia que en producir un sacudimiento en toda Europa en que ellos aparecieran como supremo directorio; pero Perier, atento á la paz general tanto como para concluir en Italia con un estado de cosas que era la revolucion permanente ó la permanente intervencion del Austria, estado de cosas que nacia de que los Príncipes italianos preferian ser los vasallos de los Habsburgos de Viena, á hacer alguna concesion á sus propios súbditos, quiso corregir y evitar esta situacion comprometedora é insostenible para toda Europa, obligando en cierto modo á la Santa Sede y á los Gobiernos italianos á introducir reformas en sus Estados que fueran prendas de alianza entre ellos y sus súbditos. Estas reformas, ó por tardías, ó por incompletas, ó porque deseaban un fracaso los mismos que las realizaban, ó porque no se hacian de buena fé, séria y eficazmente, léjos de apaciguar á los pueblos, determinaron verdaderas

insurrecciones en los Estados del Papa, y por consiguiente nueva y más ámplia intervencion del Austria á peticion de la Santa Sede. La política de Francia estaba derrotada en toda la línea, sufria un desaire á los ojos de Europa, y la oposicion en las Cámaras iba á sacar gran partido de este revés, no ya contra Perier, sino contra la Monarquía de Julio. El gran Ministro no vaciló en tomar una actitud que salvase el honor y la dignidad de Francia. Dispuso aquella memorable y atrevida expedicion de Ancona que sorprendió y espantó á toda Europa. Protestó la Santa Sede, gritó el Austria, resonaron en la tribuna inglesa tremendas acusaciones contra lord Palmerston porque entregaba la Italia á la ambicion de Francia, los Embajadores extranjeros en París pidieron explicaciones, y el Baron Werther, Ministro de Prusia, que fué á ver á Perier con ellos, le preguntaba con cierta insolencia si quedaba algun derecho público europeo. Estas palabras irritaron el indomable patriotismo y la fiera altivez de Perier, quien poniéndose de pié, y con voz de trueno, le replicó: «El derecho público europeo, señor Baron, lo sostengo yo. ¿Creeis que sea fácil cosa sostener los tratados y la paz? Pues es necesario que el honor de Francia sea mantenido, y el honor de Francia exige que se haga lo que yo he hecho. Tengo derecho á la confianza de Europa, y cuento con ella.»

Es verdad. El gran Ministro de Luis Felipe tenia derecho á la confianza de Europa: él era el dique contra la anarquía; él era el invencible obstáculo que encontraba en Francia la propaganda revolucionaria de Lafayette en todos los Estados europeos; él era el enemigo sistemático de toda guerra exterior; él quien si tomaba una iniciativa generosa y magnánima en favor de la infortunada Polonia cuando Varsovia iba á caer en poder de los Rusos, iniciativa que no secundó la egoista Inglaterra, combatia en la tribuna, en el gabinete, en las calles, en todas partes, hasta con peligro de su vida, aquella inclinacion romántica y caballeresca de toda Francia en favor del pueblo mártir, que hubiera podido incendiar á toda Europa, porque los tres verdugos que martirizan á Polonia hará próximamente un siglo, son los tres primeros Imperios del mundo, Prusia, Austria y Rusia. Tenia, ciertamente, derecho Perier á la confianza de Europa, y por eso, si no queria comprometer á su país en una guerra lejana, de éxito dudoso, probable y cási seguramente funesto, por la cuestion polonesa en que no se ventilaba ningun interes de Francia, cuando el honor ó

el interes de su país lo pedia, hablaba alto á todo el mundo, y los actos seguian á las palabras, sin temor á Inglaterra en la cuestion de Portugal y en la de Bélgica, sin temor al Austria y sin temor á Prusia en la cuestion de Italia. Francia tenia miedo á una guerra general en Europa, porque lo comprometia todo, empezando por la Monarquía levantada y apénas constituida; pero tambien la temian las demás Potencias que no iban á ganar nada con ella. Este fué el tacto, la habilidad suprema de Perier, que conocia el temor de Europa y el interes de Francia, obrando con temeridad hasta aquel punto que lo podia soportar el miedo de Europa, y obrando con prudencia segun lo demandaba el interes de Francia. Así salvó Perier el honor y la dignidad y el interes de su país, sin comprometerle en caso alguno en las aventuras militares del Imperio, leyenda grandiosa, epopeya inmortal, pero que tuvo como epílogo la triste página de Waterlóo.

IX.

Los hombres públicos que toman la política con seriedad, como un austero sacerdocio, como una vida de sacrificios, de privaciones y de martirio, interesando en la lucha el corazon, los sentimientos más nobles y más íntimos de la naturaleza humana, viven poco. Tanto les gasta la oposicion como el Poder: cambian de sitio, pero siguen la lucha, la tension del espíritu, las ásperas emociones, los áridos desengaños, los tempestuosos pugilatos de la tribuna, la réccia y contínua batalla con los egoismos, con las envidias, con las ambiciones, con las vilezas, con las cobardías, con las ingratitudes, con los fanatismos, con los rencores que á modo de reptiles se ocultan en los tortuosos senderos de la política y que arremeten al hombre honrado cuando adelanta su pié para aplastarlos. Si los hombres de bien no se debieran á la pátria y á la humanidad, como plantas que despiden el oxígeno de vida, sería cosa de abandonar la escena pública á los hombres de violencia y á los hombres de intriga que convierten la política en una sinecura personal, ó en teatro para sus vanidades, ó en feudo para sus familias; pero al lado de tanto miasma de muerte como derraman en la atmósfera los malvados y los histriones, el mundo moral necesita aquel oxígeno que se desprende constantemente de los grandes ejemplos de virtud, de abnegacion, de heroismo y de virilidad que dan las natu-

ralezas honradas y los patriotismos generosos. Pasan rápidamente como meteoros que iluminan los abismos en que se precipitan las sociedades; pero su paso luminoso por la atmósfera advierte á las sociedades en perdicion la existencia de esos abismos, y muchas veces las apartan de ellos.

Así puede decirse que pasó Perier por la sociedad francesa. Poco duró en el poder, pero durante ese período fugaz en que dia por dia fué arruinando el vigor asombroso de su naturaleza, en que dia por dia fué dejando años de su existencia, durante ese fugaz período demostró brillantemente la posibilidad de una monarquía constitucional sin la opresion humillante del trono, la posibilidad de la libertad sin la imposicion brutal de la anarquía, la posibilidad de una Francia respetada en Europa sin la necesidad desangradora y aventurada de expediciones guerreras. Hay hombres cuya breve vida contiene la enseñanza de siglos. Perier fué de esta clase de hombres. Su vida enseña á los monárquicos á afirmar con vigor una dinastía vacilante y á evitar para los tronos catástrofes como la del 24 de Febrero, á los liberales á aborrecer la anarquía y á evitar catástrofes para la libertad como la del 2 de Diciembre; á los patriotas á defender la dignidad de su país con elevacion y á evitar catástrofes como la entrega de Sedan y la rendicion de Paris. Cási solo realizó esta inmensa obra en medio de una sociedad egoista, dislocada y cási disuelta. Ya en los últimos dias de su existencia solia decir: «Nádie cumple con su deber. Nádie acude en ayuda del Gobierno en los momentos difíciles. Yo no lo puedo hacer todo. Yo sólo no puedo llevar la carga. Soy un buen caballo, y me mataré, si es necesario, siguiendo adelante; pero que todo el mundo arrime el hombro lealmente y concurra á salvar la obra comun con su esfuerzo. De otra manera, Francia está perdida.» Pocos dias después Perier moria, pero Francia quedaba salvada por entónces.

Digamos cómo murió.

El cólera habia batido sus alas de muerte sobre Paris. La poblacion quedó aterrada. El Rey, con un valor que no han tenido los soberanos de otros países en casos iguales, no se contentó con vivir en medio de la ciudad apestada, quiso visitar los hospitales. Se opuso el Consejo de Ministros, pero lo remplazó con noble apresuramiento el Duque de Orleans, y el ilustre Príncipe cumplió con este deber de humanidad y con esta alta mision de gobierno, acompañado de Casimiro Perier. El gran Ministro tenía un temperamento bilioso, impre-

sionable, extraordinariamente sensible. La presencia de los coléricos le afectó. Salió de la visita herido del rayo: el brillo febril de su mirada, la palidez de su rostro, la alteracion visible de su fisonomía lo demostraban, bien que siguiese hablando tranquilamente á sus amigos. Tres dias después Paris supo con estupor que Perier estaba atacado del contagio. Un mes próximamente duró su enfermedad, digamos más bien su agonía, digamos mejor aún la lucha final entre su espíritu vigoroso é indomable y su cuerpo que se arruinaba y disolvia: el 16 de Mayo de 1832 habia dejado de existir. El dia de su muerte fué un dia de luto nacional. Las últimas honras que se le tributaron fueron magníficas. Sobre su tumba derramaron flores todos los partidos, y Royer-Collard, el gran orador y el gran filósofo, pronunció una oracion inmortal. El dolor fué profundo en todas partes. El Rey quiso consolar personalmente á la familia. Las clases medias abrieron una suscricion para erigir un monumento á la memoria del gran hombre. El comercio, en señal de duelo, cerró sus almacenes y sus tiendas el dia del funeral. La Bolsa bajó, elocuentísima prueba del vacío que dejaba Perier en la sociedad francesa al descender al sepulcro.

Cuéntase que cuando supo la muerte de su primer Ministro, Luis Felipe dijo á uno de sus familiares: «Casimiro Perier ha muerto. Es esto un bien? Es esto un mal? El porvenir nos lo dirá.»

El porvenir ha hablado. Perier murió en el momento en que su mision estaba concluida, como murió Pitt, como murió Cavour, como murió Roberto Peel; en el momento en que dajaba asegurado el trono, enfrenada la anarquía, respetado en Europa el nombre de Francia; murió cuando él mismo se buscaba patrióticamente un sucesor, cuando el Rey podia remplazarlo sin peligro; pero fué una desgracia para la dinastía de Orleans y fué una desgracia mayor para Francia, que malogró aquel brillante ensayo de revolucion inglesa, como la personificada por Guillermo III, que el espíritu constitucional y parlamentario de Perier no inspirase á los siguientes Ministros de la Monarquía de Julio. Si hubiera vivido Perier, dice el republicano Cormenin, enemigo suyo, habria entrado en las vias normales de la Carta, no hubiese bastardeado el sistema representativo, ni consentido la menor mancha en nuestra bandera, ni se hubiese dado por satisfecho con ser un Presidente nominal, un lacayo de la camarilla, un pliegue del manto responsable, y dejando al Monarca reinar en medio de los esplendores

de su oro y sobre su trono solitario, lo hubiera contenido al llegar á los límites del Gobierno y le hubiera dicho: «No irás más allá.»

Los Ministros que sucedieron á Perier se entregaron de ordinario á la direccion personal del Rey y perdieron á aquella ilustre dinastía y perdieron á Francia. El nombre de Guizot ha simbolizado ese sistema de sumision cortesana, y por eso Francia, tan generosa con todos, no le ha perdonado nunca su debilidad; nunca, ni aun en estos momentos de angustia cruel para aquel país sin ventura, en que Guizot aparece proscrito de la Asamblea francesa, que tanto habria podido ilustrar con su experiencia; cuando Casimiro Perier renace hoy en uno de sus herederos, que figura en ella con el propio nombre de su antepasado. Guizot es uno de los primeros talentos de nuestro siglo, gran orador, gran escritor, gran pensador, gran moralista, deja á la posteridad obras que inmortalizan su nombre; pero la Francia contemporánea, y mucho tememos que este sea el fallo anticipado de la historia, no le ha absuelto de las responsabilidades que le acompañan como Ministro. Guizot es una alta inteligencia; ahí estás sus obras todas que lo demuestran; pero, fallido en la accion y condenado por el éxito, su nombre va unido á la catástrofe de una dinastía cuando tenía ya grandes raíces en la sociedad francesa. Perier era un gran carácter, y fuera de sus discursos, no ha dejado trabajo alguno que ilustre su recuerdo; pero, fecundo en los actos y levantado por el éxito, su nombre va unido á la afirmacion y consolidacion de una dinastía cuando su trono estaba vacilante y combatido por parcialidades grandes y vigorosas.

Una palabra para concluir. La humanidad es siempre la misma. Las situaciones se reproducen. Los personajes son diferentes, el fondo es siempre igual. Por eso es tan fecunda la enseñanza de la historia, tan vária en los accidentes y en los actores, tan monótona en la repeticion del conjunto, tan inmutable en la esencia y en la sustancia. Hemos trazado á grandes rasgos la vida de Casimiro Perier, porque pudieran existir algunas analogías entre la situacion histórica que dominó tan felizmente con su iniciativa y la situacion actual de nuestra pátria. Existen esas analogías? Pues poco importa que no exista el hombre entre nosotros: lo que importa es practicar su política, aquella política con que salvó la Dinastía de Orleans, la libertad y la Francia en una crísis suprema.

C. NAVARRO Y RODRIGO.

LA SOMBRA[1]

(Conclusion.)

CAPÍTULO TERCERO.

Alejandro.

Aquella noche no pudo terminar el doctor su curiosa narracion que, á fuerza de extravagante, me habia inspirado algun interes. Yo deseaba saber cuál sería la hazaña final de aquel travieso héroe de la antigüedad, que se habia propuesto quitar el juicio á mi pobre amigo, si es que alguno tenia, cuando ocurrió tan inesperado incidente. Bien se echaba de ver que aquello habia de concluir pronto de cualquier modo, porque no era posible que semejante invencion, pues no podia ser otra cosa, se prolongara más tiempo del que la ley del arte exige, y además, segun lo último que refirió mi amigo, se comprendia que el desenlace no podia estar léjos. Pero aquella noche, como he dicho, no le fué posible satisfacer mi deseo: hubiéralo hecho él, á pesar de su cansancio y de lo impresionado que estaba con el recuerdo de sus desventuras; mas no le insté á que siguiera, quedando de acuerdo para celebrar nueva sesion la noche siguiente, como lo hicimos. Reanudando el interrumpido hilo de su discurso, el sábio continuó:

—En qué quedamos?—dijo,—porque de anoche acá me he trascordado, y siempre que recuerdo aquello hay un desquiciamiento en mis facultades, de ordinario no muy sanas.

—Quedamos en un incidente interesantísimo,—contesté.—V. se

(1) Véanse los núms. 70 y 71 de esta Revista.

habia desvanecido, se habia dormido, abandonándose á un profundísimo sueño, que yo tengo para mí fué obra de algun sortilegio de aquel ente infernal, y al despertar, cuando era ya de dia, vió aparecer á Páris de bata y pantuflas, como si se levantara de la cama.

—Así es, en efecto,—dijo,—y yo, segun indiqué á V., en mi estupor no pude decirle palabra en mucho tiempo; le miraba sintiendo en mí algo de ese mareo que precede ó sigue á un sueño profundo; le miraba pasearse por el cuarto con las manos en los bolsillos de la bata, sacar un cigarro, encender un fósforo, raspándolo en la pared, y después fumar tan tranquilo como si yo no estuviera allí.

—Y no hablaron VV?—dije.

—Sí hablamos. Lo particular es que aquella bata era la mia, y le caia tan bien; que ni pintada, como si se la hubieran hecho á su medida.

—Está visto que ese farsante queria apropiarse todo lo que era de V., — exclamé; y me arrepentí al poco rato de haber dicho aquello, que me parecia demasiado.

—Sí,—dijo tristemente.—Por fin, viendo que nada podia hacer contra aquel miserable; viendo que no le podia vencer, que no le podia matar, que no le podia arrojar de mi casa, resolví entregarme al dolor, rendirme, incapaz ya de resistir más tiempo. No injurié á Páris, no le maldije, ni intenté maltratarle, porque nada valia contra él. Dí tregua á la ira, trocándola por una resignacion serena, por una calma dolorosa que fué en mí entónces de algun alivio.

«Yo me voy, — le dije, — puesto que nada puedo contra tí. Demonio insolente é invulnerable, yo te abandono todo, mi casa, mis riquezas, mi posicion, mi esposa, todo: todo queda en tus manos, incluso mi honor, que no he podido librar de tí. Hablo de mi honor en la opinion de las gentes, que mi honor, en mi conciencia, eso va siempre conmigo, y no me lo puedes quitar á pesar de tus malas artes. Prefiero andar errante léjos de aquí, en país desconocido, despreciado de todos, á este suplicio en que vivo, privado de los más inocentes goces del hogar, de los que no se priva el último de los hombres. Quiero huir; quédate aquí en posesion de todo: me confieso vencido.

»¡Necio! — contestó desperezándose. — ¿Adónde has de ir que

yo no pueda seguirte? Recuerda lo que yo te dije anoche. Si al marcharte te dejas aquí el entendimiento y la fantasía, lo que hay en tí de divino, lo que te distingue de una bestia, puedes marcharte tranquilo, no te molestaré; pero si nó, no cantes victoria, que yo iré contigo en esta ó en otra forma; que yo, cuando me encariño con una persona, no la abandono fácilmente.

»Pero si ahí te dejo todo,—dije,—qué más quieres? Ya no temo la deshonra, no temo el escándalo, no temo nada. Puedes gozarte en tu obra; no me importa que hablen de mí, que me señalen, que me injurien con los más denigrantes apodos. ¿Qué más quieres de mí?

»Sosiégate, ¡oh Anselmo! — exclamó Páris. — ¿Adónde vas solo, errante por esos mundos, perseguido siempre por mí, aunque en distinta forma? Ten calma; reflexiona, medita la gravedad de tu determinacion. ¿No ves que eso es una cobardía indigna de un hombre de corazon? Acepta el martirio, y resístelo hasta el fin, como cumple á quien blasona de temple de espíritu y de esa entereza que enaltece á los hombres más que el valor frenético y temerario. Aquí es donde debes estar siempre en presencia de tu dolor, siempre en tu puesto, soportando una tras otra las angustias de esta crísis, que no es nueva en el mundo, que ya ha trastornado á muchos. Aquí, amigo, aquí. No dirás que no soy concienzudo, que no razono con la prudencia y madurez que distinguen á las personas graves de los mozalvetes casquivanos y presumidos.

«Oh! esto ya es demasiado,—dije,—¿no he de salir de aquí, no he de abandonar esta casa? ¿Tambien me has de perseguir léjos de estos sitios? Eso no puede ser; y si así fuera, yo me embruteceré, yo no pensaré, como has dicho, yo seré un animal de los más torpes y groseros. Si esto es ser hombre, maldigo mi condicion, y me rio de esa pomposa palabrería con que la enaltecen algunos, diciendo que somos los reyes de lo creado. ¡Qué imbecilidad!

»Sí: eso es ser hombre!—exclamó él,—y eso es ser rey de la creacion. Yo he vivido desde el principio del mundo, y he presenciado multitud de sucesos terribles, individuales y sociales. Sé lo que son esos dolores, cuya importancia es tal en la esfera de la vida, que algunos han traspasado los límites de lo personal para conmover al mundo, como sucedió en la guerra de Troya, cuyos

pormenores recuerdo como si hubiera pasado ayer. Por lo que he visto desde entónces, comprendo que se engaña el que crea poder eximirse de ese gaje de angustias en que pagais el orgullo de ser la flor y nata de lo creado; comprendo la inmensa verdad que encierra el dicho de Goëthe: «*el que no está preparado á la desesperacion, no está preparado á la vida.*» Animo: no eres tú el primero de los que se aniquilan, se queman en la llama de la vida, como se quema la mariposa en la luz: tú no eres el primero, eres un ejemplar de esa rica coleccion de mártires que han hecho del vivir una bella y sorprendente epopeya.»

—Sabe V. que no dejaba de explicarse con juicio?—dije al ver que Páris disertaba sobre la vida con una seriedad, que, aunque no exenta de alguna extravagancia, le hacía sin embargo, mucho honor.

—Aquel endiablado se habia puesto á filosofar; habia dejado su cínica desenvoltura para hacer reflexiones en un tono que me parecia más de burlas que sus chanzas del dia anterior.

—Y después, que hizo? —pregunté á ver si el aparecido se quitaba al fin la bata y las pantuflas de mi amigo para vestirse y arreglarse.

—Verá V.—continuó el doctor.— Yo no permitia que nádie entrara allí, temiendo que fuera visto; pero entró, cuando yo estaba descuidado, un criado á anunciarme á mi suegro el Conde del Torbellino, y no manifestó haberle visto: el criado, al parecer, creyó que yo estaba sólo. Yo iba á salir con objeto de recibir á mi suegro, cuando éste, que no se andaba en ceremonias, entró: yo temblé al pensar que veria á Páris; pero nó. Páris estaba junto á mí, y el Conde no le vió. Para él, lo mismo que para el criado, estaba yo solo en la habitacion. Cosa más particular! Várias veces el aparecido pasó entre él y yo, sin ser visto más que por mí. Yo sólo le veia, yo sólo sentia sus pasos, yo sólo recibia el rayo de su mirada, de una viveza imposible de pintar. Mas á poco de estar allí el Conde del Torbellino, Páris desapareció: yo miraba á diestra y siniestra por ver si estaba en algun rincon; pero nada: habia desaparecido. No vi otra cosa más que mi bata y mis pantuflas arrojadas sobre una silla.

Mi diálogo con mi ilustre suegro fué importantísimo, y es de grande utilidad el referirlo para mejor inteligencia de esta sin igual historia. Pero ántes voy á dar á V. algunas noticias de tan respetable personaje.

II.

—El Conde del Torbellino,—continuó D. Anselmo,—era un hombre tempestuoso, y no porque su carácter fuera irascible, violento y amigo de pendencias, sino porque su espíritu, esencialmente tranquilo, se manifestaba al exterior de la manera más resonante y ampulosa. Cuando decia alguna tontería, cosa frecuente en él, su voz, bronca por naturaleza, se ahuecaba hasta lo más bajo del diapason: cuando queria convencer á álguien de que era hombre importante y de que los negocios le traian loco, su palabra llegaba al último grado de la vana grandilocuencia; cuando no decia nada, su respiracion semejaba á un vendabal lejano. Locuaz y retumbante, parecia el símbolo de la tormenta, la explosion hecha hombre. Sus oyentes, á pesar de todo, eran muchos: complacianse sus tertulios en escuchar el estrépito de su voz descomunal; pero en tocando á reir, la turba de interlocutores se dispersaba más que de prisa, porque la carcajada del buen señor trastornaba y aturdia.

La caja sonora que tan atroces ruidos producia era proporcionada al sonido mismo. Corpulento, obeso, pesado, cavernoso, monumental, el Sr. Conde era una pieza estimable que podia honrar á cualquier cantera. A semejante mastodonte no faltaban dignidad ni donaire: ántes, al contrario, su crasitud y cuadratura le daban cierto aspecto cesáreo, dictatorial, imponente como un ídolo indio, como una construccion ciclópea. Su rostro era más bien hermoso que feo, adornado lateralmente de espesas patillas blanquinegras: la nariz tenia algo de la voluta corintia: la boca grande, de lábios carnosos y retorcidos se asemejaba á las bocas de esas máscaras griegas que vomitan festones y emblemas. Dos grandes contracciones sostenian en los extremos de esta boca una hilaridad presuntuosa tan constante en él y tan grabada en su rostro, que podia decirse que en él la sonrisa era una faccion. Sus lentes eran algo más, eran un órgano: la frente, en que algunos pelos aplastados por el sombrero y pegados por el sudor dibujaban una especie de leyenda geroglífica, era pequeña, deprimida y roja; pero de un rojo intenso y como transparente, como si los sesos de aquel buen señor fueran de bermellon ó cinabrio. Su cuerpo era un pro-

digio de solidez arquitectónica: cada extremidad era un portento de equilibrio; y sus hombros, su abdómen y su espalda, eran otras tantas obras maestras de estereotomía muscular: sus piés eran dos ladrillos. A pesar de tanta solidez, este monólito se movia con bastante soltura; y cuando hablaba, los brazos andaban dando vueltas como dos aspas de molino, amenazando descabezar al que tenia la desdicha de escucharle.

En cuanto á entendimiento, el Conde pasaba por ignorante entre muchos y por sapientísimo entre algunos; pero no era ni una cosa ni otra. Sin ser ilustrado, sabía lo bastante para hablar de todo, no disparatando siempre. En algunas cosas, sin embargo, era fuerte, sobre todo en cuestiones de política y de hacienda. Ocupábase mucho de la alza y baja de los fondos públicos, y negociaba con el crédito del Estado, tomando parte juntamente con los primeros capitalistas en las más arriesgadas operaciones mercantiles, lo cual fortalecia y aprovechaba sus conocimientos en Hacienda. La suya le inspiraba serios temores, sobre todo en la época á que me refiero, y el mal humor que le ocasionaban sus desbarajustados asuntos se hubiera trocado en hipocondría, si mi casamiento con su hija no echara un buen puntal á su fortuna.

Distinguíale tambien un notable prurito de agradar á las gentes: su amabilidad, aunque tonante y explosiva, le habia captado la voluntad de muchas personas. De esta amabilidad nádie tenía mejores pruebas que yo: siempre fuí objeto de su predileccion, y nunca más que en la ocasion de que hablo pude conocerlo. El Conde me probó el gran interes que yo le inspiraba en aquel diálogo que voy á referir á V. con la puntualidad que mi memoria me permite.

«Mi querido yerno,—dijo él,—yo siento tener que hablarte de este asunto, pero es necesario. Elena no puede vivir de este modo. No te ofendas: nádie mejor que yo conoce tus buenas prendas; nádie ha tratado de disculparte más que yo; pero han llegado las cosas á un extremo; tu carácter....

»Yo no entiendo ni una palabra de lo que V. me quiere decir,—le contesté, presumiendo que algo grave encerraban aquellas indicaciones.

»Todos en la casa dicen que estás loco,—añadió el Conde:—esta opinion, el único que la ha combatido he sido yo, que desde ántes de que entraras en mi familia conocia tu carácter. Yo sé que no es

locura: estos arrebatos que hoy te dan son antiguos en tí, si bien los ha agravado actualmente una preocupacion, uno de esos estados pasajeros del alma que nos ponen á veces en tal disposicion, que no parecemos tener pizca de sentido.

»Pues V. me explicará eso mejor, si quiere que le entienda,—dije yo, que ya tenía demasiadas confusiones en la cabeza, para comprender de una vez la nueva racion de enredos que mi suegro me traia.

»Elena se queja con razon,—contestó;—la infeliz ha enflaquecido de tal modo estos dias, que parece un cadáver. Todos procuramos consolarla. Cuidado, que eres extravagante! La atormentas del modo más cruel; la asustas con tus atrocidades sin cuento. Pero ¿en quién has visto cosa semejante? Segun ella refiere, algunas noches entras despavorido en su cuarto, diciendo que has oido allí la voz de un hombre; otras veces la maltratas, la injurias, asegurando que has visto á álguien saltar por su ventana al jardin. Cuando más descuidada y tranquila se halla, entras furioso, profiriendo gritos y amenazas y preguntando dónde está *él*: tu aspecto infunde miedo; tus palabras son las de un loco; tu ademan es descompuesto. Dí si hay mujer que tenga la fortaleza y el temple suficientes para ver en calma estas cosas, y considera tambien si no hay en tu conducta bastantes motivos para atraerte, no digo yo la antipatía, sino él horror de tu esposa.

»Sí,—dije yo,—lo confieso; pero V. no sabe que para obrar así tengo yo mis razones.

»Razones! No seas tonto. ¿Qué razones puedes tú tener para obrar de esa manera? Si tuvieras la calma, la filosofía que se necesita para poder vivir en estos tiempos que alcanzamos, no te sucederia eso. Es que tú te apuras de nada; eres muy puntilloso; tomas muy á pechos todas las cosas, y, en resúmen..... no sabes vivir.

»Suplíco á V., mi querido suegro, que me explique eso, porque tal vez me dé alguna luz en la situacion en que me hallo.

»Quiero decir que tú te cuidas demasiado de la opinion de las gentes, cosa que se debe despreciar las más de las veces, sobre todo cuando, como en la ocasion presente, no se funda en nada positivo, sino en esas presunciones vulgares, hijas de una gran depravacion moral.

»Pero ¿qué dice la opinion de las gentes?—exclamé yo.—

¿Alguien se ha atrevido á hablar de mi casa, de mi familia?....

»Te diré,—contestó él enfáticamente:—no debes apurarte por esto, que además de no tener importancia, es cosa que se ve con demasiada frecuencia para inspirarnos recelo. No hay que hacer caso de la opinion de esa gente holgazana que vive de la murmuracion y el escándalo, atisbando siempre en lo más íntimo de las familias.... No te apures por eso. Sólo con el desprecio se corresponde á la vileza de esas infames gentes que nada perdonan, ni áun lo más santo y respetable.

»Pero ¿qué dicen de mí?

»Mira: nosotros no debemos hablar de esas cosas—contestó,—pues hasta nombrarlas me parece poco decoroso. Dejémoslo, y se acabó.... Trata de serenarte....

»Nó; yo quiero saberlo, y pronto—contesté muy agitado.

»Vaya!—exclamó el Conde del Torbellino, poniéndose los lentes, que en el calor de su elocuencia se le habian caido;—¿quieres que te cuente lo que tú sabes mejor que yo, lo que ha sido causa de las extravagancias que has hecho estos dias?

»Nó: yo no sé nada; quiero saber todo eso que V. me ha indicado para confundirme más—le dije.

»Pues con indignacion te informaré, querido Anselmo, de que ha habido personas tan insolentes que han puesto en duda.... ha habido quien ha osado difamar á la misma virtud.... á mi hija Elena. Te aseguro que á conocer yo al infame que....

»Pero quién, en dónde, qué persona ha dicho eso?—exclamé yo, aterrado ante la horrible confirmacion de lo que dentro de mi casa pasaba.

»Quién lo va á averiguar? Y lo único en que se fundan es en que frecuenta tu casa ese jóven, ese jóven.... ese que viene aquí desde hace algunos dias.... ese Alejandro *no sé cuántos*.

»No sé de quién habla V.—dije.

»Sí: ese.... Precisamente ayer le ví entrar aquí: várias veces le he visto entrar—dijo, dándome á continuacion las señas de aquel ente infernal, hombre, demonio ó aparicion que tanto me habia atormentado con el nombre de Páris.

»La cosa es—prosiguió—que como ese chico tiene fama de ser uno de los más grandes perturbadores del hogar doméstico que han existido, desde que se le ha visto entrar aquí....

»Y quién ha traido aquí á ese hombre?—pregunté.

»Yo no sé: tú lo sabrás. Lo cierto es que entra mucho en tu casa, y de seguro Elena le tratará como un amigo, sin sospechar la infeliz que, aunque inocente, está labrando su desdoro admitiéndole aquí. Pero al mismo tiempo, no admitirle sería justificar la perfidia de los maldicientes, y en cierto modo ajustarse á su sistema. Lo mejor es despreciar todo eso, querido Anselmo. Ya ves cómo sé cuál es la causa de tus locuras, y yo no puedo ménos de reirme al considerar cuánto has atormentado á la pobre Elena por una causa tan frívola. Serénate, hombre, ten calma, como ántes te he dicho. Si porque cuatro desalmados hablan de tí, vas á hacer tales atrocidades, asemejándote á los mayores locos que han existido, qué harias si tuvieras una verdadera causa?»

Así habló el Conde del Torbellino; y sus palabras, léjos de darme luz en aquel asunto, me embrollaron más y más la cabeza. Antes habia dudado si la figura de Páris era real ó meramente una creacion de mi entendimiento, producida por un fenómeno singularísimo y no comprendido: esta duda me daba grande tormento. Ahora, segun las palabras de mi suegro, Páris era un sér real, conocido de todos. Entónces, ¿cómo fué herido gravemente por mí, restableciéndose después por encanto sin que quedaran en su cuerpo señales de postracion? ¿Cómo aparecia y desaparecia sin saber de qué modo? Esto aumentaba mi confusion de tal manera que, cuando se fué mi suegro, me sumergí en las más intrincadas y laberínticas meditaciones, á ver si vislumbraba un rayo de luz en tantas lobregueces. Dios mio! aún no era bastante: para colmo de desdicha, entró mi suegra, que empleando muy distintas razones que su esposo, dialogó conmigo un buen espacio de tiempo.

Mi suegra era una vieja coqueta, en quien los años no habian amortiguado el deseo de agradar, que era la base de su carácter. Habiendo sido hermosísima, en su rostro no quedaban ya más que lástimas, y únicamente los ojos conservaban en su brillo y expresion algo de aquella belleza que se habia despedido para no volver más. Este desastroso afeamiento era en parte remediado por ella con los complicados afeites que se hacía y las mil cosas que inventaba para disimular los estragos de su persona. En cuanto á costumbres, las suyas no se distinguian sino por un contínuo callejear, que no le dió muy buena opinion, aunque nunca se dijo claramente que no fuese honrada. Gustábale divertirse más que á

muchas que no pasan de los veinte; y en este punto jamás determinaron en ella los años ningun progreso visible; pues, vieja y todo, no perdonaba baile, ni comedia, ni paseo, ni reunion, ni ceremonia donde hubiera gente jóven y bulliciosa. Parecia que se le reverdecian con esto los años, refrescándosele el cuerpo en aquel contínuo zarandeo.

Esta dama ilustre, que profesaba en materias de opinion teorías muy peregrinas, fué la que me habló del modo siguiente:

«Es V., Anselmo, un salvaje, una fiera, un tigre. Pensar que mi hija pueda vivir mucho tiempo en compañía de una persona como V., es locura. Verdaderamente sería risible, si no fuera tan triste lo que está pasando. Vamos, que aquellos sustos que V. le da, presentándose de noche en su habitacion como un loco, y, al parecer, ofuscado el entendimiento por alguna mala idea.... En verdad no sé cómo vive la infeliz. Está enferma, y temo que sea de cuidado su mal, porque francamente, ¿qué persona impresionable y delicada resiste á las pruebas á que V. la sujeta? Es preciso que V. se decida á adoptar otra conducta: mi hija no puede vivir así. A ver: ¿qué es lo que le obliga á V. á proceder de esa manera?... quiero saberlo. ¡Cuando es Elena un modelo de amabilidad, de discrecion, de prudencia! Y verdaderamente, Anselmo, ya veo que no puede haber mayor tormento para una jóven que vivir con V.: en su compañía ninguna puede encontrar esa agradable confianza, que es el fundamento del amor; V. no es amable, ni mucho ménos: por el contrario, á pesar de sus buenas prendas, se hace repulsivo por los arrebatos de su carácter, por esa misantropía que le consume; en V. no hallará ninguna clase de ternuras, ni aun esas pequeñas fórmulas cariñosas que, insignificantes en apariencia, son de una importancia inmensa para nosotras; créalo V. Además, parece que V. se ha propuesto hacerse aborrecer de ella: pasa los dias abstraido, solo, encerrado en ese maldito cuarto, donde á veces se le siente hablar como si estuviera en conversacion con algun espíritu.

»Se me siente?—dije yo, oyendo con terror aquella descripcion de mi vida.

»Sí, eso dicen los criados—continuó riendo,—le han oido á V. hablando solo. Es esto tener razon, es esto ser hombre? Después sale y va dando feroces gritos al cuarto de Elena, que, trémula y sobrecogida le vé registrar la habitacion como si persiguiera á alguna

sombra. La pobrecilla ha llegado á tenerle á V. tanto miedo, que tiembla sólo de oir su voz. Yo no sé en qué va á parar esto. ¡Qué singular manera tiene V. de hacerse querer de su esposa! Ni la acompaña, ni la mima, ni procura distraerla; ella está acostumbrada al trato de las gentes, á los goces de la sociedad.... y verse aquí sola, encerrada!... Unicamente yo me intereso por ella; he logrado reunir aquí algunos amigos y amigas, que nos hacen tertulia entreteniéndonos un poco. Pero yo no sé qué tiene esta casa: es triste como su dueño; todos huyen de ella. En los últimos dias cási nádie ha venido, y nos hubiéramos visto muy aburridas, á no habernos acompañado D. Alejandro X....

»Señora: á ver? quién es ese D. Alejandro?... tengo curiosidad... —dije vivamente.

»Vaya, tambien ha perdido V. la memoria—contestó mi suegra con jovialidad.—Cómo está esa cabeza! Con qué tampoco conoce V. á Alejandro? Precisamente salia de aquí cuando yo entraba.... Si viene todos los dias....

»Señora: yo no sé de quién habla V.

»Pero este hombre está loco; ya desconoce á sus principales amigos, á Alejandro X, que tanto frecuenta su casa; la persona más amable que yo he tratado en mi vida; amigo de V., como lo es de todo el mundo, porque ese hombre, yo no sé.... es de esos que conocen á todo bicho viviente. Es claro, es tan amable, tan listo, de una travesura jovial, discreta y elegante.

»Y dice V. que yo le conozco?

»Pero V. está loco. No le ha de conocer? Si han salido juntos de paseo mil veces, si han comido, si han almorzado juntos, qué sé yo... Alejandro, hombre de Dios—añadió alzando la voz como si hablara con un sordo.—Indudablemente V. ha perdido el juicio.

»Y dice V. que las acompaña?—pregunté en el colmo del estupor.

»Si no fuera por él, mi hija y yo nos aburririamos. El nos acompaña, y es tan amable.... Nos divierte mucho con las cosas que nos cuenta. Ah! ¡No sabe V. cuánto nos cautiva su conversacion, sobre todo á Elena, que gusta de oir narrar aventuras. Ese hombre ha viajado mucho, y, aunque jóven, conoce el mundo como si hubiera vivido siglos.

»Y dice V. que yo le conozco?—pregunté con ansiedad.

Válgame Dios que hombre! Es lo mismo que si preguntara que si me conoce á mí. V. no está bueno. Anselmo, por Dios, esa cabeza....»

III.

Estas y otras razones cambiamos mi suegra y yo en aquel diálogo memorable. Ella se fué, porque la avisaron que Elena estaba con un síncope, y al poco rato, cuando aún no habia yo tenido tiempo de aclarar un poco las ideas, que lo indicado por mi suegra me sugeria, entró un amigo mio muy querido, el cual me habló tambien diciéndome cosas que no debo pasar en silencio para mejor inteligencia de esta rara aventura.

»Venía á saber de tu mujer—dijo— oí decir que estaba mala.

»Sí—contesté—no está buena. Desde hace dias tiene no sé qué. Por quién supistes que estaba mala?

»No recuerdo dónde lo oí decir—repuso.

»Yo sé que hablan de mí por ahí—dije—porque habia conocido que mi amigo queria decirme algo, y que esperaba rodase la conversacion sobre aquel punto.

»Qué hablan de tí? No sé—dijo vacilando, y despues añadió.—Bien: no te lo negaré: al contrario, obligado por nuestra amistad te hablaré, de este asunto, y si te digo que no he venido á otra cosa, no miento, de seguro.

»Vamos á ver.

»Por supuesto que debes despreciar ciertas cosas, mejor dicho, no despreciarlas del todo: conviene hacerse cargo de ellas, meditarlas y resolver después maduramente lo que se debe hacer. Esto no es nuevo. Todo el que vive aquí y vive en cierta posicion como tú, está expuesto á la murmuracion. Hay que resignarse y no enfurecerse, porque si alguna cosa hay que deba tomarse con calma es esa.

»Con calma!—repuse yo perdiéndola completamente—con calma he de mirar mi deshonra! Yo buscaré al infame autor de esa calumnia.

»Luégo ya tú estás enterado....

»Sé—dije—no sé, lo he presumido, lo he adivinado.

»Pues sí, amigo—repuso él—no te precipites; las reputaciones más sólidas no se libran de esos ataques.

»Te juro, —dije,—que yo he de matar á quien ha infamado mi casa; y, ya sea uno, ya sean muchos, esa vileza no ha de quedar sin castigo.

»Mal hecho: eso no se hace así. Conviene tratar con la Fama en buena amistad para que no nos maltrate; conviene capitular con los murmuradores y hacer ciertas concesiones para que no acaben de deshonrarnos. Para alejar á esa víbora maligna no se ha de luchar con ella: es preciso adularla con los dulces sonidos de un instrumento músico. El vulgo viperino es invencible cuerpo á cuerpo, y débil cuando á la defensa ciega se sustituye la maña astuta.

»Yo no puedo adular á esos infames. Mi honra está sobre ellos.

»Todo eso es muy santo y muy bueno; pero se dice una cosa. En estos tiempos es más temible el dicho que el hecho. Ya comprendes la fuerza que tiene un *dicen*. Si quieres seguir mi consejo, debes marcharte de aquí por algun tiempo: cuando vuelvas, todo está olvidado. Esa es la mejor manera de que te libres de ese hombre, cuya presencia en tu casa es la causa de todo. Es lo mejor: así se acaba sin escándalo; porque el escándalo, amigo, graba los hechos en la mente del público, y hechos estereotipados de este modo, no se borran fácilmente.

»Pero qué hombre es ese?—pregunté.

»Qué hombre?—dijo con estupor, como admirado de que yo no le conociera,—Alejandro X. Estoy seguro de que sus entradas aquí han sido sin fruto; pero la gente le ve entrar, y como tiene tan mala fama....

»De véras?—dije para obligarle á explicarse más.

»Sí,—contestó,—es de estos que hacen gala de sus costumbres licenciosas. Tiene buena figura, y no deja de ser discreto, como sabes. No tiene más oficio que hacer el amor, ni más aspiracion que ser objeto de esas nécias alabanzas de la multitud, siempre gozosa por cada honra que se pierde y cada nombre que se mancha.

»Y dices que debo salir de aquí?—pregunté.

»Sí: es urgente. Déjate de medios violentos. Matar, desafiar, todo eso aumenta el escándalo, todo eso hace hablar más de la cosa....

»Nó: yo quiero matar á ese hombre,—dije con furia, olvidando en aquel momento que Páris era inmortal,

»Matar! Y á quién? á ese? ¿Y estás seguro de que, al matarle, castigas á un delincuente? Tú das ya por supuesto que ha habido delito, y no es esa la cuestion. Se trata sólo de ciertas voces que debemos suponer no tienen fundamento alguno. Ahora dí si esas voces se acallan matando gente.

»Pues yo no puedo salir de aquí,—dije recordando que Páris me habia dicho que me seguiria á todas partes,—él irá tras nosotros.

»Cómo puede ir contigo?—dijo mi amigo,—y si va, en tu mano está evitar que te siga mucho tiempo. Estando aquí, no es fácil que puedas echarle sin escándalo de tu casa, miéntras viajando ya es más posible librarte de él por cualquier medio.»

Poco más hablamos; pero lo que he referido fué lo bastante para confundirme más de lo que estaba. El principal tema de mi cavilacion consistia en esto que repetia sin cesar: «luego Páris es un sér real: ese que llaman Alejandro no es una sombra, no es una aparicion, es un hombre que entra en mi casa y es conocido de todo el mundo. Alejandro y Páris son dos personas distintas: el que que yo he visto es una representacion, un remedo del primero.» Cansado ya de aquel tormento, resolví salir, para buscar en la confianza y en el consejo de personas afectas á mí, un alivio á tan terrible pena. Pensé dirigirme á vários amigos de lealtad probada, y además muy conocedores de las cosas de la vida, esperando encontrar en su conversacion alguna luz para alumbrar tan pavoroso enigma.

Salí. Segun después me han contado, andaba por la calle con la vista extraviada, el andar inseguro y rápido, puestos el sombrero y los vestidos de muy singular manera. Hacía reir á las gentes; y aun los acostumbrados á ver en mí un hombre no parecido á otro alguno, se paraban á mi paso, señalándome como una curiosidad. Aunque habia hecho propósito de ir á consultar con determinadas personas, yo no sabia adonde iba, ni encaminaba mis pasos á lugar ninguno. Iba de aquí para allí, á la ventura, ciegamente. Figuraos, amigo, cuál sería mi sorpresa cuando al atravesar, no sé que calle, tropecé, iba á caer, y una mano asió vigorosamente mi brazo. Me volví, y era Páris que me sostenia. No sé lo que sentí en aquel momento. En otra situacion de espíritu, le hubiera maltratado, le hubiera dado de golpes en presencia de todo el mundo; pero ya aquella maldecida figura no me inspiraba sino temor: en su presencia mi alma se sobrecogia, mi palabra enmudecia, fla-

queaban mis fuerzas. Páris ejercia sobre mí una fascinacion irresistible. Desde que se ponia á mi lado, mi espíritu se sometia al dominio de aquel sér infernal; se doblegaba tristemente y angustiado como sintiendo su inferioridad. Desde aquel momento yo no me pertenecia, estaba en sus manos, en su poder. El me tomó el brazo, y anduvimos mucho rato por las calles más concurridas sin hablar una palabra. Mirábamos la gente: muchos conocidos mios encontramos al paso, y yo observaba que al pasar cuchicheaban señalándonos. Sin saber cómo, y sin que mi voluntad obrara para nada en aquello, el diabólico Páris me arrebató hácia el Prado: era un hermoso dia de Otoño, y estaba concurridísimo: los grupos se apartaban para dejarnos pasar, y muchos se sonreian con disimulo fijando la vista en los dos. En aquel momento Páris era invisible para todos; ya no era aquella sombra, sólo percibida por mí, que surgia en mi habitacion de la tela de un cuadro; era un hombre real, y todos le veian, le saludaban, nos saludaban á los dos, observando con malignidad, mas no con sorpresa, que anduviéramos juntos. Así atravesamos el Prado, seguimos hácia Recoletos, sin que yo pudiera detenerme, porque él me arrastraba, de tal modo, que á veces parecia que una fuerza extraña movia mis piés. La gente era en mayor número cada vez, y la malignidad era la misma en todos los semblantes conocidos. Á veces se paraban algunas personas, y nos miraban un buen rato: otras me parecia que se reian; y en tanto nosotros siempre andando, andando. Yo estaba rojo de vergüenza; el rostro me quemaba como si sintiera el contacto de carbones encendidos; y en el fondo de mi corazon latia un ódio terrible, una pena profunda, una sombría angustia que no podia estallar, que no podia manifestarse, porque aquel demonio me lo tenía oprimido, y yo sentia dentro del pecho como una mano de fuego que me apretaba fuertemente, conteniendo en su puño ardiente cuanto en mí habia de vida y sentimiento. Andábamos siempre sin descanso: gruesas gotas de sudor corrian de mi frente, y sentia una gran fatiga, pero fatiga puramente moral, porque mi cuerpo no estaba cansado, y marchaba movido siempre por una fuerza en mí desconocida. Atravesamos toda la Castellana, donde habia más gente aún, mayor número de conocidos, y más insistencia en mirarnos, sonriendo con una gran malignidad, que ya era insolente y audaz. Caminábamos siempre, recorriendo el paseo de arriba abajo várias veces, hasta que la tarde iba cayendo, la

gente se retiraba, y mi alma se cubrió de luto; nubláronse mis ojos, no ví más que sombras, y un frio glacial corrió por todo mi cuerpo. No pude ménos de detenerme: estábamos en el extremo del paseo: á nuestra espalda se oia el ruido de los coches que se alejaban y las pisadas de algun paseante rezagado. Entónces parece como que recobré el uso de la palabra, y sentí dentro de mí una especie de libertad, una especie de descanso, como si la accion infernal de aquel sér abominable dejara de obrar sobre mí. No sé porque atrajo mis miradas la extraordinaria brillantez de la luz crepuscular que por Occidente teñia el cielo de la más viva púrpura. Miré aquello con cierto deleite, no experimentado por mí desde algun tiempo; y cuando volví los ojos hácia mi lado, Páris ya no estaba allí, habia desaparecido. Por una ilusion fácil de explicar, volviendo á mirar hácia el Ocaso, me pareció dibujada con ráfajas de luz rojiza y cárdenas nubes su faz aborrecida. Yo estaba solo, enteramente solo, habia recobrado el dominio de mí mismo; pero entónces el cansancio moral que ántes experimenté se extendió á mi cuerpo, y caí sobre un banco aturdido y exánime.

IV.

—Pues si he de hablar á V. francamente, amigo D. Anselmo, —dije,—esa aventura, léjos de aclararse á medida que se acerca el desenlace, se embrolla y oscurece más. Al principio, cuando la figura de Páris se apareció á V. en su cuarto, parecia que aquello no era otra cosa que una creacion de su fantasía, un extravío de su entendimiento. Aunque rarísimos, suele haber casos en que una imaginacion enferma produce esos fenómenos que no tienen realidad externa sino únicamente dentro del indivíduo que los produce. La figura desaparecida del lienzo, la voz que V. creyó escuchar en el cuarto de Elena, la sombra que vió ocultarse en el pozo; todo eso puede explicarse por una obsesion que, aunque rara, no es imposible. Pero después resulta que hay un ente real, un tal Alejandro, persona visible para todos, conocida de todos, que frecuenta su casa; persona exactamente igual á la sombra que á V. se le apareció, y que parece destinada á turbar la paz de su matrimonio, pero no con medios fantásticos, sino reales, segun se desprende del diálogo con su suegra y con su amigo. ¿En

qué quedamos? Qué relacion existe entre Páris y Alejandro? Por una coincidencia que no creo casual, estos dos nombres son los que lleva el robador de Elena en la fábula heróica.

Ahora bien; V. dice que no conocia á ese Alejandro. Si V. le hubiera conocido, si ántes de todas las apariciones V. hubiera tenido celos de ese hombre, se comprende que su imaginacion, dominada por esa idea, se apartara de su estado y su procedimiento normales y entrara en ese período patológico que origina tan grandes extravíos. Pero aquí lo primero ha sido la obsesion, y después ha venido la realidad á confirmarlo. ¿No seria más lógico que precediera la realidad, y que después, á consecuencia de un estado real de su ánimo, aparecieran las visiones que tanto le atormentaron?

—Precisamente lo que V. dice fué lo que yo pensé cuando, serenado algun tanto, quise explicarme lo que me pasaba, de regreso á mi casa. He de advertir que, desde muy ántes de ocurrir lo que á V. le refiero, mi cabeza se hallaba en un estado deplorable. Además de haber perdido la memoria cási por completo, habia tal extravío en mis juicios, que no acertaba á pensar con acierto ni á decir cosa alguna derechamente: todo esto lo he observado después, y he venido á descubrirlo cuando, sondeando atentamente en lo pasado, he podido descubrir algo de lo que existia en mi cabeza en aquel período. Después, mucho después de trascurrido aquello, yo, á fuerza de recapacitar, á fuerza de atar cabos, pude restablecer los hechos, aunque no con la claridad que requerian. Por último, pude recordar que efectivamente yo habia conocido á aquel Alejandro de que hablaba mi suegra, mi suegro, mi amigo, y, por fin, todo el mundo.

—Pues entónces todo está explicado,—dije:—V. se preocupó con aquel hombre, tuvo celos, pensó en eso noche y dia, y ese pensamiento fué dominándole hasta el punto de ocupar todo su espíritu: la contínua fijeza del pensamiento en una idea, dió un gran vuelo á su fantasía, debilitáronse sus fuerzas corporales con el predominio absoluto del espíritu, y de aquí ese estado morboso que le mortificó tanto. Eso, aunque raro, no es nuevo. Los místicos que han hablado de sus visiones con tanta fé, creyendo que han conversado con Jesus y la Vírgen, son una prueba de ese estado patológico que da una preponderancia inmensa á la imaginacion sobre todas las facultades, sobre todo el sér. Ellos ven todo

aquello, y es indudable que tiene realidad dentro de sí mismos. Ahora bien; D. Anselmo, piénselo V. bien, y procure tener un poco de memoria: ¿ántes de la aparicion de Páris, no ocurrió algun hecho que pudiera haber sido la primera causa determinante de esa série de fenómenos que tanto le trastornaron á V.? La verdad es que aquello, más que trastorno, fué consecuencia de una perturbacion anterior. Es preciso que V. diga lo que pasó ántes de que viera desaparecer del lienzo la figura pintada, siendo engañado por una de las más raras alucinaciones.

—Antes de contar á V. el fin de la aventura,—respondió el doctor Anselmo,—referiré á V. lo que me dijo un cierto amigo antiguo de mi familia, un viejo de quien yo, pasada mi niñez, me habia olvidado un poco. Segun él, mi padre habia sufrido iguales tormentos, siendo de notar entre ellos uno en que estuvo á punto de perder la vida, porque las obsesiones le quitaron hasta el hábito y las ganas de comer, sumergiéndole en un abismo de melancolías. Díjome que mi padre habia estado perseguido tambien por una sombra, si bien aquella no era un perturbador del matrimonio, sino un acreedor fantástico, que venía á pedirle gruesas sumas, hablándole de un litigio que no terminaba nunca. Mi padre tenía desde ántes de eso un horror extraordinario á los pleitos: era su manía, su tema, su locura, su preocupacion.

—Veo que era mal de familia,—dije:—cuando se tiene propension natural á la vida de fantasía, no seguir la carrera de santo es errar la vocacion. Para el arte no os fecunda ni útil esa facultad desenfrenada, esa furia rebelde que no se sujeta á las leyes de la razon, que no se templa con la influencia del buen sentido. Sólo sirve para producir los deliquios de un arrebatado misticismo: hace del hombre un sér fuera de sí, que no está nunca en sí mismo, sino en otro mundo que él puebla á su antojo de séres, dándoles una vida incongruente é ilógica como la suya, poniéndoles en accion, atribuyéndoles hechos raros, disparatados, absurdos, como los suyos.

—Pues otro amigo mio,—continuó el doctor,—un sabio ilustre á quien conocia tambien desde muy atras, me dijo que no era otra cosa que una enfermedad, y me habló de dislocacion cerebral, de cierta disposicion que tomaban los ejes de las celulillas del cerebro, polarizadas de un modo especial: me dijo tambien que los arseniatos obraban con eficacia en este estado patológico; que los

nervios ópticos sufrian una alteracion sensible, y que producian entónces imágenes con un procedimiento á la inversa del ordinario, partiendo la primera sensacion del cerebro, y verificándose después la impresion externa.

—Yo no entiendo de medicina,—dije,—pero que es un estado morboso, no puede dudarse. Yo he leido en el prólogo de un libro de terapéutica, que cayó al azar en mis manos, consideraciones muy peregrinas sobre los efectos de las ideas fijas en nuestra economía. Aquel autor disertaba sobre las aprensiones de los enfermos de un modo muy raro, pero á mi ver no destituido de fundamento. Decia que la atencion, fija constantemente en una parte del cuerpo, producia en ella una alteracion; y de este modo explicaba las célebres llagas de San Francisco, que no eran otra cosa, segun él, que una lesion producida por la convergencia de todas las facultades, de todas las fuerzas del espíritu hácia el punto en que habian aparecido. Si estos efectos tan palpables producen las ideas fijas en la economía animal; si tienen poder bastante para alterar los tejidos, para trastornar lo que les es ménos afine, la materia, ¿qué no harán en la vida espiritual, donde todas las facultades están en perpétuo y estrechísimo enlace? Yo me explico la obsesion de V., me explico sus diálogos con ese sér incomprensible; me explico el duelo, que es el último grado de la alucinacion. Todo lo comprendo ménos la falta de antecedentes reales, de hechos que favorecieran esa predisposicion de V., determinando la série de fenómenos psicológicos que ha referido.

—Hechos, sí; yo creo que los ha habido,—contestó:—lo último de que conservaba memoria es haber oido hablar á mi mujer de aquel jóven. Yo pienso que tambien le ví y le hablé. Pero no recuerdo más. Después, lo que mi memoria conserva de un modo indeleble, es la noche en que oí la voz en su cuarto; la desaparicion de la figura del cuadro, en fin, todo lo que he referido á V.

—Y no reparó V. si volvió Páris á su sitio?

—Seguiré contando á V. Cuando volvi á mi casa, conocí desde que entré que algo pasaba en ella. Iban y venian los criados con agitacion: oí la voz de mi suegra, penetrante y aguda; y alternando con ella la del Conde del Torbellino, bronca y sonora. Al punto me enteraron de que mi esposa estaba gravemente enferma, y así lo demostraba la presencia de dos afamados médicos y la consternacion de cuantos la rodeaban. Su malestar se habia

agravado repentinamente, determinándose una congestion cerebral, cuyas consecuencias, al decir de los médicos, no serian nada lisonjeras. Ella yacia en su lecho con muestras de una profunda alteracion, inquieta y delirante á veces, exánime y como muerta otras: su madre no cesaba de hablar, lamentando aquella desventura en el tono más destemplado y chillon. «¿Cual otra puede ser la causa de este funesto ataque, decia, sino las extravagancias de Anselmo, que la lleva al sepulcro con las mortificaciones incesantes á que la tiene sujeta? Es imposible que una naturaleza delicada resista á esta lenta inquisicion.» Y después lloraba, siendo muy sinceras sus lágrimas, porque á pesar de ser una vieja desenvuelta y coqueta, no dejaba de ser buena madre. Elena se ponia cada vez peor. Los auxilios de la ciencia parecian ineficaces, y por fin, después que la vimos padecer horriblemente por mucho espacio de tiempo, todos comprendimos que se moria sin remedio, á no ser que un milagro la salvara.

—Y Páris?—pregunté, porque me parecia extraño que el endiablado burlador no se presentase en aquel cuadro final, donde le correspondia uno de los principales papeles.

—Páris? Ya verá V.—contestó.—Aquel demonio no debia tardar en aparecer para decir la última palabra. El espectáculo de la agonía de Elena me daba tanta pesadumbre, que no pude permanecer mucho tiempo en su cuarto. Me era imposible fijar los ojos en ella sin estremecerme, sintiendo un gran dolor, unido á cierto remordimiento intensísimo que mi razon no podia dominar. Al ver como espiraba tan hermosa, en la flor de su edad, en lo más risueño de la vida, pensaba si yo, como decia mi suegra entre sollozos, era el único autor de aquel triste fin, que ella seguramente no merecia. Yo consideraba que la muerte está sobre todos y nos elije, sin atender á las razones que contra ella podamos tener; pero aun así, yo creia que, no estando unida á mí, Elena no hubiera muerto tan pronto. No pudiendo resistir aquel espectáculo, como he dicho, me retiré á mi cuarto, traspasado de dolor; allí estaba Páris sentado, fumando y golpeándose con el baston en la suela de la bota con un ademan distraido y algo descortés, impropio de la situacion en que se hallaba mi casa. Cuando entré, se volvió hácia mí y me dijo:

»Me voy: al fin lo has conseguido; pero á qué precio! Para librarte de mí has tenido que matarla!

»Yo!—repuse sin poder contener mi ira.—Yo! Dices que yo la he matado!

»Sí, tú, que la has traido al estado en que se halla con tus violencias sin cuento, con tus atropellos, con esos bruscos allanamientos de morada que has hecho en su cuarto, con el horror que le has inspirado, con la turbacion moral que has producido en ella. Yo he leido no sé en dónde que estos sacudimientos, causados por una fuerte impresion, si se repiten con alguna frecuencia, alteran de tal modo las funciones del cuerpo, le desquician y desequilibran de tal modo, que al fin el estado normal no puede restablecerse y la muerte es segura.

»No he sido yo, demonio aborrecido,—exclamé;—no he sido yo quien la ha matado; has sido tú, tú que has traido el desórden á esta casa, que me has vuelto loco. Tu mision es luto y vergüenza: tú me has deshonrado, me has perdido, me has lastimado en lo que para mí habia de más caro, has pisoteado mi corazon, has hecho escarnio de mis sentimientos: me has hecho aborrecible lo que amaba más en el mundo; y de aquello que era para mí de más valor que la misma vida, mi honor, tú has hecho una burla, un epigrama, una gacetilla, puesta en boca de los ociosos y de los libertinos.

»Ese es mi destino,—dijo, sin alterarse por los improperios que yo le habia dicho; y en verdad yo estaba furioso y elocuente: sin saber por qué iba desapareciendo el terror que aquel demonio me causaba. Después le dije:

»Tú eres la más grande aberracion de la sociedad; tú eres una de esas monstruosidades que acompañan al hombre como un perpétuo castigo de no sé qué delito, que perennemente estamos cometiendo!

»Nécio!—exclamó,—tú me has llamado, tú me has dado vida: yo soy tu obra. Te haré recordar, aunque la comparacion sea desigual, la fábula antigua del nacimiento de Minerva. Pues bien: yo he salido de tu cerebro, como salió aquella buena señora del cerebro de Júpiter: yo soy tu idea hecha hombre. Mas no creas por eso que yo no tengo existencia real: yo ando por ahí como tú, me conoce todo el mundo, soy un fulano de tal, como cualquiera. Para el mundo hay un Alejandro, persona muy conocida y nombrada; para tí hay este Páris que te atormenta, esta sombra que te persigue, esta idea que te mortifica. Adios: ya nada tengo que hacer aquí; tu esposa se muere. Adios!»

En aquel momento sentí gritos agudísimos en el interior de la casa. Elena habia muerto, Páris desapareció: yo me sentí libre, respiré. Parecíame que no habia respirado en tres dias; de tal modo se complacia mi pecho en aquella espansion descansada y serena. Al mismo tiempo una pena profundísima me llenaba el alma, al considerar la existencia que habia de ménos en mi casa, al pensar en aquel espíritu que se habia ido huyendo de mí. En aquel momento de supremo dolor, hasta me pareció que la ví pasar como una ráfaga, como una nube ligera, no tan ténue ni tan rápida que me impidiera ver sus facciones alteradas, por ese misterioso sello que pone la muerte á las caras más hermosas. Aquello pasó por delante de mis ojos, dejándolos deslumbrados un momento.

—Y Alejandro?—pregunté en el mismo tono y con la misma intencion con que ántes habia preguntado: «Y Páris?»

—Aquel Alejandro fué inmediatamente á casa cuando supo la muerte de Elena, y, segun oí decir, estaba el pobre muy consternado y algo lloroso. Fué al entierro, presenció la inhumacion, y hasta me dijeron que habia llevado luto algunos dias.

—Ese caballerito,—dije,—era la verdadera expresion material de aquel Páris odioso que le martirizó á V. Ese es el verdadero Páris.

—Sí,—dijo él;—le he visto muchas veces después, aunque jamás he querido saludarle. Siempre que le encuentro me estremezco. Hoy es un viejo verde, lleno de lamparones, y algo cojo. En resúmen: los celos que me inspiró ese hombre tomaron en mi cabeza aquella forma de vision que he referido á V. La cosa es rara: bien dije á V. que mi fantasía era una potencia frenética y salvaje, una enfermedad más bien que una facultad.

—El órden lógico del cuento,—dije,—es el siguiente: V. conoció que ese jóven galanteaba á su esposa; V. pensó mucho en aquello, se reconcentró, se aisló: la idea, fija, le fué dominando, y por último se volvió loco, porque otro nombre no merece tan horrendo delirio.

—Así es,—contestó el doctor;—sólo que yo, para dar á mi aventura más verdad, la cuento como me pasó, es decir, al revés. En mi cabeza se verificó una desorganizacion completa, así es que cuando ocurrió la primera de mis alucinaciones, yo no recordaba los antecedentes de aquella dolorosa enfermedad moral.

—Y Elena?...—dije con intencion de hacer una pregunta atrevida, pero me contuve por temor de herir la delicadeza del doctor.

—Ya sé lo que V. me quiere preguntar,—contestó:—V. quiere saber lo que creo acerca de su conducta; si fué infiel ó nó. Sobre este punto yo he echado un velo: no me lo haga V. levantar. Nada sé, ni he querido averiguarlo: prefiero la duda.

Después de decir esto, el doctor calló, sumergiéndose en sus ordinarias meditaciones. Yo no quise hacerle más preguntas, y, después de saludarle, me retiré; porque, á pesar del interes que él queria imprimir á su narracion, yo tenia un sueño que no podia vencer sin dificultad. Al bajar la escalera me acordé de que no le habia preguntado una cosa importante y que merecia ser aclarada, esto es, si la figura de Páris habia vuelto á aparecer en el lienzo, como parecia natural. Pensé subir á que me sacara de dudas satisfaciendo mi curiosidad; pero no habia pasado dos escalones, cuando me ocurrió que el caso no merecia la pena, porque á mí no me importaba mucho saberlo, ni al lector tampoco.

Noviembre 1870.

B. Perez Galdós.

REVISTA POLÍTICA.

INTERIOR.

Aún no se han apagado las últimas vibraciones del golpe misterioso que ha abierto prematura tumba al ilustre Marqués de los Castillejos en el momento más glorioso de su vida, y ya otro nuevo atentado, por fortuna sin consecuencias, ha venido á acrecentar la mortal incertidumbre de esta sociedad conturbada. Atraido á una celada miserable el Sr. Ruiz Zorrilla, ha estado á punto de morir á manos de esos asesinos invisibles que están acusando con el elocuente espectáculo de su impunidad repetida la ineficacia de nuestras leyes ó la insuficiencia de nuestros medios de gobierno. Frustrado su infame intento, los autores de esta horrible trama buscaron abrigo, segun todas las conjeturas, en una de las casas contiguas al lugar del suceso; los agentes de la autoridad cercaron la Manzana con inútil diligencia, y esperaron á que la noche inviolable, protectora constitucional de los malhechores, cediera su puesto al dia. La luz vino, en efecto, pero no para la justicia que la esperaba inmóvil, encadenada por las sombras, cruzada de brazos, resignada y vencida; vino para alumbrar la cási incomprensible impotencia de la estupefacta policía y el sobresalto de la opinion pública profundamente alarmada. ¿Qué es esto? Muere el Gobernador de Búrgos, vilmente asesinado en el átrio de un templo, y el crímen queda sin castigo; es atropellado y deshecho por las turbas brutales el representante de la autoridad en Tarragona, y el delito queda impune; el jóven Azcárraga cae bajo el puñal asesino en una de las principales calles de Madrid, y el misterio envuelve este horrendo drama; se invade á mano armada un teatro público, se apalea á los actores, se altera el sosiego del espectáculo, se escandaliza á Madrid entero, y no adelantan un paso las pesquisas de los tribunales; el desgraciado General Prim, Presidente del Consejo de Ministros, alma y brazo de la situacion revolucionaria, es asaltado y mortalmente herido en uno de los sitios más céntricos de la corte, como hubiera podido serlo en las encrucijadas de un camino solitario ó en lo más intrincado

de un monte, y la vindicta pública espera en vano su satisfaccion; el señor Ruiz Zorrilla, víctima de un plan tenebroso, recibe un trabucazo á quema ropa, escapando ileso, cási por milagro, del lazo que se le habia tendido, y ampara á los perpetradores del hecho la oscuridad de la noche, no tan densa quizá como la oscuridad de la justicia humana. Qué es esto? volvemos á preguntar. Es que la sociedad está indefensa? ¿Es que vivimos en plena conspiracion feniana? ¿Es que los legisladores de la Revolucion de Setiembre no han tenido en cuenta nuestro enfermizo estado moral? ¿Es que hemos ido todos demasiado léjos en nuestras generosas aspiraciones? La verdad es que en presencia de tan atroces atentados, la duda se apodera á veces tenazmente de nuestro ánimo abatido, y se levanta del fondo de nuestra conciencia, como la voz de un remordimiento confuso, aquel interrogatorio tan angustioso como terrible. Oh! Los que como nosotros rinden culto ferviente á la libertad, no es extraño que se detengan espantados, como Dante á la puerta del infierno, ante el abismo de este pavoroso problema, diariamente planteado por la violencia creciente de los hechos sociales, que demandan en vano para nuestra pátria seguridad y justicia.

Es menester no ocultarnos la gravedad del mal, si es que deseamos sinceramente el remedio. Las democracias de Europa están agitadas y conmovidas por un viento de corrupcion que alza en su seno formidables tormentas. Como en todas aquellas sociedades donde el principio de la igualdad se extrema, Europa se encuentra inundada de improviso por muchedumbres que no saben mandar ni obedecer, que no aciertan á salir de la opresion sino para caer en la anarquía, que viven siempre, segun la exactísima frase de Montesquieu, en la cruel alternativa de darse un tirano ó de serlo ellas mismas. Son muchedumbres que tienen la cabeza trastornada. Entregadas á sus instintos, aguijoneadas por sus necesidades, ni saben dónde van, ni lo que quieren, ni tienen conciencia del deber, ni freno que las rija, ni exageracion que las sácie, ni idea que las imponga. Abierta su alma ignorante ó estragada á los ódios mas feroces, incapaces de respeto, cada vez más apartadas del sentimiento religioso, empujan al mundo moderno con irresistible fuerza por la pendiente de una decadencia desastrosa, cuyos síntomas aparecen ya en las artes, en las letras y en las costumbres. En todas las naciones dominadas por esta democracia grosera y levantisca va haciéndose de dia en dia más sensible la oscuridad del espíritu humano. El arte, sin ideal, se envilece; la literatura, falta de sentido moral, se prostituye; las costumbres se pervierten y encenagan como el agua de un lago constantemente removido. Por todas partes asoman los signos de la licencia: en los escaparates de las tiendas ó en los puestos ambulantes de la calle, los cuadros obscenos y las fotografías inmundas; en el teatro, las obras bufas, estudios del natural, y los bailes lascivos; en la política, los *puntos negros*, que no son patrimonio de ningun partido, porque en todos palpitan; el ánsia inmoderada de lucro

en los negocios; las predicaciones insensatas en las reuniones públicas: por donde quiera que se tienda la vista, los estímulos del vicio, del escándalo y de la codicia. No es este el camino de la libertad. Los pueblos corrompidos y degradados carecen de aptitud para alcanzarla, de corazon para sentirla, y de virilidad para defenderla. El eclipse de esa grande y gloriosa Francia de otros dias, de cuyas manos débiles y temblorosas se han caido las armas; de esa Francia, estenuada por la lepra demagógica, con la cual ha contagiado al mundo; de esa Francia tempestuosa, delirante y desbocada, anuncia cuál es el fin de las naciones que confian sus destinos á una democracia ingobernable, sin virtudes, sin sentimientos, sin más que pasiones, aduladora ayer del César que le daba la *annona*, entregada hoy á su desesperacion republicana, y esclava siempre.

Esta democracia tumultuosa ha embrollado las ideas y el lenguaje político de la vieja Europa, donde ya, merced á su intervencion ruidosa en el debate social, nada es lo que ha sido, ni significa lo que ántes ha significado. Habla audazmente de la realizacion del derecho, y este derecho consiste en la dominacion despótica del número, que es el gran tirano de los tiempos modernos; grita, en presencia de los patíbulos, proclamando la inviolabilidad de la vida humana, y predica en sus clubs el asesinato, y en sus periódicos el regicidio, y en sus conciliábulos la matanza; proclama la libertad de conciencia, y se ensaña contra todas las religiones positivas, principalmente contra el catolicismo; llama justicia á su venganza y órden social á su cólera; confunde sus derechos con sus necesidades, y mezcla, en su inteligencia perturbada, el individualismo y el socialismo, los principios y los hechos, la luz y la sombra. Arrebatada por su entusiasmo efímero, recoge de los albañales públicos sus ídolos de un dia, y como los Césares omnipotentes de la antigua Roma, endiosa á sus favoritos, glorifica á sus aduladores, hace cónsul á su caballo. De vez en cuando entreabre sus filas compactas para dar salida á sus sobrantes cenagosos que se desparraman como una inundacion y se filtran en los demás partidos, comunicándoles su vírus emponzoñado. Estos sobrantes se alejan de la democracia que hemos tratado de describir, pero no de sus vicios ni de sus pasiones; cambian de traje y de escenario, pero no de costumbres, y se conocen en los nuevos partidos en que ingresan por su espíritu tumultuoso, por el ardiente materialismo de sus deseos, por su gárrula palabrería, por su avidez insaciable. En frente ó al lado de todas las situaciones, hacen imposible el Gobierno, siempre están dispuestos á transigir con todas las exageraciones, y cuando el demonio de la vanidad les tienta, nada hay que satisfaga el apetito de su ambicion. Se llenan de títulos, gracias y condecoraciones, siguiendo el ejemplo de aquellos arrepentidos jacobinos que desde el club demagógico pasaron á las imperiales antesalas de Napoleon I; se improvisan á sí mismos personajes importantes; ponen la mano en todas las alturas; buscan codiciosamente las riquezas; se reparten

las cruces como pan bendito, y son la causa principal,—quizás la única,—de esa vergonzosa prostitucion de los honores públicos, que es tan comun, para desgracia del verdadero mérito, en algunos Estados de Europa. De suerte que ni por lo que es en sí, ni por lo que presta, ni por sus ideas, ni por sus hombres, esa democracia alborotada sirve para otra cosa más que para corromper el organismo social, desordenar sus movimientos, desequilibrar sus fuerzas, trastornar el espíritu público, y embarazando la represion que la dificultad de las circunstancias reclama, hacer posibles la reproduccion de audaces atentados como el que ha privado de la vida al General Prim, ó el que últimamente ha puesto en riesgo la existencia del Sr. Ruiz Zorrilla.

No se parece esta democracia frenética y extraviada á la democracia viril, juiciosa, moralizada, sometida voluntariamente al imperio de las leyes, reformadora, pero no turbulenta, de los pueblos germánicos y anglo-sajones. La democracia latina tiene el delirio de la fiebre, y léjos de iniciar un nuevo progreso, parece señalar una retrogradacion hácia la barbarie; es algo que paraliza y asombra y hiela; es el cataclismo de una sociedad que se vuelca y pone encima lo que debe estar debajo, la pasion sobre la justicia, la violencia sobre el derecho, el número sobre la razon, la tierra sobre el cielo.

Débil es nuestra voz, pero no cumpliriamos con los deberes que nos impone nuestra conciencia, sino llamáramos la atencion de los hombres de buena voluntad, comprometidos en la Revolucion de Setiembre y deseosos de afirmar sus legítimas conquistas, sobre la crítica gravedad de nuestro estado. Es imposible seguir así por más tiempo; la opinion se nos aparta llena de espanto; las clases conservadoras tienen miedo; no se sienten ni seguras ni protegidas. Este temor, cada vez más extendido, arroja y precipita por un movimiento ménos racional que instintivo á una infinidad de elementos alarmados en el seno del carlismo, donde buscan un refugio contra las sordas agitaciones contemporáneas, como el viajero sorprendido por la lluvia y el viento se resguarda bajo las ruinas que halla en su camino. Compare el Ministerio la bulliciosa expansion de la opinion pública en los primeros albores de la Revolucion de Setiembre con su actual sobrecogimiento; las facilidades de entónces con los obstáculos de ahora, lo que era y lo que es, lo que hacía y lo que hace. El remedio urge. Es menester estudiar el fenómeno, desentrañarle, penetrar sus causas y salvar la libertad de sus propios excesos. Todo el terreno que la intranquilidad de los ánimos, la incertidumbre de los intereses sociales, y la sospecha creciente de nuestra impotencia para restablecer el órden moral nos hacen perder, lo gana la reaccion que todavía no ha encontrado su fórmula concreta y que por eso quizá no nos ha dado ya la batalla. El dia en que disponga de todas sus huestes para un fin comun, las agrupe en torno de una solucion única y marche al mismo paso; ese dia, si nosotros no hemos querido, ó no hemos podido, ó

no hemos acertado á robustecer los principios de gobierno, podria ser para nosotros peligroso y fatal.

En nombre, pues, de las instituciones que hemos establecido, cuya compatibilidad con el órden se pone por muchos malévolamente en duda, pedimos valor y energía á los hombres de la situacion para que, sin contemplaciones de ningun género, inspirándose en el sentimiento general, olvidando antiguas reminiscencias, sin sacrificar, en fin, los grandes intereses cuya defensa les está encomendada ante los escrúpulos del amor propio, vayan por donde deben ir, corten lo que deben cortar, inspiren confianza á los tímidos, aliento á los desmayados, respeto y seguridad á todos.

Algo revela en este sentido el Manifiesto publicado por el Gobierno hace pocos dias; documento más vigoroso en la forma que en el fondo, más caloroso en su estilo que en sus afirmaciones; pero que de todos modos parece determinar una direccion á nuestra política, hasta el dia indecisa y vacilante. Debido á la castiza pluma del Sr. Ayala, el Manifiesto que examinamos, elocuentísimo á veces, elegante siempre, tiene, si no en la exposicion de los principios, al ménos en la de los hechos, honrada franqueza; aborda de frente nuestro estado político; presenta sus riesgos; desnuda, por decirlo así, á los ojos del público, la coalicion nefanda de los partidos hostiles; demuestra la necesidad de que vayan unidos á la lucha los elementos monárquicos de la Revolucion, y considerando las tristes consecuencias que tendria, si prevaleciera, la agregacion momentánea de todos los ódios y de todas las intransigencias, declara que no está dispuesto á dejarse sustituir por la anarquía. Ménos claro, más indeciso, ménos concreto aparece el Manifiesto en la parte que se refiere á la marcha general del Ministerio, á sus medios para realizar los patrióticos fines que se propone, al pensamiento fundamental que inspira sus actos. Esta estudiada vaguedad ¿responderá acaso á dificultades internas? Indicará la existencia en el Ministerio de corrientes encontradas? No lo sabemos; pero sería sensible que así sucediera, y á más de sensible, sería aventurado. El Poder público necesita libertad y firmeza en sus movimientos, hoy más que nunca; esa libertad y esa firmeza que nacen de la unidad de miras, sin la cual es imposible la unidad de los resultados gubernamentales.

Estamos en vísperas de elecciones; dentro de pocos dias los comicios darán á conocer su voluntad, envuelta todavía en las sombras, y el oráculo de la opinion hablará desde el fondo misterioso de las urnas. Para nosotros es indudable, porque no creemos en la demencia crónica de los pueblos, que el Gobierno obtendrá una inmensa mayoría; pero ¿será esta mayoría tan unánime, tan compacta, tan disciplinada, tan sólida como las circunstancias requieren? Todo en el mundo engendra su semejante; y si la situacion no ha logrado fundir en una sola masa, en un solo partido, en un comun propósito, las diversas tendencias que han contribuido al restablecimiento de la

monarquía, sería temerario confiar demasiado en la cohesion de las futuras Córtes. Una mayoría incierta, variable, ocasional, movida por opuestos intereses, siempre insegura, vendria en este caso á acrecentar los obstáculos de nuestra política; el Gobierno, solicitado por fuerzas contrarias, no podria dar un paso sin crear un conflicto, viviria en perpétua crísis, atado de piés y manos; siendo probable que cuando intentara salir de su postracion, se lo impidiese la debilidad de sus miembros entumecidos, producida por la falta prolongada de ejercicio. ¿Dónde espectáculo más angustioso que el de un Gobierno enervado, sin defensa, sin iniciativa, en medio de oposiciones apasionadas, implacables, quizás numerosas, á quienes no aguijonea el afan del poder, sino la sed de venganza? Si esto aconteciera, equivaldria á arrojar el principio de autoridad desnudo y sin armas á las fieras hambrientas del circo.

Deseosos de evitar esta contingencia, hemos aconsejado un dia y otro la union intima, cordial, exenta de recelos, libre de sospechas, patriótica y sincera de los elementos revolucionarios puestos al lado de la nueva dinastía. No se resiste en el órden moral ni en el físico sino oponiendo á la pujanza del ataque la solidez incontrarrestable del muro. Cuadro militar que se rompe, cuadro perdido. El terror pánico penetra en sus filas, y los soldados, entregados á la medrosa inspiracion de su instinto, huyen sin saber adonde, sobrecogidos, atónitos, acuchillados por el enemigo que debe á la indisciplina de los dispersos la mayor parte de su victoria.

¿Es tan dificil la conciliacion que venimos proponiendo desde el dia en que fué elevado al trono el Rey Amadeo? Ni lo era ántes, ni lo es ahora. Nunca puede decirse con más razon que querer es poder. ¿No es verdaderamente deplorable que como los degenerados Bizantinos ó como los Franceses de la edad presente volvamos, por cuestiones frívolas, las armas contra nosotros mismos, en presencia de nuestros tenaces adversarios? Recordemos, siempre que nos asalte la ira, aquellas prudentes palabras de las santas Escrituras: — Las riñas y las injurias aniquilarán la hacienda, — y no demos lugar con miserables rencillas á que se cumpla en nosotros y en nuestras obras la fatal sentencia. Donde quiera que la cizaña apunte, en la cumbre ó en el llano, arranquémosla para que crezca bien y no se desgrane la espiga.

No hagamos nosotros lo que no han logrado ni lograrán hacer las oposiciones, á pesar de la calenturienta energía de sus esfuerzos reunidos. Las elecciones para Diputados provinciales, no han dado ni con mucho el resultado que se prometia la coalicion, y á medida que han ido conociéndose en todos sus pormenores, se ha desvanecido la inquietud ministerial de los primeros dias. Las oposiciones se alucinaron: extraviadas por el deseo, creyeron que habian vencido en gran número de distritos, donde la lucha entre los candidatos no revestia carácter político ni obedecia á otras causas más que á las rivalidades de los pueblos, celosos siempre de su importancia relativa.

El desengaño para los elementos hostiles al régimen vigente no se ha hecho aguardar: las dudas se han disipado, y hasta los más incrédulos han podido convencerse, no sólo de la vana poesía de sus cálculos, sino de la realidad del apoyo con que cuenta en el país, cansado de inútiles revueltas, la Monarquía constitucional levantada por las Córtes el memorable 16 de Noviembre. Mayor y más amarga ha de ser, segun todos los síntomas, la decepcion que sufran en la proxima contienda electoral, sin que les valgan para triunfar sus monstruosos contubernios; por manera, que si nosotros mismos no nos devoramos, podrá ser fácil que nos molesten, pero será imposible que nos venzan.

Una cuestion desagradable ha tenido el privilegio de atraer por algunos dias la atencion pública: la cuestion del juramento militar. No damos gran importancia á esta fórmula vana, quizás poco conforme con el espíritu liberal de los tiempos que alcanzamos, quizas innecesaria é inútil; pero una vez exigida, parécenos que el Gobierno está en su derecho y cumple con su deber saliendo al encuentro de todas las rebeldías, francas ó encubiertas. En una sociedad como la nuestra, donde están, por desgracia, tan relajados los vínculos de la disciplina y el respeto, el Poder público no debe mandar sino con el firme propósito de hacerse obedecer; que nada socava tanto las bases del edificio social como la impunidad del mal ejemplo.

La negativa de algunos jefes superiores del ejército á prestar el juramento de fidelidad, plantea además otra nueva cuestion que merece ser detenidamente estudiada: la de si es justo, lícito y moral imponer á los Generales la obligacion perpétua del servicio contra su voluntad y su conciencia. Todo honor y preeminencia pueden, en nuestro concepto, ser renunciables, sopena de convertirlos en carga insufrible, y no comprendemos que haya en la tierra más puerta cerrada eternamente para la humanidad que la losa del sepulcro.

Hemos concluido. Dentro de breves dias nuestro horizonte político, más revuelto que oscuro, se serenará por de pronto con el resultado de las cercanas elecciones. A la agitacion extraordinaria de este período de lucha sucederá la postracion del cansancio. Los partidos vencedores y los vencidos se recogerán en sí mismos para combinar sus futuros planes de campaña y ocupar sus posiciones respectivas. La vida pública, esparcida hoy por los comicios, se reconcentrará en el Parlamento, que es el corazon y la cabeza de las sociedades modernas. Qué acontecerá después? Las Córtes próximas tendrán en sus manos la paz y la guerra, el término de nuestras inquietudes y el fin de nuestras esperanzas, la llana y la piqueta. ¿Vendrán á consolidar ó á demoler? Esto dependerá de la actitud en que se coloque la mayoría. ¡Inspírenla Dios y su patriotismo!

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

EXTERIOR.

La situacion política de Francia se aclara por momentos, sin presentarse por eso más halagüeña. La tempestad pasa; pero la claridad que le sucede pone más de manifiesto los horribles estragos por ella causados. Sin embargo, por grandes que estos sean, será un suceso bienhechor que al período de destruccion siga otro de reparacion.

Las gravísimas cuestiones interiores, que complicaban de un modo funesto las enormes dificultades creadas por los inesperados desastres de la guerra, han perdido mucho de su peligrosa gravedad con la caida de Gambetta, la derrota de su política, la reunion de la Asamblea y la formacion del Gobierno presidido por M. Thiers.

Lamentables sobremanera han sido los últimos dias de ejercicio del poder dictatorial por los republicanos que se habian hecho dueños de él el 4 de Setiembre. La lucha entre la Delegacion de Burdeos y el Gobierno de Paris, en presencia del enemigo vencedor, y en las críticas circunstancias de un armisticio estipulado precisamente para que la Francia pudiera darse un Gobierno regular, ha sido la última y no la ménos grave de las tristes consecuencias de la política intransigente y exclusivista que durante cinco meses se ha seguido. A primera vista podia parecer inexplicable que el Gobierno de Burdeos, que no habia usado otro nombre, ni tenía otro título que el de delegacion del de Paris, desconociera la autoridad de éste; pero, en realidad, tan falto de poderes legítimos para representar la Francia estaba el uno como el otro.

Pero aparte de la carencia de legitimidad, toda la razon se hallaba de parte de los Parisienses en cuanto á las medidas que adoptaban para preparar la convocacion de la Asamblea nacional que durante cinco meses de comun acuerdo habian evitado. Cediendo ante la fuerza de los acontecimientos adversos, Jules Favre y sus colegas, al entregar al Emperador Guillermo los fuertes de Paris y estipular un armisticio que debia ser precursor de la paz, declinaban en la Francia, representada por un Congreso de Diputados elegidos por la universalidad de los ciudadanos, el tristísimo derecho de pactar una paz que va á reconocer el empequeñecimiento de la pátria. Pero, á lo ménos, llegados á este extremo doloroso, doblaban la cabeza ante el sufragio universal, y no le imponian caprichosamente vetos absurdos. Sin embargo, es preciso reconocer que la conducta de Gambetta era más consecuente y lógica: ordenando exclusiones de partidos políticos enteros, y exigiendo con inaudita arbitrariedad que los comicios franceses eligiesen una Asamblea de determinado color político, el tribuno de Burdeos no hacía más que perseverar en los mismos procederes que tanto él

como los gobernantes de Paris habian observado desde los primeros dias de Setiembre.

Mas las circunstancias habian cambiado. Lo que después del descalabro de Sedan, la Francia permitió á los republicanos, enemigos irreconciliables del segundo Imperio, que en tal catástrofe se hundia, no se lo toleraba ya después de la caida de Paris, no socorrido, y de la derrota de los ejércitos del Loire, del Norte y del Este. Y, por otra parte, el Conde de Bismark intervenia ahora en el conflicto de la política interior, exigiendo la libertad de las elecciones, á fin de que el Gobierno salido de ellas dé garantías y tenga suficientes poderes para la estabilidad de los pactos de paz.

El Canciller del Imperio aleman se dirigió á M. Jules Favre en 3 de Febrero para decirle: «Tengo el honor de preguntar á V. E. si cree que la exclusion decretada por la Delegacion de Burdeos es compatible con las disposiciones del artículo de la Convencion, que declara que la Asamblea debe ser *libremente* elegida.—Permitidme que os recuerde las negociaciones que precedieron al pacto del 20 de Enero. Desde el principio manifesté el temor de que, en las circunstancias presentes, sería difícil asegurar la completa libertad de las elecciones. Inspirado por este recelo, al que la circular de M. Gambetta parece dar hoy la razon, formulé la cuestion de si no sería más justo convocar el Cuerpo legislativo, que representa una autoridad legalmente elegida por el sufragio universal, V. E. rehusó esta propuesta, dándome la seguridad formal de que ninguna presion se ejerceria sobre los electores, y de que en las elecciones reinaria la libertad más completa.»

Este lenguaje del Conde de Bismark era hábil y amenazador. No escuchándolo, los gobernantes de Francia se exponian á que, en efecto, el vencedor no reconociera más autoridad legítima que el Cuerpo legislativo y que el Imperio, que no hace todavía un año obtuvieron la sancion de la gran mayoría de los electores franceses, y que formaban un Gobierno reconocido por toda la Europa. No es, pues, extraño que M. Jules Favre se apresurara á contestar: «Teneis razon al apelar á mi lealtad: jamas os faltará. Es completamente exacto que V. E. me instó vivamente para que aceptase como única combinacion posible la reunion del ex-Cuerpo legislativo. La rechacé por muchas razones, que no es útil recordar, pero que seguramente no habeis olvidado. A las observaciones hechas por V. E. contesté que creia poder afirmar que mi país no queria sino elecciones libres, y que el principio de la soberanía nacional era su único refugio. Con esto os digo que no podia admitir que se establezcan restricciones al sufragio de los electores. No he combatido el sistema de las candidaturas oficiales para emplearlo ahora en provecho del Gobierno actual. V. E. puede, pues, estar seguro de que si el decreto que me anuncia ha sido expedido por la Delegacion de Burdeos, será derogado por el Gobierno de la Defensa nacional. No pido para esto más que la facultad de adquirir la prueba oficial de ese decreto, para

lo que me bastará un telegrama remitido hoy. No hay entre nosotros desacuerdo, y debemos auxiliarnos uno á otro para la firme ejecucion del convenio que hemos firmado.»

Este triunfo diplomático del Canciller aleman le ha sido proporcionado por el exclusivismo intransigente de los republicanos franceses. Pero Gambetta, al mismo tiempo qué Favre reconocia la evidente razon de la exigencia del Conde de Bismark, queria deducir de ella un nuevo motivo para insistir en sus decretos dictatoriales sobre limitaciones absurdas impuestas por un Gobierno sin títulos regulares á los votos de los ciudadanos. Jules Simon marcha de Paris á Burdeos para obligar á Gambetta á que ceda. Este último resiste; Jules Simon exhibe los poderes que á prevencion trajo del Gobierno parisiense, para revocar los acuerdos tomados en la capital de la Gironda. Gambetta arrástra tras sí á los otros miembros de la Delegacion; derogan á su vez las providencias de Simon, y envian á M. Cremieux á Paris á gestionar en favor de su tenaz resistencia. Cremieux se encuentra á la mitad del camino con Arago, Pelletan y Garnier Pages, que acuden á reforzar á Jules Simon: con su llegada, los miembros de la Delegacion sacuden por fin el yugo de Gambetta, que habian soportado durante algunos meses; y el fogoso tribuno, que ha dirigido los negocios de la guerra y de la política con tanta actividad y con tan infeliz fortuna desde que en un globo escapó con tan ambicioso intento de Paris sitiado, se ve obligado á abandonar el Poder. El dia 4 presenta su dimision, que le es admitida en el acto.

Con la misma fecha el Gobierno de la Defensa nacional dirige desde Paris á todos los Franceses una proclama, en que, no sólo se defiende de los ataques de Gambetta, sino que lanza contra éste terribles acusaciones. «Paris, dice, ha entregado las armas en vísperas de morir de hambre. Le habian dicho: «sostente algunas semanas, y te libertarémos.» Ha resistido cinco meses, y á pesar de esfuerzos heróicos, los departamentos no han podido socorrerle. Se ha resignado á las privaciones más crueles, ha aceptado la ruina, la enfermedad, el aniquilamiento. Durante un mes le han abrumado las bombas, matando mujeres y niños. Hacía más de seis semanas que los pocos gramos de mal pan que se distribuia á cada habitante bastaban apénas para impedirle morir. Y cuando, vencida así por la más inexorable necesidad, la gran ciudad, amenazada de la más horrible catástrofe para dos millones de ciudadanos, aprovecha sus restos de fuerzas y trata con el enemigo, en vez de allanarse á una entrega á discrecion, se acusa desde léjos al Gobierno de la Defensa nacional de culpable ligereza, se le denuncia; se le desconoce..... Para la convocacion de la Asamblea hemos estipulado un armisticio, cuando los ejércitos que podian acudir en nuestro auxilio eran arrollados léjos de nosotros. Sólo uno se sostenia aún, ó á lo ménos *así lo creiamos*. Prusia exigió la rendicion de Belfort. La rehusamos, y por esta razon, para proteger la plaza, reservamos por algunos dias la libertad de

accion de su ejército de socorro. Pero era ya demasiado tarde, *lo cual ignorábamos.* Cortado en dos el ejército de Bourbaki por los Alemanes, no podia ya aquel General resistir á pesar de su heroismo, y después del acto de generosa desesperacion á que se entregaba, se veian sus tropas obligadas á pasar la frontera. Por tanto, el convenio de 28 de Enero no ha comprometido interes alguno nacional, y sólo ha sido sacrificado Paris. Este no murmura. Concede su aprecio á los que han combatido léjos de él para socorrerle, y *ni siquiera acusa al que es hoy tan injusto y temerario*, al Sr. Ministro de la Guerra, *que detuvo al General Chanzy cuando queria marchar en auxilio de Paris,* y le mandó que se retirase detras del Mayenne."

Tres quejas, á cual más grave, contienen esas sentidas frases de los hombres que han dirigido la defensa de la capital de Francia. Es la primera que Paris ha cumplido con exceso la tarea que le correspondia, deteniendo delante de sus murallas al enemigo mucho más tiempo del que nádie se hubiera atrevido á exigir, no cediendo á la fuerza de las armas sino sólo de sus baluartes, y no rindiéndose sino cuando el hambre amenazaba ya por horas exterminar á sus dos millones de habitantes, sin que su resistencia tenaz haya servido para que la Francia acudiese eficazmente en su socorro. La segunda consiste en declarar que dentro de Paris estaban engañados por los falsos partes que la Delegacion de Burdeos propalaba de contínuo acerca de la situacion de las cosas militares. En los movimientos de ejércitos, que iban á dar como inmediato resultado el destrozo completo de Bourbaki, los tribunos bordeleses no supieron ó no quisieron ver sino la fantástica victoria de Garibaldi, que se hacia la ilusion de ganar á Dijon, adonde el enemigo le llamaba con un falso ataque miéntras dejaba de acudir al socorro de los soldados franceses, que han tenido que refugiarse en Suiza. Consecuencia, entre otras muchas, no ménos tristes, de ese sistema de ilusiones insensatas y de engaños contínuos, ha sido que Jules Favre considerase como un gran resultado de sus gestiones exceptuar del armisticio á las tropas de Bourbaki, que eran las que con más urgencia necesitaban aprovecharse de él. Y, por último, la tercera queja es contra las desacertadas medidas militares de Gambetta, que no dejaba obrar por sí á los Generales, y que tuvo la culpa, segun la proclama del Gobierno de Paris, de que Chanzy no marchara á auxiliar á la capital. Sea de impericia ó de cualquiera otra cosa, este cargo es realmente gravísimo.

El escrito firmado por el General Trochu, por Jules Favre, y por sus colegas, afirmaba el derecho de los bonapartistas, como de los demás franceses, para ser favorecidos por los votos de los electores. "Que se han cometido, decia, graves faltas, y que de ellas resultan grandes responsabilidades, es muy cierto; pero el infortunio de la pátria lo doblega todo bajo su peso; y además, rebajándonos al papel de hombres de partido para proscribir á nuestros antiguos adversarios, tendriamos el dolor y la vergüenza

de herir á los que combaten y derraman su sangre á nuestro lado. Acordarse de las disensiones pasadas cuando el enemigo huella nuestro suelo ensangrentado, es rebajar por medio de rencores la grande obra de la libertad de la pátria.» Estas frases son generosas y justas, pero tardías. El Gobierno de la Defensa nacional inauguró en Setiembre y ha continuado después, miéntras ha podido, esa política funesta que ahora condena. Sus censuras recaen sobre él tanto como sobre Gambetta.

Abierto, por fin, con condiciones de igualdad para todos el palenque electoral, manifestaron los diversos partidos su intencion de disputarse el triunfo. Entre los manifiestos electorales, deben considerarse como los más importantes los del Duque de Aumale y del Príncipe de Joinville. El primero se dirigió á los electores, manifestando su propósito de dar algunas explicaciones sobre la cuestion de paz ó de guerra, y sobre la cuestion constitucional. Pero respecto de la primera, las explicaciones no pasaron de ser la declaracion más terminante de abstenerse por completo de darlas. «Como yo no tengo, decia, ninguna parte de responsabilidad directa ó indirecta en los acontecimientos ó en los actos que han producido la guerra y la situacion actual, debo estipular mi entera libertad de apreciacion ó de reserva. A ello me autoriza tambien la inaccion que me ha sido impuesta cuando reclamaba con insistencia el derecho de combatir por mi país.» Todas estas razones estarian en su lugar para que el Duque de Aumale justificase su conducta anterior; pero son de todo punto insuficientes para darle el derecho de no tener ó de no manifestar una opinion respeto de la más grande, y cási de la única cuestion que ha de tratar la Asamblea, de la que solicitaba que los electores le hiciesen miembro. Absteniéndose de decir su parecer acerca de la paz ó de la guerra, bastante daba á entender que no era partidario de la guerra á todo trance, proclamada por Gambetta; pero imitaba la conducta seguida por todos los hombres políticos de Francia, que reconociendo la necesidad de una paz desventajosa, rehuyen discutir sus condiciones. De aquí resulta, por muy natural que tal proceder sea en las aflictivas circunstancias actuales, una gravísima dificultad para que la idea de la paz próxima vaya madurando, y ajustándose á las mejores fórmulas posibles en la opinion pública.

Por lo tocante á la forma de gobierno, el Duque de Aumale es, por el contrario, muy explícito. Cree preferible á todas las demás la Monarquía constitucional, que con una mezcla de orgullo filial y de patriótico dolor recuerda para comparar el estado actual de la Francia con el que tenía bajo el reinado de su padre; pero está dispuesto á servir á su país, si éste se decide por la República. De semejantes declaraciones todo el mundo ha inferido, al parecer con razon, que el Duque de Aumale, sin perjuicio de desear el restablecimiento de la Monarquía orleanista, se halla pronto á ser Presidente de la República francesa. La ambicion ha oscurecido en esta

ocasion el claro talento del ilustre príncipe. Los recuerdos favorables al reinado de Luis Felipe, están viniendo á la imaginacion de los Franceses sin necesidad de que los hijos del monarca proscrito en 1848 vengan á dar un colorido de interes personal ó de partido á lo que es natural consecuencia de las derrotas sufridas por el Imperio y por la República. Además, la cuestion de la paz ó de la guerra precede en importancia y en urgencia á la del establecimiento de un nuevo Gobierno.

Mejor ha comprendido las necesidades de la actual situacion el Príncipe de Joinville, cuyo manifiesto electoral está reducido á estas lacónicas frases: «Señores electores, no están los tiempos para largas circulares. Además, mi nombre no os es desconocido.—Al presentarme ante vuestros votos, os pido el medio de servir incondicionalmente á mi país, bien en sus consejos, bien en las filas de sus ejércitos.»

Otro Manifiesto ha aparecido al mismo tiempo. El Emperador Napoleon III ha dirigido tambien su voz á los Franceses. Pudiera haberlo hecho con algun buen éxito, y sobre todo, con justicia y con oportunidad, para rechazar la excesiva dureza con que los errores de la política imperial son condenados, y para demostrar que de esos errores participaron más ó ménos los mismos que con tanto desprecio los recuerdan hoy. En vez de esto, el prisionero de Wilhelmshohe, se limita á decir que la fortuna le hizo traicion en Sedan, como si tal frase bastara para la explicacion del descalabro más grande y más sorprendente de que tiene noticia la historia; y después, protesta contra todo lo que se haga en Francia sin la participacion directa del cuerpo electoral y del sufragio universal, que cuatro veces en veinte años le confirió el poder. De nada sirven semejantes títulos ante una nueva manifestacion de la opinion pública, que no está seguramente tan propicia hoy para el vencido en la actual campaña, como lo estuvo para el vencedor de Sebastopol y de Solferino. Cuando en los pactos con la fortuna se funda la legitimidad de un poder, hay que resignarse á perderlo si la fortuna hace *traiciones* como la de Sedan. Si sólo al sufragio se debe el derecho de gobernar, se pierde por completo ante una solucion cualquiera de continuidad en la série de las votaciones favorables. Al Emperador no le tocaba ahora protestar, sino justificar su anterior conducta, con tan excesivo rigor vilipendiada; y respecto de títulos al Poder, sólo uno pudiera haber presentado valedero; el de que la restauracion del Imperio en su propia persona ó en la de su hijo, diese facilidades ó garantías á la Francia de una paz ménos desventajosa.

Ese título se lo han arrebatado los electores contribuyendo á la formacion de una Asamblea de opiniones moderadas; la Asamblea elegida, adoptando desde los primeros instantes una actitud patriótica y enérgica, que permite creer que la anarquía no irá en aumento; y sobre todo, M. Thiers, dando nuevas y grandes pruebas de su sagacidad y de su pri-

vilegiado talento. Toda esperanza de que los Alemanes favorecieran directamente el restablecimiento del Imperio napoleónico, por la razon ó por el pretexto de que los republicanos no llegasen á constituir un Gobierno de formas regulares, obedecido por la Francia, y aceptado por la Europa, parece alejada desde la derrota de Gambetta y de los intransigentes.

Gambetta y Jules Favre conocian bien el estado de la opinion pública en Francia cuando, durante tantos meses, se negaron á convocar una Asamblea nacional. Las elecciones generales de este mes demuestran con cuánta razon creian que la prueba daria un resultado desfavorable para los republicanos. Pero aquella exacta apreciacion suya, y el suceso que la justifica, son la condenacion más grande del empeño con que han querido someter á una minoría turbulenta la mayoría de los ciudadanos franceses. Por lo demas, la demora en la convocatoria ha sido contraria á su partido, que en Setiembre tenía sin duda mayor influjo que en Febrero sobre las masas de electores. Y, sobre todo, Gambetta se equivocaba grandemente cuando decretaba con evidente tiranía la incapacidad de los imperialistas para ser elegibles. Derogados sus decretos de exclusiones, los imperialistas apénas han logrado traer algunos de sus representantes á formar la más exígua de las minorías de la Asamblea. La mayoría pertenece á los orleanistas, siendo después los republicanos la fraccion más numerosa.

El hombre popular en Francia, en estos momentos, es M. Thiers; y jamas popularidad alguna fué más merecida por los antecedentes, ni más justificada por los actos. M. Thiers, autor de las fortificaciones de Paris, habia dado á la Francia la única fuerza militar, que ha correspondido en esta campaña á las esperanzas en ella fundadas, y las ha superado con mucho exceso. Y, más todavía que por este gran servicio, se distinguió M. Thiers anunciando á su pátria en Julio último los peligros á que se exponia, peligros que sólo su perspicaz mirada alcanzó á ver. Entre los pocos que, separándose de las corrientes de la opinion, se oponian á la declaracion de guerra, los más se limitaban á exigir que ni la declarase, ni la dirigiese por sí solo el Emperador, reclamando una participacion directa para el Cuerpo legislativo; otros, más amigos de la libertad política que de la gloria militar, lamentaban el prestigio personal que el Emperador y los Mariscales iban á adquirir en las próximas y fáciles victorias; nádie dudaba de que las fuerzas de la Francia eran muy superiores á su enemigo, y de que el territorio nacional iba á ser inmediatamente agrandado. Sólo M. Thiers, arrostrando con patriótica abnegacion la impopularidad y el peligro de sus opiniones, dijo á la Francia que corria á un abismo, y que no se hallaba en situacion de medir sus fuerzas con la Prusia, debiendo aguardar, para hacerlo, á que estallara la discordia entre la Alemania del Norte y los Estados del Sud. Preciso es reconocer que muy grande debia ser la seguridad con que habia formado sus ideas en este punto M. Thiers, no tanto porque

se atreviese á exponerlas contrariando los sentimientos generales de sus conciudadanos, como porque, de no haber acertado en su pronóstico, su importancia política y su crédito de hombre de Estado habrian quedado anulados para siempre. Si el Emperador hubiese vuelto á Paris después de colocar la frontera sobre el Rhin, ¡qué pobre papel hubiera representado M. Thiers después de haber dicho desde la tribuna del Cuerpo legislativo que la Francia carecia de fuerzas para luchar contra la Prusia!

Un periódico aleman, procurando disminuir el prestigio de que M. Thiers disfruta hoy, ha recordado un discurso que en Enero de 1841 pronunció en la Cámara de los Diputados en defensa del proyecto de fortificaciones de Paris. El recuerdo es sin duda oportuno, pero no justifica ciertamente la afirmacion del diario germánico de que los últimos acontecimientos han demostrado que se equivocó por completo M. Thiers. Veamos lo que éste decia hace treinta años:

"Se nos objeta que no es posible exponer una poblacion de un millon de almas á los horrores de un bombardeo, á los tormentos del hambre; que no se podria, en tales condiciones, gobernarla ni contenerla; que no se puede meter, por decirlo así, en un torno la gran capital, en donde palpita el corazon del país, porque contiene el Gobierno, las Cámaras, los órganos esenciales de la vida pública. ¿Cómo habria de estar todo esto bloqueado al mismo tiempo, y sometido al rigor del régimen militar? El ánimo se asusta y retrocede ante tal idea..... Ya veréis, señores, cómo esos son fantasmas que se desvanecen cuando uno se aproxima á ellos..... Si conseguís que la capital sea realmente fuerte, y que se halle en estado de sostener un ataque regular, sólo con eso y desde el mismo instante la libertais para siempre de todo peligro de un sitio; porque si Paris puede defenderse como Metz, Strasburgo ó Lille, Paris no será atacado jamas..... Hemos tratado de averiguar si es posible abastecer á Paris de víveres para sesenta dias y para 1.300.000 hombres. Se ha demostrado que se puede hacer. Permitidme que os diga ante todo algunas palabras acerca de esas cifras de sesenta dias y de 1.300.000 hombres. Nunca un enemigo acampará sesenta dias delante de Paris, porque sería él, y no Paris, quien sufriria el hambre. No se puede suponer que un enemigo invasor se atreviese á presentarse delante de Paris con ménos de 200.000 ó de 250.000 hombres. Le sería imposible conducir consigo sus almacenes sin esfuerzos gigantescos é irrealizables, sin dejar detras de sí muchos ejércitos para cubrir los caminos. Tendria que vivir sobre el país mismo, como nosotros lo hemos hecho muchas veces; tendria que desparramarse á largas distancias para vivir, y quedaria con esta dispersion muy expuesto. Viviria algun tiempo, pero el país ocupado sería devorado de tal manera, que el enemigo no podria subsistir en él. Si suponeis treinta dias de una situacion semejante, ó cuarenta ó cincuenta, llegais á imposibilidades materiales. El abastecimiento de Paris por sesenta dias basta, pues, y áun sobra, segun todos los cálculos razonables."

Es verdad que, contra las afirmaciones de M. Thiers, Paris fortificado ha sufrido un sitio, y el enemigo ha acampado más de 60 dias delante de sus fuertes; pero tambien lo es que las previsiones del ilustre estadista han sido confirmadas por la experiencia en cási todas sus partes, no fallando si no en las que ninguna imaginacion humana podia hacer, no ya en Paris y en 1841, sino en Berlin, y en el primer semestre de 1870. Paris ha resistido, no sólo 60 dias, sino más de cuatro meses; su poblacion, no sólo de 1.300.000 habitantes, sino de más de dos millones, ha podido soportar los horrores del bombardeo y las torturas del hambre; ha sido posible gobernarla y dirigirla. Y solamente el perfeccionamiento de las armas de fuego y el asombroso progreso de los medios materiales de administracion y trasporte, de la estrategia, que ha dado á los Generales prusianos la facultad de mover y alimentar masas enormes de guerreros, han sido causas de que puedan mantenerse en sus campamentos, en donde, sin embargo, no les han faltado dificultades. A pesar de todo, si Mac-Mahon, en vez de sacrificar su ejército en la empresa, imposible segun su propia opinion, de socorrer á Metz, hubiese cubierto uno de los flancos de Paris, los Prusianos no habrian podido sitiarla. Bien claro se ha visto que sin el suceso, cási incomprensible aún después de su realizacion, de quedarse la Francia sin Mariscales, sin Generales, sin soldados, de perder más de medio millon de prisioneros, y todas sus plazas fuertes, y todo su material de guerra, Paris no hubiera sido tomado; que aun en medio de tan grandes destrozos, ha resistido mucho tiempo, ha conservado todas sus fortalezas, y solo se ha rendido cuando se le han concluido los víveres.

Desgraciadamente, el intento del periodista aleman, que desea ver caido en el descrédito el nombre de Thiers, puede realizarse pronto por actos de mayor actualidad que los de 1841, con ese propósito recordados. Las circunstancias son muy á propósito para destruir con rapidez todos los prestigios personales. Muy grande lo tenía Mac-Mahon cuando en fines de Julio se acercaba al Rhin; un impulso unánime de la opinion pública colocaba todas las esperanzas de la Francia en Agosto en el nombramiento de Bazaine para Generalísimo; la actividad organizadora del Conde de Palikao causaba un entusiasmo indecible; Changarnier, Trochu, Bourbaki, el mismo Gambetta, Chanzy, Aurelles de Paladine, han inspirado á todos ó á muchos grandes esperanzas. Todas esas popularidades se han desvanecido como el humo; y eso que á la mayor parte de esos hombres no se les ha exigido lo que se quiere que M. Thiers haga; que sea el primer frances que acepte en alta voz las condiciones de una paz que va á sellar la derrota de la Francia; y que, al mismo tiempo, constituya un Gobierno en donde reina la anarquía.

Los primeros actos del ilustre historiador y ex-Ministro de la Monarquía constitucional han sido notables por el acierto, y favorecidos por el

éxito más afortunado. Obligando á la nueva Asamblea á que ántes de investirle con la jefatura del Poder ejecutivo, votase sobre la proposicion Keller, ha hecho partícipes, como era justo, á los representantes de toda la Francia de la responsabilidad de la situacion nueva. Procurando y consiguiendo que esa proposicion Keller, en que la voz de los Alsacianos se hacia oir para reclamar de la nacion francesa la promesa solemne de no permitir jamas la separacion de las provincias conquistadas por Luis XIV, no haya sido aprobada á pesar de los términos apremiantes y hábiles con que fué presentada y defendida, ha logrado que quede implícita pero claramente condenada la política de la guerra á todo trance. Llamando al Poder á los hombres de todos los partidos, y más particularmente á los republicanos, los ha asociado á la difícil y pesada tarea de las negociaciones para la paz. Aplazando para después que estén resueltas las cuestiones con el enemigo las relativas á la organizacion interior del país, ha proclamado la política nacional, que se sobrepone á todos los intereses de partido miéntras el extranjero se halla sobre el suelo de la pátria. En breves dias ha logrado más que el Gobierno establecido por tumultuosa sorpresa en la noche del 4 de Setiembre habia conseguido en cinco meses: ha creado un Gobierno regular; ha unido los esfuerzos de los partidos que se disputan el Poder; ha imposibilitado la restauracion imperial, que Gambetta combatía con medidas tan inícuas como ineficaces; ha sido aplaudido por toda la Francia y reconocido por todas las Potencias neutrales de Europa; ha inspirado esperanzas de que se encuentren términos hábiles para conciliar las exigencias ambiciosas de los vencedores con la posible pequeñez relativa de los sacrificios del vencido; ha atendido, por último, á la autoridad moral de las instituciones políticas que definitivamente prevalezcan, dejando su establecimiento para cuando ni hayan de nacer bajo la presion de la invasion extranjera triunfante, ni hayan de comenzar su reinado pagando el precio de los errores anteriores, y estipulando, en rescates onerosísimos y en cesiones dolorosas, el importe de las derrotas sufridas. De esa manera será posible que un Gobierno, irresponsable de la funesta guerra y de la desventajosa paz, se dedique á curar las crueles heridas recibidas por la Francia, estudie y procure remediar las causas de la inferioridad en que respecto de la Alemania ha aparecido, y la conduzca á mejores dias y á la reconquista del puesto eminente de que se ha visto lanzada en medio del universal asombro.

FERNANDO COS-GAYON.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

LIBROS ESPAÑOLES.

El Derecho civil español (en forma de Código), *por D. José Sanchez de Molina Blanco*, Abogado de los ilustres Colegios de Granada, Madrid, y ex-Diputado á Córtes.—Madrid, imprenta de F. Lopez Vizcaino. 1870.

Propónese el Sr. Sanchez de Molina Blanco, segun explica en la portada misma de su libro, recopilar extractadas y en forma de Código las leyes españolas desde el Fuero Juzgo á la Novísima Recopilacion y posteriores no derogadas, y la jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia, que consta en 1.400 sentencias de las publicadas hasta el dia; dando tambien noticia de las opiniones de los jurisconsultos.

La tarea es tan laboriosa como útil. El derecho civil español vigente, expuesto en forma de Código, y anotado en cada uno de los artículos con las citas de las leyes, cuya doctrina y disposiciones extractan, es un repertorio ó índice que da una gran luz al que tenga que buscar y estudiar los preceptos legales relativos á una materia dada.

En el cuaderno primero ha incluido el Sr. Sanchez de Molina, como Apéndices, las leyes del Matrimonio y Registro civil y Reglamento para su ejecucion, y algunas sobre desvinculacion de mayorazgos y capellanías colativas. Sin duda ha hecho esto para dar á dicho cuaderno primero un mayor interes de actualidad; pero en cambio, pierde algo la obra de la sencilla y metódica unidad que á su nombre y principal objeto convendria.

LIBROS EXTRANJEROS.

RELAÇAO DE UMA VIAGEM A VENEZUELA, NOVA GRANADA E EQUADOR, *pelo conselheiro Lisbôa, A. M. pela Universidade de Edimburgo, Membro correspondente do Instituto historico e geographico Brasileiro.*—Bruxellas, A. Lacroix, Verboeckhoven e comp., editores.—1866.

Este libro habia sido escrito en 1853, pero su interes no habia decaido cuando su autor lo dió á luz, ni ha disminuido después. En él se encuentra una relacion prolija de los usos, costumbres, instituciones, estado social, político, administrativo, científico, literario, de tres de las repúblicas que confinan con el Imperio del Brasil. La Guaira, Caracas, Bogotá, Guayaquil, Quito y otras muchas ciudades; las provincias, los sitios notables, las minas, los trabajos agrícolas, las empresas industriales de aquellos países, son descritas con minucioso detenimiento por el distinguido viajero, que las ha visitado con el propósito de estudiarlas á fondo.

Mapas, planos, vistas de las poblaciones importantes, de paisajes y de monumentos artísticos, ilustran la obra del consejero Lisboa.

TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid.

ÍNDICE DE LOS ARTÍCULOS DEL TOMO XVIII.

Núm. 69.

Págs.

De las artes mágicas y de adivinacion en el suelo ibérico. Su influencia en las costumbres, así en la antigüedad como en los tiempos modernos (Art. III), por D. José Amador de los Rios.... 5
Don Ramon de la Cruz y su época (Art. II y último), por don B. Perez Galdós..... 27
Sobre á quien se debe el descubrimiento del Nuevo Continente, por D. José Arias de Miranda..... 53
Estudios sobre la conquista de Filipinas (conclusion), por D. Vicente Barrantes..... 73
Estudios coloniales, por D. Miguel Rodriguez-Ferrer..... 88
Una temporada en el más bello de los planetas (conclusion), por D. Tirso Aguimana de Veca..... 104
Revista política interior, por D. J. L. Albareda..... 135
Idem id. exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 145
Crónica de la semana..... 153
Boletin bibliográfico..... 157

Núm. 70.

Procesion histórica de españoles célebres de la Edad Moderna.—Desfile de privados, por D. Antonio Ferrer del Rio..... 161
El género bufo y la literatura dramática, por D. José Alcalá Galiano..... 188
Recuerdos de viaje.—Apuntes para la descripcion é historia de Galicia, (segunda parte), por D. Fernando Fulgosio..... 212
El matrimonio civil, por D. Cirilo Alvarez..... 231
Estudios coloniales (III), por D. Miguel Rodriguez-Ferrer..... 243
Fragmentos de economía política.—Estado actual de la ciencia

Págs.
económica, por D. José Leopoldo Feu..... 258
La Sombra, por D. B. Perez Galdós..... 269
Revista política interior, por D. G. Nuñez de Arce..... 293
Idem id. exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 302
Boletin bibliográfico..... 313

Núm. 71.

De las artes mágicas y de adivinacion en el suelo ibérico. Su influencia en las costumbres, así en la antigüedad como en los tiempos modernos (Art. IV y último), por D. José Amador de los Rios..... 321
De Lóndres á Madrid, pasando por Luxemburgo, Saarbrucken, Metz, Wissemburgo, Estrasburgo y Lyon, por D. Jáime Clark. 349
Palabras españolas de índole germánica, por D. Agustin Pascual.. 370
El Imperio Indo-Británico, por D. Joaquin Maldonado Macanáz.. 386
Magdalena, poesía, por Larmig..... 407
La Sombra (II), por D. B. Perez Galdós..... 417
Revista política interior, por D. J. L. Albareda..... 440
Idem id. exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 449
Noticias literarias.—La novela de Egipto, viaje imaginario á la apertura del Canal de Suez, de D. José Castro y Serrano, por D. Fernando Cos-Gayon..... 457
Idem.—Discursos Pátrios de la Real ciudad de Badajoz, de Rodrigo Dosma Delgado, con prólogo é ilustraciones de D. Vicente Barrantes, por D. D. P..... 465
Boletin bibliográfico..... 472

Núm. 72.

La hechicera de Búrgos, por D. J. Guillen Buzarán..... 481
Estudios coloniales (IV), por D. Miguel Rodriguez-Ferrez..... 509
El Catolicismo y la Filosofía alemana, por D. Nicomedes Martin Mateos..... 539
Casimiro Perier, por D. C. Navarro y Rodrigo..... 556
La Sombra (conclusion), por D. B. Perez Galdós..... 601
Revista política interior, por D. G. Nuñez de Arce..... 624
Idem id. exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 631
Boletin bibliográfico..... 641

BINDING SECT. MAY 14 1974

AP
60
R4
t.18

Revista de España

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY